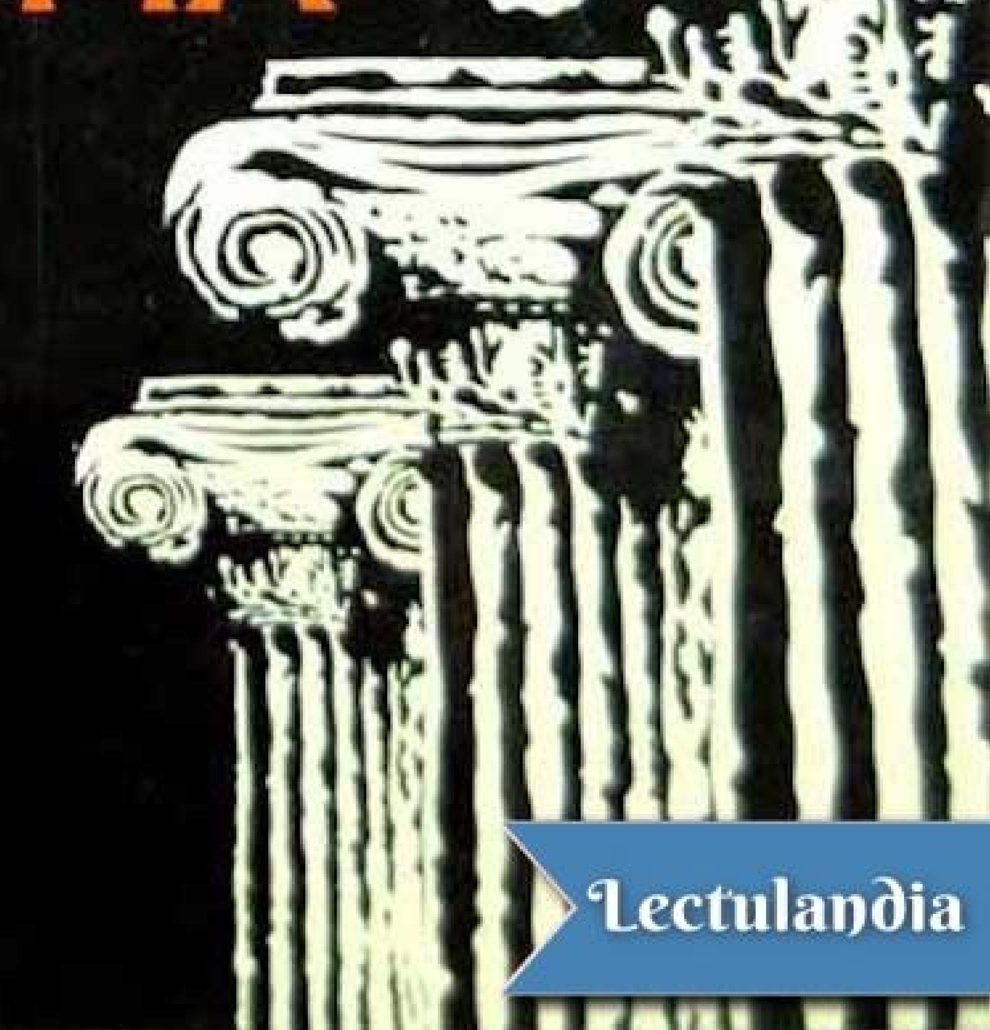
LASZLO PASSUTH

RAVENA FUE LA TUMBA DE ROMA



Novela que da una pincelada histórica al fin del imperio Romano, y el auge de sus sucesores los ostrogodos, representados aquí por su más famoso rey Teodorico el Grande, y su complicada relación con el imperio romano de oriente y sus emperadores en Constantinopla.

El libro repasa la vida del gran rey ostrogodo que, habiendo sido educado en Bizancio, gobernó Italia en el momento en que el mundo entraba en la Edad Media.

Lectulandia

László Passuth

Ravena fue la tumba de Roma

ePub r1.0
Sibelius 05.11.13

Título original: *Ravennában temették Rómát*
László Passuth, 1963
Traducción: Pilar Giralt Gorina
Luis de Caralt Editor S. A., 1975

Editor digital: Sibelius
ePub base r1.0

I

Parecía, mientras bajaban a saltos por la ladera, que la interminable superficie de agua se había tragado el cañaveral. Los peñascos se erguían con altivez, la sombra de la montaña proyectaba un celaje sobre el lago, y del este soplaba un viento débil. En el aire danzaban multitudes de brillantes y minúsculos seres, mecidos por el viento y la espuma.

El agua se antojó de tan pavorosa extensión a los muchachos que galopaban cuesta abajo, que involuntariamente frenaron el ritmo de sus pequeños caballos. Cuando alcanzaron la arena de la orilla, donde terminaba el cañaveral, descargó la tempestad. Al principio sólo aparecieron sobre el lago grises coronas de espuma, como si la superficie del agua se estremeciera, y después, casi sin transición, empezaron a elevarse las crestas de las olas. El cañaveral imitó el ejemplo del viento, iniciando un susurro, y oscilaron de un lado a otro los largos tallos de peludas panículas, como si buscasen, inclinándose, el favor del viento. Rozaban casi el nivel del agua, y su murmullo sonó de improviso tan lastimero, que los caballos se espantaron. Al borde del horizonte se dibujó una franja de plata, larga y clara. Se aproximó velozmente, parecida a un dique, adquirió ante los ojos de los muchachos las dimensiones de una muralla, y estalló con potente fragor al llegar a la orilla. Siguió un silencio opresivo. Era como si una mano gigante hubiese rozado el cañaveral de la orilla. Miles de tallos segados flotaban sobre la superficie del agua, o yacían desparramados por las rocas. Los caballos temblaban. Los muchachos contemplaron, atónitos, cómo el lago embravecido crecía hasta formar una marea, y cómo, de repente, volvió a reinar la calma.

Un aro de bronce ceñía los largos cabellos de un rubio rojizo del muchacho que cabalgaba en cabeza, y un broche de bronce sostenía sobre su pecho la capa de cuero. De un flanco del caballo pendían el arco y la aljaba. El jinete llevaba en el cinto un hacha que le servía de arma, pero también para cortar madera y juncos. Casi todos sus compañeros eran rubios y tenían los ojos azules; el sol ardiente había cubierto sus rostros de pecas. Entre los jinetes se encontraba uno de piel amarillenta y cabellos lacios y negros, que llevaba recogidos en un nudo. Tenía ojos oblicuos y pómulos salientes. Los muchachos estaban en camino desde el amanecer, galopando a ratos a la velocidad del viento, y trotando a otros lentamente, bajo un sol abrasador. El muchacho de la hebilla de bronce conducía a los demás. Debía llevar un mensaje al caudillo que se hallaba en el campamento de la orilla opuesta del gran lago. Era ejercicio y juego, lucha y caza: una empresa independiente. Si se encontraban con una tribu sármata, se escondían en el cañaveral, o se iniciaba una lucha entre hombres y niños. Pero también podían topar con un lobo de los juncos, un jabalí, un águila

caída, o un fantasma de los pantanos, con los que las ancianas asustaban a los niños.

El campamento que abandonaron al alba ya se cerraba para la noche. Cientos de carros bloqueaban las entradas, había antorchas en los viejos muros derruidos y en las despedazadas columnas; algunas flechas disparadas desde el campamento trazaban reflejos en la noche, los grandes perros rojizos ladraban con furia cuando husmeaban en el viento el olor de gente extraña. El campamento —el campamento real de los godos— se asentaba en una ruinosa ciudad romana. Los nómadas, después de recorrer innumerables países en sus carros de ruedas macizas, a la búsqueda de botín, pastos, agua y caza, se habían aposentado aquí, y cuando en la primavera verdearon los campos… dijeron ya al segundo año: es la patria.

Siempre estaban dispuestos a continuar la marcha. Por la noche se colocaban los carros formando círculo, de modo que ofrecieran protección a las mujeres y los viejos en caso de un ataque repentino; aparte de que también podían ocultar el botín y los prisioneros. Durante el día se dispersaba el campamento: los hombres salían a cazar y a buscar colonias vecinas; el sol brillaba, las rubias mujeres sacaban a los niños al aire libre, aquí y allá sonaban instrumentos, la acosada tribu encontraba la paz.

Parecía que desde la muerte de Atila, la inquietud se había enseñoreado de los alrededores del gran lago. Los ancianos profetizaban a la juventud un porvenir afortunado.

¿Cuándo habrían abandonado la ciudad los romanos? La mayoría de columnas yacían despedazadas. Los tejados habían sido pasto de las llamas, las paredes de las casas estaban ennegrecidas por el humo. Pero gran parte de ellas permanecían aún en pie, y la casa consistorial seguía mostrando las considerables proporciones de su columnata. De vez en cuando se tropezaba con alguna herramienta, y también se sabía dónde estaba el antiguo cementerio. Los niños cavaban muchas veces en busca de tesoros, y al hacerlo, desenterraban viejas sepulturas. Junto a los huesos había ornamentos de bronce, y también cuchillos de hierro, vasijas de barro, cuero podrido y jirones de ropa. Los guerreros apartaban de allí a los niños, pues no debían perturbar la paz eterna de los muertos.

Los godos eran cristianos desde hacía varias generaciones, pero habían renegado de la fe romana. Vivían de acuerdo con la ley de la estepa: acampaban, luchaban, saqueaban, y no podían comprender el mandamiento «No matarás». ¿Para qué se es un guerrero, y se posee un arma y un caballo, si es pecado medir las propias fuerzas con quien desea hacernos la guerra?

La comarca había sido repartida: entre el Drava y el Sava se extendía la tierra de un rey, y al norte, hasta el gran lago, tenía su reino la tribu de su hermano. El príncipe Teodomiro había establecido su reino al norte del gran lago, y sus límites llegaban hasta las montañas del oeste. Tras la división, prometieron y juraron permanecer un solo pueblo, hijos de un solo padre. Con ello honraban la memoria del fundador de su

real estirpe, Amal, que había sido un semidiós en su patria original, el país de las aguas violentas, fundador y príncipe del mundo de las nieblas. Los cantores, los escaldos, enseñaban que la estirpe de Amal se remontaba a trece generaciones. El muchacho cuyo nombre era Teodorico, nacido del matrimonio del rey Teodomiro con Erelieva, el año de la muerte de Atila, pertenecía a la mágica catorceava generación de la estirpe real de Amal.

Antes de que la luna mostrase su redondo perfil, los godos se habían repartido en tres campamentos. Fue la última vez que los hombres pudieron elegir mujeres de otra tribu. Teodomiro se había establecido en la ruinosa ciudad romana próxima a las orillas del gran lago, en la que cien años antes ardieron los tejados de las casas, y los vientos dispersaron los artísticos restos que habían sido respetados por el fuego.

II

El viento amainó, en el cañaveral se hizo la calma, y enmudeció el inquietante murmullo. Los caballos encontraron el camino de piedras y lo siguieron, trotando alegremente. Todos sacaron las tortas de las alforjas. Algún que otro muchacho incitaba a su caballo a alcanzar a los otros. El mozo de piel amarilla y dientes grandes era el más inquieto de todos, y llevaba la delantera.

El camino, de suave pendiente, conducía al pie de la montaña que dominaba el lago. El vástago de los hunos se detuvo a un tiro de flecha de una zanja que parecía dividir dos colinas y que formaba como una isla en el accidentado terreno que descendía hasta el lago. La zanja tenía un extraño aspecto, ninguno de los muchachos sabía cuándo y por quién había sido cavada en la dura piedra. Era como si pueblos desconocidos hubiesen erigido un fortín para defenderse de sus atacantes. En torno, extensos bosques cubrían las laderas de las colinas. Los muchachos sólo tenían que vigilar el camino de piedras romano, pues únicamente por él podían aparecer guerreros.

Ya sostenían todos el arco en la mano, y las puntas de las flechas apuntaban a la zanja.

La diestra del caudillo señaló hacia delante, y los caballos aceleraron el trote. Rodearon la zanja describiendo un ancho círculo, y siguieron ascendiendo en fila india por la suave pendiente de la ladera. Si en la zanja se ocultaban enemigos, serían visibles desde arriba; ¡los muchachos no caían en una trampa tan fácilmente!

Mientras los caballos continuaban subiendo con lentitud, el grupo descubrió un nuevo peligro. Ante los jinetes se erguía una fortaleza natural, un cráter inmenso y pelado.

Quien se acercase por este lado a aquel fuerte construido por la naturaleza, era un blanco fácil para las flechas de los defensores.

Pero no había un alma en ninguna parte. Arriba, en la ladera de la montaña que miraba al lago, vieron columnas rotas, muros destrozados y casas en ruinas; todo parecía cubierto desde hacía siglos por las malas hierbas, el musgo y la siempreviva. Había rastros de fuego por doquier. También aquí se levantaban muros ennegrecidos por el hollín. Vieron restos de esqueletos, huellas de hogueras, utensilios de arcilla. En otro lugar se amontonaban los cráneos.

No lejos de allí, los muchachos descubrieron una casa. En un tiempo debió de haber sido muy hermosa. Contemplaban con atención el suelo cubierto de piedras de colores, que representaban, entre pámpanos, un pájaro azul. El tejado inclinado y hundido a medias había protegido las piedras de colores e impedido que sarmientos y raíces las hiciesen saltar. Los muchachos se pusieron a hurgar en los rincones con sus

flechas. Tesoros… ¡el sueño eterno, dar con monedas de oro, alhajas, brazaletes romanos! Sabían que las vasijas de arcilla y las ánforas ocultaban a veces cosas valiosas en su interior. Los tesoros habían sido enterrados casi siempre por gentes que huían, y que nunca más volvieron. Pero en ninguna parte aparecía alguien a quien poder preguntar: «¿Quiénes vivieron aquí antiguamente?» Ante ellos había un arca de piedra en la cual los habitantes colocaban a sus muertos. Tapaba el pétreo ataúd una pesada losa de mármol que llevaba una inscripción. Los muchachos sabían leer los caracteres rúnicos, pero sólo los sacerdotes conocían las letras de los romanos.

De nuevo se levantó el viento. Pero aquí arriba soplaba del otro lado, y su silbido sonaba de modo diferente que en el cañaveral. Todo estaba quieto como en el reino de los muertos, y la soledad inspiraba temor. Si les hubiera recibido una lluvia de piedras, o de flechas, habrían agarrado el escudo de la grupa del caballo y tensado sus arcos. Pero aquí no había nadie para pedir al viento que se detuviera, ni para contarles quién había cavado la zanja, quién edificó el castillo. Silencio… silencio… Teodorico iba en cabeza. Con una mano sostenía la capa de cuero: así llegó a la cumbre, que en una guerra podía ser decisiva. Quien se hiciera fuerte aquí, sería dueño de los montes y del valle.

También en la cumbre había sólo piedras en ruinas… tres columnas de rotos capiteles, un pozo derrumbado y una piedra miliar, que en otro tiempo señalara en etapas el camino hacia Roma. Vieron algunas vigas carbonizadas, que indicaban la anterior existencia de una casa. Y esto era todo cuanto había al alcance de su vista.

La orden decía que rodeasen el lago al que llamaban Pelso, como los romanos. Los viejos que les enviaron habían contado el tiempo: «Si partís ahora, llegaréis a mediodía al campamento del otro lado, sin necesidad de poner los pies en el agua».

Pero nadie había contado con la curiosidad de los muchachos, que les apartaría del camino indicado y casi les haría olvidar su misión.

Teodorico contempló desde la silla los restos de la casa. Las malas hierbas crecían por doquier. Una sola losa de piedra estaba libre de verdor. Tal vez aquí se encontraba la entrada y la abertura que conducía a la bodega, tapada desde hacía mucho tiempo. Carecían de herramientas para cavar, sólo el cuchillo y el hacha podían ayudarles. Pocos minutos después saltaron por el hueco. La vieja escalera de madera estaba deshecha. En un rincón había una rota tinaja de aceite, en la siguiente debían guardar el vino. Teodorico la sacudió; en el fondo había un poso gelatinoso. Otra ánfora todavía contenía algo de aceite, de un color marrón verdoso, y un olor que recordaba un poco al sebo. Teodorico inclinó el ánfora hacia un lado y oyó un tintineo.

Eran ornamentos de plata: agujas y hebillas romanas, un espejo y un pequeño cuchillo. Se trataba de un raro tesoro. También había algunas monedas con la imagen de un emperador romano, afeitado y luciendo una corona de laurel; y un collar, del que pendía una piedra de ámbar amarillo, y una diadema digna de haber embellecido

a una mujer.

Teodorico sostenía esta última en la mano. El más alto de los rubios muchachos se la arrebató y se la colocó en la cabeza. La joya parecía una corona sobre los cabellos del último descendiente de la estirpe de Amal.

En cada aldea vivían otros hombres con lenguajes diferentes. A menudo sólo podían entenderse por señas. Eran restos del mundo de Atila, minorías de los numerosos pueblos que las hordas de hunos arrastraron consigo y luego dejaron atrás como un sedimento. Gépidos, sármatas, escitas, rugienos, alanos vivían diseminados por la estepa. En muchos lugares conminaron a los muchachos con gestos amenazadores a alejarse con rapidez, y al grito del vigía, que guardaba el camino de la aldea, acudieron hombres armados; en otros, por el contrario —como en una aldea de gépidos—, los habitantes agitaron ramas verdes y les invitaron a comer…

Apenas podían hablar entre sí, se comprendieron por medio de alguna palabra romana, goda o huna que habían aprendido. Señalaron el confín del horizonte: allí, allí… Teodorico llevaba aún la diadema en la cabeza, y el caudillo de los gépidos la rozó con la mano, sonriendo. «Rex, rex», dijeron los otros. Esta palabra tenía por doquier el significado de rey. Los gépidos se distinguían de los otros pueblos, aunque se decía que estaban emparentados con los godos. Casi todos eran altos, enjutos y tenían la cabeza alargada, y muchos hombres eran calvos. De piel rosada, se cubrían con pieles de animales que ceñían a la altura de las caderas con un cinto. Las pieles estaban bien curtidas. La aldea entera respiraba dignidad, las cabañas se hallaban dispuestas a lo largo de una sola calle, una frente a la otra. Los gépidos tenían hermosas jarras de vidrio, en las que invitaron a sus jóvenes huéspedes a beber hidromiel. Los escitas, por el contrario, eran un pueblo salvaje.

Todo lo que les rodeaba estaba sucio y abandonado. Su lengua sonaba como un gruñido, y consistía en pocas palabras. El aspecto de los hombres infundía miedo. Muchos llevaban todavía algún trozo de ropa de los legionarios romanos, una túnica o una capa. Tal vez habían servido antiguamente en las legiones, y por esta razón conocían algunas palabras romanas.

Los muchachos estaban en camino desde el amanecer, y atardecía ya cuando llegaron sobre sus cansados caballos a su propia colonia, situada en la orilla sur del lago. Estaba en el extremo más meridional del tercio del reino que gobernaba Teodomiro, cuya situación avanzada lo convertía en campamento militar y castillo a la vez: si un enemigo venía del sur, los vigías veían incluso las señales de humo y de fuego de la orilla opuesta. Dos días atrás, los vigías vieron elevarse el humo de las hogueras en la otra orilla, y leyeron el mensaje: «Ningún enemigo, ningún peligro, sólo una delegación que se dirige a la ciudad donde reside Teodomiro». Las señales de humo no dijeron más. Por ello el consejo de los ancianos había enviado a los muchachos a esta incursión a la orilla meridional.

Ya faltaba poco. El paisaje se tiñó del rojo brillante de las bayas: rojos eran el cielo, los arbustos, la orilla, las rocas, y también los rayos del sol poniente. Un hechizo de color rojo lo envolvía todo cuando, rendidos por el cansancio, a un trote cansino, llegaron al borde exterior del campamento, donde se hallaba la primera hilera de carros, que se extendía hasta la falda de la colina, bloqueando la entrada. Aquí los muchachos pudieron por fin entenderse en su propia lengua; buscaban a sus conocidos. El campamento se asentaba sobre una extensa llanura, protegida al fondo por el lago, que aquí estaba en su mayor parte cubierto de espigas de agua; no había cañaveral, y la arena de la orilla se adentraba en el lago. Los animales bebían, los búfalos se revolcaban en el barro de la orilla, los niños se bañaban, metidos en el agua hasta la cintura, y bañaban a sus perros. Todo era parte de la vida cotidiana. Los guerreros, que acudieron corriendo al oír ladrar a los perros, depusieron las armas y saludaron desde lejos a los muchachos.

Éstos se acercaron al paso hasta el borde del campamento, y allí sólo Teodorico permaneció sobre el caballo. Separó las piernas, apoyado en los estribos; sobre su cabeza, la diadema lanzaba destellos. Los que ya habían estado en la otra orilla, le conocieron: era el hijo del rey. ¿Qué respeto merecía un muchacho que aún no era un guerrero, que aún no era un hombre, que no había tomado parte en ninguna batalla y al que la tribu aún no había consagrado como adolescente? Era el hijo del rey, de porte majestuoso, esbelto y rubio. Algo extraña resultaba su mirada, pues los ojos un poco salientes estaban muy distanciados entre sí. Los guerreros se inclinaron ante el muchacho descendiente de Amal, aunque su lugar aún no había sido determinado por el consejo de los guerreros.

Teodorico fue el primero en hablar.

—Nos habéis llamado con señales de humo.

—Ven a la casa del consejo.

En el rostro del hombre sobresalía una cicatriz reciente, desde la sien hasta el mentón, que era recuerdo de un duelo; tenía mutilada la mano izquierda y arrastraba una pierna, como si los huesos no se hubieran soldado bien. En el campamento se veía muchos guerreros cubiertos de cicatrices; en la orilla meridional montaban guardia los hombres más experimentados y más valerosos, velando por la seguridad de sus hermanos del norte.

El muchacho de la diadema se adelantó con la cabeza erguida, como correspondía a su rango. El hombre colocó la mano sobre el hombro del muchacho huno y le dijo algunas palabras en lengua huna, a lo que el muchacho meneó la cabeza. No comprendía la lengua de sus antepasados, sólo hablaba el godo. ¿De dónde habría llegado hasta aquí, quién era su madre, a qué linaje pertenecía?

—De Oriente ha llegado una delegación romana. Trae un mensaje del emperador. Viene para deciros que os preparéis a recibirle.

—¿Quién la encabeza, qué rango tiene el enviado?

—Ya ha estado en esta comarca. Dice que cuando era joven tomó parte en una delegación que visitó a Atila. Ahora él es el jefe. Se llama Prisco, y al parecer ostenta un alto cargo en el palacio imperial. Viajan para ver a tu padre, y no dicen ni una palabra referente a su mensaje.

Los muchachos no podían hablar con los enviados; iba contra las reglas del decoro.

Pero en el muchacho ardían los mil demonios de la curiosidad. Los «romanos», tanto si procedían de Roma como de Bizancio, eran considerados por ellos desde la infancia como seres legendarios.

Ante un alojamiento del campamento fortificado había dos carros de la delegación. No se trataba en modo alguno de carros pesados, con ruedas macizas, como los utilizados por los godos en su marcha a través de Europa. Estaban provistos de ruedas de radios, finamente trabajadas, y eran más pequeños y de aspecto más elegante. Los carros que habían servido para traer los regalos iban tirados por mulas en lugar de caballos. En cuanto a la delegación, había venido a lomos de sus monturas. Traían también caballos a mano, y competía al anfitrión llevar los animales al establo y cuidar de ellos del modo acostumbrado.

Los romanos debían de estar cansados, pues pidieron que se aplazara hasta el día siguiente el ofrecido festín, y ellos mismos se prepararon una cena rápida, se instalaron en su campamento, cubierto de mullidas pieles, y se acostaron, sin apostar ninguna guardia, cayendo poco después en un profundo sueño. Los esclavos se quedaron junto a los carros, donde extendieron sus pieles y se tumbaron mirando el cielo estrellado.

Aquella noche, pues, los muchachos no vieron más que los carros de la delegación bizantina, algunos esclavos, caballos y animales de tiro. No podían acercarse a los carros; hubiera sido una gran vergüenza que uno de los godos —ya fuese niño o adulto— se hubiese entrometido en las cosas de los extranjeros. Así pues, solamente pudieron admirar algunos cobertores, los toldos que cubrían los carros, las potentes mulas, desconocidas en la comarca, y las armas de los esclavos, que mantenían a su alcance. Vieron espadas cortas, bellamente trabajadas, en vainas de cuero, hondas y sus piedras pulimentadas, escudos de bronce y lanzas de largo mango, adornado con piel y con la punta de hierro tan cuidadosamente forjada, que era una obra maestra de la herrería. Armas, fundas, cascos, herramientas… todo evocaba un mundo lejano y extraño.

En el campamento se decidió que los muchachos pasarían allí la noche y saldrían al amanecer, para estar en su casa a mediodía y anunciar la llegada de la delegación. Entonces el rey godo tendría un día de tiempo para preparar la bienvenida. La delegación, con sus pesados caballos y los carros, llegaría a su destino más tarde que

los muchachos, todos ellos jinetes de la estepa que rivalizaban con el viento.

Los jóvenes fueron llamados al círculo de los hombres. Cada uno de ellos recibió una pierna de carnero y una jarra de hidromiel, que un especialista ponía a fermentar en todos los campamentos. Después del yantar era costumbre despedirse del día con un cantar de gesta. Estos cantares sobre las maravillosas aventuras de los antepasados entusiasmaban a los jóvenes e implantaban en sus almas el respeto a sus abuelos.

El viejo cantor que ahora se acercaba ya no podía ver las bellezas de este mundo. Bebió con avidez de la jarra que le fue ofrecida, y se volvió, pestañeando, hacia la luz, y se secó los ojos ciegos, como si esperase el milagro de poder ver a los hombres en lugar de las eternas tinieblas. Había que esperar a que la bebida le soltase la lengua y la sangre prestase algo de color a sus pálidas mejillas. Sus dedos huesudos ya no podían sostener ningún instrumento. Un joven cogió el instrumento y empezó a pulsar las cuerdas suavemente o con fuerza, según las palabras del anciano fuesen graves o alegres.

Era una crónica viva: ocho decenios habían teñido de blanco sus largos cabellos, que antes fueran rubios. Mechones rebeldes enmarcaban su rostro, desfigurado por la edad y las cicatrices, que recordaban antiguas luchas.

«En Roma vivían tantos hombres como estrellas hay en el cielo cuando el rey Alarico contempló por primera vez la ciudad desde un promontorio. Recuerdo que en su lengua los romanos llamaban Pincio al monte sobre el cual el rey godo había instalado su campamento. Cincuenta y cinco veces han retoñado desde entonces los árboles, o tal vez más… ¿Temíamos a Roma? Ninguno de nosotros había visto nunca tantos hombres juntos… ni una ciudad tan grande, con palacios, iglesias, casas, y grandes plazas llenas a rebosar de gente con las más variadas ropas. Alarico no pensaba tomar por asalto la ciudad. Ante cada puerta esperaban nuestros fuertes pelotones, los jinetes rodeaban constantemente las murallas de la ciudad. Ni una sola persona, ni un tronco de caballos, ni un carro de cereales podían entrar en la ciudad sitiada, que los romanos llamaban *urbis*.

»Llegó una delegación con togas de color púrpura, enviada por el consejo de ancianos de Roma. Sus palabras lisonjearon y amenazaron al mismo tiempo. Dijeron: “¡Temblad, godos, por si sois expulsados de aquí! El pueblo de Roma esgrimirá las armas, y ninguno de vuestros guerreros verá de nuevo su patria”. El rey Alarico era joven, fuerte y de voluntad férrea. “Cuanto más espesa sea la hierba, mejor será la siega”, dijo, señalando la ciudad. Exigió a los enviados todo el tesoro de Roma y la liberación de todos los esclavos en el campamento de los godos. Uno de los enviados preguntó a Alarico: “¿Qué nos dejarás, entonces?” El rey cerró los ojos y contestó: “¡Sólo la vida!”.

»Nuestros sacerdotes contaron la plata y el oro. ¡Nadie había visto jamás tantos tesoros juntos! ¿Dónde podíamos haber visto nosotros, pobres godos, tanta

magnificencia? Capas de púrpura, pieles finamente curtidas, especias… El rey Alarico quería llevárselo todo.

»El emperador, desde Ravena, abandonó a Roma a su destino. Alarico sabía que sus guerreros ansiaban la lucha. Las hogueras ardían sobre las colinas y en la Porta Salaria; a mediados de verano, bajo un calor sofocante, los guerreros de Alarico treparon por las murallas y abrieron las puerta».

»Alarico dio la orden: “Podéis llevaros todo cuanto veáis, entrar en todas las casas, os pertenece todo cuanto deseéis. Pero en la ciudad viven cristianos: los tesoros no tienen religión, son la recompensa de vuestro largo servicio, pero no matéis a los hombres que no levanten la mano contra vosotros. ¡Los godos no se ensucian las manos con la sangre de los cristianos! Humillad a la Urbe, os la regalo durante tres días: ¡Roma pertenece a los guerreros!”.

»El gallo rojo voló sobre los tejados, el viento dirigió las llamas a uno y otro lado. Pero la propia Roma, la ciudad, los palacios, los templos, los pórticos no perecieron bajo el fuego. Aquí y allá se declaró un incendio que convirtió en cenizas una hilera de casas, pero nosotros mismos apagábamos el fuego con el agua del Tíber, porque las casas incendiadas no ofrecen botín.

»En nuestras filas luchaban muchos que antes habían servido como esclavos. Sabían dónde su amo tenía ocultos sus tesoros. Y entonces se enfrentaron: el antiguo esclavo y el antiguo señor. El esclavo tenía un arma en la mano, los labios del señor pedían clemencia.

»Alarico había ordenado: “¡No derraméis sangre! ¡No prendáis fuego! Castigad a Roma; todo cuanto caiga en vuestras manos es vuestro. Pero no destruyáis sin sentido”.

»Durante tres días pertenecieron a los godos las mañanas, los mediodías, las tardes y las noches. Conseguimos todo cuanto quisimos, pero, por desgracia, sólo disponíamos de dos brazos. El rey había juntado los carros al pie de la colina, un tercio de ellos era suyo, los otros, nuestros. Pero los carros no podían contener las innumerables riquezas. Remolcamos nuestra valiosa carga… y acabamos agotados. Podéis creerme, por la mañana del tercer día estábamos asqueados de los tesoros, de la temerosa población, de los lamentos de las mujeres y los llantos de los niños. Hasta el amanecer del tercer día saqueamos los palacios. Quedaban las chozas de la otra orilla del Tíber. Carboneros de rostro ennegrecido, zapateros, curtidores, picapedreros. Como si hubiéramos participado en una comida opípara, ya nada nos apetecía. No queríamos nada más, ni marfil, ni vidrios valiosos, ni telas caras, ni armas, ni espadas romanas, con las que habían luchado por todo el mundo los antepasados.

»Cuando nuestra carga pesaba demasiado, la tirábamos en medio del camino o al río, o la pisábamos, mezclándola con el polvo. Pero nadie se desprendía del oro y las

piedras preciosas.

»Columnas… con magníficos relieves. Nada debía quedar intacto en Roma. Atamos cuerdas alrededor de las columnas, y las enganchamos a las mulas. Se caían con una sola sacudida, una tras otra. Cuando se habían caído todas las columnas, se hundía el techo del palacio. Una sola antorcha bastaba para que ardiesen las alfombras, las mesas, las camas. También de todo esto estábamos hartos. Hartos de vino, de los valiosos mantos de púrpura, hartos de todo. Sólo conservamos el oro, el oro puro y las piedras preciosas, que no hartan a nadie… que no hartan jamás. Ni Roma poseía el oro suficiente para saciar nuestra sed.

»Por la tarde del tercer día, el rey Alarico ordenó: "¡Basta!" Todos los godos tenían que haber cruzado las puertas antes de que se pusiera el sol. Desde este momento, después del aviso de las trompetas, ningún guerrero, ningún esclavo podría entrar de nuevo en la ciudad. Quien lo intentase, lo pagaría con la vida. "Aún tenéis tres horas hasta el atardecer, guerreros."

»Ahora ya conocíamos la inmensa ciudad, sus pórticos, el gran Campo de Marte donde se encontraban los grandes templos y donde en un tiempo los gobernantes habían celebrado sus reuniones. Aquí, en los templos, en las antiguas basílicas paganas, era donde abundaba más la plata… el marfil… los tesoros, las piedras preciosas, las vasijas. ¡Todo brillaba! Aquí congregó Alarico a sus guerreros. De nuevo regresamos a los carros. Cada tres o cuatro familias compartían un carro, que ya rebosaba de la más variada carga. Los ancianos, los enfermos y los niños fueron llevados en brazos. Una ocasión así sólo se presenta una vez en la vida de un guerrero. Se aprovechó el más diminuto rincón, se luchó por cada palmo de espacio. Apenas nos reconocíamos mutuamente: mantos de púrpura, cascos dorados, valiosas espadas finamente trabajadas, collares, aderezos, y muchos con una corona en la cabeza. ¿Quién se acordaba ya de los andrajos, de los pies helados, de las duras sandalias de cuero sin curtir? Ahora calzábamos blandos zapatos romanos, muchos guerreros se rociaban, entre carcajadas, con agua perfumada. Regalaron túnicas de colores a las mujeres, y cubrieron de joyas a las doncellas.

»Alarico convocó a sus guerreros en el Foro Romano. Alrededor, columnas rotas, palacios derruidos, muros ennegrecidos de los templos. El calor era agobiante, la hierba del Foro había adquirido un tono amarillento. Teníamos sed. En la Urbe ya no quedaba más vino; se había acabado en la primera noche. En las vestiduras de Alarico no brillaba ningún broche de oro; llevaba el mismo jubón de cuero que vestía a su llegada a la Urbe. Y de su cinto pendía su vieja espada. Levantó la diestra como los generales romanos. No nos dijo nada, saltó sobre su caballo y abandonó la Urbe.»

Echaron las últimas ramas secas a la hoguera del campamento. Los guerreros, que ya habían oído la historia de Alarico, ocurrida hacía medio siglo, el sitio de Roma, la devastación de la Urbe, conocía ya las palabras del anciano escaldo, y atizaban el

fuego con displicencia. El mundo legendario de Alarico, la fiebre del oro, el sol de Italia… Desde el Danubio soplaba un viento frío, los vigías temblaban por la noche, envueltos en sus capas de piel, mientras miraban, tiritando, hacia la estepa. A medio día de marcha se encontraban algunas pobres aldeas sármatas, y tiendas diseminadas de pueblos hunos, mezclados con otras razas, todos ellos restos del reino de Atila. El ganado no podía alimentarse en la tierra salina; a sus espaldas se extendía, embravecido por la tormenta, el enorme lago. En todo el campamento no había oro suficiente para comprar un solo esclavo. Cuando pasaban mercaderes, procedentes del mundo meridional, les vendían pieles, y a cambio ellos recibían ornamentos de hierro o pequeños utensilios, y espadas para los hombres.

El cantar sobre la devastación de Roma era deprimente. Inspiraba en los míseros godos la nostalgia de la Italia maravillosa. El muchacho, que ya se había quitado la diadema romana, se hallaba sentado junto al fuego, vestido con su jubón de cuero. A su lado estaba en cuclillas el anciano escaldo, que en tales ocasiones recibía una generosa ración de hidromiel y un escogido bocado de carne de carnero.

—¿No quedaron godos en Italia?

—Ni uno solo, Teodorico. Se diseminaron con el tiempo como por obra de un torbellino. Una parte del pueblo sirvió a Atila, la otra, a Aecio. Así cayeron los godos, a manos de los godos, en los Campos Cataláunicos.

III

Quien ha nacido en la estepa tiene el sueño ligero. Cuando la densa oscuridad se rasga, y el viento descubre franjas grisáceas en la línea del horizonte, se despierta por sí solo. En el campamento de los bizantinos reinaba todavía la noche cerrada. Bajo las estrellas y junto a los carros dormían los servidores; en la tienda, sobre mullidas pieles, dormían los enviados. Sólo un hombre de rostro afeitado velaba y leía a la débil luz de una lámpara. Sostenía con ambas manos un rollo de pergamino, a cierta distancia de sus ojos, y descifraba las líneas. No había terminado de leer cuando llamó su atención el trote de varios caballos. Intentó contarlos… ¿cuántos eran? ¿Sería una inspección o una patrulla? Apartó del pergamino los ojos enrojecidos y los fijó en la lejanía, como si pudiera verla a través de la alta lona untada de brea y sostenida por maderos.

Al alba iniciaron al galope el regreso al hogar. El grupo de muchachos rodeó el lago por el extremo meridional, lo que acortaba el camino, y así llegaron antes al campamento real para comunicar la noticia: había llegado una delegación bizantina. Los más nobles entre los godos formarían una pequeña tropa, elegirían los más hermosos caballos, se adornarían con los ornamentos de oro… y saldrían al encuentro de la delegación, a la cual el rey de los godos quería recibir en su residencia.

En el viaje de vuelta, los muchachos tuvieron el viento a su favor; soplaba del este, y lo tenían a la espalda. Parecía que el dios del lago escupía espuma sucia hacia la orilla. El agua que ayer era limpia, se veía hoy enturbiada por plantas trepadoras, fango removido, y millones de seres minúsculos, como si no fuesen del mismo lago. Las olas rompían con estruendo en la orilla, y sobre las rocas de tono rojizo revoloteaban los pájaros que iban en busca de peces. Todo estaba teñido de un gris plomizo, el sol se había ocultado, y a ratos lloviznaba. Las ropas de cuero no dejaban pasar el viento, pero la lluvia se les metía por el cuello y los empapó a todos.

Teodorico tenía la mente puesta en Roma. También la residencia real había sido una ciudad romana. Los godos se habían aposentado en la gran ciudad muerta porque sus murallas ofrecían protección contra el viento, y el frío no era tan intenso cuando el invierno se enseñoreaba del campamento.

¿Qué tamaño debió de tener Roma? ¿Cien veces mayor que el recuerdo que tenían de ella, tras muchos decenios, los viejos escaldos? ¿Qué tamaño debía de tener…? ¿Cómo serían sus palacios, sus columnas de mármol, sus calles empedradas? ¿Y los pozos, de los que el agua manaba sin interrupción…? ¿Cómo debía de ser el pueblo que había amasado los mayores tesoros del mundo, los tesoros que fueron saqueados por los guerreros de Alarico?

Los muchachos estaban cansados y de mal humor. En ninguna parte se ofrecía

ninguna aventura. Teodorico levantó la cabeza, el viento le desgreñó el cabello, la lluvia le mojó la cara. Unos pescadores les gritaron algo en una lengua desconocida. Aún no habían visto una verdadera ciudad…

El viejo cortesano pensaba en Atila. La primera vez que había pisado estas tierras, era el escribano de la delegación, y debía tomar nota de todo cuanto sucedía. Sus escritos pasaron luego a los pergaminos del palacio imperial. Ahora sabía que aquel viaje desde Constantinopla hasta la residencia de Atila había encerrado mortales peligros. Lo habían emprendido con los dos enviados hunos que se encontraban en Bizancio. Se acordaba incluso de sus nombres. Uno de ellos era un bárbaro, que procedía de un pueblo escita: se llamaba Edecón. El otro era un ciudadano romano de Panonia, entrado al servicio de Atila. Se llamaba Orestes, y estaba casado con la hija de un magnate romano cuyo nombre era Rómulo.

Al resplandor de la luz bailaban sombras ante sus ojos. Atila… la rotura de una diminuta vena había derribado en mitad de su vida al Azote de Dios. Los grandes de Bizancio, a quienes Prisco había servido hasta ahora, habían muerto casi todos de forma violenta. En la Ciudad Santa, el favor imperial era poco más que un capricho. A menudo se convertía en lo contrario: veneno, ceguera, destierro, calabozo. Los más afortunados salvaban el pellejo; les cubrían la cabeza rapada con una mitra de obispo, y nunca más podían ejercer un cargo público. Pero esto sólo podía suceder a los personajes importantes, en favor de los cuales intervenía la augusta, la emperatriz, la todopoderosa Bizancio; todo el mundo sabía que León, el taimado y precavido emperador, acababa siempre haciendo lo que deseaba su esposa Verina.

Las sombras danzaban ante los ojos del anciano enviado. ¿Dónde habría muerto Edecón, el príncipe de la estepa, que alardeaba con altivez de su nobleza delante de Orestes? Cuando todo se desmoronó después de la muerte de Atila, ¿adónde huyeron los dos, dónde se detuvieron… qué señor eligieron de todo el ancho mundo? Ambos hablaban huno entre sí, pero no era su lengua nativa; uno era un escita, el otro un germano nacido en Panonia y de lengua romana. Y sin embargo, Orestes se había casado con la hija de un auténtico patricio romano…

Edecón, Orestes… nombres lejanos. ¿Cuál de ellos vivía aún, cuál habría muerto?

El poblado se despertó al amanecer. A los oídos del anciano llegaron reducidos a un suave murmullo las palabras, los gritos, el rodar de los carros, el acarreo de pienso a los caballos, la partida de los jinetes, el ruido de los arneses, la carga de los mulos. Cómo habían temblado, hacía ya tantos años, cuando esperaban a sólo unos días de marcha de aquí la decisión del rey de los hunos. Estaban en sus manos. Atila sabía que Bizancio había enviado asesinos para que le eliminasen. Una sola palabra suya hubiera bastado, y las cabezas de los embajadores hubieran sido enviadas a Bizancio: ¡así acaban quienes conspiran contra mí! Atila los mandó vigilar, sopesó cuidadosamente los motivos de sospecha y los signos de inocencia, y finalmente

agasajó e incluso colmó de regalos a algunos, pero no tuvo clemencia para los asesinos.

¡Cómo habían temblado ante Atila los enviados de la Roma tanto de Oriente como de Occidente! Con un solo gesto hubiese podido enviar a cientos de miles de guerreros hunos a través de los Apeninos hacia Roma, o a través de Tracia hasta Bizancio. Edecón, Orestes, nombres llevados por el viento. Roma cayó en el duelo a muerte, Bizancio salió victoriosa. Roma era una ciudad triste y sin esperanzas, condenada a la derrota, mientras su emperador esperaba en Ravena, protegido contra los bárbaros, y en Classis, el puerto de Ravena, se hallaba siempre dispuesto un rápido velero que en caso de peligro inminente salvaría al emperador.

Hoy día, el emperador bizantino, el *basileo*, podía hablar de otro modo con los lejanos príncipes de la estepa, llamarles «querido hijo» o concederles el título de «rey»; en el lenguaje secreto de Bizancio, la palabra sólo significaba «caudillo de bárbaros». Únicamente se daba el título de patricio a los más poderosos y valientes entre ellos. El emperador parecía omnipotente… siempre que la altiva Verina se lo permitiera.

Y ahora venía como enviado a la corte del rey de los godos, que desde la decadencia de la raza reinaba sobre una tercera parte de los ostrogodos. Atila había sido rey de cien pueblos. Si hubiese querido, habría sido emperador de la estepa… emperador del mundo entero. ¿Conocía Atila la palabra augusto? ¿Deseó alguna vez un manto de púrpura, una diadema imperial guarnecida de piedras preciosas? Prisco, que había visto a Atila, sabía que al rey de los hunos no le importaban los títulos.

¡Qué mezquinos eran, contemplados de cerca, los poderosos del imperio de Occidente! Los patricios y sus emperadores perseguían todos los placeres, en Roma había un nuevo augusto en la cumbre casi cada año, que dependía del favor del pueblo y de las legiones. Y la Urbe exigía cada vez más juegos, más pan y más dinero.

También aquél a quien mañana se presentaría como enviado era sólo un rey de la estepa… Había sido bautizado, su padre vivió ya en la fe de Cristo, pero los godos rechazaron las tesis del Santo Concilio y persistieron en la herejía de Arrio.

Debían de haber transcurrido cuatro generaciones desde que Arrio, un obispo desterrado, sufriera un desmayo en las calles de Alejandría y muriera sobre el empedrado de esta ciudad medio pagana y medio cristiana. El Concilio de Nicea refutó su herejía, y el emperador Constantino la hizo perseguir. No obstante, el viento propagó la doctrina de este teólogo hereje, y en la estepa cayó en terreno abonado.

Los vándalos en África, los visigodos en Hispania, los burgundios y muchas otras tribus bárbaras compartían actualmente esta doctrina, que el propio hereje Arrio no hubiese reconocido. Estaban condenados por el Concilio de Nicea y muchos Santos Sínodos, pero vivían y morían en esta herejía, sus obispos ordenaban sacerdotes, y

sus hijos crecían con la misma fe. Así vivía también el rey Teodomiro, así vivían sus hijos… así vivía el muchacho que debía llevarse a Bizancio.

—Honorable y eximio señor, ordena, si lo deseas, nuestra partida, y si ello te complace, determina también la longitud del camino que hoy hemos de recorrer.

El anciano oyó apenas estas frases hechas, que en realidad no significaban nada. Prisco era uno de los dignatarios del palacio imperial. Debido a su edad avanzada, era difícil que ascendiera a rangos más elevados, pero su sabiduría era grande, e incluso el Patricio se dirigía a él en busca de consejo cuando tenía que hacer alguna recomendación a su Majestad Imperial a propósito de algún rey de los bárbaros. Lo mismo ocurrió esta vez. Prisco tuvo el gran honor de ser llamado por el emperador León:

—Ponte en camino, hijo mío, como lo hicieron en su día nuestros virtuosos antepasados. Busca a nuestro siervo godo y aparta de nosotros su espada, para que la dirija contra los corazones de sus hermanos.

Así habló León, con unción y con astucia, y Prisco, en su devoción, besó tres veces la orla del manto sagrado, antes de abandonar la sala de audiencias.

—Ve, hijo mío, hacia Occidente, a visitar al rey Teodomiro, y prométele nuestro favor.

Los obsequiosos eunucos del palacio imperial le facilitaron más pormenores. Estos hombres activos y sin familia escribían de la mañana a la noche ante sus pupitres colocados en las inmensas salas, y discutían con sus características voces estridentes, como si poseyeran toda la sabiduría del mundo. Y sin embargo, estos aplicados escribas de dedos siempre manchados de tinta, con sus encerados bajo el brazo, eran los puntales del imperio. Ellos se acordaban siempre de todo, las últimas noticias, los informes de las delegaciones, la situación de la cámara del tesoro y la potencia del ejército. El emperador dijo solamente:

—Ve a visitar al rey Teodomiro, y prométele nuestro favor. El activo y fiel consejero le comunicó los pormenores…

Prisco se había criado en el palacio. El viaje que realizó en su juventud y que le condujo a la corte de Atila, prestó a su persona un prestigio especial. Su informe fue considerado ejemplar en su género, indispensable en la enseñanza de los jóvenes escribas. Prisco sabía que debía aprenderlo todo de memoria; no podía anotar ni una palabra de las indicaciones secretas. El camino era largo, peligroso, el mensaje de un enviado bizantino no podía caer bajo ninguna circunstancia en manos extrañas.

—Visita al rey Teodomiro. Haz promesas… los bizantinos nunca llegan con las manos vacías: las palabras endulzarán como la miel los sentimientos paternales de su Majestad Imperial. Hay que dejar entrever al rey mendigo un futuro esperanzador. Riquezas, diadema, corona, manto de púrpura y la ansiada dignidad de patricio. Y por si fuera poco, también tierra. Los bárbaros están sedientos de tierra. Ellos no aran ni

siembran como campesinos. La tierra sólo les reporta utilidad si la trabaja para ellos un pueblo subyugado. Como ya no tienen siervos, en el crudo invierno se enfrentan a la necesidad; entonces no hay cebada, ni cerveza, ni mijo, sólo rebaños enflaquecidos y caballos huesudos y débiles, leche de yegua y carne dura, y nada de pan ni de vino. La tierra que estos bárbaros ansían es la tierra de los romanos, con bonitas granjas, jardines regados, miles de árboles frutales, pozos, casas, praderas umbrosas; una tierra cultivada desde hace cientos de años por campesinos itálicos, tracios o dálmatas.

Dejaron los carros junto a la orilla meridional del lago, cargaron los mulos y rodearon el lago por el camino más corto, que conducía a la residencia de Teodomiro. Una delegación como ésta era una excelente escuela: con los enviados venían aplicados escribas que más adelante —como ahora Prisco— transmitirían sus experiencias a la juventud. De este modo surgían nuevos embajadores, se educaban, y entre sus filas podría elegir después el palacio imperial. Durante la marcha a través de la neblina matinal, Prisco tiró varias veces de las riendas, señaló una piedra miliar romana, una redonda atalaya abandonada o una ruinosa granja: «Mirad, aquí vivieron nuestros antepasados, los romanos, rodeados de abundancia». Por las venas de los jóvenes ya no corría ni una sola gota de sangre romana, pero escucharon con atención las palabras del anciano consejero. Prisco lo sabía todo, lo había aprendido todo de memoria. No necesitaba notas que le recordasen las explicaciones recibidas. «Mirad, en un tiempo ocurrió esto… y esto.» El recuerdo de Atila no podía borrarse de esta tierra.

Hoy Bizancio enviaba su sonrisa. El palacio imperial disponía de almacenes en los que se guardaban los regalos para los bárbaros. Había talleres donde se tejían telas, se elaboraban alhajas, se pintaban imágenes y se forjaban armas. Todo era agradable a la vista, brillante, aunque un bizantino educado jamás lo hubiese adquirido bajo los pórticos del gran mercado, si los mercaderes se lo hubieran ofrecido por poco dinero. Estas mercancías serían ofrecidas con palabras dulces como la miel por siervos que conocían el lenguaje de los bárbaros. Prepararían los exquisitos regalos y enseñarían a los príncipes de la estepa el uso de muchos objetos valiosos. El dinero lo llevaban en pequeños sacos, llenos de sólidos bizantinos. Fuera cual fuese la imagen del emperador acuñada en ellas, la forma y el valor de las monedas de oro bizantinas no cambiaban. En manos de un caudillo de los bárbaros, estas redondas láminas de oro podían significar todos los goces de este mundo: esclavos, mujeres, joyas y armas. «El bárbaro es como un niño», se decía en palacio; y era fácil saber cómo contentar a un niño. Ciertamente que Teodomiro se había educado en una dura escuela, había estado sometido al pueblo real de Atila, pero su antepasado Amal fue rey en las tierras del norte y un semidiós, y durante trece generaciones, sus descendientes habían heredado la corona de padres a hijos. Ahora

Teodomiro era dueño de la comarca de Panonia, tan rica en pastos, que se extendía desde el gran lago hasta el Danubio.

IV

El rey, que era el primero entre iguales, tomó asiento frente a los enviados bizantinos; tras ellos se encontraban en pie los intérpretes, el griego de los godos y el godo de los griegos. Teodomiro era un hombre robusto en sus mejores años, alto, huesudo y de cabellos rubios con reflejos rojizos. Durante la época de fabulosos botines de Atila, fue el rico caudillo de su tribu, y cuando se puso la estrella del huno, el pobre y descontento rey de la estepa.

Prisco conocía a los pueblos y a sus príncipes, desde Britania hasta el Éufrates. Sabía con exactitud qué les preocupaba y qué ambicionaban. Pero para él tampoco era un secreto la debilidad del coloso de pies de barro que era el imperio romano de Oriente, foco de revoluciones palaciegas y guerras intestinas. Si todos los pueblos bárbaros se uniesen contra el imperio, podían derribarlo en una semana. El odio mutuo entre las tribus era la más segura protección para Bizancio. Por ello tuvo que emprender Prisco el viaje hacia el gran lago, en la lejana provincia de Panonia.

En el palacio imperial el tiempo se había detenido, el murmullo del reloj de arena sólo indicaba el carácter imperecedero del imperio. Todo era pasajero, todos los poderes de la tierra. Solamente el Imperio era único y eterno.

Se sentaron frente a frente. El enviado pensó que Teodomiro debía de ser aún un joven guerrero cuando él, Prisco, se sentó en la mesa de Atila para aquella memorable cena. En algún rincón del extremo de la sala, los hijos del rey esperaban, sumisos, el regalo de algún bocado real. Ahora, el descendiente de Amal llevaba un brazalete de oro, un aro de oro le adornaba la frente, en los dedos lucía sortijas griegas, y su barba olía a perfume. Así era como debía recibirse a un enviado de Basilio.

La táctica bizantina exigía que el enviado —siempre que le fuera posible— emplease solamente palabras corteses y agradables, comunicase noticias satisfactorias, sonriese, alegrase el ambiente, alabase a su anfitrión, citase las palabras del emperador, con las cuales el Señor de la Máxima Sabiduría quería honrar a su honorable, valiente y eximio aliado. Y el intérprete bizantino adornaba todavía más las palabras de cortesía con expresiones aduladoras.

—Verás, gran señor, el emperador no esperará a que tú le pidas algo… conoce tu orgullo. Sabe muy bien que tus reales labios nunca pronunciarán una palabra que se refiera a tesoros terrenos. El más Sabio y más Benigno, nuestro padre León, puede leer incluso en tu alma, y sorprender el ansia más secreta de tu corazón. Sabe que tú, el mejor de los reyes, deseas la gloria, y que la antepones al bienestar físico, a los tesoros y a todos los mezquinos goces de este mundo. Pero nuestro señor, su Majestad Imperial, opina que tú, Teodomiro, tienes derecho a vivir como un príncipe.

En su infinita generosidad, nuestro señor te ofrece mucho oro… es decir, no te lo ofrece… te envía sus regalos con alegría y una bondadosa sonrisa. ¿Por qué…? ¿Me preguntas por qué?

»Glorioso Teodomiro, nuestro señor ve en ti una garantía de la paz y la felicidad. Mientras tu pueblo habite esta vieja provincia, no existe ningún temor de que esta comarca sea invadida por los bárbaros. El emperador sabe que eres su más fiel aliado, que nunca pides nada, pero que tienes derecho a elevar tu mirada hacia su Majestad Imperial. Por ello mi altísimo señor te envía, Teodomiro, mucho oro… muchísimo oro.

»El emperador sabe con qué crueldad os han oprimido los hunos a ti y a tu pueblo. Tú, que vives según la ley de Cristo, y que por tu fe eres hermano de todos los cristianos, tuviste que inclinar la cabeza ante el hereje rey de los hunos. Pero cuando Atila recibió el castigo que merecía con su muerte prematura, su reino se desmoronó rápidamente. Pues bien, ¿quién hubiese creído que los hijos de Atila se atreverían a enviar legados a nuestro señor? Pretendían que sus comerciantes se establecieran en Istria y negociasen también con los romanos. Dengesico y Ernaco, ambos de la sangre de Atila, se dirigieron al palacio imperial; sus enviados hablaron a nuestro señor en tono provocativo, por lo que el padre León les despidió. Con gran desfachatez intentaron de nuevo introducirse en nuestro reino. Y ahora, nos hemos enterado de que los hijos de Atila, sedientos de sangre, ansían vengarse. Pretenden, como declararon con insolentes palabras, reconquistar la herencia de su malvado padre, y se están preparando para la guerra, tanto contra vosotros como contra nosotros. Ahora Augusto, nuestro señor, podría aniquilar a la ralea amarilla de un solo sablazo. Pero no es improbable que los hunos eludan a nuestros ejércitos y se vuelvan contra vosotros, para atacaros por sorpresa. Como vosotros sois fieles aliados de nuestro señor, el emperador no quiere que os suceda nada malo. Os advierte a tiempo del peligro y os recomienda con palabras paternales que no dudéis ni un instante en aprovechar la desunión de los hijos de Atila, en lanzaros de improviso contra los amarillos, y en arrebatarles todo el botín que un día el rey de los hunos robó a vuestros abuelos y a otros príncipes que nos eran adictos.»

—¿Hemos de partir con todo nuestro pueblo… y unirnos al curso de la gran corriente?

—El Altísimo es poderoso; es el único señor de estas fértiles tierras. Puede daros pastos y lozanas praderas, pero también puede quitárselos a quienes han sido inconstantes en su fidelidad. Como veis, el hecho de que seáis pobres o ricos depende de una sola chispa del humor imperial. Del mismo modo que en el cielo no hay más que un solo Señor, también en la tierra sólo existe un señor…

—¿Y si hay que luchar?

—Los aniquiláis.

—¿Y después tendremos que volver a esta tierra nuestra, donde el ardor del sol quema la hierba en verano, agota los manantiales y hasta calienta el agua del gran lago?

—Antes, venced a los hunos. El Altísimo Emperador determinará entonces un nuevo lugar para tu pueblo. Tal vez más cerca de él, para que sus enviados no tengan que viajar durante semanas para verte.

—¿Conoces tú el secreto de nuestra ascendencia?

—Aquileo, del reino de Bóreas, engendró a tus antepasados. Tu casta real es de origen divino.

El rey sonrió, como abandonando toda reserva. Preguntó en voz baja:

—¿Qué deseas en nombre de tu señor?

—Amistad… aunque sea la mitad de la que te ofrece el Augusto. Porque aún no te lo he dicho todo… como tampoco se puede, de un solo yantar, poner ante los invitados todos los platos exquisitos. Su Majestad Imperial quiere dar a sus amigos godos mucho más que oro, gloria y botín… mucho más que sólo tierras de pastoreo. Me preguntas si es posible dar más que esto. Pues, verás, la bondad de nuestro emperador es inagotable. Sabemos, noble Teodomiro, que el mayor tesoro de tu palacio es tu gallardo hijo, al que cuidas como a la niña de tus ojos. Sabemos incluso su nombre, y en nuestros anuarios hemos anotado el nombre de Teodorico como el catorceavo descendiente de Amal. Se trata del heroico muchacho que en su día será el rey de los godos.

—¿Qué pretendéis de mi hijo? Todavía es un niño…

—La benevolencia del emperador, mi rey, es como una red de oro, que presta brillo y resplandor a todo cuanto abarca. A esta red pertenece la ciudad, protegida por los ángeles, y el palacio imperial, construido por la gracia de Dios. El emperador desearía… no sé cómo expresarlo con palabras… es una gracia tan inmensa… tener a tu hijo muy cerca de él. Ha dicho: «Le educaré como si fuese mi amado hijo, en el nombre de Cristo, para que sea el más magnífico de los príncipes que están aliados con nosotros». Teodorico vivirá como un príncipe sobre la púrpura, como un hijo de Verina. Recibirá un manto de púrpura, aprenderá la lengua del palacio imperial, y no necesitará ningún intérprete cuando oiga las frases paternales del sagrado emperador. Aprenderá todo cuanto hace grandes y poderosos a los pueblos y a los príncipes. Sabrá incluso lo que tus sacerdotes ignoran, el secreto de nuestras letras sagradas, la sabiduría de los ancianos, que solamente puede leerse en las palabras escritas sobre papel. Su mano aprenderá el arte de la escritura, y su corazón y su espíritu se enriquecerán sin cesar. Señor… ni el propio emperador puede conceder un favor más señalado a sus aliados más fieles. Teodorico…

—¿Queréis llevarlo con vosotros a Bizancio?

—Antes he de ver al príncipe, hablar con él. Saber si su mente y su cuerpo han

alcanzado el desarrollo necesario, si comprende la magnitud de la gracia que se le otorga, si es digno de comparecer ante el sagrado emperador. Con tu permiso, altísimo señor, mi amo ha conferido a este digno servidor, en su gracia tanto celestial como terrena, el poder de decidir si puedo presentarle a tu primogénito, o esperar a que alcance la edad y la madurez deseadas.

—¡El emperador quiere a mi hijo como rehén!

—¡Qué palabra tan desagradable! Seguro que el intérprete la ha traducido mal. Su sagrada Majestad ve más allá que el águila de la estepa, y ante su mirada se alza el velo del futuro. Desea amigos en lugar de aliados, y por eso recibe a tu hijo como si fuera el suyo propio. Vivirá en palacio como el alumno más amado, entre príncipes orientales que el emperador ha acogido en su palacio a instancias de sus padres. Pero Teodorico será siempre el primero…

—¿Y podrá abandonar Bizancio cuando yo lo desee?

—Un prisionero lleva grilletes, el joven príncipe ostentará una diadema real. Tal es mi respuesta, señor.

—Pero ¡todavía es un niño, Prisco! Hace poco que ha aprendido a montar… es un niño… Su madre, Erelieva, le profesa mucho cariño. Su mente no ha adquirido el suficiente desarrollo para…

—Perdona que te interrumpa, altísimo señor. El oído de Bizancio es más fino que el del lobo de la estepa, y su vista es más aguda que la vista del azor. ¿Le hubieras encargado, de ser un niño, que mandara la expedición enviada para saber de qué lejano país llegaba esta legación? Es un magnífico jinete… y su palabra es tan certera como la flecha de su arco.

—Mi elocuencia no puede rivalizar con la tuya. Dime, ¿es la marcha de Teodorico la condición para que tu emperador me envíe oro este año, y el siguiente, y el siguiente?

—El precio de la amistad, señor, no puede pesarse en una balanza. El padre León te abre su corazón al expresar su deseo de tomar a su cuidado a tu hijo, el catorceavo descendiente de Amal.

—¿Me juras por tu fe que no te llevas a mi hijo como prisionero?

—Cristo está entre nosotros. Te lo juro sobre el crucifijo, como tú deseas, señor.

El eunuco copió con tinta, mezclada con polvo de plata, sobre el pergamino, las letras escritas apresuradamente en papel de hilo, que el mensajero llevó al palacio imperial. La legación recorría sin prisas el camino de Panonia a Bizancio. A veces había que buscar pienso para los mulos, otras era preciso cruzar en barcazas la gran corriente. El juez de cada ciudad, el caudillo de cada tribu obsequiaba gustosamente al enviado del emperador. Y el decoro exigía permanecer algunos días en la tierra de los pueblos aliados, incluso aunque urgiese el deseo de terminar este largo viaje antes de las tormentas otoñales.

Los mensajeros llegaban con semanas de anticipación, mientras Prisco, como era su deber, examinaba la tierra de nadie, hallaba nuevos aliados para el imperio, y buscaba el origen de las venganzas y enemistades entre las tribus. Los mensajeros debían partir al amanecer, y la noche anterior escribió Prisco un mensaje secreto, que sería trascrito por los escribas. El viento azotaba las tiendas levantadas en la orilla del río. A cada momento podían aparecer los nómadas de la estepa, entre los cuales los hunos eran los más peligrosos. Desde el desmoronamiento del reino de Atila, los guerreros vagaban sin descanso.

El eunuco que dictaba las líneas de Prisco, meditaba las expresiones con que debía adornar el informe, con objeto de que el eunuco jefe pudiera presentar el rollo en la audiencia de Aspar, y seguidamente en la del cuñado imperial Basilisco, y así fuera posible que también León echase una ojeada a las gestiones de Prisco en las tierras septentrionales de los bárbaros.

Se movían como marionetas, con sus capas bordadas en oro, cabezas adornadas y barba y cabellos perfumados. El maestro de ceremonias tenía la misión de preparar en la corte del divino emperador las recepciones de los enviados, y las fiestas y los juegos circenses. Pero todo era en vano si entre los asistentes sólo había iniciados. En cuanto se sentaban a la mesa del consejo, las marionetas se convertían en griegos que gesticulaban violentamente: el emperador, el generalísimo, los todopoderosos consejeros se transformaban en hombres preocupados e indecisos que daban vueltas y más vueltas a la verdad y que procuraban cargar al emperador con toda la responsabilidad de las trascendentes decisiones.

Bizancio se preparaba para la mayor campaña que jamás emprendiera desde que el emperador Constantino el Grande había trasladado la capital del reino a la ciudad que bautizó con su nombre. Se trataba de África, de las ricas provincias que eran el granero del imperio. Ahora el país languidecía bajo el mando de los bárbaros, en el reino de los vándalos estaba prohibido incluso pronunciar el nombre del imperio. Los vándalos eran señores altivos y jactanciosos, sus herejes sacerdotes habían robado los templos a los creyentes, y el pueblo tenía que trabajar de manera inhumana. Las viejas ciudades, los palacios y los templos estaban en ruinas. Allí donde existiera el reino de Cartago, ahora mandaban rubios y huesudos germanos.

Basilisco, secundado por su hermana, la emperatriz Verina, exigía mil navíos y cien mil guerreros. Era preciso que fueran numerosos si los griegos, después del desembarco, querían salir victoriosos de la lucha contra los vándalos. En los navíos se cargaría la artillería de sitio, los caballos, los carros, y aún tendría que quedar espacio para cien mil hombres.

Aspar dudaba del éxito de la empresa. ¿Qué ocurriría si los bárbaros del norte caían sobre Bizancio? Bizancio mantenía a sus soldados, a las tropas auxiliares, a los mercenarios de las filas de los pueblos aliados. Por ello tenía que pagar el pueblo

impuestos más elevados, y no era posible desvalijar cada tres años a campesinos y artesanos.

Aspar se resistía, porque temía que Bizancio perdiese su último ejército. Cuando Basilisco, a quien su Majestad Imperial pensaba nombrar generalísimo de esta gran campaña, convenció finalmente al envejecido emperador, a Aspar no le quedó otra solución que permanecer entre los muros de su casa y esperar que la ciudad no fuese atacada por los hunos o los godos.

Mientras deliberaban y discutían apasionadamente, mientras se inclinaban sobre los informes de los enviados al reino de los vándalos, trajeron la carta de Prisco. Hacía ya una semana que Aspar ponía obstáculos a la gran decisión, día tras día abandonaba Basilisco el palacio con odio en el corazón, sin saber a quién se entregaría mañana el mando del ejército. ¿Por qué el hechizo de Verina no ejercía más influencia sobre el emperador que las ponderadas palabras y razones de Aspar? Basilisco soñaba con un éxito militar: reduciría a cenizas la Cartago de los vándalos del mismo modo que Roma redujo la Cartago púnica.

La carta de Prisco se hallaba ante el consejo. Los escribas habían descifrado las palabras secretas y las claves. El emperador leyó: «Teodomiro acepta con alegría mal disimulada el oro bizantino. Ratifica su alianza con Bizancio y partirá en primavera con sus godos hacia Istria, para derrotar a los últimos ejércitos de los hunos. El rey manda de buen grado a su hijo Teodorico a la corte de su Majestad Imperial. Cuando esta carta llegue a su destino, Prisco ya estará en tierra sármata con el tratado de paz godo y la legación. Entretanto, el Silenciario (Prisco desempeñaba este alto cargo en la corte) procurará enseñar al indómito príncipe de la estepa las reglas del decoro, a fin de que pueda presentarse ante el Augusto con el debido respeto, en cuanto reciba el más alto favor de la tierra y le sea permitido rozar con sus labios la orla del *manto* imperial».

El consejo adoptó su decisión bajo la influencia de este comunicado. Puesto que el extremo cinturón de los godos protegía a Bizancio, Basilisco, elevado a la dignidad de tribuno, podía emprender tranquilamente la campaña africana. En el palacio imperial todos comprendieron ahora que la comunicación de Prisco le había venido a Verina como anillo al dedo.

V

El gran lago, con sus coronas de espuma y las olas impetuosas rompiendo en la orilla, era de una belleza magnífica. Parecía que quisiera despedirse con esta imagen del muchacho que aquí creciera y pasara los primeros años de su vida. El otoño era espléndido. El viento rozaba la tierra, y el cañaveral se inclinaba con un murmullo. Las panículas secas, de color violáceo, de las cañas, cubrían la playa, y sólo allí donde acababa el cañaveral y empezaban los juncos podía verse la superficie del agua, de tonos que abarcaban desde un verde metálico hasta la gama de grises, en toda su inmensidad. Se despidió del lago, cuya orilla se confundía a lo lejos con el paisaje otoñal.

Prisco, el gran señor, era un maestro paciente. Domaría al pequeño salvaje. El camino era largo. Todos los días le daba una lección; una palabra griega que se refería a la tierra o al cielo. Una palabra que significaba pan, caballo, hidromiel o silla. Una palabra con cuya ayuda podía decirse: tú, nosotros, yo. La cruz que pendía del cuello del muchacho también era una cruz en la lengua de Bizancio. Todo lo demás… las ropas, las sandalias de cuero, las armas, los cabellos largos, debería ser desechado por el muchacho antes de que las herraduras de su caballo se hubiesen acostumbrado a la arena caliente de la playa del Cuerno de Oro.

Ahora el muchacho ya no veía las cosas únicamente con los ojos de la estepa. A medida que iba aprendiendo más palabras griegas, y comprendiendo poco a poco la conversación de los miembros de la legación, su horizonte se ensanchaba de modo considerable.

Hasta ahora su vida había sido el mundo del gran lago y las tiendas del campamento de los godos, levantadas entre las murallas de la ruinosa ciudad de Panonia. El único cambio lo constituían las ocasionales visitas a los príncipes godos de la vecindad. Pero ahora, las nuevas palabras aprendidas le descubrían mil nuevas imágenes y conceptos cuyo significado estaba empezando a comprender. Prisco se inclinaba sobre rollos de pergamino o tablillas enceradas, en las que escribía con un afilado punzón; entonces su siervo lo transcribía todo en un rollo.

Los miembros de la legación rezaban de modo distinto a los sacerdotes arrianos que hasta ahora habían educado al muchacho. Se persignaban de otra manera, honraban a otros santos. Llevaban otras armas y encendían el fuego de diferente manera. Bebían el vino con copas distintas, utilizaban al comer cuchillos más finos, y se lavaban las manos antes y después de las comidas. Entre los griegos había un siervo que todas las mañanas afeitaba la barba del rostro de sus amos con un afilado cuchillo. Les cortaba los cabellos de modo que sólo cayese un bucle sobre la frente, y les colocaba en la cabeza una rama o un trozo de metal. Se saludaban e inclinaban de

distinta manera, y hablaban entre ellos en tono diferente; casi siempre suave, sonriendo, y con palabras amables. Raramente levantaban la voz, y apenas se producían gritos, altercados o disputas, ni siquiera entre los cocheros. Un solo tono más elevado era suficiente para que Prisco levantase la cabeza e hiciera un movimiento que expresaba hasta qué punto le molestaba tal grosería.

Sonreía siempre al hablar con el muchacho. Lentamente, sílaba tras sílaba, le enseñaba la palabra griega que designaba tal o cual objeto, haciendo resaltar la sílaba sobre la cual recaía el acento. Hacía mucho tiempo que Prisco enseñaba en la escuela del palacio a los príncipes retenidos en él como rehenes. Estaba en extremo orgulloso de su método. Hasta el más inepto de los príncipes bárbaros aprendía a hablar con fluidez la lengua del país en el transcurso de un año, y podía leer en el más perfecto griego a los niños que eran confiados a su compañía.

Prisco tenía la impresión de que Teodorico sería uno de sus alumnos más aventajados. Era un muchacho alegre, activo, precoz. Montaba a la perfección, y jamás daba muestras de cansancio. Prisco observó que mientras cabalgaba iba repitiendo las palabras recién aprendidas. Muchas veces se acercaba a uno de los escribas o siervos más educados, le señalaba un objeto para él desconocido, y preguntaba su nombre. Conocía a cada miembro del séquito, y los siervos le profesaban afecto; galopaba con ellos contra el viento y les ayudaba a descargar los mulos. Toda actividad reclamaba su atención. No temía ni al trueno ni a la tormenta, mientras los demás se acurrucaban en un rincón de la tienda, levantada a toda prisa. «¡Odín ruge!», exclamó una vez, y todos los griegos comprendieron que se trataba del recuerdo de una antiquísima superstición pagana.

La legación del emperador era sagrada para todas las tribus. Los bárbaros sabían que hubiesen tenido que pagar muy cara la vida de un solo emisario. Aparte de que una legación ofrecía mil oportunidades para obtener de Bizancio dinero y títulos. El Silenciario era un gran señor, que todo lo escuchaba y anotaba.

El bárbaro sentía miedo de las letras; contemplaba con gran perplejidad cómo salían diminutas hormigas negras del jugo de las bayas, que aprisionaban el sentido de las palabras.

La legación pasó por muchos poblados de tribus godas. Entonces Teodorico ocupaba con principesca dignidad un asiento junto a Prisco, y transmitía en el lenguaje de la tribu el saludo del rey Teodomiro. Los hermanos lejanos se inclinaban por doquier ante el hijo de Amal. No comprendían todas las palabras del muchacho, ya que vivían separados desde hacía varias generaciones, y la antigua lengua se había transformado, pero por sus venas corría la misma sangre, y compartían las mismas tradiciones.

Prisco observaba la transformación del muchacho. Teodorico no mostraba la menor timidez, y no tenía nada de la docilidad del alumno. Comunicó a su mentor las

noticias que los hermanos godos residentes en Occidente habían enviado a su padre, y quién gobernaba en Hispania y en las Galias. También su rey se llamaba Teodorico.

De este modo fue conociendo el viejo consejero muchas cosas sobre el muchacho. Por la noche, el intérprete debía resumir el contenido de las palabras de Teodorico. El pueblo godo se había diseminado, pero de este a oeste y de norte a sur, los lazos de la sangre lo mantenían unido. El cristianismo no le había inculcado mucha humildad, pese a que el obispo Ulfilas había traducido la Biblia a su lengua.

Con la duración del viaje fue creciendo la amistad entre el anciano legado y el muchacho. Cuanto mayor era el vocabulario griego del príncipe tomado como rehén, tanto mejor se comprendían.

Teodorico sentía que Prisco veía en él a un hombre; le ayudó a vencer la primera timidez, y muchas veces le acariciaba la cabeza. Con ello se excedía en su papel de legado, que consistía únicamente en acompañar al hijo de Teodomiro sano y salvo hasta el umbral del palacio imperial, pero a Prisco le gustaba su papel de maestro durante las apacibles horas de campamento. Un día en que, después de una etapa larga y agotadora, el muchacho se quedó dormido, el enviado dijo en voz baja a su joven escriba: «De este Teodorico oiréis hablar mucho».

Al alba les despertaba el sonido de un cuerno; entre los frondosos árboles de los montes de Tracia, el descendiente de Amal ya se lavaba, según la costumbre griega, las manos y el rostro.

Cuanto más se aproximaban a Bizancio, más frecuentes eran las noticias que la legación recibía de la patria. Incluso aunque no se hubiesen enterado de nuevos acontecimientos en cada alto, en cada ciudad y en cada provincia, a la fuerza habrían observado que se preparaba alguna empresa de gran importancia. Prisco intuyó por los indicios, los movimientos de tropas y el transporte de efectivos militares, que el consejo bizantino había resuelto la disputa que duraba desde hacía años: el emperador preparaba la campaña contra el reino de los vándalos en África.

A cada paso la legación encontraba recaudadores de impuestos, que se multiplicaban para arrancar a la población las últimas monedas de cobre. Les seguían de cerca los oficiales reclutadores, que, primero con buenas palabras, y después por la fuerza, se llevaban a los hombres jóvenes. Al mismo tiempo se habilitaban los barcos de pesca y se compraban muy caros —incluso a los piratas— todos los barcos que estuvieran en buen estado.

En los sermones dominicales se calificaba a Geiserico, el rey de los vándalos, de Belcebú y señor de todas las perversiones. Era hijo natural de un rey y de una esclava, y tenía en su poder toda la franja costera de la antigua Cartago. Sus rápidos veleros no dejaban escapar casi nunca a los barcos mercantes romanos o los trirremes bizantinos. En el Mediterráneo no había costa, puerto o bahía que no estuviese amenazado. Los sacerdotes mencionaban asimismo que los vándalos, tras la

devastación de Roma, se habían llevado a África a miles de prisioneros, entre ellos a una emperatriz viuda con sus dos hijas.

Geiserico había enviado legados a los emperadores de Roma y de Bizancio, y las exigencias de sus altivos mensajes no conocían límites. Su última reclamación era la herencia del emperador Valentiniano —media Italia—, porque Geiserico había obligado a la hija del emperador, Eudoxia, a casarse con su hijo. Los vándalos eran, en su ciego fanatismo, intolerantes arrianos, y sus medidas en el norte de África recordaban las persecuciones de cristianos en tiempos de Nerón y Diocleciano. La población católica optó por empuñar el bastón del viajero, abandonó su hogar y buscó refugio en el extranjero.

Hacía pocas semanas que el gran lago era el mundo de Teodorico; su horizonte no iba más allá. Recordaba los crudos inviernos de su infancia, y cómo temblaban entre las casas derruidas de la antigua ciudad romana. Las hogueras al aire libre y las pilas de leña sobre el viejo empedrado mitigaban apenas el frío invernal. Los godos se refugiaban en las sagas de sus antepasados y esperaban la llegada de la primavera, de cualquier primavera en la que se realizara el milagro y los godos pudiesen marcharse con sus carros. Marcharse hacia las ciudades ricas y las orillas del mar templado.

Hacía pocas semanas que el *lacus* Pelso era todo su mundo. Las montañas, la misteriosa península, los interminables bosques que bordeaban la orilla, y tras los cuales tal vez no había nada más. Y ahora, mientras se alejaba en compañía de los griegos, tenía la sensación de no ser más que un diminuto grano de arena en la inmensidad del imperio romano, un grano que sería arrojado por las olas del mar sobre tres continentes. Hablaban de provincias, cada una de las cuales era de mayor tamaño que la comarca habitada por los godos entre el lago y el Danubio. Para entrar en el palacio imperial había que conocer los nombres de estas provincias, y saber de memoria las guerras del pasado y los nombres de los príncipes y generales que ahora dirigían la historia del imperio.

Prisco enseñaba todo esto al muchacho, y cada vez con mayor entusiasmo a medida que éste iba aprendiendo más palabras griegas. Ahora casi no hablaban de los bárbaros, sino de todo aquello que veían y experimentaban durante su viaje, que cada día les acercaba más a Bizancio.

Por doquier encontraban tropas, y veían nuevos campamentos y concentraciones de artesanos. Era como si el imperio, que muchos consideraban podrido, se renovase repentinamente y se entregase con ardor a una empresa heroica. Los sacerdotes exclamaban desde el púlpito: ¡Que la maldición caiga sobre Geiserico! Los jefes del distrito y los gobernadores de las provincias sacaban de donde fuera y como podían el dinero, los alimentos y los hombres necesarios con la consigna: ¡Contra Geiserico!

—¿Qué es una provincia? —preguntó una tarde el muchacho.

—Hubo un tiempo —dijo Prisco— en que toda la tierra del mundo conocido y los

mares que la rodean estaban en poder de la Urbe, y donde las legiones se detenían, allí se establecían para siempre. Estas comarcas fueron divididas, se las llamó provincias y se les dio un nombre. Vuestra provincia se llama Panonia. Los guerreros, las armas y las letras protegían al viejo imperio, donde reinaba la paz romana.

—¿Quién gobierna esas provincias? ¿Reyes?

—Mientras en Roma no hubo emperador, hijo mío, gobernaban dos cónsules, que eran elegidos todos los años. Cuando había pasado el año, se iban a alguna provincia como gobernadores. Allí se llamaban procónsules.

—¿Por qué dices que Panonia es también una provincia? Ahora estamos allí nosotros… esa tierra sólo pertenece a los godos.

—Verás, Teodorico, ésta es la clave de la cuestión. ¿Quién es más fuerte? ¿Aquella inscripción que, grabada en placas de metal, anuncia que las legiones de Trajano cruzaron Istria… o la circunstancia de que *hoy* vive en la antigua comarca romana un pueblo a caballo? ¿Con nuestro permiso… o sin él? Vosotros llamáis reyes a vuestros caudillos. Nosotros concertamos un trato con los reyes; y les hacemos regalos. Esta clase de alianza es la que existe entre el imperio y los godos, a los que tu padre gobierna como rey.

—¿Qué valor tiene lo escrito?

—Muchas veces la letra escrita puede derribar una flecha. El emperador de Roma marchó a Ravena huyendo de Atila, y el Azote de Dios hubiese dirigido también una campaña contra Bizancio… de haber permanecido con vida. Pero murió. Entonces, los príncipes de aquellas comarcas, cuya tierra no había pisado desde hacía cien años un solo guerrero romano, acudieron de nuevo al imperio. Vosotros, los godos, del mismo modo que los hijos de Atila. Porque sabían que sólo el Augusto está capacitado para establecer los derechos y los deberes de un pueblo y de su rey. El emperador, cuando está descontento de un pueblo o de su caudillo, recobra la provincia, se la da a otro, o vuelve a incorporarla al imperio. Tal cosa está ocurriendo ahora con los vándalos, cuyo rey es Geiserico. Y el motivo, hijo mío, es que el imperio de Atila fue construido sobre arena, pues no tenía el don de la escritura, y carecía de códigos. Cuando haya muerto el último vástago de los hunos, nadie se acordará de que Atila existió.

Prisco levantó la vista hacia las estrellas. Algunos años antes había oído una singular leyenda: los hijos de Atila se perseguían por toda la Vía Láctea. Su mirada buscó de nuevo al muchacho. Todo dependía del principio, del alfa, de la educación que recibiera Teodorico, de la evolución de su mente. Quien había estado una vez como enviado en la corte de Atila, conocía los mitos y los enseñaba, pero no creía en ellos.

Prisco se preocupaba por el muchacho como si fuera su hijo. Le observaba a hurtadillas mientras intentaba coordinar las palabras griegas. Teodorico no era

rebelde y no parecía sentir nostalgia del hogar; pero se movía inquieto en su lecho con añoranza de su madre. Se interesaba por todo, le apasionaba la aventura del lejano viaje. En pocas semanas había adquirido madurez, era casi un adulto, y su mirada se había ensanchado. Antes de llegar al palacio imperial, el pequeño salvaje de la estepa se habría convertido en un príncipe, dócil como los otros prisioneros de la jaula de oro.

Prisco quería llegar a la costa a la hora del crepúsculo. Allí podrían pasar la noche en un cómodo alojamiento imperial, desde cuyo tejado Teodorico podría contemplar las mil luces de Bizancio: un océano de luz, miles de estrellas terrestres en la noche sin luna. Prisco dio también la orden de cargar los mulos por última vez cuando apuntase el día, pues Teodorico entraría en la nueva Roma la víspera de un día festivo, cuando cerraban los talleres, el mercado y las tiendas, y la multitud, ociosa y satisfecha, callejearía tranquilamente hacia los Foros. Esta vez el muchacho daba vueltas en su lecho, como si le fuese imposible conciliar el sueño. Prisco, a cuyos viejos oídos no se escapaba ni un murmullo, preguntó:

—¿Por qué no duermes, Teodorico?

—Espero el nuevo día. ¡Mañana veré al emperador!

Prisco pensó en el ceremonial. ¿Quién era León antes de que ascendiera al trono imperial gracias al favor del alano Aspar? ¿Quién era Verina? ¡Desde qué profundidades se habían encaramado! Y ahora él era el sagrado augusto, y ella la sagrada augusta, ambos en la vertiginosa cumbre de la pirámide, en la divina proximidad del Ser Celestial. Prisco había conocido a León antes de que fuese emperador. También había conocido a Verina. Muchos aspiraban en aquellos tiempos al manto de púrpura, la corona y la diadema. El más tenaz de ellos fue León. Hoy era el sagrado *basileo*. Diez años antes aún se arrastraba para conseguir el favor de los poderosos. ¿Cuándo recibiría a Prisco… y al príncipe de la estepa, traído hasta aquí como garantía de paz?

Hacia el mediodía, después de descansar algo del viaje, Prisco vistió el traje de corte, empuñó el bastón de oro y se dirigió a pie al palacio imperial para enterarse de lo ocurrido durante su ausencia en el sacrosanto mundo de la corte. Le urgía saber quién seguía vivo, quién pertenecía ya al reino de los muertos, quién había pasado a engrosar las filas de los sin nombre, quién —y esto era lo peor— había sido cegado, y quién tonsurado, lo cual significaba que el Altísimo, en un instante de ira, había condenado a quien cayera en su desgracia a abandonar para siempre el maravilloso mundo del palacio y entrar en una orden religiosa.

¿Quién vivía, quién ostentaba el poder, y quién se había encaramado al círculo de los poderosos? ¿Quién disfrutaba del favor de la Augusta, y quién era el nuevo confidente de Aspar? ¿Cómo seguirían los asuntos de Basilisco? ¿Qué guardia de corps habría sido ascendido?

En todos los labios estaba la extraordinaria noticia de que un capitán de la guardia, procedente de Isauria, un tal Tarasicodissa, gozaba del favor especial de Verina. Como nadie lograba pronunciar su nombre bárbaro, él mismo había solicitado permiso para adoptar el nombre de Zenón. Desde entonces recibía una distinción tras otra, se paseaba hinchado como un pavo real, y en las últimas carreras le cupo el honor de situarse al fondo del enorme palco imperial, con armadura dorada y magníficas armas. Los asistentes al hipódromo observaron que la hija de la pareja imperial, Ariadna, se volvió y sonrió al oficial de la guardia. Todo esto había sucedido mientras Prisco se hallaba en el lejano país de los bárbaros.

La lucha a vida o muerte continuaba latente en la corte. Basilisco, el cuñado del emperador, y Aspar, el Patricio, eran, como todo el mundo sabía, enemigos acérrimos. Sin embargo, cuando se encontraban de madrugada, intercambiaban el ósculo de paz. Aspar hacía vigilar al capitán de Isauria. Hasta ahora, la guardia imperial estaba constituida casi exclusivamente por godos, alanos y gépidos: germanos altos, macizos y rubios, armados con impresionantes hachas. Últimamente había ido aumentando en las filas de la guardia el número de isaurios, duros y toscos montañeses que se llamaban a sí mismos bizantinos y que pese a su condición de salvajes eran leales y firmes servidores del imperio. Si la juventud isauria valía tanto como para enfrentarla a miles contra los vándalos, ¿por qué no podía haber lugar para su capitán entre los altos dignatarios del palacio imperial?

Mientras Prisco, el Silenciario, recorría las largas calles empuñando su bastón de oro, y cambiando sonrisas con los poderosos, sintió que su regreso era bien acogido: El viejo Prisco ha llegado; ¡una vez más ha resistido tan largo viaje! Prisco no tenía enemigos. No ambicionaba una posición más elevada, no abrigaba los deseos de muchos otros silenciarios, que tal vez ya soñaban con la púrpura imperial. Prisco era un viajero silencioso, que caminaba con los ojos abiertos, todo lo veía y todo lo observaba. Muy pocos vivían en este valle de lágrimas que hubiesen visto a Atila con sus propios ojos.

Habló del muchacho con el Mayordomo Mayor. No era la costumbre permitir a los pequeños salvajes medio paganos que comparecieran ante la presencia del Altísimo. Primero debían ejercitarse en el lenguaje y el ceremonial, incorporarse como ínfima parte a la gran maquinaria, amansar su fiereza y olvidar su propio pueblo.

—Cierto, cierto —convino el viejo Silenciario con expresión preocupada—, pero a este muchacho no debemos medirle con el mismo patrón.

Que tal fuese la opinión del anciano Prisco pareció muy interesante a los poderosos. El viejo debía tener algún motivo para desear que el muchacho fuese recibido por su divina Majestad. ¿Quién sino él sabía lo que ocurría en el país de los godos? No sería la primera vez que llegaba de su patria una importante legación, con

el propósito de colocar a la cabeza de su pueblo a un príncipe que vivía en la corte en calidad de rehén. Tal vez el Imperio tenía oportunidad de ganar, en la persona del muchacho, a un aliado real. Todo el mundo sabía que la amistad de los godos significaba de treinta a cuarenta mil jinetes, con cuyo valor era más seguro contar que con las murallas de un metro de espesor de la ciudad de Bizancio.

A la mañana siguiente Prisco habló del muchacho con el «Praepositus sacri cubiculi». Este alto dignatario tenía acceso al *basileo* a cualquier hora del día. Para él no había ninguna puerta cerrada, ningún guardia de corps que le vedase el camino. Examinó el problema: ¿Sería posible que el Altísimo recibiera a un muchacho que apenas sabía hablar la lengua de Bizancio? Prisco era un hombre de confianza en Palacio. Lo recordaba todo con exactitud. Cuando Edecón y Orestes llegaron al palacio imperial como enviados de Atila, trajeron consigo al hijo menor del rey de los hunos, y el entonces divino emperador les dispensó incluso de la genuflexión, la «proskynesis», pues a ella no accedió el hijo del rey de las grandes llanuras. Sí, los tiempos cambiaban. Seguramente sería oportuno que el Altísimo concediera una audiencia al joven príncipe bárbaro. Tal vez pudiera resultar incluso ventajoso para el imperio.

Mientras vestían a León, el Mayordomo Mayor dejó caer algunas palabras sobre lo dicho por Prisco y sus pretensiones. El anciano Silenciario gozaba de prestigio en Palacio, y León consideró lo más conveniente tener una explicación directa con él. Así ocurrió, pues, que Prisco fuese recibido por el emperador, sin hacer antesala y sin ningún ceremonial. El rango y la posición no constituían aquí ninguna barrera: dos hombres frágiles y ancianos hablaban de los asuntos del mundo.

—Tengo entendido que los caballos de los godos se han adelgazado y sólo son piel y huesos. No han podido llegar hasta aquí, cuando yo necesito sus armas.

Prisco conocía a su señor. El *basileo* le provocaba para que su réplica le permitiese conocer toda la verdad. El Altísimo echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos. Prisco habló de las inmensas llanuras, de la corte de Teodomiro, del gran lago con sus olas de reflejos ya verdes, ya grises, junto al cual vivía el pueblo de los godos. El pueblo era sano, estaba siempre en movimiento e iba siempre armado.

—El muchacho, gran señor, está impaciente. Jamás un rehén ha ansiado tanto desde el primer día ser recibido por su divina Majestad. Cuando yo abandoné mi alojamiento, él ya llevaba su traje de corte. «¡Hoy veré al emperador!», me dijo. Majestad, este muchacho, cuando su padre cierre los ojos para siempre… será el príncipe de cuarenta mil jinetes.

—Encuentra en el ceremonial la forma correspondiente, y tráeme al muchacho. Créeme, amigo mío, prefiero ver a niños en el trono de los pueblos aliados que a hombres pendencieros.

El Mayordomo Mayor decidió que Prisco llevase al muchacho a primeras horas

de la mañana, antes de la ceremonia matutina, a los aposentos imperiales, como si quisiera presentar a la augusta pareja a alguien muy especial. Se trataba de la única hora que no estaba incluida en el ceremonial de la corte, que durante todo el día y al compás del reloj de arena ordenaba todos los minutos de los emperadores.

Teodorico recibió un baño perfumado, y el barbero de la corte dispuso sus cabellos. Su túnica ya era casi bizantina. Las restantes prendas de su vestuario godo bastaban para indicar su procedencia bárbara. Comprendió con dificultad que no debía llevar armas en presencia del Altísimo. Los hombres criados en las grandes llanuras se separaban más fácilmente de su vida que de su espada, que desde tiempo inmemorial era el símbolo del hombre libre. Prisco le señalo a los primeros dignatarios:

—Mira, llevan túnicas valiosas y se adornan con alhajas, pero sólo los guardias de la puerta tienen un arma en la mano. Incluso los generales del imperio se despojan de su espada cuando se acercan al umbral de los sagrados aposentos.

Primero el muchacho se arrodilló ante Verina. Un revuelo de sedas y una nube de perfume rodeaban su lánguida belleza rubia. Parecía frágil y pensativa, como si todavía luchara con las sombras de la noche, y hablaba con algo de afectación. Intentaba así, dando a las palabras una entonación casi poética, disimular su humilde origen, que los aristócratas de Bizancio no le perdonaron jamás. Pero detrás de los giros y las entonaciones poéticas se ocultaba una lengua viperina. Era del dominio público que en el palacio imperial no había enemigo más peligroso ni mujer más astuta que Verina. La corte de la emperatriz, que otras de su rango reducían a un modesto séquito de mujeres, parecía una cancillería de estado. Sus silenciarios eran los espíritus más inquietos del imperio; el destino de provincias, el resultado de campañas se decidían en los aposentos íntimos de aquella mujer hermosa, pero que se iba ajando lentamente.

Verina habló en voz baja a Teodorico; le ayudó a incorporarse después de la genuflexión, le sonrió y le miró a los ojos. El muchacho no comprendía por qué tenía que bajar la mirada ante una mujer, cuando no se sentía culpable de nada. Teodorico tenía los ojos de un azul profundo, y un poco salientes. Por ello su mirada se parecía a la de un halcón. Sus cabellos de un rubio rojizo estaban peinados en bucles: la moda del palacio era obligatoria para los príncipes que vivían en la corte como rehenes.

—Espero que te encuentres a gusto en nuestra corte, príncipe —dijo Verina, acariciando suavemente la cabeza del muchacho—. Obedece a tu maestro, el eximio Prisco; mejor preceptor no hubieras podido hallarlo en toda Bizancio. ¿Tienes algún deseo?

El intérprete estaba como una sombra detrás del muchacho, pero Teodorico sonrió e indicó que había comprendido las palabras de la Augusta.

—Me gustaría cabalgar con los guerreros. Pero también querría aprender a leer y

verte con frecuencia.

La Augusta levantó repentinamente la cabeza. Nadie debía de haber aleccionado al muchacho, pues de otro modo no hubiese expresado en la corte un deseo tan inoportuno.

—¡Pregúntale si sabe cuántas primaveras han transcurrido desde su nacimiento!

—¡Doce!

El pueblo de Teodomiro lucharía con los hunos que ocupaban Istria. Lo mejor sería que en la lucha se aniquilaran ambos pueblos. Pero si uno de ellos salía vencedor, el ejército bizantino, que ya estaba preparado, daría buena cuenta de tan débil enemigo. Si los godos eran derrotados, ¿de qué serviría tener aquí al muchacho? Los muertos no reclaman a los rehenes. Aunque tal vez se le podría convertir en un general, una pequeña rueda en la poderosa maquinaria bizantina. ¿Qué se le puede decir a un muchacho que no baja la mirada? Verina pensó que hacía mucho tiempo que no veía los ojos de los hombres, sólo sus cabezas inclinadas. El muchacho era apuesto, y tenía un porte majestuoso. Dentro de un año sería casi un hombre. El *basileo* adelantó su pie derecho, enfundado en púrpura, y Prisco se arrodilló y lo rozó con los labios.

VI

Los maestros de la flota bizantina ultimaban los preparativos. El número de navíos sobrepasaba el millar, y en los cuarteles esperaban más de cien mil guerreros. Los hombres eran lo más barato, y lo más caro, la brea, el abastecimiento, las jarcias y los pertrechos para el asedio. Los vándalos, según los informes de los mensajeros, habían reforzado las murallas que los romanos erigieran en la antigua capital púnica.

Las noticias que llegaban al palacio de Geiserico en Cartago eran cada vez más alarmantes. El ataque se producía de modo inesperado. El rey de los vándalos no podía comprender que el emperador le hubiese enviado una delegación, que casi dio muestras de humildad, cuando la flota bizantina se encontraba ya en el Cuerno de Oro, preparada para zarpar. ¿Cómo podía suponer que Basilisco, Heraclio y el dálmata Marcelino actuaban de acuerdo con un plan militar preconcebido? El ataque imprevisto contra Cerdeña sólo era una pequeña etapa de la gran campaña, cuyo objetivo final era el exterminio de los vándalos.

Geiserico se asustó. Al amanecer, el rey de los vándalos recorrió Cartago a caballo. Hacía varias generaciones, desde que los vándalos la conquistaran, que ningún peligro amenazaba a la ciudad. Por ello las puertas no estaban fortificadas, las murallas se hallaban en estado ruinoso, e incluso habían sido derruidas en varios lugares, porque el espacio que delimitaban era demasiado reducido. La población, cada vez más numerosa, había construido todo un barrio fuera de las viejas fortificaciones cartaginesas. La vista de estas fortificaciones causó en Geiserico una impresión deprimente: la ciudad era demasiado débil para ofrecer resistencia a los bizantinos, que estaban magníficamente preparados para un asedio.

El caudillo de los vándalos, cuyos guerreros habían sido en un tiempo temidos por el mundo entero, se había ablandado en las condiciones de vida africanas; no tenía enemigos ni rivales, y las anuales expediciones piratas se veían siempre coronadas por el éxito. Los vándalos se habían acostumbrado a los botines fáciles.

Geiserico se sentó ante una ventana desde la cual se dominaba el mar, y no abandonó su lugar durante todo el día. Los navegantes de vista más aguda que observaban el horizonte lejano, se dirigieron a toda prisa a la capital desde la lengua de tierra de Hermaeum para llevar la noticia de la aparición de los diminutos y siniestros navíos. Geiserico se precipitó hacia la lengua de tierra y contempló desde allí los movimientos de la flota. Al este de Cartago se encontraba una profunda bahía. La flota griega parecía querer cruzarla y poner rumbo hacia la capital. Si intentaban desembarcar aquí, Cartago no tenía salvación.

El atraque de mil barcos es, incluso con el viento más favorable, una maniobra difícil, que requiere toda la atención de cuantos toman parte en ella. ¿Quién iba a

fijarse en un único barco, que enarbolaba el símbolo del rey de los vándalos? De este modo llegó el barco de Geiserico, casi inadvertido, junto al trirreme de Basilisco. Cuando el enviado de los vándalos estuvo ante el generalísimo bizantino y le leyó el mensaje de Geiserico, Basilisco apenas pudo ocultar su alegría.

«El rey de los vándalos lamenta no haber respetado más a los romanos. Confiesa abiertamente que jamás creyó a Roma capaz de reunir tan gran ejército. Por ello está dispuesto a someterse al emperador León y vivir en paz con él. El rey de los vándalos reconoce que Roma le ha vencido, pero antes de tratar las condiciones de paz, quiere consultar con su pueblo, a fin de conocer también la opinión de los guerreros. Por este motivo solicita del noble Basilisco un alto el fuego de cinco días, tras cuyo plazo comunicará al general romano su decisión definitiva.»

El enviado del vándalo expresó entonces el deseo de hablar con Basilisco a solas, lo cual le fue concedido, para hacerle entrega de los regalos que una antigua costumbre establecía para tales ocasiones.

Los servidores cartagineses llevaron unos cofres cerrados al camarote del generalísimo.

Cuando el enviado del vándalo los abrió, el interior resplandeció de oro. Los cofres estaban llenos hasta el borde de joyas y piedras preciosas.

—Geiserico desea ante todo la paz. Esto es sólo una insignificante prueba de su agradecimiento… un mero anticipo de aquello con que te colmará cuando Bizancio concierte con él la paz.

—Cinco días no son más que un grano de polvo en el reloj de arena de la historia —explicó Basilisco en el consejo de guerra, mientras los avezados capitanes contemplaban con aprensión el cielo cubierto de nubes grises. Iba a cambiar el viento.

Tras las condiciones del alto el fuego, y durante aquellos cinco días, ambos bandos tuvieron que sufrir circunstancias adversas. En los barcos de Basilisco, los oficiales organizaron un festín. Los víveres no serían necesarios, ya que una vez concertada la paz, Basilisco se vería obligado a suministrarles vino, trigo, pescado y carne en adobo. ¿Para qué, entonces, guardar la comida, el pan ya humedecido y el vino agriado?

Durante los cinco días, la ciudad de Geiserico se transformó en un taller de la guerra, donde se trabajaba febrilmente. Los albañiles reforzaban día y noche las murallas derruidas, y apuntalaban las puertas con sacos de arena. De noche se continuaba el trabajo a la luz de diminutas linternas, para no llamar la atención del enemigo con el resplandor de las antorchas. Y mientras la población se ocupaba de las murallas, los marineros reunieron todos los barcos y armaron a la flota para la lucha. El rey navegaba con un veloz remero en torno a los barcos, a los que dio la orden de dividirse en dos flotas.

Los guerreros subieron a bordo de los barcos más pesados, y en la cubierta de los

barcos pirata, muy ligeros, amontonaron material fácilmente inflamable, estopa, astillas, brea, y empaparon velas y tablones de aceite.

Los navegantes conocían con exactitud el viento, y el momento determinado en que cambiaba de rumbo. Sabían por experiencia que el viento a la cuadra tomaba en esta estación del año la dirección opuesta.

Por la noche del quinto día el viento amainó, y lentamente, como si titubease, cambió de rumbo.

Al alba ya soplaba desde Cartago. Fue arreciando a medida que avanzaba la mañana.

Geiserico dio las últimas órdenes: en cuanto cayera la noche, las tripulaciones debían estar en sus puestos a bordo de los barcos de guerra. En la segunda flota sólo permanecerían los hombres indispensables para levar anclas. En cuanto los barcos piratas navegasen viento en popa, unos botes recogerían a aquellos hombres y los llevarían al barco más próximo.

Pronto anocheció. No había luna, y el cielo estaba nublado. Era más de medianoche cuando del barco insignia de los vándalos llegó la orden: «¡Levad anclas!» Fue fijado el timón de los barcos incendiarios. Los veleros, sin tripulación, salieron hacia el mar empujados por el viento, balanceándose suavemente. Cuando se hallaron a una distancia de medio tiro de flecha, desde los barcos de guerra enviaron flechas encendidas a sus cubiertas. Al principio sólo eran lenguas de fuego, después empezaron a despedir chispas, y finalmente ardieron en grandes llamaradas. En pocos momentos, los barcos fantasma invadieron la noche con sus luces de artificio.

Detrás de la flota incendiaria se colocó la flota de guerra en forma de enorme semicírculo, con el barco de Geiserico al frente. Cuando los barcos de fuego ya llevaban mucha delantera y sus chispas no podían causar ningún daño, los barcos de guerra navegaron con el viento a favor hacia los bizantinos.

Los navíos bizantinos anclaban muy juntos uno del otro. Por este motivo no podían maniobrar hasta que llegasen al mar abierto y se colocasen en posición de combate. Pero cada movimiento estaba calculado de antemano, porque la bahía se hallaba cerrada al mar abierto por cientos de barcos que formaban una cortina de llamas y chispas.

Si las chispas alcanzaban a un barco bizantino, estaba irremediablemente perdido, pues la gran cantidad de material inflamable prendía con rapidez. Y no había salvación, pues al estar los barcos tan juntos, las llamas saltaban de cubierta en cubierta.

Y ahora se aproximaba la flota de los vándalos. Sonaron los cuernos de los atacantes, a la lluvia de chispas se unieron flechas encendidas y dardos, y las máquinas de guerra capturadas en un tiempo a Roma, empezaron a vomitar piedras candentes.

Basilisco y el resto de su flota huyeron. El hecho de que llegasen a Sicilia lo debieron a su buena suerte: los vientos les fueron favorables.

Unas semanas habían bastado para destruir de modo ignominioso el gran sueño de la resurrección de Roma. Hacía días que en Bizancio se murmuraba por los alrededores del circo y en las plazas del mercado que algo malo le había ocurrido a la flota. Los oradores explicaban la situación a su auditorio, la población de la gigantesca ciudad era un hervidero de conjeturas expresadas en múltiples lenguas, y la muchedumbre se dirigió hacia el palacio imperial, donde la guardia la detuvo e impidió que irrumpiera en los jardines imperiales y forzase las puertas. Mientras el pueblo se amotinaba y exigía noticias detalladas, un pequeño grupo se deslizó dentro de la capital por una de sus puertas. Basilisco corría, disfrazado de campesino, sin armas, y con un bastón en la mano, por las tortuosas calles de la ciudad. Evitando la Mesa, caminaba con apresuramiento y pegado a las paredes de las casas, porque temía ser reconocido. Así llegó a los alrededores de la catedral. Cuando hubo cruzado el umbral de la santa puerta, se encontró bajo la protección de la iglesia. Desde allí podría enviar mensajes. El que antes fuera el poderoso Basilisco, generalísimo de mil barcos y cien mil guerreros, había regresado.

En la sacristía, el sacerdote se estaba vistiendo para el sacrificio de la Misa. No era nada extraordinario que un hombre caído en desgracia y que temía por su vida llamase a esta puerta. Dijo con voz velada:

—Soy Basilisco y tengo miedo… miedo de todo el mundo. Me gustaría esperar aquí hasta que el cielo me ilumine.

El joven sacerdote conocía las veleidades del destino en Bizancio. La rueda giraba muy de prisa, a menudo dependía de la casualidad o de la suerte que alguien llegase a calzar los zapatos de púrpura del César o fuese un mendigo ciego al que la muchedumbre empujaba. El sacerdote fue a buscar una jarra de vino y colocó algunos cojines sobre el banco, para que el hombre necesitado de protección pudiera descansar.

Entonces abrió una pequeña puerta.

—Aquí podrás dormir —dijo, y añadió—: Si deseas enviar algún mensaje, dímelo, señor…

Temblando, Basilisco escribió a Verina: «¡Ayúdame!» ¿Ayuda contra la ira del pueblo? Incluso aunque hubiera sido inocente como un cordero, seguiría siendo la cabeza de turco. Tal vez unas carreras de carrozas o una fiesta importante llamarían la atención del pueblo y él podría abandonar la iglesia. Escribió a Verina, la hermana siempre dócil: «¡Hermana, ayúdame!»

VII

La rubia Augusta, con los ojos cerrados y rodeada de nubes de perfume, se hallaba sentada en el ala reservada a las mujeres, el gineceo del palacio imperial. Espesos cortinajes matizaban la luz. Así protegía su piel aterciopelada y luchaba contra las arrugas que empezaban a formarse en torno a sus ojos. Vestía una larga túnica de seda china; las puntas de sus zapatos de púrpura eran la única nota roja en el ambiente predominantemente blanco. Semejaba un ídolo cuyo último pensamiento se hubiese quedado fijo muchos siglos atrás. Las damas de la corte retrocedieron, inclinándose, después de rozar con los labios los pliegues de su túnica. En la estancia permaneció solamente el gigantesco eunuco de la emperatriz, que era un sordomudo. Llevaba un arma en el cinto para proteger a la Augusta en caso de necesidad.

Las damas se retiraron porque la *basilisa* había pretextado cansancio. Fuera ardía el sol insoportable del mediodía, pero en el gineceo el aire era fresco. Reinaba el silencio y un penetrante aroma de flores. Verina hizo una seña al eunuco, y el rostro del etíope se animó. Sólo su dueña era capaz de dirigir sus pensamientos por medio de señas.

—Haz entrar al muchacho —dijo en voz baja.

Teodorico era ya casi un bizantino. Cuando entró, no tuvo que atenerse, en su calidad de príncipe extranjero, a todos los ritos del ceremonial, que indicaban el modo de acercarse a los zapatos de púrpura y depositar en ellos el ósculo prescrito. Era todavía un muchacho, pero ya varonil y bien desarrollado; y entre los bizantinos de cabellos negros, una mota de color rubio rojizo. Sus ojos despedían el brillo azul del acero cuando les daba la luz o los dirigía hacia el sol. Pronunciaba de modo impecable las palabras bizantinas, pero no conseguía el tono suave y melódico que en la lengua de los poetas fundía el canto con la prosa, Teodorico hablaba con sonidos guturales, su pronunciación era más dura, y la entonación no siempre correcta.

La Augusta tenía confianza en Prisco. «Envíame al muchacho», le había dicho. Delante del palacio imperial todo era tumulto. Así comenzaban las revoluciones palaciegas, que en cuestión de una hora podían derrocar a los poderosos de la tierra: dejar sin vida el cuerpo del *basileo y* arrojar a sus partidarios a oscuras mazmorras. Todo el mundo sabía ya en Bizancio la catástrofe de Cartago. No había en todo el imperio un nombre más odiado que el de Basilisco. Aspar había triunfado. Los labios del bárbaro permanecieron cerrados. No dijo: «¡Yo lo había previsto!» Pero una sonrisa iluminaba su rostro. ¿Confiar la jefatura del ejército a un romano? Sólo nosotros, los fieles puntales del imperio, sabemos conducir una campaña, tanto por tierra como por mar. Muchas veces un grano de arena es suficiente para inclinar hacia un lado la balanza del destino. Basilisco tenía que abandonar la iglesia. Su presencia

enardecía al pueblo. Mientras encontrase refugio allí, no cesarían las intrigas para obligarle a salir con falsas promesas, y cuando él, cegado por el sol, vacilase, la chusma del circo se encargaría de él.

La emperatriz estaba del lado de los Verdes; el verde era su color favorito, lo llevaban los conductores de sus carros, y las cintas de adorno eran verdes tanto en los carros como las que lucían sus caballos en las crines durante las carreras. Pero hoy el partido de los Azules era fuerte en Bizancio, esto lo sabía todo el mundo, y si los Azules lograban la supremacía, ello podría significar la caída de Verina y también del emperador León. La guardia de corps era impotente contra más de cien mil insurrectos. Tanto el Hipódromo como los alrededores de la Basílica eran peligrosos focos de sedición en Bizancio, en los cuales podía inflamarse la ira popular. La muchedumbre era más fuerte que la guardia de corps. Si los Azules rompían el cerco de los Verdes, en Bizancio estallaría la revolución. ¡Y todo el mal provenía de aquella maldita campaña! Por este motivo se habían suspendido los donativos de pan y los juegos, y por este motivo también se lamentaban todos de los elevados impuestos. ¡Maldita campaña, maldito Basilisco!

El número de Azules crecía alrededor de la Basílica. La mayoría de ellos ocultaba un cuchillo en el cinto o empuñaban un bastón de plomo. Los Verdes habían recibido órdenes secretas de congregarse ante la puerta derecha. En ningún caso debían apartarse de allí.

—Teodorico, ¡vas a ser de utilidad a tu señora! Sólo como si fueras de paso… totalmente por casualidad. Vístete con ropas de campesino. Consigue un zurrón y unas sandalias usadas. Si te interroga alguien de la guardia, dile que vienes de Tracia y que estás buscando la iglesia de tus padres. Entra por el lado de los Azules y sal también por allí. El otro lado, el ocupado por los Verdes, está lleno de espías.

—¿Dónde encontraré al tribuno?

—En la sacristía. Mi hermano se parece a mí; aunque se oculte, aunque vaya vestido como un sacerdote, aunque peine sus cabellos de otro modo… le reconocerás por su parecido conmigo, Teodorico. Toma mi anillo. Y una línea escrita por mí. Sigue a aquel que trae el anillo.

El guardián etíope abrió el pasadizo secreto. Era un túnel que pasaba por debajo del jardín imperial y las murallas, y desembocaba en una cueva junto al mar. Se trataba de la última salvación para el emperador, que siempre debía contar con la huida.

Como un joven campesino, Teodorico, con el zurrón al hombro, caminaba golpeando con el bastón el empedrado de Bizancio. ¡Si su madre Erelieva le viese con este aspecto! ¡Sin armas, con el cabello desgreñado y sandalias usadas, caminando lentamente por la Mesa como si se dedicase a la contemplación de las bellezas de la gran ciudad! Repetidas veces le empujaron a un lado. «Andando,

pordiosero, que aquí estorbas…» Vio muchas caras, caras extrañas que él, un habitante del palacio imperial, nunca tenía ocasión de ver.

Llevaba el anillo de Verina oculto en un nudo que se hiciera en el bajo de la camisa, y el mensaje, en la suela de su sandalia. A la entrada de la Basílica, los lanceros de la guardia municipal estaban ocupados en separar a los pendencieros grupos de Azules y Verdes. Dispuestos en apretadas filas, los miembros de ambos partidos se insultaban mutuamente; todavía no era una lucha encarnizada, sólo se trataba de ataques verbales. Sin embargo, el capitán de la guardia, que conocía a la población, ya había pedido refuerzos.

Nadie se fijó en el andrajoso campesino que traspasaba la puerta vigilada por los Azules. Aquí se examinaba minuciosamente a todo el mundo, pero el muchacho sólo fue empujado por un lancero, en un gesto más amistoso que áspero.

—Corre a tus rezos, hijo mío; éste no es lugar para ti. Aquí podrían herirte con facilidad.

Conocía la Basílica. Solía acudir a ella los días de fiesta, cuando la corte seguía el ejemplo del Altísimo. En tales ocasiones parecía la pareja imperial, sentada en sus tronos e iluminada por el resplandor dorado de los cirios, algo muy superior a todo lo terreno. De la sacristía, hacia donde ahora se encaminaba, salían los diáconos e innumerables sacerdotes con una vela y el breviario en la mano. El ceremonial se prolongaba entonces desde la mañana hasta las primeras horas de la tarde.

Ahora la sacristía estaba vacía. Miró con atención a los sacerdotes que fueron entrando en ella. ¿Dónde estaría Basilisco? ¿Dónde le ocultaban, si es que aún vivía? ¿Se encontraría aquí? Entonces Teodorico se fijó en un diácono más joven que los otros, que le inspiró confianza. Le preguntó en voz baja:

—¿Es éste el asilo?

El diácono aguzó el oído. ¿Sería un mensajero secreto disfrazado de campesino? Todos se alegrarían cuando el inoportuno huésped abandonase la iglesia. La ciudad entera veía en él a la cabeza de turco, pero por otra parte, era el cuñado del emperador. Podía acarrear dificultades a la casa de Dios. Teodorico le mostró el anillo; su mirada se clavó en el clérigo, tratando de adivinar sus intenciones.

Un minuto después estaba Teodorico ante Basilisco. ¿Era éste el rostro de Verina? El hombre tenía las facciones pálidas y una barba incipiente, y bajo los ojos, las sombras de muchas noches de insomnio.

Los próximos minutos le parecerían, tras las pesadillas nocturnas, un despertar risueño. Cuando dejaran atrás la Basílica, tendrían que recorrer algunas calles hasta llegar al mar. Allí les esperaba un fiel guía de los Verdes con veloces caballos. Pero tenían que llegar hasta allí, pensó Teodorico.

La transformación duró muy poco. El general derrotado no desdeñó el andrajoso disfraz. El sacerdote le ayudó de buen grado, frotándole con incienso el rostro y las

manos para que pareciese sucio. Basilisco se quitó las joyas y las envolvió en el borde de la camisa; ocultó las monedas de oro de Verina en el fondo de su saco, y el puñal, en el cinto. La transformación era completa.

—¿Quién eres tú?

Basilisco sabía que si lograba huir, lo debería al muchacho. Verina había encontrado al ángel que con su mirada pura podría abrirle el camino. Se dirigieron bajo las enormes bóvedas hacia la puerta vigilada por los Azules. Aquí era mayor el número de enemigos, pero mucho menor el peligro. Salió un campesino con su hijo. El guardián se acordaba del muchacho.

—He encontrado a mi padre —dijo, y el guardián advirtió por su pronunciación que no era bizantino. Podían irse; ¿quién se interesaba en Bizancio por un campesino extranjero?

El emperador Septimio Severo hizo construir el Hipódromo más de un siglo antes de que Constantino el Grande diera su nombre a la nueva capital del reino, la antigua Bizancio. Desde entonces, él fue el verdadero amo de Constantinopla. A ambos extremos se erigieron sendos obeliscos que recordaban Egipto a los luchadores, cuando daban la vuelta al circo en sus troncos. Se decía que ambos partidos, los Azules y los Verdes, se habían fundado en tiempos de la antigua Roma. El propio emperador había nombrado a los jefes de ambas facciones, siendo después elegidos los siguientes por sus partidarios de rango inmediato inferior. Estos partidos empleaban a gran número de personas; al servicio tanto de Azules como de Verdes había músicos, domadores de osos, poetas y escribas. Los emperadores llegaban, reinaban y se iban, pero la influencia de los caudillos de ambos partidos seguía inalterable. Su poder era mayor que el de los principales dignatarios del palacio imperial.

Al principio, el peligro amenazaba a los emperadores incluso durante los juegos: los espectadores podían rodear el palco de su Majestad Imperial y cortarle la retirada, si lograban romper la cadena de guardias armados, que en tan poco espacio podía ofrecer escasa protección contra la muchedumbre. Por ello fue erigida la Catisma al fondo del jardín, adosada al palacio imperial; se introducía en el Hipódromo, pero era parte del palacio. La corte podía acudir al Hipódromo a través de los jardines imperiales, sin que el gentío observase sus idas o venidas. En este jardín había glorietas de flores donde su Sagrada Majestad podía reposar durante los intervalos de los juegos.

Desde que Basilisco consiguiera escapar de Bizancio, una sombra parecía haber caído sobre la ciudad. Los Azules y los Verdes se dejaron mutuamente en paz y dirigieron todo su odio hacia el palacio, en especial contra Verina. Se culpaba a la emperatriz de haber ayudado a huir al enemigo del pueblo. Ahora ésta se encontraba en su fortaleza de Tracia, y hacía caso omiso de todas las órdenes que llegaban de

Bizancio. El pueblo estaba descontento, las protestas se sucedían. Las paredes estaban llenas de libelos, en el Foro de Constantino el Grande aparecieron tablillas con amenazas, y la muchedumbre hacía demostraciones frente a la entrada de palacio. Los Verdes participaban exactamente igual que los Azules. La corte estaba inquieta. No sabía qué decisiones tomaría Aspar, e incluso ignoraba si no era él mismo quien incitaba las revueltas.

Los juegos coincidían con la fiesta de uno de los santos de la ciudad, y fueron precedidos de ominosas señales. Por la mañana se celebraban servicios religiosos, pero hacia mediodía el gentío ya empezó a dirigirse en tropel hacia el Hipódromo, a fin de llegar a tiempo y ocupar los asientos del lado de la sombra. Muchos miles de espectadores llenaban los grádenos. Se abrieron las cestas, los niños se pusieron a saltar por las gradas, y abajo, en la pista, los Azules y los Verdes se turnaban para entretener al pueblo de Bizancio. Salieron animales amaestrados, y los bufones bromeaban sobre acontecimientos actuales. Era posible que también salieran poetas laureados a leer sus rimas, pero muchas veces bajaba antes a la arena un miembro de la multitud, para dirigirse al pueblo bizantino en busca de ayuda en su desgracia. Entonces la pista se convertía en tribunal. El gentío sentenciaba o absolvía, y era precisamente en estas ocasiones delicadas cuando las pasiones se desbordaban y los oficiales de palacio debían ponerse en guardia.

Los caudillos de ambos partidos habían recibido de palacio unos días antes la orden de evitar cualquier cosa que pudiese enardecer al pueblo y avivar el rescoldo de su descontento. Aparecerían los mejores conductores de carros, aquellos cuyos nombres cantaban los poetas. Vendrían los cantores cuyas voces conseguían apaciguar y serenar a los hombres. También actuarían danzarines y músicos. Se recurriría a todo cuanto pudiese conjurar el peligro.

Su Majestad Imperial estaba sentado de modo que su mirada tenía enfrente las columnas. La Columna Serpentina había estado en Delfos, en el templo de Apolo. Había sido esculpida en mármol hacía mil años, cuando los atenienses vencieron en Platea al ejército persa. El pedestal, adornado con serpentinas, representaba la divina sabiduría, y estaba profusamente cubierto de oro. Eran las primeras horas de la tarde. Reinaba un calor sofocante, y los signos no presagiaban nada bueno. Teodorico, como los demás príncipes retenidos en palacio como rehenes, ocupaban un lugar en último término de la Catisma. Cuando el Augusto tomó asiento en su trono, sonaron los trombones; ahora todos, como prescribía una antiquísima costumbre, tenían que ponerse en pie para saludarle. Por el volumen de la ovación deducían las personas avisadas cuál era el ánimo de la multitud.

El de hoy era deprimido. Sólo los oradores oficiales y los caudillos de los partidos demostraron su inquebrantable fidelidad. Los espectadores del Hipódromo permanecieron tranquilos, como esperando algo que decidiera definitivamente la

actitud de la tarde.

Al principio sólo oyeron el sonido de las trompetas los que más cerca se encontraban del palco imperial, pues la gran masa de los espectadores había sido captada por la fiebre de la fiesta y no oía nada. Sin embargo, las trompetas retumbaban como durante un victorioso desfile de las tropas. Esto era poco corriente, pues en las carreras de carros no se efectuaba nunca ningún desfile.

Al frente caminaba un soldado de gran estatura. A él le había sido concedido el gran honor de llevar en la punta de su enorme lanza la cabeza de Dengesico. Dengesico era el hijo del rey de los hunos, Atila. Con esto supo todo el mundo lo que se iba a celebrar; además, en grandes tiras de lino estaba escrito: «Los romanos derrotaron a los ejércitos de los hunos y los godos en las montañas de la baja Mesia. El hijo de Atila recibió su castigo. ¡Viva el emperador y viva el imperio!» El soldado llevaba en su lanza la cabeza de Dengesico. Un ojo no podía verse, porque un potente sablazo había alcanzado el rostro de la víctima. El otro ojo miraba con fijeza, horrorizado y acusador, en el rostro de color verde amarillento, inmovilizado por el *rigor mortis*. Ave César, saludaban los instrumentos de viento.

Cuando los guerreros se acercaban al Hipódromo, la multitud fue presa de la agitación. Pronto todos se pusieron en pie, y quien sabía leer explicaba a su vecino el significado de la inscripción: ¡Victoria! ¡Victoria! ¿A quién se le habría ocurrido hacer desfilar a las tropas victoriosas precisamente en los momentos en que una oleada de inquietud recorría la ciudad?

Los prisioneros importantes, unidos entre sí por cadenas de plata, hicieron su aparición. Allí estaban, los temidos príncipes de la estepa, los hunos que crecían sobre la silla: despojados de sus joyas, con las piernas torcidas y las cabezas inclinadas, cubiertos de heridas, sin armas, unidos por los grilletes a los caudillos godos, dos pueblos que eran enemigos irreconciliables.

Teodorico reconoció al armero de su tío Walamiro y a otros godos distinguidos, que habían sido huéspedes en la corte de su padre. Ahora, aquellos nobles, altos y rubios, que vestían prendas de cuero, eran objeto de escarnio, y habían sido conducidos durante días para que llegasen a tiempo a la gran fiesta de la ciudad.

Nadie sabía qué había sucedido. Pero en la punta de la lanza, como prueba de la terrible realidad, estaba la cabeza del rey de los hunos. La palabra «huno» seguía siendo en los labios de los bizantinos sinónimo de terror: «Si no obedeces, ¡se te llevarán los hunos!», amenazaban a sus hijos las madres griegas. El pueblo huno se había dividido, pero después se unió de nuevo, como la arena movediza que el viento arrastra hasta que forma una colina. Crecieron, se multiplicaron, se unieron en otras tribus, otros pueblos nómadas. El rey de los hunos había comunicado a los nómadas de la estepa: «Allí se ceba la carpa de oro, ahogándose en su propia grasa, sin protección: Bizancio. ¡En la primavera nos pondremos en marcha sobre las huellas de

Atila!»

Los godos —Teodorico también había oído hablar de ello— celebraron una reunión de pueblos, el *Thing*, junto al gran lago, a la que fueron invitados todos los caudillos importantes. Allí rechazaron la oferta del rey de los hunos, y solamente una tribu, el pueblo de Walamiro, siguió a los hunos y fue a engrosar con sus guerreros las filas de su antiguo enemigo mortal. Ahora los guerreros de Walamiro se encontraban entre los prisioneros. Los ciegos eran conducidos por los tuertos, los cojos se apoyaban en los mancos. Godos unidos a hunos por cadenas. ¿Podía existir mayor oprobio para un guerrero godo?

El pueblo del Hipódromo se levantó como un solo hombre. León, en su trono de oro, ya no era solamente el *basileo*, era casi un dios. La gracia divina no podía otorgar una victoria tan grande a nadie que no fuese su hijo predilecto. Y entonces resonó en el circo la primera aclamación, que fue emitida por Verina.

VIII

Estío en Mediolanum. La ciudad, situada en un valle, y rodeada de murallas, abrasaba como una caldera. Ningún río la atravesaba, y los manantiales estaban agotados. Los ricos, los comerciantes y los recaudadores de impuestos, se habían ido a pasar el verano en sus villas junto al mar. Mediolánum se había convertido en un cuartel, como en tiempos de las antiguas legiones romanas.

El emperador debía, como siempre, la soldada. ¿Quién era este Glicerio, al que el príncipe borgoñano colocara en la cabeza la diadema de los Césares? ¿Qué clase de emperador era aquél, que no procedía de la Urbe, no tenía dinero, y cuyos guerreros languidecían en el campamento del norte de Italia?

El cuartel general de Mediolánum se parecía a la Torre de Babel. Hacía mucho tiempo que los romanos no se alistaban de buen grado en el ejército, todo lo más un par de hijos de campesinos, fugados de sus casas. Muchos bárbaros habían tomado por mujer a una nativa, y sus hijos eran medio extranjeros, medio romanos. Si se quedaban en el país, olvidaban el lenguaje de los bárbaros y a sus antepasados, y añadían al nombre de su padre un nombre latino. En los escritorios del cuartel abundaban los intérpretes, los escribas y los contables, que tenían entrada en todas partes, cambiaban dinero, convertían en dinero el oro y la plata, daban órdenes, y si alguien sabía tratarles, podían comprar su favor por poco dinero.

El más influyente de todos ellos era Orestes; de no ser por el corte de su túnica y la estrecha orla de púrpura, que proclamaban orgullosamente su origen romano, nadie hubiese creído que no era un bárbaro. Orestes hablaba el huno cuando la ocasión lo requería, y tampoco había olvidado por completo la lengua de sus antepasados germánicos. Se le encontraba por doquier, todos conocían al educado capitán, que había servido al Azote de Dios como puntal del trono.

Ahora se dirigía a toda prisa en la penumbra del crepúsculo hacia el campamento de las tropas auxiliares bárbaras. Éstas consistían en legionarios de los pueblos bárbaros diezmados, hijos de tribus dispersas, de pueblos aniquilados. De esta variada mezcla salían las mejores tropas del ejército. No tenían nada que temer de sus lejanos hermanos, y carecían de reyes a los que pudiesen llegar informes o noticias de ellos. Ante el campamento, un capitán habló a Orestes:

—Tú no puedes conocerme, señor, pero yo sé que eres Orestes.

Se inclinó según la costumbre romana. Orestes vio un rostro severo y expresivo, enmarcado por una escasa barba. Tenía ojos azules, una voz fuerte, y hablaba con fluidez la lengua de los guerreros romanos, pero se notaba que no era su lengua materna. Y, cosa rara, parecía que sus ojos azules, de aspecto tan germano, eran algo oblicuos, y su piel algo más amarilla que la de la mayoría de mercenarios de Panonia

o de las Galias.

—¿De qué me conoces, amigo, que pese a tu juventud eres ya centurión?

—Preferiría contártelo frente a una jarra de vino, si quieres acompañarme a mi alojamiento.

Orestes trató en vano de adivinar el secreto del desconocido. Entró con él en una casa de madera, cuyo sencillo mobiliario denotaba claramente que era el hogar de un soldado. El centurión vertió vino en las copas de bronce, y levantó la suya en un brindis.

—Soy el hijo de Edecón. Me llamo Odoacro.

Edecón y Orestes habían sido enviados de los hunos, y habían cabalgado por la interminable estepa cuando Atila les envió a ver al emperador de la Roma de Oriente. Los generales hunos habían mirado con recelo a Edecón, el alto dignatario, porque su madre no era huna y su mujer, escita. Conocía la lengua de los germanos y también algunas palabras griegas, y no era tan bajo, oscuro de cabellos y amarillo de piel como el pueblo de los hunos. Atila le había dicho una vez:

—Aprende la escritura de los romanos.

Entonces Edecón se compró un esclavo griego, que debía enseñarle el arte de la escritura. ¿Había aprendido Edecón realmente a leer y escribir?

Los dos juntos regresaron de Bizancio. Crisafios, el hombre de confianza del emperador, había prometido mucho oro a Edecón si asesinaba a Atila. Su hijo podía entrar en el palacio imperial, podría convertirse en guardia de corps, gobernador, dignatario eclesiástico, o capitán de la guardia de palacio. Edecón, en el camino de regreso, cuando cruzaban las montañas rocosas de Tracia y nadie podía escuchar sus palabras, se lo contó todo a Orestes. También le habló de su hijo. ¿Podía ser él este centurión? ¿Este capitán mercenario, de facciones singulares, que le había reconocido?

En Bizancio todo el mundo creía que Orestes y Edecón se odiaban mutuamente, porque Atila distinguía con sus favores ya a uno, ya a otro. En realidad, el rumor era un astuto ardid. Un enviado resentido era más fácil de sobornar, y un intrigante de la talla de Crisafios encontraría la rendija por la que deslizar el veneno de la sospecha. Edecón se lo relató todo a Orestes en la garganta de la montaña. Las conferencias secretas, y cuando el hombre enviado por ellos, Onegesio, traería el dinero. ¡Qué lejano quedaba todo aquello, qué joven era Orestes entonces! Y soltero. Cuando ambos hubieron cumplido con sus deberes de enviados, a él le esperaba una espléndida recompensa, pues el conde Rómulo, un auténtico noble romano, estaba dispuesto a entregarle a su hija como esposa.

—Recuerdo a tu padre con profundo respeto.

—Mi madre y yo esperamos vuestra llegada. Con vosotros venía una legación griega que deseaba ver al rey. Alojaron en nuestra casa a un escriba, y aún hoy me

acuerdo de su nombre; se llamaba Prisco…

Era mejor dejar descansar a los muertos. Hacía tiempo que Atila, Edecón, el emperador, y seguramente también el escriba, habían muerto. Orestes ya no era joven. Vivía con su hijo, que le diera la hija del conde Rómulo; ella había muerto al dar a luz. Desde entonces Orestes llevaba consigo a todas partes a su hijo, el cual ostentaba el nombre de su abuelo y del primer rey romano. Rómulo… el pequeño Rómulo, que crecía entre guerreros, en el cuartel, en eterna peregrinación.

—Conocí bien a tu padre… me haría muy feliz poder ayudarte… tu nombre es… ¿Odoacro? ¿Lo pronuncio bien? ¿Puedo serte de alguna utilidad?

El rostro del centurión se endureció; apartó la copa.

—¡Nos tratan como a perros! ¿Lo comprendes, Orestes? ¡Este cuartel! Y el otro en Tesino, y un tercero en Ravena. ¡Somos el imperio! Tú lo sabes, señor; vivimos como lobos vagabundos. No tenemos tierra en la que establecernos. No tenemos hogar, ni mujer. Tú tampoco, señor, puedes educar a tu hijo en otro lugar que no sea entre guerreros. En cambio, en el sur, en Roma… y también en Ravena, viven rodeados de lujo. Siguen teniendo dinero y mujeres en exceso, señor. ¿Por qué tenemos que soportar aquí este terrible verano por culpa de algunos centenares de patricios?

—Dices cosas peligrosas, amigo mío. Se nos ocurren muchas cosas, pero tal vez no sea prudente expresarlas en voz alta.

—Tú eres precavido. Ya lo dijo mi madre cuando volvisteis de vuestro viaje. Pero, señor, si nos aliásemos… tú y yo, y todos los que piensan como nosotros, que ya no son bárbaros y dominan la lengua de Roma. Cuando los guerreros oigan mi voz, me seguirán. ¿Sabes tú, señor, qué son las tropas auxiliares bárbaras? Guerreros unidos por la casualidad, que en el curso de los años han olvidado su lengua materna, pero que nunca aprenden correctamente la lengua de los romanos.

—Hemos de esperar un poco más, Odoacro. Sigue de cerca las noticias, y recuérdalo bien: guarda tu vino en el frescor de la bodega. Bizancio se ha cansado ya de que la diadema imperial, debida al favor de un príncipe borgoñano, siga coronando la cabeza de Glicerio. Pero al emperador le quedan todavía suficientes tierras, ejércitos y oro. Ha enviado a Roma un nuevo emperador; el nuevo Augusto goza del favor de León, o mejor aún, del de Verina. Su nombre suena latino: Julio Nepote. Es duque de Dalmacia. Debemos esperar, amigo mío, y ver qué nos trae el día de mañana. Si Nepote llega con las manos vacías, como el infortunado Antemio, la decisión incumbirá de nuevo a este cuartel. Espera, amigo mío, y conserva hasta entonces tu buen vino en un lugar fresco.

Atardecía. Orestes pensó que en tiempos tan agitados no debía dejar solo a su hijo Rómulo. «Quién lo hubiera dicho —pensó—. Edecón, de quien ni siquiera supe con qué religión vivía, no se quedó sin descendencia.» ¿Se parecía el hijo a su padre? Ya

era centurión, y a un centurión que hablase como éste y tuviera su ardiente mirada, los guerreros le seguirían como un solo hombre. El hijo de Edecón… aquí, en Mediolánum, en el cuartel. Orestes sonrió, como siempre, cuando entró en su casa y acarició la cabeza del rubio Rómulo.

IX

Cuando los guardias isaurios quitaron la vida a Aspar, el Patricio, Teodorico no se hallaba en Bizancio. Todo pareció ocurrir según un plan minuciosamente preparado, y durante aquellos días fueron alejadas de palacio todas las personas de quienes se sospechaba que se pondrían del lado de Aspar en caso de una revolución palaciega.

León y Verina debían a Aspar la púrpura imperial. El favor del omnipotente patricio, señor de las tropas, les había procurado el trono catorce años atrás. Estos años estuvieron llenos de crisis, guerras y expediciones navales. León se hubiera visto obligado a huir varias veces, de no ser por la mano dura de Aspar, que allanaba todas las dificultades. Cuando Aspar se opuso a la campaña de Basilisco, tenía sus motivos. Siempre había temido renovados ataques de los hunos. Aspar era bárbaro de sangre, y su ascendencia goda le unía con mil vínculos a sus diseminados parientes. También había visto un hermano de sangre en Teodorico, el otro, el hijo de Triario. Este Teodorico se elevó, pese a su origen humilde, de soldado a caudillo de su pueblo, separado desde hacía tiempo de los godos. Y fue precisamente a este Teodorico, al que llamaban el Bizco, a quien enviaron a Tracia para fortificar un paso de montaña. Una piedra lanzada con una honda le privó de un ojo en su juventud, y de ahí su apodo.

Hacía años que León acariciaba su plan para deshacerse de Aspar, que tenía en sus manos las riendas del imperio, pero que siempre había sido un extraño. El noble isaurio en el cual León encontró un digno rival de Aspar, se llamaba Zenón. Fue Verina quien le eligió, cuando tras la fracasada campaña de Basilisco quedó descartada la posibilidad de que el cuñado imperial pudiese suceder en el trono al enfermizo León. La elección de Verina recayó en Zenón, y el guardia isaurio recibió la mano de la hija del emperador, Ariadna. Aspar tenía a su cargo el cuidado del imperio, y mientras inspeccionaba la línea fronteriza del norte, en el palacio imperial se llevaron a cabo los preparativos. Detrás de cada partidario de Aspar se colocó a una sombra. Ya fuera eunuco, oficial de guardia, escriba o dama de la corte, todos tejieron una espesa urdimbre para la caída del omnisapiente Patricio. Ya desde la época de los pretorianos, la guardia imperial había jugado un papel decisivo en los cambios de emperadores romanos. Por este motivo fue disminuyendo cada vez más el número de godos en la guardia imperial, y aumentando el de los isaurios. Si algún godo quería volver con su tribu, era espléndidamente recompensado a fin de estimular a los demás a imitarle: con ello renunciaba a las deslumbrantes fiestas y a la buena paga, pero también a la vida incómoda y a la falta de libertad de un guardia de corps. Los lugares que dejaban libres los germanos eran ocupados por los fieles montañeses de Isauria.

Por fin pudo llevarse a cabo el asesinato del anciano Aspar, el puntal del reino. Todo se desarrolló a la perfección. Los eunucos le acecharon en el umbral de su cancillería, cayeron sobre él, le rodearon el cuello con un cordón de seda y le estrangularon. La noticia llegó velozmente a los sagrados aposentos del emperador. León y Verina dieron muestras de una gran emoción y se dirigieron a la capilla para rezar por el alma de Aspar. Entretanto, cada minuto llegaban nuevas noticias. Los isaurios habían desarmado a los oficiales godos; un oficial que protestó con firmeza fue degollado. El cambio total de la guardia se efectuó con rapidez, pues poco a poco se había licenciado a los hombres de confianza de Aspar. Las unidades godas de la guardia fueron reemplazadas por tropas diversas. Las divisiones de caballería habían sido enviadas a la frontera persa. En el camino de vuelta recibió Teodorico la noticia: Aspar ya no era su patrono. No debía nada al Patricio, y no le unían a él vínculos de sangre. En palacio todo el mundo sabía que el hijo del lejano príncipe godo era el favorito de Verina. Ésta sentía inclinación hacia el rubio príncipe, que se destacaba agradablemente en la corte de la Augusta por sus cabellos rubios con reflejos rojizos. Ahora se dio cuenta Teodorico de que todos le hablaban con reserva, o si era posible, le rehuían. Nadie sabía si todos los godos serían desterrados, hasta que llegó la noticia de que los godos consideraban al asesinado Aspar como uno de los suyos, aunque éste no hubiera hecho caso de tal vínculo mientras vivió.

Teodorico era demasiado joven para ser incluido en los cálculos, pero ya se le sometía a observación: con quién hablaba el hijo del rey godo, qué opiniones expresaba, si esperaba noticias de la patria, si enviaba mensajeros o recibía cartas. Los godos eran inquietos por naturaleza, cada primavera podía dar origen a una nueva efervescencia. Cuando se fundía la capa de hielo de la gran corriente, y las tierras inundadas volvían a secarse, era el momento de temer que, de alguna parte, desde cualquier dirección, la horda hambrienta y sedienta de botín de los godos se lanzara sobre Bizancio.

Un legado de los godos que habitaban la tierra del gran lago llegó a Bizancio. La convenida subvención anual del emperador no había llegado, la Cancillería era morosa en su trabajo, y ahora venían los enviados a reclamar el pago. En seguida miraron a su alrededor: ¿Qué pasaba en Bizancio, cómo estaba el hijo de su rey? Una noche, su antiguo armero consiguió hablar furtivamente con Teodorico.

—La fuerza de tu padre disminuye —dijo, y tras una pausa, añadió—: ¡Vuelve a casa!

Le habían enviado siendo aún niño a Bizancio, como garantía del tratado concertado entre el imperio y la tribu goda. Este convenio era conocido por todos, tanto en el Consejo del emperador como en el del caudillo godo; y sin embargo, este año no se habían pagado los subsidios.

Prisco le había dado instrucciones:

—Recuerda que la caravana de mercancías llega más lejos que la flecha.

»Sal a la ciudad durante las horas de la noche. No debes temer que alguien te mate a traición. En la Mesa arden lámparas que todas las mañanas se llenan de aceite. En las calles principales hay servicio de vigilancia, que también se extiende a las calles estrechas. En cada barrio encontrarás los cuarteles. Si en algún punto hay una alteración del orden, las tropas llegan a él antes de que la arena del reloj haya bajado dos rayas.

»Cuando estés en palacio, Teodorico, no te intereses solamente por los ejercicios gimnásticos y la equitación. Sube a los pisos y ve al ala donde los eunucos leen y escriben desde la mañana hasta la noche.»

Ahora Teodorico hablaba tan bien el griego, que era difícil adivinar cuál era su lengua materna. Todos los funcionarios se inclinaban ante el alto y bien proporcionado muchacho. Algún día sería el príncipe de un pueblo lejano. Hoy gozaba del favor del Augusto y de su esposa.

—Mira, Teodorico —le dijo el eunuco mayor, apoyando en la mano su rostro grave y arrugado—, en esta tablilla anotamos cuándo atraca un barco en el puerto. Designamos el barco con un número, y aquí indicamos su procedencia y el nombre del que ha comprado sus mercancías. De este modo es posible seguir, aunque pasen años, el camino de las mercancías. Y mira, en la tablilla siguiente figuran los barcos que han zarpado, y en la tercera están anotadas las caravanas, que atraviesan los desiertos y muchos países extranjeros. La paz de Bizancio les ofrece protección. Nos pueden traer seda de China, y telas preciosas, teñidas con la sangre del caracol de púrpura, procedentes de Tiro, que van destinadas en primer lugar al palacio imperial, naturalmente, pero siempre sobran tantas, que incluso podemos regalarlas a los reyes bárbaros.

—¿Por qué no dejáis trabajar a los esclavos en vuestros talleres?

—El esclavo sólo es dócil en apariencia. Siempre es preferible el trabajo del hombre libre. Verás, el jefe del departamento imperial de Beneficencia, que dirige todos los talleres del reino, acepta encargos de Damasco, Tesalónica, Antioquía o Adrianópolis, para mencionar sólo los más importantes. En un taller se anudan alfombras, en otro se teje el lino, de Alejandría llega el pergamino, de Sidón, el cristal, y de la isla de Samos, las valiosas ánforas; en Tesalia se fabrican los mejores muebles, y Biblos… ¡oh, amigo mío!, Biblos es famosa por sus libros. ¿Esclavos, señor? El esclavo carece de entusiasmo, trabaja con desgana, y sólo piensa en engañar a su amo, al que pertenecen sus días y sus noches. El propietario ha de mantener capataces, holgazanes a su vez, que hagan trabajar al esclavo. Como verás, todo esto contribuye a encarecer la mano de obra de los esclavos. ¿Y por qué confiarles herramientas valiosas? ¿qué ventaja le reportan si trabajan siempre con lentitud? Además, si de Bizancio llega la orden: ¡Basta, esta primavera no

necesitamos más telas!… ¿Qué hace entonces con los esclavos? No puedes decirles: vete, amigo mío, busca otro trabajo, y gánate el pan. Cuando el esclavo se va, sólo vale el esfuerzo de su trabajo. Entonces el hombre, su mujer y sus hijos tienen que ser alimentados. O puede ser vendido a otro propietario, que ha de enseñarle otro oficio. No, mi señor, cuando seas rey, no dejes trabajar a los esclavos. Todo el mundo quiere ser libre. Es una consecuencia de nuestra imperfecta naturaleza humana.

Teodorico contempló los apuntes. Sonriendo, el eunuco jefe se frotó las manos. ¡Vaya muchacho inteligente, no le dan miedo los números! Un escriba contaba los barcos salidos y entrados durante el mes.

—Verás, Teodorico, muchas veces se tiene la impresión de que el imperio es débil. La gente dice que nos humillamos ante los príncipes bárbaros. Te digo esto porque tú ya eres un poco de los nuestros. Tal vez un buen día consigas una doncella griega… una princesa como esposa. Conviene que lo sepas: en tanto nuestros barcos entren y salgan, en tanto los comerciantes de Bizancio puedan cruzar sin ser molestados innumerables comarcas extranjeras, el imperio será poderoso. Su Majestad Imperial no puede ocuparse personalmente de los barcos que entran y salen. Es un trabajo para sus modestos funcionarios, una de cuyas misiones es autorizar el atraque. Entonces van los aduaneros y hacen una lista de todas las mercancías. El capitán del barco sería puesto en el potro del tormento si tratase de ocultar algunas especias, a fin de obtener oro con su venta. Verás, Teodorico… esta semana ha llegado cera de Elis. Los talleres imperiales la están esperando… y si no hubiera venido se habría tenido que suspender el trabajo. Yo tengo que saber siempre de dónde esperamos mercancías… cuando zarpan los barcos. Frigia nos suministra tintes; el mejor vino lo recibimos de Lesbos y Gaza. Rodas nos suministra higos, pero también resina de buena calidad. El queso se prepara con la leche de las cabras dalmáticas, y los dátiles de Frigia son los más sabrosos.

»Estas mercancías llegan por barco. Las caravanas siguen el curso del Rha hacia el norte. Muchas salen del Quersoneso. Nosotros hemos de vigilar atentamente el camino principal, que empieza en Trapezunt y cruza la comarca de los armenios para dirigirse hacia el sur de Persia. Las mercancías de Taprobane llegan por barco o a lomos de camellos. Las descargan en el golfo Pérsico, y de este modo nos llegan a través de Siria. Desde Taprobane se puede navegar hasta los puertos egipcios, o llegar hasta las cálidas regiones del mar Rojo. Debes saber que desde Persia, nueve caminos atraviesan el desierto. En Bujara nos encontramos con los comerciantes chinos, que traen las más exquisitas mercancías desde su imperio del otro lado de la gran muralla. Taprobane es la llave, Teodorico; allí concurren las más diversas mercancías de todo el Oriente. Allí nuestros barcos cargan seda, áloe, pimienta, madera de sándalo, cobre, joyas y aceites perfumados. El Éufrates marca la frontera; en sus orillas tenemos ya estaciones aduaneras. Aquí los comerciantes han de pagar los primeros

impuestos por las mercancías que cargarán a bordo de los barcos en Taprobane y después, a lomos de los camellos, para introducirlas por fin en el imperio.

»Permíteme que te explique, Teodorico, las riquezas que existen en este mundo. Tú sólo conoces las regiones septentrionales, tu propia patria. ¡Qué sabéis vosotros de los tesoros que encierra el Oriente! Vosotros vivís como los hombres de la selva, y cuando oís una profecía, o alguien insulta a vuestro rey, os ponéis en marcha. Los guerreros… los caballos, los carros. No poseéis más tesoro que vuestras propias manos, Teodorico, y el hacha, la flecha y el escudo para protegeros de la espada. Créeme, en tiempos de paz el guerrero es más inútil que el más inútil de los esclavos. Está de mal humor y es difícil de dominar. Le atormenta la avidez del saqueo. Cuando no hay labriegos en la vecindad, ni ciudadanos cuyos habitantes trabajen, cuando no hay nada que robar, cuando no existen minas cuyo mineral pueda ser extraído, ¿de qué sirven los guerreros? No conocen más que el hastío, y esperan siempre, de la primavera al otoño y del otoño a la primavera, un milagro y una aventura. No saben labrar, ni cebar el ganado. Con el tiempo, la tierra en torno suyo será un erial. Donde han vivido tales pueblos, apenas si queda hierba.

—¡Sin guerreros, Bizancio estaría perdida!

—Teodorico, hoy mismo han traído estos cien nuevos sólidos de oro de la Casa de la Moneda. Mira cómo brillan, qué regular es su forma y qué perfecta su acuñación. El retrato de su Majestad Imperial está bien logrado. Si las pones sobre la balanza, ninguna moneda pesará más que la otra. Nadie comprueba el peso del sólido. Por doquier es sabido, en Taprobane como a la orilla del *lacus* Pelso, que ésta es la única moneda que siempre contiene la misma cantidad de oro. Mira, Teodorico, en esta casilla también hay sólidos. Pero éstos no tienen grabado el retrato de nuestro padre León… sino el de Teodosio II… y éste, la imagen de la sagrada Pulquería. ¿Lo comprendes? No importa quién sea nuestro emperador. Mientras trabaje un maestro en la Casa de la Moneda, mientras pueda pagarse al grabador y al acuñador, para que no se vean precisados a exponer la seguridad de su vida por culpa de una mañana llena de deudas… mientras en Bizancio se acuñen sólidos, habrá siempre guerreros que por estas monedas se unirán a nosotros, y habrá siempre príncipes que nos proporcionen guerreros. ¿En qué consiste el secreto de Bizancio? Paga puntualmente el sueldo, cada semana, antes de cada fiesta. Cada sábado al mediodía: a los guerreros, en plata, a los capitanes, en oro.

El eunuco mayor, que no llevaba armas ni tenía familia, dirigió sus ojos al cielo. Teodorico preguntó:

—¿Para qué vives tú, señor?

El príncipe de la estepa contempló el pálido y extraño rostro del hombre, cuyos pequeños y astutos ojos estaban hundidos entre dobleces de grasa. En el rostro no crecía la barba, sólo alrededor de las orejas había un poco de vello; los dedos estaban

siempre manchados de tinta, pero la túnica era de una blancura inmaculada.

—Casi todos los días escribo hasta que llega la noche. Durante el día recibo muchas visitas. Su Majestad Imperial me honra pidiendo mis informes. El trabajo no se interrumpe nunca. Tomar nota de todo, conocer los detalles, saber con qué cuenta el imperio: ¡para eso vivo, señor! Para las tardes en que sólo me rodean mis ayudantes de confianza. Sumamos y restamos. A menudo nos sorprende aquí el amanecer. Pero los documentos están terminados. Entonces sólo queda el trabajo de los escribas, que transcriben las actas con tinta de plata o de oro, según la mesa a que se hayan sentado. Para esto vivo, señor. Por este motivo nos reservan las habitaciones del palacio imperial; porque no hilamos, ni forjamos, ni teñimos telas, ni molemos pimienta. Nosotros trabajamos con letras y números. Carecemos de familia, de hijos, y tal vez sea precisamente por esto que guiamos los destinos del imperio con mayor devoción, con voces roncas e infantiles, piel fláccida y grasas prematuras. Somos todos iguales, exactos y valiosos… como las monedas de oro, los sólidos.

Se rio. El dinero estaba allí amontonado, el oro que representaba todas las posesiones y todos los goces: casa, mujeres, armas, servidores, fiestas, barcos… Cuando esparció los sólidos sobre la mesa, en sus ojos no brillaba la codicia; para él el oro era una mercancía que enviaba a Sidón, a Sirmio, a Istria, al Quersoneso o a África. Por doquier se inclinaban ante él los príncipes de la tierra. El eunuco dijo a los sólidos:

—Recorred vuestro camino, para convertiros en mercancía, en trabajo para los remeros, guardias y camellos. Recorred vuestro camino, sólidos redondos con la efigie de este o aquel emperador. Bizancio es eterna. Mientras las murallas sigan en pie, los Azules y los Verdes se vigilarán mutuamente. Este incorruptible escriba y el atractivo sonido de las monedas protegen a Bizancio.

X

El hijo de Triario, Teodorico el Bizco, visitó a Teodorico, descendiente del héroe y semidiós Amal. El hombre maduro y el joven príncipe en plena adolescencia se encontraron frente a frente en el palacio imperial; en el largo pasillo que conducía a las habitaciones de los príncipes residentes en la corte como rehenes, alumbraban por doquier las lámparas de aceite, y los esclavos esperaban las órdenes de sus jóvenes amos. El hijo de Triario no hubiera tenido que decir ni una sola palabra: los surcos y las cicatrices de su rostro, y la cuenca roja del ojo perdido hablaban del duro camino que a través de los años hubo de seguir Teodorico el Bizco. Hijo de un capitán mercenario, había empezado como simple armero, y ascendiendo poco a poco a miembro de la guardia. Ahora era el caudillo de los godos. Una tribu errante, separada de las otras, le había nombrado su jefe. Cruzó con su carro los montes de Macedonia y las estepas de Tracia, buscando su patria. Cuando necesitaba alimentos, saqueaba las ciudades. Si no hallaba una ciudad, atacaba las aldeas; y por donde los godos pasaban ya no volvía a crecer la hierba. Pese a ello, Teodorico, el hijo de Triario, no dejó de informar acerca de todas sus hazañas a la Cancillería de Bizancio.

Aunque era caudillo de una tribu siempre errante, conocía todos los rincones del palacio imperial de Bizancio, daba consejos a los eunucos y repartía regalos entre los esclavos de palacio. Siempre se acudía a Teodorico el Bizco cuando se trataba de «cuestiones godas».

Los dos Teodoricos se hablaron en godo. Eligieron la lengua de sus antepasados y ninguno de los dos quiso confesar que hubiera sido más sencillo conversar en griego. Muchas veces tuvieron que repetir las frases; apenas comprendían su significado, pues ya no era la misma lengua goda que antes hablaran. De vez en cuando tenían que intercalar alguna palabra griega. El Bizco contemplaba al príncipe Teodorico, descendiente de Amal. ¿Qué ocultaba la túnica de corte, la diadema griega, el rostro afeitado, los ojos azules? ¿Era todavía un niño o un joven guerrero que ya se preparaba para poner fin, cuando muriera su padre, a las luchas entre las diferentes tribus?

—¡Teodorico, hijo de Amal, debemos estar unidos! El emperador es bondadoso, pero el imperio es de tal magnitud, que le es imposible ocuparse de todos nuestros problemas. Me dijo hace pocos días: «Buscaos una nueva patria cuando hayáis agotado los recursos de la tierra en que vivís. Buscaos una patria donde no haya ciudades ni aldeas, ni vivan hombres trabajadores; en la que abunde la hierba y el grano, y así tengáis pan y cerveza. ¡No debéis ir en busca de botín ni causar daños en ninguna parte! Vuestros guerreros han de servir al imperio. A una palabra mía debéis montar vuestro caballo y esperar mi orden sobre a qué lugar del imperio habéis de ir a

luchar».

El Bizco habló sonriendo. Su rostro inspiraba terror: como un faro del puerto, su único ojo se apagaba de vez en cuando, y su fulgor repentino deslumbraba. ¿Quién era este Bizco? ¿Un espía del eunuco mayor? ¿Querría Verina ponerle a prueba, a él, el hijo de Amal? ¿Querría saber si el rehén se había convertido en alumno devoto? ¿Quién era este hijo de Triario? ¿Cómo se atrevía a levantar la vista hacia un descendiente de Amal? ¿Acaso un vagabundo que pretendía la amistad de un vástago de los dioses? Tal vez estaba intentando atraerle: ¡Únete a tus hermanos de Occidente! Si nos unimos los godos de todo el mundo, podemos derribar a Bizancio desde aquí, desde dentro. ¡Todos los tesoros caerían en nuestras manos, todo el poder pertenecería a los godos!

—¿Por qué has venido a verme, señor? Sabes que soy un huésped en este palacio. Mi padre vive. Su palabra es ley en el Consejo de los guerreros godos. El emperador es bondadoso y magnánimo con mi pueblo. Mi pueblo habita los verdes pastos que hay entre Istria y el gran lago. La subvención del emperador llega puntualmente. Nuestros guerreros protegen el imperio y vigilan a las tribus hunas. ¿Por qué tendríamos que atacar al imperio, Teodorico?

El hijo de Triario se volvió hacia la ventana. En este momento, en la «hora azul», un velo finísimo procedente del mar se extendía sobre Bizancio, y la ciudad protegida por los ángeles era tan hermosa, tan poderosa, que se tenía la impresión de que el favor divino jamás la abandonaría. En el puerto del Cuerno de Oro había anclados cientos de barcos. Las naves que cruzaban el Helesponto navegaban tan juntas, que parecían una calle trazada de una orilla a otra del estrecho.

¿Conquistar esta ciudad los jinetes godos, que no tienen otra cosa que sus flechas y sus carros?

—Concertemos por lo menos una alianza, hijo de Amal. Cuando seas rey de tu pueblo, alarga la mano al mío. Reinaremos juntos… y cuando yo muera, tú serás también rey de mi tribu.

—¿Qué quieres ser mientras tanto, Teodorico? ¿El más poderoso de los godos? ¿A fin de poder vender nuestros guerreros aún más caros a Bizancio? ¿Es eso lo que quieres, Teodorico, hijo de Triario?

El muchacho ya era un hombre. Las palabras godas saltaron como chispas, su rostro se enardeció y cerró los puños.

—¡Ten cuidado, Teodorico! Es peligroso para un joven caminar rodeado de enemigos y sin la compañía de un solo amigo. En Bizancio serás siempre un bárbaro. Los poderosos te observan llenos de suspicacia. ¿Qué te gustaría ser, Teodorico? ¿César del imperio? ¿Quieres renegar de la fe arriana y prestar juramento por las fórmulas de Nicea? ¿Quieres renunciar totalmente a tu lengua materna, la lengua goda, y adoptar un nombre griego? ¿Quieres solicitar la mano de cualquier lejana

sobrina isauria de Verina? ¿Tú, el descendiente de Amal, el príncipe de la estepa? ¿Crees, amigo mío, que algo de ello sería posible? Tu pueblo te repudiaría, tu madre te maldeciría. ¡Ten cuidado, Teodorico, eres aún demasiado joven para caminar solo!

La estepa se encontraba inmensamente lejos de Roma e inmensamente lejos de Bizancio. Año tras año rugían las tormentas sobre el gran lago, y el huracán derribaba solitarias columnas romanas. Todos los años se desmoronaban algunos metros de muralla. Tras los cálidos estíos no podían alimentarse los rebaños en los pastos resecos, y la población de las aldeas circundantes disminuía. Los señores godos no llevaban en la mano otra herramienta que las armas. Entendían de caballos y de caza, y pescaban en el lago con el arpón. Pero ¿qué señor sembraba en primavera, tomaba el arado o segaba el trigo con la hoz?

Los señores godos estaban inquietos y vagaban por la comarca. Las tribus gépidas se mostraban hostiles; cualquier día, cualquier noche podía esperarse un ataque. También eran hostiles los hunos y los sármatas. La estepa parecía ilimitada, pero era un hervidero en todos los límites. ¡Por doquier acechaba el peligro! El gélido viento que soplaba del Danubio hacía temblar al ganado, y los propios godos pasaban hambre entre las ruinas de la ciudad romana.

La legación que regresaba a la residencia del rey godo desde Bizancio, traía noticias de Teodorico. Vivía rodeado de lujo; en la proximidad de la augusta pareja se veía al rubio príncipe vistiendo costosos ropajes. Iba y venía con la misma dignidad que los demás residentes del palacio imperial. Tenía un lugar al borde de los jardines imperiales cuando en el hipódromo aplaudían cien mil espectadores a los conductores de carros de los Azules y los Verdes. Los enviados oyeron decir que su príncipe hablaba con todos en sus distintas lenguas, pero que entre todas prefería el griego. Sin embargo, cuando habló con los enviados de su patria en la abovedada estancia del palacio, mientras les agasajaba con vino de Chipre, empleó la entonación y los giros de su pueblo. Se acordaba de todos, incluso del nombre de los caballos de los nobles. El gran lago, el cañaveral, las tormentas y los pájaros seguían vivos en él. Les entregó regalos para su madre Erelieva y para sus hermanitas, las hijas de su padre.

—Vuelve a casa, Teodorico —le dijeron los enviados, o por lo menos, eso le pareció oír.

Había muchas divergencias y disputas entre las tribus; caballos robados, pastos reclamados por ambos bandos, cacerías en tierra ajena; riñas acerca de dónde tenía que estar la balsa, dónde se podían echar las redes, adonde había que llevar los caballos a pastar. Los departamentos del príncipe se hallaban en el segundo piso del palacio imperial. «Mira —dijo al legado—, a tus pies está la ciudad: el cabo, el gran mar, el estrecho, el Helesponto, el Cuerno de Oro, el mar de Mármara. Las naves de tres continentes se dan cita aquí para descargar sus mercancías.» El legado dijo: «Desde aquella colina donde se levantaba cuando eras niño la casa romana, en cuya

bodega encontrasteis ánforas y plata, desde aquella colina bajaron unos gépidos ladrones de caballos y robaron algunos caballos que pacían algo separados del resto».

Desde la ventana se contemplaba Bizancio, que era sólo una minúscula parte del mundo; sin embargo, el imperio, que profesaba una fe y respetaba a su emperador, era mil veces más extenso. Caballos robados, riñas por una franja de pastos, gépidos… todo ello parecía un hormiguero, visto desde el segundo piso del palacio. Y no obstante, la imagen, que ya tenía diez años, se iluminó, se abrió paso entre los recuerdos y apartó a un lado el océano de casas, el puerto, la flota, el circo y los millones de habitantes. Teodorico vivía de nuevo en la estepa, que no tenía límites, solamente piedras miliares romanas que se alzaban cada mil pasos en las antiguas calzadas; nadie hacía reparar aquellas calzadas, y pese a ello transitaban por su dura y azulada superficie los carros y los jinetes de los godos, a través de bosques, lomas y pantanos. Era lo único del imperio que se conservaba en la estepa: Vía significaba entonces, junto con otro nombre, una dirección. De Roma se conservaban en la estepa las murallas que rodeaban la residencia del rey, villas sin tejado y columnas de rotos capiteles. Se acordó del viento y de las tiendas de piel, y olió de nuevo el hidromiel fermentado. Vio la suciedad. En Bizancio, en el palacio imperial, el agua caliente salía de tuberías. El agua no dejaba de manar, desaparecía en las alcantarillas y volvía al océano. Viento, tiendas de piel. Pero la estepa le pertenecía.

El legado de los godos conocía a Prisco desde el tiempo en que éste visitara por primera vez la corte de Atila, en la tierra situada entre Istria y Tisia. Además, el legado había venido repetidas veces a Bizancio y comprendía un poco el griego. También sabía contar el dinero que le entregaban en concepto de subvención, lo cual hacía con mucha atención, porque a los eunucos de la Tesorería les gustaba escatimar unos cuantos sólidos a los bárbaros.

—Ya es tiempo de que regreses a casa, Teodorico. Los hombres están inquietos. Somos pobres. ¿Qué podemos comprar con el par de bolsas de dinero que nos llevamos de aquí? Los mercaderes van aumentando el precio de sus géneros a medida que se alejan, y al llegar al gran lago todo vale diez veces más. No tenemos hierro para forjar espadas y lanzas. No tenemos comida cuando la nieve se derrite. Somos incapaces de curtir nuestras pieles para hacer sillas, ropas y tiendas. Somos pobres, señor. Los muchachos han ido creciendo; tus antiguos compañeros ya son jóvenes guerreros. Arden de impaciencia. El pan del emperador es amargo. Italia sigue viviendo en la abundancia, y Bizancio es el paraíso. En cambio nosotros sólo podemos vivir en la estepa, entre el lago y el río, y no podemos molestar ni saquear a los otros aliados del emperador. Es como en los viejos tiempos, cuando Atila nos echaba un trozo de tierra como si fuera un hueso, para tener contentos a los godos que creían en Cristo.

—Pronto acabarán las incursiones desenfrenadas. Verás, Mundo, el nieto de Atila

vive aquí, en palacio. El día en que recibió el bautismo juró fidelidad al emperador.

—Tú vives aquí, Teodorico, y sabes muchas cosas. Vuelve a casa. Todos preguntan por ti en invierno, junto al fuego, y hablan de ti cuando en otoño caen las estrellas. Da a los pobres godos una nueva patria…

Desde el segundo piso vio a la legación goda cargando sus carros. Tuvieron que apartarse a un lado cuando pasaron otros carros; después llegó un jefe de los Azules o los Verdes a visitar las caballerizas. También pasaron literas en las que se trasladaban de un lado a otro los eunucos. Aparecieron mercaderes ambulantes. Husmearon el dinero y ofrecieron a los godos vino, caballos, armas y carros. Tal vez el anciano se dejó engatusar y compró a buen precio alguna insignificancia con sus sólidos. Con qué precaución se comportaba el legado en la gran ciudad, cuyas leyes desconocía. Estaba nervioso, aquí podrían atacarle, y quería traspasar cuanto antes las murallas Teodosianas. Le asustaba la ciudad, sus multitudes y el ruido. Le repugnaba el olor de cien mil lámparas en las que ardía aceite de mala calidad. Ahora ya partían hacia la patria. El anciano no perdió de vista ni un solo momento el carro cubierto de pieles, pues su carga de oro era muy valiosa.

¡Vuelve a casa, Teodorico! Estas palabras le sonaron al oído durante mucho rato, las oyó por encima del griterío de la calle, y el rumor del Hipódromo las amplificó.

XI

El nuevo emperador de la Roma de Occidente, Julio Nepote, confió a Orestes, el mejor conocedor de los asuntos galos, la dirección de las negociaciones. La Galia, única provincia que permanecía en poder de Roma, se hallaba en gravísimo peligro. Eurico, rey de los visigodos, reivindicaba la provincia. Gran parte de la población era católica, y hablaba latín como los romanos. Naturalmente, tanto los campesinos como los habitantes de la ciudad temían a los godos arrianos.

Eurico había dado una prueba del sistema bárbaro de hacer la guerra. Era cierto que sus jinetes no podían echar abajo las murallas de piedra de las ciudades galas, pero el hambre acababa en pocas semanas o pocos meses con las ciudades pequeñas. Eurico vendía a sus habitantes, que, reducidos a la categoría de animales, tenían que trabajar toda su vida como esclavos de sus señores bárbaros.

El emperador esperaba que Orestes encontraría un remedio de tan difícil situación, porque se había educado en la escuela de Atila y aprendido allí el doble juego de las amenazas y las promesas. Conocía los deseos y ambiciones de las tribus bárbaras, y también de las dinastías y los pueblos de origen reciente.

Eurico pretendía obtener mediante un tratado toda la Galia, gran parte de la cual ya habían conquistado sus ejércitos. Exigía un documento solemne, una firma imperial y una bendición eclesiástica. Si se los concedían estaba dispuesto a reconocer una línea fronteriza que aseguraría para Roma un tercio de las antiguas Galias, mientras que el resto pertenecería a los godos.

Las escasas fuerzas romanas de la Galia estaban bajo el mando del acreditado Ecdicio, a quien dos emperadores habían prometido la dignidad de patricio, sin que todavía hubiera sido firmado el decreto de nombramiento.

Cuando se difundió la noticia del ignominioso pacto galo, la mirada de los colonizadores romanos se posó en Ecdicio: Si el imperio nos abandona, tú eres el único que puede ayudarnos. La Galia ha de decidir su propio destino; puedes disponer de nuestras vidas y nuestros bienes.

Ecdicio no dio muestras de apresuramiento. Primero fingió obedecer las órdenes, reunió a su alrededor a las fuerzas romanas, y entonces se volvió hacia Ravena y les hizo saber su negativa.

En Ravena, la Cancillería se hallaba precisamente ocupada en la redacción del memorable tratado de paz romano-godo cuando llegó la noticia de la desobediencia de Ecdicio. El general decía: «El emperador no tiene derecho a renunciar a una antigua tierra romana, ni puede vender la provincia en una hoja de papel. Ciudadanos y campesinos formarán ejércitos que corten los caminos y construyan murallas en torno a las ciudades más pequeñas».

¿Qué se proponía el arbitrario general? También a esto contestó: Ecdicio fundaría una república gala libre, independiente de la incapacidad y la tiranía de los emperadores de fugaz reinado.

Los consejeros de Ravena fueron presa de repentina excitación. Habría que mantener a raya al sedicioso Ecdicio, que osaba desobedecer a su emperador. ¡Ante todo era preciso saldar cuentas con los amotinados! En los alrededores de Roma se reunió el último ejército disponible.

Orestes pasó revista a las tropas. ¿Un ejército? Sólo débiles legiones… Los guerreros de Julio Nepote, alistados en Bizancio, eran antiguos partidarios de Glicerio, que hasta ahora se habían dedicado a desvalijar a los viajeros en los montes sabinos. Sería muy difícil convertirlos en un auténtico ejército romano. Orestes consideró la empresa casi desesperada. Informe tras informe salió en dirección a Ravena. Como respuesta llegó un decreto imperial elevando a la categoría de patricio al antiguo secretario de Atila.

En la Urbe, el nuevo patricio habitaba el ala del palacio del Palatino que aún conservaba el tejado. Cuando salía para adiestrar a las tropas, los residentes del barrio solían ver al abuelo Rómulo, encorvado por la edad, paseando con su nieto, rubio y de ojos azules, que se llamaba Rómulo Augústulo. Se detenían en una de las basílicas, el achacoso anciano permitía al muchacho encaramarse a una de las viejas tribunas del Foro Romano, y entonces el abuelo pedía al nieto que declamase.

Orestes ya no era joven, los años habían cavado surcos en su rostro. Ahora, de pronto, todos los esfuerzos le pesaban. Tenía que encargarse de sacar dinero para el abastecimiento y las soldadas. Trataba con proveedores y buscaba el dinero donde y como podía.

La orden del emperador era: ¡Tomad las armas! ¡Castigad a Ecdicio, el renegado! ¡Reinstaurad la paz en la Galia! Devolved al rey de los visigodos las provincias romanas que le fueron prometidas.

Orestes contaba con Odoacro, el hijo de Edecón. El rango de lancero era demasiado poco para un capitán tan joven y valiente. Le hizo ascender, escalón por escalón. Durante su viaje con Edecón a través de Tracia, el padre había hablado de su hijo. Odoacro debía tener entonces los mismos años que tenía ahora Rómulo Augústulo. Sí, el hijo de Edecón también podía añadir a su nombre un nombre romano. Pero qué bárbaro sonaba Odoacro en los oídos romanos.

En aquel tiempo Edecón era más viejo que él. Sin embargo, se llevaban bien, y sólo en apariencia sentían celos el uno del otro. En realidad había sido Edecón quien recomendó a Atila al políglota, astuto y educado Orestes.

Las noticias recibidas por Orestes eran contradictorias. A un conocedor de la situación debían parecer muy dudosos los rumores que llegaban del norte de Italia. Los guerreros no participaban de buen grado en una campaña contra ciudadanos

romanos.

Entre las legiones cundía el malestar. El general comprendía por innumerables indicios que el horizonte se estaba oscureciendo. La mayoría de guerreros eran bárbaros, y no obstante, Roma seguía siendo para ellos una estrella luminosa, y soñaban con poderse llamar algún día, cuando hubiesen cumplido su servicio, *civis romanus*. El hechizo de las palabras «ciudadano romano» aún no había perdido su fuerza. Y aquellos contra quienes pretendían mandarles a luchar eran también romanos, cuya única aspiración era pertenecer al imperio y no estar sujetos a los godos. ¿Luchar en la Galia? ¿Asesinar al hermano católico? ¿Al ciudadano que esgrimiría su arma bajo el mando de su obispo y por la libertad, la patria y el honor de su hija? Fueron noches muy turbulentas las que pasaron los centuriones en la tienda de sus capitanes.

La orden del emperador decía: En cuanto se acerquen los idus de marzo, Orestes debe salir con el grueso del ejército y dirigirse hacia la Galia. Todavía faltaban algunas semanas para que se secasen las calzadas, húmedas de las lluvias invernales. El objetivo era Aquitania. Ciudad y provincia debían ser entregadas a toda costa, según estipulaba el tratado, al mandatario de Eurico.

Los senadores de Roma habían abandonado al emperador. Julio Nepote residía en Ravena; para ellos esto significaba su negativa a gobernar con el senado.

Los patricios miraban con preocupación hacia la Galia. Era la única provincia que le quedaba a Roma. Ahora, ¡ese emperador llegado del extranjero la regalaba a un príncipe bárbaro!

Orestes habló con las tropas auxiliares hunas, así como con los antiguos guerreros toscanos de Glicerio. Los conocía a todos, y ellos se confiaron a él: a quién era necesario vigilar, bajo qué rostro se ocultaba un hombre de Ravena. Por fin llegó la mañana del mes de marzo en la cual el ejército enfiló la Vía Appia. Muchos habitantes de la urbe acudieron en tropel para contemplar la marcha del ejército, un espectáculo que no habían visto hacía mucho tiempo. Se restablecieron antiguas costumbres, los portadores de la insignia levantaron en alto el águila de bronce. Pasó la caballería pesada bizantina, seguida por la caballería ligera de los bárbaros, con arneses de cuero, arcos y flechas; después marchó a paso regular la infantería romana, con coraza, escudo y lanza, el orgullo de la ciudad. Las tropas llevaban consigo máquinas para el asedio. Bajo las ruedas de las catapultas y de los onagros retumbaba el empedrado del camino real.

¡Ave, César!, quisieron gritar a Orestes algunos senadores, pero la severa mirada del patricio estaba fija en el ejército. ¿En qué pensaba Orestes? ¿Recordaba la marcha de la caballería de Atila, en salvaje desorden, desde las orillas del Danubio? Orestes se hallaba ya en la segunda mitad de su vida, pero todavía era un hombre fuerte y robusto. Detrás de él montaba un pequeño caballo su rubio hijo, el ídolo de los

legionarios: Rómulo Augústulo.

Roma se despidió de ellos. Al amanecer, la urbe tuvo ocasión de ver de nuevo a las tropas. Las órdenes eran que todo el ejército se concentrase en el Forum Livii. Allí se dividiría en dos partes. La guardia de corps y las mejores unidades debían dirigirse hacia Ravena. Su objetivo era la costa del Adriático, mientras que Orestes seguiría su marcha hacia la Galia con el grueso del ejército.

Forum Livii. El ejército llegó tras una larga marcha al fortificado acuartelamiento. El caprichoso marzo, el mes de los guerreros, había agotado a las tropas con intervalos de lluvia, nieve, temperaturas bajo cero y un cálido sol primaveral. Aquí esperaron a Orestes, a fin de que separase el grueso del ejército y enviase a Ravena a los mejores jinetes, la guardia de corps y la mitad de las legiones. Según las órdenes, la división del ejército debía hacerse tras un día y medio de descanso, transcurrido el cual el patricio debía emprender inmediatamente la marcha hacia la Galia.

Orestes convocó a los oficiales para una conferencia. En ella se decidiría quien marcharía hacia el norte y quien, hacia Ravena, para servir al emperador en la costa del Adriático. Los legionarios estaban de mal humor. Una marcha como aquélla agotaba incluso a los más fuertes. Los animales se habían adelgazado durante el largo invierno. ¿Era prudente afrontar en tal estado los pasos de los Alpes?

Orestes hizo esperar a los oficiales… deliberadamente. Mientras tanto se sirvieron vino de Orestes. Faltaba muy poco para la medianoche cuando finalmente apareció el patricio.

Antes de abandonar su alojamiento, Orestes despertó a su hijo. Con infinito amor acarició sus cabellos rubios; el muchacho, algo malhumorado, pero obediente, se frotó los ojos.

—Toma tú también tu espada —dijo el padre.

El niño bostezaba, soñoliento, mientras pasaban por entre las filas de guerreros y guardias de corps; así llegaron a donde esperaban los oficiales. Llovía sin interrupción.

—Cúbrete la cabeza con la capa, Rómulo —recomendó el padre, y pensó que a esta edad él ya vivía sobre la silla y había tomado parte en las incursiones de los hunos.

El patricio permaneció un minuto en el umbral. La apasionada conversación se oyó desde fuera.

—Al alba debemos emprender la marcha. De Ravena ha llegado la orden de dividir el ejército.

—¡Nosotros no iremos a la Galia!

—¡No puedes desobedecer la orden del emperador!

—No existe una ley por la que pueda obligarnos a ahogar en sangre la rebeldía de Ecdicio.

—¿Qué puedes hacer tú para impedirlo?

—¡Con esta espada soy más fuerte que el emperador! ¿Qué clase de emperador es éste, que se oculta en los pantanos de Ravena?

—A mí me debe dos meses de paga. Cuando me haya pagado, decidiré lo que voy a hacer.

—¿Decidir tú? ¿Un gusano, un don nadie?

—Glicerio fue emperador, y hoy es un obispo con la cabeza rapada.

—¿Cruzar los Alpes con este tiempo? Sería tentar a Dios.

—¿Quieres vivir eternamente, Lucio?

Orestes oyó las voces. Denotaban ira, decepción, ánimo rebelde, pero la indignación aún no tenía una forma concreta. Cuando él entró, no le saludaron con ningún «Ave», pero todos se levantaron de sus asientos.

No estaban de acuerdo. De haber seguido bebiendo vino, hubieran acabado peleando. Algunos ya habían perdido su dignidad de oficial, y se advertía en ellos al antiguo mercenario. La orden que el patricio llevaba en la mano había sido redactada con mucha torpeza por algún miembro de la Cancillería; aun en tiempos de paz, un general obedecía de mala gana una orden como aquélla.

«Se ruega comuniques qué unidades has enviado al Adriático. ¡Apresura tu marcha, evita cualquier dilación! Esperamos tu informe, en el que nos digas que ya has cruzado la frontera de Liguria.»

Cuando Orestes leyó la orden, el tono de su voz traicionó el desprecio que le inspiraba. Durante un minuto reinó el silencio. ¿Reprimirían aún su indignación? ¿No era todavía el momento de dar rienda suelta a las pasiones…? ¡Entonces se produjo la primera negativa! Veinte severos rostros de legionarios, cubiertos de cicatrices, se volvieron hacia el hombre que había roto el silencio. Su «no» causó el efecto de un rayo.

El muchacho rubio miró, sobresaltado, a su padre. Así no le había visto nunca: en estos momentos decisivos, la excitación de Orestes se parecía al éxtasis.

—Decide tú, Orestes; eres el patricio. ¡Tú tienes la palabra!

Así debió erguirse César en el Rubicón quinientos años antes.

—¡Ya lo he decidido! ¡No vamos a la Galia! Mañana temprano se pondrá en marcha todo el ejército, directamente hacia Ravena.

«¡Ave! ¡Ave!» Pero era preciso insistir más.

—¡Legionarios! Quien quiera venir conmigo, que levante la mano. Todos tenéis derecho a elegir la otra alternativa. ¡Amigos míos, decidid!

«¡Ave! ¡Ave!» Dos manos se levantaron en seguida, pero cuando las vieron los que vacilaban, se unieron a ellas.

—¡Roma ha hablado!

Orestes pensó: «Es de noche, hablan entre los vapores del vino. ¿Qué ocurrirá

mañana, cuando los oficiales estén sobrios, cuando se haya mitigado su indignación?»

—¡Legionarios! Puesto que está decidido, no debemos perder un solo momento. Si ahora partiera un jinete, que con la esperanza de una recompensa llevase la noticia a Ravena, nuestra suerte estaría en peligro. Hemos de renunciar al sueño por esta noche, y vencer el cansancio del cuerpo.

Las cornetas tocaron la orden de marcha. El muchacho rubio parecía cansado bajo la lluvia. Su padre lo cubrió con una pesada capa. La caballería enfiló la calzada a un trote ligero. La siguió, en los carros, la infantería. Si todo iba bien, en tres días podrían poner cerco a la inadvertida Ravena.

—Entonces tendré en la palma de mi mano al emperador y al imperio.

—¿Quieres ser emperador, Orestes? —preguntó un viejo centurión que servía bajo su mando desde que llegase a Italia tras la caída del reino de los hunos.

Por las venas del niño fluía sangre romana. En su nombre, por dos veces, estaba representada Roma. El muchacho tiritaba de frío. Dijo de improviso:

—Tengo hambre.

¡En marcha! Los legionarios se fueron desperezando lentamente. En el campamento reinaba el estrépito y el mal humor. ¡Espitar las tinajas de vino! El maestro contable tiene que recoger los últimos sestercios de la caja del campamento. A partir de hoy todos recibirán paga doble. No vamos a la Galia. ¡En marcha hacia Ravena!

Ravena era inexpugnable como ciudad. Por este motivo la elegían siempre como sede los emperadores que temían a los ejércitos, los levantamientos y la muerte negra. Una enorme comarca pantanosa rodeaba la ciudad, y hacia el sur se extendían espesos bosques a lo largo de la costa; tampoco por aquí podía avanzar un ejército. Classis, el puerto, era muy apropiado como lugar de reunión de la flota, pues estaba protegido y muy cerca de la capital. Desde el mar soplaba siempre una agradable brisa, y no hacía el calor agobiante de la Urbe. El viajero bizantino que llegaba a Italia, prefería vivir en Ravena. Aquí no se veían jamás las masas de gente que se agolpaban en la Ciudad Eterna para pedir —muchas veces con piedras y palos— juegos y pan.

Ravena era inexpugnable si se mantenía la vigilancia y una cadena de centinelas al borde de los pantanos para impedir una invasión. Con fuerzas relativamente escasas, cualquier ejército podía ser detenido frente a la ciudad.

El ejército había avanzado durante toda la noche. Ahora apenas llovía, y entre las nubes se asomaba la luna llena. La noche era fresca, pero un ligero viento que soplaba a sus espaldas prestaba animación a hombres y caballos. A Orestes le vinieron a la memoria mil estratagemas bélicas que aprendiera junto al rey de los hunos. Habían pasado veinte años desde que al Azote de Dios le sangrara la nariz en

su noche de bodas. Las horas de la noche parecían más largas. El ejército había dejado atrás un tramo considerable de la calzada que conducía hacia el este, cuando Orestes llamó al mejor hombre de su guardia.

Quería enviar una noticia a Julio Nepote y certificar el mensaje secreto con su anillo.

«Comunica al emperador —decía el mensaje— que la fidelidad de Orestes no ha flaqueado ni un solo minuto, pero que es impotente frente a los soldados que se niegan a obedecer: no quieren ir a la Galia. El patricio Orestes no puede hacer otra cosa que evitar la dispersión del ejército, por lo que lo conduce hacia Ravena. Durante el camino hará todo cuanto esté en su mano para retrasar la llegada. Sin embargo, no recomienda al emperador que aguarde la llegada del ejército. Los agitadores se han hecho dueños de la situación, e inflaman los ánimos contra Bizancio. Orestes, el patricio, insta a su señor a que se embarque y abandone Ravena. De este modo evitará a la ciudad un asedio innecesario. Cuando haya pasado la tormenta y los guerreros estén tranquilos, podrá regresar.»

Orestes contaba las horas. La vanguardia avistaba ya los pantanos cuando llegó el mensajero montando otro caballo. Levantó el brazo en el saludo romano: ¡Ave! No pudo decir nada más, pues su mensaje era secreto, pero los legionarios supieron leer en su rostro, que rebosaba satisfacción.

Al principio, Ravena quería luchar y hacerse fuerte tras las murallas. Cuando se hizo recuento, resultó que cinco mil hombres armados protegían la soberanía de Julio Nepote. Podían defender la capital. En marzo, la caballería no encontró en los alrededores suficiente heno, como tampoco suficiente carne y pan. Pero entonces habló Lucio con lanceros y centuriones. La palabra de Orestes era palabra de patricio. Su peso era considerable. «¡Guerreros, no sirváis a ningún griego!»

Ante las murallas de Ravena anunció el general de la caballería huna que los vados se encontraban en sus manos y que la capital se hallaba estrechamente sitiada, comenzando desde el bosque de pinos. No hubo resistencia en ningún lugar; Ravena semejaba una colmena abandonada. La ciudad no ardía en ninguna parte, no hubo saqueo. Lucio había puesto el anillo en la mano del capitán de las tropas defensoras.

Tres naves zarparon, impulsadas por la fresca brisa. Cuando estuvieron lejos de la costa y el timonero vio que el viento soplaba con más fuerza contra las velas, preguntó al emperador en voz baja, y en su lengua nativa, que era la dálmata:

—¿Rumbo adónde dirijo la nave, señor?

La púrpura ya no era un símbolo ni un distintivo imperial, solamente una tela de grueso tejido con la que protegerse del viento marino.

—¡Hacia Salona!

La vieja ciudad, la vieja residencia. Una ciudad pequeña y una residencia más bien pobre, pero que había sido suya y donde nadie le ofendió. Hasta que llegaron las

palabras de Verina. Estas tres naves dálmatas eran las más veloces, y el maestro velero y la tripulación, compatriotas suyos. En el mar, Julio Nepote era aún el amo. Amaneció un nuevo día. Si todo iba bien, a mediodía podían estar en Salona. En los cofres se hallaban los tesoros, los ornamentos de la iglesia, las reliquias. Cien hombres, entre señores, guardias y centinelas, no más, habían querido seguir a Julio Nepote. Para ellos había lugar suficiente en las tres naves.

Cuando desembarcaron en Salona, se dirigieron a un Tedeum que celebraría el obispo de la ciudad, antiguo emperador, Glicerio.

Sólo siguieron a Julio Nepote algunas personas del séquito y los señores bizantinos y dálmatas. La corte imperial permaneció en Ravena casi en su totalidad, así como los habitantes, acostumbrados ya a los rápidos cambios del destino. Los dedos de una mano no bastaban para contar los emperadores depuestos de los últimos años.

Orestes hizo su entrada. Algunos funcionarios se apresuraron a anticiparse a los otros con sus «Ave, César», a fin de conquistar el favor del nuevo soberano. Querían ser los primeros en la «coronación del emperador». Pero Orestes no dio muestra alguna de aspirar a tal dignidad. Bajo la túnica llevaba la armadura de soldado, y en la mano, el bastón de patricio. No permitió que le rodearan los guardias de corps.

Cuando alguien se le acercaba, y con palabras dulzonas le hacía alusiones respecto a la próxima elección de emperador, le rechazaba con gestos casi bruscos.

—Noble amigo, esto no es ahora lo más importante. Primero hay que conjurar el peligro de la Galia. Sólo cuando hayamos solucionado el problema de Eurico, podremos decidir sobre los asuntos del imperio.

Para todos tenía el patricio una palabra, y para cada uno en su propia lengua. Residía en el palacio, y solamente abandonaba su mesa de trabajo para cabalgar hacia donde estaban sus tropas. Era un auténtico general, se preocupaba por todo, se daba cuenta de todo. Mandó llamar a Ravena a los gobernadores de provincia, a los prefectos y a los generales de las unidades del ejército. Sus habitaciones parecían un hormiguero.

El muchacho se mantenía junto a su padre. Rómulo, el abuelo, era ya muy anciano. Se sentaba al sol y leía sus poesías predilectas. Su mirada se posaba, sonriente, en el nieto, cuando Rómulo Augústulo, rubio y esbelto, vistiendo una túnica orlada de púrpura, pasaba junto a su padre.

Desde los campamentos militares llegaban al patricio las declaraciones de fidelidad. La carta más fría fue la del Tesino. Mencionaba condiciones, y que nadie gozaba más que temporalmente de la confianza del ejército. Fuera cual fuese el título conferido por el emperador depuesto, con él se acababa su efectividad. Iba dirigida a Orestes como caudillo de las tropas de Ravena, y no como patricio.

—¿Quién ha redactado esta carta?

En cada cancillería militar prevalecían costumbres distintas; el general solía dictar el texto, pero el escriba le prestaba su propia redacción. Era posible que en el Tesino tuviera un enemigo cuyas esperanzas no se hubiesen visto cumplidas.

—Odoacro es quien manda en el Tesino, señor.

¿Era el hijo de Edecón quien osaba escribirle a él, el patricio, en este tono? ¿El lancero a quien ascendiera al segundo puesto en el acuartelamiento del Tesino? ¿Así demuestras tu agradecimiento, Odoacro?

El muchacho participaba en las reuniones del consejo. Al principio nadie vio intención en ello. Orestes era un padre ambicioso, y quería que su hijo, en lugar de perder el tiempo, aprendiese a hablar como los hombres. Un patricio era casi un príncipe; convenía que su hijo recibiese la educación adecuada, ya que —en su edad adulta— dirigiría los asuntos del Estado. Pero el padre preguntaba cada vez más a menudo a su hijo, y en tono casi reverente:

—¿Qué opinas de esto, Rómulo Augusto?

Y el muchacho, como un alumno obediente, repetía la frase que su padre seguramente formulara por anticipado. Entonces Orestes miraba con expresión triunfante a todos los presentes y esperaba de cada uno de ellos una sonrisa e incluso una ovación. Los miembros del consejo matinal, aquellos que conocían los más íntimos pensamientos de Orestes, llegaron a la conclusión de que el patricio estaba forjando algún plan, y que cuanto antes se adhirieran a él, mejor.

El acuartelamiento del ejército se repartió por toda la demarcación de Ravena; durante el cálido verano, los soldados retrocedían de buen grado hasta los bosques de pinos y su bienhechora sombra. Cuando el servicio lo permitía, entraban en grandes grupos en la ciudad, para gozar de las delicias de la urbe. Así llegó una tarde un grupo de oficiales, junto con una docena de soldados que, totalmente armados, acompañaban a sus superiores.

Nadie preguntó sus intenciones; se dirigían directamente hacia el palacio.

Los oficiales buscaron al capitán de la guardia. Estaba durmiendo. Intercambiaron miradas; ahora podrían sorprender a sus señores sin encontrar la menor resistencia. Corrieron hacia el primer piso. Fuertes puños golpearon la puerta.

—¡Buscamos al César Rómulo Augusto!

Se abrieron muchas ventanas. Un sonido de cornetas despertó de su siesta al pueblo de Ravena. La gran plaza se llenó de improviso; todos los soldados que se encontraban en la ciudad, de servicio o fuera de él, acudieron a grandes zancadas.

—¡Ave, César!

El muchacho estaba aterrado. Conocía la historia romana lo bastante para saber que no podía vacilar un solo instante. *Primum vivere*… lo primero era sobrevivir a esta hora difícil en que se veía sacado casi a rastras de su habitación. ¿Dónde había una túnica? El nuevo emperador no podía mostrarse a sus soldados vestido como un

día cualquiera. Uno de los oficiales cambió algunas palabras con el mayordomo de palacio. Éste recordó que Julio Nepote se había hecho cortar una capa nueva, tal vez una semana antes de su vergonzosa huida. Los talleres se encontraban en un ala lateral del palacio. El sastre dormitaba; la capa, con las costuras sólo parcialmente cosidas, estaba en un rincón. ¿Quién necesitaba ahora una túnica imperial? La capa había sido cortada para la corpulenta figura de Julio Nepote; la adornaba una valiosa púrpura llegada expresamente de Tiro. Ahora bastaría la mitad de la capa para envolver a Augústulo de pies a cabeza.

En el Foro había miles de personas. Gran parte de los guerreros eran germanos. Según una antiquísima costumbre, alzaban a su rey sobre el escudo. Ahora Rómulo Augusto tuvo que colocarse sobre el ancho escudo de bronce, sostenido con mano firme por seis guerreros. Se mantuvo así, rubio, de ojos azules, sonriente, con el rostro algo sonrojado. La capa de púrpura parecía alargar su figura, como si se tratase realmente de una aparición principesca. ¡Un auténtico romano! Se asomó a la ventana el caballero Rómulo, con el inevitable pergamino en la mano, que utilizó para saludar a su nieto.

Pero ¿dónde estaba Orestes? ¿Por qué no tomaba parte en el nombramiento que él mismo había preparado? ¿No sabían todos que Orestes quería unir de este modo —para decirlo con las palabras del viejo Lucio— la dignidad del emperador y del patricio en una sola persona?

El patricio estaba angustiado. Ahora que había llegado el momento cuidadosamente preparado por él durante un año, las dudas le atormentaban. ¿Tenía derecho a incluir a su propio hijo en la lucha por el poder? ¿El único ser a quien Orestes, el maquinador, amaba realmente?

—¡Patricio! ¡Patricio! —gritaban a coro los guerreros.

Les hizo esperar. Les hizo esperar hasta que fueron a buscarle y casi le obligaron, como si todo sucediera contra su voluntad, a ser testigo primero, y después, a tomar parte, en el alzamiento del escudo.

El muchacho se mantenía sobre el escudo. Le habían dado un bastón de mando que encontraron en palacio. No llevaba nada en la frente; debía ser el obispo quien colocase la diadema sobre su cabeza. Sonrió y dijo algo, pero el griterío de la multitud y el silbido del viento procedente del mar ahogaron todas sus palabras. Orestes se hallaba al pie del escudo convertido en trono. No dobló la rodilla, como convenía a un súbdito. Inclinó la cabeza. Su voz se oyó por encima de los gritos del gentío.

—¡Ave, César! —gritó el padre.

Por segunda vez había puesto en movimiento la rueda del destino, al rendir este homenaje a su hijo.

Aquella noche el cronista escribió en su libro: El patricio Orestes, como padre, ha

elevado a su hijo a la dignidad de emperador.

XII

En los ocho balnearios más conocidos de la ciudad, en los alrededores del Hipódromo, y ante todo en el atrio de la Basílica se rumoreaba hacía días que algo se estaba tramando. Los eunucos no abandonaban su ala del palacio. Las ventanas palaciegas estaban muy bien iluminadas, y se había doblado la guardia.

El emperador León, a quien los bizantinos habían dado el irrespetuoso apodo de «el Carnicero», ya no era el mismo hombre que un día organizara un baño de sangre, no sólo en las filas de sus enemigos, sino también entre aquellos de los cuales podía esperar ayuda en caso de un levantamiento popular o una revolución palaciega. León, el de las manos ensangrentadas, era hoy un anciano humilde y enfermo, y la tradición exigía de él que ahora se dedicase a ordenar los asuntos del trono y del imperio. Verina presentía que había llegado su oportunidad. Todo el poder se hallaba concentrado en sus manos: el Sello, el senado, los sacerdotes y la guardia. La emperatriz tenía marido, una hija, un yerno y un nieto. Ariadna, la hija, de gran docilidad y muy aficionada a la poesía, obedecía ciegamente todas las órdenes de su madre. Verina había elegido el marido de Ariadna. El hombre poseía en Isauria extensas propiedades, tenía influencia y era príncipe de una tribu guerrera; cuando llegó a Bizancio, todos le honraron poco después con el nombre de Zenón, y fue nombrado capitán de la guardia. La hija del emperador dio a su marido un hijo, que fue bautizado con el nombre de su abuelo, León. Ahora, próximo ya un cambio en el trono, Verina decidió hacer coronar emperador a su nieto. Así fundaría una nueva dinastía. Zenón debía ser ascendido y recibir la dignidad de un César, pero sin disponer de un ápice más de poder que hasta ahora. La verdadera regenta sería ella, Verina. Ahora lo único que quedaba por hacer era preparar el ceremonial: el emperador tenía que nombrar sucesor suyo a su nieto, y el Senado y los dignatarios eclesiásticos, aceptar la voluntad del Altísimo.

Alrededor de mediodía, las personas que merodeaban por la plaza del palacio fueron conducidas hasta las calles adyacentes por un grupo de guardias. Aparecieron tres literas custodiadas que ostentaban la insignia del patriarca. La gran puerta de bronce se abrió en honor del alto dignatario de la Iglesia. La noticia se difundió por Bizancio con la velocidad del viento. ¿Cuál podía ser el motivo de la visita? Seguramente concertarían los detalles de la coronación, y cuándo el primer dignatario eclesiástico del imperio colocaría la diadema sobre la cabeza del pequeño León.

Muy pocos sabían que León, que hasta hacía poco había dirigido sus destinos con mano de hierro, se negaba a dar su consentimiento. No estaba dispuesto a conceder a su yerno Zenón los imperiales escarpines de púrpura. Le correspondía únicamente la dignidad de patricio, que durante largo tiempo ostentara Aspar antes que él.

Poco después de la visita del Patriarca, el estado del emperador empeoró repentinamente. En casos similares siempre surgía el rumor de que en el palacio imperial había hechiceras dispuestas a ayudar con sus suaves decocciones a pasar a un mundo mejor a aquellos cuya vida se estaba extinguiendo.

Tras el ceremonial secreto, la agonía no podía durar en Bizancio más de tres días.

Nadie supo si había ocurrido algo o si se había apagado espontáneamente su vida. La noticia del fallecimiento del emperador se propagó durante las horas de la tarde, cuando sacerdotes y monjes entraron en los patios interiores y exteriores de palacio en señal de duelo, y empezó el ceremonial para la salvación del alma del difunto.

El trono del imperio no podía permanecer vacío. A primera hora de la mañana fue convocado el Senado, que en Bizancio era sólo una sombra de lo que fuera la asamblea de patricios romanos. Carecía de autoridad en los asuntos del imperio, y ni siquiera se le preguntaba su opinión. Se trataba únicamente de un título y una dignidad con los cuales se halagaba la vanidad de viejos estadistas y personas nobles. La única misión del Senado era asistir a la toma de posesión del nuevo emperador, después de que su antecesor hubiese recibido sepultura.

El Senado, pues, se dispuso a esperar, y mientras sus miembros se observaban mutuamente, empezaron a sopesar las posibilidades. Como piezas de un tablero de ajedrez estaban: Verina, Ariadna, Zenón… y León, el niño. ¿Quién asumiría los cargos de primer ministro y segundo, quién conservaría su dignidad de *magister officiorum o tribunus militum*, quién sería el nuevo Silenciario, administrador de palacio y eunuco mayor de su Majestad Imperial? ¿Qué palabras dirigiría al nuevo emperador el orador de la delegación del Senado, cuando le reconociera como *basileo*? No podría ensalzar sus méritos de guerra y pronunciar la frase consagrada: «Tú eres el Augusto, el siempre Victorioso, el Divino y el Altísimo». El muchacho acababa de salir de la infancia, y todavía se alojaba en el ala de las mujeres como el mimado de Ariadna. Era imposible —sin burlarse— calificar al niño de siempre victorioso.

Era casi mediodía, y los senadores reunidos empezaron a sentir hambre. Finalmente llegó la noticia: ¡El emperador ha muerto! Estaban a punto de alejarse para tomar un refrigerio cuando entraron las plañideras, con los crucifijos envueltos en velos negros, a anunciar el duelo: el emperador León ha ido a reunirse con los suyos, a edad avanzada y sin ninguna violencia, como los demás mortales. ¡El emperador ha muerto! ¡Venid, bizantinos, a rendir homenaje al nuevo *basileo*!

Los cien miembros del Senado se pusieron en camino; llevaban distintivos de duelo en las túnicas. Muchos de ellos se apoyaban en un bastón, y dos ciegos eran conducidos por sus compañeros.

¡Ave, César!, se gritaba también en Constantinopla, fieles a la antigua tradición latina. Sin embargo, todo el mundo hablaba griego. Antes de que llegasen los

senadores para saludar al muchacho, en la sala del trono se habían llevado a cabo todos los preparativos. Las dos mujeres enlutadas, Verina y Ariadna, entraron dando la mano al niño. Tras ellas apareció Zenón.

La ceremonia de la consagración se prolongó durante muchas horas. El Patriarca la celebró, ayudado por varios altos dignatarios. Las palabras del Senado eran ahora las más importantes, pues este digno gremio representaba el «poder temporal», así como el Patriarca representaba el divino.

La gente se postró de hinojos, el Patriarca entonó las preces; empezaron a oscilar los incensarios y se cantaron salmos. El muchacho vestía una túnica blanca, y la diadema ceñía su frente. Era misión del Senado envolverle con la púrpura. Los senadores competían entre sí para colocar la capa sobre los hombros del muchacho.

Nadie pensaba ya en León, cuyo cuerpo sin vida ya estaba siendo embalsamado. Esto competía a los cirujanos y lavadores de cadáveres. La vida pertenecía a los vivos. Verina seguiría siendo la *basilisa*, una dignidad que nadie podía arrebatarle. La abuela rindió homenaje al nieto. Ariadna tuvo que doblar la rodilla y saludar a su hijo, el *basileo*, besándole el pie. Ahora le tocaba el turno a Zenón, el padre. En apariencia, todo se desarrolló de acuerdo con el ceremonial de la corte: también Zenón se arrodilló. Pero repentinamente, el muchacho, que hasta ahora se había mantenido inmóvil, pareció cobrar vida. Se quitó la diadema de la cabeza y la colocó sobre la frente de su padre. Ahora vieron todos que la diadema imperial no era de tamaño pequeño, y que no había sido hecha para la cabeza del niño. Así pues, la escena estaba preparada: el pequeño León alargó la mano a su padre y le atrajo hacia el trono. El asiento del trono era ancho y ofrecía lugar sobrado para ambos, y ahora el niño abrazó a su padre y dijo en voz alta:

—¡Reinaremos juntos!

No añadió nada más, hasta que el Libellarius, primer canciller del palacio imperial, se adelantó y leyó, primero en latín y después en griego, con voz estentórea:

—León, César, Imperator, sempiterno Augusto. La voluntad del Dios todopoderoso y vuestra elección me han elevado a emperador para el bien del imperio romano.

El muchacho asintió con la cabeza, y los que estaban cerca de él oyeron cómo repetía las palabras rituales. La mayoría de los presentes declararon que el pequeño León era un niño muy despierto, pues había representado a la perfección su papel en el espectáculo, alargando la diadema a su padre y ofreciéndole un lugar en el trono. Pronunció la frase consagrada sobre el reinado en común, y abrazó a su padre, poniendo así de manifiesto que colocaba al patricio a su misma altura.

Este día no abrieron los baños de Bizancio, a fin de que también los maestros bañistas pudiesen acudir a los Foros. Se decía que en los tiempos antiguos, el nuevo emperador era llevado al Hipódromo y presentado a la población de «la ciudad

protegida por los ángeles», que entonces le confería la consagración definitiva. Pero hacía mucho tiempo que se había abandonado tan piadosa costumbre. Si los Verdes hubiesen temido que el muchacho, al llegar a la edad adulta, se inclinaría por los Azules, los gritos de júbilo hubieran sido tal vez más débiles, o acaso hubiera surgido un tumulto entre los partidarios de uno u otro color. El derramamiento de sangre en el día de la elección del nuevo emperador habría constituido un mal presagio. Así pues, en los Foros aparecieron los pregoneros del palacio imperial y anunciaron a los cuatro puntos cardinales que León, el segundo de este nombre, y Zenón, el primero de este nombre, gobernarían juntos a partir de ahora: para el bien del imperio romano y de la cristiandad. Ave César… La muchedumbre era cada vez más numerosa en los Foros. Estaba esperando el anuncio de cómo agasajarían a su pueblo los dos nuevos emperadores de este día triste y prometedor a la vez.

XIII

En el campamento de Liguria, los guerreros esperaban un milagro. Se difundió la noticia de que Ecdicio había depuesto las armas y el rey de los godos se había apoderado de toda la tierra que quiso en la provincia de la Galia. Sólo un tercio de las propiedades galas, la Narbonense, seguía en poder de Roma. Sin embargo, Eurico consentía en que Aquitania fuese gobernada por un prefecto romano.

Cada uno había recibido lo suyo. Las cornejas no se picotean los ojos unas a otras. Ecdicio, Eurico y Orestes gozaban de poder y de gloria. En cambio los guerreros aún no habían recibido la paga doble que les correspondía según la tradición cuando las legiones proclamaban a un nuevo emperador. El verano era cálido, del norte soplaba un fuerte viento. Hasta las estrellas se habían conjurado contra los guerreros.

Odoacro recibió el encargo de viajar a su antigua patria y reclutar allí nuevos guerreros. Los escitas y los hérulos tenían fama de ser excelentes jinetes, además de dóciles e incansables. Si los reclutaba un miembro de su tribu, prestaban crédito a sus palabras y le seguían hasta el otro lado de los Alpes. Pero en cuanto pisaban tierra romana, sus falsas esperanzas se desvanecían, y poco a poco se iban fundiendo con las tropas auxiliares bárbaras. También ellos se convertían en mercenarios «aliados» del derrotado, pero aún existente y sempiterno imperio.

Odoacro no volvió sin haber logrado su propósito. Le seguían algunos miles de magníficos jinetes.

Pero Odoacro sabía además lo que hacía, sabía que gozaba bajo cualquier circunstancia de la confianza de Orestes. Al fin y al cabo, era el hijo de Edecón, y Orestes transmitía de padre a hijo la amistad surgida a la sombra de Atila.

Odoacro disfrutaba de un prestigio cada vez mayor. El gigantesco oficial de caballería, de cabellos castaños y ojos azules, era ya conocido por su elocuencia: incluso en el consejo presidido por capitanes italianos destacaba por su personalidad. Todas las miradas convergían en él cuando aparecía en los campamentos. Trataba con camaradería a lanceros, centuriones y comandantes de las unidades. Tal vez lo había heredado de su padre Edecón, quien a su vez lo debía a la generosidad del Azote de Dios.

Se decía que Odoacro hablaba muy a menudo de la tierra a los soldados. «¡Cuando mordéis el polvo ocupáis menos terreno del que un muerto necesita para descansar! Italia es grande; en Mediolánum, Ticino y Ravena, los terratenientes echan a perder enormes extensiones de tierra. También los campesinos se llenan los bolsillos. A ellos compramos el trigo, el heno, el vino y el aceite. Nos los dan a cambio de dinero, a nosotros, que les protegemos cuidando de que los godos no

invadan esta comarca como en tiempos de Aladeo.

»Cien mil guerreros no poseen ni un diminuto trozo de tierra. Os veis obligados a contemplar el paso del verano y el invierno, y cómo el tiempo tiñe con hebras grises los cabellos de vuestros camaradas más viejos. ¡Con qué gusto acostaríais vuestro cuerpo cubierto de cicatrices en un blando lecho, en lugar de tumbaros sobre el duro camastro del guerrero! ¿Y qué me decís de las mujeres? ¿Quién de vosotros no querría una mujer, una familia, hijos? ¿Quién no siente nostalgia por un pequeño huerto, cultivado en tierra propia? Cuando en la guerra hacéis un prisionero, tenéis que malvenderlo. ¡Qué agradable sería poder llevarlo a vuestra casa y hacerle trabajar para vosotros hasta que se hubiese ganado el rescate! También podríais comprar un esclavo, una ayuda permanente.»

¡Tierra! Había una sonrisa en los rostros de los guerreros. Abrían mucho los ojos cuando Odoacro aparecía y empezaba a hablarles junto al fuego del campamento. Los pastos eran abundantes en Italia, en los huertos había colmenas y miles de árboles frutales; canales cruzaban la tierra, y se podían regar los campos cuando llegaba la sequía veraniega. Por doquier reinaba el bienestar, los animales descansaban en los establos, y los pastos eran cada vez más escasos porque la tierra se araba para convertirla en tierra laborable. El campesino italiano no tenía dificultades en pagar el impuesto con el que podría liberar a su hijo del servicio en el ejército. Por esta razón apenas había aquí hijos de campesinos que sintieran deseos de ser guerreros.

Los legionarios, que en las tranquilas horas de la paz hablaban de muchachas, juegos de azar y futuros botines, y soñaban con ciudades arrasadas, estaban como deslumbrados: ¡tierra, tierra! Cuando se poseía tierra, se poseía también una casa, una mujer, ¡eso sí que era vida! ¡Entonces sí que servirían de buen grado al emperador! ¡Ah!, todo eran sueños… Ni ellos mismos creían que alguna vez aquello pudiera convertirse en realidad.

Era como si las llamas invadieran un bosque seco y lo encendieran todo. En cada atalaya, en cada puesto de guardia, en cada campamento hablaban los guerreros solamente de la tierra.

Orestes oyó con sorpresa que la inquietud cundía en las legiones. ¿Tierra italiana? Cada trozo de tierra cultivada, cada granja, cada casa y cada palacio tenía ya su propietario. El Derecho Romano había extendido su manto sobre cada propiedad. En Italia, la propiedad de cada uno constaba por escrito. Todos podían mostrar un comprobante de que la habían heredado de su padre o comprado a su anterior dueño; especialmente en Liguria, donde los propietarios gozaban de considerables rentas gracias a las grandes extensiones de tierra que poseían.

¿Qué quería, pues, Odoacro? ¿Qué pretendía de manera tan repentina? ¿Quién le animaba a alborotar a las legiones? Los no italianos debían estar contentos de poder servir al imperio por una buena paga. Si alguno perdía un brazo o una pierna, el

Estado le indemnizaba, si bien no espléndidamente, por lo menos con una suma considerable por invalidez. ¿Qué significaba esta necedad: tierra… tierra? ¿Para qué servía la tierra a un guerrero? ¿Para dejar a un lado las armas y convertirse en honrado labrador?

Si sobre Orestes no hubieran pesado tantas preocupaciones, habría mandado un aviso a su antiguo amigo: Ven a Ravena y rinde cuentas de tu conducta. Pero no tenía tiempo para ello. Lo que hizo fue encargar a su hermano Paulo que viajase a Mediolánum para enterarse de cuál era exactamente la situación. El hecho era que en cuanto llegase la primavera volvería a necesitar a los guerreros. Paulo no debía decirlo claramente, sino sólo insinuar que tal vez habría que luchar contra los vándalos, o acaso dirigirse a la Galia si Eurico no cumplía lo convenido.

Paulo salió de viaje. Cuando regresó, estaba muy contrariado. Los guerreros rodeaban a Odoacro como un mar turbulento. Era difícil llegar hasta él, y cuando lo consiguió, Odoacro se mostró poco dispuesto a discutir la situación con Paulo, que había venido al campamento en calidad de visitante y carecía incluso de poderes escritos de su hermano, el patricio. Se rumoreaba que los guerreros hacían presión sobre Odoacro para que en la primavera hubiese una repartición de tierras, y en Liguria, la primavera llegaba puntualmente.

XIV

La carrera de carros del Hipódromo se organizó en honor de Teodorico. Se hallaba sentado inmediatamente detrás de Zenón, y como éste, llevaba una capa orlada de púrpura y un aro de oro en la frente, y sus cabellos rubios lanzaban destellos rojizos a la luz del sol. La muchedumbre le saludó con prolongados aplausos. «¡Te saludamos, Teodorico!», se oía exclamar, tanto del lado de los Azules como del de los Verdes.

Nada perturbaba la divina armonía de la corte. Todo se desarrollaba según los cánones establecidos, y no se advertía la menor muestra de inquietud. Sólo los iniciados sabían que el emperador Zenón no estaba seguro en el trono. Incluso en palacio tenía partidarios y enemigos. Basilisco, el hermano de Verina, era la sombra amenazadora. Había honrado con su amistad a Teodorico el Bizco, poniéndole a su servicio con todo su pueblo; ahora el hijo de Triario había abandonado sus godos y figuraba entre los miembros del séquito de Basilisco en Bizancio, con el objeto de privar a Zenón de su trono.

Los coros anunciaban la gloria del *basileo*, esclavos negros movían gigantescos abanicos sobre la cabeza de su Majestad Imperial. Esta tarde, sin embargo, el pueblo de Bizancio no prodigaba sus aplausos. Desde la muerte del hijo y corregente de Zenón, el pequeño León, por Bizancio corría el maligno rumor de que Zenón había quitado de en medio a su propio hijo para que nada se interpusiera en su camino.

Verina sentía que las riendas se le escapaban un poco más cada día. Pronto hablarían de ella como de una mujer vieja, pese a que aún conservaba su hermosura. Envuelta en sus maravillosas túnicas, flotando entre nubes de perfume, Verina seguía creyéndose la mujer más hermosa del imperio. Más hermosa todavía que su hija, la dócil Ariadna, que obedecía ciegamente las órdenes de su marido.

Cuando Teodorico el Bizco se acercaba a Bizancio a la cabeza del ejército godo, ¿quién más apropiado para detener al hijo de Triario que el otro Teodorico, el hijo de Amal? Había llegado a Bizancio cuando aún era un muchacho, y ahora tenía la madurez suficiente para reemplazar a su padre en la jefatura de los godos de Panonia. Era un joven arrogante, al que sentaban a la perfección el peinado romano y la túnica orlada de púrpura. La multitud batió palmas: «¡Te saludamos, Teodorico!»

Tras la celebración, partiría hacia la patria. La cancillería imperial había decidido acceder a la petición de la legación goda, que transmitía el deseo del rey Teodomiro. Éste pedía a su Majestad Imperial que enviase a su casa al catorceavo descendiente de Amal. Teodorico debía apresurarse para llegar a la tierra patria tan pronto como le fuese posible.

Desde que fuera capitán de la guardia, Zenón había observado al hijo del rey godo, y recomendado reiteradamente al emperador León que dedicase a su educación

una atención especial. Mientras Zenón avanzaba paso a paso hacia el poder y preparaba la caída de Aspar, iba reuniendo a sus partidarios en previsión de su futura soberanía. Con previsora astucia, siempre se mostró amable con Teodorico, en un tiempo en que los demás dignatarios bizantinos le trataban como a un intruso bárbaro.

Cuando Teodorico volviese ahora a su patria y tomase posesión del título hereditario, el emperador tendría en él a un aliado, con cuya ayuda podría como mínimo aliviar la presión del ejército de Teodorico el Bizco. En este juego, una cosa era segura: ambos Teodoricos eran enemigos a muerte. De este modo sería factible el acreditado método bizantino, consistente en enfrentar a los enemigos, en este caso, los ejércitos de los godos.

Verdes y Azules… Cuarenta mil hombres se agolpaban en el Hipódromo; jubilosos vencedores y derrotados que maldecían su suerte. En medio del enorme tumulto fueron apaleados a muerte, como de costumbre, una docena de fanáticos de uno y otro bando. La multitud aplaudía, entusiasmada: un pequeño baño de sangre pertenecía a las emociones de la jornada. Al atardecer se celebró una cena en palacio. Zenón condujo a Teodorico a la estancia contigua, donde estaban exhibidos los regalos que el *basileo* quería enviar a sus lejanos amigos y aliados, Teodomiro y Erelieva. Si el joven godo no hubiese vivido durante diez años en Bizancio, los numerosos y espléndidos regalos le habrían deslumbrado. Pero ya conocía el trabajo de los talleres de palacio, la asiduidad de los eunucos, las salas donde se almacenaban los regalos, la contabilidad que se llevaba de las mercancías, más lujosas y exquisitas en apariencia que en realidad; y también sabía que no era su majestad quien elegía los regalos, sino el mayordomo mayor, que escatimaba hasta el último céntimo. Pese a todo, la cantidad y munificencia de los presentes inspiraba admiración. Los godos de Teodorico los vigilaban durante la noche. Acompañarían a su joven señor y la reata de cargados mulos hasta el gran lago.

La última noche en Bizancio. Su aposento semejaba una colmena. Los demás rehenes, los príncipes de Persia, Egipto, Capadocia, Bitinia, Tracia, Épiro, Numidia y el reino de los vándalos, con quienes había vivido en el ala posterior de palacio, escuchado las palabras del maestro, montado a caballo y competido en el manejo de las armas, habían acudido para despedirse de él: y cada uno de ellos traía consigo un regalo. En sus ojos se reflejaba la nostalgia por la patria lejana. Príncipes retenidos como rehenes: ninguno de ellos tenía su hogar en Bizancio, y ninguno de ellos era ya totalmente bárbaro, todos sentían nostalgia del hogar, pero también se hallaban a gusto en la ciudad de las maravillas. Ahora los príncipes se despedían del viajero y le entregaban sus presentes.

La despedida de Verina fue muy extraña. De los ojos de la Augusta —Teodorico lo vio— brotaban lágrimas, que secaba con un gesto furtivo. Hubiese podido ser su madre, y sin embargo, era todavía una mujer hermosa y vivaz, de cuyos favoritos se

murmuraba mucho en palacio. Verina le recibió a última hora.

—Volverás junto a nosotros, Teodorico. No te quedarás con los tuyos.

—Tus palabras me suenan a proféticas, Augusta.

—También a ti, Teodorico, te resultará demasiado estrecha la tierra de los godos, como a Alejandro el Grande el reino macedónico de su padre. También tú desearás uno mayor. Entonces te acordarás del sagrado imperio cuyo huésped fuiste, que te acogió y te amó. Como yo te amo.

Le hizo sentar. Fue un momento memorable. La mano de Verina le acariciaba los cabellos como aquel día, diez años antes, cuando, recién llegado, ya conocía gracias a Prisco algunas palabras de la lengua del país. Ahora hablaba de manera impecable el griego de palacio. Nada en él traicionaba al hijo de un rey bárbaro. Verina sonrió.

—Mira, Teodorico, éste es el anillo que llevo más a menudo. Cuando alguien acuda a ti con esta alhaja y te transmita un mensaje, sabrás que está hablando en nombre mío.

—¿Por qué, Augusta, dices que volveré?

—Temblarás de frío allí arriba, amado hijo.

Por el rostro de Verina pareció pasar una sombra.

—Teodorico, sabes muy bien que aquí nos amenazan miles de peligros. ¿Por qué murió el pequeño emperador? Un día se quejó de dolores abdominales, estaba febril. Al tercer día ya hubo que llamar a las plañideras. Una gota en tu vino significa la muerte. Llegan los eunucos, y en silencio te rodean el cuello con un pañuelo o una cuerda. Tú conoces el palacio, Teodorico, hijo mío. Tengo miedo. Tengo miedo del *basileo* y miedo de Basilisco, mi propio hermano. La Augusta es la única a quien no temo. A ti tampoco te temo. Me harás falta cuando estés lejos, Teodorico…

Una larga recua de mulos fue cargada a la luz de las antorchas. En torno se hallaban algunas docenas de guerreros godos, que ya pertenecían al séquito de Teodorico cuando llegó aquí, o que procedían de la guardia y habían entrado a su servicio. Teodorico estaba bajo una arcada. Unos servidores trajeron los caballos y una capa de piel para el paso de las montañas. ¿Qué tiempo haría en el Danubio? «Temblarás de frío allí arriba, amado hijo.» El perfume de Verina… una nube de fragancia le envolvía. Sólo por un momento… Los jinetes godos ya estaban dispuestos; su rudo lenguaje apagó la suave entonación del griego de palacio, recién escuchada en la voz de la emperatriz. Llegó la guardia de corps. Una nutrida división de jinetes imperiales, coraceros, acompañaría a Teodorico y sus godos por los pasos de Tracia y hasta el Danubio. Allí serían reemplazados por un séquito de su propio pueblo.

Mañana en la ciudad de despertar tardío. Los funcionarios municipales barrían las calles, se llevaban a los animales muertos, transportaban al hospital a los heridos de la última noche y apagaban las lámparas de aceite de calles y plazas. Pasaban carros

de carga repletos de frutas y verduras para vender en el mercado. Los sacristanes abrían las puertas de las iglesias, acudían los fieles a los oficios matutinos, y ya se cruzaban en su camino los pobres que venían a implorar una limosna, ante la entrada de la iglesia. Los guardias entraban en las tabernas, echaban de ellas a los borrachos y perseguían hasta su casa a las pintadas rameras. Por las callejuelas llenas de suciedad correteaban los niños, y pasaban mujeres con tinajas sobre la cabeza, que se dirigían al pozo más próximo, mientras otras, con una cesta en la mano, se encaminaban hacia el mercado. Los transeúntes, cada vez más numerosos, se apartaron cuando apareció en un cruce de calles el primer jinete imperial. Quienquiera que hubiese visto a Teodorico en el Hipódromo, le reconocería. Con voz alta y alegre, le interpelaban: «¿Emprendes un largo viaje, príncipe?» Le saludaban con la mano. Amada Bizancio.

Durante todo aquel día sintió la proximidad de la capital; por doquier, jardines, villas, campos cuidadosamente cultivados, granjas, casas de veraneo, olivares, palmeras, almendros en flor: una nube blanca y perfumada le acompañó hasta Tracia, donde todo se ensombreció y se levantó el viento, y ya nada le recordó la primavera bizantina que llevaba impresa en el corazón.

¿Fue él quien recorrió este camino con Prisco diez años antes? El viejo Silenciario había abandonado este mundo hacia dos años. Conservó hasta el fin su sabiduría, y casi hasta el último día sirvió en palacio. Nunca había ambicionado nada más; se dedicó a sus escritos, vivió para las letras, y no deseó un cargo más elevado. Todo el mundo le estimaba, e incluso el Augusto había dicho algunas palabras sobre él en el Consejo, después de su muerte.

Muchas veces Teodorico reconocía un tramo del camino. Surgió el contorno de una fortaleza. ¿Qué había dicho Prisco al llegar aquí, qué le sugerían aquellas piedras? El joven príncipe cabalgaba al frente de su séquito. Hasta aquí el viaje había transcurrido sin novedad, sin que les acechara ninguna clase de peligro. Pero ahora llegaban a las regiones de fronteras mal delimitadas donde habitaban las tribus montañesas; ahora podían aparecer patrullas de vigilancia. A partir de aquí se apostarían vigías a ambos lados de la caravana, que ahora se parecía más a una incursión guerrera que a un viaje de paz.

¿Sentía Teodorico deseos de llegar a su patria al precio de la lucha y la aventura? Dirigió la mirada hacia los mulos. No llegaba con las manos vacías. A través de él enviaba Bizancio un saludo al príncipe de una provincia muy alejada.

Repetidas veces apareció en el horizonte una nube de polvo. Veloces jinetes se lanzaron en su persecución, y regresaron con la noticia de que en la garganta estaba concentrado un nutrido grupo. Ahora habría que asegurar primero cada una de las cumbres antes de que los jinetes de Teodorico cruzaran un paso.

Esta vez no tenía al anciano Prisco a su lado para que le abriera los ojos. Él mismo debería observar y reconocer el paisaje durante el camino aparentemente

interminable. En los alrededores el poder de Bizancio aún ejercía su protección, había ricos cultivos, cuidados huertos, extensas granjas y exuberantes pastos. En ninguna parte se advertían rastros de devastación. Al alba, los campesinos cargaban sus carros y se dirigían al mercado de la capital.

Pero ya donde cesaba la protección de las grandes murallas comenzaba el asolado reino de pueblos y haciendas arrasados por el fuego. Encontraron en varias ocasiones la cuadrilla de algún recaudador de impuestos, que disponía de sus propios hombres armados y sus propios ejecutores. Cercaban las aldeas como si preparasen una campaña. Las cornejas seguían sus huellas, y después se quedaban junto a los animales descuartizados y los hombres asesinados. El trabajo de los hombres armados era concienzudo. Pero el recaudador de impuestos se llevaba el ganado al mercado vecino.

Más adelante vieron casas derruidas y ennegrecidas por el humo. Esto ya no era obra de los recaudadores de impuestos, sino de tribus saqueadoras, o de nómadas que bajaban de las montañas de Tracia. Esperaban a que no hubiese ninguna banda por los alrededores, y entonces saqueaban a los indefensos pobladores.

Los campesinos vigilaban ya desde lejos todos los caminos, encaramados a las ramas de los árboles más altos. Muchas veces se veían señales de humo elevándose desde las cimas de las montañas. Como el emperador no les ofrecía ninguna protección, tenían que proteger ellos mismos sus vidas del mejor modo posible. Los habitantes de la mayoría de aldeas sabían a dónde debían dirigirse en caso de peligro: a un bosque cercano o un pantano impracticable. Desde las cumbres o desde las copas de los árboles, la caravana de Teodorico parecía un pequeño ejército; pero pronto se hacía reconocible el final de la columna, y la larga hilera de mulos cargados probaba que era una legación o un grupo de comerciantes con sus mercancías. Tales huéspedes no significaban ningún peligro.

Cuando los miembros del séquito levantaban las tiendas para la noche, se acercaban los habitantes de los pueblos, y Teodorico escuchaba sus lamentaciones. «Los campesinos sólo saben quejarse», solían decir los eunucos del palacio imperial. Calificaban a los campesinos de embusteros, rebeldes e inútiles, a los cuales era extremadamente difícil arrancar el impuesto anual. Aquí, al aire libre, junto a la hoguera, o en las casas que servían de posada, las palabras sonaban de otro modo; tenían más peso que cuando el alcalde de la aldea, en compañía de algunos convecinos, y después de largos días de espera, elevaba sus quejas en Bizancio. El fantasma más negro era siempre el recaudador de impuestos. Sin embargo, ¿qué era esta plaga de la langosta comparada con un ataque de los godos del pueblo de Teodorico, el hijo de Triario? Aquéllos no eran ni siquiera cristianos, sino arrianos. Pero la lucha cotidiana debían librarla los lugareños con los propietarios de las tierras. El terrateniente, al que pertenecían muchas aldeas, vivía en Bizancio.

Raramente abandonaba su palacio, hasta el cual llegaba el calor de los rayos irradiados por sus divinas Majestades. Por este motivo, los administradores eran casi pequeños reyes: mientras desangraban al pueblo, se llenaban —siempre que podían— los propios bolsillos, hasta que venía uno más fuerte, que ofrecía más al propietario y echaba a su antecesor.

Muchos pueblos no eran molestados. Otros estaban arrasados y cubiertos de malas hierbas. Había granjas fuera del alcance del fantasma negro; los ladrones se habían llevado como esclavos a los inquilinos de otras.

Fueron necesarios días de viaje para que la comitiva de Teodorico llegase a las montañas. Aquí ya no se encontraban apenas aldeas, y los pastos interminables, en los que nadie vivía, se extendían ante su vista. Muchas veces pastaban rebaños, pero con la llegada del otoño la comarca quedaba desierta, el crudo invierno lo cubría todo, y transcurría mucho tiempo antes de que la primavera volviese a hacer su aparición.

Lo que más temía Teodorico era la eventualidad de una lucha fratricida. Los godos de Triario que vagaban por Tracia, y que en invierno estaban hambrientos, merodeaban como lobos y saqueaban donde podían; sin embargo, parecía que existiera un acuerdo secreto y que Teodorico, el hijo de Triario, estuviera siguiendo desde lejos la comitiva del hijo del rey. Solamente las grandes y tenebrosas montañas les contemplaban desde arriba, y durante todo el día no veían otros seres vivientes que los buitres, describiendo círculos en el aire.

Así alcanzó la comitiva el Ister, que constituía la verdadera frontera del imperio. Lo que se hallaba al otro lado del río eran conceptos geográficos: Dacia y después Panonia. Sin embargo, aparte de las legaciones no venía nadie a estas comarcas desde la corte imperial de Bizancio. Nadie quería administrar estas provincias dominadas en un tiempo por Atila. En el lenguaje de las cancillerías seguían perteneciendo al imperio, y los príncipes de la estepa debían solicitar autorización para establecerse en ellas. Sin embargo, el Ister era en realidad la frontera; con sus espesos cañaverales, comarcas inundadas, escasos vados y extensas tierras de aluvión, podía calificarse de reino de las regiones sin nombre, en las que el tiempo no dejaba huellas.

Algunos días más tarde, la caravana llegó al camino real de Trajano: inscripciones en la roca mencionaban a las legiones. La comitiva se detuvo y Teodorico deletreó una inscripción deteriorada por los vientos y las lluvias de cuatrocientos años. Allí, en el camino que bordeaba el río, Teodorico y su gente se despidieron de los jinetes bizantinos. Cada uno de ellos fue recompensado. Su misión terminaba aquí. Habían acompañado al hijo del rey godo y ahora regresarían a casa por el camino real.

Teodorico se protegería como pudiera. Si algo le ocurría en esta comarca, el imperio ya no sería el responsable.

Los jinetes godos respiraron con alivio cuando llegaron a la otra orilla, más

rocosa y más seca. Todos recordaban este paisaje; un buen guerrero no sólo recuerda un camino, sino también un sendero recorrido diez o veinte años atrás. Eran hombres de la estepa: sorbían el aliento del viento, observaban la hierba, los senderos de los animales, leían las huellas de la tierra, sabían hacia dónde se dirigía el grupo de jinetes que les precedía, a qué casta de guerreros pertenecían y qué intenciones podían abrigar. Aquí Teodorico reconoció de nuevo a sus godos: vivían en la estepa, donde no había caminos, y sólo el instinto podía señalarles la dirección.

Tres jinetes se adelantaron con sus mulos a campo traviesa, en dirección al ocaso. El gran lago, que desde hacía diez años Teodorico veía sólo en sueños, se perfiló en la lejanía: a unas pocas millas, horas, días de viaje, desde el alba hasta el atardecer. Tres jinetes se adelantaron para prevenir al rey Teodomiro: el catorceavo descendiente de Amal está cerca de la patria.

Los godos del Bizco no habían puesto obstáculos a la comitiva en los peligrosos pasos de las montañas de Tracia. Pero aquí en la estepa —como le advirtieran los escribas bizantinos—, debían protegerse de los sármatas. Los sármatas estaban ávidos y hambrientos como hienas de botín y de presas. Aunque vivían más al oeste del Danubio, y la mayoría vagaba entre el Drave y el Save, era muy posible que sus hordas apareciesen aquí, en busca de botín fácil y de cuanto pudiesen necesitar en su miseria. Si un grupo de sármatas presentía su llegada, se entablaría una lucha con estos buitres de la estepa. Con la esperanza de un botín tan rico como prometía la caravana de mulas de Teodorico, era seguro que pondrían en juego todos sus recursos.

Por este motivo rodeaban el gran lago con tanto apresuramiento los mensajeros, para advertir de la llegada de Teodorico y pedir refuerzos para el séquito, no fuera caso de que ocurriera algo malo a la comitiva en el último tramo del camino.

El grupo cabalgó todo el día sin descuidar ninguna medida de precaución: todos estaban atentos a la menor señal, observaban el horizonte y también el cielo, por si se elevaba alguna columna de humo o se veían las llamas de algún incendio; o si una nube de polvo se levantaba en torbellinos, inopinadamente.

La estepa era ilimitada, no tenía fronteras, y el séquito de Teodorico no se tropezó con ninguna banda, ni encontró huellas de jinetes sármatas, gépidos o hunos. Se había elegido el tiempo más propicio para viajar: a principios de la primavera, que aquí apenas apuntaba, los caballos de los nómadas estaban aún hambrientos después del prolongado invierno, y nadie osaría emprender una incursión a comarcas lejanas. Los guerreros no saldrían hasta que los pastos volvieran a ser verdes y los caballos hubiesen recuperado las fuerzas; entonces —al iniciarse el verano—, la estepa sí que era peligrosa y ocultaba mil peligros.

Teodorico había vivido en Bizancio algo más de diez años. Su vista estaba acostumbrada a la gigantesca ciudad, su lengua, al lenguaje del palacio, su paladar, a

los manjares exquisitos, su cuerpo, al lecho mullido, su intelecto, a la conversación de sacerdotes y escribas, su enérgica voluntad, al eterno disimulo y a la eterna adaptación. El hombre joven que ahora paseaba la mirada por el paisaje desde la cima de una colina, era nuevamente un espíritu libre. Cuando acamparon, escarbó la tierra con el pie. Era una buena tierra vegetal, no arena movediza. En ella podía crecer todo… trigo para muchos hombres, avena para muchos caballos. Los pastos comenzaban a verdear; alrededor de Constantinopla, los árboles ya florecían por esta época, y los grandes señores se preparaban para trasladarse a sus villas de veraneo. Aquí, en las hondonadas brillaba todavía la escarcha del invierno, los caballos miraban, intranquilos, a sus jinetes. La hierba aún estaba tierna, y tenía un gusto más amargo que la hierba que crecía bajo el sol griego.

Lo más insólito para Teodorico era el interminable silencio. Ni una sola aldea en ninguna parte. El camino por el que avanzaban había servido en un tiempo a los ejércitos romanos. En tiempos de los romanos hubo aquí alguna que otra colonia de soldados, y tras los legionarios vinieron también los campesinos. Pero todo había desaparecido tras la implantación del reino de los bárbaros, que ocupaba una gran extensión a ambas márgenes del Danubio.

Al décimo día, el grupo que iba a la vanguardia envió una señal para advertirles de que habían aparecido algunos jinetes. Se hallaban aún demasiado lejos para saber de dónde venían y con qué intenciones se aproximaban. La comitiva se preparó para el combate; tal vez tenía ante sí a una avanzada enemiga, y en tal caso había que contar con un ataque. Transcurrió media hora, durante la cual fueron aumentando de tamaño tres puntos negros. Entonces comprendieron que se trataba de una legación.

El más joven de los mensajeros enviados al gran lago conducía a los jinetes. Media hora más, y todos se reunieron después de tantos años: los godos que ya se habían acostumbrado al mar caliente y a la inmensa ciudad, se encontraron con los godos que sólo conocían la estepa y la uniformidad de su horizonte.

Los tres jinetes llevaban medio día de ventaja al grupo enviado por el rey de los godos para recibir a su hijo. Cuando llegó la noticia de que Teodorico volvía al hogar, Teodomiro vistió su mejor túnica y envió a las tribus que vivían entre el Danubio y el gran lago el mensaje de que sus caudillos debían acudir con la luna llena a la recepción del joven príncipe.

XV

Los mulos estaban cansados, la caravana se había apartado de la calzada romana, porque no era aconsejable seguir por ella; podía atraer el peligro. Los mulos avanzaban con dificultad por la tierra que la lluvia había ablandado. Esta vez los godos levantaron el campamento más temprano que los otros días, y mandaron vigías a los cuatro puntos cardinales. En la estepa no había un río ni una montaña que protegiera su retaguardia; podían ser atacados desde todas las direcciones. Ahora, después de conocer la noticia de que un grupo de godos les salía al encuentro, vivían las últimas horas de tensión, y querían evitar cualquier peligro desconocido.

Cayó la noche, el fuego del campamento ardía en una hoguera que era visible desde lejos. Fueron pasando las horas… la estepa seguía amenazándoles, el destacamento de godos podía tardar todavía horas en llegar. Nadie dormía; esperaban con el arma en la mano. El viento barría la estepa, y su creciente fuerza ahogó el ruido de los jinetes que se acercaban.

El centinela guio a sus hermanos. El rey enviaba a trescientos lanceros, guerreros escogidos, para que acompañasen a su hijo al hogar. Entre los jinetes se encontraba un muchacho. Se mantenía erguido sobre su pequeño caballo, y un estrecho aro de oro ceñía su frente. Debía de tener más o menos la misma edad que contaba Teodorico cuando se despidió del gran lago.

Ceremonial en la estepa: los jinetes saltaron de la silla, dirigieron hacia el suelo las puntas de sus lanzas y alzaron su escudo hacia Teodorico. Los godos del séquito del príncipe contestaron al saludo.

El muchacho se acercó a su hermano, al que no había visto nunca. Teodorico sabía que en su casa tenía un hermano diez años menor que él. Su padre era el mismo, mas no así su madre.

—¿Eres Teodimundo?

¿Se parecían los dos hermanos? Ambos tenían el cabello rubio con reflejos rojizos, la característica de los descendientes de Amal. Los ojos del muchacho eran oscuros, los de Teodorico, azules, y extraordinariamente separados entre sí, lo cual hacía que su ángulo de visión fuese muy ancho. Se decía que Teodorico veía también hacia atrás. Ésta era una de las leyendas que le rodeaban y sobre las cuales versaban las canciones que se entonaban junto al fuego de los campamentos.

—¿Eres Teodimundo?

El muchacho levantó los brazos y los cruzó sobre la armadura de cuero. Era ya demasiado alto y pesado para que Teodorico pudiese levantarle, así que se limitó a inclinarse hacia él y colocarle una mano sobre la cabeza. Involuntariamente, iba a dirigirse a él en griego, como hacía siempre en Bizancio. La ley de la estepa exigía

que el muchacho callase hasta que su hermano mayor le interpelara. El niño miraba con ojos brillantes a su arrogante hermano, en cuyo rostro había crecido durante el viaje una barba rubia y aterciopelada.

—Te agradezco que hayas venido a recibirme. ¿Cómo está nuestro padre?

Los jinetes intercambiaron miradas. El rey Teodomiro estaba cansado. Tosía mucho cuando el viento seco soplaba en la orilla del lago, y se levantaban torbellinos de polvo.

Babai, rey de los sármatas, era el peor enemigo de los godos. En unión de los gépidos había atacado ya numerosas colonias, y cuando los godos emprendían una campaña, los sármatas saqueaban los indefensos campamentos de la retaguardia. Por tres veces, después del saqueo, habían secuestrado a las mujeres y los niños.

Teodimundo pasó la noche en la tienda de su hermano. Para el muchacho era algo totalmente natural dormir sobre el duro suelo, mientras que Teodorico pensaba en una cama blanda, en el palacio imperial, en los jardines y en los ruidos matutinos de la gran ciudad. Los soldados de la guardia pasaban todas las mañanas bajo la ventana de su aposento. Oía el toque de diana, y con sólo incorporarse hubiese visto pasar los carros cargados de fruta por la calle principal. Cuando se levantaba, el esclavo le enumeraba las novedades de palacio. Antes de entrar en el pasillo que conducía a la sala de recepciones, vistiendo su túnica de corte, ya sabía lo ocurrido en el imperio durante un día y una noche.

Fuera silbaba el viento. La tierra bajo su cuerpo era dura, la humedad penetraba incluso a través de la piel de oso. En una tosca vasija les llevaron leche de yegua recién ordeñada, puré frío de cebada y un trozo de tocino, la comida de los guerreros. En Bizancio eran higos cocidos en miel, vino de Chipre y frutas que no tenían nombre en la lengua de los godos. En las ocasiones en que había comido con sus majestades, estaban presentes las más hermosas flautistas del imperio, para alegrar a la augusta pareja.

—¿Dónde has combatido hasta ahora, Teodorico?

Al niño se le soltó la lengua. Buscó las cicatrices en el rostro de su hermano. Sacó de la vaina de cuero la larga espada bizantina. Era la espada que llevaban los jinetes más pesados. Las de los godos eran más cortas, más anchas, trabajadas más toscamente. El niño admiró el arma para él desconocida, la fina armadura, que se adaptaba como una túnica. Las tibias estaban protegidas también por una armadura, tan flexible que no causaba heridas al caballo. La espada resplandecía, en el reguero no había ninguna mancha de color rojizo. ¿Dónde has combatido, Teodorico? Tal vez debiera responder: Bizancio es grande, el imperio tiene muchos miles de guerreros. Su única misión es combatir. En cambio, la misión del pueblo del sagrado emperador es gobernar. Su Majestad coloca a este o aquel noble bizantino a la cabeza de una división del ejército, pero incluso él dirige las operaciones desde una ciudad o un

campamento fortificado. La lucha en sí es asunto de los mercenarios. Isaurios, hunos, godos, vándalos… para eso están allí, para derramar su sangre por el imperio. El pueblo de Bizancio debe cumplir los artículos de la fe, los maestros edifican iglesias y palacios, y los artesanos atienden a la comodidad de la vida cotidiana. La vida transcurre entre el trabajo y las festividades, al amparo de las fuertes murallas.

¿Dónde has medido tus armas con el enemigo, Teodorico? En el mundo de los godos, el adolescente se convierte en hombre cuando hace gala de su valor en el primer combate, derriba a un jinete enemigo, roba ganado y exhibe en prueba de su valentía una cicatriz en el pecho o en el rostro. Teodorico era un hombre esbelto y musculoso. Su rostro, cuando el esclavo lo hubo afeitado, era liso como el rostro del emperador en los sólidos de oro.

La voz de la estepa ahogaba todos los demás sonidos. Se fijó en las ropas de los hombres elegidos por su padre para acompañarle. ¡Qué tosca era la túnica interior, qué viejas las armaduras de cuero, qué pesados el escudo y las armas de hierro! Sus caballos estaban escuálidos, les faltaban los cuidados del caballerizo bizantino. ¡Qué pobre era todo, qué pequeño, qué provinciano! Bizancio… ¡Bizancio! Tuvo miedo de que pudieran leer en su rostro todas aquellas nostalgias incomprensibles. Teodorico, en el umbral de la estepa, ya ardía en deseos de volver a la metrópoli.

En la ladera de la colina había una atalaya. La almena estaba en ruinas, y huellas de fuego revelaban la fuerza de un rayo. Desde aquí se dominaba todo el paisaje. El antiguo arquitecto romano supo comprender desde qué punto tendría el centinela un ángulo de visión más amplio sobre el horizonte.

Teodorico desmontó y siguió las huellas de los centinelas. Subió los peldaños de la torre y contempló desde arriba la orilla del lago. Allí estaba el último «lugar seco», desde allí la calzada atravesaba el pantano y las tierras de aluvión y desembocaba en la ciudad de los godos. En un tiempo se llamó Valcum, pero ahora no se acordaba casi nadie de este nombre.

Miró a su alrededor con los ojos de un romano, como le habían enseñado sus maestros bizantinos: los maestros de la estrategia se inclinaban sobre el plano y buscaban el punto más fuerte y el más débil del campo de batalla elegido, disponían la batalla futura como si se tratase de un trabajo científico en el cual el cálculo desempeñase el papel más importante. Si un estratega bizantino viniera a esta solitaria atalaya a la orilla del lago… ¿qué vería? ¿Cómo podían defenderse la calzada, el campamento de los godos, situado a unos tiros de flecha del lago, el gran número de carros, el ganado y las mujeres?

El lago empezaba aquí, o más exactamente, aquí describía la orilla septentrional un arco, antes de continuar hacia el sur. El agua fluía a través de las tierras de aluvión, no había en el mundo un solo ejército que se atreviera a atacar en estos pantanos. Sólo la antigua calzada romana permitía el acceso a la ciudad, que en

tiempos remotos fuera en este importante cruce del camino real de la antigua Panonia, a la vez lugar de descanso, centro comercial, posta y sede del administrador del distrito. La calzada seguía la orilla septentrional del *lacus* Pelso. La orilla meridional era fangosa, y los múltiples peligros de un terreno pantanoso mantenían alejados a los ejércitos. Había muy pocas cabezas de puente de los godos en la orilla meridional; al cabo de pocos años se fueron convirtiendo en pequeños poblados rodeados de murallas.

La calzada pasaba junto a la atalaya. La mirada adiestrada en Bizancio medía la distancia, buscaba fortificaciones, fuertes, barricadas, puertas vigiladas. Los godos entendían tan poco de la guerra de sitio como de la erección de fortines. Los guerreros de la estepa y los bosques despreciaban a los romanos, que se ocultaban tras murallas y se defendían protegidos por fortificaciones de piedras y ladrillos. «Tendré que ocuparme de todo —pensó Teodorico mientras su caballo cruzaba la puerta derruida, que ya no ofrecía ninguna protección—. Convertiré el campamento en un fuerte.»

Era el hijo del rey… pero no un guerrero. Esto lo comprendería cuando se sentara en el consejo de los caudillos. Todos hablaban antes que él, todos eran hirsutos veteranos del ejército, que con palabras toscas relataron sus experiencias durante la época de Atila.

El rostro largo y estrecho de Teodomiro estaba congestionado, y sus ojos brillaban. Cuando su hijo llegó, le condujo al palacio, que en un tiempo fuera residencia del prefecto. Se encendieron grandes leños en el sótano de la casa, y en seguida el calor se difundió por los tubos de las paredes, calentándolas pese a su grosor. Entonces Teodomiro dejó de sentir frío. Bebió su hidromiel, su mirada vagó por la tierra, y sonrió.

Erelieva no podía participar en el consejo de los hombres. Teodimundo era de otra madre. Teodorico tenía una hermana, también hija de Erelieva, llamada Amalafreda. Erelieva mandó recado a su hijo de que le esperaría después de la puesta del sol. El consejo de los hombres no podía durar eternamente.

En sus cabellos rubios brillaban hebras de plata. Erelieva sólo había vivido en la estepa; era hija del príncipe de una tribu. Compartía la cama con el rey, le había dado hijas y un hijo, el primogénito. Pero no era su verdadera esposa, y cuando llegaban enviados cristianos, Erelieva no estaba presente en la recepción. Si traían regalos, recibía su parte en el dormitorio. Nunca podía sentarse junto a su marido con la corona en la cabeza, como había oído contar que hacían las reinas germanas.

Erelieva le recibió vistiendo una túnica larga, sobre la cual llevaba una capa azul. Teodorico había pensado muy a menudo en su madre durante los primeros años, pero vivía tan lejos que apenas podía recibir noticias de ella. Madre… madre… Cuando se fue haciendo mayor, la imagen de su madre palideció, y cuando alcanzó la madurez,

desapareció casi totalmente su recuerdo.

Amalafreda guio a Teodorico a donde se hallaba su madre. ¿Había llegado repentinamente el estío a la orilla del lago? Todos los capullos habían reventado, millones de ranas croaban en el cañaveral, los pájaros anidaban en las columnas derruidas, con fuerza elemental palpitaba la vida a orillas del lago. Todo parecía encantado, misterioso: la finísima hoz de la luna en el cielo de un azul oscuro, sobre la superficie del agua, la cadena de centinelas en los prados que bordeaban la bahía; los botes de los pescadores, hechos toscamente con troncos de árboles, estaban amarrados a la orilla; impulsado por la ligera brisa, que sólo rizaba la gris superficie del agua, se deslizaba un barco de vela. Todo era indeciblemente hermoso; ahora se hallaba en la antesala de la casa de su madre. Y se acordó de los palacios de Bizancio, de las casas de los eunucos jefes y los funcionarios. ¿El palacio de Erelieva? Contempló a su hermana: ¿era hija de un rey? El tejido de su túnica era burdo, el corte, medio germano, medio bizantino, y sus sandalias de piel de cabra eran obra de un zapatero local. La fíbula que sujetaba su túnica interior era de plata ligera, ya estropeada por el uso. Sobre su pecho colgaba un ámbar amarillo; era bello y valioso, pero pulido toscamente. Unos mercaderes del norte lo habían cambiado por pieles de caballo. Todo era peculiar, la vida se movía con lentitud, los hombres salían a la intemperie con la cabeza descubierta y sin capa después del largo y despiadado invierno.

Erelieva contemplaba a su hijo, que ella diera por muerto cuando lo alejaron de su lado. Le había llorado con una canción fúnebre, más triste aún que las canciones con que se despedía a los hombres que iban a luchar. Teodorico contemplaba el rostro de su madre: ¿era bello todavía? ¿Resplandecía aún el rubio que veinte años atrás hechizara a Teodomiro? ¿Cómo era el rostro de Erelieva? De improviso vio unas imágenes ante sus ojos. Las dos emperatrices estaban sentadas en su elevado trono de oro. Verina, con su belleza lánguida, envuelta en nubes de perfume. Era mayor que su madre Erelieva, pero aún seguía siendo la figura cautivadora de palacio, sobre cuyas aventuras se murmuraba mucho. ¿Y Ariadna, la gentil y obediente Ariadna, siempre a la zaga de su tosco marido isaurio?

La tarde pertenecía a las mujeres. Erelieva colocó a Teodorico ante el extremo superior de la mesa; le servían las hijas de los capitanes. Las mujeres no se sentaban a la mesa mientras los hombres comían, lo exigía la ley de la estepa. Entró un tocador de laúd, y cuando llenaron los cuernos de hidromiel, cuyo borde el platero godo había adornado con plata, y a los que modeló una especie de pie para que pudieran posarse sobre la mesa, se sintió transportado por las viejas canciones de su infancia: le invadió el calor y encontró dulces las inquietudes de su madre.

—¿Verdad que ahora te quedarás siempre junto a nosotros, Teodorico? —preguntó Amalafreda. La esbelta muchacha rodeó los hombros de su hermano.

Fue preciso describirles la ciudad. Hablar del mundo del palacio imperial, de las calles, donde ahora, al atardecer, se congregaba la multitud, que abandonaba sus casas calientes y paseaba y conversaba en las calles iluminadas por lámparas de aceite hasta altas horas de la noche. Los vendedores del mercado aún tenían su género a la venta, las tiendas estaban abiertas, en carros seguían trayendo toda clase de frutas. Las doncellas se adornaban los cabellos con flores, y mientras duraba la luz del día paseaban por la Mesa, y miles de personas se sentaban a la luz de la luna en las escaleras del Hipódromo. ¿Hablar de la ciudad…?

—Ordenaré que traigan los regalos y los repartiré entre vosotras.

Los presentes elegidos por Verina estaban dentro de sacos de cuero, que habían venido a lomos de los mulos más fuertes. Eran presentes destinados a la esposa y la hija del rey. En la Corte bizantina le llamaban rey, cuando de la cancillería salía una carta dirigida a Teodomiro. Era un aliado, y al príncipe de una tribu amiga le correspondía el título de rey. Verina había elegido ella misma los regalos: sedas, telas, ambrosía, alhajas, valiosas ánforas, aceite, perfumes, pinturas para el rostro, lámparas, recado para escribir y zapatos. Mientras las servidoras iban sacando de los sacos uno por uno los presentes, en los rostros de las mujeres godas se reflejaba la confusión, el asombro, la envidia y la admiración. ¿Todo aquello serie suyo? Erelieva se quedó algunas alhajas, una doncella noble se prendió en la túnica una artística aguja bizantina. Su hermana se colgaría al cinto un puñal de finísimo trabajo, y la madre se probó con lágrimas en los ojos un par de zapatos de tacón alto, hechos con piel de ante y orlados de púrpura. Se rio y exclamó:

—Mirad… son para mí, para mí… mi hijo me los ha traído…

Teodorico hubiese querido destrozarlo todo, romper cada una de aquellas cosas valiosas que recibían con tanta avidez. ¿Para qué necesitaban telas perfumadas las hijas de los godos? ¿De qué servirían los pañuelos de seda, los terciopelos, el cuero delgado como un velo, los cubiertos de plata? La corte de Erelieva se alojaba en un almacén romano, provisto de columnata, desde que la tribu goda acaudillada por Teodomiro se estableció tras la partición en la tierra que se extendía entre el Danubio y el gran lago. Todavía podía verse donde el prefecto guardaba los sacos de cebada; unas marcas mostraban el lugar en que se amontonaban las diferentes mercancías en la gran sala dividida por columnas. Los muebles se hallaban dispuestos de cualquier modo, algunas piezas las habían dejado los romanos, y otras eran obra del ebanista local. Sobre el suelo estaban extendidas pieles de animales salvajes, a fin de no tropezar con las rotas losas del mosaico. Una de las alfombras procedía del tiempo de Atila, era el botín de una campaña, pero ya tenía los bordes deshilachados. Las toscas botas de los hombres rompían los delicados hilos. ¡Bizancio, Bizancio! ¿Por qué habría traído a Erelieva los regalos de Verina?

Hacía una semana que asistía todas las mañanas al consejo. Ahora ya conocía los

peligros. También él veía ya un enemigo en Babai, el rey de los sármatas, que acechaba continuamente una ocasión propicia para atacar a los godos.

Un brazo adornado con hebillas de bronce golpeó con estruendo la maciza mesa de roble en torno a la cual se encontraban los condes godos. Las imprecaciones se mezclaron con las frases fanfarronas, los desafíos y las provocaciones. Se dejó oír la voz temblorosa de un anciano, que se escuchaba con impaciencia pero también con respeto. Eran horas decisivas para la tribu. Fuera, la tormenta azotaba los árboles de la orilla, levantaba remolinos de polvo que se extendían sobre el lago. Todo era elemental, el agua, las voces y los hombres.

A la mañana siguiente, Teodorico envió un mensaje a la juventud. ¿Cuántos eran los jóvenes godos que hasta ahora habían vivido veinte primaveras y veinte veranos? ¿Cuáles de los jóvenes guerreros se unirían a él…? ¿Cuántos serían los que reconocerían en el joven descendiente de Amal a su caudillo? En una noche, la estepa floreció. Una maravillosa primavera invadió la tierra. Las abejas zumbaban, embriagadas, en torno a los cálices de millones de flores. La tierra floreció mientras se congregaba el ejército de Teodorico; seis mil lanzas: las armas de los jóvenes guerreros apuntaban hacia el cielo.

Su padre conocía el plan sólo de manera superficial; los viejos simulaban que tenían los ojos y los oídos cerrados. Por los campamentos y cuarteles corría la noticia: Teodorico se está armando… Seis mil lanzas saludan al joven caudillo.

XVI

Una fuerte tormenta se abatía sobre la orilla del lago cuando partieron al despuntar la mañana. Los jóvenes habían despertado de su inactividad a todos los campamentos, granjas y colonias de la tribu. ¿Habría renacido el recuerdo de las antiguas campañas? El sol de un rojo violento apareció entre las nubes y proyectó una débil luz sobre la superficie del lago. Millones de seres minúsculos surgieron del agua en un instante, bandadas de pájaros cruzaron el aire, y en la orilla sonaron voces inquietas y asustadas: ¡La muralla gigante se ha puesto en movimiento! ¡Tras años de inactividad, los jinetes godos cabalgan de nuevo!

Los guerreros no debían saber nada de esta empresa de la juventud. No era una guerra. Ni el emperador había enviado un mensaje, ni el rey había dado su aprobación a esta aventura. Por eso todos les seguían ansiosamente con la mirada mientras los caballos, alegres y descansados, y presintiendo la aventura, salieron al paso sin producir apenas ruido sobre la alfombra de la tierra humedecida durante días enteros por la lluvia.

La orilla del lago era tierra de nadie. Jamás habían osado llegar hasta aquí las patrullas de otros pueblos. Sin saber que los godos salían para una campaña, nadie podía aventurarse a atacar las colonias de la tribu. Los centinelas mantenían vigilancia en un extenso contorno, y diariamente hacían la ronda patrullas de reconocimiento. En muy pocos minutos se podían hacer señales de humo o encender hogueras por la noche, en señal de peligro.

Salieron de la tierra de nadie, y Teodorico, en cuanto dejaron atrás las colinas, observó a sus jóvenes guerreros. En Bizancio había aprendido a contar un ejército, y algunos jóvenes que allí pertenecían a su séquito le ayudaron a dividir en grupos al pequeño ejército. Contaban en griego y empleaban nombres griegos. A la cabeza de cada grupo colocó Teodorico a un lancero, y cada mil lanzas eran mandadas por un guerrero experimentado. Antes de llegar a tierras sármatas, aquel montón de hombres debía convertirse en un ejército.

De los hunos habían aprendido a llevar consigo el propio aprovisionamiento, en una bolsa atada detrás de la silla: carne y mijo molidos. En ningún lugar podían contar con ser alimentados por la población. El saqueo era peligroso incluso en las aldeas situadas entre campos cultivados. La noticia se propagaba con demasiada velocidad, los campesinos en fuga alarmaban a las comarcas vecinas.

Teodorico pensó en lo que aprendiera en la escuela de la corte bizantina junto a los demás rehenes. ¡Expresiones para distintas clases de lucha, máquinas para el asedio y formaciones! Una admirable ciencia sobre la cual habían escrito muchos libros los generales experimentados.

La montaña, llena de reflejos rojizos, se inclinaba hacia la orilla del lago. Su tierra era totalmente roja, y cuando los caballos la rascaban con las pezuñas, parecía que brotase sangre. Desde un altozano contempló Teodorico la tropa de seis mil jóvenes. Marchaban ya con cierto orden, y habían aprendido con rapidez las voces de mando bizantinas. Los jóvenes godos no llevaban armadura. El equipo era muy costoso, y sólo los viejos guerreros poseían camisas de hierro, que tal vez consiguieron como botín sus antepasados durante las batallas de Atila. Los muchachos llevaban chalecos de cuero y gruesos jubones, que detenían alguna flecha perdida, pero no una lanza dirigida contra el pecho. Contempló su ejército desde el altozano: ¡qué jóvenes y qué insignificantes eran!

Siguieron avanzando, ahora por terreno seco; hacía mucho rato que habían dejado atrás el lago, y vigilaban más que antes la aparición de un posible enemigo.

Al tercer día, ante la insistencia de los jóvenes capitanes por conocer su destino, los labios de Teodorico pronunciaron por vez primera la palabra decisiva: Singidúnum. Era el viejo nombre latino de un castillo que ostentó diversos nombres a lo largo de la historia, una fortaleza junto al Danubio, en la desembocadura del Save. Aquí tenía su sede el ambicioso rey de los sármatas, desde aquí enviaba a sus ejércitos a la otra orilla del Danubio en busca de botín. El río le ofrecía su protección; nadie hasta ahora había osado venir hasta aquí a presentarle batalla en su propio terreno.

Por siete veces había salido y se había puesto el sol. Teodorico observaba a los jóvenes a hurtadillas, al acecho de cualquier señal de cansancio provocado por la cabalgata inusitadamente larga, la alimentación racionada, el viento continuo, el calor del mediodía, llegado de modo prematuro en esta primavera, y los fríos nocturnos. Calculó. Un ejército bizantino no hubiese recorrido en el mismo espacio de tiempo ni un tercio del camino. Los carros de asalto habrían exigido la abertura de senderos a través de la espesura, y la tala de árboles, a fin de hacer practicables los terrenos pantanosos y las tierras de aluvión. En cambio, los jinetes godos llevaban encima toda su impedimenta, ningún carro obstaculizaba su marcha. No necesitaban ajustar su trote al paso más lento de la infantería, y la mayoría de sus caballos de carga aseguraba su avance ininterrumpido cuando alguna montura se desplomaba bajo su jinete.

La avanzadilla anunció: El Save a la vista. Desde las próximas colinas se vislumbraba ya el gran río, de un tono azul verdoso y caudal incrementado porque era primavera. La mayoría de los jóvenes no lo había visto nunca, y se quedaron mirándolo como asustados. Eran cristianos, y ya no pedían ayuda a los antiguos dioses godos de los ríos, pero pese a ello contemplaron con emoción el lejano paisaje; el río se les antojó un obstáculo infranqueable. En la orilla opuesta, al este, estaba el legendario Singidúnum.

Los hombres de la estepa sabían más que los estrategas sobre los accidentes de la naturaleza. En ninguna historia bizantina y en ningún libro sobre la guerra estaba escrito cómo podía la caballería cruzar a nado un río caudaloso. Sólo se hablaba de la caballería pesada, orgullo del ejército bizantino; caballos fuertes y hombres fuertes, de apetito y paga tres veces mayor de lo normal, cubiertos casi totalmente por una coraza. Aventurarse en un río con tales armaduras hubiera sido tentar a Dios, incluso aunque la corriente fluyese con tanta suavidad como la del Save en esta parte de su curso. Pero los godos eran jinetes ligeros, y sus caballos estaban acostumbrados a vadear el gran lago. En la orilla meridional del lago, donde el agua era menos profunda, los godos solían ejercitarse, y sus caballos no retrocedían ni ante las olas de las inundaciones estivales. Los caballos de la avanzada no se mostraron reacios a entrar en el agua en un punto en que había poca profundidad y se interrumpían los interminables cañaverales de la orilla. Los jinetes dirigieron los caballos hacia el agua, sin temer que se asustaran o les empujara la corriente.

Los viejos guerreros eran maestros en esta clase de campañas, y por ello Teodorico había traído a unos cuantos consigo. Eran cautelosos, la atención estaba escrita en sus rostros. Interpretaban miles de señales, conocían el agua. Murmuraban algo al oído de su caballo, y a una ligera presión de su rodilla, el animal abandonaba la orilla pedregosa, alcanzaba el extremo del vado y empezaba a nadar con movimientos tranquilos y seguros. El ejército se colocó ahora de modo que los caballos y sus jóvenes jinetes pudieran ver nadar a la avanzadilla, el ritmo seguro, los movimientos tranquilos de hombres y monturas. Todos debían ver cómo los caballos levantaban la cabeza y alcanzaban la orilla opuesta. Los guerreros enarbolaron sus lanzas y les hicieron señas: ¡Venid!

Tierra de nadie. Para vadear el río eligió Teodorico la hora del mediodía, cuando el Save no estaba tan frío como para entumecer a hombres y animales, pero ante todo para que el sol tuviera tiempo de secar las ropas de cuero. Cuando la mitad del ejército hubo alcanzado la otra orilla. Teodorico se dispuso a vadear el río. Desde la cumbre de la colina resultaba extraño ver aparecer de pronto en el agua a centenares de hombres y caballos. Se tenía la impresión de que montura y jinete nadaban separados. La grupa del animal se hundía bajo el agua, los jinetes sostenían con fuerza las riendas y nadaban al mismo ritmo; sólo sobresalían las lanzas, las flechas atadas al cuello del guerrero, los cascos de cuero y los gorros. Los jóvenes godos habían aprendido a nadar en las olas del gran lago, no tenían ningún miedo a la corriente, en cuyo plácido vaivén no les amenazaba ningún peligro, ni siquiera aunque el caballo, espantado de improviso, derribase a su jinete. Pero no ocurrió nada parecido, los caballos de carga siguieron a sus compañeros, y el agua no estaba excesivamente fría. El número de siluetas marrones en la otra orilla no dejaba de aumentar; hombres y animales se sacudían el agua. Se quitaron los jubones de cuero

y los pusieron a secar. Los guerreros prorrumpieron en carcajadas. Nadie tenía frío, porque el sol de mediodía calentaba mucho, y además encendieron grandes hogueras, junto a las cuales sacaron la comida de las bolsas y llenaron los cuencos con la sopa de sangre.

La audaz travesía había alegrado todos los ánimos.

—Hemos ganado la primera batalla —dijo Teodorico. Ahora era preciso pensar el modo de atacar el campamento de los sármatas. Babai tenía fama de ser un caudillo astuto y muy poderoso. Todos habían oído hablar de él y temían a sus fieros guerreros. Era difícil imaginar un pueblo más salvaje y cruel que las hordas de los sármatas. Saqueaban todas las colonias de las cuales sabían que habían sido abandonadas por los hombres.

De ahora en adelante los godos tendrían que calcular cada paso que dieran. Un solo ruido imprudente podía bastar para que su empresa fracasara en un baño de sangre. Teodorico no envió más exploradores, sino pequeños grupos de cien a doscientos lanceros bajo el mando de guerreros experimentados. Si eran sorprendidos, los tomarían por un grupo de godos vagabundos que habían osado vadear el río. Protegida su retaguardia por el Save, Teodorico envió a sus avanzadillas en tres direcciones.

No tardaron en oír rumores de lucha procedentes del sur. La señal convenida: penachos de humo se elevaron detrás de los caballos. Todos los jinetes del lado poblado de bosques de la pedregosa orilla saltaron a sus caballos. Como una larga serpiente de color marrón, la hilera de jinetes fue avanzando junto al río. Las cuerdas de los arcos se habían secado, las puntas de hierro de las lanzas ni siquiera habían tocado el agua. Las espadas recién afiladas estaban dentro de sus fundas de cuero, y al cinto llevaban las temidas hachas de armas godas.

El río describía una curva, los árboles de la orilla ocultaban la vista; entonces los godos se encontraron ante una cadena de colinas, una llanura cubierta de hierba y arbustos, y más hacia el río, una enorme extensión de pastos. Teodorico volvió su caballo hacia donde se veían las señales de humo. Como caudillo, no llevaba lanza. Empuñaba en su lugar la larga y bien trabajada espada bizantina. Era un regalo del emperador León a Teodomiro. Su padre se la había alargado la víspera de su marcha.

—Puede cortar hasta el hierro —le dijo—; es mejor que las nuestras.

Las señales de humo se elevaban detrás de las colinas, y llenaban el aire de pavesas; el sol, que se reflejaba en el río, penetraba a través del vapor que despedía el pantano. Por la cima de la colina, simulando una huida, galopaba la avanzadilla de los godos en desordenada formación… los jinetes se abrazaban al cuello de los caballos para ofrecer un blanco mínimo a las flechas de los sármatas. Les seguía el enemigo, pisándoles los talones. ¿Cuántos podían ser? ¿Dónde empezaban y dónde terminaban? ¿En qué formación venían? Desde la cima de la colina, los perseguidores

no podían ver el ejército godo, oculto a medias, pero cuando bajaron al galope fueron a parar directamente a un bosque de lanzas.

En las batallas de la caballería, el primer choque es decisivo. La mitad del ejército esperaba en perfecta formación en la orilla, con las lanzas al frente, mientras la otra mitad disparaba sus flechas cuando ya había bajado por la colina la propia avanzadilla. Los sármatas galoparon hacia una verdadera lluvia de flechas. No todas las flechas dieron en el blanco, y las cansadas por la larga trayectoria rebotaban contra los jubones de cuero, pero aun así herían a muchos caballos en el pecho y a muchos guerreros en la rodilla o en los pies.

En el vértigo del momento descubrió Teodorico a su enemigo. Vio un guerrero con una estrecha barba correr directamente hacia él. Llevaba un yelmo puntiagudo y en la diestra empuñaba una lanza; el lado izquierdo de su cuerpo estaba protegido por un escudo sujeto a su brazo, y cubrían sus piernas sendas espinilleras, pero su caballo no tenía coraza. Se habían escogido mutuamente, la distancia se iba acortando, los caballos sentían la presión del muslo, la fiebre de la lucha. El trote se convirtió en galope, y como un osado nadador que salta al río desde el acantilado, y es cubierto momentáneamente por las aguas, así se lanzaron los guerreros a la lucha —choques, gritos, el ruido de las armas, los relinchos de los caballos, señales lejanas que ya nadie comprendía—; las dos caballerías chocaron y se entremezclaron.

El barbudo se dirigía a él con su lanza; Teodorico conocía esta embestida consciente, cuidadosamente preparada. El jinete se levanta algo sobre la silla, a fin de centrar todas sus fuerzas en la lanza; al hacerlo, desvía el escudo y deja el lado izquierdo del cuerpo al descubierto. De este modo se luchaba también en los campos de maniobras bizantinos, donde se preparaba a los principescos rehenes para futuras guerras: maestros de armas griegos e instructores persas enseñaban todos los trucos de la lucha cuerpo a cuerpo. «Cuando el enemigo salta hacia ti con la lanza, y tú tienes una espada en la mano… vuélvete un poco hacia el lado y corta el mango de la lanza por el tercio inferior ligeramente hacia arriba, sólo lo suficiente para que la punta del arma pase por encima de tu cabeza, y entonces estarás debajo y tu enemigo no podrá usar la derecha a causa de la espada que está blandiendo hacia arriba. Ahora debes clavar tu espada, en una fracción de segundo, a fin de acertar en pleno pecho.» La excelente hoja cortó con facilidad el recio mango de madera sin partirlo en dos. La larga punta de hierro rozó el casco de cuero y arañó la frente de Teodorico mientras éste la esquivaba, y al mismo tiempo veía una mancha marrón delante de él, que sería cuero, paño o ante, pero no una armadura. Apretando el mango con fuerza, bajó la larga y estrecha espada, haciendo presión con el pulgar; retuvo el caballo con un potente tirón, soltó entonces la brida y clavó la espada en la mancha marrón: el grueso cuero se abrió como una rosa. La aguda punta de acero entró más profundamente, brotó un hilo de sangre y después un chorro que le salpicó el rostro y

le nubló la vista; aún podía distinguir a su enemigo, su barba… oyó entonces entre estertores una maldición en lengua extranjera, vio los ojos en blanco, la espuma, el caballo que se desplomaba: todo en una fracción de segundo, desde que clavara la espada hasta que la sacó de la herida con un rápido movimiento de muñeca.

Teodorico estaba rodeado por sus godos como por una muralla de guardias de corps. Sus miradas siguieron el combate en el cual, según la severa ley de los hombres, no podían intervenir, pero le hubiesen vengado en el acto de haberle visto herido mortalmente… El número de godos a su alrededor iba creciendo mientras el de los sármatas disminuía. Caballos dispersos daban vueltas por el cañaveral, sin jinete que los guiara. Nadie se preocupaba ahora de los caballos, cuando los hombres luchaban cuerpo a cuerpo con hachas, lanzas, mazas y espadas atacándose una y otra vez, en un combate que aún no estaba decidido. Los godos superaban en número a los sármatas, eran superiores a ellos. ¿Quién puede contar al enemigo en momentos como éste? Por la magnitud del bosque de lanzas, por la anchura de la nube de polvo, por la fuerza del fragor, puede imaginarse uno que está en superioridad numérica… Caballos sin jinete, caballos heridos mortalmente, hombres derribados. Los guerreros no pueden vivir para siempre, pero ofrecen un terrible espectáculo cuando en pleno combate encarnizado se balancean en la silla, caen del caballo y quedan tendidos en el suelo con los ojos vidriosos, la cabeza partida, la garganta abierta, en el pecho una herida tan honda que asoma por ella el corazón.

Era espantoso para aquellos que lo veían por primera vez, para quienes se trataba de la primera batalla y por primera vez probaban sus hojas… con uno… con dos… con tres.

Bizancio había sido una buena escuela para el joven príncipe. Teodorico pensó en el maestro de armas persa, que con su hoja extremadamente flexible se deslizaba entre ellos como un mago. Habían pasado hora tras hora en la sala de esgrima, a fin de —como él decía— perder el miedo. «Piensa en cada pelea que te encuentras aquí, participando en una competición entre amigos, para ejercitar los músculos y desarrollar la armoniosa belleza de los movimientos y la arrogancia masculina.»

Uno, dos, tres. Teodorico tardó más en vencer a su segundo contrincante. El hombre era un mal luchador, pero resistente, y el hacha sármata, un arma más temible que la lanza. Ahora le prestó un buen servicio a Teodorico la armadura del pecho, que el hacha no atravesó, sobre todo porque amortiguó su ímpetu con la espada. El cuello del enemigo se estiró y sobresalió del cuello de la armadura cuando de nuevo el hombre se aprestaba a asestar otro golpe. La punta de la espada pinchó sin dificultad el brazo levantado, y entonces, con un rapidísimo movimiento de muñeca, Teodorico cortó la arteria de la garganta del sármata. El maestro persa le había enseñado en su imperfecto griego este truco oriental del arte de la esgrima. El tercero era joven como el propio Teodorico, casi un muchacho. Tenía ojos azules y cabellos rubios.

Teodorico apuntó a la muñeca y cortó el tendón; al enemigo se le cayó la espada, y miró confuso e indefenso a su vencedor. Teodorico levantó la espada para el golpe. Los ojos del muchacho expresaron una angustia mortal; cogió al joven por la manga y lo atrajo hacia sí. Sin darse cuenta, habló en griego:

—Eres mi prisionero.

El otro no le comprendió, pero alzó las manos como si quisiera decir: «Me rindo».

Los godos habían bajado la colina y subido por la rocosa ladera como una tromba. A su paso no encontraron ninguna muralla, tumba u obstáculo que pudiese interrumpir su carrera. Cuando llegaron a las praderas, Teodorico ordenó el ejército. Pasó revista a los guerreros, mandó contar los muertos, puso centinelas a los prisioneros y organizó de nuevo las unidades. Los godos cambiaron las armas, pues las espadas de los sármatas eran mejores, y sus arcos gozaban de merecida fama. Teodorico concedió una hora de descanso. En el campamento del enemigo les esperaba la comida fresca, la carne de animales recién muertos. Desde hacía más de una semana no comían otra cosa que carne molida y sangre, y un poco de mijo y sémola de cebada que llevaban consigo en la bolsa de cuero atada a la silla. Un rato de descanso para ordenar el ejército, comer y saquear a los prisioneros. Entonces los jinetes se pusieron de nuevo en marcha, describiendo un ancho círculo, para rodear a los sármatas y conducirles hacia el río.

Singidúnum era una fortaleza, un antiguo campamento romano que los sármatas, cuando se establecieron en él, repararon tan bien como supieron. Desde aquí salían para sus saqueos. No tenían ningún miedo de que alguien viniera a sorprenderles en su guarida, pues la fortaleza, enclavada sobre una montaña, podía rechazar cualquier ataque. Teodorico conocía la estrategia de la guerra contra una fortaleza: para un ejército de jinetes no había la menor esperanza de tomar por asalto, sin máquinas de guerra, una fortaleza que estaba preparada para resistir un sitio. Su única arma efectiva tenía que ser la rapidez. Finalizaba la primavera. Los godos se alejaban cada vez más del río; si tenían suerte y se entablaba una batalla durante el camino, al atardecer podrían llegar hasta el pie de la montaña y atacar la fortaleza protegidos por la oscuridad.

Babai no logró formar a toda prisa un ejército con sus dispersas tropas. Requería cierto tiempo para hacer venir a los guerreros de las colonias vecinas. Lo único que podía hacer era enviar a la lucha a los hombres que se hallaban en el fuerte o en las proximidades. Eran hordas que se lanzaron contra los godos con furia desenfrenada, exigiendo venganza para los muertos. Se inició una salvaje carnicería. Teodorico sabía que los godos hubiesen luchado con el mismo encarnizamiento en caso de ser atacada su aldea. Así luchaban todos los pueblos de la estepa: heroicamente, pero sin ningún plan.

Había salido ileso del primer encuentro; sólo una lanza le arañó la frente. Sentía dolor en el brazo. En el calor de la lucha no había advertido el impacto de una piedra lanzada por una honda. Ahora seguía el curso de la lucha desde una colina baja, sin intervenir en ella, y decidiendo desde su puesto elevado hacia dónde debía enviar a sus jinetes. Había pasado la primera borrachera, su caballo ya se había acostumbrado al olor de la sangre. Ahora podía observarlo todo desde arriba: cómo cumplían sus órdenes los godos, cómo iba haciéndose pequeño el círculo en el que se luchaba cuerpo a cuerpo. Los sármatas sentían que se estaban metiendo en una trampa… al final ya no les quedaba sitio para levantar la lanza o blandir la espada.

Era la segunda victoria. Los cuerpos desnudos de los nuevos prisioneros estaban rodeados por el enrejado de lanzas levantadas de los vencedores. Atardecía. De la orilla del río llegaba una niebla azulada, que se cernía lentamente sobre la tierra… pronto alcanzaron el pie de la montaña, con la desembocadura del río en el Danubio a sus espaldas.

¿Disponía Babai de un tercer ejército?

Un grupo de jinetes sin máquinas para el asedio: sólo el asalto, el ímpetu irresistible del ataque podía darles la victoria. Desmontaron, pues, del caballo, y se esparcieron en pocos minutos como hormigas por la montaña. Ardían fuegos aislados; como en todo asedio, las antorchas llameantes producían una sensación de misterio y terror. Antorchas incendiarias volaron por el cielo y cayeron sobre los pajares. El fuego se propagó a los establos, aumentando la perplejidad y haciendo cundir la desesperación, mientras los jóvenes guerreros godos, en apretadas filas, sedientos de una victoria definitiva, trepaban con el arma en la mano por rocas y senderos.

Los sármatas no tenían otro ejército que pudiese defender las murallas de la fortaleza, sólo los guardias de Babai intentaron detener la ola de los atacantes. Hicieron rodar por la pendiente piedras enormes, para que arrastrasen con su peso al enemigo; pero faltaba una defensa bien planeada. El propio rey observaba desde una ventana aquella lucha comenzada en tan desiguales condiciones. Cuando el espacio libre de la montaña fue muy reducido, y los atacantes se encontraron cerca de las murallas, Babai tuvo que reconocer que su débil guardia sería incapaz de detener aquel impetuoso ataque.

Los sármatas eran temidos ladrones de hombres. En cada campaña hacían el mayor número posible de prisioneros. No sólo guerreros, que con sus lazos magistralmente manejados inutilizaban para luchar, sino también mujeres y niños, a los que consideraban asimismo un valioso botín. Los sármatas no eran un pueblo muy numeroso. Los niños robados, educados por ellos, constituían una ayuda adicional, y los que no necesitaban eran vendidos a elevado precio a los comerciantes de esclavos. Las doncellas de la estepa significaban cuantiosas monedas. En cambio, los

muchachos eran alistados por Babai en un nuevo ejército sármata.

Los infortunados prisioneros y esclavos, mercancía para el próximo mercado, no se hallaban en la fortaleza, donde apenas hubiera podido alojarse aquella lastimosa muchedumbre, que cambiaba continuamente. Vivían —tanto en invierno como ahora, en primavera— amontonados como ganado al pie de la montaña. Durante la inspección diaria podía oírse el restallido del látigo y los gritos de dolor. A nadie le importaba que murieran unos cuantos ejemplares de una mercancía conseguida tan fácilmente. Ahora había llegado la primavera, y los guerreros podrían llevar a cabo nuevos saqueos para reemplazar a los prisioneros muertos durante el invierno.

Por los exploradores supo Teodorico dónde se encontraba el campamento de prisioneros. Ordenó que se dirigiera a él una división de godos armados con lanzas sármatas, para el caso de que no fueran suficientes las armas de los centinelas, a los que había que dar muerte. El ejército de los godos no tardó en verse reforzado por los prisioneros liberados, sedientos de venganza. Los hombres fueron a sumarse a los guerreros godos que trepaban por la montaña; las mujeres se dispersaron. Los centinelas muertos yacían ante las puertas en un charco de sangre. La alta empalizada había sido asaltada desde dentro, y por las brechas seguían saliendo nuevos prisioneros, cuyo destino fuera el mercado de seres humanos.

Teodorico empezó el ascenso por el otro lado de la montaña. Con su escudo se protegía de piedras y bloques de roca. A su lado iban los cornetas; en las horas de descanso de la campaña había enseñado a su tropa las señales bizantinas con el cuerno. Paso a paso se abrían camino hacia arriba los atacantes. Tenían que cubrirse continuamente, para que la lluvia de flechas de los sármatas no les causara heridas graves. Parecía que el valor de los defensores estaba cediendo, como si quisieran abandonar las murallas exteriores y replegarse. Las llamas se propagaban de tablón en tablón y prendían en los maderos exteriores. ¡Si el fuego continuaba extendiéndose, no se podría apagar, el río estaba lejos y era imposible subir el agua! Desde el otro lado llegó el grito de los prisioneros liberados. Ahora comprendieron Babai y su gente que habían perdido para siempre su mercancía humana, tan cuidadosamente vigilada.

El palacio en sí era tan grande como un castillo. Durante siglos, aquí había tenido su sede el gobernador romano. Quien fuera señor de Singidúnum dominaba la tierra junto al Ister, podía proteger las provincias meridionales y asegurar la calzada que conducía a Bizancio. Esto lo aprendió Teodorico en Bizancio cuando los maestros de la estrategia le hablaron de la importancia de las vías fluviales.

El botín no cayó como un fruto maduro a los pies de los atacantes. Si en lugar del rey sármata hubiera sido Teodorico el defensor del castillo, habría resistido el asedio durante muchos días con la mitad de la gente, pero los sármatas no entendían de defensa. El rey no dominaba a sus tropas, cada hombre luchó por su cuenta, cundió el

desánimo, reinó el pánico… y los guerreros buscaron cualquier agujero, cualquier sendero oculto para escapar con vida de la fortaleza.

Teodorico había dejado un camino abierto. Los indecisos debían tener la posibilidad de huir. Quién podía saber si se trataba de tropas auxiliares, mercenarios gépidos, o tal vez rugienos o escitas, alistados en las filas del rey sármata por coacción o en la esperanza de un buen botín. Había dejado libre el lado oriental: por allí podían escapar los sitiados que lo deseasen. Sin embargo, abajo tendrían que pasar por la línea de guerreros que habían liberado a los prisioneros, y rendirse a ellos o pelear de nuevo.

Teodorico no podía preocuparse por lo que allí sucediera. Lo importante era Singidúnum, la antigua fortaleza romana. Las lanzas se elevaron, alcanzaron la corona de la muralla y sirvieron de escaleras; los escudos formaron techos bajo los cuales fueron subiendo los atacantes. La suerte de los sármatas estuvo echada cuando los godos saltaron la muralla. Con la espada en la mano iniciaron la batalla final. El castillo se dividía en una serie de espaciosas alas. Al principio muy pocos godos podían mantenerse en ellas, se veían obligados a retroceder hacia la muralla, defendiéndose como podían. Pero cuando Teodorico hubo forzado la muralla interior, los godos se apoderaron del ala principal, y tomaron posesión de los establos con los caballos del rey. A este tejado de ripias no debía lanzarse ni una sola antorcha encendida. No se destruyó nada a excepción de las puertas, que fueron astilladas mediante gruesos tablones. En el interior del palacio empezó la dura e incierta lucha de hombre contra hombre. ¿Dónde estaba Babai? Hacer prisionero al rey hubiera sido la más hermosa recompensa de la campaña.

¡Llevar al gran lago como prisionero al príncipe de los saqueadores! ¡Cien sólidos de oro a quien le agarre! Los jóvenes guerreros se lanzaron a la pelea. El suelo de piedra se cubrió de sangre. La guardia del rey defendió las escaleras peldaño tras peldaño. Por doquier, en los escalones, en los inmensos atrios romanos, en la columnata, manaban ríos de sangre. Ésta fue la hora más terrible del asalto. No había misericordia, reconocimiento ni piedad para las manos en alto. Hombre contra hombre, y vencía el arma mejor, la mano más ágil. En las filas de los godos había aún muchos guerreros inexperimentados, mientras que la guardia de Babai estaba formada por veteranos. Pero grupos de hombres cada vez más numerosos seguían entrando en el castillo, limpiando de enemigos las alas sur y oeste y tapiando la entrada con maderos, piedras y máquinas de asedio recién conquistadas. Teodorico corría al frente de todos. Se encaramó a una máquina de lanzamiento. Desde aquí podía observar la lucha que rugía en el atrio rodeado de columnas. Los guerreros godos ya habían ocupado todas las salidas, y solamente el antiguo castillo seguía en manos de los sármatas. Babai… Babai… ¿Y si el castillo tenía una salida secreta, un pasadizo subterráneo que condujera al pie de la montaña y por el cual el rey podía

haber huido sin ser visto? Babai… Babai…

Si no podían capturarlo, vivo o muerto, nada habría terminado. Si Babai aparecía y desafiaba a duelo al caudillo de los sitiadores, Teodorico tendría que luchar en nombre de los godos. «Babai… Babai», gritaban ahora cien gargantas, y el castillo devolvía el eco. En el palacio se oían estertores de muerte, gritos, pasos de zapatos de hierro, y en torno a las columnas peleaban atacantes y defensores.

Dos godos luchaban mientras ascendían por la escalera. Junto a la escalera había un cortinaje de pared. De repente salió de entre los pliegues una hoja y atravesó el cuerpo de un guerrero, que emitió un solo gemido; la herida era mortal, le había tocado el corazón. El guerrero se desplomó y rodó por la escalera. Su camarada, con salvaje ferocidad, descargó el hacha contra el cortinaje. Un grito reveló que había herido a alguien. Era Babai quien se ocultaba tras la cortina. La afilada punta del arma le había herido en el hombro. La espada cayó de su mano, un segundo después, cuando el puñal cortó la arteria de su garganta; siguió un estertor de muerte. Sobre la rica túnica, empapada de sangre, la espada separó la cabeza del tronco. Al guerrero se le nubló la vista. Al pie de la escalera, apoyada contra la pared, había una lanza. Un godo levantó del suelo la cabeza del rey y la ensartó en la lanza.

Babai… Babai. La lanza, antiguo símbolo de la guerra y garantía de la victoria, fue sujeta a la almena; en su extremo estaba la cara de barba rojiza, horriblemente desfigurada por el rictus de la muerte. Los supervivientes del castillo de Singidúnum depusieron las armas.

Los jóvenes guerreros no tenían aún experiencia en pasar a cuchillo al enemigo. Se detenían cuando oían proferir gritos de muerte, cuando resbalaban sobre un cieno sanguinolento. Los habitantes de la fortaleza se retiraron a los aposentos más alejados del palacio: servidores, mujeres, niños. Conocían el destino que llamaba a su puerta. Todo había sido tan inesperado: hacía apenas dos horas que se hablaba de realizar una expedición sorpresa, y ayer habían vuelto al castillo los restos de las tropas derrotadas. Unas pocas horas fueron suficientes para que los godos penetraran en la fortaleza considerada inexpugnable de los sármatas.

Tampoco Teodorico tenía experiencia en el derramamiento de sangre. Iba de aposento en aposento. En los pasillos montaban guardia sus mejores lanceros. De vez en cuando se secaba la suciedad y el sudor del rostro. En sus pensamientos se sentía trasladado a Bizancio, corriendo a cumplir su deber de cortesano: saludar a un rey bárbaro. Si Babai hubiera sido cristiano, su vencedor tendría que haberle hecho sepultar en nombre de Cristo, pero los sármatas no habían adoptado el cristianismo como los godos. Quemaban a sus muertos según ritos paganos. Teodorico miró hacia arriba, a una ventana. El saqueo ya había comenzado. Era imposible frenar a un guerrero bárbaro tras una batalla victoriosa. Teodorico no podía limitar a dos horas el libre saqueo por medio de una señal de cuerno, como prescribían las reglas bizantinas

para el asalto a un castillo. Así pues, sólo reforzó la guardia, porque Singidúnum era también famoso por su vino. Envió patrullas que tenían la misión de impedir que los godos se embriagaran con un vino desconocido. La perdición de Babai había sido que sus tropas se hallaban dispersas en sus campamentos entre las montañas y el llano, y por este motivo no pudo reunirlas en un día.

Teodorico comprendió con claridad la diferencia que existía entre estos guerreros y los romanos, acostumbrados a una disciplina férrea y a la voz de mando de los cuernos, y qué difícil era dirigir a los guerreros godos, que no conocían el concepto de la paga y con los cuales él tenía que repartirse el botín como si fuera su igual. ¡Maldita Bizancio, bendita Bizancio! ¡Cuánto había aprendido en el palacio imperial! Siempre tenía que acabar recordándolo.

Al principio sólo vio un par de ojos a través de la puerta enrejada. Dos puntos luminosos, y el rostro en la oscuridad. La reja de hierro debía de conducir a la cámara del tesoro o al calabozo. ¿Dónde estaba la cerradura? ¿Quién lo sabía? Señales de cuerno, gritos, disputas, relinchos llegaban desde los patios. Un par de ojos brillaban en la oscuridad, dos manos blancas se aferraban al enrejado de hierro.

Teodorico se acostumbró lentamente a la penumbra. Se hallaba ante un calabozo del palacio, utilizado tal vez para castigar a los servidores. Desdibujada e incierta, reconoció una figura femenina, esbelta y bastante alta. Las manos que agarraban las rejas eran las de una muchacha. No intentaba sacudirlas. No quería huir. Miraba con ojos relampagueantes desde la oscuridad. Transcurrió un minuto interminable, durante el cual se miraron a través de la puerta cerrada.

—¿Quién eres?

Lo preguntó en godo, y lo repitió en griego. La respuesta fue en latín.

—Me llamo Nébula.

Teodorico había aprendido latín en Bizancio, los cargos de la corte seguían designándose en latín, en muchos lugares se daban las órdenes a los soldados en dicha lengua, y la contabilidad del imperio aún se llevaba en latín. Aunque el emperador no lo hablase, los cortesanos tenían que comprender las cartas y los decretos escritos en la lengua de Roma. Por esta razón se enseñaba el latín en el palacio imperial. Teodorico comprendió que el nombre significaba niebla.

El victorioso hijo de un rey y la prisionera continuaron mirándose a través de la reja del calabozo. Lentamente le vino a la memoria el recuerdo de las palabras latinas.

—¡Eres libre! ¿Puedes salir? La voz repuso en voz baja:

—La cerradura está en la parte de fuera.

No ardía ninguna antorcha, y en la habitación reinaba la oscuridad. Tanteó la puerta con la mano. La muchacha dijo:

—La cerradura está a tu derecha.

Era un cerrojo que se introducía en dos anillos de hierro fijos en la pared. En Bizancio había visto, cuando les enseñaron los calabozos, que encerraban en ellos a los prisioneros que habían sido cegados. En algunos de ellos aún pendían restos de la orla de púrpura de su capa destrozada. Podían haber sido grandes señores, senadores, gobernantes o generales, y ahora escuchaban, con las cuencas de sus ojos vacías, los pasos del centinela que les traía la mísera pitanza. Tal vez… ella se asustaría de él… Primero tenía que acostumbrar su mano al mecanismo. Se hirió el dedo cuando descorrió la barra de hierro con un único y fuerte movimiento. La puerta de hierro giró tan poco sobre sus goznes a la presión de su hombro, que ella tuvo el espacio justo para salir. La muchacha, que había estado prisionera y ahora era libre, se tambaleó.

—¿Quién eres?

—Me raptaron en Iliria. Hace seis meses que espero el dinero del rescate. Si no hubiese llegado este mes, Babai pensaba regalarme a su hijo como esclava.

—¿Hablas griego?

—Un poco… lo aprendí. ¿Comprendes, señor, lo que digo? ¿Quién eres tú, que dices: Nébula, eres libre? ¿Cómo es que hablas el griego? ¿Vienes de Bizancio, señor?

—Soy Teodorico, el hijo del rey Teodomiro. Hemos conquistado el castillo. Los godos te devuelven tu libertad.

—¿Eres godo, señor? ¿Y hablas la lengua de Bizancio?

—He vivido diez años allí. También yo era prisionero, aunque no estaba encerrado. Acércate, Nébula. No tengas miedo, no te haré ningún daño.

—Los godos son crueles guerreros.

—Estás bajo mi protección. Eres libre. ¿Lo comprendes?

—¿Libre? ¿Qué significa ser libre? ¿Dónde estoy? ¿Cómo podré llegar a mi casa? ¿Habrá alguien con vida en mi casa? Una noche… llegaron los jinetes. Me llevaron lejos, muy lejos. El viaje duró cinco días y cinco noches. Incluso el viento se cansa antes de llegar a este castillo.

Fuera, el ruido era espantoso. Podían oírlo porque la puerta estaba abierta. La muchacha tembló. Ruido, noche, jinetes.

—No tengas ningún temor. No te acerques a la reja, aléjate de ella. No tengas miedo… En adelante nadie te hará ningún daño.

El pasillo se llenó de guerreros. Buscaban a su joven señor, temiendo que hubiese caído en una trampa o le hubiese atacado por la espalda algún guerrero de Babai. Pero en el umbral estaba una muchacha, que temblaba. Dentro, en la cámara, había una mesa, un banco y una litera. Sobre la mesa se hallaban unos rollos de pergamino.

—¿Sabes leer?

—Soy cristiana.

Hombres extraños la contemplaban fijamente. La mirada de la muchacha vagó por la estancia como una mariposa inquieta, iluminándose de vez en cuando como si despidiera chispas. Los godos hablaban una lengua extraña y salvaje. Llevaban armas y eran igualmente indómitos y temibles aquellos que una noche la habían atacado y raptado.

—No tengas miedo. Los guerreros godos sólo hacen lo que yo les ordeno.

Los jóvenes se quedaron formando un semicírculo. Su joven caudillo se les antojaba un hechicero. Hablaba en una lengua que ninguno de ellos comprendía, pero sabían que en Bizancio y en Roma los sacerdotes rezaban en aquella lengua, y que el lejano emperador la empleaba para dirigirse a todos los habitantes de la tierra. Tales palabras figuraban en las monedas de oro que el insigne señor enviaba anualmente al rey Teodomiro.

La expresión de la muchacha era triste; iba envuelta en una capa que tenía varias costuras descosidas. Era una capa romana de tejido muy fuerte, y había resistido sin romperse la humedad de las gruesas paredes del calabozo.

La muchacha miraba en torno suyo con inquietud. ¿Por qué estos bárbaros tenían que ser más buenos con ella que los otros? Sólo el guerrero rubio y sin barba hablaba en una lengua comprensible para ella. Hasta sabía sonreír; entonces su mirada penetrante y aguda se suavizaba. El rubor cubría el rostro afeitado. Cuando sonreía, parecía un muchacho. Nébula estaba ante él, llena de dudas. Era como una hoja desprendida del árbol, un ser solitario y desgraciado que aquí, en el castillo de Singidúnum, no pertenecía a nadie.

No quiso comer nada. Seguramente no había pasado hambre, y no la habían maltratado. ¿Llegaría el dinero del rescate desde la lejana Iliria? ¿Cómo podía llegar el precio del rescate para una muchacha arrastrada por un torbellino?

Recordaba con claridad la noche en que fue secuestrada por los jinetes. Había incendios alrededor de la ciudad. Se oyó un estruendo ensordecedor, chirridos; fueron forzadas las puertas, el gallo rojo voló por los tejados. Y los rostros: barbudos, sudorosos, crueles. Manos que la agarraron y se la llevaron, salvajes sonidos; ella mordió, y un puño le golpeó la frente. Era mejor no pensar en ello. ¿No la habían atado a un caballo que alguien guiaba por la brida, primero a un trote muy lento y después más de prisa, al galope? Salieron de la ciudad, cruzaron el bosque y siguieron hacia comarcas desconocidas. Muchos días y muchas noches. Y por fin llegaron a Singidúnum.

No pasaba hambre ni tenía frío ni le faltaba nada, pero todo era incertidumbre para ella; no tenía ninguna queja. Ante ella estaba el guerrero sonriente de ojos claros y un poco saltones. Ya conocía su nombre: Teodorico. No era un nombre sármata y salvaje como Babai…

La numerosa familia de Babai se había retirado al ala lateral del palacio. Tres de

sus mujeres se peleaban por túnicas y alhajas, se lamentaban de su destino y lloraban al muerto. Los niños, aterrados, se acurrucaban en una esquina. ¿Por qué los extranjeros armados se dedicaban a asesinar? ¿Los matarían a todos? La muchacha Nébula entró en el aposento de la reina, y el godo le dijo:

—No te preocupes, no puede sucederte nada malo. Nosotros cuidaremos de ti. Descansa. Bebe vino, come, cúbrete con esta suave piel. Duerme. Cuando despiertes, todo será más hermoso, Nébula. Hombres armados vigilarán tu sueño. Ya no puede ocurrirte nada malo.

Lo dijo con palabras griegas y lo repitió, lo mejor que pudo, en latín.

El consejo de los guerreros godos se llamaba *Thing*. En él decidían los hombres la paz o la guerra, la división de la tierra, y también las migraciones. Seis mil jóvenes guerreros habían empuñado la lanza, y ahora Teodorico llamó a los capitanes de las centurias para congregarse todos en el *Thing*. Se reunieron en el salón del castillo, y sesenta hombres no tuvieron lugar donde sentarse. La pregunta era: ¿qué hacer ahora? ¿Instalarse en Singidúnum y esperar a que los sármatas dispersos se unieran e intentasen —si lo intentaban— expulsar del castillo al enemigo? ¿O era mejor abandonar el castillo, procurarse carros y animales de carga, y volver a casa con el botín? De todos modos habían llevado a cabo con éxito una ambiciosa campaña, vivido una gran aventura bélica y ganado con todos los honores una auténtica experiencia de nómadas.

Se trataba de un debate entre hombres, en el cual la conversación se enardecía muchas veces, y poco a poco volvía a serenarse, cuando el orador aburría a su auditorio. Una voz estentórea se oyó entre las filas.

—¿Por qué no expresas tu opinión, Teodorico? Tú nos has conducido. Es necesario que conozcamos tu opinión. ¡Habla, Teodorico!

Teodorico ocupaba la silla de Babai. Ahora se levantó, pues los guerreros congregados merecían aquella muestra de respeto. ¡Bizancio, Bizancio! Allí el emperador se sentaba en su trono con dosel de mosaico, cerraba los ojos, era un hombre sagrado. Sus pensamientos eran transmitidos a la corte y al pueblo a través del eunuco jefe. El emperador flotaba en medio de un resplandor dorado por encima de todos los mortales, como los dioses del Olimpo.

—Guerreros, si nos quedamos aquí, en casa faltarán las seis mil mejores lanzas. Es posible que las tribus sármatas dispersas se estén preparando para una campaña de venganza. ¿Y qué hacemos aquí nosotros, en un país extraño, encerrados en un castillo? Por otra parte, si regresamos todos, nuestra empresa no habrá sido más que una aventura, una campaña en busca de botín. Singidúnum domina el Ister. En Bizancio aprendí las provincias que atraviesa el río hasta que desemboca en el mar. Si esta fortaleza se halla en nuestro poder, siempre podremos llegar hasta aquí sin ser molestados. Aquí el pueblo de los godos puede descansar mientras buscamos una

patria mejor. Mi proposición es que dividamos el ejército. Una tercera parte —dos mil lanzas— es suficiente para defender el castillo contra cualquier ataque, y en caso de asedio, los demás podemos acudir en cuanto recibamos el mensaje: ¡Enviad ayuda! Dos mil guerreros deben quedarse en Singidúnum. Los otros recogerán el botín, y dentro de tres días saldremos hacia casa.

—¿Quién se quedará aquí?

—Los que voluntariamente se ofrezcan para ello. Nuestro regreso no será fácil, pues ahora no podemos ir campo traviesa con los carros. Pero aquellos que permanezcan aquí deben estar preparados para un ataque y hacerse fuertes en tierra enemiga. Por consiguiente, es justo que sean ellos los primeros en recibir el botín. Yo, Teodorico, así lo dispongo.

Siervos temblorosos trajeron a rastras los tesoros de Babai; las maravillas ocultas en cámaras secretas, además de centenares de prisioneros. Todo el rico botín de la tribu saqueadora de los sármatas. Mercancías de los comerciantes, muebles de las casas de ciudades romanas, carros de campesinos y numerosos animales. Lo mejor de todo ello lo guardaba Babai en su palacio. Babai, cuya cabeza barbuda, manchada de sangre, estaba ensartada en una lanza junto a la puerta principal, para escarmiento de todos; el viento agitaba su barba. Su único ojo inspiraba terror… al igual que su rostro desfigurado.

Los godos se prepararon para repartirse el botín. Los prisioneros, según una antiquísima tradición, quedaban libres. En su lugar ocuparían los calabozos los prisioneros sármatas.

Los cocineros de Babai asaban bueyes recién sacrificados, y los hombres, hambrientos, se echaban sobre ellos. Era desde hacía meses su primera comida caliente. Los prisioneros estaban libres y los centinelas eran los nuevos prisioneros. Pero los hombres a quienes Teodorico perdonaba la vida, tenían que trabajar. Debían ayudar a cargarlo todo en los carros, todos los tesoros de Babai que pudieran ser hallados y los revelados por los antiguos siervos del rey; a cambio de lo cual recibían su libertad. Teodorico era magnánimo. Por cada buena noticia, por cada pieza de valor entregada, otorgaba un favor. Los sármatas, acostumbrados a un señor caprichoso y despótico, no tardaron en enterarse de esta ventaja. El hijo del rey godo se paseaba sin armas entre ellos. Algunos sabían algo de griego, y los convirtió en sus intérpretes. El intérprete era libre; no le esperaba ninguna servidumbre. El señor era magnánimo.

Se iban cargando los carros. Los guerreros godos vigilaban a los cargadores, y si alguno quería escabullirse, le hacían desistir con el mango de la lanza. Pero se trabajaba bien con el nuevo señor. Godos y prisioneros recibían la misma comida, y los que hacían méritos en su trabajo oían de nuevo la confirmación de Teodorico: «¡Eres libre, puedes irte a casa!»

Fueron elegidos los dos mil guerreros. ¿Quién había oído hablar de los godos en Singidúnum? ¿Qué harían tantos guerreros jóvenes? Los que sabían escribir hicieron una lista con los nombres de los miembros de la guarnición. En otro pergamino se escribieron los nombres de los caídos. A ellos les pertenecía una parte triple del botín. La mayoría aún no tenían mujer. Los padres llorarían según la tradición al hijo caído en la batalla.

¿Quería Teodorico fundar un reino en la fortaleza conquistada? Nuevamente bendijo a Bizancio, que le había enseñado a dar forma a las ideas impetuosas y a frenar sus pasiones. Cuando era conveniente, elogiaba, cuando era posible, recompensaba. Un caudillo no debe nunca inspirar temor a su propio pueblo, pero siempre debe recordarles: el futuro está en mis manos.

Había hecho mezclar polvo somnífero en el vino de la doncella, y por ello Nébula sólo abría los ojos durante pocos minutos desde hacía casi dos días. Entre las mujeres de Babai había curanderas; seleccionó a algunas. Tenían que averiguar los secretos de la muchacha dormida. Cuando hubo pasado revista a todos los carros, eligió para ello un cómodo carro de viaje romano. ¿De dónde lo habrían sacado los sármatas? Hizo enganchar a él los mejores caballos, y además reservó para la muchacha, fiel a la ley goda, una parte del botín.

Los vecinos dedujeron, a la vista de tantos preparativos, que la horda de los godos se iría sin dejar a nadie. Se lo llevaron todo consigo, incluso a los prisioneros. A los supervivientes no les quedaría nada aparte de la vida, pero en la tierra montañosa y exuberante, los sármatas no tardarían en reponer sus fuerzas. Teodorico reforzó la guardia del castillo en el palacio de Babai. Sólo quedaba un día para la última carga y la última consulta. Entonces, a hora muy temprana emprendieron el regreso al hogar, guerreros y carros.

Nébula trataba de ver a través de la niebla que había ante sus ojos. Las primeras siluetas fueron dibujándose con lentitud. Oía voces, pero su cerebro embotado no lograba captar el sentido de las palabras, que sonaban muy lejanas. La muchacha yacía inmóvil, mientras la vida volvía poco a poco y vencía el terrible agotamiento que la dominaba.

Tal vez le preguntaría si quería irse con él o volver al lugar donde la habían raptado. Tal vez habría aún casa y habitantes en la ciudad de Iliria que los sármatas saquearon. Seguramente ella se decidiría por regresar al hogar. ¿No equivaldría a hacerla de nuevo prisionera si la obligaba a irse con ellos… en un incierto viaje hacia Panonia, a orillas del gran lago? ¿Podría creerle la muchacha si le decía que allí no sería una prisionera como lo había sido en Singidúnum?

—Si vienes conmigo, viajarás con comodidad. En cuanto lleguemos a mi casa enviaré emisarios a tu padre para informarle de que vives y estás con nosotros. Si tienes algún deseo, dímelo. Tienes que convencerte de que eres libre y no una

prisionera.

—Te creo, pero dime… ¿no está tu hogar aún mucho más lejos que mi patria, señor?

—Nébula, los caballos de los godos son más veloces que las nubes. Hemos aprendido de Atila, que llevaba a sus ejércitos desde un gran mar hasta otro. El camino se acorta con cada día que pasa. Si te dejo aquí, tendré que preocuparme por tu seguridad. No tengo suficientes guerreros para que te acompañen hasta tu casa. Si vienes conmigo…

Transcurrió otra hora, y entonces los cuernos tocaron para la marcha. Lentamente descendieron los carros por la ladera de la montaña. Junto a la ciudad que se levantaba a orillas del río se comprobó todo una vez más. Teodorico puso orden en los guerreros, los animales de carga y las hileras de carros. Los godos estaban habituados a ir de un lado para otro. Toda su reducida tierra estaba acostumbrada a subir a los carros en una sola noche. Los carros lo eran todo a la vez, castillo, protección y hogar.

Eran también un techo para enfermos y ancianos, además de despensa y cámara del tesoro. Cada guerrero godo estaba dispuesto a desmontar y tomar las riendas en la mano.

La distribución de la caravana era lo más importante: muchas veces podía decidir la suerte de toda una campaña. Tenían que cruzar regiones hostiles, y los carros significaban una pérdida de movilidad. Los jinetes debían adaptarse al ritmo más lento de los mulos y caballos de tiro. En caso de una batalla, gran parte del ejército tendría que cubrir la larga hilera de carros. Esta estrategia no la enseñaban en Bizancio. Los guerreros nómadas, en cambio, la llevaban en la sangre, y por ello Teodorico requirió el consejo de los viejos y experimentados. Finalmente quedó formada la columna. Podían mandar exploradores, y la caravana sería protegida tanto en la vanguardia como en la retaguardia contra un eventual ataque.

Teodorico dio la señal de marcha: un potente sonido de cuerno retumbó por toda la llanura; los caballos de la avanzadilla salieron al trote.

La muchacha iba en el interior del cómodo carro romano, entre mullidas pieles. En sacos se hallaba el botín que le había correspondido. Una visigoda que hacía tiempo fuera raptada por los sármatas, iba sentada junto al conductor. Ahora sus lejanos hermanos la habían liberado y se la llevaban a su casa. Las dos mujeres apenas podían hablar entre sí, y sin embargo, eran hermanas. Cuando Teodorico cabalgaba junto a la hilera de carros, miraba hacia la ventana del carro romano, y hacía una señal de saludo a Nébula.

La caravana disfrutaba de más comodidades que a la ida. No tenían que temer ninguna sorpresa, y por ello podían encender muchas hogueras. Naturalmente, una caravana tan larga no podía pasar desapercibida para los jinetes nómadas de la estepa,

pero cuatro mil lanzas godas proyectaban una sombra tan densa, que los nómadas perdían los deseos de atacar. Al partir de Singidúnum, los godos calcularon —ahora ya conocían el camino— que el sol se pondría catorce veces antes de que llegaran al gran lago. Tendrían que buscar balsas para transportar los carros. Esto requería tiempo; y sus cálculos no incluían ninguna escaramuza ni refriega eventual.

Eran las primicias del verano, la más bella estación del año. A lo largo del río, todo estaba en flor. Utilizaban la vieja calzada romana, que no se hundía bajo el peso de las ruedas. La calzada estaba descuidada, llena de agujeros. Pero era un buen camino. Su empedrado de reflejos azulados había resistido durante quinientos años el paso de ejércitos, nómadas y pueblos.

Los que viajaban en los carros, bajaron al camino. Sólo los heridos y los enfermos permanecieron bajo techo. Los rayos del sol acariciaban el rostro de Nébula. Una sonrisa hizo olvidar la palidez de la reclusión.

—¿Quieres un caballo?

Momentos después se hallaba la muchacha sobre la silla, y tras un inquieto trote arriba y abajo de la caravana, Teodorico se unió a ella. De momento, la región era segura; la avanzadilla no había anunciado ningún peligro.

Nébula sabía ya muchas cosas sobre Teodorico. Cuando su padre muriera, él sería rey. Si regresaba a Bizancio, el emperador le confiaría un ejército y le cubriría con una capa de oro. La muchacha sabía qué era un patricio. Dijo en voz baja:

—El amigo de mi padre es el señor Orestes, el patricio.

Tenía que hablarle de Orestes, que había comido en su casa y recibido allí a sus generales y emisarios. ¿Dónde estaba ahora Orestes? ¿Qué sabía ella acerca de Orestes? La muchacha tenía que consultárselo. Teodorico escuchaba en la tierra de nadie su armonioso latín. Se hacía repetir alguna que otra palabra. Incluso como ejercicio era bueno conversar con Nébula en la lengua de los romanos.

Si quería, podía llevarla a su propio carro y hacerla su mujer, como tomara en un tiempo su padre a su madre Erelieva. Pero la muchacha llevaba un nombre romano, su padre era una autoridad en una ciudad romana. Por esta razón la habían robado los sármatas y esperado conseguir por ella un elevado rescate. Cabalgaban el uno junto al otro. La muchacha tenía dos años menos que él. En la larga columna de los godos, los jóvenes guerreros bajaban las lanzas cuando pasaban a lomos de sus monturas por delante de Nébula.

XVII

Las noticias de la patria junto al gran lago revelaban que en la residencia de Teodomiro reinaba la excitación. Todos los guerreros habían sido convocados al *Thing*. En circunstancias normales se hubiera elegido a un hombre de cada cien o mil guerreros para que consultase con los caudillos de las otras centurias. Pero esta vez serían congregados todos los guerreros de la gran llanura que se extendía a los pies de las viñas colgantes. Habría una revista general y un consejo. Esto fue lo que relató el mensajero, enviado por Teodomiro con esta noticia. Al regresar tenía que dar cuenta del resultado de la empresa acometida por los jóvenes guerreros.

Al atardecer, el mensajero entró en la tienda de Teodorico. En voz baja le dijo:

—Tu padre me ha encargado que te diga, señor, que ha llegado una legación bizantina… para ti. Trae una carta del emperador. Nadie puede romper el sello de la carta, sólo tú.

Momentos antes era todavía el caudillo de un ejército de jinetes, y ahora era el guardián de un secreto imperial, oculto dentro del pergamino. Ni siquiera su padre podía abrir la misiva. El enviado esperaría la llegada de Teodorico.

Se levantó un viento fresco, que soplaba a sus espaldas. De pronto todo se aceleró, la columna de carros, los jinetes. Los caballos habían comido hasta hartarse, los pastos estaban lozanos. Nébula. ¿Intuía la muchacha el poder que ejercía sobre él? Qué singular era el sonido de su voz… hasta en esto era ella la más fuerte. No se parecía a las mujeres de la tribu, que, fieles a la tradición, se inclinaban ante la voluntad del hombre. Nébula era romana, conocía la ley que concedía el mismo derecho sobre la vida y la propiedad a la mujer que al hombre. Sabía escribir. Sus ojos desentrañaban el significado de las letras. Teodorico sólo sabía leer; los maestros bizantinos no le habían enseñado la escritura. Conocía ya el rostro obstinado de la muchacha, y leía en él cuando algo le desagradaba. Debió de haber sido una niña mimada, la predilecta de su padre, quien seguramente satisfacía todos sus caprichos. Profesaba la fe romana. A sus ojos, todos los arrianos eran herejes.

Un mundo entero los separaba. Sin embargo, Teodorico ya paseaba a primeras horas de la mañana en torno al lugar donde había pasado la noche el carro romano de Nébula. Los hombres no hubiesen tenido nada que oponer si se hubiese cumplido la ley de la estepa. Al hijo del rey le correspondía el botín más valioso. Destino de los hombres, destino de las mujeres, destino de la guerra. Veían a Teodorico cabalgando durante horas al lado de la muchacha. El viento llevaba hacia atrás sus palabras extranjeras. ¡Qué segura, desenvuelta y majestuosa parecía la muchacha, y qué diferente era el modo de montar del hijo de Amal… del de los jinetes de la estepa! La escuela bizantina: una compenetración casi artística entre montura y jinete. Así

montaba Teodorico su caballo griego procedente de Constantinopla, mientras trotaba junto a la muchacha. Los godos intercambiaban miradas: ¿Acaso la doncella romana había hechizado a su joven señor?

¿No les traería algún peligro?

La avanzadilla venía muchas veces ensangrentada y en desorden. Una de las veces tuvo que luchar contra una banda gépida, otra, sostuvo una refriega con un grupo de hunos, que todavía merodeaban por allí. Del mismo modo que el animal de la estepa prueba si el otro es más fuerte, así les atacaron los hunos, dispararon sus flechas y desaparecieron. O bien se transformaban en confusas imágenes al borde del horizonte: jinetes con la cabeza abajo, ciudades y torres en el calor sofocante del mediodía.

Teodorico llamó a varios de sus mejores jinetes, y con ellos salió al galope a través de una llanura interrumpida por una hilera de colinas bajas. El ansia de aventura, la fuerza indomable de la juventud tensaron sus músculos hasta el punto máximo. Al galope por la cuesta de la colina, y con las bridas tirantes cuando bajaban por la otra ladera. En el horizonte apareció una nube de polvo: ¿crecía o se dividía? ¿Huía de un ejército que se aproximaba? ¿Iba tal vez al frente de una manada de caballos salvajes? De un bosquecillo surgió un explorador: desde los arbustos de la colina había avistado una guardia gépida, que protegía un fortín.

Los gépidos eran ya enemigos, ya indiferentes. Los sármatas habían sido siempre los chacales de la estepa. Los hunos recordaban los peores tiempos de Atila, cuando atacaron en gran número un campamento de los godos. Pero muchas veces eran también aliados, sobre todo si se trataba de llevar a cabo una campaña en común y existía la esperanza de un buen botín.

Teodorico ordenó tocar el cuerno sobre la cima de la colina. Al sonar la señal, los gépidos que se ocultaban tras la muralla de tierra, salieron en tropel. No eran muchos. No tenían intención de atacar, más bien estaban asustados, pues la señal del cuerno no era conocida en esta región, donde las campañas consistían en ataques por sorpresa o salvajes agresiones nocturnas. La avanzadilla de los godos estaba arriba, en la colina. Todos tenían el arma en la mano. De nuevo sonó el cuerno, con más impaciencia, en tono conminatorio. A los pocos minutos, unos cuantos gépidos empezaron el ascenso de la colina, y al parecer, con intenciones pacíficas.

La ley de la estepa determinaba la ceremonia. Había godos que podían entenderse con los gépidos, y cuando ello ocurría, era un alivio. En vez de tener que luchar, los godos recibían entonces séquito y alimentos. Como era costumbre en Bizancio, Teodorico levantó la espada y le dio la vuelta con la punta dirigida hacia el suelo, en señal de saludo. El primero que se acercó fue un hombre de edad, un guerrero cubierto de cicatrices, que probablemente era el jefe del fortín. Sólo hablaba gépido, pero mezcló en sus frases algunas palabras en griego. ¿Dónde podía haberlo

aprendido? Tal vez en el cautiverio, tal vez en el ejército del *basileo*.

Las palabras no significaban gran cosa en la estepa. Teodorico dibujó un amplio círculo con su lanza, y señaló la dirección de su campamento al otro lado de la colina, en el que abundaban los jinetes y animales de carga, y cuya hilera de carros llegaba hasta el horizonte. Miles de lanzas. El hombre de la estepa lo comprendió rápidamente: un solo asalto de los godos destruiría el fortín. Según la ley de la estepa, el más débil debía obedecer. Todavía no se abrazaron, todavía siguieron en pie frente a frente. ¿Por qué el joven caudillo daba órdenes con un cuerno, y por qué no atacaba? Le rodeaban muchos jóvenes guerreros que en su mayoría mostraban cicatrices recientes, pero que tenían facciones de muchacha. ¿Habrían abandonado el hogar para ir en busca de una nueva patria?

—Venimos de Singidúnum y volvemos con el botín a casa de nuestros padres. Estamos cruzando vuestras tierras. No queremos destruir nada. Si nos dais algunas reses, os las pagaremos.

No tocaremos ni a vuestro pueblo ni a vuestro ganado. Teodorico, nieto de Amal, hijo del rey Teodomiro, te lo promete.

El anciano comprendió por el tono de la voz y la expresión del rostro, que de la boca del joven guerrero salían palabras de paz y no de guerra. Paso libre, compensación por el ganado y escolta a través de la comarca de los gépidos; muy bien, pero ahora se iniciaría el regateo. Contempló los caballos y las armas de los godos. Los gépidos, como todos los pueblos de la estepa, eran pobres. Vestían toscas ropas de cuero, y sus armas eran de áspero hierro. Tenían buenos caballos, criados aquí en la estepa, pero montaban sin silla, porque carecían de artesanos. ¿De qué servían a los gépidos los sólidos de oro? La caravana de los godos estaba formada por cuatro mil hombres; muchos estómagos hambrientos, además de animales de tiro, caballos y mulos. Los alimentos que llevaban no eran suficientes. Si obtenían de los gépidos las reses necesarias para el camino hasta las primeras colonias godas, no tendrían que sacrificar ningún animal de tiro.

Teodorico estaba inquieto. La noticia de que le esperaba una legación de Bizancio prestaba alas a su fantasía. ¿Quién la enviaba, qué contendría el mensaje? Aquí en la estepa, cualquier lucha inútil, incluso aunque terminase con una victoria, sólo significaba una pérdida de tiempo. Morían animales, había que enterrar a los muertos y cuidar a los heridos. Ahora no necesitaban más botín, y aún menos los mezquinos bienes de los gépidos. Por consiguiente, pagó con armas, sillas, alhajas y telas. Los gépidos recibieron también vino y especias, y los caudillos, algunos yelmos, corazas, espadas romanas y puntas de flecha.

Bueyes y ovejas fueron llevados al campamento. Los gépidos fueron huéspedes junto al fuego nocturno. Se preparó una comida; Teodorico franqueó el abismo que dividía a ambos pueblos. Durante tres o cuatro días de marcha, ningún peligro

amenazaría a la caravana de los godos. Cuando llegasen a la calzada romana que conducía a la orilla del Danubio, ya no tendrían nada que temer, pues ya estarían cerca de la región goda. Cuatro mil jóvenes jinetes entrarían entonces en la comarca de la tribu hermana del rey Walamiro.

Los gépidos les dieron bueyes y ovejas. Con la esperanza de un negocio provechoso les vendieron todo cuanto les había sobrado del invierno. Las abundantes lluvias primaverales prometían una buena cosecha. «Cómpralo… y dame a cambio una copa de vino, una tela, una fíbula, tu cuchillo.» De este modo regatearon los gépidos con los godos hasta que clareó el día y el ejército se puso en marcha. Guerreros gépidos con túnicas nuevas, armas nuevas y una silla sobre el caballo, acompañaron a los godos a través de su comarca. Los guerreros no necesitaron así empuñar la lanza a cada ruido, y los heridos, los enfermos y las mujeres pudieron dormir con tranquilidad en sus carros de mimbre.

Los guardas fronterizos de Walamiro vieron oscilar el horizonte a la otra orilla del río. La noticia de la gran aventura ya se había propagado por las regiones de los godos, llegando incluso a difundirse entre los visigodos de la lejana Hispania.

A mediodía vadearon el Drave los primeros mensajeros. El hermano pudo abrazar a su hermano. Los caballos de los godos no temían el agua. Un jinete intentó medir la profundidad del río con la larga asta de su lanza. En la orilla esperaba la dilatada hilera de carros con el botín, los prisioneros y las mujeres. ¿Disponía el rey Walamiro de una balsa y de barqueros que pudiesen transportar hasta la otra orilla a esta caravana?

Entre los tesoros de Babai fueron halladas centenares de hachas de largo mango: con su ayuda cruzaron el río los guerreros godos, uniendo los mangos de madera hasta formar fuertes balsas. Mientras tanto, un mensajero a caballo galopaba hacia el gran lago. Los jinetes de Walamiro le acompañaron a través de su región. Teodorico enviaba, escrita con caracteres rúnicos, la noticia de que llegaría con la máxima rapidez posible. Hasta entonces debían hospedar a la legación bizantina. También Erelieva recibió un mensaje: debía preparar alojamiento para una doncella romana que se llamaba Nébula.

Los mangos de las hachas, convertidos en balsas, flotaban sobre el agua del Drave. Buscaron en la orilla un lugar de suave pendiente para que los carros pudiesen bajar hasta el agua. Solamente los viejos recordaban una ocasión parecida: fue cuando las tropas de Atila cruzaron el Rin. Entonces, cientos de hombres construyeron las balsas, y sobre su lugar de trabajo fue erigido un techo, porque mientras tanto continuaba la batalla, y desde la orilla venía una lluvia de flechas. Ahora el trabajo se desarrollaba con tranquilidad, nubes ligeras amortiguaban el calor del sol, los árboles lucían ya su verde follaje, y los guerreros cantaban mientras trabajaban. El Drave estaba fresco, pero no frío, y algún que otro jinete lo vadeó por

juego o por jactancia dos o tres veces. Teodorico cruzó con la balsa, después de esperar a que el carro romano de ligeras ruedas estuviera sobre la improvisada embarcación. La mirada de Nébula recorría el paisaje extranjero. Cada día se alejaban más de Iliria. Teodorico ya no era el héroe de una banda nómada y sin nombre. Cuando alcanzasen la otra orilla, entraría en el reino de su tío, que era parte de la confederación de tres reyes.

La noticia de la gran aventura le precedió como un reguero de pólvora. La conquista de Singidúnum era el hecho de armas más audaz de los godos, desde que se establecieran aquí tras la destrucción del reino de los hunos. Los cantores estaban deseando escuchar la historia del memorable ataque de labios de los héroes. Y la noticia mencionaba también el considerable botín: el éxito de los seis mil jóvenes guerreros haría olvidar las necesidades del invierno.

Pero antes Teodorico debía permanecer en la residencia de Walamiro para que éste le agasajara, y escuchar además los discursos del consejo de los más ancianos. Todos sus músculos estaban en tensión, y a duras penas podía frenar su impaciencia. ¿Qué clase de mensaje podía traer la legación bizantina? ¿Qué quería comunicarle el emperador?

Walamiro estaba preocupado. Su pueblo ya no quería soportar por más tiempo la pobreza, el frío del invierno y las inclemencias del tiempo. Había hecho mucho frío, y los godos tiritaban en sus tiendas de pieles y cabañas de madera. En los alrededores no había ninguna ciudad romana en cuyas ruinas pudieran establecerse. Teodorico llegaba precisamente en la semana de la decisión: la tribu más meridional de los godos había decidido abandonar sus tierras, irse lejos, hacia el sur. ¿Tal vez a Italia?

Los pesados carros seguirían el viejo camino real romano, hacia el sur… en dirección a Roma.

Todos se hallaban inmersos en los preparativos, y a todos preocupaba el resultado de la empresa. Desde los gloriosos tiempos de Marico habían transcurrido setenta primaveras y veranos. ¿A quién pertenecía Roma ahora, qué clase de ejércitos cerraban el camino a los godos? Incluso aquí sonaba cada vez más a menudo el nombre de Orestes.

¿Por qué tenían que ocuparse los pensamientos de Teodorico con el imperio de Occidente, cuando Bizancio excitaba su fantasía? De buen grado hubiese puesto fin al prolongado banquete de la tribu, durante el cual se recitaban los interminables cantares de gesta. Teodorico había capturado tanto vino, que podía hacer llenar continuamente las copas de los caudillos. Tres días duró el hospedaje, la celebración de la victoria, y también el banquete de conmemoración: de trescientos jóvenes guerreros, entre los seis mil, sólo sus lanzas regresaban al hogar.

Tres días duró el hospedaje. Entonces descargó una tormenta sobre el paisaje que arrancó árboles de cuajo; la oscuridad reinó sobre las colinas, y una tromba levantó

del suelo las chozas y las hizo flotar en el aire como brujas montadas en su escoba, antes de lanzarlas, destrozadas, contra la tierra. Al día siguiente, el cielo se aclaró. Los charcos despedían vapor bajo los cálidos rayos del sol. La tierra tardó un día más en secarse y ser practicable para los carros, y al otro día pudieron cubrir la parte de camino que aún les faltaba hasta llegar a la calzada romana.

Ahora les salían al encuentro mensajeros a caballo dos veces por día, que enviaba Teodomiro, incapaz de esperar el regreso de su hijo sin impaciencia. También los mensajeros estaban impacientes. Por fin un jinete se adelantó a los otros: Teodorico llegará pasado mañana. En el mensaje volvía a mencionarse a la doncella romana.

—¿Quién es esta Nébula?

El jinete miró hacia la lejanía. Dijo con voz queda:

—Nosotros tampoco lo sabemos.

Conversaban en griego; a los pocos minutos advirtió Teodorico que recuperaba la fluidez del lenguaje, y que sonreía y extendía los brazos… como los bizantinos.

—Su Majestad te saluda.

¡Cuánto expresaban estas cuatro palabras! ¿Era posible que el Altísimo se acordase de él? Había sido huésped de Bizancio durante un decenio. Vivió allí, habló su lengua, se vistió a la moda bizantina, conocía la ciudad, se conducía entre el barullo del circo del mismo modo que los nacidos en ella. ¿Qué no expresaban las embriagadoras palabras: ciudad, Bizancio? Lo mismo ejecuciones durante todo el día, que osos bailadores y tocadoras de flauta al resplandor de las antorchas. El emperador te saluda: ¿Sería una vacía formalidad… o la voz del *basileo*, que manifestaba su voluntad?

¿Qué había ocurrido en Bizancio desde que él regresara a su casa? El relato se parecía a los desatinos de un charlatán. ¿Quién hubiera pensado que Zenón, el poderoso, había tenido que huir el año anterior… de Basilisco y Teodorico el Bizco? ¿Quién hubiese creído que Basilisco, que tras la catástrofe de Cartago salvó la vida por milagro, había podido reunir entre las montañas y sus ciudades nuevas fuerzas? Consiguió dinero y concertó una alianza. Y lo más importante, trabó amistad con el Bizco. Entonces fueron suficientes algunas victorias de los Verdes en el Hipódromo, una o dos exenciones de impuestos favorables a los ciudadanos, para que el partido de grandes terratenientes de los Azules firmara una alianza secreta con Basilisco. Al amparo de varios días nublados y sus correspondientes noches sin estrellas, los ejércitos de Basilisco se aproximaron al Bósforo. En el puerto de palacio había siempre ancladas algunas naves seguras y veloces. Los tesoros fueron sacados en sacos de cuero. Se salvó cuanto merecía ser salvado, y Zenón, su Majestad, y Ariadna huyeron en la oscuridad de la noche.

Las palabras de los enviados sólo apuntaban los tristes acontecimientos. La desaprobación total y los más sombríos pronósticos acompañaban como negras

sombras el nombre de Basilisco. ¿Qué había ocurrido? Bizancio cayó de la noche a la mañana en manos del usurpador. Pero ¿era Basilisco el usurpador y Zenón el emperador legítimo? Los bizantinos sabían que ni las legiones ni el Senado habían dado el poder al emperador. El poder le fue conferido con la corona que el Patriarca colocó sobre la cabeza del elegido, con la capa tejida en oro con que cubrió sus hombros, y con los zapatos de púrpura que le otorgó. A través de las insignias, su persona se convertía en inviolable. Quien alzaba la mano contra el emperador, se rebelaba contra Dios.

Basilisco se había rebelado contra el ungido, y conquistado Bizancio en sólo dos días. ¿Hacia dónde habría huido Zenón si no al lado de sus compatriotas isaurios? Los duros montañeses nunca habían soltado las armas y se mantenían unidos, y mientras Zenón estaba a la espera de noticias, los reclutadores isaurios reunieron todo un ejército. ¿Qué planes tenía Verina, al lado de quién estaba? Verina sostenía en sus manos los hilos secretos de palacio.

Vivía rodeada de sus damas, pero temblaba cada vez que se abría la puerta, por si llegaban los verdugos con pasos silenciosos a rodear su cuello de marfil con un cordón de seda roja. Los godos de Teodorico el Bizco empezaron a saquear los alrededores de Bizancio, y sin embargo, los soldados y la guardia de la ciudad tenían órdenes de permitirlo sin entrometerse. Cada vez eran más numerosos los godos que recorrían la ciudad, robando en tiendas y casas particulares. En el Hipódromo, los Verdes se colocaron en el lado sombreado del palco imperial como una muralla fiera y amenazadora.

Verina no estuvo presente en los juegos, pero al atardecer ya sabía la decisión del pueblo de Bizancio. Sus mensajeros se escabulleron entre la línea de centinelas. Algunos días más tarde recibió Zenón su carta secreta. «Prepárate… ponte en marcha mañana mismo… sé cauteloso…»

¿Podría salvar a Basilisco, que al fin y al cabo era hermano suyo? La misiva de Verina a Zenón era una extraña mezcla de defensa y acusación. El verdadero satanás era el Bizco. Teodorico, el hijo de Triario, había sido quien incitase a Basilisco a la rebelión. Además, no había ningún patriarca dispuesto a coronar a Basilisco, puesto que el legítimo *basileo* aún vivía. Verina insinuaba con esto: «Guárdate de los asesinos a traición. El hijo de Triario promete cualquier cosa a quien transforme a Zenón de emperador viviente sobre la tierra en una sombra que vague por los infiernos».

Los isaurios no hacían nunca un trabajo a medias. Eran montañeses toscos y salvajes, acostumbrados al hielo, la lluvia y las tormentas. Eran mejores soldados que los mercenarios bárbaros comprados con oro. Zenón procedía de sus filas; había vivido bajo su cielo, respirado su aire y comido su pan. Al alba partieron hacia Bizancio. El ejército, el poder y el oro de Basilisco se iban fundiendo poco a poco. El

Bizco estaba lleno de suspicacias y actuaba con precaución. Reunió a sus guerreros en Macedonia. Aquí eran los pasos y gargantas sus aliados.

No se libró ningún combate. Impetuoso como las aguas del deshielo, Zenón arrastró consigo las guarniciones fieles a Basilisco.

Verina intentó intervenir como mediadora. Siguieron apasionados debates, protestas… Una insegura pasarela entre las orillas de la vida y de la muerte. «Sólo de mí puedes esperar ayuda», dijo a su hermano la mujer prisionera entre cuatro paredes. Escribió a su augusto yerno que debía perdonar a Basilisco, a quien no le quedaba otra salida que rendirse.

Los jinetes isaurios patrullaban desde el amanecer ante las puertas de la ciudad. Antes de calzar los zapatos de púrpura, Zenón había sido el general de estas tropas. Conocía el indeciso estado de ánimo de la guardia personal, la posición de las guarniciones, las tropas apostadas en las puertas. Como un enorme abanico, el grueso de sus tropas se extendió por toda la costa, cerrando el camino a toda posible huida hasta las horas de la tarde. Zenón no quería matanzas callejeras. Magnánimo, aceptó el homenaje del Senado. ¿Qué ocurría con Basilisco? Todavía continuó abierta unas horas la puerta del norte: los jinetes isaurios aún no la habían alcanzado. Entonces se cerró el anillo de hierro. Basilisco buscó protección con su familia en la iglesia del Espíritu Santo.

El hombre, la mujer y los tres niños. ¿Calzaba todavía Basilisco los zapatos de púrpura? ¿Qué se había llevado consigo? ¿Tesoros o pan? Necesitaba más esto último, pues la sacristía brindaba refugio, pero no alimentos. Los sacerdotes iban y venían entre los dos partidos. «Perdona, señor, al enemigo derrotado.» Zenón transigió. Basilisco pudo abandonar la sacristía; el emperador no quería derramar sangre.

Zenón recorrió todo el palacio. Los cortesanos le rendían homenaje, todos se esforzaban por demostrar: «Nada ha ocurrido… en estos turbulentos meses nada nuevo ha pasado. Siempre has sido tú quien vivía y gobernaba». Zenón fue bajando un piso tras otro. Descendió a las bodegas. Examinó todos los pasillos subterráneos, todas las puertas secretas. Si algún día se veía obligado a huir… desde aquí podía llegar a las naves del puerto. Siguió bajando, más, todavía más: esto era ya el infierno, el mundo de las cisternas. Enormes cuevas, llenas de vapor, húmedas por la proximidad de aguas subterráneas. ¿Por qué bajaba hasta aquí el emperador? ¿Qué buscaría en este lugar? Zenón miraba atentamente en torno suyo, sin pronunciar una sola palabra. A la entrada de una caverna pareció retardar sus pasos.

Consultó con algunos de sus fieles isaurios. Mandaron albañiles al fondo de la caverna, cuyas paredes golpearon en busca de una posible salida secreta. Junto a la entrada de la cueva había unos enormes bloques de piedra para taparla.

Poco después llegó el vencido Basilisco. El emperador fue fiel a su juramento: no

derramó sangre. Ardían las antorchas. Basilisco fue conducido a los pisos subterráneos de palacio, donde jamás estuviera. A la entrada de la cueva había una escalerilla. ¿Por qué aquella cueva? ¿Qué castigo le preparaba Zenón? Los guardianes les empujaron hacia abajo, a la mujer, a los niños y a Basilisco. Le quitaron los escarpines de púrpura, les echaron algunos panes y les dieron una jarra de agua. Con el pan cayó también un crucifijo. Izaron la escalerilla. Los albañiles hicieron rodar los grandes bloques de piedra, que unieron unos a otros con argamasa. Momentos después, la caverna se había convertido en eterna sepultura, en la cual, durante unos días, resonaron los lamentos de los sepultados vivos.

Zenón volvió a asumir la dirección de los asuntos del imperio. Cuatro días después, en el mundo subterráneo reinaba el más absoluto silencio. El emperador no había derramado ni una gota de sangre.

—Zenón saluda al príncipe Teodorico. En Bizancio impera el orden, el pueblo está contento. Al parecer, nadie piensa ya en Basilisco. Los días festivos, Azules y Verdes rivalizan en el Hipódromo para rendir homenaje al emperador.

Teodorico conocía las almibaradas palabras del enviado, y esperaba con impaciencia el final de la introducción y la tragedia de Basilisco, que el enviado relató del mismo modo que los cantores godos recitaban un cantar de gesta. ¿Habría servido el alevoso fin de Basilisco solamente para que Zenón pudiese observar desde lejos la conducta de sus amigos y enemigos? El buitre también puede contemplar desde una altura inconmensurable las partículas de polvo que son los seres humanos.

—Su Majestad ve en la lejanía, no pierde de vista a sus amigos. Zenón ya se fijó en ti, Teodorico, cuando vivías en palacio de adolescente, y vio cómo manejabas tus armas cada día con mayor destreza, cómo visitabas las salas de los consejeros, para que aguzaran tu inteligencia y te ayudaran a hablar nuestra lengua con fluidez.

»Hoy Bizancio está tranquilo. En los estrechos se ven centenares de veleros. Las naves traen los tesoros de todas las partes del mundo. Llegan mercaderes, miles de personas extranjeras que pagan sus impuestos y los derechos de aduana. Pero Constantinopla no es el imperio, sino sólo su corazón. Y puede suceder que el corazón lata con serenidad, pero aquí y allí… en cualquier lugar del cuerpo se oculte la peste. ¿Te das cuenta, Teodorico, descendiente de Amal, de la gran vergüenza que significa que las hordas armadas de Teodorico el Bizco se llamen godos como tus admirados guerreros?

»Su divina Majestad te dice: Ven a Bizancio. Allí se te apreciará como merece el mejor confederado… En Bizancio se te considera casi como un romano. ¿Por qué no podrías… llegar a tribuno, por qué no alcanzar la dignidad de un… cónsul? El divino emperador hace levantar estatuas de bronce en honor de aquellos que han trabajado para incrementar la potencia de Bizancio. ¿Por qué no podrías también tú recibir este honor? Tu pueblo, según he oído, no se cansa de ensalzar tu triunfo. ¿Dónde has

aprendido, príncipe, el arte de la guerra? ¿Quién te ha enseñado a asaltar una fortaleza? ¿Cómo pudiste vadear el río con tantos guerreros? ¿Quién sino tú hubiese sabido llevar a buen término esta audaz aventura, y volver a la patria con tan rico botín y tan escasas pérdidas? ¿Quién ha hecho posible todo esto, Teodorico?

—¿Debo ir yo solo, sin mi pueblo? Nuestros caballos ya han agotado la hierba que crece aquí. Los hombres están llenos de inquietud. Las entrañas de las mujeres no dan fruto. Hace dos años que el emperador no nos envía ningún dinero. ¿Qué será de los godos, señor?

—Si me lo permites, hablaré contigo como con mi hijo más amado. Lo que dices de tu pueblo agobia también al rey Teodomiro. Joven señor, las Parcas son inexorables. Es posible que mi vista sea demasiado temerosa… la sombra en el rostro del rey semeja el crepúsculo en el reloj de sol. Tú eres su amado hijo, su primogénito… pese a que la alianza de la sagrada fe no unió a tu padre con tu madre. Sin embargo, Teodorico, ¿quién sería tan obcecado en Bizancio que no considerase totalmente legítimo al hijo de la dama Erelieva?

¡Qué a menudo cambiaba la voz, desde el tono de la devoción al de la amenaza! Era una mezcla de miel y veneno bizantinos.

—Convence a tu padre para la partida. Trae a todo tu pueblo… Marchaos en paz, no molestéis a los vecinos o a los aliados de Bizancio, cruzad el río y buscad una nueva patria más cerca de Bizancio. El emperador no sólo os lo aprueba, sino que os reclama. ¿Por qué…? Porque sabe que mientras tú seas el caudillo de tus godos, puede estar tranquilo: tu fidelidad es inquebrantable. Mientras tú estés al mando de tus guerreros, Bizancio no ha de temer las intrigas del hijo de Triario. Tú serás fiel al juramento que prestaste a nuestro señor.

Olas verdosas rompían contra la orilla del gran lago cuando el pueblo de los godos se puso en marcha. Durante largas semanas se trabajó en la puesta a punto de los carros; cada hombre se convirtió en carpintero, mientras las mujeres trenzaban los juncos de la orilla para el techo de mimbre de los carros. Eran casas sobre ruedas, pequeños castillos, y miles de estos pequeños castillos formarían —según la costumbre guerrera de la estepa— un gran fortín de carros en caso de lucha o de asedio.

Cabalgaron jinetes a los poblados, campamentos y puestos de guardia fronterizos. Acudieron enviados a las tribus vecinas, pidiendo paso libre para los godos, hierba para sus caballos y agua para todos. Ofrecían garantías de paz, como exigía la tradición de la estepa. La servidumbre de Teodomiro no volvería a enjalbegar el abandonado palacio romano.

¿Era Nébula una princesa, un rehén o una prisionera? Vivía en el ala de las mujeres, en casa de Erelieva. Teodorico había alcanzado de improviso la madurez. El mensaje del emperador bizantino le prestó alas. ¿Obtendría una estatua propia en el

atrio del Hipódromo? ¿Mandaría ejércitos? Sería preciso medir sus fuerzas con Teodorico, el hijo de Triario, y tendría autoridad para opinar sobre los asuntos de palacio. Aspar… Ricimero… bárbaros poderosos que habían ocupado un lugar detrás del trono del imperio tanto oriental como occidental. Pero ninguno de ellos había nacido hijo de un rey, ninguno de ellos asistió a la escuela del palacio imperial. Durante toda su vida permanecieron súbditos germanos.

Durante los preparativos para el gran éxodo, apareció la legación de la ciudad iliria. El padre había recibido el mensaje de Teodorico en el que le decía que su hija era huésped de los godos. Como prefecto y primer ciudadano de la metrópoli, ofrecía a Teodorico toda su fortuna. Le rogaba que dejase libre a su hija, y que mientras llegaba el dinero del rescate permanecerían en la tierra de los godos, como rehenes, los mejores ciudadanos de la vieja ciudad romana.

Teodomiro miraba, pensativo, hacia el horizonte. ¿Quién era esta Nébula? ¿Para qué había servido toda esa gran aventura de Singidúnum? ¿Para qué los tesoros, si su hijo Teodorico había elegido, con el impetuoso ardor de la juventud, a la desconocida muchacha romana como esposa legítima? ¿Quién era esta Nébula? Teodorico era el catorceavo descendiente de Amal, el héroe, el dios nórdico.

Descendía de reyes, era un príncipe de la estepa. El padre de Nébula sólo ostentaba el cargo de prefecto romano de una ciudad de Iliria. Entre los antepasados de la muchacha no había ni héroes ni dioses.

Los godos tenían que partir con objeto de llegar con el otoño a su nueva patria, y tomar posesión de ella. Se aceleraron los trabajos, resonaban los pesados martillos de madera, en la pradera eran examinados los caballos: sólo podían llevarse a los animales fuertes que resistieran el largo camino, y de los bueyes, también sólo a los más fuertes. Entre tanta actividad, ¿quién podía ocuparse de Nébula? ¿Qué podía esperar la muchacha de un guerrero que la había liberado para llevársela consigo? Los enviados de Iliria obtuvieron permiso para hablar con la muchacha. Con lágrimas en los ojos abandonaron los consejeros el palacio de la dama Erelieva.

Ahora Teodorico fue a visitar a la muchacha, y ordenó a todas las mujeres que salieran. ¿Acaso la había evitado hasta ahora? ¿Le tenía miedo o sólo esperaba a que ella le llamara?

—Tu padre te pide que vuelvas a casa, Nébula. Me ha enviado un mensaje.

—¿Son suficientes los tesoros que mi padre te ofrece?

—¿Acaso crees que te considero una prisionera?

—Soy una prisionera, y también aquí vivo como tal. A través de las columnas del palacio puedo ver el lago. Durante todo el día contemplo cómo el viento empuja y azota las olas. ¿Qué más puede hacer un pájaro al que se han cortado las alas? No está prisionero, Teodorico, pero no puede emprender el vuelo.

—¿Deseas volver a tu casa?

—Si hubiese nacido aquí, mis pensamientos no volarían hacia otro lugar… viviría como viven las mujeres de aquí. Pero ¿ves tú un libro de rezos en las manos de vuestras muchachas? ¿Escriben ellas con el *stilus* las letras de los sonidos en tablillas? ¿Hablan la lengua del pueblo de Cristo? Teodorico, aquí siempre tengo frío. En mi casa hace calor. Allí no soplan vientos helados. Además, no es que yo beba mucho vino, pero el hidromiel y la leche de yegua me repugnan. No lo tomes a mal, Teodorico, si te digo… que echo de menos… que echo de menos a mi padre. ¿Te ofendo con ello, Teodorico?

—¿Deseas volver a tu casa, Nébula?

La muchacha asintió con lágrimas en los ojos. ¿Amar a Teodorico? ¿Amar el cielo extraño, las montañas extrañas, el mar extraño? Él sería siempre un extraño para ella. Sus ojos, sus palabras, su sombra, sus temibles pasos. Sus movimientos, enérgicos y amenazadores, las espinilleras de hierro, la coraza y la armadura. Y las armas. Los romanos no llevaban espadas en la ciudad. Sólo se proveían de un puñal cuando emprendían un largo viaje. La mano del ciudadano debía empuñar un bastón, no una lanza.

—Puedes partir mañana. Yo mismo elegiré los regalos para tu padre.

Al atardecer dijo a Erelieva:

—La muchacha regresa a su casa.

De este modo lo decidió Teodorico; sin la orden y sin la autorización de su padre. Nébula era su prisionera. Las muchachas contemplaron, admiradas, al joven dios. Su voluntad era más fuerte que su pasión.

Los tres ciudadanos de Iliria esperaban la respuesta de Teodorico. Sólo habían traído regalos. Ante todo tenían que averiguar si la muchacha vivía y qué intenciones abrigaba el príncipe bárbaro. Y ahora, a la caída de la tarde, el joven príncipe les comunicó que debían prepararse para la marcha. Se llevarían con ellos a la muchacha. Mientras cruzasen el territorio godo, dispondrían de una escolta de jinetes, como era la costumbre. Teodorico mandó preparar un carro para los regalos y una carroza recibida de Bizancio, en la que una duquesa hubiese viajado con comodidad. Nébula llevaría tesoros consigo, pues disponía de su parte del botín que Teodorico conquistara en el lejano Singidúnum. Los enviados miraban al príncipe, perplejos e indecisos. ¿Qué dirían al padre de la doncella? ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué tanto honor, tan inesperada generosidad? ¿Por qué renunciaban los godos siempre hambrientos al oro del rescate? ¿Por qué?

Hablaban en griego, no necesitaban ningún intérprete. La mirada de Teodorico estaba fija en la lejanía. ¡Amor! Qué increíble sonaba esta palabra en los labios de un godo de la estepa. Mandó llamar a la muchacha. Nébula estaba ya entre los suyos, bajo sus brazos protectores.

Partieron al alba. Teodorico cabalgaba al lado del cómodo carro bizantino. Hoy su

mirada no vigilaba la caravana ni la interminable hilera de animales. Hoy no dictaba cartas a los príncipes de la inmensa estepa en su cancillería organizada a toda prisa.

Avanzaban por la orilla septentrional del gran lago: aquí la calzada estaba en buen estado. En el punto donde el lago alcanzaba su anchura mínima, cargaron los carros sobre una balsa, y los jinetes iniciaron la travesía a nado. Teodorico los acompañó hasta aquí, desde el alba hasta el crepúsculo. Un día entero: Nébula ocupaba el asiento junto al conductor, y no se trasladó a la cómoda litera de la parte posterior. Muchas veces intercambió con Teodorico una palabra, que resonó en el aire tan pesadamente como una piedra lanzada desde el borde del abismo a una profundidad sin límites. Cuando aparecieron las estrellas y la luna se reflejó en el agua de destellos rojizos, se despidió Teodorico. Dio la vuelta a su caballo y se alejó en el ligero viento del atardecer. ¿Expresaba su rostro tristeza o alegría? Nadie pudo verlo.

XVIII

—No puedo daros tierra romana —dijo Orestes a los enviados de las legiones—. En la Galia, en las más bellas provincias occidentales, los amos son actualmente los burgundios, los visigodos y los francos. Se han apropiado de todo, pues el imperio no les ha dado nada. Si vosotros habéis reunido fuerzas para la primavera, organizaremos un ejército y cruzaréis los pasos para liberar a las Galias. Nada de cuanto se han repartido los bárbaros les pertenece por derecho. En cambio, si su divina Majestad estampa su sello en vuestra solicitud de tierras, su decisión será válida para toda la eternidad. ¿Cómo podemos arrebatar su tierra a los campesinos? ¿Quién ha de determinar lo que es mío y lo que es tuyo? Se iniciaría una guerra de todos contra todos. La sangre inundaría las provincias que hoy gozan de la paz. Cada hombre caería sobre otro como un lobo. Los legionarios lucharían entre sí, y los campesinos en sus pueblos concebirían hacia ellos un odio salvaje. No puedo daros tierra romana. Pero en el mundo hay tierra suficiente. Si conquistáis las provincias enemigas, todo cuanto queráis será vuestro. ¡Pero no en Liguria!

Orestes lo decía como romano, y creía en sus palabras. Su hijo ocupaba su sillón de oro con el águila de bronce en el respaldo. Orestes era un guerrero avezado. Durante las últimas semanas había conseguido importantes éxitos diplomáticos. En la Galia llegó a un acuerdo con Eurico, rey de los visigodos, según el cual éste nombraría gobernador a un romano. Y aún mayor fue su éxito con los vándalos. Parecía inminente la concertación de una paz; entonces las galeras romanas volverían a navegar seguras por el Mediterráneo. El patricio había conjurado así dos peligros de decisiva importancia. ¿Y ahora tenía que surgir inopinadamente una rebelión entre las propias filas? El único ejército de Roma en el cual el emperador podía confiar, venía con exigencias irrealizables; la inquietud y el malestar se habían convertido en rebelión.

Orestes dijo «No», y los enviados de las legiones se marcharon. No tenían ningún otro cometido, y no retiraron sus exigencias.

Ravena se componía de una cadena de castillos, y sólo su guarnición era considerable. En ella Odoacro no tenía la menor influencia. Si Augústulo hubiese tenido unos años más, y sido un adolescente más enérgico y ambicioso, tal vez se habría colocado al frente de la campaña disciplinaria. Pero no era más que un niño indiferente y aburrido. ¿Qué comprendía de todo aquello? ¿Qué pensaba cuando vio alejarse a los enviados? Al cabo de poco rato estarían en la silla, y en tres días llegarían a Mediolánum. Pasaría una semana ocupada en consultas y preparativos. Hasta dentro de dos semanas no se pondrían en marcha las legiones. Era preciso adelantarse a ellas, sujetar bien las riendas. Pronto lo sabrían: ¡el Augusto castiga

incluso la idea de una rebelión! ¡Ay de ti, Odoacro!

Habría que matar a Odoacro. Las noticias eran unánimes. Todos los informes secretos coincidían en que este capitán bárbaro estaba al mando de los descontentos; prometía tierra a los guerreros, y cada día aumentaba el número de soldados que le juraban fidelidad. La mayoría de soldados itálicos se hallaba en Ravena; de sus filas procedía gran parte de la guardia personal. En Liguria, las legiones se componían primordialmente de las tribus de las tropas auxiliares bárbaras.

Orestes calculó: en diez días podía Odoacro reunir sus efectivos. El patricio conocía los comunicados del campamento, las listas de los contables, el material y los efectivos. Esta horda del norte reclutada por Odoacro era como mosto en fermentación. En medio año podía convertirlos en soldados, pero ahora significaban para él más bien un estorbo que una tropa dispuesta para la lucha: lo asolaban todo, saqueaban y exigían una paga. Era preciso actuar sin tardanza.

En Ravena, una sola noche podía resultar muy larga. El consejo de guerra duró una noche y un día. Una ventaja para Ravena era que las unidades de las tropas se hallaban bajo un solo mando, y que había provisiones suficientes para el caso de un asedio. En las legiones predominaban los itálicos. Era preciso animarlos. Se trataba en su mayoría de itálicos del norte, cuyas granjas estaban amenazadas por las hordas bárbaras. Así pues, el Augusto prometió proteger sus tierras si se oponían a los agitadores.

De la noche a la mañana Odoacro fue declarado rebelde, y el muchacho estampó sin interrupción su firma sobre los rollos de pergamino. Llamamientos, prescripciones, proclamaciones. Aquella noche no se conoció el descanso en la cancillería de Orestes. A mediodía se celebró un consejo de guerra con los capitanes. Orestes se inclinó sobre las listas. Contó los soldados que tenía a su disposición: no llegaban al tercio de las tribus bárbaras. Pero al menos esta tercera parte estaba compuesta de itálicos.

Durante el desfile de las tropas, la tierra retumbó como en un tiempo bajo el paso de las legiones, los soldados marcaban el paso que les dictaba el sonido de los cuernos. Rómulo Augústulo montaba su caballo, protegido por coraza y yelmo. Su cetro de oro resplandecía a la luz del sol. Era un muchacho apuesto, los veteranos le miraban con aprobación, y posaban después sus miradas en el rostro atezado del patricio: Orestes capitaneaba con la cabeza descubierta el desfile de las unidades.

Este desfile militar se grabó en la memoria de todos como uno de los mejores momentos finales. Todo lo que siguió a continuación fue una terrible pesadilla: la guerra civil.

En el campamento de los rebeldes también se conocían los escasos efectivos del ejército imperial, su composición y sus caudillos. Odoacro se había criado en los cuarteles, y pensaba del mismo modo que los latinos cuando se inclinaba sobre sus

planos y esquemas de situación. Dos soldados medían ahora sus fuerzas. Uno de ellos enarbolaba el águila romana, el otro carecía aún de título, pues, como lancero, Odoacro no podía mandar las tropas auxiliares.

Las tropas imperiales no se encontraban lejos del Ticino cuando Orestes recibió una noticia cuyo sentido no podía comprender. «Los guerreros han levantado a Odoacro sobre el escudo y le han conferido el título de rey.» ¿Qué clase de rey? ¿Rey de quién? ¿Rey de qué pueblo? ¿No tendría la intención de usurpar el título de los reyes romanos? ¿Se atrevería a considerarse caudillo de toda Italia? El mensajero repitió obstinadamente: «Las tropas bárbaras han elegido rey a Odoacro.» Odoacro… un rey sin reino. El nuevo rey no poseía ninguna tierra… sólo un ejército.

Orestes contra Odoacro. Así rezaban las noticias. Ambos procedían con gran cautela. El rey bárbaro estaba contento de sí mismo: había conseguido obligar a Orestes a salir de Ravena, la fortaleza cuyo asedio se hubiese prolongado durante años. La ciudad habría recibido siempre ayuda desde el mar, pues Odoacro no disponía de ninguna flota. Sin embargo, en una guerra de movimientos podría desarrollar el ataque audaz, su superioridad estratégica. Los guerreros de Odoacro sabían que esta vez no luchaban por el poder de un César. Ante el nuevo general no levantaba el polvo ningún desfile de tropas destinadas a una muerte gloriosa. Si vencía Orestes, todos serían rebeldes, lobos acosados, a los que los campesinos ligures darían muerte a palos. Odoacro había prometido a sus guerreros el mejor y más rico tercio de su tierra.

Los exploradores iban y venían. Mientras el ejército estuviera acuartelado, no se sabría qué unidades se pondrían en marcha y cuáles quedarían en reserva, cuántas entrarían en liza y cuántas serían consideradas superfluas. Al despuntar el alba recibió Orestes la noticia de que al amparo de la noche habían salido varias unidades reducidas. No sólo bárbaros, sino también itálicos. Un mal presagio. Por orden de Odoacro, las filas empezaron a dispersarse: «Quien venga a atacarnos —decía la orden—, tendrá que cubrir una gran extensión de terreno». No tardó en divulgarse el rumor de que el ejército de Odoacro era seguido de cerca por topógrafos que medían campos, haciendas y granjas.

La llanura en la cual chocaron por vez primera las avanzadas se llamaba Laus Pompeya. Todavía no se trataba de una batalla, sino de un tanteo, con éxito diverso y escasas pérdidas. Parecía que ambos bandos empezaban la lucha sin gran convicción. Tal vez cambiasen aún de opinión y se llegara a un acuerdo con la mediación de un delegado, y Orestes y el hijo de Edecón terminasen por darse la mano.

El patricio se sentía demasiado débil para librar una batalla decisiva en la llanura. Pensó en Atila… ¿habría sentido él algo similar antes de los Campos Cataláunicos? Orestes se retiró ordenadamente con sus tropas a la otra orilla del río. A sus espaldas estaba Ticino, la poderosa y fortificada ciudad. En ella se proponía hacerse fuerte,

pero sin encerrarse dentro de sus murallas. Levantó su campamento al pie de una cadena de colinas, desde donde su ejército podía dominar el valle. Si la batalla se libraba aquí, Orestes tendría todas las ventajas de su parte.

Al atardecer se acercaron al campamento de Orestes los capitanes de Odoacro. Les dejaron llegar hasta la posición más avanzada; allí tendrían lugar las negociaciones. Les desafiaron a luchar. Como procedían del campamento de los rebeldes, eran amigos de Odoacro. Hubiera sido un esfuerzo inútil tratar de convencerles para que se pasaran a las filas imperiales y ayudasen al derecho legítimo a conseguir la victoria.

Orestes, seguido de su estado mayor, cabalgaba por el accidentado terreno. Su mirada escrutaba los rostros de los legionarios, el efectivo de los fortines, el número de hogueras. En su interior se encontraban los pensamientos de victoria y derrota. ¿Qué edad tenía? ¡Cuántas experiencias había dejado atrás! Habían transcurrido veintitrés años desde que Atila, en su noche de bodas, fuese víctima del espesor de su sangre. El caballo trotaba con esfuerzo bajo su pesado cuerpo: el campamento fortificado se extendía a lo largo de varios kilómetros. Cuando llegó a su cuartel general, caía ya la noche.

Sombras nocturnas. Alrededor de la medianoche echaron gruesos troncos al fuego. Jinetes ligeros reconocían la tierra de nadie. Odoacro no inició la batalla en la oscuridad: así se había acordado en las negociaciones. La planeó para el día siguiente a mediodía, pues no quería atacar durante las primeras horas. Antes, los soldados debían comer hasta hartarse y beber vino. Después recorrerían las tres millas en menos de dos horas, y entonces les concedería un descanso y una comida ligera. Odoacro no quería empezar la batalla hasta que el sol no diera a sus hombres en los ojos, sino que cegara a los arqueros de Orestes en sus posiciones al pie de las colinas.

Esto calculó Odoacro. No podía adivinar que las hogueras del campamento ardían en posiciones abandonadas. El enemigo había dejado atrás casi todo el equipo: máquinas de asedio, tiendas y todo el bagaje. Los soldados se llevaron a los animales bajo una ligera llovizna, que ahogó los pasos de hombres y caballos. ¿Tenía miedo Orestes, o sólo esquivaba la batalla como un general prudente? ¿Era la infantería reducida a la mitad, que al alba se refugió tras las murallas de Ticino, un ejército ya derrotado?

Ticino era una ciudad ortodoxa, fiel al emperador. Epífanes, el obispo de la ciudad, esperaba a Orestes en la puerta, al frente de los sacerdotes. El magistrado de la ciudad anunció: «Todo el mundo está dispuesto a apoyar a los romanos contra los rebeldes». La ciudad se hallaba apenas a tres millas de distancia del lugar donde el Ticino desemboca en el Padus. En el río navegaban barcos, y a través de la ciudad, la calzada romana conducía a Mediolánum, Ravena y Roma.

Hacia mediodía llegaron a la ciudad los jinetes ligeros, llenos de sangre y muy

malparados. Los lanceros escitas de Odoacro les habían seguido hasta la puerta este. A últimas horas de la mañana habían llegado a la línea de las hogueras: los gruesos troncos continuaban ardiendo con luz fantasmagórica alrededor del abandonado campamento de Orestes. Odoacro recogió el botín, las máquinas lanzadoras, los carros pesados, las tiendas y los mil objetos dejados allí por el ejército en retirada bajo el amparo de la noche. Odoacro ya tenía la respuesta a su desafío. El patricio se había refugiado tras las murallas de Ticino.

Desde el sur, donde el Ticino desemboca en el Padus, era imposible atacar la ciudad. El terreno pantanoso la protegía mejor que cualquier ejército. Pero desde el norte, el camino estaba expedito. Aquí sólo defendía la ciudad un sistema de fortines. Detrás se levantaban las murallas y las atalayas, provistas de catapultas y gigantescas flechas. Pero el hambre ha rendido siempre a cualquier ciudad.

Desde Ravena le llegó el informe de que la guarnición de la ciudad apenas sobrepasaba los cinco mil hombres. Si ahora cercaba a Ticino, evitaba una salida de Orestes y, protegido por la oscuridad nocturna, enviaba a Ravena el grueso de su ejército, en el curso de pocos días podría hacer prisioneros a Paulo, al emperador y a todo el gobierno del imperio. Pero su ejército no tenía la preparación adecuada. Entre sus filas se contaban demasiados bárbaros, que constituían una horda muy difícil de dominar.

¡Lo primero era poner sitio a Ticino! Su conquista significaría apresar al patricio y franquear la puerta que conducía a Ravena.

Aquella misma tarde empezó el asedio. Las máquinas lanzadoras abandonadas por Orestes —onagros y ballestas— arrojaban ahora rocas, potentes flechas, maderos ardientes y vasijas llenas de brea contra las murallas y los fortines. Replicaron las catapultas de Orestes, y la lucha en la que ambos bandos medían sus fuerzas se prolongó durante media noche. Orestes estaba satisfecho de sí mismo. En un combate abierto no hubiese tenido grandes probabilidades de éxito. Tras las murallas de Ticino escuchaba los latidos de una ciudad que le era fiel. Conocía el sistema guerrero de los bárbaros, sus escasos efectivos, su desagrado por la guerra de sitio, su desánimo cuando no obtenían victorias rápidas, y las epidemias que se declaraban después de cada temporada lluviosa.

Cuarenta días y cuarenta noches duró el memorable sitio de Ticino. El obispo Epífanes instó a la población a rezar y a resistir: día y noche pidieron al cielo la victoria de las armas legítimas. Al principio, los habitantes recibieron a los guerreros con amabilidad, ofrecieron incluso su amistad a los mercenarios de habla extranjera, y les invitaron a sus casas. Cuarenta días y cuarenta noches. Entonces se puso de manifiesto que el ejército de Orestes no estaba preparado para un largo asedio. Odoacro mantenía vigiladas todas las rutas de huida, y su ejército no sufrió hambre ni epidemias, ni se sublevó contra su rey. Los sitiadores se iban acercando paso a paso a

los fortines. Cada día caía una parte de los sistemas defensivos de vanguardia. Como en toda ciudad sitiada, los defensores recibían raciones cada vez más escasas. El aceite, el vino y el pan se estaban agotando.

En el campamento de Orestes había un capitán llamado Enodio. Tomaba notas del memorable sitio, y describía los descarados saqueos de los guerreros de Orestes en Ticino, la ciudad que tan amablemente los acogiera. Una tarde —el inexorable asedio de Odoacro duraba ya más de un mes—, los soldados de la ciudad comenzaron a rebelarse. Residían en las casas como ciudadanos, y sabían que en cada bodega y en cada despensa había provisiones de aceite, vino, harina, carne ahumada y pan. Y todas las casas contenían objetos preciosos, bandejas de plata y alhajas de oro.

En una mano, la espada, en la otra, la antorcha. «Por doquier no vi más que signos de dolor —escribe Enodio—, solamente las terribles y agobiantes escenas de la muerte.» Los soldados, en grupos de tres o cuatro, invadieron las casas de sus anfitriones, forzaron las puertas de los dormitorios, sacaron de las bodegas los tesoros ocultos, y torturaron a los aterrados ciudadanos para arrancarles la confesión de dónde tenían enterrados sus bienes. La antorcha cayó de la mano del soldado borracho, las llamas se propagaron, prendieron las columnas de madera y alcanzaron los tejados. Cientos de casas incendiadas iluminaron la ciudad de Ticino. ¿Quién podía apagar el fuego con el agua del Ticino? ¿Quién podía atreverse a salir a la calle, donde los soldados borrachos de vino y de sangre, despedazaban y mataban como fieras a quien se les ponía delante? Ninguna fuerza humana hubiera sido capaz de detenerles.

¿Fueron finalmente los habitantes de Ticino los que mandaron a buscar a Odoacro? ¿Dónde estaba el patricio? ¿Por qué no reunía a la guardia? ¿Por qué no ponía fin al saqueo? ¿Tenía miedo? Las antorchas habían incendiado la ciudad, y ningún soldado quería renunciar al desenfrenado saqueo. Todos abandonaron sus puestos en las murallas, los fortines y los bastiones.

¿Quién mandó llamar a Odoacro? ¿Cómo se enteró de cuanto ocurría en la ciudad? ¿Temía que los rebelados legionarios de Orestes lo destruyeran y asolaran todo? ¿Temía que no quedase ningún botín para sus bárbaros?

En la noche oscura como boca de lobo, apenas iluminada por el resplandor de la ciudad en llamas, hizo sonar los cuernos. No se produjo ninguna resistencia. El estruendo de los pasos de hierro fue apagado por el ruido de la atribulada Ticino: Odoacro pudo franquear las murallas sin encontrar la menor resistencia. Sus guerreros estaban en ayunas y tiritaban al viento fresco de la noche. Todos aceleraron sus pasos: botín… botín… ¡Los guerreros de Orestes no debían arrebatárselo! Nadie pensaba en otra cosa… la codicia era el único acicate de todas sus ideas y acciones. Los embriagados saqueadores de la ciudad se vieron de pronto rodeados de un muro amenazador que avanzaba hacia ellos, estrechando cada vez más el círculo.

¡Guerreros enemigos!

Pánico, incendios, caos. Orestes no se hallaba en la ciudad: estaba comprobando las fortificaciones de los alrededores de Ticino, que llegaban hasta el Padus. A su regreso, la ciudad ardía como una inmensa antorcha. ¿Qué habría ocurrido? Las llamas no estaban localizadas en la puerta norte, donde los guerreros de Odoacro podían atacar. Ardían por doquier… se elevaban, perdían altura y reaparecían en otro lugar con fuerza renovada.

Cuando Orestes llegó a la ciudad después de un galope agotador, Ticino vivía el final del asedio: estaba sitiada por dentro y por fuera, inundada por una marea de suciedad, destruida por los incendiarios. Cada hombre era un enemigo. Todos empuñaban un arma, y de las afueras de la ciudad afluía, irresistible, el ejército de Odoacro. Los jinetes bárbaros galopaban a través de las brechas de la muralla, invadían las calles… era el fin.

Orestes sólo disponía de los pocos jinetes que le acompañaran en su marcha de inspección. Cuanto más se acercaban, tanto más cerrado era el cerco… un muro de acero en el que ya no se percibía ningún ruido determinado. ¿Dónde estaban sus soldados, dónde, el ejército enviado desde Ravena? Se había fundido, dividido en unidades aisladas, pasado al enemigo con el único fin de salvar su botín y su vida.

Un minuto más, y se hizo imposible seguir adelante. De todas partes surgían lanzas. Orestes sabía que Odoacro había puesto un elevado precio a su cabeza. La púrpura del patricio resplandecía en su capa, y las plumas ondeaban en su yelmo. Era demasiado orgulloso para arrancar sus distintivos y huir a pie con la capa de un simple guerrero. Titubeó. En aquel instante debía tomar una decisión. Era un hombre anciano. Humilló la espada.

Dentro de dos días sabrían en Ravena el destino de Ticino. El general sabía que la guarnición de la capital era débil, que Ravena no tenía dinero. Orestes llevaba consigo todo el oro, para poder pagar a los guerreros que le habían sido fieles. Todos los grandes hombres dan una vez un paso en falso. Orestes no debía haber abandonado Ravena, la ciudad protegida por la naturaleza. Si Odoacro hubiera estado en su lugar… no habría conducido su ejército hasta Ticino. *¡Vae victis!* El propio Orestes sabía que había dado un paso en falso.

Dejando a sus espaldas la destrozada Ticino, todavía en llamas, Odoacro salió inmediatamente hacia Ravena con las legiones itálicas que se habían pasado a sus filas, y se llevó consigo al prisionero de la toga de púrpura. Paulo no podía conseguir ayuda en cualquier momento. Tras los fortines y fortificaciones de los pantanos de Ravena, diez mil hombres valían más que los treinta mil de los sitiadores. Con su rápida marcha, Odoacro cortaba una arteria de Ravena: Paulo sólo podía recibir refuerzos, alimentos y forraje por dos o tres caminos. Si Odoacro conseguía llegar al cabo de dos días a la demarcación de Ravena, la causa de Orestes estaba

definitivamente perdida.

Los guerreros se entendieron entre sí con facilidad. Si los defensores abrían las puertas de Ravena, si se pasaban a las filas de Odoacro, recibirían media paga y media parte del libre saqueo a que sería sometida la ciudad.

La guardia de Odoacro sólo protegería el palacio. En él no podría entrar ningún saqueador común.

—¡Perdona a Orestes! ¡Es el último romano!

Orestes estaba encadenado. Su vida se desarrollaba ante él como una cinta interminable. Surgían imágenes, Iliria, príncipes bárbaros, ciudades, asedios, sangre, travesías por el mar, naves, emperadores. Un *basileo* sucedía a otro. ¿Era preciso decapitar a un emperador o un patricio derrotado? ¿Por qué no podía perdonarle Odoacro, cuyo padre había sido amigo suyo? ¿Por qué tenía Odoacro que decretar su muerte? ¿Por qué no podían llegar ambos a un acuerdo, puesto que daba a los legionarios un tercio… no, menos… una cuarta parte de los campos de Italia?

Si Rómulo Augústulo estampaba su sello sobre esta ley, quien tomara posesión de la tierra no sería un usurpador.

—Señor, piensa en la muerte.

Así habló el centurión, contemplando, compasivo, la capa sucia, adornada de púrpura, que envolvía el cuerpo del anciano. Le atormentaba la artritis, y apoyaba las piernas sobre un asta de lanza. Para el carcelero no es agradable vigilar a un prisionero, aunque sea en un palacio. Con voz queda añadió el centurión, como si quisiera animarle:

—Ya falta poco.

Se enteró por la guardia de que había sido conducido a Placencia, una pequeña ciudad provinciana con una fuerte guarnición. La casa donde yacía no era una cárcel ni un palacio. La guardia se relevaba en el patio al mediodía y al atardecer. Su única distracción era contemplar al oficial de la guardia enseñando a los bárbaros el paso romano y el manejo de las armas. El prisionero veía cómo lanzaban las cortas lanzas al oír la orden. Después, los mercenarios debían saltar un seto con sus largas lanzas, al mismo tiempo que se cubrían el cuerpo con un enorme escudo. Seguidamente disparaban sus flechas. El prisionero olvidaba que estaba encarcelado, contemplando los ejercicios de los soldados romanos.

—Prepárate para la muerte, señor —dijo el centurión, y esta vez no era un consejo compasivo, sino la comunicación de una sentencia.

¿Qué sería de Ravena? Tal fue el último pensamiento que le preocupó. ¿Puedo escribir al rey? El centurión miró con piedad al patricio, a quien el asedio, la pérdida de la ciudad y el cautiverio habían convertido en un viejo en cuestión de pocas semanas. ¿Qué se podía hacer para ayudar a Orestes a recorrer su último camino? ¿Mezclar opio en su vino, como hacían los discípulos de Esculapio antes de cercenar

un miembro destrozado?

La orden dictaba que la ejecución se llevase a cabo en secreto, sin testigos. Si así lo deseaba, Orestes podía escribir, podía hacer testamento, si creía que aún había algo que le perteneciera. En el informe debía hacerse constar si Orestes había muerto como un patricio romano.

En Placencia corría el rumor de que la casa del centurión era la celda de un condenado a muerte. Estaban esperando a que el anciano terminase de escribir; después sería decapitado. El testamento tenía que hacerse correctamente: el derecho de sucesión requería dos testigos. El sacerdote y el centurión estamparon su firma en el largo documento, en el que el patricio Orestes legaba la tierra de Italia.

—¿Estás dispuesto, señor?

El sacerdote murmuró unas palabras de consuelo, que se prolongaron durante una media hora. El sol proyectaba sus rayos sobre la alta y desnuda pared. En Placencia, la guardia hacia su ronda acostumbrada. Murallas, fortines, torreones, caminos, encrucijadas. Tal vez aún llegaría un mensajero de Odoacro: «¡Perdonad la vida al patricio!» Querían esperar hasta el mediodía, hasta que se aplacaran los ánimos. No todos los días tenía Placencia un patricio como invitado, que ayer tenía aún en sus manos las riendas del imperio.

La gran espada cayó con tal rapidez, que no le dio tiempo ni para exhalar un grito. El centurión había elegido al más fornido guerrero, un bárbaro del norte, que por una recompensa considerable, llevó a cabo la ejecución. Tal vez los ojos miraron una vez más hacia lo alto. Rómulo Augústulo: acaso fuera éste el último pensamiento de su cerebro.

La cabeza no fue enviada a ninguna parte, ni tampoco ensartada en una lanza.

Hicieron prisionero a Paulo, el hermano de Orestes. También Rómulo fue apresado. Ravena se rindió casi sin hacer uso de la espada. Solamente lucharon algunos grupos esforzados en la Pentápolis, la comarca de cinco ciudades de Ravena. Centinelas a los cuales no llegó el mensaje conciliatorio de Odoacro: «Todos sois guerreros romanos; espero que sigáis siéndolo. El rey de las tropas bárbaras juzgará a todos según sus merecimientos».

—Señor, ordena decapitar a Paulo. Señor, ordena decapitar al muchacho.

¡Cuántos consejeros le rodeaban! ¡Cuántos cancilleres se agolpaban junto a él! Incluso Anicio había llegado de Roma. Salió hacia Ravena para encontrarse con él, con Odoacro. «Salve», le dijo, y se inclinó profundamente, como si le reconociera como emperador. Salve, rey Odoacro. ¿Se había fijado siquiera un año antes en aquel doríforo bárbaro?

Odoacro ordenó que decapitaran a Paulo. Su vida no tenía objeto, y Ravena se le había escapado de las manos casi sin lucha. En la época de la antigua Roma, un hombre así hubiese acabado hacía tiempo con la propia vida.

Entonces ordenó que llevasen al muchacho a su presencia.

Rómulo contaba trece años, era muy alto, casi un adolescente. En su rostro se advertía la sombra de una sonrisa, y sus ojos azules, el cabello rubio y ondulado, y la figura esbelta y bien proporcionada tenían cierto atractivo. Sólo su mirada era soñolienta. Aún ignoraba que su padre había muerto. Anicio hizo un gesto con el pulgar hacia abajo: *Recipe ferrum*. Esto no podía significar más que una cosa: cortarían la garganta al muchacho sin ninguna ceremonia, lo meterían en un saco y lo echarían al mar.

Su túnica no era vulgar. Calzaba aún los zapatos de púrpura, pero ya no se cubría con la capa imperial. ¿Sabía quién era el hombre a cuya presencia le habían conducido? ¿Le habrían maltratado los mercenarios escitas, siempre dispuestos a cualquier rudeza? No se advertía en él ninguna emoción. Odoacro dijo a Anicio:

—Sal tú también. Quiero hablar con él a solas.

Un rey y un emperador se encontraban frente a frente. Odoacro sabía que el abuelo del muchacho, el conde Rómulo, era un auténtico patricio romano. ¿Y si ahora el muchacho se postraba de rodillas ante él? ¿Y si le habían recomendado humildad para salvar la vida? ¿Y si se arrastraba con la cobardía de un perro apaleado?

—Ahora tienes el poder en tus manos. Me acuerdo de ti. En Mediolánum fuiste huésped del patricio. He oído decir que has conquistado la ciudad.

Habló serenamente, sin temor. ¡Decapitar, decapitar! Tal había sido el consejo de Anicio. Los muertos callaban.

—Rómulo, guarda las túnicas imperiales. No son para ti. Sabes escribir, ¿verdad? Escribirás en un pergamino imperial que no deseas continuar siendo emperador. La vida, hijo mío, es más hermosa que la púrpura. Ya eres un adulto, y comprenderás que no podemos gobernar juntos. Yo no te necesito, y tú no debes interponerte en mi camino.

—¿Qué destino me has designado?

—Escribirás el pergamino, y anunciaremos tus palabras al imperio. El último que vistió la capa de púrpura no desea ser emperador. Se retira. Eso es todo. Si no accedes a ello, Rómulo, no te obligaré. Pero entonces tendrás que morir. ¡Elige! Ya eres mayor. Comprendes lo que digo, ¿verdad?

—¿Qué destino me has preparado?

—Escucha, Rómulo, incluso entre un emperador muerto y un mendigo enfermo se abre un abismo tan ancho como el mismo océano. Conservarás la vida. Cuidaré de ti.

Ante Odoacro se extendía la toga de púrpura, la diadema, el bastón de mando, la cruz imperial. Anicio dijo:

—Todo está a tu disposición, señor. Una palabra tuya y las legiones cambiarán tu título de rey por el de emperador. Cúbrete con la capa. De lo demás puedo ocuparme

yo. Dentro de una hora, las legiones te aclamarán.

Entró un centurión, se inclinó. Odoacro no deseaba ver la cabeza de Paulo. ¿Qué debía hacerse con el muchacho? Dijo a Anicio en voz baja:

—¿Adónde podemos llevarlo?

—Conozco una gran casa cerca de Nápoles. La llaman la villa de Lúculo. No es una cárcel, sino una isla rodeada de rocas y murallas. Si tú, mi rey, quieres perdonar la vida al muchacho, puedes enviarlo allí.

XIX

La última vez que Odoacro estuviera en Roma, hacía ya cuatro años, había llevado noticias del campamento de Liguria. Muchos habían muerto desde entonces. Sin embargo, vivían aún tres emperadores, cuya cabeza ciñera la corona. Dos de ellos, en Dalmacia: Glicerio y Nepote. Y el muchacho huérfano, Rómulo Augústulo, que ya no era emperador, sino un niño y un prisionero.

Roma producía una impresión aún más triste que aquella mañana lejana en que había entrado en la urbe al frente de sus jinetes. El capitán mercenario apenas si prestaba atención a que los edificios presentasen un aspecto ruinoso, las calles no fuesen barridas, los Foros estuvieran abandonados, los tejados de las basílicas se hundiesen, y las piedras que se hallaban dispersas por el Palatino fuesen acarreadas a otros lugares y empleadas en el remozamiento de otros edificios. Ahora Odoacro hacía su entrada como rey al frente de su ejército. Era difícil dar a su nombre una forma latina. Odoacro sonaba tan bárbaro a los oídos romanos como en un tiempo Ricimero.

El Senado se congregó para una asamblea. Por recomendación de Anicio se adoptó la decisión de que el Senado solicitase del emperador Zenón la concesión a Odoacro de la dignidad de patricio y su nombramiento como rey, sin aspirar al título de emperador.

Rómulo Augústulo, el muchacho, pronunció las palabras que le habían sido dictadas. Los doscientos senadores se hallaban presentes. Concluía el mes de agosto, y en esta época del año el sol enviaba sus cálidos rayos sobre Roma. Sin embargo, en tiempos como aquéllos era más prudente permanecer en la ciudad, pues el campo pululaba de guerreros saqueadores. La urbe era más segura: Odoacro venía como protector, y no como conquistador.

El muchacho vestía una toga de púrpura y lucía una guirnalda sobre la cabeza. Leyó con una entonación de colegial que sin embargo no carecía de cierta patética arrogancia. En los siete meses de su reinado había aprendido algo del arte de los emperadores.

La declaración había sido redactada por Anicio. Rómulo Augústulo dijo:

—En lo sucesivo, Roma no necesitará un emperador. Es suficiente un *Imperator* que gobierne el oriente y el occidente. Italia desea un hombre que proteja las provincias hereditarias del reino y gobierne en paz y con sabiduría. Por consiguiente, Rómulo Augústulo, *Imperator* de Roma, ha decidido, de acuerdo con sus consejeros, renunciar a la dignidad imperial y delegar en el emperador Zenón de Constantinopla la corona y las insignias de su cargo, que le serán enviadas por medio de una delegación. Odoacro, en su calidad de patricio, será designado rey —si tal es la

voluntad del Senado.

Los senadores ocupaban sus puestos. Ninguno de ellos se atrevió a observar el rostro de sus compañeros. Los barbudos miembros del Senado se volvieron hacia la mesa sobre la cual se amontonaban los pergaminos: decisiones senatoriales, listas con los nombres de los aspirantes. ¿Cuántos años habían transcurrido desde la fundación de Roma? Un tal Basilisco, propuesto para el cargo de cónsul, dijo en voz baja: «¡Doscientos veintinueve años!» Era penoso volver la vista hacia fecha tan lejana.

El rubio César Augusto, sentado en su trono de oro, leyó el último decreto. Todos los senadores sintieron que en aquel momento tenía lugar el fin de algo importante. En los oídos de los *patres*, la voz del muchacho sonó como un canto fúnebre.

Rómulo Augústulo no tuvo que desprenderse de ninguna alhaja: todo estaba a la vista sobre la mesa. Le dejaron en posesión de los escarpines de púrpura: sentían la necesidad de distinguirle de los demás mortales. Le habían ocultado hasta ahora la muerte de Orestes. Era mejor que no tuviera noticia de ella hasta que se hubiese cerrado tras él la puerta de la villa de Lúculo en el cabo Miseno.

XX

Al atardecer se encendían hogueras en las montañas. Allí donde las colinas se fundían con el horizonte, aparecía de vez en cuando un jinete solitario. Los gépidos, ávidos de botín, seguían como hienas las huellas de los godos emigrantes.

Emigraba un pueblo entero, con todo cuanto poseía. Columnas de carros, manadas de caballos, bueyes y ovejas, conductores del ganado a caballo y muchos miles de lanceros. Cuando uno de los pesados carros se averiaba, lo arrastraban a un lado de la calzada y los conductores de carros intentaban repararlo.

Los godos emigraban hacia el sudeste. Panonia entera estaba en movimiento. Mensajeros galopaban hacia los pueblos de las tierras bárbaras. Los godos consideraban pobres sus colonias, pero esta pobreza era incluso apetecible en comparación con el crudo invierno, el viento cortante y el cálido verano que padecían los otros pueblos de la estepa. Los exploradores de los gépidos fueron los primeros en difundir la noticia: los guerreros de Teodomiro se habían puesto en marcha y trasladaban su reino sobre ruedas. Ya no volverían más al gran lago.

¿Realmente no volverían más? Antes de la marcha, el rey Teodomiro había enviado mensajeros a los príncipes de la estepa. Cada tribu, cada caudillo, cada colonia debía saber: «¡Ay de aquel que osara establecerse en las posesiones abandonadas de los godos! Nuestra gran emigración no significa que el pueblo de Amal renuncia a sus colonias, ciudades a la orilla del gran lago, fortificaciones y atalayas. Regresaremos cuando nos convenga. Es posible que dividamos a nuestro pueblo. También es posible que sólo la mitad desee continuar la marcha. Recordadlo: esta comarca nos fue concedida por el emperador después de la muerte de Atila. ¡Y seguirá siendo nuestra!»

Los gépidos eran los más inquietos de las tribus nómadas. La pobreza, el hambre y la codicia les impulsaban. ¡Qué podía importarles que los poderosos y rubios guerreros volviesen un día y matasen a cuantos encontraran en sus antiguas colonias! La sede, el palacio de Teodomiro y Teodorico a orillas del lago era un sueño anhelado para aquellos cuyas tiendas de tela arrancaba la tormenta y se llevaba el viento. Casas romanas, con sus emparrados. Por doquier se encontraban prisioneros romanos y esclavos cristianos que podrían dedicarse a la agricultura. Y se decía que las casas eran calientes en invierno.

—¡El emperador te saluda, Teodorico!

El padre miró a su alrededor con sus ojos nublados por los años. Un paisaje desconocido, el otoño era más largo, las plantas y las avenidas de castaños eran más abundantes. Teodomiro, en sus años de joven guerrero, había visto el mar a menudo. Atila conducía continuamente a sus vasallos de un lugar a otro. Sin embargo, durante

mucho tiempo el gran lago fue el mar para Teodomiro, y sólo los godos más ancianos soñaban aún con el agua azul que no tiene principio ni fin. Teodomiro no volvería a ver el océano.

Así debía morir un rey: en un campamento nuevo, en su propio lecho, cubierto de mullidas pieles. Teodomiro tosía, y muchas veces aparecían gotas de sangre en las comisuras de sus labios. Con voz queda dijo:

—Señores godos, servid con fidelidad a Teodorico.

La muerte a orillas del Ister fue sencilla. Los jefes de tribu se asomaron ya al despuntar el alba en el torreón de la antigua Castrum, esperando la señal. En cuanto el espíritu hubo abandonado el cuerpo, acudieron los sacerdotes y las plañideras. Todos pensaban en el palacio abandonado a orillas del gran lago, en el que no habrían sentido el frío viento del otoño, pues lo hubiesen calentado, sacrificado gordos bueyes, y los campesinos de los alrededores, que pagaban sus impuestos con vino, hubieran hecho ahora la vendimia. ¿Por qué tenían ahora que emigrar? ¿Por qué habían renunciado a la seguridad de su pobreza por una abundancia incierta? En los últimos decenios se habían acostumbrado a Panonia y encariñado con ella. «¡El emperador te saluda!» ¿Habían bastado estas palabras a Teodorico para poner en marcha la interminable caravana? ¿Cuántos muertos dejarían por el camino? ¿Cuántos nacimientos malogrados? Vivían siempre con el arma en la mano, en continua vigilancia. En regiones extrañas, entre pueblos extraños. Cada vez tenían que pagar su paso por una región, o luchar por él.

Era otoño. Bajo las bóvedas del Castrum resonaba el coro de las plañideras.

Teodorico no podía llevar hasta el *basileo* a todo su pueblo. Invernaron en Tracia, donde esperaron a que la primavera trajese su consuelo a hombres y animales. A la vista de los capullos, que aquí se abrían en una sola noche, los jóvenes guerreros volverían a soñar con aventuras y campañas.

Llevó consigo a cien jinetes escogidos, como correspondía al nuevo rey de los hijos de Amal. ¿Le había vuelto altanero verse colocado sobre el escudo y elevado a vertiginosa altura? Todos los jefes de tribu quisieron levantar en su escudo al nuevo rey de los godos. No hubo ninguna elección. Nadie tenía la menor duda de que era Teodorico quien ahora debía ocupar el lugar de Teodomiro, muerto tras su prolongada enfermedad. No había ningún hermano que pudiese hacer valer la propia legitimidad, ningún aspirante extranjero al trono. Erelieva esperaba en la tienda de las mujeres a su hijo recién nombrado rey. La coronación se celebró en una vieja iglesia medio derruida. Sacerdotes arrianos le colocaron en la cabeza el aro de oro, y la juventud cantó melodías según los versos del obispo Ulfilas. El invierno se aproximaba. Durante los servicios fúnebres y las fiestas de la coronación sopló un viento helado, y las tiendas de tela doble estaban cubiertas por un manto de nieve.

El equipaje fue cargado a lomos de los caballos de tiro. Los jinetes llevaban

vestiduras adornadas, armadura, yelmo y armas, como era costumbre en la corte. Las túnicas de corte que Teodorico se trajera de Bizancio resultaban ya demasiado estrechas para él. Los que habían visitado últimamente la capital del imperio hablaban de extrañas modas nuevas. Los Verdes intentaban provocar a los Azules y sus simpatizantes imitando de manera exagerada el peinado y las vestiduras del enemigo huno. Los jóvenes señores del partido de los Verdes se cubrían la frente de cabellos cortos, según la costumbre bárbara, y llevaban además anchas túnicas mucho más largas que sus capas cortas. Cuando se dirigían al mercado, se exhibían con gran insolencia. Los magistrados de la ciudad no podían oponerse: los padres de estos distinguidos hijos de Bizancio pagaban los más elevados impuestos. Pero ¿por qué imitaban precisamente a los hunos? ¿Por qué gozaban los descendientes de Atila de tan repentina popularidad?

Porque ya no inspiraban temor a nadie.

Los hunos se dispersaron en pequeños grupos o emigraron a las desnudas planicies asiáticas de las cuales —para terror de la humanidad— habían venido hasta aquí. Muchos de ellos se dirigieron a Bizancio. En el ejército eran bien vistos y llegaron incluso a ser admitidos en la guardia personal. Eran salvajes, fieles y fáciles de contentar. Sus capitanes se hacían bautizar uno tras otro.

Teodorico se enteró de ello al acercarse a Constantinopla. Los Verdes eran amigos de los hunos, por lo que, naturalmente, él se adhirió a los Azules, a quienes apoyaba el emperador. Los Azules eran los aristócratas, los grandes terratenientes, de cuyas filas procedían los comandantes de la ciudad, los generales de la flota y los del ejército.

Cuanto más se acercaba a Bizancio, mayores eran los honores que se le prodigaban. Le ensalzaban como rey, los magistrados salían a su encuentro, le agasajaban por doquier, y los regalos de valor eran cada vez más numerosos. A los cien jinetes godos les parecía que las herraduras de sus caballos pisaban la alfombra de un mundo soñado; ni en sueños habían imaginado el recibimiento que se les dispensaba. «¡El emperador te saluda!» A orillas del gran lago, estas palabras podían ser sólo una fórmula. Todos los enviados empleaban esta frase de introducción. Pero ellos iban ahora al encuentro de una perfumada primavera: todo florecía, y en los árboles maduraban ya diversos frutos. Los jinetes godos llegaron a las grandes murallas de la ciudad sin haber usado las armas ni una sola vez.

Theodoricus Rex: su nombre no hería los oídos bizantinos. Ya le esperaban. Hacía semanas que se debatía sobre su llegada en los mercados, en el atrio del Hipódromo, en los balnearios. Bizancio necesitaba a todos cuantos dispusieran de armas. Y no obstante, los guerreros llegados a la ciudad significaban grandes impuestos para cada ciudadano. Cuantas más tropas ocuparan los cuarteles en torno al palacio imperial, tanto mayor era el peligro de que sus caudillos provocasen un día una rebelión. Los

aliados eran preferibles: vivían en sus lejanas montañas hasta que llegaba una orden de Bizancio: «¡Estad preparados!» El palacio imperial designaba al enemigo peligroso para el emperador. «¡Poneos en marcha!» Y ellos obedecían, sin paga y sin doble recompensa.

Recostados en los baños, rodeados de un vapor fragante que despedían las piedras calentadas, los hombres de Bizancio sopesaron durante todo el día si el padre Zenón había hecho un buen negocio llamando a la capital al joven caudillo de los godos. Todos creían saberlo todo acerca de él. ¿No había vivido diez años en la ciudad? Dominaba el lenguaje de palacio, no era un bárbaro tosco ni un huno de nariz achatada. Le habían nombrado rey de su pueblo. ¿De cuántos caballos, arqueros y lanceros disponía un rey de los ostrogodos?

Teodorico conocía aún a muchos hombres de palacio, aunque no pocos habían muerto en aquellos tiempos agitados. Los hombres de Zenón habían reemplazado a los confidentes de León. Los eunucos estaban aún más gruesos, su vida muy raramente corría peligro.

Se despertaron viejos recuerdos. Se esperaba a un rey aliado que conocía el ceremonial y las costumbres. Era como un fiel amigo. No, ni siquiera los servidores más entrados en años recordaban la visita de un rey bárbaro que en su comportamiento fuese ya casi un romano. Su recorrido por los aposentos de personas que desempeñaban cargos importantes era sólo parte de los preparativos. Se dedicaban largas conversaciones al ceremonial. Se determinaban los textos de las fórmulas de salutación. Era preciso evitar mil pequeñas ocasiones de roces o agravios. ¿Cuántas palabras solía decir su Majestad? ¿Qué miembros de la familia imperial estarían presentes? ¿Cómo se dirigiría a él el emperador? ¿Quién sería el intérprete, en caso de que Teodorico, que ya era casi bizantino, lo necesitara?

Teodorico no estaba casado, lo cual era especialmente ventajoso para Bizancio. Seguramente su Majestad le recomendaría una mujer, la hija de un rey aliado o bien —si convenía que le unieran lazos de parentesco con la corte—, tal vez una sobrina lejana de la emperatriz. También se ofrecieron doncellas de Isauria, emparentadas con Zenón. Alguien conocía ya la existencia de Nébula, la doncella de Iliria. Tres días más tarde, su divina Majestad leyó con una sonrisa los detalles confidenciales. La muchacha no era de sangre real, pero su padre ostentaba el cargo de gobernador de una ciudad romana. Habría que manejar con cuidado a Teodorico. Si se excitaba, era capaz de olvidar rápidamente las costumbres griegas. Entonces sería como los demás bárbaros. «Ten cuidado, Verina», dijo Zenón a su suegra, por la que no sentía mucho afecto. Sin embargo, hubiera sido muy difícil dirigir los asuntos del imperio sin aquella mujer llena de astucia. Ariadna, la emperatriz, era hermosa y fiel. Pero ni siquiera con la edad llegaría a ser tan inteligente como su madre Verina.

«El emperador te recibirá.» Cuan a menudo había asistido como rehén a tales

ceremonias. Todas ellas tenían el único fin de deslumbrar a los príncipes de los países bárbaros. Se exhibía ante ellos todo el esplendor de la gigantesca corte: los mosaicos de la sala de recepción, con sus grandes imágenes de Cristo, el trono dorado con sus leones también dorados, que gracias a un misterioso mecanismo inclinaban la cabeza y rugían, las vestiduras de gala con sus colas largas y resplandecientes, las piedras preciosas, las diademas, los collares y las coronas. Todo brillaba bajo el resplandor de millares de velas. Desde nichos ocultos se entonaban salmos en honor del *basileo*. Su sagrada Majestad se hallaba rodeado del perfume de la mirra, y su rostro pintado resplandecía en una nube de fragante perfume. Su barba semejaba la barba rizada del rey de reyes persa: derramaban sobre él polvo de oro para que brillase bajo las luces. Una corona ceñía la frente de Zenón, y la pesada capa entretejida de oro ocultaba su cuerpo a los ojos del mundo. El *basileo* se había transformado en una estatua. Durante su prolongada estancia en la corte, Teodorico había podido observar todos los matices del ceremonial.

Estaban presentes dos emperatrices. Verina ocupaba altivamente su trono, que era unos milímetros más bajo que el de su hija. Verina conservaba su belleza incluso bajo la máscara coloreada del rostro y el peso de las joyas. Todavía seguía siendo la verdadera *basilisa*. La hermosura de su hija, la obediente Ariadna, estaba un poco velada por la tristeza. Cuando huyeron de Basilisco dio a luz un niño muerto. Desde entonces cubrían su rostro la palidez y la amargura.

¿Sonreían a Teodorico, el antiguo conocido, los dioses mortales del imperio? Numerosos sacerdotes, altos dignatarios, generales, todos habían aparecido con los distintivos de su cargo. ¿Sonrieron verdaderamente todos cuando hizo su entrada el rey bárbaro vistiendo una túnica romana? Cubría su pecho una coraza real de plata, que según la saga germánica cincelase para Amal un herrero divino; sólo podía llevarla el príncipe primogénito. También su espada era una espada divina, de color negro, que llevaba un escudero detrás de su señor. Aunque estaba prohibido llevar armas en presencia del *basileo*, el ceremonial de la corte hacía una excepción con los reyes. Sin embargo, Teodorico no tenía ningún rango en la corte. Todavía era un muchacho cuando el favor de su Majestad le abriera la puerta de la jaula de oro. ¿Podía llegar a ser un patricio? ¡Incluso la idea era una osadía! En Italia sólo había conseguido el título el infortunado Orestes, y ahora la cancillería de la corte, tras prolongada reflexión, había nombrado a Odoacro «patricio de la ciudad de Roma», lo cual entrañaba en sí muchas contradicciones. Pero Odoacro jamás llegaría a ser patricio del imperio. Éste era el único título que hasta ahora Bizancio se negaba a conceder.

¿De cuántos hombres armados disponía el rubio rey de los godos? Esto se preguntaban unos a otros los jefes de la guardia, los estrategas y los eunucos. Todo dependía de aquello. Y tal vez de la habilidad del propio joven bárbaro, de su arte en

tejer los hilos y tensar el arco. ¿Qué prefería, tesoros o títulos? ¿Estaba dispuesto a poner al servicio de Bizancio por un precio razonable a todos sus guerreros? ¿Con cuántos guerreros contaba Teodorico? Movimientos familiares: entrada, reverencia, genuflexión, beso en el pie. Durante una semana entera había repasado tenazmente todos los detalles con el primer maestro de ceremonias. De muchacho había observado qué rango correspondía a los príncipes orientales, qué títulos ostentaban los príncipes indios y el rey de los persas. ¿Por qué sólo tenían derecho a títulos los descendientes de Alejandro Magno? Amal, en su patria nórdica cubierta de bosques y glaciares, había sido nada menos que un dios.

Movimientos familiares. Sin embargo, ahora era rey. El rostro de Zenón —como pudieron comprobar todos los presentes— se ruborizó incluso donde las pinturas no cubrían su palidez. Sus ojos centellearon. Una sonrisa sincera prestó humanidad a las facciones impasibles del despiadado advenedizo. La sonrisa de Verina fue más expresiva: se volvió hacia él e inclinó imperceptiblemente la cabeza, como en un saludo personal… Esto era más, mil veces más de lo que un ser mortal podía esperar de una *basilisa*. Sólo Ariadna permaneció sin sonreír, como mandaban los cánones.

En voz baja pronunciaron los labios del emperador el saludo de bienvenida. Palabras dictadas por el ceremonial. Y no obstante, todos cuantos conocían a Zenón advirtieron un tono más cálido, un matiz de sentimiento.

—Tú, que has compartido en nuestra mesa el cordero pascual, has regresado a tu segunda patria. Que la alegría acompañe todos tus pasos. Para el bien del imperio y de ti mismo.

La respuesta solía llegar a su divina Majestad de labios de un intérprete, pero esta vez, Teodorico se irguió después del beso ritual en el pie, y sus palabras resonaron en el sublime silencio, que cual susurro imperceptible pendía sobre todas las cabezas entre nubes de incienso. Las palabras griegas de Teodorico tuvieron una entonación segura; su pronunciación adolecía de dureza, los rubios extranjeros nunca llegaban a dominar algún que otro sonido del poco familiar alfabeto. Pero habló con fluidez, sin leer de una tablilla encerada o un pergamino. Había estudiado sus palabras, y sin embargo los que le escucharon tuvieron la impresión de que las estaba improvisando.

—Tú has sido para mí un padre, reemplazando a mi padre ahora difunto —dijo, y la sonrisa de Zenón se hizo todavía más humana. Entonces mencionó el joven huésped la muralla de acero de los godos, contra la cual se estrellaría el ataque de cualquier enemigo, cualquiera que fuese el punto cardinal de donde procediera—. La fe en Cristo nos une a ambos —añadió, y tras estas últimas palabras rozó una vez más con los labios el pie y el manto del emperador.

—Te hemos estado esperando, rey Teodorico —pronunció la voz de Zenón. Y esto tampoco estaba previsto en el ceremonial.

Al día siguiente, la juventud ávida de placeres de los Azules se mandó cortar a

toda prisa túnicas godas, y los barberos de la corte les tiñeron los cabellos de un tono rojizo.

Lluvia de oro. El antiguo rehén gozaba de la mayor consideración en palacio. Ante él se extendía un maravilloso futuro: ¡senador, general de los ejércitos! Durante las recepciones de Pascua, los dignatarios se inclinarán ante el nuevo patricio.

El otro Teodorico, el hijo de Triario, vivía lleno de rencor en Macedonia. Un solo golpe de pluma, un solo decreto imperial le había arrebatado el subsidio anual y el título de «aliado del imperio»: «¡Vete a donde quieras! Mientras permanezcas en el imperio serás nuestro enemigo… junto con tu pueblo».

Hasta ahora, el emperador había mantenido con su subvención anual a los godos emigrados a Macedonia. La tierra era espantosamente yerma, y el Bizco empeoraba aún más las cosas acaparando víveres y fortificando los pasos de las montañas. Al amanecer ya se ejercitaban los guerreros para la lucha.

La noticia llegó hasta Constantinopla. Zenón nunca perdonó al hijo de Triario el hecho de que hubiera sido el más fuerte apoyo de Basilisco. Durante el año en que el usurpador habitó el palacio imperial, el Bizco se comportó como el verdadero amo del imperio. Entretanto, Zenón había visto crecer a Teodorico, el hijo de Amal. El príncipe godo dominaba la lengua de Bizancio. Zenón le contemplaba casi como un padre contempla a su hijo, y advierte cómo crece en altura, fuerza e inteligencia. ¿Amaba, pues, a alguien el Todopoderoso? ¿Podía el *basileo* sentir inclinación por alguien?

El gran ceremonial para el que Zenón se estaba preparando no era totalmente nuevo en el imperio. Se llamaba adopción a la sombra de las armas. El emperador Valentiniano III, en circunstancias similares, ya había proclamado hijo suyo a Aecio, a quien calificaban del último romano. Se trataba del deseo del emperador. En el consejo se adoptó la decisión de que Artemidoro, el filósofo, hablase con el rey godo, a fin de valorar su inteligencia y estimar si era digno de convertirse en hijo del emperador.

Artemidoro presidía una academia en la que se impartía educación a los jóvenes destinados a servir en el palacio imperial. El filósofo conocía los escritos de los antiguos, y conocía asimismo la inconstancia de la juventud. Pasó tres días en compañía de Teodorico, tras los cuales informó al palacio imperial: «El descendiente de Amal es el bárbaro más inteligente que he conocido.»

Debía celebrarse un magno desfile en el campo de maniobras de las tropas. Tomarían parte en él las guarniciones de los alrededores de la capital. Se construyeron tribunas para los espectadores distinguidos. En palacio fueron investigadas las crónicas de los últimos cincuenta años, para saber con exactitud en qué forma se llevaron a cabo las celebraciones cuando el valeroso Aecio fue nombrado hijo del emperador.

Aecio no era enteramente un bárbaro, por lo menos, no en su educación. Su padre mandaba un regimiento de caballería del imperio en las provincias africanas; ostentaba el título de conde. Aecio pasaba por ser el último de los grandes generales romanos que aún pudieron salvar el imperio de occidente. Su nombramiento como hijo del emperador fue por tanto una recompensa merecida. Sin embargo, las viejas crónicas de la corte callaban sobre los últimos meses de Aecio. ¿Qué había ocurrido…? ¿Cuál fue su fin… dónde murió, un año después de la muerte de Atila? Sólo una nota secreta mencionaba que había sido apuñalado por el propio emperador Valentiniano cuando Aecio le visitó para pedir como esposa a la hija del emperador para su hijo, a quien deseaba asegurar el trono por este medio.

Teodorico debía ignorar todo esto. Por suerte, no conocía las crónicas secretas. El desfile sería tanto más deslumbrante y magnífico cuanto más énfasis se diera al aspecto guerrero. Zenón cabalgó al frente de su guardia de honor; el antiguo capitán de la guardia recordó cuando había mandado ante León a los guerreros acorazados.

Todo fue un alarde de pompa militar: la marcha de las tropas, el movimiento rítmico de los escudos, el estruendo de la caballería, el paso resonante de las legiones. El desfile se desarrolló como estaba previsto. Entonces Zenón subió a la tribuna. Sólo Teodorico estaba a su lado.

Tal como lo exigía el ceremonial, el emperador ciñó al talle de Teodorico un cinto adornado con hojas de laurel, y colgó de él sus armas. Entonces le abrazó y gritó tres veces con voz estentórea:

—¡Éste es mi hijo!

Teodorico se arrodilló, besó la mano del emperador y dijo:

—¡Éste es mi padre!

Padre e hijo debían colocar la diestra sobre las Sagradas Escrituras. Juraron no abandonarse nunca y ayudarse siempre el uno al otro. Las palabras del juramento resonaron en el aire, y de las jaulas remontaron el vuelo cientos de palomas. Volaron hacia el norte. Esto era un buen presagio, pues en esta dirección debían partir los ejércitos.

De nuevo desfiló ante la tribuna la caballería y la infantería: saludaron del mismo modo al padre y al hijo, éste luciendo sus armas. Teodorico vestía como un guerrero romano, con yelmo y escudo. Un joven y apuesto guerrero. Un duro y rubio germano. Su rostro era el de un extranjero.

El consejo de guerra elaboró el plan con todos sus pormenores. Teodorico debía reunirse con su pueblo dentro de pocos días. Le quedaban algunas semanas para preparar a sus mejores godos para la lucha. En las laderas de los Balcanes apretarían lentamente el cerco, a fin de ir estrechando cada vez más el reino montañoso del Bizco. Los estrategas pensaban en términos de unidades de ejército de diez mil hombres. Fueron concretadas las órdenes: las tropas asiáticas debían enviar al campo

de batalla a un tercio o la mitad de sus efectivos. Se determinaron los puntos de reunión y las fechas en que los godos debían entrar en contacto con los treinta mil hombres del ejército bizantino. Había que empujar hacia una trampa al Bizco y a sus hordas. Entonces tendría lugar el ataque decisivo. En un plazo de tres meses desaparecería aquel estigma del imperio: dentro de sus límites no cabía la existencia de un estado godo hostil.

Teodorico se dirigió hacia el norte, hacia su propio pueblo. De nuevo le invadía la congoja ante la inseguridad de la aventura. ¿Qué encontraría entre los suyos? ¿Se habría puesto otra vez en movimiento su tribu que vivía sobre ruedas? Era seguro que el ganado ya había agotado la hierba; la tierra estaba sin cultivar, pues los campesinos habían huido al conocer la noticia de la llegada de los godos.

Encontró a su pueblo malhumorado y descontento. Ya no vivía Teodomiro para suavizar los ánimos con palabras lentas y cansadas. En el consejo de los ancianos se advertía la amargura. ¿Godos contra godos? No podía negarse que el hijo de Triario había asestado un rudo golpe contra la prosperidad de sus hermanos de raza. Pero hablaban la misma lengua, y cada guerrero era consciente de su ascendencia común.

Desde la conquista de Singidúnum, los godos vivían en una paz peligrosa. Insignificantes campañas, saqueos de míseras aldeas y emigraciones constituían la historia de los últimos años. A su alrededor nacían países, se formaban reinos. Los godos continuaban viviendo pobremente en sus yermos campamentos. La disciplina exigida por el emperador era como una mano de hierro. No podían luchar contra nadie. Vivían en la escasez de los pastos insuficientes, y sólo recibían la visita de los mercaderes cuando se divulgaba la noticia de que había llegado de Bizancio la tan deseada subvención anual.

Los viejos estaban agobiados. ¿Hermano contra hermano? ¿Un godo debería ser esclavo de otro godo, un godo de la misma sangre, si era hecho prisionero? Pero Teodorico no consentía ninguna protesta. Se trataba de la causa del imperio. Los godos tenían que darse cuenta de que los dirigía el hijo del emperador.

Parecía que la plaga de la langosta hubiese pasado por las tierras que recorrían los ejércitos. Sólo Teodorico mantenía el orden. Obedecía las «prescripciones romanas», según las cuales los generales debían dejar intactos los poblados. Los campesinos estaban indefensos, no tenían armas en la mano, y no había murallas ni torreones tras los que pudieran defenderse. Era preciso que no abandonaran sus campos, porque si huían, no habría pan para nadie.

Dentro de una semana debía tener lugar el encuentro con los romanos al borde de las grandes altiplanicies. Entonces, inexorablemente, tendrían que luchar contra el pueblo del Bizco. Sin embargo, también ellos eran godos, y seguramente no se dejarían vencer con facilidad. Tal vez harían uso del buen sentido y entregarían a su caudillo al descendiente de Amal.

Hacia ya diez días que esperaban en las gargantas de las montañas. Columnas móviles galopaban en todas direcciones. Un puñado de plata al primero que entrase en contacto con el aliado ejército romano. Fueron enviados mensajeros a todos los gobernadores vecinos con instrucciones de Teodorico, el hijo de Zenón, respecto al lugar adonde debían enviar víveres, piensos y demás provisiones.

Un inquietante silencio reinaba al pie de las montañas; sólo se oía el silbido del viento. Ni con el alba ni con el crepúsculo llegó un jinete con la buena nueva. Ningún carro romano se aproximaba. Los campamentos del Bizco se abrían como un abanico, describiendo un semicírculo en torno a las montañas, que pronto dejarían encerradas a las tropas bizantinas. Hoy aún podían moverse libremente dentro del círculo. Empleaban el mismo lenguaje que los guerreros mandados por el hijo del emperador. Sus rostros eran parecidos, llevaban las mismas barbas y empuñaban las mismas armas. ¿Quién podía advertir si se sentaba un guerrero más junto a la hoguera? Cuando se le preguntaba: «¿De dónde vienes?», la mano señalaba la lejanía. Los más jóvenes ya no recordaban el nombre de los campamentos, los montes y las bahías del gran lago.

Así pasó el tercero… el cuarto… el décimo día: el descontento aumentó, y en las laderas de las montañas aparecían grupos de guerreros enemigos. No llegaba ninguna noticia de dónde se encontraban las legiones del ejército aliado, las tropas asiáticas, la avezada caballería que había derrotado a los jinetes acorazados del rey de Persia. ¿Dónde estarán… por qué se demoran? Los ancianos meneaban la cabeza. Ninguno de ellos osaba decir al rey: «Estás persiguiendo un sueño. Corres a la zaga de unas sombras».

Habían transcurrido diez días desde la fecha de la concertada reunión, y todavía no se encontraba ni el rastro de las tropas romanas. Llegó una delegación de la patria: del campamento donde habían quedado las mujeres. Vino un grupo de ancianos, antiguos compañeros de armas de Teodomiro y Walamiro:

—En casa somos de la opinión, Teodorico, de que los godos no debemos derramar sangre goda.

Teodorico calló, y siguió esperando. Inexorablemente, el viento azotaba la tienda del hijo de Zenón.

XXI

Se difundió el rumor de que Zenón había enviado en secreto una legación al Bizco para ofrecerle su antigua dignidad si accedía a concertar una alianza: contra Teodorico, el hijo de Amal. Nadie había visto a esta legación, acaso se tratara de una visión concebida por espíritus inquietos durante aquellas semanas de privaciones. En torno a los godos se extendían tierras misérrimas, que apenas podían alimentar a hombres y monturas. Al otro lado de la cadena de colinas estaba el reino montañoso del hijo de Triario. Teodorico ocupaba la llanura. Se destacaban exploradores, y entre las líneas de centinelas hubo algunas escaramuzas. Pero los dos ejércitos godos no se enfrentaron en ninguna batalla.

Una mañana vieron aparecer al Bizco al borde del recortado precipicio, apenas a un tiro de flecha del campamento enemigo. El descendiente de Amal envió su tercera carta a Bizancio: ¿Era deseo del emperador que pereciese, puesto que no le mandaba guerreros ni alimento? ¿Qué intenciones perseguía Zenón? Precisamente entonces apareció la gigantesca y huesuda silueta del Bizco, rodeada del resplandor del sol naciente. Amenazaba con el puño al campamento que tenía delante. Pero antes de que enviasen a buscar a Teodorico, desapareció tras las rocas, no sin antes gritar como despedida:

—Volveré mañana a esta misma hora.

Con el alba cayó una abundante aguanieve, que brillaba en las cumbres con su manto blanco. El torrente que se precipitaba entre las rocas constituía la línea fronteriza entre la llanura y las montañas. Entre la niebla espesa apareció de nuevo Teodorico el Bizco. Todos los guerreros de ambos ejércitos retrocedieron, a la espera de la decisión de ambos caudillos.

La voz del Bizco resonó con fuerza, atravesando el torrente y la garganta. Ninguno de los dos podía acercarse demasiado al otro, y si uno de ellos hubiese levantado el arco y la flecha, miles de flechas habrían cruzado el aire desde ambos lados a la vez. Pero sólo lucharon con la voz. Las palabras del de más edad dominaron el bramido del agua.

—¡Has perdido la razón, Teodorico! ¿No comprendes aún que los griegos sólo persiguen un objetivo: destruir a los godos por mano de los godos, sin ningún esfuerzo y sin ningún peligro? De los restos de nuestro pueblo se desharán entonces con facilidad, y se jactarán de ser los vencedores. Quien salga victorioso de nosotros dos, entregará a su hermano al enemigo. Juzga por ti mismo la verdad de mis palabras: ¿cuál ha sido su comportamiento contigo? ¿Cuántas semanas hace que debían haber llegado las tropas prometidas? ¿Has visto por aquí algún ejército romano? ¿Dónde están los generales bizantinos? ¿Cuentas con un solo guerrero

griego? Te han lanzado contra mí, pero sólo con el fin de que yo te mate con mi propia mano. ¡Tal sería el merecido castigo de tu credulidad!

La voz llegó hasta la línea de centinelas del hijo de Amal; la formación se deshizo instantáneamente, y los guerreros se acercaron al río en filas cada vez más apretadas, para oír las palabras del Bizco, que hablaba su misma lengua y gesticulaba con fiereza. Antes de que Teodorico pudiese contestar, vieron de nuevo el amenazador gesto de despedida y oyeron la voz:

—Volveré mañana a esta misma hora.

¿Habría caído el campamento de los godos entre dos piedras molares? Incluso los caudillos estaban inquietos. Ya no había nadie en el campamento de Teodorico que creyera todavía en la inminente llegada de las tropas griegas. Todos daban la razón al Bizco, y el hechizo que rodeaba al joven rey pareció disiparse. Hasta ahora pasaba por el amigo de los poderosos e hijo del emperador: Teodorico lo consigue todo. Pero ahora se hallaban en el umbral de una guerra fratricida, hambrientos y sin esperanzas. La noche es mala consejera. Al alba se congregó junto a la garganta un gran número de guerreros; querían ser testigos o tal vez jueces entre los dos Teodoricos.

Las raíces de la duda eran profundas. Nuevamente apareció el robusto hijo de Triario, que había sobrevivido a muchas tormentas. Habló como estaba acostumbrado a hablar, con palabras duras, sin adornos, del mismo modo en que daba órdenes a sus guerreros. Tuvieron la impresión de que era el Bizco el caudillo de todos los godos, tanto de este como del otro lado. Una voz que disipó la penumbra cernida sobre el río.

—¿Por qué quieres en tu ceguera, Teodorico, acarrear la perdición de los que son hermanos tanto tuyos como míos? ¿Por qué han de quedarse viudas tantas mujeres? Sabes muy bien que los hombres sólo te han seguido a esta infortunada campaña para conservar su dignidad de guerreros. Cuando partisteis, cada uno de tus guerreros poseía tres caballos. El hambre os ha obligado a comer hasta las mejores monturas, y tú sabes muy bien que tus hombres ahora van a pie, y así habrían de luchar. Te han seguido a la tierra de Tracia como esclavos, y no como guerreros libres. Les has prometido oro y trigo después de la cosecha. Pero yo te pregunto: ¿Qué has podido ofrecerles hasta ahora? Te pregunto: ¿Qué piensas hacer con ellos? ¡Contéstame, Teodorico!

Mujeres y niños invadieron la ladera de la montaña. ¿Quién les había permitido llegar hasta aquí? ¿Se habrían confabulado todos para organizar esta insólita legación? Cuando Teodorico se retiró a su tienda sin haber contestado al Bizco, se oyó en torno el grito de mujeres y ancianos:

—¡Concierta la paz con el Bizco!

Por la mañana del día siguiente tuvo lugar la tercera entrevista. El hijo de Triario acudió a pie. También el hijo de Amal caminó hasta el borde más saliente, de modo

que sólo el profundo cauce del río les separaba.

Hoy la voz del Bizco no era amenazadora, sino que habló como un hermano mayor. Ensalzó el heroísmo de Teodorico, su sabiduría, tan poco en consonancia con su juventud. Todo cuanto dijo fue sobrio y natural.

—¿Permitiremos que se cumpla la decisión de los eunucos de palacio, de que todo redunde en perjuicio de los godos?

¡Concertemos la paz! Aliados, seremos fuertes. No es preciso que os comáis los últimos caballos, enviad carros para que los llenemos de víveres.

¡Concertemos la paz! La discusión aún era acalorada, pero ya no la inspiraba el odio; no tardaron en hablar de las condiciones. ¿Por qué los godos tenían que destruir a los godos? Si los caudillos concertaban hoy la paz, mañana volverían a ser un solo pueblo.

Cada vez se acercaban más personas a ambos bordes del acantilado. De este modo todos participaron en el insólito trato. Cada argumento introducido por una u otra parte desencadenaba un violento murmullo de aprobación o de protesta. La juventud se mezcló también en el debate de los caudillos. Tenía derecho a ello, puesto que todos eran libres. Todos tuvieron la impresión de que ambos caudillos iban camino de un entendimiento. El hijo de Triario deseaba que Teodorico, como hijo del emperador, le garantizara la subvención anual. Finalmente llegaron al acuerdo de que ambos, independientemente el uno del otro, enviarían legaciones a Zenón, que le explicarían lo siguiente: Los godos han concertado la paz con los godos. Teodorico debía solicitar de su augusto padre el cumplimiento del deseo del hijo de Triario. Si el Bizco recuperaba su antigua dignidad, y si recibía de nuevo la subvención, el hijo de Triario se comprometería con un solemne juramento a no luchar contra el emperador ni oponerse a su divina voluntad. El *basileo* no obtendría más que ventajas de la paz entre ambos ejércitos godos. De este modo podría disponer, no de uno, sino de dos ejércitos.

La carta que Teodorico, el hijo de Amal, adjuntó para Artemidoro, su más sabio consejero, exponía sus opiniones con mayor claridad. «Han jugado conmigo —escribía—, predisponiéndome primero y atrayéndome después hacia una trampa. Han abusado vilmente de los sentimientos de mi alma, que ya era romana. Ha sido la alevosía del emperador la que me ha obligado a hacer un trato con el hijo de Triario. La conducta del emperador me ha liberado de todas las obligaciones que había contraído. Soy libre, ya no le debo nada. Escucha mis exigencias: el *basileo* tiene que determinar nuevas regiones donde mi pueblo pueda establecerse. Los pastos macedonios son míseros, los campesinos los han abandonado. Nadie siembra trigo. Exijo además que el emperador me pague los gastos de armamento de mi ejército. Y como tengo la intención de quedarme en calidad de garantía con los impuestos de las tierras ocupadas por mí, solicito en tercer lugar de su Majestad que me envíe sin

dilación a sus mejores recaudadores de impuestos, a fin de solucionar este asunto en paz y en el plazo más breve posible. También debe saber el emperador que en caso de que no cumpla alguna de mis condiciones, estallará —por su culpa— una guerra entre él y yo. Ahora ya no podrá utilizar al hijo de Triario contra mí. Los godos han concertado una alianza con los godos. Ya no lucharemos entre nosotros.»

La carta fue enviada por Artemidoro a su Majestad a través de los canales secretos de la cancillería. Los delegados de ambos Teodoricos esperaban ya ser recibidos en audiencia.

Zenón se disgustó. No había sido su intención perder a su hijo adoptado a la sombra de las armas. Pero no consiguió hacer salir de Asia Menor a las legiones allí acuarteladas. Los consejeros le convencieron de que el ejército de Teodorico bastaba para vencer al Bizco, y que a lo sumo le apoyarían con dinero y abastecimiento. En realidad, tampoco esto se llevó a cabo; la cuestión quedó sin resolver en el laberinto de la administración. Pese a todo, Zenón encontró la carta impertinente e irrespetuosa. ¡Le trataba de igual a igual! Muy bien, se comprobaría quiénes eran los culpables. Una comisión se encargaría de esclarecerlo y de presentar una compensación.

Su Majestad en persona dictó la respuesta al mensaje de Teodorico. La carta empleaba un tono más benévolo que las palabras pronunciadas por su Majestad ante los enviados de Teodorico.

—Vuestro señor es, de hecho, un hombre falso: no ha cumplido en absoluto su palabra, y ahora me culpa de lo que sólo a él puede imputársele. ¿Cuál ha sido en realidad su conducta para conmigo? Primero se ofrece para ajustar las cuentas al Bizco él solo. Tras mi consentimiento, solicita mi ayuda. También a esto accedí, y poco después me dispuse a enviarle tropas auxiliares. ¿Y qué hace él entonces? Pacta en secreto con mi enemigo y concierta una alianza con el Bizco. Este inoportuno pacto es perjudicial para el imperio. Y cuando mis gobernadores de Tracia y los generales se enteraron de ello, y procuraron enmendar la perfidia de vuestro señor contra nuestro pueblo, fueron tachados por él de culpables. ¿Dice que yo le he tendido una trampa, que tenía la intención de perder a Teodorico? ¿Sabe acaso vuestro señor la recompensa que le esperaba si hubiera vencido esta guerra? Pese a todo, aún estoy dispuesto a perdonarle si vuelve a esgrimir las armas para gloria del imperio. Exijo que Teodorico me libre del Bizco y de su pueblo. Si lo hace, recibirá de mis manos mil libras de oro, diez mil libras de plata, y además una subvención anual de diez mil monedas de oro. Y finalmente, estoy dispuesto a darle como esposa a mi pupila, la hija del emperador Olibrio.

Para Zenón no era ningún secreto que las opiniones de la corte estaban divididas, y que los senadores no sabían a qué Teodorico debían apoyar. El Bizco tenía aún muchos partidarios de los viejos tiempos. Su valor, sus ansias de lucha y su modestia

eran bien conocidos. Por el contrario, el joven rey godo codiciaba el poder. ¿Querría convertirse en un nuevo Aspar o incluso en emperador? Sin embargo, los generales no se fiaban del Bizco. En el gran consejo de guerra, presidido por Zenón, se decidió que el hijo de Triario debía ser considerado enemigo del imperio, y había que liquidar de la manera más expedita a todos los sospechosos de apoyar al rebelde, que residieran en la capital.

Era necesario, pues, emprender una campaña contra el hijo de Triario. Según los informes recibidos, el Bizco se había reunido con su pueblo, como si el emperador y toda la política bizantina le tuvieran sin cuidado.

Ahora el Bizco quería poner las cosas en claro. Cuando se enteró de que el ejército imperial ya estaba en marcha, exigió al hijo de Amal que se uniera a él con sus guerreros, cumpliendo así el compromiso de la alianza goda.

Una campaña de todos… contra todos. El ejército de Teodorico estaba cruzando Macedonia, en dirección al mar Egeo. Por dondequiera que pasaban los godos, dejaban a sus espaldas aldeas y ciudades asoladas. Sangre, fuego y saqueos.

El Bizco mandó llamar a los mensajeros bizantinos que, a escondidas del hijo de Amal, se encontraban en su campamento.

—¿Os percatáis de la conducta del hijo del emperador? Los sufridos habitantes del país son los que pagan por todo.

En Constantinopla reinaba la agitación. Una noche fue derribada la estatua del emperador. En Asia Menor, el hijo de Antemio, antiguo emperador de Roma, se hizo proclamar *basileo*. Los caudillos del ejército estaban divididos. ¿Quién era amigo, quién era enemigo?

Los mensajeros enviados al campamento del hijo de Triario volvieron con una comunicación del Bizco. Al día siguiente ya fueron llamados a presencia de Zenón.

El nuevo pacto estipulaba que Teodorico, el hijo de Triario, volvería a gozar del favor del emperador. Al mismo tiempo, y a causa de su infidelidad, Teodorico, el hijo de Amal, sería despojado de todos sus títulos, los cuales pasarían a poder del Bizco.

La noticia del pacto llegó al hijo de Amal en su campamento de Macedonia. ¿Así que ya no soy un romano? ¿No soy hijo del emperador? ¿Ni senador, ni patricio, ni general? ¿No recibiré ya ninguna subvención como el mejor aliado de su Majestad?

Renació el recuerdo de Alarico, del bárbaro que asolara Grecia y destruyera Roma y Atenas. El ejército de Teodorico abandonó la rocosa y escasamente poblada Macedonia y cruzó la frontera de Tesalia: ciudades ricas, tierra densamente habitada, sol meridional y exuberantes pastos se extendían ante los godos.

Grecia entera fue poseída por la fiebre. La tierra se puso en movimiento. Se aproximaba el terrible enemigo, el mismo con cuyos estragos las madres griegas espantaban a sus niños desde hacía años.

En la capital de la provincia, en Tesalónica, hubo sangrientos disturbios cuando

los primeros jinetes godos aparecieron en el horizonte. «¿Acaso el cobarde emperador quiere ofrecernos como botín? ¿De qué otro modo puede explicarse su conducta? ¿No es su deber domesticar a su hijo?» La ciudad se preparó para el asedio y envió al mismo tiempo una legación a Teodorico. El obispo le llevó regalos y suplicó al rey que no resucitase los tiempos de Alarico.

Teodorico no poseía máquinas de asedio, y los godos —él era el más indicado para saberlo— no se prestaban para esta clase de guerra. Por lo tanto, puso precio a Tesalónica. En cuanto recibió el dinero, se retiró de nuevo a Macedonia, pero los guerreros estaban descontentos. El pueblo, las mujeres, los niños y los ancianos sufrían en las tenebrosas montañas tanto como el ganado. El sueño de todos los bárbaros del norte eran el mar meridional y el resplandeciente cielo azul. Las noticias de los que habían dejado en Macedonia eran cada vez más apremiantes: «¡Conforta nuestros sufrimientos! ¡Tú eres el rey!»

Nuevamente hubo trabajo para los constructores de carros. Éstos fueron mejorados, y recogidos los cereales. Ahora los godos se dedicaron a saquear la tierra donde habían vivido durante años, pero que nunca consideraron la patria. Corrieron rumores alarmantes. El nuevo objetivo se llamaba Épiro, una provincia rica que jamás había sufrido el paso de un ejército bárbaro. En ella se vivía en paz sobre suelo griego.

Cuando la oleada de terror invadió toda Grecia, en el palacio imperial se llegó a la conclusión de que debía hacerse algo. Se acordaron de Artemidoro, el filósofo. Todos sabían que Teodorico sentía afecto por el estoico, que no ansiaba ningún título y que sólo acudía a palacio cuando se solicitaba su presencia. Artemidoro debía ir a palacio, y seguidamente, viajar hasta donde se hallaba Teodorico. Tendría que intentar lo imposible: hacer desistir al hijo de Amal de sus terribles propósitos, y sonsacarle sus intenciones.

Artemidoro aceptó la misión de mala gana. Sólo el viaje en sí era penoso para él, debido a su edad avanzada y su frágil salud. Pero según las palabras de Zenón, él era el único capaz de conjurar el peligro godo que amenazaba al imperio.

Cuando la legación se aproximaba a su destino, el anciano pudo ver de lejos el poderoso campamento de los godos. Había cientos de carros, enormes rebaños, miles de caballos y guerreros. Los ojos del hombre bizantino apreciaron que los bárbaros eran duros y fuertes.

¿Quién era este Teodorico, a cuya presencia fue introducido Artemidoro?

—Amigo mío —dijo el filósofo—, quiero comunicarte las palabras de mi emperador. Zenón te ha recibido como a un pariente. Has recibido de él las más grandes distinciones del imperio. Te ha colmado de más favores que a ningún otro. Según las crónicas, nadie recibió jamás tantas atenciones. Ha puesto ejércitos a tu disposición, y te ha nombrado general. Pero Zenón te ha dado mucho más todavía. Te

ha prodigado su confianza, como si nunca hubieras sido un extranjero. Sí, amigo mío, esta confianza ilimitada supera todas las distinciones. Y tú, Teodorico, ¿qué has hecho? Seguramente nuestros enemigos han nublado tu vista. Si consultas a tu corazón, no podrás con sinceridad culpar al emperador de aquello de que le acusas. Pon fin a tu traición, no ataques nuestras ciudades. Envía a alguien con nosotros que disfrute de tu confianza. Zenón escuchará tus peticiones con benignidad.

—¿De qué vivirá mientras tanto mi pueblo?

—Si eliges el único camino que es digno de ti, podré ayudarte. Si eliges la paz en lugar de la destrucción, los gobernadores macedonios te mandarán suficiente dinero y alimentos hasta que se llegue al acuerdo definitivo.

—Artemidoro, ¿tú crees a Zenón?

—Fuiste mi amigo, y… tal vez, si me permites decirlo, mi discípulo, Teodorico. Nunca he hablado de las vanidades de este mundo, pues no me interesan. Pero quizá recuerdes que hemos hablado a menudo de la paz del alma. ¿Me preguntas si creo a Zenón? ¿Puedo, entonces, creerte a ti? Los poderosos —o, al menos, así debería ser — poseen una gran inteligencia, para poder penetrar los secretos del mundo que les rodea. Sin embargo, con frecuencia triunfan sobre ellas las fuentes que alimentan su alma. El alma del emperador no puede parecerse a la de un hombre a quien no conciernen los asuntos de este mundo. Yo sólo sé una cosa: Zenón te ama. Tiene alianzas con otros príncipes bárbaros. Pero tú fuiste el único con derecho a llamar padre a Zenón. Si le envías un legado, lo recibirá con amistad. Solamente existe una condición: ¡No derrames sangre! ¡No destruyas! ¡Sé un romano… Teodorico!

Artemidoro habló en voz baja, con las palabras de Platón, con una sonrisa estoica y serena, mientras apoyaba la mano en el hombro de Teodorico.

—¿Tú, hijo mío, querías asolar Grecia?

Eran jinetes inquietos. El campamento semejaba un gigantesco arco, tensado hasta el punto máximo, a punto de disparar la flecha de la destrucción. Las mujeres ofrecieron la alimentación insuficiente, y los hambrientos se congregaron junto a los carros. A pocas millas de aquí se extendían los campos ricos de Épiro, que nunca había sido atacado. ¿Qué debía ser, romano o godo? Artemidoro contaba las horas. Esta noche Teodorico adoptaría su decisión.

—Envía mensajes a los gobernadores y las ciudades. Si dentro de siete días llegan los víveres, y dentro de diez días, el dinero del rescate, los guerreros godos no atacarán ni ciudades ni aldeas, ni hombres ni animales. Ven, Artemidoro, recorre conmigo el campamento en mi carro. Cuando llegues a Bizancio, dile a Zenón: con diques débiles no se puede contener la inundación. Los godos tienen hambre.

—¿Siempre tienen hambre los godos, Teodorico? ¿Y por qué?

—Carecen de patria. Y jamás podrán las subvenciones y los regalos saciar su hambre, mientras no hayan encontrado una patria.

Artemidoro intentó con suaves palabras bizantinas inspirar la paz al inquieto conquistador. Mientras seguían las negociaciones, el anciano general bizantino Adamancio se preparaba en secreto para un ataque. Su ejército se componía de veteranos magníficamente adiestrados para la guerra en las montañas. Los habitantes de aquellos territorios odiaban a los bárbaros, que lo destruían todo; y así cada hombre servía de guía a los guerreros de Adamancio por senderos ocultos entre las montañas, conocidos sólo por los nativos. Gracias a sus excelentes exploradores, podía seguir continuamente el campamento de los godos; pero evitó todo encuentro, toda confrontación armada. Teodorico debía creer que no había ningún ejército griego que se atreviera a luchar contra él.

Al atardecer recibió el general bizantino la noticia de que gran parte del campamento godo se había puesto en marcha. La mayoría de carros, el botín, y lo más valioso de todo, la madre de Teodorico y su hermana Amalafreda, formaban parte de la caravana. Esta parte del ejército estaba bajo el mando del hermano del rey godo, Teodimundo. Adamancio no soltó una sola palabra sobre sus intenciones; era imposible saber quiénes de los que le rodeaban estaban al servicio del rey godo. Cuando el campamento se hubo detenido, montó su caballo y alcanzó antes del alba a su ejército, al que mandó colocarse en orden de batalla. La infantería ocupó los empinados senderos de las gargantas, la caballería, describiendo un amplio semicírculo, aseguró ambos lados del camino real, para que el enemigo no pudiese escapar.

Al alba, cuando los primeros rayos del sol iluminaron las tinieblas, las avanzadas griegas apostadas en los montes divisaron el campamento de carros godo, que se aprestaba ya a iniciar la marcha del día.

Los bárbaros se pusieron en camino sin sospechar nada. La caravana estaba apenas cubierta, el ganado dificultaba la marcha. Los jinetes cabalgaban a la retaguardia, la infantería avanzaba sin orden militar entre los carros, cada uno junto a su familia, cerca de sus parientes próximos. Los guerreros llevaban pocas armas; la armadura y el escudo eran pesados. Los habían dejado en los carros y ascendían sin carga por el camino de la montaña.

Teodimundo, el joven hermanastro del rey, fue el primero en avistar el peligro. Los godos, cantando y despreocupados, sin cuidarse en absoluto de guardar ningún orden, advirtieron de improviso que habían caído en una trampa, y que la única esperanza era abrirse paso con las armas. El experimentado Teodimundo estimó rápidamente la fuerza del enemigo. Los romanos no eran muy numerosos. Pasaron unos minutos antes de que bajaran la cuesta y se colocaran en orden de batalla. La pendiente menos pronunciada del valle se hallaba dividida por un profundo arroyo de montaña cruzado por un ancho puente de madera. Cuando los godos hubieron llegado al puente y cruzado el arroyo con sus carros, no tardaron en alcanzar el próximo

fortín de rocas, que, como habían informado los exploradores de Teodimundo, ahora estaba vacío.

Los soldados de las tropas imperiales bajaron, desplegados, la montaña. De estos escasos minutos se aprovechó el príncipe godo. Ordenó a Erelieva y Amalafreda que abandonasen el carro, y las envolvió con capas de guerreros. Todos empezaron a correr hacia el puente. Los romanos les enviaron una lluvia de flechas, pero los godos se cubrieron con sus escudos. Cuando hubieron llegado al puente, la mayor parte de los guerreros godos se volvió contra el enemigo y cubrió la huida de las mujeres, para que al menos ellas alcanzasen la seguridad de la otra orilla. La lucha era encarnizada y por momentos más difícil para los godos. Los romanos les superaban en número, y eran los que atacaban. Teodimundo dio orden de retroceder al otro lado del puente, pues ya no podían defender su posición; comprendió que la batalla estaba perdida, y él mismo tenía heridas por todo el cuerpo.

Los godos empuñaban las hachas como si toda la fuerza residiera en sus brazos. Consiguieron cortar la viga maestra y destrozar los tablones, y, perseguidos por los romanos, se encontraron inmovilizados al borde del barranco. Teodimundo se quedó en la orilla enemiga. Había cumplido su misión y salvado a las dos personas que le confiara Teodorico, Erelieva y Amalafreda, que ya habían alcanzado la otra orilla. Sin carros, sin impedimenta, sin nada, acompañado solamente por un puñado de hombres armados. Los tablones crujieron y se partieron en dos, por un instante las vigas quedaron suspendidas en el aire. En medio de un estruendo ensordecedor, perseguidores y perseguidos se precipitaron al vacío.

Erelieva y su hija tenían la espada en la mano. Cubiertas por la capa de los guerreros, también ellas habían luchado en los momentos críticos. Ahora, agotadas por el horror y el esfuerzo de la lucha, permanecían como petrificadas. Algunos caballos que pudieron cruzar a la otra orilla sirvieron de ayuda: al menos las mujeres podrían montarlos. ¿Dónde estaba Teodimundo? Nadie lo sabía con seguridad. Le habían visto luchando en la otra orilla y oído su voz. Pero después, el tremendo fragor del puente en su caída y los gritos de los que cayeron al torrente habían ahogado todos los demás ruidos. ¡Era preciso subir hasta la cumbre, hasta el fortín, cuyas ventanas vacías miraban hacia el valle! Cuando hubieron trepado por la rocosa ladera, se ofreció a su vista la verdadera imagen de la batalla. Hasta ahora sólo había atacado a los godos la infantería romana, pues la caballería no resultó necesaria. Ahora contemplaron la caballería enemiga, que, dividida en dos, estaba completando el cerco: los godos no tenían ningún camino de huida. Ahora el único remedio era dar rienda suelta al instinto, y abandonar los carros y a los heridos y los débiles. Cada uno tenía que huir cuesta abajo, como pudiera, hacia donde la caballería romana no le persiguiese.

Cuando el sol brilló con toda su fuerza sobre Epidamno, la derrota del ejército

godo estaba sellada. Aunque no habían caído muchos guerreros, por lo menos dos mil, con tesoros, víveres y todos los carros que transportaban los bienes de un pueblo entero se hallaban en manos de los vencedores. Desde tiempos inmemoriales, ningún ejército romano había conseguido una victoria tan señalada sobre los bárbaros.

Los refugiados en el fortín tuvieron que contemplar con desesperación cómo los vencedores se repartían el botín, todo cuanto poseían los godos, los tesoros cargados en los carros y que llevaban consigo desde que abandonaran el gran lago.

La sentencia fue dura. Cada uno de los habitantes de Épiro y Tesalia que se encontraban en el campamento del caudillo romano Sabiniano, conoció a los godos que habían incendiado su casa, robado y saqueado. En media hora cayeron las cabezas de doscientos guerreros. Los habitantes de los alrededores, que llevaban víveres por orden del general romano, recibieron por ellos una recompensa doble. Los mejores carros fueron colocados a un lado, y un godo encadenado fue designado a cada uno de ellos para dirigirlo. Pero aún quedaban muchos carros pesados, que obstaculizaban el camino y estorbaban a los soldados. Los vaciaron, pues, de su carga, y la trasladaron a los carros mejores. Entonces amontonaron el resto y les echaron encima antorchas encendidas. Erelieva, desde el fortín de la cumbre, contempló con lágrimas en los ojos la destrucción de todos los tesoros de los godos.

Teodorico se preparó para una lucha a vida o muerte. Habían perdido la mayor parte de los carros, pero quedaba el ejército: Teodimundo había mandado la retaguardia, mientras la vanguardia del ejército godo se hallaba ya casi en tierra griega. El prestigio del rey sufrió un grave descalabro con la derrota de Epidamno. Las ciudades griegas que habían seguido con terror el avance de Teodorico, sabían ahora que no estaban solas. El emperador había enviado un ejército para protegerlas, y Sabiniano lo mandaba con mano dura.

En esta situación difícil, Teodorico elaboraba planes desesperados, enviando además a sus más fieles guerreros como legados: en primer lugar, a Artemidoro. «¡Qué infamia me ha tocado sufrir! Mientras tú adormecías mis sospechas con las almibaradas palabras de Zenón, éste lanzaba alevosamente a Sabiniano contra mí, para que sumiese en un baño de sangre a la pacífica caravana goda, compuesta de mujeres, ancianos y niños.

»Pese a ello, yo aún estaría dispuesto a ofrecer ayuda armada al emperador, si ordena al ejército de Sabiniano que dé media vuelta y se apreste a atacar al Bizco. En este caso, diez mil guerreros godos escogidos acudirían en ayuda de los romanos.»

Otro mensaje decía: «Si su sagrada Majestad quiere acabar con el gobierno del bárbaro Odoacro en Italia, Teodorico está dispuesto a cruzar los Alpes con todo su ejército, y a instaurar de nuevo en el trono a Nepote, el vasallo de su Majestad».

Pero tres muertes desbarataron estos planes.

Primero llegó a Bizancio la noticia del asesinato de Nepote. Al parecer el

instigador había sido Odoacro. Una cabeza de corona menos… de las que ambicionaban Italia.

Un día la muerte sorprendió también a Sabiniano, como si prefiriera a los hombres pletóricos de vida. Estaba dando órdenes y preparándose para poner sitio a una ciudad, cuando se llevó una mano al corazón. Una hora después gemían las plañideras en el campamento del general. Teodorico, el hijo de Triario, era un hombre anciano, enjuto y resistente. Animaba a sus guerreros con el ejemplo de prepararse para la guerra. Tenían que ejercitarse con las armas, domar caballos salvajes o simular batallas. Por la mañana recorría el campamento, pasaba revista a las tropas y daba indicaciones y órdenes con el aire de un enérgico príncipe y general. El Bizco tenía la impresión de que la suerte volvía a sonreírle. Zenón le daba crecientes muestras de su favor. Cuanto mayor era la destrucción que el hijo de Amal dejaba tras de sí, cuantas más maldiciones se acumulaban contra él en tierras de Tracia, Épiro, Macedonia y Grecia, tanto más halagadoras eran las palabras de Zenón. Era cuestión de esperar el momento propicio en que pudiera regresar, poderoso y lleno de gloria, a la ciudad de Bizancio.

El escudero le llevó un día un potro salvaje. Sus godos le rodeaban. A diario saltaba a la silla su anciano caudillo sin ninguna clase de ayuda. Entre jinete y caballo se inició una lucha salvaje. Mientras el Bizco intentaba dominar a su montura, que se encabritaba, el viejo se mantenía firme en la silla. Pero en aquel momento, el potro dobló las patas delanteras y levantó al mismo tiempo, inesperadamente, las traseras, de modo que el jinete salió disparado por encima del cuello del caballo, y con tan mala fortuna, que fue a caer sobre una pica adornada con un gallardete que se hallaba ante la entrada de su tienda. La punta de la lanza penetró en el costado del Bizco. Llevaron a la celda al ensangrentado caudillo, y los mejores médicos de la tribu se inclinaron sobre él. Para una herida como aquélla no existía ningún remedio. Las hierbas no producían efecto, el cuchillo no podía curarle. La punta de la lanza había agujereado el estómago y los intestinos. No pudieron detener la hemorragia. Al tercer día, Teodorico, el hijo de Triario, estaba muerto.

XXII

Zenón, el cauteloso jugador, estaba inclinado sobre el tablero de ajedrez del destino. Nepote muerto, Sabiniano también muerto. El caso más inesperado fue el del Bizco, que tenía fama de ser inmortal… para desgracia del imperio. También él había muerto. La voluntad del destino era que los godos tuvieran un solo señor: y éste sería el hijo adoptivo del emperador, que era más listo que todos los demás.

¿Y si le hablara de nuevo de la hija de Olibrio, el antiguo emperador? Zenón estudió minuciosamente la situación: la madre y la hermana de Teodorico habían escapado al cautiverio, pero la mayor parte de los tesoros, carros y animales godos se encontraba en manos de los romanos. La batalla en la comarca fronteriza de Épiro resultó para ambos lados feroz y desesperada. El pueblo fue en realidad quien acabó pagando por todo. ¿Por qué no había de elegir el rey bárbaro a la hija de Olibrio…? Según la tradición de la corte, todos los hijos o hijas se consideraban nacidos en la púrpura si en el momento de su nacimiento el padre era emperador. Tales vástagos gozaban de mayor rango que los hermanos nacidos antes de que su padre alcanzara el poder. Así la hermosa Anicia era porfirogénita, nacida en la púrpura, pues había venido al mundo durante los turbulentos meses del gobierno de Anicio Olibrio. Olibrio había sido reconocido por Bizancio. Tras su muerte, sus partidarios se dispersaron, pero la viuda huyó hacia Bizancio con su hija y los pocos tesoros que aún le quedaban. Zenón, el isaurio nacido en la región de las tribus guerreras medio salvajes, encumbrado al trono, se enorgullecía de tener como pupila a la única huérfana del emperador de Roma, Anicio.

—¡Escribe a Teodorico, señora!

Todos los hilos convergían en la mano de Artemidoro: era el primero en ser informado de todos los pasos, todas las palabras del rey godo, y era él quien aconsejaba al emperador.

Anicia se hallaba junto a la ventana. Tenía quince años y era la única en palacio que había nacido en la púrpura. Verina había dado la vida a Ariadna cuando su marido ni siquiera soñaba con la dignidad de emperador.

—Te lo explicaré —se ofreció el filósofo.

La muchacha había crecido aquí, en palacio. Con su madre hablaba en latín, con todos los demás, en griego. ¿Quién era ese Teodorico a quien tenía que escribir? ¿Por qué la elegían precisamente a ella para sellar la insegura alianza entre el *basileo* y el rey de los godos?

—¿Por qué no? Dímelo, te lo ruego.

Artemidoro había visto al hijo de Amal en el palacio, vistiendo una túnica de corte y luciendo un estrecho aro de oro sobre sus cabellos peinados a la moda

romana. Le había visto también con coraza y una piel de animal salvaje sobre los hombros, azotado por un cortante viento, y contemplando la ejecución de sus guerreros. Sabía que el hijo de Amal, al igual que sus capitanes, no conocía el arte de la escritura. Erelieva era hija de un noble godo, pero nunca fue esposa legítima de Teodomiro. Artemidoro había oído decir misa a los sacerdotes arrianos y escuchado sus sermones.

Era preciso convencer a Anicia. En manos de la muchacha estaba el destino de provincias enteras, el destino de muchos hombres, la paz de muchos pueblos. Podía evitar guerras. Los ojos azules de Anicia estaban fijos en el rostro del filósofo. Las alas veloces del destino habían hecho madurar pronto a la muchacha.

—¿Acaso Teodorico sabe escribir?

No era ningún secreto en el palacio imperial que el hijo de Amal no había aprendido a escribir en Bizancio. No sabía añadir unas letras a otras sobre papel o pergamino, ni grabar palabras en una tablilla con un agudo punzón. Pero sabía leer. El objetivo era enseñar al príncipe que vivía como rehén en el palacio sólo aquello que fuera conveniente para el imperio: tenía que sentir un piadoso temor por su sagrada estructura. Se lo enseñaron todo, con palabras sabias y ponderadas. Teodorico había aprendido a leer. Artemidoro le había visto descifrando por sí solo los mensajes llegados al campamento. Los leía en voz alta y después traducía al godo las letras escritas en griego.

—Sí, Anicia, el rey Teodorico sabrá leer lo que tú le escribas.

Anicia, la hija del difunto Olibrio, escuchaba al filósofo.

—Teodorico es un hombre bien parecido. Es alto y fuerte. Sus cabellos resplandecen como el oro cuando el sol los ilumina. Su mirada abarca todo el mundo. Es afectuoso con las mujeres de su casa. Adora a su madre y a su hermana. Hasta ahora todo su cariño ha sido para ellas. Tú tendrás que compartirlo con ellas, Anicia.

La muchacha miró hacia el mar. No podía acordarse de su padre. Era aún muy pequeña cuando Olibrio murió de la peste. ¿Qué le decía Artemidoro? ¿Qué debía escribir al rey de los godos? ¿Anicia suplicando a un bárbaro? ¿Deseaba Anicia ser elegida como esposa por Teodorico? La muchacha seguía contemplando el mar.

—Dime, Artemidoro, ¿entre qué clase de mujeres ha crecido este bárbaro? ¿Ha hablado alguna vez con una doncella romana? Dime, ¿qué os proponéis hacer conmigo?

Artemidoro había oído hablar de Nébula. Relató a Anicia la historia de la doncella de Iliria.

La carta de Zenón a Teodorico era una auténtica carta autógrafa imperial, un *evocatorium*, en el que el Augusto ordenaba a su aliado predilecto que se presentara ante él.

«Interrumpe todos los demás negocios y aparece sin dilación en Nuestra

Residencia. Por la prontitud con que acudas a Nuestro lado mediremos la alegría que te produce Nuestra invitación.»

El enviado que entregó la carta en propia mano, no era Artemidoro. Ya no había necesidad de conjurar ninguna tormenta amenazadora para Bizancio. El enviado llevaba muy buenas noticias: «Su divina Majestad se apiada de los infortunados godos, y está dispuesto a ceder al pueblo godo unido de Teodorico —de ambos Teodoricos— la región más rica de la Dacia meridional, situada en la margen sur del Ister. Tú, señor, no puedes imaginar ni en tus sueños más osados todos los honores que te esperan en el palacio imperial… Apresúrate…»

Los godos unidos escucharon sus palabras. Incluso aunque la invitación de Zenón resultase ser una trampa, ya no podría aprovecharse de una desavenencia entre las tribus godas, pues los godos que antes acaudillase el hijo de Triario habían reconocido como su rey a Teodorico, hijo de Amal. La tierra que ahora les era ofrecida proporcionaría alimento suficiente para todos; no tenían que luchar por esta causa. Actualmente era tierra de nadie, por la que merodeaban tribus errantes de los hunos.

Teodorico debía adoptar una decisión: o buscaba él mismo una nueva región donde su pueblo pudiese establecerse, u obedecía al emperador y se dirigía al frente de sus jinetes hacia Bizancio, cuyo sitio había vivido tantas veces en su interior. El dulce y dorado alimento de Constantinopla llenaba su alma. Lo ansiaba como un romano desterrado.

En cada etapa le esperaban nuevos honores. Recibió el título de duque de Tracia, lo cual significaba los derechos de un gobernador. Una nueva legación trajo la noticia de que podía aparecer ante el *basileo* como un *magister militum*; Teodorico tendría ahora en su mano todas las fuerzas armadas del imperio.

Los jinetes godos creían estar en el paraíso. Hacía sólo unos meses eran como locos acosados, bárbaros replegados en los montes y amenazados de muerte. Y Bizancio había puesto precio a la cabeza de su caudillo. Ahora volvía a ser hijo del emperador, *magister militum*, gobernador de Tracia… ¿qué más podía esperar?

A la llegada al palacio imperial, entró solemnemente con su séquito en el Senado. El consejo de ancianos de Bizancio, aquellos hombres condescendientes, aquella asamblea vestida con orgullosas túnicas, solicitó de Teodorico que aceptase para el año siguiente la dignidad de cónsul. Un extranjero había sido ya nombrado patricio, pero hasta ahora ningún bárbaro había llegado a cónsul.

Al atardecer, durante el banquete, Zenón dijo:

—Es apropiado que un padre, en su alegría, lo conceda todo cuando se trate de honrar a su hijo. La tesorería imperial se hará cargo de todos los asuntos del consulado.

El consulado ya no significaba en aquella época del imperio ninguna autoridad.

Era un título honorífico. Y sin embargo, los años eran designados con los nombres de los cónsules. Precedían al cónsul los lictores llevando las fasces. Su palacio tenía la categoría de refugio sagrado. A una sola seña suya podían ser conmutadas las penas de muerte. Pero el consulado era al mismo tiempo una pesada carga: los ciudadanos esperaban de año en año la celebración de los tan admirados juegos. Los combates en el circo, las luchas de las fieras, los deslumbrantes desfiles, ricos obsequios para los habitantes de Bizancio, pagas elevadas para los legionarios… todo ello constituía una prueba de la generosidad de un cónsul. Así pues, no era de extrañar que durante largos años ningún ambicioso pretendiera el título honorífico pero costoso de cónsul de Bizancio. Ahora Teodorico, hijo del emperador, prestaría un nuevo brillo al consulado.

Artemidoro se convirtió en primer consejero del hijo del emperador, cónsul y dueño de muchos otros títulos…

El filósofo preguntó:

—¿Tienes algún otro deseo?

—Querría que mi madre y mi hermana estuvieran presentes en mi presentación como cónsul.

Era una situación delicada. La madre del hijo del emperador sólo podía ocupar un puesto junto a la *basilisa*. Pero Erelieva no era ni la esposa legítima de Teodomiro, ni ortodoxa. Aunque en Bizancio se sabía que Teodorico era hereje, no perdonarían el mismo defecto en su madre, de la cual ni siquiera estaban seguros que hubiese sido bautizada.

Erelieva pensaba en su hijo. Inclinó la cabeza. Cuando entró en el palacio imperial, ya había renunciado a su nombre, que aquí sonaba de modo muy peculiar. En la corte de la emperatriz se llamaba Eusebia.

También había llegado al campamento de los godos la carta de Anicia, junto con otra de Artemidoro. El anciano amigo pintaba a Teodorico un futuro optimista. «Escúchame: con la mano de Anicia se abrirá para ti todo lo inalcanzable. Sólo con que renuncies a la herejía arriana, podrás ser totalmente romano. Los niños que dé a luz esta doncella nacida en la púrpura, serán dignos de vestir el manto del *basileo*. ¡Y tú, Teodorico, serás el pilar eterno de nuestro grande y maravilloso imperio!»

Teodorico llamó a su tienda a los ancianos más sabios, a los generales godos, que eran de su misma sangre. Segismundo, hijo de Amal, el pariente de sangre real, expresó la opinión de los ancianos.

—Si te casas según la fe de los romanos con esta doncella, cuyo padre fue Augusto de Roma, dejarás de ser un godo. Tú has de elegir, Teodorico. Si prefieres a Anicia y la toga de púrpura, renuncia a tu pueblo. Reniega de Amal. Di a tus guerreros: Ahora Bizancio ha logrado su grande y única victoria sobre los godos. ¡Decídete, Teodorico! 0 tu pueblo o la hija de un emperador romano al servicio de

Bizancio.

La doncella romana carecía de rostro para Teodorico, carecía de ojos, de voz, de sonrisa. Su padre había sido, aunque sólo por unos meses, un emperador. Pero en Teodorico veían todos la estrella naciente en el cielo bizantino. Por este motivo se decidió en palacio la boda de Anicia y el rey godo. Las palabras del anciano Segismundo seguían sonándole en los oídos cuando se quedó solo con Artemidoro.

—Según la ley goda, solamente una doncella que lleve la sangre de nuestros héroes puede ser reina del pueblo de Amal.

El filósofo le miró sonriendo y replicó con voz queda:

—Cuando vives entre los godos, sientes nostalgia por Bizancio. Cuando resides en el palacio imperial, piensas en la estepa, y las murallas de la ciudad te oprimen. ¿No crees que eres tú quien debe decidir, Teodorico? La larga vida errante que has recorrido pese a tu juventud, tiene su causa en el hecho de que tú mismo no sabes si eres un hombre de la estepa… o un romano.

—¿Ha habido, pues, entre aquellos que vivieron antes que yo, casos similares al mío?

—Ha habido bárbaros que llegaron a ser emperadores romanos. Hubo patricios, como Ricimero y Aspar, que apoyaron y coronaron a emperadores. Pero su nombre y su recuerdo palidecieron en cuanto se los llevó la muerte.

—Odoacro es hoy el amo de Italia.

—Pero sólo es el rey de tropas auxiliares bárbaras. Sus guerreros hablan muchas lenguas, y sus filas se deshacen cuando se acerca un nuevo ejército. Además, ¿puedes descubrir en Odoacro algo romano…? Cuando alargues tu mano a Anicia…

—¡No! He decidido someterme a la ley de Amal…

—Se dice, Teodorico, que tienes la mirada puesta en una estrella muy lejana.

La mano de Teodorico descansaba sobre el puño del arma. Le costó un gran esfuerzo dominar su pasión. Artemidoro se dio cuenta de su lucha interior; se acercó al joven godo y le abrazó.

—Sabes que te tengo afecto. Quizá soy el único en este palacio que te ama de verdad. No te enojes conmigo si te hablo con franqueza. ¿Tanto amas a la doncella de la lejana Iliria?

La tensión se suavizó; Teodorico recobró la serenidad. Artemidoro comunicó al emperador y a Verina que la mano de Anicia estaba libre. Podían buscar otro rey para ella, tal vez en Persia o en el reino vándalo.

Amalafreda en el grupo de las princesas, Erelieva-Eusebia a la derecha de las emperatrices. Teodorico tenía todo el aspecto de un romano cuando hizo su entrada en Bizancio como cónsul. Hacía semanas que el maestro de ceremonias trabajaba en los planes para las festividades. Todo se desarrolló como si Teodorico no se hubiese rebelado nunca contra Bizancio, ni amenazado al emperador, como si a una sola

palabra de Teodorico, la avalancha de cien mil guerreros godos no fuese capaz de lanzarse contra la nueva Roma, y como si el imperio no necesitase tanto de la paz, por insegura que fuese, que garantizaba el hijo de Amal. Todo se desarrolló tal como prescribía el ceremonial del reino. Todo fue cristiano, ortodoxo, romano. La serie interminable de reverencias, las inscripciones romanas, cuyo texto sólo era comprendido en palacio por los escribas.

¿Qué sentiría Amalafreda al ver a su hermano ataviado como un cónsul romano, con la toga orlada de púrpura, un aro de oro sobre la frente, la cabeza descubierta, sin armas, y el tradicional bastón en la diestra, en pie sobre el carro de combate que avanzaba con lentitud? A ambos lados del carro caminaban los lictores con las fasces en la mano. Seguían al carro los prisioneros nobles, vestidos con túnicas nuevas, con cadenas de oro en los brazos. La comitiva avanzaba en dirección al Hipódromo. En los palcos esperaba el emperador, el patriarca y la corte. También asistían los príncipes aliados y tributarios o sus delegados, todos ellos huéspedes de Bizancio. Abarrotaba el gran circo la población de la ciudad. La guardia imperial servía de barrera entre los Azules y los Verdes. Era preciso evitar en una fiesta tan señalada un choque entre los dos partidos enemigos, que se limitaban a provocarse mutuamente con palabras y gestos. En la arena, actores, osos bailadores y pantomimas distraían a la multitud. Los espectadores debieron asegurarse un puesto con horas de anticipación, si no querían perderse el magno espectáculo.

El nuevo cónsul era hijo del emperador, y el fisco cubría todos los gastos de las festividades. ¿Qué ofrecería el propio Teodorico?, se preguntaban las gentes de Bizancio. ¿Acuñaban también los godos monedas de oro?

Un magnífico espectáculo, una imagen terrena del cielo, en la que se reflejaba una divina armonía. En la catedral resplandecían los dorados mosaicos de las paredes. Ondeaban las túnicas de fiesta en la larga comitiva. El cónsul personificaba una dignidad que se remontaba a los tiempos más remotos, y a la cual pertenecían también los lictores con su toga y las fasces en la mano, y el Senado. Ahora el bárbaro, en pie sobre el carro, era el nuevo cónsul, y a su llegada al Hipódromo le recibió el grito de júbilo del pueblo congregado en el gran circo.

Una imagen sublime, pese a que los hombres de la calle, los directores de los balnearios, los artesanos, los comerciantes y sobre todo los actores y domadores de osos que participaban en las fiestas ciudadanas, sabían mucho más de cuanto sucedía «entre bastidores» de lo que decían los decretos o traicionaban los silenciosos eunucos.

Cuando pasó la interminable comitiva entre gritos de aleluya y canciones populares, todos los ojos enfocaron el palco del emperador, para ver quién había venido, qué lugar ocupaba, qué asiento le había asignado el maestro de ceremonias. En el palco se hallaban los futuros agradecidos por el favor celestial.

El Augusto tomó la palabra:

—Vive de manera romana, establece tu residencia en Constantinopla. Participa en el gobierno del imperio.

Detrás del *basileo* se sentaba un hombre que se cubría la cabeza con una especie de turbante, tapándose con él la oreja izquierda. Su nombre era Ilo, y procedía —como el emperador— de Isauria. Se le había colmado de favores, poseía numerosos títulos, que a su vez recibiera Teodorico, pero no había sido nombrado cónsul ni era hijo adoptivo de Zenón. Durante una revolución palaciega, un miembro de la guardia le había hecho un corte en la cabeza. Ilo esquivó el golpe a medias, pero no pudo salvar la oreja izquierda. Como castigo, los amotinados alanos fueron diezmados. Ilo no quería presentarse en público con una oreja de menos, y así el lenguaje popular le puso el mote de hombre del turbante. Todos le odiaban.

En Bizancio se sabían muchas cosas. Se rumoreaba que una semana antes del nombramiento de Teodorico, la *basilisa* había pedido una audiencia al *basileo*. Según el ceremonial, que el emperador imponía a todos los mortales, esto era totalmente posible, aunque, en general, los esposos solían encontrarse en el ala de mujeres, en el gineceo. ¿Por qué, entonces, este paso insólito, este acto de estado? ¿Y a qué decisión quería prestar énfasis la dulce y obediente Ariadna?

Zenón vio sollozar a su mujer, que incluso en las peores crisis se había mantenido fielmente a su lado.

—O se retira Ilo, o yo me voy a un convento —y sus palabras sonaron duras como una piedra.

Ariadna no había pronunciado jamás una frase tan trascendente, ¿Ilo o Ariadna? Ciertamente Zenón estaba también harto de su pariente isaurio. Era ambicioso, y nada le parecía suficiente. A menudo ignoraba el ceremonial de la corte y traspasaba la red de oro con una actuación insolente. ¿Resultaría incluso útil al emperador aquella declaración de guerra de Ariadna? ¿La aprovecharía para deshacerse del patricio?

Los directores de los balnearios sabían que Zenón había decidido no permitir que Ariadna se retirase a un convento. Pero primero era preciso esperar a que terminasen las festividades. Había que encontrar una fórmula para obligar a Ilo a solicitar él mismo autorización para despedirse. ¡El nuevo nombramiento de Teodorico era la ocasión apropiada! Ascendía a un ritmo vertiginoso, y ya tenía un rango superior al de Ilo. Era cónsul. Sólo le faltaba un paso, un escalón, para formar parte de la verdadera familia del emperador. Un escalón para poder convertirse en emperador y poder calzar los escarpines de púrpura. Nada se lo hubiese impedido de no haber decidido el rey de los godos seguir fiel a la herejía de sus antepasados. Pero podía ser nombrado cónsul. Durante años habían ostentado en Roma el consulado nobles paganos.

El patricio isaurio seguía el desarrollo de las festividades con expresión

tenebrosa. Teodorico era el héroe del día. Los juegos, los regalos, el reparto de dinero, las luchas de animales y las carreras de carros tenían un esplendor que superaba a sus equivalentes desde tiempos inmemoriales. Ilo hubiese elegido muy mal momento, de haber emprendido ahora cualquier acción contra los bárbaros. Teodorico estaba en la flor de la vida, con un océano de guerreros godos detrás de él. Ilo era un hombre feo, de piel oscura. También esto pesaba en el ánimo de los bizantinos, que podían admirar en las muchas estatuas del Foro imperial el ideal de belleza masculina transmitido por la tradición. La belleza física de Teodorico entusiasmaba a la población de la capital. Sus palabras eran francas, no le inspiraba ningún temor recorrer las calles más frecuentadas. En las plazas, se detenía. Era cierto que en su pronunciación se advertía al extranjero, pero aun así hablaba el griego mucho mejor que los isaurios, incluyendo al emperador.

Zenón fue aún más lejos. Para glorificar a su hijo adoptivo, dio un paso que no tenía parangón desde la época de Constantino el Grande. El escultor de la corte recibió el encargo de modelar una estatua ecuestre de Teodorico y de fundirla en bronce. Sería colocada en el Foro de Constantino el Grande.

Según el comunicado oficial, Ilo marchaba a inspeccionar los acuartelamientos orientales. Los iniciados sabían que se desterraba voluntariamente. Los directores de las cancillerías hicieron alusiones ante su divina Majestad: no era conveniente dejar marchar a alguien con amargura en el corazón. Un hombre muerto… callaba para siempre. Pero Ilo estaba prevenido, y se hacía acompañar día y noche por su guardia de isaurios. Él mismo preparaba sus comidas. Hacía semanas, desde que decidió su ruptura con Zenón, que tenía sellada su cuba de vino. Ilo desapareció de la vida de Bizancio, y el olvidadizo pueblo siguió festejando al héroe del día, Teodorico, el nuevo cónsul. El título de cónsul, honorífico bajo los sagrados emperadores, servía para sacar dinero a los funcionarios acomodados en beneficio del pueblo. Ahora ya había sido elegido el lugar del foro donde se levantaría la estatua ecuestre de Teodorico en cuanto el escultor la hubiese fundido en bronce.

Al cabo de cierto tiempo comunicó el escultor que ya tenía el trabajo preparado, pero ahora la estatua ecuestre no interesaba a nadie. Era como si una tormenta inesperada se cerniese sobre el imperio: cada hora llegaban galopando mensajeros a la capital. En todas las bocas estaba la misma noticia aterradora: un nuevo y temible pueblo asiático se disponía a atacar las provincias. ¿Habría resucitado Atila? ¡Millares y millares de jinetes de la estepa, ante los cuales no se erguía ningún obstáculo! Asesinaban y lo destruían todo. ¡El juicio final! ¡Llegan los búlgaros! ¿De dónde… de qué punto cardinal? ¿De la orilla del Borístenes? En las cancillerías se buscaban los informes de las antiguas legaciones. ¿En cuál de ellos se mencionaba a los búlgaros? ¿Quiénes eran sus príncipes? ¿A qué tribu pertenecía el pueblo? ¿En qué dioses creía? ¿Quién era su caudillo? El imperio se sentía impotente, indefenso.

El número de tropas de confianza era escaso. De occidente no podían esperar ninguna ayuda. Odoacro no había sido reconocido por Bizancio, y además, los mercenarios de sus tropas auxiliares no hubieran estado dispuestos a abandonar la cómoda Italia para oponerse a aquella temible horda. Poseían tierras y no querían perderlas.

La única esperanza era Teodorico. ¿Seguiría obedeciendo su pueblo al «cónsul»? ¿No circulaban rumores de que un godo ya no tenía acceso a su propio rey? ¿Estarían sus oídos sordos al clamor de su pueblo?

Las noticias se sucedían ininterrumpidamente. Los pueblos aliados ya habían sido invadidos; la muralla exterior del imperio se tambaleaba, arrasada por la incontenible horda. Si nadie se oponía a ellos, los búlgaros amenazarían dentro de pocas semanas a la propia Bizancio. El pueblo intuyó el desastre. Las iglesias rebosaban de gente, y su grito se hizo audible: «¡Ayúdanos, Teodorico!» «¡Ayúdanos, Teodorico!», suplicaban en el consejo. «¡Ayúdanos!», le pedía al atardecer Artemidoro.

Los búlgaros evitaron los campamentos de los godos. Avanzaban hacia el norte y hacia el oeste, y la dirección indicaba que se dirigían a tierra griega y, como último objetivo, a la esplendorosa Bizancio. Teodorico sabía que enviados búlgaros habían hablado ya con los godos para ofrecerles una alianza contra el imperio.

«¡Ayúdanos, Teodorico!» Sin embargo, la vida en palacio no había cambiado. Audiencias, banquetes, ceremonias. Se prestaba atención a cada palabra, se sopesaba todo: orden, tono de voz, sonrisa. La cancillería de Teodorico se vio inundada de peticiones. En numerosos debates se acudía ahora al cónsul como en épocas pasadas, cuando su palabra inclinaba el platillo de la bandeja: «¡Ayúdanos!»

Sólo podía ayudar de una manera: abandonando él mismo el palacio de oro. Su guardia goda recibió la orden de prepararse para la marcha en el plazo máximo de un día. Teodorico necesitaba este día para efectuar visitas de despedida, vistiendo la toga romana, luciendo el aro de oro en sus cabellos peinados a la moda romana, y ostentando los distintivos de su cargo. El cónsul Teodorico, hijo del emperador, el patricio, a cuya estatua el maestro sólo tenía que dar los últimos toques.

Al amanecer del siguiente día montó su cabalgadura. La transformación era completa. La gente de la calle vio al hijo del emperador a lomos de su caballo, dirigiéndose hacia el norte, con reluciente coraza y el yelmo de plumas germano en la cabeza. Era como si el viento arrastrase consigo a los hombres del séquito de Teodorico, que sólo ayer se habían paseado en su mayoría con túnicas de corte. Los habitantes de Bizancio se lanzaron en masa a las calles para seguirles con sus gritos de alegría hasta los mismos límites de la ciudad.

«¿Te acuerdas de Singidúnum?» Muchos de aquellos que le acompañaron en la aventura de las seis mil lanzas, formaban ahora parte de su séquito. Eran sus amigos entrañables, sus compañeros de lucha, que a su lado contemplaran por primera vez el Ister, la fortaleza… y Nébula.

Los campamentos godos de Mesia recibían ya la alarma por boca de los mensajeros. Allí reinaba la situación de siempre, el pueblo estaba inquieto e insatisfecho. Faltaban víveres, no se había llevado a cabo ninguna campaña y la pobreza era acuciante. El hambriento pueblo de Triario compartía ahora el pan de los godos. Antes de llegar al suelo griego o latino, donde crecían por sí solos el vino, el aceite y el trigo, todo era hambre, miseria y privaciones. Teodorico se había convertido en cónsul; se decía que iban a erigirle una estatua. Entre los más ancianos de la tribu había algunos que ya cavilaban: Nosotros le hemos dado el título de rey, pero también podemos arrebatárselo.

Los godos contaban en millas romanas, pero la medida antigua y verdadera seguía siendo el trayecto recorrido en un día por un jinete ligero. Era como si las noticias fuesen llevadas por el viento: en la margen inferior del Ister se sabía siempre lo que ocurría dentro de los límites de las tribus hermanas: campañas, cambios de príncipes, emigraciones. Los ancianos estaban enterados de todo. Leían las noticias en los horrorizados semblantes de los jinetes, en las runas esculpidas con flechas, en los pergaminos romanos. La invasión búlgara no molestaba a los godos, pues los jinetes de la lejana estepa buscaban un botín más fácil y víctimas más débiles.

Como en cada primavera, la inquietud se adueñó de los godos. Al llegar el equinoccio celebraban su tradicional fiesta germánica, que congregaba sin necesidad de invitación a los guerreros de los dispersos campamentos. Sus reuniones se distinguían siempre por una inusitada excitación.

Teodorico también conocía el viejo calendario, que las estrellas escribían en el cielo. Tenía la intención de llegar con tres días de anticipación a la gran asamblea, el *Thing*, que se celebraría en el campamento de los caudillos de Novae. Desde cada una de las etapas enviaba a sus mensajeros: «¡Preparaos! ¡El rey llega!»

En el horizonte aparecieron extensos cañaverales. Entre interminables y resplandecientes superficies de agua, que inundaban la comarca, los guerreros buscaban los vados que les conducirían a los fortines rodeados de tablones. Con el crepúsculo partió el último jinete. Antes de que las estrellas aparecieran en el cielo, Teodorico llegaría al campamento.

Su mirada escrutaba los brotes de hierba, la resistencia de los tablones, fortines y trincheras. Tomó nota de los caballos y el número de bueyes, y aminoró el paso de su montura para ver la disposición de los caballos ante los carros. Lo que ya le preocupaba era que este mismo día el Augusto celebraba una reunión secreta con sus consejeros.

Tal vez ya no pensara en Bizancio cuando apareció el grupo de los caudillos ante el vado de la comarca inundada del Ister. Armas, yelmos y trofeos exhibían el esplendor guerrero de los godos. Detrás de los caudillos estaban los guerreros formando miles de columnas. Cuando el caballo cubrió la distancia entre caudillos y

tropa, Teodorico tuvo la visión, envuelta en niebla, de su entrada como cónsul, cuando en pie sobre el carro de combate romano y con la diestra levantada, saludó como exigía la tradición a las multitudes de Bizancio. Ahora veía ante sí rostros de barbas rubias bajo adornados yelmos. ¿Ave César? Pasado mañana se reuniría el *Thing* para decidir sobre la vida y la muerte, sobre la guerra y la paz e incluso sobre el rey. Serían necesarios dos días para que el cónsul Teodorico, ceñida su cabeza por la corona de laurel, volviera a transformarse en el rey de los godos.

Conocía la atmósfera del *Thing*. No lo dirigían jurisconsultos ni senadores experimentados. Como el viento a la estepa, así inflamaba la pasión a los guerreros. Si Teodorico no hacía uso de toda su cautela, las palabras de la desesperación ahogarían a las de la sensatez. Entonces sólo se oirían reproches, apasionados e incontenibles. Pero por otra parte, una sola chispa bastaría para encender la llama de la exaltación. Entonces cada uno empuñaría su espada, pues todos acudirían con sus mejores armas a la asamblea de los hombres.

Teodorico tenía que cuidar de no introducir inconscientemente en su alocución goda palabras griegas y giros bizantinos, no decir nada que no fuese comprensible para todos. Los hombres en la estepa, en su lucha constante con el tiempo, con los elementos y con las dificultades de su existencia, obedecían a otros sentimientos y emociones que los habitantes de la ciudad.

Si empezaba diciendo que el emperador había encomendado a los godos la misión de frenar el avance de los búlgaros, podían contestarle que el peligro búlgaro amenazaba a occidente. Su rey les había enviado un mensaje de paz. ¿Qué les importaba que la invasión llegara hasta Bizancio? No, si comenzaba así no despertaría ningún entusiasmo.

—¿Creéis que es posible detener el peligro? Sabéis que en Italia una pequeña horda se ha adueñado del poder de los Césares, y Odoacro se imagina que no hay ningún príncipe en occidente capaz de medir sus fuerzas con él. Cuando los búlgaros hayan llegado a Bizancio, ¿creéis que su príncipe seguirá enviándonos mensajes de paz como ahora? Nuestros ancianos recuerdan todavía cómo los hijos de Amal tuvieron que inclinarse ante el Azote de Dios. Los hombres libres no tenían entonces más que una alternativa: la servidumbre o la muerte. Ahora aún podemos conjurar el peligro. Su número no aventaja al de nuestros guerreros. Y el botín de los búlgaros bien merece la lucha. ¡Decidíos!

Se hallaban en el claro de un bosque de encinas, donde era tradición celebrar sus asambleas. Los ancianos sabían por sus padres que con tal motivo se ofrecían sacrificios a los antiguos dioses. Ahora los sacerdotes arrianos pronunciaron la bendición.

Los hijos de Triario se habían fundido ya con el pueblo de la tribu real. En las primeras filas estaban los más jóvenes, aquellos que por primera vez tomaban parte

en la asamblea. Teodorico advirtió en sus rostros la exaltación, que al igual que una chispa prendía en los ánimos de los indecisos e indiferentes. Porque la exaltación no era unánime, de eso estaba seguro. Ningún peligro estimulaba el ardor de los hombres. Dos o tres años antes, cuando el hijo de Triario aún vivía, su pueblo se hubiera unido de buen grado con los búlgaros contra Bizancio.

De no ser por los guerreros jóvenes, que habían escuchado de boca de los cantores los versos conmemorativos del triunfo de las seis mil lanzas en Singidúnum, hubiera resultado imposible conducir a los godos a la lucha. Teodorico les comunicó el mensaje del emperador. Veladas y lejanas imágenes hablaban de exuberantes praderas, fértiles campos y obedientes campesinos. Había además la promesa de un doble subsidio anual, el ingreso de cinco mil jóvenes godos en la guardia del emperador, y una recompensa para todos aquellos que se alzaran en armas contra los búlgaros. La juventud dio crédito a las prometedoras palabras, a todas las halagüeñas proposiciones de Bizancio. E incluso aunque no las hubiesen creído, la inquietud de la primavera se había apoderado de ellos. Querían emigrar, atacar, luchar. Ansiaban una mujer, y con ella, ser dueños de una granja. El botín, el dulce botín… por él valía la pena batirse.

Teodorico sabía que Zenón se hallaba ante un doble peligro. Por un lado, los búlgaros amenazaban el imperio, y por otro, todo el oriente era un hervidero. Ilo había llegado a Isauria, reclutado gran número de guerreros y ocupado con ellos la inexpugnable fortaleza de Papyra, apropiándose de los tesoros, producto de los impuestos de la provincia, que guardaban aquí los emperadores León y Zenón. Se trataba de las reservas secretas cuya existencia sólo conocía el emperador y sus confidentes más íntimos. Ahora los tesoros estaban en manos del rebelde, que con ellos disponía de lo suficiente para reunir un ejército y hacerse fuerte en Papyra. Teodorico recibió en el campamento de los godos una carta de Bizancio, que le descubría algunos secretos. Hacía varios meses que Verina se hallaba prisionera en la fortaleza de Papyra. Las intrigas de la corte habían favorecido a los enemigos de Verina, la cual se vio obligada a desaparecer del palacio imperial. La remota fortaleza de Papyra pasaba por ser un refugio seguro. Y ahora Ilo, antiguo enemigo a muerte de Verina, se había convertido inesperadamente en dueño de la fortaleza.

Los iniciados contaban con que Ilo daría muerte ya el primer día a la emperatriz viuda. Todos esperaban la noticia de su desaparición y una explicación plausible del final repentino de aquella despiadada mujer. La ansiada noticia llegó en forma distinta: Ilo y Verina hicieron las paces en la lejana Isauria y llegaron a un acuerdo. Verina pudo abandonar el aposento que le servía de calabozo, y tanto Ilo como su séquito le rindieron los honores debidos a una *basilisa*. Verina declaró que Zenón, a quien ella nombrase emperador, era indigno de llevar la corona del *basileo*. Ella, Verina, esposa de León, era la única que podía elegir a un *nuevo* emperador y relegar

a Zenón a su antigua insignificancia.

Cartas de Bizancio. Teodorico estaba en el claro del bosque de encinas, en la asamblea de los hombres que debían decidir la campaña con su voto. Las imágenes se confundían. Ilo, cubierta su cabeza con un turbante, la eterna y siempre rubia Augusta, y el perpetuo intrigante: el propio emperador.

Ahora Zenón lo prometía todo: el mando supremo, dinero, un ejército romano. Esta vez Teodorico no dudaba de que todas las tropas de Asia Menor se aprestaban para la lucha: Bizancio se encontraba en peligro de muerte. ¿Podían renunciar a las legiones? ¿A los jinetes pesados tenidos por invencibles, cuyos caballos acorazados hacían retemblar la tierra? En el único lugar donde no servían para nada era en las comarcas inundadas, entre rocas y en las montañas; en tales terrenos la estrategia bizantina prohibía incluso su empleo.

Los guerreros godos sabían luchar tanto contra los jinetes de la estepa como contra los romanos. Si era necesario, se arrastraban por el borde de los acantilados y cruzaban con sus monturas ríos y arroyos de montaña. Eran igualmente idóneos para la batalla en campo abierto como en los bosques. No servían para el asedio, pero los búlgaros carecían de fortalezas.

También los ejércitos romanos debían prepararse para proteger al imperio. Teodorico conocía la lentitud de tales preparativos. Hasta que las provincias orientales enviasen los hombres disponibles, hasta que las ciudades reunieran el dinero necesario, hasta que los soldados recibieran su paga, pasaría mucho tiempo… En cambio los búlgaros recorrían con velocidad cada día mayor la distancia que separaba su patria del Borístenes.

Solamente los godos podían oponerse a este pueblo salvaje. Y los godos se decidieron por la guerra. Las mujeres y los niños quedarían atrás. Si el ejército godo perecía, siempre habría una considerable fuerza para protegerles.

El ejército se puso en marcha y no tardó en llegar a terreno accidentado. La rapidez era su mejor aliado. Los guerreros conducían a los caballos por el ronzal en los pasos de montaña. Las tormentas invernales cubrían los yelmos con escarcha.

Una vez cruzados los pasos, siguieron avanzando. Todos los caminos fueron previamente reconocidos, para que el enemigo no pudiera introducirse en algún punto de la retaguardia. Pero sólo oyeron el lejano aullido de los lobos, y el ruido de los truenos contestando al clamor de las cascadas que se precipitaban en el vacío. Helados y hambrientos llegaron los godos a la llanura. Allí se encontraron con unidades romanas, una cadena de puestos fronterizos y torres de vigilancia. Su misión era observar al enemigo, seguirle e inquietarle, pero no entrar en lucha abierta con él.

Los búlgaros podían ser numerosos como la arena del mar, como la hierba de la estepa. Nunca habían oído la palabra estrategia, ni hojeado libros sobre el arte de la guerra como los que sus maestros de Bizancio enseñaran a Teodorico. El rey godo no

era solamente general de sus propias tropas, sino que como *Magister militum* le debían obediencia las unidades romanas. Los bizantinos le habían nombrado generalísimo, pero ¿quién podía adivinar qué órdenes secretas tenían los estrategas de rango inferior para frenar el poder de los bárbaros?

Las tropas bizantinas estaban ante todo adiestradas para el ataque y la defensa de fortalezas. Manejaban con igual destreza el azadón y la lanza. Ahora tenían que cavar, asegurar la retaguardia, elevar las estacadas. Si interceptaban los pasos, los búlgaros sólo podrían utilizar el único camino real romano, que conducía a la fértil llanura a través de las montañas.

De este modo pudo Teodorico determinar el lugar de la batalla, que a juzgar por los informes de los exploradores tendría lugar dentro de tres días. Bizancio había enviado espléndidos abastecimientos. Durante tres días descansaron hombres y caballos. Pero también se realizaron preparativos. El ejército godo se partió en dos divisiones. Examinar el terreno, la espesura de los bosques, comprobar hasta dónde podría llegar la caballería y qué camino sería el mejor para la infantería, fue como un juego. Las unidades imperiales levantaron obstáculos en los lugares peligrosos y edificaron fortines.

Al atardecer del segundo día aparecieron los primeros exploradores búlgaros. Los búlgaros eran paganos. Los godos, aunque herejes, luchaban en nombre de Cristo.

En toda batalla —esto lo sabían incluso los que no eran estrategas— podía producirse cualquier cambio inesperado. El equilibrio de fuerzas puede alterarse, los aliados pueden abandonar al ejército principal; puede descargar una tormenta que levante nubes de polvo y nuble la vista de los atacantes. El enemigo puede contar con un general de excepción. De pronto puede cundir el pánico.

Durante la noche, la caballería bajó a la llanura. El general divisó desde una colina la irregular cadena de hogueras en el horizonte. Los informes de los exploradores eran unánimes: se enfrentaban a un gigantesco ejército de jinetes. Los búlgaros no tenían infantería. Hacía tres días que avanzaban sin interrupción. No formaban unidades regulares, los jinetes de la estepa cabalgaban ya en grupos sueltos, ya en columnas cerradas. Los godos no conocían con exactitud el nombre del rey o príncipe de los búlgaros. Le habían oído llamar *Libertem*, pero nadie sabía si se trataba de un nombre o de un título.

¿Sería conveniente librar la batalla en cuanto amaneciera? El sol, en esta primavera temprana, era asombrosamente cálido, pero ahora aún era débil, la neblina lo cubría, y la hierba estaba húmeda de rocío. Los caballos habían bebido y pastaban. El rojizo disco del sol brillaba a través de las delgadas nubes. Entre los godos, el general no hablaba antes de la batalla, como solían hacerlo los generales de las legiones romanas. Estaba atento a las señales, y todos pensaban en los antiguos dioses heroicos. Odín… Los guerreros de más edad todavía le invocaban antes de la batalla.

Empezó con ligeras escaramuzas entre los jinetes, que iban acudiendo en número cada vez mayor. Los jóvenes esperaban que llegase a su unidad la orden de ataque de Teodorico.

Al principio pareció que la táctica de los godos tenía éxito. Formaba el grueso del orden de batalla una fuerza no muy considerable que atacaba frontalmente al enemigo, mientras los demás avanzaban por ambos lados. Pero los búlgaros se lanzaron con ímpetu hacia el centro, constituido por los veteranos godos de rostros marcados por las cicatrices de muchas batallas. El furor del primer encuentro fue temible. Sin embargo, los hombres de la estepa se enfrentaban a un enemigo experimentado: los godos formaban en filas, en parte según la antigua tradición de los nómadas, y en parte de acuerdo con las reglas romanas. Eran lo bastante movibles para abrir sus filas sin dejar una brecha, para lanzarse entonces contra los apretados jinetes enemigos, que debido al reducido espacio no podían utilizar sus largas lanzas.

Pero el ímpetu fue demasiado fuerte: el centro del ejército godo fue penetrado, y el primer ataque ya consiguió romper el orden de batalla de Teodorico. ¡Qué diferencia entre este combate y las pequeñas campañas, la toma de Singidúnum, las insignificantes refriegas con los godos del Bizco! Esta vez se trataba de una lucha decisiva entre muchos miles de hombres. Eran casi unos Campos Catalúnicos… como un relámpago pasó por la mente de Teodorico todo cuanto oyera decir a su padre sobre la lucha de los pueblos.

¡Tu hora ha llegado, Teodorico! El general se hallaba sobre una colina, desde la cual podía contemplar el campo de batalla. La horda de los búlgaros se acercaba cada vez más. Heridos y ensangrentados, los godos se defendían en el centro. Ahora tendrían que ser enviados exploradores hacia las alas, para que las tropas cambiaran de táctica y fuesen a reforzar el derrotado centro de los godos. Pero no hubo tiempo para dar ninguna orden. Con el adversario luchaba su general, Libertem, cuyo nombre pronunció en voz baja Teodorico. Un general distingue al otro por el yelmo dorado, la capa real, las armas resplandecientes y los guerreros que se apiñan a su alrededor.

«¿Estáis a mi lado, las seis mil lanzas?» Todavía seguía amándolos más que a los otros, pese a que ya no se contaban entre los guerreros más jóvenes. «¿Estáis aquí? ¡Pensad en Singidúnum!» Su espada señaló al frente. Bajaron en tropel por la ladera de la colina, lo escarpado del terreno aceleraba el galope de los caballos. El estruendo de miles de herraduras atronó en el campo de batalla.

Los godos se aproximaron al enemigo en una falange cerrada, no como una horda salvaje. Se distinguían claramente de los búlgaros, que llevaban otras ropas, hablaban otra lengua y empuñaban otras armas. Era imposible confundirlos. Las trincheras de ambos lados hacían impracticable un cerco. En la retaguardia, el espeso bosque marcaba una frontera. Parecía que la naturaleza había designado como campo de batalla esta suave ladera, seca ya de las aguas del deshielo.

Quien contemplara la escena desde lo alto de la colina, veía las columnas formadas, el orden de combate, la batalla en sí; pero los que se encontraban en el centro de la sangrienta lucha sólo vivían el ardor del momento y no veían nada más que el rostro que tenían delante, la lanza que atacaba por el costado, un escudo que se interponía ante sus ojos, un caballo que se desplomaba y se convertía en un obstáculo ensangrentado; dientes apretados por el dolor, ojos desorbitados, espuma en la boca, rostros desencajados; un semblante muy próximo, viejo, cubierto de heridas y cicatrices. Un solo salto del caballo y desaparece en la nada, ya no existe, se ha vuelto hacia otro enemigo, hacia otro hombre, hacia otro muerto.

En el mismo instante en que se desvaneció la imagen, Teodorico se dio cuenta de que el siguiente rostro no era una ilusión, y de que una espada pendía sobre su cabeza. Pronto caería la pesada arma. Pero el alumno de esgrima del palacio imperial sabía esquivar con un solo movimiento un golpe semejante. El giro, la inclinación… los realizó con maestría, pero debió calcular un milímetro de más o de menos, o tal vez el caballo se torció demasiado hacia un lado, porque sintió un lacerante dolor en el hombro, cada vez más profundo. El brazo izquierdo cayó, inanimado. ¿La espada de Odín? ¡Una saga germánica! Empuñaba una espada bizantina, una hoja de Asia Menor, templada por lo menos veinte veces. No era negra, sino que lanzaba reflejos plateados, atravesaba el cuero, y sólo la coraza se le resistía. Penetraba incluso la armadura de cuero que protegía el corazón. La lucha entre las filas enemigas era ya débil, ya encarnizada. ¿Acaso podía hablarse de filas? Se luchaba cuerpo a cuerpo. ¿Sabrían tal vez los caballos quién era godo y quién búlgaro? Los caballos se arqueaban heridos, resistiendo a la muerte. La vida de un hombre dependía de un solo movimiento de su montura; ésta decidía su existencia o su perdición. Teodorico blandió su espada hacia delante, describiendo un caprichoso círculo.

Asestó el golpe.

La hoja cortó el penacho del yelmo, cercenó la nariz y su punta quedó clavada en la garganta. Bastó una insignificante, casi imperceptible rotación del brazo para que la hoja encontrase el único lugar no protegido por la coraza. Un pinchazo ligero y grácil, que tan a menudo practicaran, y después repitieran con espadas romanas, redondeadas; un juego entonces, pero ahora la sangre brotó a borbotones cuando recuperó la espada. El caballo retrocedió, porque el chorro caliente le empapó la cabeza, y cuando le mojó los ollares, y olió a sangre, se encabritó, por fortuna para Teodorico, pues en aquel momento una lanza silbó por entre las patas del caballo, que de otro modo se le habría clavado en el vientre.

¿Libertem? De repente se formó un círculo de duelo. Se oyó un ligero lamento. ¿Habría matado a un rey la espada de un rey? ¿Como en los cantos de Homero, que tan a menudo oyera de labios de los tañedores de laúd griegos? El escudo de Libertem, una gran placa de cuero claveteada con plata, cayó sobre el caudillo,

cubriendo su rostro y ocultando el campo de batalla al moribundo. El escudo sirvió de mortaja al rey, que murió como los reyes de la Ilíada: luchando y a manos de un rey. La sangre empapaba el hombro de Teodorico; su túnica estaba rota, la armadura y la ropa, en desorden. La espada debió resbalar sobre la coraza, pues de otro modo le hubiese cercenado el brazo.

Otra vez a la ladera, para recobrar el aliento. Pero ¿dónde estaba la colina, adónde le había conducido la fiebre de la lucha, el furor, el asalto, el olor de la sangre? ¿De dónde procedía la sangre que tenía en la boca? ¿Habría herido su rostro una flecha perdida, o no habría resistido su yelmo de metal el golpe de un hacha de combate? Sentía el sabor de la sangre en la boca, y su caballo vomitaba espuma sanguinolenta.

En toda batalla es decisiva la caída del general. De ello tuvieron constancia tanto los godos que luchaban en las alas como las dos columnas de jinetes que rodeaban al enemigo, pero que, agotados por el esfuerzo, dudaban en caer sobre los búlgaros, que eran superiores en número. Teodorico había retirado de ambas alas a las mejores unidades para cubrir la brecha abierta al comenzar la batalla, que podría haber significado la derrota. La noticia llegó a las dos columnas de caballería: Teodorico había matado a Libertem. Ahora todo empezaría de nuevo. Las fuerzas restantes cobraron ánimos. Todos creían tener ya la victoria al alcance de la mano.

La dispersión de grupos de jinetes, la desbandada de un ejército nómada era algo diferente de cuando la adversidad diezmaba a las legiones. Éstas se organizaban en cohortes. Colocaban a los heridos en el centro, y el león mutilado podía pensar incluso en un ataque detrás del muro de metal de su escudo. Los jinetes bizantinos de pesadas armaduras podían retirarse a un lado a una simple señal de cuerno que incluso los caballos comprendían, pero los jinetes búlgaros se dispersaron en grupos aislados, como una gavilla que se desmorona. Aquí y allí luchaban todavía algunas docenas de búlgaros, pero no había mandos, ni orden de combate, ni una retirada organizada. Las tropas dispersas se fueron alejando hacia el borde de la llanura. Por esta causa los nómadas nunca perdían tantos hombres como los ejércitos romanos, que seguían luchando incluso en las situaciones más desesperadas. Los derrotados ponían ahora todas sus esperanzas en su botín. Cuando huía, el guerrero se desprendía de su bolsa y la dejaba caer, con la esperanza de que su perseguidor se detuviera a la vista de los tesoros y los recogiera conforme a la ley de la guerra. Mientras tanto, él podía huir… pues tal vez era aquello otra ley de la estepa, que el vencedor renunciaba entonces a la persecución. Ya no había un ejército, sólo quedaban hombres. Y en cada uno de ellos, el vencedor sólo veía a un ser humano, y no a un guerrero.

Así fue tocando lentamente a su fin la batalla de la caballería. Con los muertos, la tarea era muy fácil; esperaban pacientemente el saqueo y la fosa común. Los heridos continuaban gimiendo de dolor. Algunos aún intentaban seguir luchando, hasta que alguien les daba el golpe de gracia. Otros suplicaban con palabras incomprensibles,

muchos mostraban a las sombras que se inclinaban sobre ellos alguna pieza de valor: «Toma, permíteme vivir». Había otros que se fingían muertos, por si aún lograban escapar cuando cayera la noche.

El guerrero ileso y su caballo eran el mejor tesoro. Sus armas y su caballo pertenecían al godo victorioso. Él sería un esclavo mientras su lejano pueblo no pagara su rescate. Un prisionero ileso era un trabajo limpio, una señal de victoria, un trofeo para llevar consigo al campamento. Y los capitanes, a los que se puso un cerco tan estrecho que apenas podían moverse, y que no tuvieron el valor suficiente para degollarse con su propio puñal, eran el botín del rey. Esperaban su destino envueltos en valiosas capas, junto a los más hermosos caballos de la estepa.

Anochecía. Se había luchado durante un día entero, sin comer nada, bebiendo sólo algún trago de agua. Anochecía. ¿Ocurriría aún un milagro que cambiase el rumbo de la suerte y la desgracia? Antes de que cayera la noche, los prisioneros, desarmados, suplicaron un pedazo de pan al vencedor. Poco a poco se fueron vendando todas las heridas. Quien había resistido hasta ahora, sobreviviría, siempre que no apareciera la gangrena en la herida causada por una hoja herrumbrosa. Pero nada importaban las heridas y el dolor frente al gozo de que Teodorico hubiese ganado la batalla contra los búlgaros.

XXIII

El escultor tomó un puñado del blando barro que se hallaba en una caja a sus pies. Cuidadosamente lo aplicó a la cabeza ya formada, lo extendió con mano ligera y segura por los huecos de la cara y reservó un poco para las cuencas de los ojos. Ahora el globo del ojo sobresalió algo más, prestando a la cabeza de barro una mirada aguda y penetrante.

El rey estaba sentado ante el escultor. Aquí la impaciencia era inoportuna, no debía interrumpir los movimientos breves y secretos del artista. Mientras modelase, se imponía la obediencia. Muchas veces el maestro volvía a Teodorico hacia un lado, otras el propio escultor se colocaba a la izquierda, para estudiar la línea del perfil, la curva del mentón, la redondez de la frente. Un príncipe posaba para un escultor griego.

Zenón cumplió su promesa. La estatua de Teodorico se alzaría en el atrio del Hipódromo, entre los grandes, cerca del monumento de bronce de Constantino. Proclamaría la gloria de la nueva Roma, la continuidad del imperio. Si en Hispania podía nacer un emperador, si Dalmacia o los montes de Iliria podían dar un gobernante al imperio… ¿por qué no podía estar entre los defensores de Bizancio un príncipe godo?

Teodorico contemplaba al escultor, que ya había modelado a numerosos dignatarios, pero que esta vez cumplía el encargo con cierto temor. ¿No se impacientaría el modelo, no exigiría su «imagen» al cabo de una hora, no sentiría tedio durante los silenciosos minutos en que el artista luchaba con la forma, borraba una y otra vez una arruga, y volvía a modelarla, buscando una expresión que diera vida a la inerte materia?

Teodorico, sentado frente al maestro, no podía ver lo que formaban sus manos. Sólo veía la forma aún incompleta de la cabeza sobre el pedestal, con el rostro vuelto hacia el artista. Éste había elegido el estilo tradicional. Teodorico figuraría en la galería de héroes y emperadores coronado de laurel como todos ellos.

El escultor no era locuaz, ni se preocupaba demasiado por su modelo. Sin embargo, le hubiera gustado prestar más vida a los ojos y borrar la indiferencia que expresaban las facciones de Teodorico tras un cuarto de hora de silencio. El maestro estaba bien enterado de la vida palaciega. También él habitaba el mundo de los interminables pasillos y las grandes salas y antesalas de palacio. Tenía que despertar de algún modo el interés de su modelo.

—Se dice, amable y respetado señor, que Roma sigue siendo Roma. No permite que la superen. En los baños también se rumorea que está preparando una campaña contra los bárbaros.

Teodorico llevaba un manto romano, y en la cabeza, la corona de los héroes. Sus cabellos estaban peinados como exigía la moda en la corte de Bizancio. Por un momento, el propio escultor se asustó de la palabra bárbaro. No podía saber si su modelo se sentiría ofendido. ¿No iba dirigida esta nueva campaña contra sus parientes lejanos… parientes que en las remotas provincias saqueaban y asesinaban?

La dignidad prohibía contestar al maestro con palabras graves. Pero el comentario sorprendió a Teodorico. La noticia de una desgracia se propagaba con rapidez, y en cambio la gente se resistía a creer una buena noticia. Antes de que se hicieran públicos los anuncios oficiales de una victoria o una derrota, sus efectos ya casi se habían extinguido. Cuando se producían sucesos tan sensacionales como la decisiva derrota del ejército búlgaro, se celebraban con un Tedeum. Pero la noticia mencionada por el escultor era inesperada. Cierto que una carta, la comunicación de un enviado, llegada a bordo de un barco, había revelado que en Italia se llevaban a cabo preparativos bélicos, pero hasta ahora no se sabía nada con seguridad. Y sin embargo, los ociosos ya charlaban en los baños de una campaña inminente.

Cuando el rey entró en la cancillería para asuntos itálicos, halló a los secretarios y al Silenciario en un animado debate.

Asustados, todos miraron al raro visitante, que a través del prisma de los acontecimientos era considerado ya el hijo adoptivo del emperador, ya el rey bárbaro más peligroso para el imperio. ¿Hasta qué punto podía enterarse de los secretos de Estado? ¿Quién le enviaba? ¿Sabía su sagrada Majestad que Teodorico deseaba conocer las comunicaciones secretas?

El Silenciario dijo en voz baja:

—Sublime señor, todo esto ha ocurrido después de la muerte del Padre Severino en Panonia y Nórica.

La imagen que pintó con doctas palabras era verdaderamente desalentadora para un oído romano. Mientras el Padre Severino estaba con vida, el orden reinó en su obispado. Las ciudades romanas y las colonias bárbaras convivían en paz. El Padre Severino ahuyentó a las tribus invasoras, implantó la seguridad y gobernó su reino, que nadie le envidiaba. Los príncipes de la estepa sentían temor ante el anciano, que con una sola palabra era capaz de domar al guerrero más salvaje.

La muerte de Severino formaba ya parte de la leyenda, y estaba perpetuada en un libro de oro. Poco después de su muerte, los rúgidos se prepararon para atacar las ciudades romanas. Su príncipe, llamado Fridericus, se distinguía especialmente por su ferocidad. Los hombres de la estepa sabían que la paz de Severino había proporcionado bienestar y que las ciudades romanas volvían a ser ricas. Roma estaba infinitamente lejos, pero la tierra de Severino junto al Danubio siempre había disfrutado de buenas relaciones con la Urbe.

Cuando ya no podía dudarse de los preparativos bélicos de los rúgidos, fueron

enviadas legaciones en nombre del difunto Severino a la sede de Odoacro. En Ravena, los panonios cayeron de hinojos ante el rey-patricio. Odoacro presintió una temible perspectiva: vio el peligro que representaba esta pequeña provincia romana. En Italia reinaba la paz. Los romanos, privados de un tercio de sus posesiones, se habían conformado con lo inevitable. Los veteranos de sus tropas bárbaras empezaban a aficionarse a los árboles, a la siembra y a las flores de la primavera. Aparte del diminuto reino de Severino, Italia ya no tenía ninguna provincia. No había necesidad de enviar legiones a las Galias o a Hispania. La invasión bárbara se había tragado las antiguas posesiones romanas.

Hacía ya dos semanas que el rey sostenía conversaciones con los enviados romanos de Nórica y Panonia, cuando llegó de Roma Anicio, acompañado de su hijo. El patricio romano había acudido a toda prisa a Ravena, invitado por Odoacro. Como era viudo, trajo consigo a su hijo Boecio, de ocho años. El niño se retiró a un rincón mientras su padre leía las fatídicas noticias de Nórica.

Y entonces el consejero romano recomendó a Odoacro que acudiera en ayuda de Nórica y Panonia.

De repente, el imperio occidental pareció despertar a una nueva vida. Por el único camino real de la ciudad rodeada de pantanos, partían día tras día mensajeros a caballo, enviados a las legiones, los pueblos aliados, los proveedores de material bélico y los guerreros establecidos en pueblos y granjas. Eran portadores de la orden del rey de concentrarse y ejercitarse en las armas. El antiguo centurión no había olvidado la disciplina. Sabía cómo organizar un ejército capaz de atravesar los Alpes. En Italia, despertada poco a poco de su letargo, se llevaban a cabo preparativos cuyo equivalente no se conocía desde la empresa de Aecio. Las águilas romanas se elevaron, y de nuevo volvió a ser un honor llamarse legionario romano.

¿Con qué efectivos contaba el ejército itálico? ¿De cuántas unidades se componía? En esto no coincidían los comunicados de los enviados bizantinos. El grueso estaba formado por guerreros de distintos pueblos, y se decía que entre ellos había pocos romanos. También se hablaba de regimientos rúgidos. ¿Se atrevería Odoacro a obligarles a tomar parte en una campaña contra su propio pueblo? También era incierto quién mandaría el ejército. El rey-patricio parecía demasiado viejo para dirigir una campaña tan arriesgada.

Tales fueron las principales noticias que Teodorico pudo obtener del Silenciario, a cuyas manos iban a parar las noticias de Occidente.

XXIV

Cuando Odoacro se acercaba al Danubio, dejó de usar la túnica y la lengua romanas. Liberado de los escribas y los pergaminos de Ravena, pareció recuperar la juventud bajo el viento tibio de la primavera.

Rompió con el placentero mundo romano y desechó la máscara del gobernador sabio y pacífico. Montó su caballo; una coraza cubría su pecho. Sólo por el penacho de su yelmo reconocieron los veteranos al antiguo Odoacro, los hombres que antes tuteaban sencillamente a su actual señor. Con cada milla que avanzaban hacia el norte se sentía más seguro como general. Calculaba con antelación cada movimiento, y envió mensajeros a caballo a las ciudades romanas: «No temáis, Odoacro ya está cerca».

Anicio estaba con él, y compartía su tienda. Ahora tenían la palabra las armas, y Anicio sabía que no podría hacer desistir a su señor de esta campaña. Hacía largas marchas a pie, cruzaba los peligrosos pasos de montaña y afrontaba múltiples peligros en las balsas. Estaba viendo con sus propios ojos que la pobre Italia ya no tenía fuerza ni riqueza suficientes para comenzar de nuevo la organización de las legiones. Ya no era posible enviar ejércitos a las provincias lejanas, y mucho menos, mantenerlos en ellas. Los ciudadanos romanos de Nórica pretendían de Odoacro una vana ilusión: hacía mucho tiempo que había pasado la época en que el legionario aparecía en el horizonte y anunciaba: Nosotros, los romanos, estamos aquí y aquí nos quedaremos para siempre.

Sin embargo, nadie podía quitar al rey la alegría viril a su avanzada edad. A caballo, bajo el viento y la lluvia, se sentía rejuvenecido y emprendía prolongadas campañas. Era como si quisiera desafiar a los años, como si su corazón ya no conociese la piedad. En las piedras miliares de la vieja calzada, barbudas cabezas ensartadas en lanzas contemplaban el paso de los romanos. Sangre, sangre. Cruzó con el ejército los lugares de su juventud. Se acordaba de todo: de viejos capitanes, de amigos y enemigos. Él era el capitán más viejo, y a su alrededor se congregaban los veteranos. Atravesaron la antigua provincia de Severino. Las ciudades romanas vivieron el insólito milagro de presenciar el regreso de las águilas romanas y la victoria de las nuevas legiones sobre los bárbaros. Los habitantes ya no tenían nada que temer de los rugienos. Panonia y Nórica se reintegraron al imperio occidental.

«Primero luchar y después filosofar», dijo Anicio, volviendo del revés, malhumorado, el antiguo proverbio. La campaña adquirió su forma más cruel: entre pantanos, en espesos bosques, con ataques nocturnos y botín inesperado. Fava, el rey de los rugienos, y su esposa Ghisa, que luchaba a su lado, resultaron ser peligrosos adversarios. Estaban emparentados con Odoacro, y pese a ello, éste último demostró

tanta crueldad contra la propia estirpe, como si jamás hubiese bebido la misma leche materna. Aquí en el Danubio, Odoacro se comportaba como un general del imperio romano: aniquilaba inexorablemente a los enemigos de Roma.

En Nórica se derramó mucha sangre. Las ciudades romanas proporcionaron víveres y alojamiento. En sus alrededores levantó Odoacro su campamento, y a él fluían los comunicados. Las reglas de mil años de antigüedad del arte bélico romano demostraron su efectividad: los bárbaros que luchaban de acuerdo con las reglas romanas vencieron a los ignorantes bárbaros de la estepa.

El ejército romano, compuesto de guerreros de tan diversas tribus y de campesinos itálicos, obedecía a Odoacro, que obtuvo victoria tras victoria: miles de prisioneros, botín, provincias recobradas; colonias arrasadas, carros, miles de caballos, capitanes, hechos prisioneros con tretas o durante la lucha, marcaban el paso del ejército de Odoacro. Tampoco el despiadado Fava pudo escapar a su destino. Al borde de los grandes bosques renunció a la táctica de la tierra calcinada y presentó batalla a los romanos. Los dos enemigos se distinguían únicamente por las armas y las palabras de mando. Los rugienos del campamento real vieron inflamarse el penacho del yelmo de Odoacro; se produjo un combate desesperado con cambios sorprendentes, en los cuales la suerte sonreía ya a un bando ya al otro. Finalmente, la táctica romana fue la más fuerte. Los jinetes de las tropas auxiliares bárbaras cercaron el campamento real de Fava, y antes de anochecer, el rey y la reina eran prisioneros de los romanos.

En la primavera del año 487, las águilas romanas estaban en ambas riberas del Danubio, allí donde cien años antes palideciera el recuerdo de las legiones. Ahora parecía ya conjurado el peligro de invasiones posteriores de jinetes bárbaros. Las legiones, provistas de escudos, eran precedidas por las águilas, y a la insignia de Roma seguían carros con el botín e interminables hileras de prisioneros.

Anicio, el circunspecto ministro, visitó los arrasados campamentos rugienos. Cabalgó hasta la cumbre de una montaña y contempló aquella desolación sin límites. En la margen izquierda del Danubio se extendían las tierras inexploradas de los bárbaros. En Panonia y Nórica vivían ciudadanos cautelosos y atemorizados. Los magistrados llevaban los anuarios y las listas de impuestos en lengua latina; y sin embargo, ¿quién hubiera podido señalar con el dedo, entre aquella mezcla de pueblos, a los verdaderos romanos?

Al atardecer, Anicio se dirigió a Odoacro:

—Señor, ya no podemos conservar esta tierra.

Tenía los ojos húmedos. Había nacido en Roma, los escribas de su casa relataban la historia de su admirable estirpe, la de los Anicios, que se remontaba a los dioses olímpicos, y pese a ello, el romano pronunció esta tarde la fatídica frase:

—Ya no puedes conservar estas provincias. Somos demasiado pobres para

instaurar de nuevo, después de haberlo perdido, el imperio de occidente.

—¿Qué será, entonces, de la población, de los habitantes de las ciudades?

—Tienes que dar una orden terrible. Pero al mismo tiempo has de evitar el pánico. Yo me declaro dispuesto a preservar el orden entre los colonizadores. Has vencido, preclaro señor. Esto te facilita las cosas. Nos llevaremos los restos mortales de Severino. Su mano incorrupta será el símbolo de la gracia, y lo que nos mostrará el camino. Estas ciudades ya no pueden ser mantenidas.

—Sin embargo, hasta ahora han sobrevivido. Durante todos estos años han permanecido intactas.

—Has vencido a los pueblos de la estepa, y has hecho prisionero al rey Fava. Pero Fridericus ha huido a los bosques, junto con el resto de su pueblo. Aún siguen con vida suficientes miembros de la tribu de los rugienos. ¡Los pueblos bárbaros se unirán contra ti! Tú mismo sabes que se te considera traidor de tu propio pueblo. Todos los reyes de la estepa y de los bosques pronuncian tu nombre con odio. Se aliarán contra ti, y ¿cómo sabes que la invasión se detendrá en los Alpes? Cuando hayan roto la línea de centinelas romana del Danubio, ya no podrás defender el Adriático.

—¿Debo evacuar para siempre Panonia y Nórica?

—Has de organizar en Roma una entrada triunfal como hacían los antiguos emperadores cuando regresaban victoriosos a la Urbe. Todos los labios te ensalzarán; todos temerán tu ira. No puedes evacuar las provincias mientras no estés en la cima de tu poder. Serás lo bastante fuerte y poderoso como para dar una nueva patria al sur de los Alpes a aquellos que deban empuñar el bastón de peregrino. El difunto Severino te ayudará.

Las disposiciones de Anicio despertaron a Roma de su modorra. Los senadores pestañeaban al sol. El *praefectus urbis* contaba los alguaciles que podía vestir con túnica de gala, y reflexionaba sobre cuál de ellos era más indicado para llevar las fasces romanas. ¿Un desfile triunfal en Roma? ¿Una fiesta en el Capitolio, durante la cual se asaban bueyes en el Foro Romano y se espitaban cubas de vino? ¿La Vía Appia volvería a retemblar bajo los pies de las legiones? ¿Era posible que un bárbaro que no llevaba la púrpura real y que se contentaba con el título de patricio, hubiese vencido *una vez más* para Roma?

Anicio se encerró en el Tabularium, y se desempolvaron antiguos pergaminos. ¿Qué ocurrió la última vez que un general hizo su entrada triunfal en la Urbe? ¿A qué costumbres había que atenerse? Era preciso buscar una loba y llevarla al pie del Capitolio. También había que procurarse gansos que graznasen alrededor de las murallas, como hacían cuando protegían a Roma. Era necesario resucitar todas las costumbres que no estuviesen en contradicción con el rito cristiano.

Era primavera, aniversario del nacimiento de Roma. Temprano por la mañana, la población de la Urbe salió a la calle con sus remendadas túnicas de fiesta. La orden

del *Praefectus urbis* decía que todos los hombres, mujeres y niños de miembros sanos tenían que estar en la calle para celebrar el inesperado nuevo triunfo de Roma. Los miembros del Senado y sus familias seguían a Odoacro desde el Capitolio.

La Vía Appia era demasiado estrecha para que en ella pudiera desplegarse el desfile triunfal. Los guerreros marchaban a pie, en hileras de cuatro, y les seguían los jinetes, y no fue posible organizar la marcha hasta que llegaron a la calle de la Victoria, esta calle ancha, aunque un poco deteriorada. Desde aquí se dirigieron hacia el Capitolio, donde Odoacro recibió las felicitaciones del Senado.

El pueblo de Roma se agolpaba a lo largo de la calle de la Victoria. Nadie conocía sus almas, nadie sabía leer sus pensamientos. ¿Serían más baratos el pan o el aceite? ¿Organizaría el patricio juegos gratuitos? ¿Habría importantes donativos públicos? ¿Serían inseguras las calles durante las horas de la noche, a causa de la presencia de las tropas bárbaras? ¿Qué pensaban los ciudadanos romanos mientras esperaban con su esposa e hijos a ambos lados de la gran avenida la llegada del ejército? Anicio había hecho un trabajo concienzudo, resucitando todas las tradiciones: las águilas de bronce flotaban al frente, al mismo tiempo se pusieron en libertad buitres y águilas que habían sido capturados y que se elevaron describiendo círculos en el aire. Las voces de mando eran en latín. Doríforas y centuriones gritaban con orgullo las palabras romanas. Cada guerrero podía sentirse ahora un héroe del renacido imperio.

Odoacro estaba en pie sobre el carro de gala en el que un día festejara Constantino el Grande su memorable triunfo. También esto era obra de Anicio, que en un ala del Capitolio había hecho restaurar el ruinoso carro en cuestión de pocos días; las placas de oro puro habían sido pulidas, y repuestas las que faltaban, y ahora el carro resplandecía bajo la luz del sol.

En torno al carro de gala flotaban al viento las insignias de las cohortes: águilas en pleno vuelo, dragones, colas de caballo teñidas de plata. En Panonia no había leones ni tigres ni antílopes. En su lugar desfilaron osos encadenados, que reemplazaban a los animales salvajes de las tierras del sur.

Por dondequiera que pasase el carro, sonaba el tradicional grito de júbilo. Anicio se lo había recordado a los romanos, y ahora la multitud enardecida lo entonaba sin cesar. Seguían al carro de gala, atados con cadenas, los prisioneros de categoría: el rey Fava y su esposa Ghisa, ataviados con valiosas capas de oro, como el pueblo romano se imaginaba que vestían los reyes de un pueblo bárbaro. Llevaban diademas, y las cadenas que ataban sus manos eran de oro. Tras ellos marchaban los guerreros de las legiones que habían sido elegidos para llevar los tesoros de la tienda real de Fava. ¿En qué pensaría Fava mientras era conducido por la avenida de la Victoria el día del aniversario de Roma, como un oso salvaje? ¿Pensaría tal vez que había llegado a la última estación? El cáliz de la amargura debía ser vaciado hasta la última gota. Muchas veces empujaron al rey de los rugienos. Su rostro era barbudo y estaba

lleno de cicatrices. Mientras lo vestían para la marcha triunfal, el barbero de la corte le había peinado de manera que su aspecto parecía aún más temible.

¿Qué pensaría Fava cuando vio el cadalso en las gradas del Capitolio? Porque también aquello pertenecía al gran espectáculo. El rey rugieno era mil veces culpable de la matanza de otros tantos ciudadanos romanos. La ley tradicional dictaba que el Senado podía pronunciar una sentencia y llevarla a cabo inmediatamente. La ejecución se realizó en presencia del Senado y del pueblo, y también Odoacro estuvo presente. El verdugo utilizó el hacha de combate del rey Fava, que tenía mango de oro. Con ella fue decapitado el rey rugieno al pie del Capitolio.

El *populus romanus* ya no estaba acostumbrado a tales espectáculos. Desde la época de Constantino, los juegos eran cada vez más escasos, y sólo se conservaba la fiesta primaveral de las Lupercales. Así pues, la ejecución de Fava fue una experiencia doblemente hermosa. Ghisa también había sido condenada a muerte, pero Anicio dijo:

—Al pueblo de Roma no le gusta que el verdugo alce la mano contra una mujer. Le recuerda a las mujeres mártires.

Antes de que cayera el hacha, Anicio ordenó que se llevaran de la terraza de los espectadores a su hijo Boecio. Gran parte de los senadores era de edad avanzada y detestaba un espectáculo semejante. Pero todos sabían que la ejecución de Fava debía compensar al pueblo de la falta de gladiadores en el *Circus maximus* y de las luchas entre prisioneros y fieras salvajes que solían animar las anteriores fiestas y juegos. Mientras se llevaban el cuerpo decapitado, Ghisa fue conducida a un calabozo romano cuyas puertas no volverían a abrirse para la reina del pueblo rugieno.

Uno de los jinetes fugitivos llegó a Novae. Era Fridericus, hijo del rey rugieno, de quien los Colonizadores romanos de Panonia contaban que aventajaba en crueldad a Fava y todos los demás miembros de su salvaje tribu. Ahora era un fugitivo apátrida, que merodeaba por la región de los grandes bosques y cambiaba sus últimos objetos de valor por… caballos. Caballos para él y sus escasos seguidores, a fin de poder abandonar aquella tierra que después de tantos años habían reconquistado de manera tan inesperada las águilas romanas.

El fugitivo llegó a Novae después de una larga cabalgata a lo largo del río, y allí encontró a Teodorico, que visitaba las colonias de su pueblo para suavizar diferencias entre las tribus, anunciar decretos y hablar de justicia. El rey, llegado de Bizancio hacía ya una semana, se alojaba en la residencia de los ostrogodos. Una hora después de que los fugitivos hubiesen cruzado las empalizadas exteriores, Teodorico sabía ya que recibiría noticias fidedignas de la región del Danubio y también de la comarca que sus godos abandonaran hacía ya diez años.

Fridericus era un pariente lejano… cuya ascendencia se remontaba a los albores de la historia germánica. La ley de la estepa exigía que recibiera al fugitivo sin patria

como a un hermano. Por otra parte, la estirpe de Fava era enemiga del imperio, devastadora de ciudades romanas. También sabían esto en la cancillería bizantina. Si el *basileo* hubiese enviado a Teodorico a su antigua patria con una orden concreta, el rey godo hubiera degollado al rugieno del mismo modo que lo hiciese Odoacro.

Al atardecer recibió Teodorico a Fridericus en el palacio de madera. El fugitivo ya había sido obsequiado con una túnica principesca, alojamiento y un escriba. Por la cordialidad del recibimiento comprendió que se le rendían los honores debidos a un príncipe de sangre real.

No fue fácil hallar un intérprete que hablase la lengua de los rugienos; el latín de Fridericus era demasiado deficiente para entablar una conversación en dicho idioma. Teodorico abrazó al fugitivo. Bebieron hidromiel en cuernos decorados con motivos de oro, tras lo cual degustaron los exquisitos platos de la cocina bizantina.

El huésped había recorrido miles de millas y pasado semanas enteras en los bosques, perseguido por enemigos a caballo.

¿Qué novedades ocurrían en Occidente? ¿Y en Oriente? ¿Dónde empezaba y dónde terminaba el imperio? ¿Qué acontecía en Roma? Fridericus no sabía casi nada de todo aquello. Pero conocía a Odoacro, y el círculo en que se movían las palabras de ambos germanos se fue haciendo más estrecho. Un odio exacerbado se advertía en las respuestas, que las preguntas mesuradas procuraban serenar. Teodorico quería conocer a aquel hombre, que, igual que él, era rey y patricio. La noticia de su marcha triunfal había llegado a Bizancio antes de su partida. El comunicado llegado unos diez días después informaba de la decapitación de Fava y todos los sucesos posteriores.

¿Qué se proponía el ilegítimo rey de las tropas auxiliares bárbaras, aquel príncipe sin pueblo?

El príncipe rugieno se fue calmando poco a poco. La fama y el nombre de Teodorico eran conocidos en todas las tierras bárbaras. No existía un solo príncipe que no conociera la historia del hijo de Amal, iniciada con la campaña de las seis mil lanzas y que terminaba con el duelo en el cual venciera al rey de los búlgaros, Libertem. Era hijo del emperador y cónsul de Bizancio. También se sabía que en el atrio del Hipódromo, su estatua de bronce se levantaba junto a las estatuas de los emperadores. Miles de informes y relatos le vinieron a la memoria. Fridericus se volvió hacia Teodorico, que tenía su misma edad y le habló como a un gran rey.

—¿Por qué consientes que este arrivista, este don nadie acapare toda la gloria del imperio? ¿Por qué permites que Odoacro se inmiscuya como un emperador en los asuntos del mundo? ¿Sabes qué botín se han llevado sus guerreros? Todo cuanto los rugienos heredaban de padres a hijos ha caído en manos de Odoacro.

—¿Ha dejado atrás a sus legiones o las ha enviado a sus casas?

—Las noticias son contradictorias. En ambas riberas del Danubio sigue habiendo

legiones. Pero ha llegado a mis oídos que los habitantes de las ciudades romanas han recibido instrucciones de prepararse para la marcha. Cuando vuelvan las tropas, se llevarán a los colonizadores.

Teodorico pensó: «Esto es lo peor, pues con ello se incrementa el número de guerreros de Odoacro en Italia, de los satisfechos veteranos que obedecen a ciegas al rey-patricio. Pero si Odoacro deja a sus tropas en Panonia, será imposible atacarle. ¿Cómo se puede declarar la guerra a un romano que defiende al imperio? Por otra parte, si Odoacro abandona las antiguas provincias romanas, demostrará que es indigno de llamarse emperador». En Italia sería de ahora en adelante sólo un usurpador: Entre dos reyes bárbaros, ambos adversarios, la palabra del emperador actuaría de fiel en la balanza.

XXV

Cuando Teodorico llegó a Novae procedente de Bizancio, se encontró en pleno foco de inquietud. Hacía meses que los campamentos de los godos eran un hervidero, en el que las privaciones y el hambre actuaban de agitadores. Durante los ocho años vividos en la comarca del Ister, el pueblo, poco aficionado a la agricultura, había acabado con todos los recursos de las inmensas llanuras. La desesperación impregnaba las palabras de los insatisfechos. ¿Por qué el hijo de Amal vivía a tan larga distancia, entre los lujos del consulado, cuando su primer deber era preocuparse por su pueblo y liberar de la miseria a sus godos?

Cuanto más cerca de Novae se encontraba Teodorico, tanto más engañosa se le aparecía la imagen bizantina. Después de las ricas provincias griegas, cabalgó muchas millas a través de comarcas sumidas en la pobreza. Campos improductivos, granjas muy apartadas unas de otras, animales flacos, un par de jinetes en el horizonte. Campañas, hordas de ladrones, puestos de vigilancia. Teodorico viajaba hacia su pueblo acompañado de numerosa tropa. Nadie le importunó en su camino. Sin embargo, todos los indicios indicaban claramente que su pueblo ya no podía esperar más, que debía ser liberado de su miseria. Mientras recorría el país, ninguna de las imágenes que veían sus ojos le atormentó tanto como las que conjuraba su mente. ¡Cuántos reproches y acusaciones, francos o velados! «¡Has vendido a tu pueblo para regalarte con el lujo de Bizancio, vestido de púrpura!»

A diario llegaban a Novae enviados de los príncipes bárbaros. ¿Qué hará el noble pueblo godo para vengar el ultraje cometido contra los rugienos? ¿Quién puede cruzarse de brazos al ver reclamada de nuevo la tierra de nadie, después de cien años, y las águilas romanas campeando otra vez, impunemente?

Teodorico sabía que su regreso podía hacer milagros. No necesitaba más que una sola declaración: ¡El rey, el hijo de Amal, ha tomado nuevamente en sus manos el destino de su pueblo! Al alba acudían en tropel ante su casa los guerreros jóvenes. No podían comprender por qué los guardas bizantinos formaban una línea de centinelas. Él era su rey, llevaba su misma sangre. Sus padres habían elegido rey a Teodorico. ¿Por qué no podían hablar con el hijo de Amal? Venían rebosantes de entusiasmo, pero sus palabras eran ásperas: Los godos estaban dispuestos a luchar incluso contra los infiernos, pero no a soportar por más tiempo su pobreza.

Teodorico pensaba en la historia de las seis mil lanzas. Y en Nébula, que ya se había convertido en una niebla, en un resplandor lejano entre las nubes del firmamento.

Salieron jinetes hacia los cuatro puntos cardinales. Como en otros tiempos, muy remotos ya, el mensaje a los guerreros dispersos era el mismo: «Uníos al pueblo de

Teodorico, incrementad su ejército». Y los viejos también conocían el significado de la orden: «¡Reparad los carros!»

Llegó al campamento un reducido grupo de los rugienos vencidos, del pueblo de Fridericus. Eran cien veces más pobres que los godos, y semejaban salvajes acosados. Soñaban con asesinar e incendiar. Los godos ancianos intercambiaban miradas secretas: Los rugienos hubiesen preferido tenerlos como enemigos que como aliados.

Finalmente llegó un mensaje de Bizancio. Su Majestad deseaba consultar con Teodorico; al fin y al cabo, el rey era general de todas las fuerzas armadas bizantinas. Una campaña contra Persia, una expedición de castigo contra los vándalos, y la supresión de la herejía en Egipto eran los asuntos más urgentes, y por si ello fuera poco, aliados de los godos arrasaban las aldeas.

En Bizancio, Teodorico había aprendido a guardar el solemne ritmo de los días. Quien entonces asistía a la escuela del palacio imperial, elaboraba un plan diario para todo. Los capitanes godos miraban con recelo las hojas de pergamino sobre las cuales —gracias a los signos escritos de los cristianos— se podían imprimir los pensamientos. Sin escriba que anotase sus órdenes, el rey no podía dar más instrucciones. Por doquier se encontraba un griego o un bárbaro convertido en bizantino, que supiese escribir.

De modo paulatino volvió a organizar un nuevo ejército godo. Pero también esta vez eligió Teodorico para su séquito los mismos guerreros que merecían su confianza desde que realizara la campaña de las seis mil lanzas. Entretanto, los niños nacidos el año de la conquista de Singidúnum ya habían alcanzado la adolescencia. Los capitanes que servían en la guardia goda de Bizancio se ocupaban de la disciplina, y se esforzaban por mantener formadas las unidades de caballería, que marchaban bajo las insignias de todas las tribus y se desperdigaban con facilidad.

Enviados del emperador habían acompañado hasta Novae a Teodorico, en señal de respeto, pero también para vigilar todos sus pasos. Los escribas esperaban con impaciencia el momento en que Teodorico pronunciaría la palabra decisiva. ¿Contra quién se preparaba, por qué se armaba?

El rostro de Teodorico no traicionaba nada; nadie conocía sus planes. ¿Hacia dónde se dirigía la avanzada, que había recibido órdenes concretas, hasta qué punto del Ister llegaría y dónde esperaría el grueso del ejército?

La hierba crecía por doquier, y los caballos recobraron las fuerzas. Teodorico había traído de Bizancio monedas de oro, a cambio de las cuales los pueblos de la estepa les darían alimentos, y de este modo podrían atravesar las regiones más pobres. La tierra de nadie, escasamente poblada, no mostraba apenas signos de que también era una provincia del imperio romano. El camino conducía a través de pantanos, y cuando llegaron a los buenos pastos, se detuvieron durante unos días. No tenían prisa: ningún enemigo les perseguía.

Así llegó el ejército godo a la frontera de Tracia: ante él se extendía el imperio… ciudades ricas, huertos de árboles frutales, viñas, olivos, campos de cereales. Los ojos de los godos se iluminaron, las manos tocaron el hacha. ¡Coger cerezas desde la silla, entonces sacudir el tronco, y llenar los carros con los frutos maduros! Con un solo movimiento, Teodorico puso fin al saqueo.

Los magistrados de las ciudades les salían al encuentro con el pan y la sal. Se dirigían a él con los títulos de cónsul, *magister militum* y patricio. Aquí ya se notaba el aliento del palacio imperial. Las ceremonias resultaban incomprensibles para los godos. Teodorico tenía la impresión de que por su culpa, su propio pueblo le miraba con recelo. ¿Por qué no permitía el saqueo, y no dejaba que sus jinetes se quedaran con los tesoros de las ciudades? No podían comprenderle. Teodorico montaba su caballo o viajaba en el carro. ¿Adónde les dirigía el rey? ¿Adónde llevaba a su pueblo el patricio? Las noticias que llegaban al palacio imperial eran tanto más inquietantes cuanto más cerca se hallaba el rey. Mientras estaba en Novae, nadie se había preocupado de él. Se trataba de una comarca remota, donde reinaban el hombre y los lobos y soplaban los vientos de Bóreas.

En el palacio imperial se sucedían las consultas: ¿qué debía hacerse? ¿Concentrar tropas para la protección de la capital? ¿Enfrentarse a los godos y cerrarles el paso en Tracia? ¿Enviar órdenes a las ciudades de que no dieran más trigo a los godos y guardasen cuidadosamente las puertas? 0 bien… ¿ganarlos con palabras aduladoras y enviarles legaciones con regalos, alimentos y dinero?

—Zenón sigue confiando en su hijo —decían los Silenciarios.

El emperador no quería enviar a sus tropas contra los godos. Aprobó el plan de concentrar el ejército, pero dio orden a las ciudades de Tracia de ayudar a Teodorico y hacer todo lo posible por la tranquilidad y la paz. Ante todo debían convencer al rey con palabras amistosas de que aplacara a su ejército, siempre tan ávido de botín.

Antes de que estas órdenes llegasen a las provincias, su sentido ya se había transformado. Cada municipio estaba convencido de que debía cuidar de su propio destino: emisarios conciliadores, carros repletos, sacerdotes y bolsas llenas de oro… el rey entendería este lenguaje. Si las ciudades le recibían bien, le abrían las puertas, alimentaban a su ejército, los godos seguían su camino sin saqueos ni devastaciones. Pero allí donde encontraran resistencia o el magistrado resultaba tacaño, los desmanes no se hacían esperar. Los godos provocaban incendios, el fuego les procuraba placer, y obligaban a los desgraciados habitantes a contemplar su obra.

Pero esto era sólo una pequeña prueba de lo que esperaba a Tracia si se oponía a Teodorico, y de lo que ocurriría a Bizancio si el emperador no recibía a su hijo con los brazos abiertos.

¡Campos arrasados o intactos, ciudades incendiadas o indemnes, según le concedieran o no el paso libre! ¿Qué planes tenía Teodorico? ¿Se dirigía contra

Bizancio? ¿Quería convertirse en emperador de los godos? ¿Ser *basileo* en lugar de patricio? En palacio se acumulaban las malas noticias, los habitantes de la ciudad emigraban cada vez en mayor número hasta Asia, al otro lado del estrecho. El pánico parecía adueñarse de Bizancio.

Los centinelas de los torreones anunciaron la aparición de unos puntos negros en el horizonte. Las noticias llegadas a Bizancio decían que los godos avanzaban formando un ancho abanico. Como nadie les opuso resistencia, no se había librado ningún combate. Todavía no arrasaban nada, pero su orden de batalla hacía suponer que estaban dispuestos en todo momento a medir sus fuerzas con el ejército griego.

Un Silenciario llevó a Teodorico, el hijo, las palabras amistosas e invitadoras de su imperial padre:

—¿Por qué no corres a mi lado, Teodorico? ¿Por qué no deseas ver a tu padre, que te espera lleno de amor?

El cortesano bizantino leyó en el rostro del príncipe bárbaro las emociones encontradas que le embargaban. Teodorico había recibido a solas a los enviados de Zenón; los centinelas no permitieron la entrada ni a los condes godos. El Silenciario había venido preparado para una dura confrontación, pero sabía dominarse. Intercambiaron palabras anodinas en el acostumbrado lenguaje de la corte, con pequeñas alusiones y la retórica usual. Quien comprendía este lenguaje sabía que detrás de cada palabra se ocultaba un dardo.

El patricio se puso en pie. Su rostro tenía la dureza de los momentos en que tomaba grandes decisiones. Las venas se hincharon, y los ojos casi se salían de sus órbitas.

—Suplico a su Majestad, mi padre, que determine el día y la hora en que puede recibirme.

Los enviados contemplaban la llanura desde la ventana de la estancia situada en el primer piso del cuartel general de Teodorico. Era mediodía. En las calderas hervía la carne de los bueyes de Tracia. Ensartados en asadores giraban sobre el fuego los corderos de los montes tracios. Era terrible pensar que esta horda salvaje e incontenible podía precipitarse sobre Bizancio.

El sacerdote asperjó al rey con agua bendita. El enviado dibujó sobre su frente el emblema de la paz. Intercambiaron regalos, y en la cancillería goda se redactó la acostumbrada solicitud, en la que Teodorico se dirigía al *basileo*. ¿Se habían suavizado sus facciones? ¿Era realmente la personalidad romana de Teodorico más fuerte que la del bárbaro de la estepa? El Silenciario contempló con el pensamiento la villa que esperaba recibir del emperador como recompensa por la misión cumplida… situada, eso sí, al otro lado del Helesponto.

Zenón recibió a Teodorico en audiencia ultrasecreta; solamente el historiador de la corte se hallaba sentado en un rincón, a fin de tomar nota de cuanto se dijera. El

rey godo se presentó vistiendo la túnica de corte de los Grandes del imperio, y nada indicaba que era el rey del ejército bárbaro y que éste se encontraba acampado ante las murallas de la ciudad, dispuesto a atacar a la urbe protegida por los ángeles a una sola seña de su señor.

En estos momentos cruciales, el emperador sólo podía tener un propósito: evitar el peligro inminente. Si todos sus esfuerzos en favor de la paz resultaban inútiles, su misión era aplazar la ruptura definitiva hasta que llegase a la ciudad el ejército auxiliar de Asia Menor. Durante la reunión del consejo hubo algunos que aludieron al conocido método de rodear el cuello del patricio con un cordel de seda, o bien a su llegada o cuando abandonase la sala de audiencias. Pero ¿quién osaría portarse de manera tan bizantina con el visitante del emperador, cuando ante las murallas esperaban al menos cincuenta mil guerreros godos, con el arma en la mano y sedientos de sangre? ¿Quién podía saber cuántos miembros de la guardia imperial eran fieles al patricio? Habría un baño de sangre si alguien se atrevía a tocar un solo dedo del rey de los godos.

Teodorico se arrodilló como prescribía el ceremonial, y como si no existiera ninguna diferencia entre él y el emperador y ninguna brecha entre el pasado y el presente. Y cuando el emperador le otorgó el permiso para hablar, las palabras de Teodorico brotaron como un torrente incontenible:

—La única alegría del hombre digno es estar al servicio de Vuestra Majestad. ¿Qué me ha faltado a mí en este palacio? ¿A quién ha tratado Vuestra Majestad con más benignidad que a mí? ¿Por qué podría desear yo provocar el ceño en la frente de Vuestra Majestad?

—Cuando me asomo a la ventana, Teodorico, veo arder la ciudad de Melantea. ¿Quién le ha prendido fuego? A una distancia de apenas cinco millas de las murallas exteriores…

—Sus habitantes hostiles y desobedientes han recibido una pequeña lección. Sin embargo, mis guerreros me han seguido hasta aquí porque esperan que mis palabras ablandarán el corazón de Vuestra Majestad.

—Hemos dado una provincia a tus godos. Pastos ubérrimos, agua. ¿Qué queréis ahora?

—Una verdadera patria.

—En suelo griego no hay lugar para tu pueblo.

—No pienso en las provincias griegas. Suplico tu benevolente autorización.

—¡Te escucho, hijo mío!

—Al usurpador deben haberle inquietado los malos sueños, pues ha abandonado su campamento de Ravena y atacado sin permiso a los fieles aliados de Vuestra Majestad.

—Panonia y Nórica están muy lejos.

—Pero con viento favorable, Italia está sólo a un día y una noche de distancia de Dirraquio. Déjanos marchar, Majestad, para que derrotemos al usurpador y pongamos de nuevo a las provincias itálicas bajo las alas del imperio.

—¿Cuál es tu verdadero objetivo?

—Majestad, mi pueblo y yo estamos ante una encrucijada. Ni los guerreros ni las mujeres pueden soportar más la miseria que han sufrido en Mesia. Tenemos que hacer algo. Si Vuestra Majestad nos diera provincias griegas, las aceptaríamos con el corazón agradecido, pero las obtendríamos sin lucha. Vuestra Majestad está preocupado por vuestro pueblo, y nosotros nos inclinamos ante vuestra voluntad. Vos mismo lo comprendéis: sólo nos queda un camino… y es el de Italia.

—¿Con cuántos guerreros atacarías a Odoacro?

—Con todo mi pueblo. Aún no he decidido si lo conduciré a través de los pasos de los Alpes o a bordo de barcos que nos llevarían al sur de la península. Este último sería el camino más rápido, pero ¿dónde conseguiré los barcos suficientes para transportar a todo el pueblo y además los caballos, el ganado y los carros? Por esta razón me veré obligado a elegir el camino más trabajoso de las montañas.

—Si te vas a Italia, no volveré a verte; no podrás seguir a mi lado.

—Vuestros sentimientos paternales me llenan de la más profunda alegría.

—¿Qué deseas de mí para la conquista de Italia?

—¡Un único pergamino con vuestra imperial firma y el sello del Senado! ¡Un edicto!

—¿Qué ventaja reportará ello al imperio?

—Si nuestra empresa tiene éxito y conquistamos Italia, Vuestra Majestad habrá ganado la campaña que dará a Bizancio su herencia legítima. Si fracaso, Vos no habréis perdido nada. El imperio no sufrirá por nuestra desaparición.

Zenón contempló al hombre que tenía ante sí, cuyo rostro era tal vez en este momento un auténtico reflejo de sus pensamientos.

—¿Qué garantía me das?

—Cumpliré mi juramento y consideraré siempre a Vuestra Majestad como mi padre. Mi pueblo… hombres, mujeres y niños hambrientos, representan un peligro constante. Puedes creerme, señor, tampoco es fácil para mí mantener a raya a mis guerreros. No es fácil detenerlos ante las murallas de esta ciudad. ¿Qué pueden perder…? Si quieren conquistar Bizancio, que tiene poderosas murallas pero… un corazón débil…

—¿Me estás amenazando, Teodorico?

—¿Por qué habría de hacerlo? Tengo que asegurarme el favor de Vuestra Majestad. Si mi pueblo se pone en marcha, no os amenazará ningún peligro. Hablo como servidor del imperio, y no como rey de mi pueblo. ¡El único camino practicable es el que nos conduce a Italia!

—Pero de este modo te perderé, Teodorico. Ya no podrás estar a mi lado…

—¡Italia será sobrada compensación! ¡Os lo ruego, dadme vuestra bendición y dejadme marchar, magnánimo señor!

El viaje por mar, con tiempo encalmado, hubiera sido más corto y también más cómodo que cruzar los Alpes en pleno invierno con todo su pueblo. Pero no tenían barcos. Los godos no estaban familiarizados con el mar, y entre sus aliados tampoco había pueblos marineros. También carecían del dinero suficiente para comprar barcos. Incluso el emperador tenía pocas galeras para un pueblo tan numeroso y sus carros y animales.

Llegaron emisarios del otro lado del mar. Los sacerdotes informaron a la corte imperial del profundo descontento que reinaba entre los cristianos ortodoxos, porque el patricio-rey favorecía en todo a los arrianos. El Senado romano carecía de poder, no era más que una asamblea de viejos decrépitos. La fuerza de Odoacro descansaba principalmente en los viejos guerreros, en los veteranos. Pero éstos se habían ido acostumbrando con los años a los goces de una vida pacífica. Habían fundado familias, labrado la tierra y participado en la existencia comunitaria de las aldeas. Sólo volverían a empuñar las armas contra su voluntad; opinaban que ya habían luchado lo suficiente. Y los guerreros nuevos, reclutados por Odoacro entre las tribus del norte, no eran de confianza.

¿Por qué habían de olvidar los guerreros rugienos el trato que diera Odoacro a sus parientes de Nórica?

Los emisarios que llegaron al campamento godo relataron que los restos mortales incorruptos de Severino habían sido trasladados al sur, porque no se consideró prudente dejar tan sagradas reliquias en el turbulento norte. La iglesia donde serían veneradas se hallaba en una lengua de tierra de la costa napolitana, cerca de la villa de Lúculo, donde vivía el antiguo emperador de Roma, Rómulo Augústulo.

Las noticias se contradecían. Después de ser cuidadosamente sopesadas en la cancillería goda, la imagen que resultó fue la siguiente: En Italia ya no existía el caos, ya no era una tierra de nadie como bajo los últimos emperadores. Al principio, Odoacro había derramado mucha sangre, pero a medida que fueron disminuyendo los antagonismos y los terratenientes y campesinos se hicieron a la idea de que los guerreros de las tropas auxiliares bárbaras se apropiarían del mejor tercio de sus posesiones, y decreció el malestar reinante en el campo, la crueldad del rey se suavizó, y empezó a imperar un determinado orden.

La campaña de Odoacro del año anterior no había soliviantado mucho los ánimos. Exigió mucho dinero, pero el botín superó con mucho los gastos de armamento del ejército. La noticia del triunfo de Roma se había difundido al norte de los Alpes, y la derrota de los rugienos constituyó un ejemplo del hecho fehaciente de que el imperio estaba en condiciones de reconquistar las provincias siempre que quisiera.

Cuando se propagó el rumor de que el victorioso Odoacro evacuaba las provincias conquistadas y se llevaba a los habitantes de las ciudades, cundió el desconcierto. Los bárbaros conocían con exactitud el dicho de las legiones cuando ponían los pies en tierras remotas: *Hic remanebimus optime*. Con ello querían decir: Aquí permaneceremos mientras nos plazca. ¿Por qué, entonces, el general victorioso evacuaba voluntariamente la tierra conquistada?

Si los godos hubieran dispuesto de barcos, habrían bajado a tierra en Bríndisi. Con el viento de otoño a su favor, un ejército más reducido podía hacer la travesía en dos días. Cabalgando a lo largo de la costa, Teodorico contemplaba las velas de los navíos que zarpaban. La flota se marchaba de maniobras. Glicinio y Nepote habían sido transportados en barcos, junto con sus tropas. Teodorico, cabalgando a lo largo de la costa, solitaria y barrida por el viento, sintió que estaba rodeado de enemigos. No tenía ningún amigo verdadero, dispuesto a ayudarle. Bizancio sólo ansiaba librarse de la agobiante proximidad del peligro godo. Pero carecía de barcos, de ayuda y de oro.

En realidad, en parte alguna se atendía tan admirablemente a las ceremonias como en Bizancio. El edicto imperial, el documento del solemne tratado con Teodorico, había sido redactado en griego y en latín según la más antigua tradición. Recibió el nombre de *Pragmatica Sanctio*. Su texto fue discutido en el consejo imperial y seguidamente, sometido al Senado. El contenido se ajustaba a lo acordado verbalmente por Teodorico y Zenón. El imperio autorizaba a Teodorico y a su pueblo la conquista de Italia. El patricio, por su parte, reconocía la soberanía del imperio y del *basileo*.

El texto era muy breve, sin concretar ningún punto determinado, por lo que muchas veces, tal vez intencionadamente, se prestaba a distintas interpretaciones. Si el emperador adjudicaba Italia, como su propia tierra, estaba en su derecho: todo el poder seguía en sus manos; lo que daba, podía quitarlo de nuevo. En el edicto se mencionaba a Italia como parte del imperio, cuya población obedecía las órdenes de su sagrada Majestad. No había la menor indicación de que el pueblo de los godos estaba a punto de comenzar la empresa más dudosa de su historia.

Se abrió la gran puerta del palacio imperial. Los jefes de los Azules y los Verdes entraron en representación del pueblo, cuya presencia era exigida por el ceremonial desde tiempos inmemoriales. En la parte sombreada del inmenso patio de gala se acomodó la corte; la guardia personal acuartelada en Bizancio simbolizaba al ejército. El eunuco jefe trajo el documento en un estuche adornado con piedras preciosas. El consejo imperial tomó asiento ante una enorme mesa. Sus sagradas Majestades llegaron en literas desde sus aposentos. El rito del imperio exigía que nada interrumpiese la armonía general. A la ceremonia sólo pudieron asistir los principales caudillos godos. El ejército tuvo que permanecer lejos de Bizancio, con órdenes de no

abandonar su campamento, por lo que se vio obligado a contentarse con los generosos víveres suministrados por el gobierno imperial.

Teodorico se transformó en romano una vez más. Era el patricio; los demás títulos quedaron relegados a la sombra, incluso el de hijo adoptivo del emperador. Una corona de laurel adornaba la frente del dignatario romano. Una cinta de púrpura en su toga blanca indicaba su título, mientras que la capa tejida en oro que cubría sus hombros simbolizaba a Bizancio.

Zenón parecía flotar en las alturas. Los ancianos del Senado tomaron asiento en el gran palco del patio. Al patricio le correspondía un trono propio. En las arcadas, medio ocultos, coros masculinos entonaron el aleluya. Era una gran fiesta, una ceremonia inolvidable para la ciudad: Zenón, el emperador, despedía a Teodorico. En aquel mismo instante sonaron los trombones, y el coro que cantaba bajo las arcadas incrementó el volumen de su voz.

Zenón habló. El emperador no era un orador nato, ni conocía los clásicos romanos. En las sesiones del consejo y durante las conversaciones con sus confidentes, sus palabras sonaban más seguras que aquí, en el enorme patio de gala del palacio, donde todos le escuchaban atentamente.

—Si cumples tu misión, patricio, tendrás en tus manos con nuestra aprobación la mitad occidental del imperio. No olvides, Teodorico, que cuantos allí viven son nuestros hermanos romanos. Todos procedemos del mismo tronco. Somos hermanos. Manifiesta respeto al Senado romano, que promulga sus leyes en Nuestro nombre. Recuerda todos los días que nosotros te hemos enviado para tomar posesión de nuestra legítima herencia. Cuando llegues a Italia, tus palabras serán las palabras del imperio. ¡Que Cristo te acompañe, Teodorico, hijo mío!

Soplaba un viento cortante; gruesos nubarrones recorrían el cielo. Entre el polvo gris que levantaban las herraduras del caballo, Teodorico revivió de nuevo la ceremonia. Trombones, un exceso de oro y de púrpura. La bendición del patriarca, las palabras fraternales de los caudillos del ejército. Ahora estaba reconociendo la costa con dos griegos y una docena de godos. ¡En ninguna parte encontraba una mano amiga! La gran ceremonia de estado con que el imperio le había despedido se le antojaba un servicio de acción de gracias: ¡Por fin Teodorico se aleja con sus hordas! ¡En lo sucesivo ya no amenazarán sus godos la ciudad y el palacio imperial!

«Tú propagarás nuestra palabra», había dicho el emperador, y nadie mencionó a Odoacro, el duro y poderoso bárbaro que no necesitó a ningún *basileo* para conquistar Italia. Como si quisiera proclamar ante el mundo su desprecio por las insignias imperiales, las había enviado a Bizancio, después de que Rómulo Augústulo las depusiera ante el Senado romano. ¿Por qué aquel lujo anticuado? ¿Quién necesitaba un emperador occidental, una marioneta superflua que sólo servía para tragar dinero? Ahora, el último emperador podía contemplar el mundo desde los

muros de la villa de Lúculo, podía acercarse a la orilla del mar y admirar el ritmo de las olas. Sin embargo, ¡Bizancio jamás reconoció a este emperador! Pero Odoacro seguía viviendo y gobernando.

Los guerreros de Teodorico estaban aún acampados en las cercanías de Bizancio, y el pueblo continuaba en la comarca del Ister, cuando el rey de los godos propagó la noticia: «¡Preparaos! ¡Estamos ante la gran emigración, que tanto hemos ansiado durante décadas! Saldremos en dirección al mar cálido y el maravilloso mundo del sur. Nos iremos todos… Italia tiene que ser vuestra.»

El cielo y el mar se confundían bajo las nubes grises. Era temprano por la mañana. Antes de ponerse en marcha con todo su pueblo, una capa de nieve cubriría las cimas de las montañas. ¿Cómo cruzaría los Alpes? ¿De qué medios dispondrían los emigrantes cuando abandonasen la calzada romana y se aventurasen en terreno montañoso? Sin embargo, no podían esperar hasta la primavera siguiente, hasta que las tierras inundadas estuvieran secas. Mañana Odoacro ya estaría enterado de sus preparativos. Durante el invierno, en Italia se formaría un nuevo ejército. Por esta razón, el rey de los godos tenía que ponerse en marcha en otoño si quería salir victorioso.

XXVI

El prisionero contaba los años mientras lanzaba piedras a la tranquila superficie del mar. Ya había cumplido veinticinco años, y éste era su doceavo otoño que pasaba en la costa napolitana. Rómulo Augústulo llegó siendo aún un niño a esta lengua de tierra rodeada de acantilados y barrida por las olas, y ahora que ya era un hombre, los años de su vida transcurrían como sombras anónimas.

Era un prisionero como otros lo fueron antes que él, pasando sus días entre los muros de esta villa ya un poco ruinosa, construyendo aquí y allí un ala nueva, plantando árboles frutales, y haciendo instalar un estanque para peces, que ahora se había convertido en un simple charco. Ningún confidente le hacía compañía; no tenía amigos ni enemigos, sólo centinelas indiferentes. Así lo había querido Odoacro y así lo decretó el Senado. El propio Rómulo depositó la corona y el manto de púrpura sobre la mesa de roble, después de inclinarse ante la asamblea de ancianos; le habían perdonado la vida, aunque no faltó quien, como Anicio, exclamó: «¿Qué ocurrirá cuando el muchacho crezca y pretenda ser emperador?»

Muchas veces permitían la entrada en la villa a actores, comerciantes y bufones, si podía pagarlos la reducida bolsa de Rómulo Augústulo.

El actor había recitado a Plauto. También interpretó, cambiando cada vez el tono de voz, a diferentes personajes. Imitó a un guerrero, a un ciudadano, e incluso a una mujer. Era costumbre invitar a comer a un actor de su categoría. Si el anfitrión lo deseaba, también recitaba versos en la mesa… esta vez fueron de Horacio. Rómulo Augústulo tenía los ojos cerrados; los hombres que le rodeaban comprendían apenas las palabras del viejo poeta. La oda era larga; ¿a quién interesaba todavía conocer los juegos de los niños en la Roma pagana? El antiguo emperador no tardó en quedarse solo con el actor, que de vez en cuando sorbía vino de una copa de plata. Entonces, de manera inopinada, pareció fallarle la memoria, y mientras fingía esforzarse por recordar el siguiente verso, pronunció con voz queda:

—Teodorico, el rey godo, se acerca por las grandes montañas. Expulsará de Italia a Odoacro. Tú serás libre, señor.

Rómulo preguntó en un murmullo:

—¿Traes alguna noticia? ¿Para mí?

El capitán de la guardia entró. ¿Qué buscaba aquí este extranjero, a quien nunca había visto por estos lugares? Los versos volvieron a fluir. En la lengua latina falta la palabra «sí». Por eso el actor repuso en voz baja, cuando se inclinó al terminar su recitación:

—*Ita est*. Así es, excelso señor.

¿Llegaban hoy más lejos que nunca las piedras que Rómulo Augústulo lanzaba

contra la superficie del mar? Nadie le regateaba este placer al antiguo emperador. No era necesario ocuparse de él mientras paseaba durante la bajamar entre las secas y malolientes rocas, peces muertos, algas, musgo, y a veces incluso restos de un naufragio, que el viento arrastraba hasta la playa. ¿Restos de un barco naufragado hacía mucho tiempo o recientemente… o acaso restos de un imperio en ruinas? El emperador César Augusto miró hacia el mar; aún tenía en la mano un puñado de piedras. Cuando llegase a la roca rojiza, que el sol veteó repentinamente de oro, aparecería Teodorico, del cual sólo conocía su nombre medio bárbaro y medio griego. ¿Quién era ese Teodorico? ¿Por qué venía a Italia? ¿Cuántos años necesitaría para llegar a las antiguas cuevas de las sibilas de Cumas? ¿Hasta que divisara Nápoles y de allí se dirigiera a la villa de Lúculo?

La guardia se acercaría a rendirle honores, las puertas se abrirían y el rey bárbaro, surgido de la niebla, diría: «Te he traído de Bizancio la diadema y la toga de púrpura. Cúbrete con ella, el invierno está al llegar. ¡El año próximo te pertenece, César!» Y caminaría de la mano del extranjero Teodorico hasta que él, Rómulo Augústulo, entrase de nuevo en Roma.

Con los picos en las manos, practicaban un camino sobre el hielo para ellos y todos cuantos les seguían por los gigantescos montes. Se habían puesto en marcha con manadas de bueyes y miles de caballos, que eran el tesoro de los godos, la única posesión con que llegarían a la tierra cantada por las leyendas, la tierra donde el sol nunca deja de brillar.

La avanzada tenía la misión de abrir el camino entre las montañas. Pero éste era el trabajo más fácil. Algunos de los hombres más fuertes se hundían en el hielo hasta las caderas, y con la azada construían un camino para los carros… aquellos vehículos pesados, de ruedas hechas toscamente, que transportaban a su familia, sus bienes, su futuro. La mayoría vestía una camisa de lino y sobre ella, un corto abrigo de lana. Estas prendas se helaban en las montañas cubiertas de nieve, los copos se introducían en los pliegues y el cuerpo temblaba de frío.

Para que un ejército, o mejor dicho, todo un pueblo recorriese un camino tan difícil, era preciso mantener viva su esperanza. Italia estaba lejos. El pueblo, eternamente hambriento, mataba muchos de los bueyes, y otros resbalaban y caían por las gargantas. Muchas veces un animal patinaba por encima de una hendidura cubierta de nieve. El eco de sus bramidos acompañaba durante mucho rato a la caravana.

Así iban avanzando, en terrible lucha contra los elementos, pero acercándose lentamente a la otra vertiente, que era más suave y transitable, y donde el río descendía por un cauce de escaso desnivel, mientras que en este lado todo eran rocas y barrancos. Cuando la avanzada alcanzó el río, destacó a algunos jinetes que montaban caballos todavía fuertes, para que reconociesen el terreno. Una hora

después supo Teodorico la mala noticia: en la orilla opuesta había centinelas gépidos. Cuando los godos llegaron al río, y en señal de paz agitaron ramas verdes, les recibió una lluvia de flechas y se vieron obligados a retroceder.

Una legación se dirigió hacia el rey desconocido que de improviso obstaculizaba aquí el camino de los godos. Los pueblos nómadas conocían las insignias que llevaban los legados. Enviaron una balsa a recogerlos, y los acompañaron a presencia del príncipe de los gépidos. Águilas romanas y sólidos de oro bizantinos, el título de patricio y lanzas godas: tales eran los triunfos que debían jugar los enviados. Pero el príncipe gépido recelaba que se tratase únicamente de un ejército nómada, al que Bizancio hubiese retirado su protección. Tal vez los godos daban un rodeo para regresar al Danubio, a la comarca del gran lago, donde ahora pastaban los ganados de los gépidos. Los emisarios del rey Transtila habían informado de que el pueblo de Teodorico estaba débil y hambriento, que muchos caminaban con los pies helados, que sus caballos carecían de fuerza y los innumerables carros entorpecían la marcha del ejército. Por todo esto, la respuesta de Traustila fue fría y burlona, y su aliento presagiaba una muerte ignominiosa para los godos. ¡Un pueblo derrotado, un ejército condenado al fracaso! Entre los hijos de Amal, la respuesta del rey gépido se propagó con la velocidad del viento.

Teodorico se vio a sí mismo por un instante en el palacio imperial, como cónsul bizantino. Ropas de seda, un baño diario, manjares exquisitos, consejeros inteligentes, mujeres perfumadas. En cambio aquí, su tienda se levantaba a la orilla del río, y estaba rodeado por un pueblo apático que no sabía si mañana el campamento no se convertiría en un gigantesco cementerio.

Las tropas de reconocimiento volvieron ensangrentadas y diezmadas. Las balsas habían sido hundidas por una lluvia de pesadas piedras, y los caballos pudieron trepar a duras penas por la escarpada orilla, mientras a su alrededor caía una cortina de flechas.

—¡Mi rey, no podremos cruzar el río!

Recordó los jóvenes guerreros de las seis mil lanzas, que ahora ya habían sobrepasado la primera mitad de su vida. Con guerreros jóvenes tal vez intentaría de nuevo la hazaña. También esta vez con seis mil lanzas; ¿sería acaso un número de la suerte…? Oyó el grito de guerra de los gépidos, mientras el viento azotaba el caudal hinchado del río. Se enderezó el estandarte real, y a su derecha e izquierda fue colocada un águila de bronce romana. El rey hizo saber que para este ataque necesitaría únicamente a los más audaces.

Tal como exigía la tradición, el escudero alargó a Teodorico una gran copa de madera llena de vino. Con las últimas gotas salpicó la arena de la orilla. Todo cuanto aprendiera de los estrategas debía ser cumplido al pie de la letra. Las balsas que construyeron durante la noche formaban, unidas, un puente, y los gigantescos

escudos una muralla movible contra la que rebotaban las piedras y se clavaban las flechas. Los gépidos carecían de catapultas y de arcos. En cambio, los venablos de los godos amenazaban a quienquiera que se aproximase demasiado a la orilla opuesta. El número de atacantes no era grande, pero constituían un grupo elegido y organizado, y la presencia de Teodorico en el momento de mayor peligro centuplicaba el valor de los jóvenes guerreros.

Los gépidos eran ladrones inveterados. En las historias sobre las grandes emigraciones de la estepa, no constaba en ningún lugar que un ejército gépido hubiese vencido alguna vez en lucha abierta. Los godos lo sabían, y Teodorico se lo recordó con detalle mientras cruzaban, luchando, el río, y buscaban un lugar en la orilla que no fuese demasiado escarpado. Como si cruzase un paso entre montañas, así pasó el ejército la garganta. Tras la cadena de colinas, las hileras de gépidos eran más cerradas, y esta vez no estaban colocados en la estepa, sino dispuestos para la lucha abierta. Teodorico tenía la ventaja de saber más del arte de la guerra que el caudillo de los gépidos. Un general calculador encauzaba la temeridad de sus guerreros, y ahora les sirvieron de mucho los largos y fatigosos ejercicios a los que Teodorico les sometiera antes de la gran emigración, exactamente según las reglas del arte romano de la guerra. Penetraron la primera línea y llegaron a la cima de una cordillera. Desde allí vieron el bosque de tiendas de los gépidos, ganados enteros y cientos de caballos. ¡Qué hermoso botín se extendía ante los ojos de los hambrientos godos!

Se inició una lucha sin cuartel. Los gépidos, que habían contado con una victoria fácil, luchaban ahora por su vida, cuerpo a cuerpo. La espada de dos filos de los gépidos resultó considerablemente más fuerte que la corta espada de los godos. Pero el estandarte de Teodorico seguía en alto, y junto a él, las dos águilas romanas. Siguieron avanzando, durante unos momentos se quedaron estancados, pero el estandarte no tardó en volver a ondear al viento… todos los ojos podían seguir su trayectoria. La lucha era siempre más encarnizada en el punto donde aparecía el rey montado sobre su caballo de batalla. La masa de los gépidos le volvía la espalda, pero entonces se enfrentaba al muro formado por la guardia goda.

Del campamento de los gépidos salió un grupo de jinetes. El penacho del yelmo lo indicaba y la señal del cuerno lo proclamó: el rey salía al encuentro del otro rey. Dos colinas los separaban. Por orden de Teodorico hincaron una rodilla en tierra los mejores arqueros; los veteranos instruidos en Bizancio esperaban la señal, dispuestos a lanzar sus catapultas. La espada de Teodorico se alzó en el aire, y a través de la espesa lluvia de flechas salieron disparados tres largos venablos. El blanco de los tres era Traustila. Los gépidos no contaban con ningún peligro a distancia tan considerable. Seguían cabalgando con los escudos junto a los flancos del caballo, para adquirir mayor velocidad. No tenían intención de levantar los escudos hasta el

momento en que las flechas pudieran alcanzarles. El primer venablo lanzado por catapulta se clavó en el caballo de Transtila, el segundo le pasó rozando, y el tercero, apuntando con más exactitud, atravesó la garganta del príncipe gépido.

Teodorico pensaba en Roma y en Bizancio cuando dio la señal para el último ataque. Siguió una persecución salvaje que no hubiese merecido la aprobación de los estrategas del palacio imperial. Se impuso una furia ciega que ningún general hubiera sido capaz de frenar. Ya era imposible pretender un movimiento de tropas organizado. El frenesí era un arma de los bárbaros que no podían aceptar los hombres que habían hecho una ciencia del movimiento de los ejércitos. Sin embargo, la muerte del rey era una señal divina.

Los godos alcanzaron el campamento gépido. Esto podía ser peligroso, porque la avidez de los guerreros, la vista del botín, la ansiada recompensa de la lucha, disminuía el poder del general sobre su ejército. Precisamente cuando el enemigo contraatacaba con sus reservas, el guerrero entregado al saqueo era un contrincante indefenso.

El estandarte del rey ondeó al frente de los atacantes. Teodorico guio a sus guerreros de manera que apenas rozaron el campamento de los gépidos. Miró hacia atrás: sólo unos pocos se habían separado de la tropa, y eran hérulos. Los godos seguían a su rey. El ejército de Teodorico persiguió a los grupos gépidos que aún luchaban, ya en su mayor parte dispersos. Ahora no tenían posibilidad de vencer, y su rey estaba muerto. Ni siquiera los más valientes desdeñaron la huida.

No tardó en caer la noche. Aquí y allí luchaban todavía con tesón algunos pequeños grupos. Los fugitivos desaparecieron en el horizonte. Nadie se dedicó a perseguirles; tanto hombres como animales estaban extenuados.

Los guerreros godos entraron en el campamento de los gépidos. Sólo encontraron a algunos atemorizados ancianos, que por carecer de caballo no habían podido huir. Ninguno de ellos protegía ya los abundantes víveres: tinajas de aceite, cereales, carne curada al sol. Se apostaron centinelas en las cumbres que dominaban el campamento para escudriñar el horizonte. Ellos fueron los primeros en recibir su parte del valioso y tan ansiado botín. Hoy el ejército de los godos comería hasta hartarse.

Siguió una de las horas más críticas de la magna aventura. El pueblo que aún permanecía en la otra orilla, y el resto de los animales con los carros tenían que cruzar el río. Encendieron enormes fogatas, y cada guerrero llevaba una antorcha en la mano. Si en estos momentos hubiesen vuelto los gépidos, su ataque podría haber sido decisivo. Lentamente fueron trasladados los carros desde la orilla a las balsas, y transportados hasta la orilla opuesta, en dirección al soñado mundo del sur.

El médico vendó las heridas de Teodorico. El griego puso bálsamo en el lienzo con el que cubrió el hombro, el brazo, la rodilla y la frente del rey. Había que vendar a todos los heridos; en esto Teodorico seguía el ejemplo romano. Le era imposible

acostarse, las heridas le dolían demasiado. Arriba, sobre la colina, hizo colocar almohadones bajo sus dolientes miembros, y así esperó la mañana y el ataque. Pero todo permaneció tranquilo.

Poco a poco fueron quedando atrás los sármatas errantes, los ladrones de cadáveres del ejército. El pueblo emigrante cruzó los pasos de los Alpes con toda su impedimenta, y antes de que la primavera tocase a su fin, Italia se extendía ante los godos.

Hasta el Soncino, que tras abandonar su cauce de rocas serpenteaba caprichosamente por la comarca que inundaba todos los años, se hallaba la tierra de nadie: una región salvaje, arrasada por los ejércitos, donde tras prolongadas inundaciones verdeaban exuberantes prados. Los godos, agotados por la larga marcha, tomaron posesión de aquella tierra junto con sus debilitados animales y la consideraron el paraíso. Un sol meridional enviaba sus rayos, y la jugosa hierba de la primavera convirtió en cuestión de pocas semanas a los enflaquecidos caballos godos, que apenas podían sostenerse en pie, en caballos robustos, nuevamente aptos para la lucha.

El Soncino formaba la frontera entre ambos patricios. Los emisarios habían informado a Odoacro de todas las fases del notable espectáculo con que Teodorico fue inducido a alejarse de Bizancio: la forzada autorización imperial, la fastuosa entrega de poderes, la alegría general ante la marcha de los godos; por fin se veían libres del insistente peligro representado por aquel hombre inconsciente que por su educación se había transformado de bárbaro en griego a medias. El señor de Italia había seguido el avance del hijo de Amal a través de los montes, las estepas, los pasos y los ríos. Tal vez los gépidos fueron sus centinelas avanzados, tal vez los jinetes sármatas estaban a sueldo de Odoacro. Éste tenía mucha práctica en convencer a los veleidosos príncipes de la estepa.

El patricio de Ravena gobernaba Italia con seguridad y sin rivales desde hacía quince años. Los conceptos rey de las tropas auxiliares bárbaras y emperador se habían fundido mucho tiempo atrás. Odoacro había recibido ya a muchas legaciones en calidad de Augusto. El antiguo centurión conseguía continuamente reforzar su campamento con nuevas tropas bárbaras y príncipes aliados. Según las palabras de los historiadores contemporáneos, en el ejército del patricio había casi tantos reyes como guerreros.

Ahora, dos reyes y dos patricios estaban frente a frente. Los rugienos que habían podido salvarse pasaron a reforzar las filas de los godos. Fridericus proclamaba a los cuatro vientos que vengaría la ejecución de su padre Fava y el ignominioso cautiverio de su madre Ghisa. ¡Muerte a Odoacro, el tirano!, era su diario grito de guerra, con el cual pretendía animar al ataque a Teodorico.

Los dos frentes a uno y otro lado del Soncino empezaron a dibujarse. La

tradicional táctica bélica romana medía sus fuerzas con la moderna estrategia griega. El ejército «romano» estaba constituido en parte por guerreros itálicos, una infantería disciplinada, formada de acuerdo con la antigua tradición. Formaban ambas alas los bárbaros aliados: jinetes ligeros, despreciados por los itálicos, ansiosos de robo y de botín. Frente a todos ellos estaban los godos, que lentamente habían ido recuperando sus fuerzas: un solo pueblo, entre el cual no tenían gran importancia los aliados de la talla de Fridericus.

Ambos bandos luchaban bajo las águilas romanas, como si dos auténticos emperadores quisieran medir sus fuerzas por la posesión de un imperio mundial; Bizancio había reconocido a Odoacro como patricio de Roma. El hijo adoptivo de Zenón había partido con el solemne edicto hacia la reconquista de la tradicional herencia del emperador. Por consiguiente, ambos bandos tenían un derecho legítimo a enarbolar las águilas romanas.

Una cadena de campamentos, fortificaciones y avanzadas se levantaba frente a Teodorico. Su fuerza residía en la acorazada caballería goda, en su potente y penetrante ímpetu, y en los conocimientos adquiridos por sus caudillos de la táctica bizantina. Los godos eran débiles en el asedio, su fuerza desaparecía en la guerra de trincheras; tal era, por contrario, el fuerte de las antiguas legiones romanas, y las tropas itálicas estaban adiestradas según su modelo.

Profecías, informes de la gente de confianza, proclamaciones. Los emisarios de Teodorico se introdujeron por toda Italia, y la población de las ciudades no tardó en enterarse de que Zenón, el emperador, el único emperador reinante, había declarado usurpador a Odoacro y puesto el destino de Italia en manos de su hijo adoptado a la sombra de las armas. Sin embargo, ¿por qué tenía que esperar de otro príncipe bárbaro algo mejor que del rey de las tropas auxiliares bárbaras, quien era cierto que arrancaba el dinero a los ciudadanos itálicos con todos los pretextos imaginables, pero del cual podía decirse que durante quince años no había arrasado una ciudad romana? ¿Por qué debían tener confianza en Teodorico? ¿No se habían recibido noticias en la península apenina que denunciaban la devastación por parte de los godos de Macedonia, Tesalia y Tracia? ¿Por qué las sufridas provincias itálicas tenían que confiar más en un bárbaro que en otro?

¿Es que acaso podían decidir las ciudades itálicas quién debía gobernarlas, y por qué leyes debían regirse? El poder de Odoacro era lo bastante fuerte como para exigir los impuestos y el producto de los campos, y reclutar soldados. ¿Cómo podían decidir las ciudades itálicas a qué príncipe bárbaro correspondía la herencia de la república?

En esta tensa situación, el Senado romano, del que todos se burlaban calificándolo de un montón de obedientes vejestorios, tomó repentinamente una decisión.

En una reunión secreta se acordó no tomar partido por ninguno de los dos reyes

bárbaros. No reconocerían ni a uno ni a otro mientras durase la confrontación. Como había corrido el rumor de que Odoacro, en caso de una derrota, pensaba librar la batalla decisiva ante las murallas de Roma, los ancianos decidieron que mientras los dos ejércitos estuvieran en guerra, Roma permanecería neutral.

Esta decisión era más que un piadoso deseo. Los senadores sabían, porque habían crecido en tiempos difíciles, que ahora sería muy peligroso esperar con los brazos cruzados. Roma seguía estando rodeada por una muralla. Durante la larga paz bajo el gobierno de Odoacro, había surgido una nueva generación que no conocía el hambre ni las epidemias, ni la devastación de sus ciudades a manos de hordas de guerreros bárbaros. Ciertamente Roma había perdido gran parte de su prestigio y poder, pero las antiguas tradiciones se mantenían vivas. Aunque las malas hierbas infestaran el Foro romano, aunque ya nadie hablase desde las viejas tribunas de los oradores, aunque los palacios imperiales del Palatino fuesen colosos en ruinas y deshabitados, aunque las viejas murallas de la ciudad empobrecida la rodeasen como un manto desproporcionado para el cuerpo fláccido que cubre, Roma seguía siendo Roma. Aún se construían edificios, se moldeaban estatuas y se pintaban cuadros. El comercio era floreciente, y en la Urbe residían aún hoy más hombres cultos que en las otras ciudades itálicas.

El Senado hizo comprender a los habitantes de la ciudad la peligrosa situación de Roma. Era preciso reparar las ruinosas murallas, edificar catapultas y apostar centinelas que ahuyentasen a todos los posibles atacantes.

Patricios y plebeyos, sacerdotes y artesanos empezaron a profundizar las trincheras y a reforzar las murallas con torreones y campos de tiro; instalaron bastiones adelantados, y después de tantos decenios, terraplenes, tejares, carros llenos de piedras y maderos anunciaron que la Urbe estaba una vez más amenazada por el peligro.

Sin embargo, de momento no acechaba ninguna desgracia a la Ciudad Eterna: Teodorico y Odoacro estaban en el Norte, muy lejos de ella. Y jamás el rey de los godos hizo gala de mayor precaución que ahora; sabía que con una sola derrota podía empujar a su pueblo a la perdición, pues para los godos, una única batalla perdida significaría el fin. No tenían ningún camino de regreso ni escapatoria posible: la ciudad compuesta de miles de carros, con sus hombres, animales y enseres, sería el botín de Odoacro si el ejército godo no podía protegerla.

De este modo, entre exploraciones del terreno y pequeñas refriegas, pasó medio verano. Odoacro reforzó su línea de fortificaciones, Teodorico ensanchó el frente de los godos. Sus ojos adiestrados en la estrategia bizantina descubrieron las debilidades del ejército enemigo: las fuerzas de Odoacro estaban concentradas en un espacio demasiado reducido. Desde esta orilla del Soncino podían reconocerse los campamentos contiguos de los diversos príncipes: ondeaban al viento las insignias

reales de los escitas, turquilingos y alanos. Eran grupos dispersos de pueblos que, de acuerdo con la ley de la estepa, no se llevaban bien entre sí, que comprendían tan mal la lengua de la otra tribu como las órdenes dadas en lengua latina.

Odoacro había cometido el error de ponerse a la defensiva por anticipado, y en su posición, que consideraba segura, esperaba el ataque de Teodorico, para lograr así la victoria con un mínimo de pérdidas. No atacó, ni siquiera intentó cruzar el río e instalar cabezas de puente en la orilla norte. Esperó.

Así el rey godo pudo determinar el día de la batalla y asegurarse las mejores posiciones de partida. Ya en las primeras horas de la tarde apareció en la orilla del río su caballería ligera, que al amparo de la oscuridad procedió a desplegarse hacia el curso superior e inferior del Soncino; cruzó el río en puntos tan distantes, que no tropezó en ningún lugar con centinelas romanos. El Soncino era profundo, pero no experimentaba ninguna crecida, por lo que la corriente no tenía mucha fuerza. Los caballos de los godos estaban acostumbrados a cruzar ríos con sus jinetes. La infantería fue transportada en balsas a la orilla opuesta, en lugares donde no era de temer una fuerte resistencia. La noticia de que los godos habían cruzado el río llegó al cuartel general de los itálicos, y Odoacro tomó las medidas pertinentes. Pero antes de que sus tropas ocuparan sus posiciones frente a los godos, la mayor parte del ejército de Teodorico ya había alcanzado la orilla sur.

Ahora, la debilidad de su ejército fue decisiva para los itálicos. El grueso tomó posiciones según el modelo de las legiones. El poderoso erizo de hierro se antojaba invencible, pero era muy lento de movimientos frente a la caballería goda, que cambiaba de posición con insólita rapidez. Y los jinetes que Odoacro envió a la lucha sólo pensaban en cruzar el Soncino y atacar el campamento de carros de los godos, para saciar en él su avidez de botín y de sangre. La batalla les importaba poco. Al rey de las tropas auxiliares bárbaras se le escapó el mando de la mano. El momento crítico se produjo cuando Odoacro creyó evitar una funesta derrota abandonando ahora el campo de batalla. A sus espaldas estaba el bien guarnecido campamento y la fortificada ciudad de Verona. Si no conseguía vencer al enemigo, quería salvar al menos al grueso de su ejército. Así pues, ordenó la retirada cuando las caballerías aún luchaban encarnizadamente. La infantería siguió con orden ejemplar al rey, que se retiraba con tan digna actitud, que la impresión general fue de que se trataba de un cambio de posición premeditado, de un ardid de guerra para conducir a una trampa al adversario.

Teodorico había cruzado el Soncino. Ahora ya no interceptaba su camino ningún otro río de nacimiento tempestuoso entre montañas y de curso tortuoso a lo ancho de comarcas inundadas, sino algunas ciudades fortificadas, las primeras de las cuales eran Verona, Ticino y Mediolánum… y finalmente, Ravena. Teodorico tenía que contar con guarniciones fuertes, grandes unidades de tropas y un sistema avanzado de

defensa. Pero había ganado la primera batalla… y el abandonado campamento de Odoacro fue el primer importante botín de guerra en Italia, que sirvió de compensación de muchas penalidades.

XXVII

La batalla junto al Soncino fue sólo una primera prueba de fuerzas entre los dos potentes adversarios. Teodorico sabía bien que Odoacro disponía de fuentes seguras para aumentar sus efectivos: el rey de las tropas auxiliares bárbaras podía exigir la ayuda de tribus lejanas, y como patricio, reclutar a toda Italia. En cambio, Teodorico sólo podía contar con sus propios godos.

La concentración de fuerzas requirió semanas. Por precaución, Teodorico no ocupó las comarcas situadas al sur del Soncino.

Odoacro dirigía las operaciones desde Verona. Transcurrieron las primeras semanas de septiembre antes de que Teodorico diese la orden de marcha. El ejército godo utilizaba la calzada romana, por la que avanzaban con mayor seguridad y rapidez carros y jinetes. Pasaron Tarvisium y Vicetia, y a poca distancia de Verona tropezó su vanguardia con unas patrullas montadas del ejército de Odoacro.

Odoacro había elegido el lugar que le pareció más idóneo para la batalla. El anciano general dispuso de tiempo suficiente para los preparativos, y aseguró incluso con empalizadas el campamento de su ejército. Esta vez tomó él mismo el mando. El cordón de fortificaciones, el campamento cerrado, el terreno visible y delimitado geométricamente… todo ello formaba parte del arte romano de la guerra.

El grueso del ejército de Teodorico llegó en los últimos días de septiembre ante el fortificado campamento romano. El sol se ponía temprano. En el lado itálico prendían con fuerza las hogueras del campamento, pues desde los Alpes soplaba ya un viento cortante. Teodorico pensaba en el consejo de un viejo capitán bizantino: «Si quieres saber de cuántas fuerzas dispone el enemigo, cabalga hasta una colina que domine su campamento y cuenta desde allí sus hogueras. Si se trata de un ejército que lucha conforme al orden de batalla romano, se pueden calcular como máximo veinte guerreros por hoguera».

Llevando consigo a un escriba, cabalgó a lo largo de todo el frente. El escriba contaba mejor que el rey. Al final llegaron a la conclusión de que el enemigo disponía de casi el doble de hombres que ellos. No era una superioridad aplastante; en cualquier batalla podía ser compensada por el espíritu combativo. Teodorico regresó a su tienda y mandó llamar a los caudillos de los godos. Los ancianos nobles y los capitanes de la misma edad de Teodorico recibieron la orden de ataque: «¡Concluid esta noche los preparativos, atacaremos con el alba!». Tenía que ser una sorpresa, pues el ejército de Odoacro no contaría con que los godos, después de una marcha de veinticuatro horas, no se tomasen ni un día ni una noche de descanso, y ni siquiera esperasen a que saliera el sol.

Todo signo de fatiga pareció disiparse… el campamento de los godos pasó la

noche a la expectativa. Todos tenían la certeza de que nuevamente se encontraban ante la encrucijada de la vida o la muerte. Aunque Odoacro había evitado librar la batalla decisiva a orillas del Soncino, aquí, en las márgenes del Atesis, debía decidirse a qué rey bárbaro pertenecería Italia.

Las señales de cuerno de Teodorico se anticiparon a los gallos de Verona. Aún recorrían el cielo perezosas nubes oscuras cuando el rey empezó a vestirse. La coraza necesitaba la mano experta del maestro de armas. Mientras los hombres se hallaban ocupados con los preparativos de la batalla, la tienda se llenó de improviso de voces femeninas. Erelieva y Amalafreda llegaron para entregar el regalo de la madre y la hermana a la hora de la lucha: el manto de púrpura del general, que debía llevar encima de la coraza.

Teodorico oyó las señales de cuerno godas, que despertaron asimismo a cuantos incluso aquella noche no habían podido resistirse al sueño. Pero la madre y la hermana impidieron al rey montar inmediatamente su caballo ya dispuesto y lanzarse al frente de su séquito con el primer embate de la lucha. Erelieva y Amalafreda sabían del mismo modo que las demás mujeres del pueblo emigrante, que la muerte o un indigno cautiverio esperaba a todas las godas, si Teodorico caía, si perdía la batalla.

Teodorico no presenció el comienzo de la lucha. El primer ataque se inició sin él, y ya estaba en pleno furor cuando el rey saltó sobre la silla.

Un ataque a caballo puede realizarse en cuestión de minutos, pero la marcha de la infantería, la colocación de los arqueros y los lanceros acorazados, la formación de unidades militares, es un trabajo de horas. ¿Cuánto debía haber durado la conversación de Erelieva y Teodorico? ¿Cuánto tiempo transcurrió antes de que la hermana cubriera sus hombros con el manto y ajustara la hebilla? Minutos… minutos fatales.

«Mientras tú tardabas, entregado a tus emociones, el enemigo acosaba furiosamente a tus tropas», escribió el historiador Enodio. Y de hecho, la duración de la batalla demuestra que Teodorico no alcanzó a sus tropas hasta que éstas ya retrocedían ante la superioridad numérica. Las filas del ejército godo fueron atacadas en su centro. Cuando el rey se dirigía al lugar de la batalla, le salieron al encuentro guerreros godos, huyendo con salvaje desesperación. Teodorico quiso detenerles con palabras de aliento, con amenazas, pero los fugitivos casi le arrastraron en su huida. De repente se acordó del más famoso hecho de armas de su vida. Con el recuerdo de las seis mil lanzas, se precipitó hacia delante rodeado del pequeño pero elegido grupo de sus mejores jinetes, y trató de detener el ataque de Odoacro. Fue como si el valor del rey obrase un milagro, prestando fuerzas sobrehumanas a sus guerreros. Dondequiera que ondease el penacho de su yelmo, la lucha se hacía más encarnizada.

La infantería itálica no había contado con un asalto tan audaz de la caballería

pesada goda. Creían tener ya la victoria en sus manos, y ya se disponían a saquear a los muertos y el campamento. Cuando Teodorico se hubo introducido en el centro, no persiguió a los fugitivos, sino que atacó con sus jinetes, a los que ya se habían unido los que se creyeron derrotados en los primeros momentos, el ala derecha del ejército romano, que se encontraba en la orilla del Atesis. Las tropas de Odoacro no tuvieron otra alternativa que hacer frente a los godos: a sus espaldas rugía el profundo y turbulento río, y hacia ellos se abalanzaban los jinetes godos, ebrios de triunfo.

Aquí era más reducido el número de itálicos, el grueso consistía en tropas auxiliares hérulas y escitas: su disciplina no podía compararse con la de los guerreros itálicos de Odoacro. Las tropas adiestradas según la tradición de las legiones romanas resistieron largo tiempo el ataque de los godos. La muralla de escudos vacilaba, se abría, y volvía a cerrarse. Ante los godos, que no conocían la piedad, yacían en su sangre anchas hileras de guerreros. La lucha proseguía cada vez con furia renovada. La presencia de Teodorico multiplicaba el valor de sus guerreros, mientras él ponía en práctica diversos artificios de la táctica bizantina.

El pánico se apoderó primero de los hérulos. Con coraza, yelmo y armas se arrojaban al río, con la vana esperanza de poder cruzarlo. Pero el Atesis era en este lugar muy profundo y tumultuoso. En el agua se veían manos que aún se agitaban sobre la superficie, caballos ahogados, que arrastraba la corriente, y armas destrozadas, y hubo muy pocos que consiguieron alcanzar la seguridad de la otra orilla.

La carnicería que ahora se inició era un signo de la victoria. Filas enteras de hombres fueron segadas de un tajo; y sin embargo, el enemigo acorralado entre los godos y el Atesis no entregó su vida sin lucha. Muchos godos cayeron también en el campo de batalla, pero la palma de la victoria —esto era indiscutible— pertenecía a Teodorico.

Odoacro huyó a Verona, mientras la mayor parte de su ejército pereció en el campo de batalla.

Verona era una antigua ciudad romana y al mismo tiempo, un enorme campamento militar, un bastión del sistema de fortificaciones del norte de Italia. Odoacro reunió sus tesoros y huyó con el resto de su ejército por la puerta oriental de la ciudad. Una hora más tarde entró Teodorico por la puerta norte en la primera gran ciudad romana.

Heridas y armas. El magistrado le salió al encuentro; así debieron de recibir a Atila los antiguos gobernadores, dispuestos a morir.

Teodorico entró malparado, ensangrentado, con el manto de púrpura hecho jirones. ¿De dónde sacar el tiempo para cambiarse de ropa, lavar la sangre y el sudor de su rostro, descansar un rato y detener con el sueño el interminable desfile de horrendas imágenes que flotaban ante sus ojos? Una hoja suspendida en el aire, una

lanza dirigida contra su pecho, una flecha que llegaba silbando y que rebotó contra su coraza, un venablo que se clavó en el escudo del rey, mientras luchaba con dos enemigos a la vez. Volvió a verse a sí mismo blandiendo la larga espada. El semblante horrorizado, la herida por la que brotaba la sangre a borbotones, permanecían, obstinadamente, ante su vista. Un viejo guerrero, que levantó ambas manos con desesperación, después de que Teodorico le arrebatase la lanza: «¡Perdóname la vida!» Los brazos, los ojos, la mente y el cuerpo vivían independientemente unos de otros. Apiadarse o hundir el arma… ¿de qué dependía? En un instante se decidía una vida humana. También dependía del caballo, de si resoplaba, se encabritaba o mordía. Teodorico tenía la impresión de que ahora, su caballo, acostumbrado a las penalidades, el hambre y la lucha, no se sentía atormentado por ningún recuerdo; trotaba tranquilamente hasta que su dueño le detuvo ante la puerta de la ciudad conquistada.

—Salve, Teodoricus Rex. Salve, justo y misericordioso señor. Nosotros, los modestos ciudadanos, no nos mezclamos en la lucha de los poderosos. Somos ciudadanos pacíficos, dedicados a nuestro trabajo. ¡Perdónanos la vida!

Teodorico comprendió el saludo latino, pero contestó en griego.

—Ésta es la primera ciudad de Italia que abre sus puertas, obedeciendo así el mandato del emperador. ¿Qué podría sucederos, habitantes de Verona? Si seguís sus consejos y los de su gobernador, podréis vivir en paz. El ejército se quedará fuera de las murallas. Vosotros mandáis comida a los guerreros, y nosotros nos alojaremos por algunos días en el palacio del gobernador. ¡La paz sea con vosotros, ciudadanos de Verona!

Nadie hubiese podido frenar a los guerreros de las tropas auxiliares de Odoacro, si se hubieran abierto ante ellos las puertas de una ciudad rica. Pero los godos obedecían las órdenes de Teodorico. Los ancianos corroboraron el hecho de que en la *primera* ciudad impidió todo acto de devastación. Este rumor se extendió por todo el país, facilitando el futuro avance del rey, y poniendo fin al terrible silencio con que se recibiera aquí al hijo del emperador, cuando entró a la cabeza de sus tropas. Los godos obtuvieron el botín abandonado en el campamento enemigo. Se quedaron a las puertas de la ciudad, dispuestos a defender a su señor en el caso de que sufriera un ataque inesperado.

En el antiguo hipódromo romano celebró un solemne desfile militar, siguiendo la costumbre bizantina, e invitó a presenciarlo a la población de la ciudad. Hacía mucho tiempo que Verona no contemplaba un desfile tan impresionante. Participaron en él las mejores tropas godas. Retumbaron las señales de cuerno. Las insignias de los bárbaros y las águilas romanas ondearon unas junto a otras. Teodorico se hallaba en pie en el palco de honor del hipódromo, vistiendo una túnica de gala griega y con una corona de laurel sobre la frente. Extendía el brazo derecho… como un emperador.

Enodio, el poeta, rindió tributo al vencedor, con un rollo de pergamino en la mano. Como orador oficial de la ciudad, pronunció las palabras de salutación:

—Salve, Atesis, el más magnífico de todos los ríos: Sin perder la pureza de tus aguas, en este día memorable has sabido lavar la suciedad ignominiosa de nuestra patria, y has unido de nuevo a Italia con el ancho mundo. Salve, llanura de Verona, blanca con los huesos de los muertos, que proclaman la gloría de nuestro rey. Pese al recuerdo de antiguos sufrimientos, su contemplación nos infunde confianza… Abundante es en verdad la comida que Teodorico ha preparado para los buitres… Ojalá la Urbe no estuviera tan alejada. ¡Oh, si nuestra madre Roma, vacilante ya bajo el peso de los siglos, pudiera experimentar lo mismo que nosotros! La alegría le devolvería la juventud. Reina del mundo, ¿por qué te encierras en tus iglesias? Todo cuanto ocurre aquí, a orillas del Atesis, significa más para ti que los hechos gloriosos de los cónsules y de sus sucesores…

Desde las gradas del hipódromo podía contemplarse la llanura. Un terrible espectáculo: Teodorico había ordenado, como venganza, que no se enterrase a los caídos del ejército de Odoacro, y que fuesen abandonados en el campo de batalla para servir de botín a lobos y buitres, lluvias y tormentas. El viento de septiembre traía el hedor de los cadáveres, pero cualquiera que hubiese osado enterrarlos, habría pagado su acto con la vida. Por la noche, el aullido de los animales carnívoros rompía el silencio. Las cornejas describían círculos sobre el campo de batalla. Los godos muertos habían sido enterrados en fosas comunes. Las exequias se efectuaron según la tradición imperante entre los guerreros nórdicos. Los huesos de los guerreros muertos de las tropas auxiliares bárbaras brillaban bajo el sol meridional.

Odoacro reclutaba un tercer ejército. Ravena era la ciudad más fácil de defender, porque junto con sus alrededores constituía una gigantesca fortaleza. Estaba protegida por pantanos, bosques impenetrables, por la flota y las fortificaciones que desde hacía tres siglos emperadores y generales construían sin cesar. Abandonar Verona y poner sitio a Ravena sin haber cubierto antes la retaguardia, hubiera sido un imperdonable error por parte de Teodorico. Mediolánum y Ticino disponían de fuertes campamentos militares, y los jefes eran capitanes de probada fidelidad hacia Odoacro. El Senado romano guardaba silencio. No envió ningún mensaje a Odoacro. Tampoco hizo saber a Teodorico si le consideraba el único patricio. En Verona desplegaba gran actividad la cancillería de los godos, que se parecía a una caldera en ebullición. Señores itálicos, sacerdotes y ciudadanos, que aspiraban a un futuro mejor, pedían audiencia al rey godo. Se pusieron en camino legaciones con destino a Roma. Teodorico envió una parte del botín a los influyentes ancianos del Senado, para congraciarse con ellos.

¿Quién era el legítimo dueño de Italia? Hoy sería discutida en los foros de las

ciudades la proclama de Teodorico. Al día siguiente recordó un orador de Odoacro que su señor era aquel a quien la ciudad y sus habitantes debían los últimos quince años de paz. Aquel recién llegado que pretendía alterar la paz romana, era un bárbaro del Norte, ávido de sangre, un hereje, que vivía de carne cruda y cuya crueldad superaba a la de Alarico.

El rey de los godos concedió un descanso a su pueblo, reclutó tropas auxiliares y se procuró carros, víveres y dinero. Debía contar con un prolongado asedio de Ravena, y sabía que sus «nobles de los bosques» no tenían gran experiencia en el asedio de ciudades.

Odoacro sentía amenazada su hasta ahora indiscutida posesión de Italia. Contaba con la fidelidad de sus súbditos, y esperaba que toda la península se pondría de su lado en cuanto estuviera convencida de su fuerza. Pero si permanecía indefinidamente en Ravena, ello podía ser interpretado como un signo de debilidad. Por esta razón partió hacia el Sur con el resto de su antiguo ejército y las tropas recién reclutadas, con objeto de unirse a los ejércitos acuartelados en el centro de Italia, reforzar su posición en la Ciudad Eterna con ayuda del Senado, y librar la batalla definitiva contra Teodorico en un lugar cualquiera de la Campagna.

Odoacro envió un mensaje al Senado: «Vosotros abolisteis la dignidad imperial en el reino de Occidente y me concedisteis el título de patricio para que os protegiera. Ahora nos ha invadido el general más cruel de los tiranos orientales, que ya ha empapado el suelo griego con la sangre de sus pacíficos habitantes. Todos luchamos por una causa común: contra el invasor. ¡Es el momento de que tanto el Senado como el pueblo se mantenga a mi lado!».

El Senado se reunió, como siempre, desde hacía mil años, cuando amenazaba algún peligro. La milicia estaba armada, las puertas atrancadas, los víveres almacenados y se habían abierto nuevos pozos. La Ciudad Eterna parecía haber despertado de un largo sueño, y cada uno de sus habitantes se hallaba dispuesto a defender una vez más con las armas sus murallas, su casa y su familia.

Una representación del Senado saludó a Odoacro, pero nadie abrió las puertas para dar paso a su ejército. En nombre de los senadores se dijo al patricio que no intentase siquiera conquistar la ciudad, pues ello costaría mucha sangre y sólo serviría para facilitar las cosas a Teodorico. El Senado tenía la intención de seguir a su modo fiel a Odoacro, cuyos méritos no había olvidado. Sin embargo, el Senado consideraba que protegía mejor los intereses de Roma observando la más estricta neutralidad en la lucha de los dos reyes. Roma no podía ser juguete de los ejércitos. Nadie debía destruir sus templos, y en torno a la tumba de san Pedro no podían amontonarse los cadáveres. Los senadores deseaban deliberar pacíficamente en el Capitolio, y rezar por la paz del mundo. El patricio-rey tenía que comprenderlo: la Urbe no hacía más que defender sus tradiciones al cerrar sus puertas a cualquier ejército.

Dondequiera que mirase Odoacro, veía hombres armados haciendo guardia en las murallas. Artesanos de la ciudad, convertidos en mercenarios, máquinas de guerra, esclusas; esclusas que sólo era necesario abrir para convertir la Campagna en un pantano. Si ponía sitio a Roma, precisaría semanas. Entretanto, Teodorico le alcanzaría, y él, Odoacro, se encontraría entre dos fuegos. Y con un Senado hostil a sus espaldas, tendría la batalla perdida por anticipado.

Con furor en el corazón y maldiciones en los labios, el anciano patricio retrocedió sin haber logrado sus propósitos. Ahora ya no mostraría piedad por nada ni por nadie. Fue como si el estado de ánimo de Odoacro se transmitiera a sus decepcionados guerreros, que arrasaron las aldeas de los alrededores de Roma. La Campagna ardió. Los ciudadanos de la Urbe tuvieron que ser testigos de la destrucción de sus posesiones romanas.

Odoacro no tuvo otra alternativa que retirarse de nuevo a Ravena, la única ciudad segura, que podía ser defendida durante años. Mientras tanto podían ocurrir muchas cosas.

Teodorico tenía que conquistar primero Mediolánum si quería acercarse a Ravena sin el temor de dejar enemigos en la retaguardia. El ejército acuartelado allí consistía en tropas hérulas, y su *magister militum*, Tufa, hérulo a su vez, era un viejo camarada de Odoacro, y el general que éste consideraba más fiel a su persona.

En la llanura al norte de Mediolánum hubieran tenido que enfrentarse los dos ejércitos, pero Tufa había conducido días antes a sus tropas hasta la orilla del Po; de este modo, Teodorico pudo entrar en Mediolánum sin blandir una sola vez la espada; el obispo de la ciudad le dio la bienvenida. Todo se desarrolló pacíficamente; la acomodada población agitaba ramas verdes cuando el rey godo, vistiendo una túnica griega, apareció en la carretera romana.

Se había dado otro paso en dirección a Ravena. El siguiente conducía a Ticino. Teodorico debía ser prudente, no exponerse a riesgos innecesarios. Una sola batalla perdida podía ser fatal para los godos.

Entonces los vigías anunciaron: «Desde el Po se aproxima un gran ejército». Los defensores de Mediolánum fueron llamados a las armas, y se ordenó a las tropas del término de la ciudad que se mantuvieran en estado de alerta. Sin embargo, cuando el ejército enemigo estuvo cerca, los defensores fueron testigos oculares de un notable fenómeno. El ejército avanzaba en correcta formación y totalmente armado, pero agitaba ramas verdes en señal de paz. ¿De dónde vendría? ¿Quiénes eran? La aguda vista de los guerreros no tardó en adivinar por sus ropas y armas que se trataba de un ejército hérulo.

Tufa entró en el palacio con sus generales, luciendo todos los atributos de un *magister militum*; en el palacio había residido en un tiempo san Ambrosio como gobernador. ¡Fue una ocasión memorable cuando Tufa depositó su espada a los pies

de Teodorico y esperó la respuesta con los brazos extendidos! ¡El general de Odoacro había venido al campamento de los godos!

La primera buena noticia en Italia para Teodorico. El avezado ejército de los hérulos fue la primera golondrina, cuyo ejemplo seguirían otras.

Aquella excelente tropa, adiestrada al modo romano, sería un refuerzo de la caballería; los hérulos pidieron en seguida que se les permitiera tomar parte en la lucha cuanto antes, pues querían medir sus fuerzas con los itálicos.

Algunos días después llegó el obispo Epífanes de Ticino: era portador de la sumisión de la ciudad. Teodorico recibió a Epífanes con regia pompa, rodeado de su corte. Las palabras del obispo pasaban por ser las de más peso en el imperio de Occidente. Cuando se ocupaba de asuntos mundanos, mezclaba los conocimientos jurídicos de los pretores con los pensamientos de los filósofos y la severidad de un sacerdote. Teodorico se dirigió a su corte cuando Epífanes hizo su entrada.

—Mirad bien a este hombre: en todo Oriente no encontraréis otro que le iguale. El hecho de que podamos verle aquí, nos llena de alegría. Y mientras viva entre nosotros, podremos sentirnos seguros.

La población de la ciudad se tranquilizó cuando los dos obispos, Laurencio y Epífanes, se abrazaron y anunciaron la paz de Mediolánum. Mientras tanto, en el palacio del gobernador y en presencia de Tufa, se reunió el consejo de guerra de los godos. Según palabras del general hérulo, el ejército de Odoacro era ya tan débil, que Teodorico podía cruzar el Po con toda tranquilidad.

La margen sur del río era a los ojos de los bárbaros del Norte algo parecido al jardín del Edén. La nostalgia podía resultar más fuerte que la reflexión. Teodorico puso sus tropas godas bajo el mando de Tufa. Hérulos y godos marcharon hacia Bononia, dejaron a la ciudad a sus espaldas y siguieron avanzando hacia Ravena, hasta que la vanguardia de las tropas de Odoacro apareció ante ellos.

Teodorico se quedó en Mediolánum a la espera de noticias. Si el ataque de Tufa tenía éxito, saldría inmediatamente con el resto del ejército, pues entonces Ravena sería un botín fácil.

Pero el mensajero llegó con ropas de duelo. La noticia sólo podía oírla el rey en persona. Tufa, el traidor, había conducido a los godos a una trampa. Cuando los cuernos llamaron a combate, los hérulos se volvieron contra sus nuevos aliados, dejaron pasar por las empalizadas a los guerreros de Odoacro, y obligaron así a los godos, que se encontraban entre dos fuegos, a rendirse. Nueve caudillos godos fueron encadenados, y Odoacro mandó decapitar a la sombra de las murallas a cien guerreros. Los habitantes de la ciudad debían contemplar el destino que esperaba a los bárbaros invasores. Los verdugos fueron los propios hérulos.

Cuando la noticia se difundió fuera del palacio, entre los godos cundió la más salvaje indignación. Si encontraban a un hérulo caminando solo, o a pequeñas

unidades de tropas hérulas, los asesinaban sin una sola excepción. Con ello ejecutaron la venganza de su rey. Fue un día aciago, uno de los más sombríos desde que los godos abandonaran el Ister.

A la mañana siguiente, los godos encontraron abandonados los cuarteles de los rugienos. Fridericus, que se llamaba a sí mismo rey del pueblo rugieno, se había escabullido al amparo de la oscuridad con gran parte de su tribu, y dirigido hacia Ravena. Nadie sabía desde cuándo estaba en contacto secreto con el mismo Odoacro que dos años antes decapitase en las gradas del Capitolio a su padre Fava y condenase a prisión perpetua a su madre Ghisa. La huida de Fridericus fue un nuevo golpe, pues el caudillo de los rugienos conocía los efectivos de Teodorico, los problemas y los planes del hijo de Amal para la conquista de Italia.

Teodorico ya no podía seguir confiando en aliados débiles y traidores, y se dirigió en busca de ayuda a las tribus hermanas. Envió una delegación al rey de los visigodos, el joven Alarico. Eran ambos descendientes de la misma tribu, y Teodorico pedía a Alarico que enviase tropas a Italia con la mayor rapidez posible. Los godos estaban en aquellos momentos luchando en dos frentes. Burgundios y francos eran sus enemigos, y en cuanto se divulgó la noticia de que Alarico estaba reuniendo un ejército para apoyar a Teodorico, Gundobad, príncipe de los burgundios, marchó con su ejército en ayuda de Odoacro. Así fue como Liguria se convirtió en pocas semanas en campo de batalla de los bárbaros. Teodorico se retiró de nuevo de Mediolánum, donde ya no podía sentirse seguro, y buscó protección junto con su pueblo, el ejército y el botín tras las fuertes murallas de Ticino.

Sólo se pueden hacer conjeturas respecto al número de los godos, incluyendo a las mujeres y los niños. Se ha calculado que llegaban a los doscientos mil. Todo el pueblo se refugió con sus carros en la ciudad. La población tuvo que compartir su casa, su aposento, su mesa e incluso su lecho con el numeroso y sufrido pueblo del Norte. Ticino adquirió de repente un gran parecido con un atestado hormiguero; por doquier pululaban hombres y mujeres. Los imperiosos guerreros proclamaban sus exigencias en su incomprensible lenguaje. Los habitantes de la ciudad estaban llenos de odio y no podían conciliar el sueño.

Odoacro hizo cuanto pudo para empeorar la delicada situación de los godos. Empezaron los «paseos militares». Mediolánum volvió a manos de Odoacro. El nuevo señor pidió cuentas exactas, y todos los que se habían sometido a Teodorico, tuvieron que pagar por ello. Laurencio, el obispo de Mediolánum, esperaba, encadenado, el martirio. Incluso la basílica de San Ambrosio de Mediolánum fue destruida por los guerreros.

Gundobad se había pasado ciertamente al bando de Odoacro, pero no mostraba ninguna prisa por luchar a su lado. Las ciudades abrieron sus puertas a las tropas burgundias, que habían pedido asilo en su calidad de aliados de Odoacro. Y entonces

se repitieron por doquier las atrocidades: los burgundios cogieron prisioneros a los habitantes, principalmente a las mujeres y las doncellas, los sacaron de la ciudad durante la noche, y se los llevaron al cautiverio. El botín fue considerable: durante muchos años, los burgundios arrancaron a los familiares grandes cantidades de dinero como precio del rescate.

Enodio, que más tarde sucedió al obispo Epífanes, describió del modo siguiente en su crónica estos terribles sucesos:

«Aquellos a quienes perdonó la hoja de la espada, cayeron víctimas del hambre. Los ricos podían considerarse afortunados, pues el oro les abría el camino de la huida hacia las altas montañas o tras las murallas de las ciudades. Pero el tormento del hambre es peor que la herida abierta por una espada: la carestía de víveres acosaba a los desgraciados que se refugiaban en sus fortalezas tenidas por inexpugnables, de tal modo que al final su destino era igual al de los pobres. En primavera llegaron los visigodos de Alarico. El encuentro de las dos tribus godas inició en el norte de Italia la fase decisiva de la campaña. De pronto Ticino resultó demasiado pequeño para Teodorico. Durante las semanas de tranquilidad, los godos habían reunido nuevas fuerzas, y ahora se pusieron en marcha hacia Mediolánum. Odoacro, que se sentía demasiado débil tras las murallas de la ciudad, la abandonó para juntarse con las demás tropas de su ejército. Dos generales poderosos y experimentados se hallaban frente a frente, y nadie en Italia podía saber cuál de los dos se adjudicaría la victoria.

»En agosto del año 490 tuvo lugar la tercera batalla entre Odoacro y Teodorico… a orillas del Adda. La lucha demostró una vez más que Teodorico era muy superior en las batallas campales, que sabía dominar mejor a sus godos y que su caballería pesada era un factor más decisivo en el combate que el ejército y también la caballería de Odoacro, formados según el ejemplo romano, pero consistentes en una variada mezcla de aliados que se odiaban entre sí.

»Rugienos luchaban contra rugienos, visigodos y ostrogodos degollaban a sus hermanos germánicos. La Infantería itálica se defendía con sus escudos mientras abrigaba alguna esperanza de victoria; cuando la perdió, se fue retirando paulatinamente. Piero, el más fiel general romano de Odoacro, cayó con otros muchos en el campo de batalla. Quienes pudieron salvarse tras la derrota del odio salvaje de las tropas de Teodorico, tomaron el camino de Ravena. Hombres heridos, que apenas podían arrastrarse, carros pesados a su velocidad máxima, y jinetes ligeros aparecieron inesperadamente ante Ravena. La ciudad, que en la época de las inundaciones se convertía en una isla, ya sólo podía esperar ayuda desde el mar.

»A Ticino, con escaso séquito, acompañado únicamente por algunos esclavos, llegó un carruaje. En él vivían, confiadas a los cuidados de Epífanes, Erelieva y Amalafreda, que diariamente rogaban por un mañana mejor y temblaban ante la incertidumbre del futuro. El bizantino que había llegado en su carruaje, descansó por

primera vez después de su largo viaje. Se trataba de Artemidoro, autorizado por Zenón a reunirse con Teodorico. De este modo tendría posibilidad de servir a los dos, al padre y al hijo. Había desembarcado en Bríndisi, poniéndose inmediatamente en camino hacia Liguria para encontrar allí, en alguna ciudad o en algún campamento, a aquel a quien él gustaba de llamar su señor y su soberano.

»Artemidoro llegó al campamento de Teodorico tres días después de la batalla del Adda; el rey ya le esperaba, pues el filósofo había hecho anunciar su llegada. Teodorico recibió al anciano con los honores propios de un príncipe. Consideraba su llegada un excelente presagio. “El astuto Artemidoro sabe hacia dónde vuelan las águilas de la victoria”, pensaba.

»La presencia del filósofo ofrecía una serie de nuevas posibilidades. La cancillería del rey godo se veía honrada con la dirección de un cortesano de experiencia que no regateaba sus consejos. Era portador de las primeras noticias fidedignas de Bizancio recibidas por Teodorico desde su marcha.

»—Señor, en la corte no se concede gran importancia a tu edicto. El documento tiene muchas deficiencias. El tratamiento no está en orden, y su Majestad no empleó la redacción apropiada. Por ejemplo, falta la alusión de que estás justificado para llevar el manto de púrpura, pese a ser éste el primer signo visible de la dignidad que te ha sido conferida.

»—¿Qué me recomiendas que haga?

»—Envía una legación al emperador. Exige un nuevo edicto, más completo, y el derecho de llamarte no sólo patricio, sino también rey de Italia… o de Roma.

»—¿Te encargarías tú de esta misión?

»—Por mucho que me honre, no lo considero correcto. Mis palabras son consideradas las chocheces de un viejo que canta las alabanzas de su joven señor. El único nombre que aún suena bien en el palacio es el del Senado romano. Todos saben en la Cancillería que los senadores han cerrado las puertas a Odoacro. No toman partido ni por un bando ni por otro. Hablan en nombre del emperador Zenón y actúan según su propio criterio. ¿Estás enterado de quién los dirige?

»—Fausto Níger es el prefecto de la ciudad. Según la tradición, ocupa el sillón elevado cuando el Senado se reúne. Fausto ha rechazado mis sólidos de oro…

»—¡Prométele más! Los romanos son pobres, y en Roma todo puede comprarse, exactamente igual que hace quinientos años. Escribe a Fausto Níger. Dile que vaya a visitar al emperador en calidad de legado, como si quisiera escuchar de labios del Augusto cuál de los dos patricios es el legítimo. Y cuando Zenón haya pronunciado la palabra decisiva, confía al prefecto la redacción del documento. No regresará sin el nuevo edicto.

»Las palabras de Artemidoro fueron como un bálsamo. En el campamento sonaban los cuernos, jinetes iban y venían, sonaban, estentóreos, los gritos de mando.

El filósofo se tapó los oídos con las manos. Odiaba el ruido, la vida de campamento, las órdenes.

»—¡Viaja a Roma, Artemidoro! ¡Habla con Fausto! Entre vosotros os entenderéis mejor. No le faltará nada, ni oro ni un navío.»

La región de Emilia, comarca de paso de los ejércitos, estaba arrasada. Los generales de Odoacro dieron rienda suelta a su furor incendiando todas las ciudades abandonadas por los godos, y la población, convertida en fácil botín, salía con pendones y reliquias y suplicaba misericordia. El frente fue inmovilizándose poco a poco. Ravena se hallaba ahora rodeada de un gigantesco semicírculo que incluía el pantanoso borde de la costa y los bosques de pinos: una segunda fortaleza situada frente a las murallas.

Los sitiadores tenían que luchar más contra los elementos que contra los guerreros de Odoacro. Los pantanos, bajo el sol abrasador, despedían venenosos vapores. Las fiebres tercianas atormentaban a los guerreros. Muchos murieron, y los que sobrevivieron a la enfermedad, estaban pálidos, como arrancados a la muerte.

Además, los víveres de los sitiadores escaseaban. Los campos que rodeaban a Ravena estaban yermos. Los escasos pastos no eran suficientes, y los caballos adelgazaban. Pero también dentro de la ciudad sufría la población un hambre cada vez mayor.

Salidas, escaramuzas, duelos entre la vanguardia y los defensores. Una noche Odoacro utilizó un ardid de guerra. En la impenetrable oscuridad, que la niebla hacía aún más densa, cruzó el puente de Candidia. Sus tropas consistían en hérulos que desde hacía dos años soñaban con vengar a sus hermanos hérulos asesinados con ocasión de la trampa tendida por Tufa. ¡La sorpresa es media victoria! Odoacro y su general Levila avanzaron con facilidad y llegaron a las proximidades del campamento de Teodorico. Pero el ruido de la lucha nocturna despertó a tiempo al campamento, y en la oscuridad, iluminada aquí y allí por el resplandor de una antorcha, se libró un combate encarnizado. El vapor húmedo impedía a los godos encender hogueras. Sólo algunos estrechos senderos recorrían la ciénaga, y a ambos lados del gran puente se extendía la tierra pantanosa. ¿Quién podía saber dónde estaba el hermano y dónde el enemigo? Palabras bárbaras se ahogaban entre estertores; los pájaros, asustados, emprendían el vuelo.

Al final, las víctimas del asalto imprevisto resultaron ser los más fuertes. Los hérulos fueron empujados hacia el puente. Levila cubrió con su cuerpo al rey, que consiguió pasar el puente de Candidia. En cuanto al general —el *magister militum*—, se desplomó a pocos pasos de él. Cayó al pantano, cubriéndose el rostro con la capa.

XXVIII

El hambre conquista hasta la fortaleza mejor defendida: sin ningún ataque, sin ninguna pérdida, va minando las posiciones enemigas. Ravena se aprovisionaba por mar desde hacía mucho tiempo. Teodorico recibió de los vándalos naves y maestros carpinteros. Ahora el bloqueo se hacía notar cada vez más: desde Rímini, todo el Adriático estaba en manos del rey de los godos.

Teodorico dirigía el asedio sólo ocasionalmente. Pasaba la mayor parte del tiempo en Verona, la ciudad de su primera victoria en Italia. Había elegido como residencia el ruinoso palacio imperial. Para su reconstrucción encontró una efectiva ayuda en Epífanes, el obispo de la ciudad. Ininterrumpidamente se traía mármol de las montañas, y poco a poco se fue reconstruyendo lo que había sido devastado por la guerra. Ahora Teodorico ya podía recibir a los legados de las tierras bárbaras en un auténtico palacio romano.

La familia vivía de nuevo bajo el mismo techo. Erelieva seguía siendo la figura central del círculo familiar. Era ya una matrona de cabellos blancos, pero en su porte majestuoso no se advertía el paso de los años. La anciana madre del rey godo se hallaba cada vez más bajo el influjo de Epífanes. Mientras Teodorico preparaba su campaña y realizaba una red de contactos con sus aliados, la madre y su hija, Amalafreda, vivían encerradas en el ambiente romano de Verona.

Amalafreda era uno de los eslabones de la extensa confederación germánica, cuya responsabilidad recaía en el rey. Su pretendiente de futuro más prometedor era el primogénito del rey vándalo, el cartaginés Trasamundo. Enviados de los bárbaros contaban al regresar a su país que en la corte real de Verona vivían además otras dos jóvenes doncellas. Su madre era una goda cuya unión con Teodorico no fue nunca legítima, y que yacía enterrada bajo una tumba anónima en los pantanos de Mesia. Sobrevivieron dos hijas, Teodigota y Ostrogota, que fueron criadas por su abuela. Para la mayor, el consejo de familia pensaba en el joven rey visigodo Alarico, el fiel aliado en la lucha contra Odoacro. Ostrogota, cuando alcanzase la madurez, se casaría con un príncipe burgundio o turingio.

En Ravena, las emanaciones del pantano provocaron la fiebre amarilla. En Verona lucía el sol y se hacía vida de corte; en la cancillería reinaba la actividad y los ciudadanos romanos vivían libremente. Pero Teodorico no se permitía ningún descanso. Desde los torreones de las ciudades itálicas se continuaba vigilando tanto a Bizancio como a Ravena.

El legado del Senado romano, Fausto Níger, se preparaba para su viaje a Bizancio. Estaba dispuesto a ser el intercesor de Teodorico. En la cancillería de

Verona, donde se forjaban muchos planes a largo plazo, el trabajo aumentaba de día en día. Sólo Ravena seguía resistiéndose, y en ella el hombre que destronase al último emperador de Occidente, convirtiese al Senado en un manso cordero y gobernase sin rivales durante quince años.

El obispo de Ravena se llamaba Juan. Sabía que los defensores estaban sacrificando los últimos caballos y que la población pasaba hambre desde hacía meses. Pronto llegaría el invierno. Ravena no podría resistir otro invierno y otra primavera. Esto lo sabía también Odoacro, que ahora ya no recibiría más ayudas. Los burgundios habían sido unos aliados muy poco dignos de confianza. Los hérulos y los rugienos se transformaron en lobos hambrientos: en la ciudad organizaban crueles batidas para apoderarse de los últimos víveres.

Ravena estaba protegida por el mar, los pantanos y los bosques de pinos. Una única y estrecha calzada la comunicaba con la tierra firme propiamente dicha, que en la época de la crecida era el único camino transitable. Odoacro tenía aún los guerreros suficientes para defender este camino en cualquier momento. Desde cualquier otro sitio, Ravena era inexpugnable. En Classis, el puerto militar, estaban anclados los barcos suficientes para impedir un desembarco. Dos gigantes que se amenazaban mutuamente, eran víctimas del hambre. El asedio había entrado en su tercer año, y de haber contado Odoacro con víveres abundantes, el fin aún no hubiera podido preverse.

El obispo Juan vistió sus galas sacerdotales. Iba acompañado de los sacerdotes de su obispado. A instancias de Odoacro, Liberio se unió también a la legación. Desde la muerte del conde Piero, Liberio era el mejor ministro romano del patricio.

El obispo actuó como si no fuese el enviado de Odoacro, sino de un invisible «tercer» poder. Con las palabras de Cristo en los labios, habló de Roma, del antiguo Imperio, de Italia, del amor que los cristianos debían a su prójimo.

—Contad las tumbas —dijo—, si ello es posible.

Su mirada se detuvo en los caudillos godos. Estaban cubiertos de cicatrices, pero eran robustos gigantes de cabellos rubios o rojizos y ojos azules.

—Hoy es mi día de ayuno —dijo el obispo cuando quisieron agasajarle.

Al conocer la noticia de que había llegado un parlamentario de Ravena, Teodorico y Alarico salieron precipitadamente de Verona. Había que sopesar todas las posibilidades. ¿Qué ocurriría si Teodorico acababa optando por un asalto? Tendría que sacrificar por lo menos a un tercio de sus guerreros, y aún así no sería seguro un éxito inmediato. ¿Qué ocurriría si apretaba aún más el cerco? Era posible que entonces los sitiados abrieran las puertas de la ciudad, pero él entraría en una ciudad muerta, que a causa de la peste sería inhabitable durante mucho tiempo. Odoacro poseía aún suficientes barcos y tesoros para organizar su huida. ¿Y si entonces se hacia fuerte en otra ciudad de Italia… para comenzar de nuevo la lucha?

En su primer encuentro, el obispo católico y el rey arriano conversaron en el lenguaje de las cancillerías. Juan era un adversario de modales suaves; según dijo, en todas las cosas terrenas podía estar de acuerdo con el rey, pero el caso era que no venía solamente como embajador de un señor temporal, sino también del Señor de los cielos. Cuando no se le ocurriera la respuesta adecuada, oraría para ser iluminado.

El invierno se aproximaba. Espesas nubes y densas nieblas se cernían sobre las lagunas de Ravena. ¿Quién podría resistir otro largo invierno? La fórmula de la paz era obra del obispo Juan, y ahora procedió a exponerla a Teodorico.

—Señor, en un tiempo esta tierra fue feliz, cuando Roma era gobernada no por uno, sino por dos cónsules. ¿Has oído decir alguna vez que los cónsules se declarasen la guerra el uno al otro? Compartieron el poder, se ayudaron mutuamente, y Roma fue más poderosa y feliz que en cualquier otra época. Tanto si preparaban una guerra, como si disfrutaban de la bendición de la paz, siempre estaban de acuerdo, y los ciudadanos de la república llamaron a los años con sus nombres. ¿Por qué no podéis también vosotros gobernar juntos… dos patricios, dos reyes? Ambos habéis recibido vuestro rango por méritos de vuestro heroísmo y la fuerza de las armas. Ambos sois patricios por la gracia del emperador. ¿Por qué tenéis que aniquilaros mutuamente, para desgracia de todos, preclaro señor?

—¿Cómo podría haber lugar en Italia para dos amos?

—Tú gobernarías las provincias del norte, y Odoacro la mitad sur de la península. Roma no pertenecería a ninguno de los dos… seguiría gobernada por el Senado, que prestaría su apoyo a ambos. Créeme, señor, entonces disfrutaríamos de la verdadera paz romana.

—¿Y qué sería de los guerreros?

—Un tercio del suelo itálico os pertenece, señor. Liberio, que comparte conmigo la gran responsabilidad de esta proposición, es un maestro en el asunto de conceder tierras a los guerreros sin perjudicar con ello los derechos de los humildes campesinos del país.

—¿También mis godos recibirán tierra, Liberio?

—Señor, donde hay aldeas, no. Pero existen innumerables posesiones que se encuentran en manos de arrendatarios, los cuales explotan más a los pobres de lo que podría hacerlo el enemigo. He hecho una lista de estas posesiones. Se trata de repartir la tierra pacíficamente, sin incendiar casas ni asesinar a los habitantes. Hay lugar suficiente, señor, incluso para tus godos… Italia es grande.

Mientras en Ravena los habitantes estaban a punto de morir de inanición, y esperaban el resultado de las negociaciones del obispo, en el campamento de Teodorico iba tomando forma el extraordinario convenio: dos reyes, dos patricios, una Italia repartida. Si la península era atacada por el enemigo, Odoacro y Teodorico empuñarían juntos las armas. En lo sucesivo, sus guerreros ya no debían considerarse

enemigos. Como la situación de Teodorico podía calificarse de más ventajosa, él ostentaría la primacía entre los dos reyes. Odoacro no tenía nada que oponer a ello; sólo deseaba que el más fuerte, pero más joven, tuviera en cuenta su avanzada edad y le tratase como correspondía a un hombre anciano.

Teodorico firmó este importante tratado en el invierno en que cumplía cuarenta años. Solamente su madre le unía aún a la época de su niñez; poco a poco iba disminuyendo el número de godos que fueran sus consejeros durante tantos años. A orillas del gran lago, el palacio de Teodomiro estaba tal vez vacío, aunque había tribus errantes que pasaban los inviernos dentro de sus muros desnudos y fríos. El lago se helaba, y se acumulaba el hielo entre el cañaveral doblegado por el viento. Imágenes fugaces del maravilloso lago, de la inolvidable infancia. Amén, amén. El obispo Juan regresó con la firma de Odoacro. Había nacido la paz; mañana se abrirían las puertas de Ravena, y los godos llevarían a la ciudad carros de cereales y una manada de bueyes. Se acondicionarían las cañerías del agua, los habitantes saldrían de nuevo al bosque de pinos para recoger leña. Todo resultaba sencillo cuando las palabras oficiales se traducían al lenguaje popular para aliviar las necesidades de los hombres. Por fin habría comidas calientes, pan recién cocido, tinajas de vino y de aceite. «Deo gratias», dirían el domingo los sacerdotes a sus fieles bien alimentados.

Se abrieron, efectivamente, las puertas de Ravena. Las máquinas de asedio colocadas en el dique estaban abandonadas; una tropa elegida de Teodorico se puso en marcha con la vanguardia. Se dieron cuenta de lo fuerte que seguía siendo Odoacro: todavía habría podido resistir algunos ataques.

¿Y la ciudad? Se concedió a los habitantes un día y una noche para enterrar a sus muertos, que, reducidos a la piel y los huesos, habían caído a la entrada de sus casas. En la ciudad no se veían señales de asedio, porque las líneas de la defensa se hallaban muy lejos, más allá de las lagunas. No había rastros de incendios ni destrucción. Sólo la línea divisoria entre la vida y la muerte se había borrado hasta hacerse irreconocible. Cadáveres vivientes estaban sentados ante la puerta de sus casas; sus ojos vidriosos eran apenas capaces de pestañear. Niños con cabezas enormes y ojos muy abiertos, como grotescos gnomos, fijaban su mirada en el vacío. La mirada cansada de las mujeres, los talleres abandonados fueron lo primero que llamó la atención de las tropas escogidas que entraron en la ciudad. Las calles, con sus casas y palacios de varios pisos, las iglesias, construidas según el modelo de las basílicas bizantinas, estaban intactas y resplandecían al sol. Ravena no había sido jamás conquistada por un pueblo extraño. Quien llegaba aquí, rendía ante todo homenaje a las águilas del palacio.

Como un dios de la guerra germánico, Teodorico, recién cumplidos los cuarenta años, entró en Ravena; a lomos de su caballo marrón, con el manto de púrpura de Erelieva sobre los hombros, y cubiertos por el yelmo los espesos cabellos rubios, que

ya tenían algunas hebras de plata. El día en que las herraduras de los caballos godos resonaron sobre el empedrado de Ravena, fue uno de los más importantes de su vida.

¿Se encontraría con Odoacro frente a frente? Cuando depositara la espada a sus pies, él podría hacerle encadenar, como Odoacro había hecho con Fava, el rey de los rugienos. El hijo de éste, Fridericus, no esperó la entrada de los godos, sino que huyó por mar durante la noche, por miedo a la venganza de Teodorico.

¿Vería el rey godo a Odoacro? Tras la firma del tratado de paz, la mitad de la ciudad pertenecía a Odoacro, la otra, a Teodorico. Entre las dos mitades se extendía una calle neutral, vigilada por los sacerdotes del obispo Juan. Teodorico no se dirigió al palacio imperial, para invitar a Odoacro a visitarle. Mientras no se ultimaran todos los detalles del acuerdo, el anciano rey permanecería en lo que fuera su antigua sede.

Primero sólo estarían en contacto los ministros. En la ciudad reinaba una quietud insólita. El mecanismo aún no se había puesto en movimiento; todos cubrían con bálsamo las viejas heridas, cuidaban a los enfermos y enterraban a los muertos. Los guerreros de Odoacro no podían entrar en la parte de la ciudad que correspondía a Teodorico, y gran parte de los godos seguían en el campamento de las afueras de Ravena. Con la velocidad del viento se propagaban las noticias de un campamento a otro. ¿Cuándo se encontrarían los dos reyes, cuándo estarían el uno frente al otro? ¿Cuándo se iniciarían las negociaciones definitivas, que decidirían sobre el destino de Italia y de todo el imperio? Los iniciados esperaban, los legados llevaban mensajes y volvían corriendo con la respuesta. La situación, que no tenía precedente en los mil años de anales romanos, era aún demasiado nueva.

Al quinto día de su llegada, Teodorico envió a Odoacro un mensaje en el que le proponía que los dos reyes, en interés de sus buenas relaciones como vecinos, se reunieran y en el marco de un banquete celebrasen el tratado de paz, como era costumbre entre generales germánicos. Una hora después llegó la respuesta. El patricio aceptaba la invitación de Teodorico. El rey godo debía fijar la hora y el lugar de la celebración.

Teodorico propuso instalar la mesa en el jardín del palacio. En Ravena hacía mucho calor, y en el jardín disfrutarían de un frescor agradable.

La enorme mesa estaba cubierta de púrpura; un honor que sólo se concedía a los emperadores cuando eran huéspedes de un súbdito suyo u honraban con su presencia a un alto dignatario. Sobre el mantel de púrpura se hallaba dispuesta la vajilla de plata del rey godo, que obtuviera como botín en Singidúnum, en el palacio de Babai.

El consejo decisorio debía tener lugar antes del banquete. Odoacro era veinte años mayor que Teodorico. El antiguo centurión era un hombre alto y corpulento, una corona de cabellos grises rodeaba su cráneo calvo, en su corta barba abundaban las hebras grises, y sólo tenía negras las pobladas cejas, bajo las cuales sus ojos verdosos lanzaban temibles destellos. Su túnica recordaba tanto a la de un general como a la de

un patricio. No llevaba coraza sobre el pecho. De un costado pendía la corta y pesada espada a la que se había acostumbrado en sus tiempos de centurión. Una fina corona de oro le ceñía la frente. Sólo de vez en cuando sorbía un trago del cuerno de vino, como si no deseara entregarse a la embriaguez, como sucedía a menudo en tales celebraciones.

Los esclavos sirvieron platos bizantinos según el orden bizantino. Detrás de cada rey había un senescal, y el maestro de ceremonias cuidaba de que ambos recibiesen los platos en el mismo momento. Fuera estaban reunidos los dos séquitos; era la primera ocasión que tenían de establecer contacto.

¿Tocaba ya a su fin el banquete cuando se oyó la señal, un ligero batir de palmas? Tal vez fue entre dos platos; en el silencio, cuando todas las miradas convergían en el mantel de púrpura, y la mano experimentada de los servidores retiraba un plato y lo reemplazaba por otro.

¿Había terminado la comida cuando se oyeron las palmas? En el mismo instante se oyó un salvaje grito de guerra en la entrada posterior del patio de los laureles. El orden de la mesa se disolvió, los capitanes de Odoacro llevaron la mano al arma, pero era ya demasiado tarde, dos espadas godas se elevaron simultáneamente sobre la cabeza calva del rey, al que ya no podía proteger la corona de oro. El antiguo centurión, con un rápido movimiento, desenvainó la espada, pero ésta sólo tembló en su mano, mientras su cuerpo vacilaba y se hubiera desplomado sobre la mesa, de no haber agarrado frenéticamente su mano izquierda el mantel de púrpura, que arrastró con fuerza, derribando al suelo la vajilla de plata. Odoacro aún estaba con vida: sus ojos miraban fijamente en torno suyo. Trató de incorporarse, se apoyó contra la pared, se tambaleó… dio un traspiés… Aún sostenía la espada en la mano, pero ya era incapaz de detener el terrible golpe de Teodorico, cuya espada bizantina abrió el pecho del general. Odoacro se derrumbó sobre la mesa, y la sangre empapó el mantel de púrpura.

¡Un instante de perplejidad… un largo y espantoso instante! Un cortesano de Odoacro se derrumbó… seguidamente se desplomó otro… un tercero vaciló, cubierto de sangre, atravesado por una lanza. Algunos habían saltado a tiempo de su asiento, lanzando una antorcha al rostro de los servidores godos, cruzado el jardín y huido hacia la oscuridad de las lagunas. Pero fuera, los jinetes acorazados ya estaban sobre la silla, habiendo recibido seguramente mucho antes la orden secreta, y ahora galopaban sin un minuto de vacilación hacia el campamento de Odoacro, con objeto de alcanzar a los fugitivos que huían a pie.

Tras cinco días de alto el fuego, en Ravena se desataron repentinamente todas las furias del infierno: un terrible baño de sangre tuvo lugar en la ciudad. El crepúsculo no tardó en envolverlo todo con su penumbra. Una noche sin luna se extendió sobre el paisaje gris, mojado por la llovizna. Clamor, gritos, estertores de muerte, relinchos.

Las casas fueron cerradas por dentro, mientras desde fuera se golpeaban las puertas. Aquí y allí lucía alguna antorcha, y en algún tejado empezó a arder el fuego. Tanto en un bando como en otro luchaban bárbaros. Muchas veces se oyó el mismo grito de guerra, muchas veces sonó el mismo estertor de muerte.

La ciudad fue respetada. Los romanos no sufrieron ningún daño. Al amanecer, ambas partes de la ciudad estaban en manos de Teodorico.

Durante la noche se llevaron a los muertos y los echaron al mar.

Teodorico pasó toda la noche en su alojamiento, rodeado de su guardia personal, a la espera de las últimas noticias. Los caudillos de las unidades de caballería rodearon el bosque de pinos para capturar a los fugitivos. Seguramente muchos intentarían llegar a la costa protegidos por la espesura, y allí encontrar algún bote de pescador que les llevase a los barcos del puerto.

—¡El hombre sin huesos! —debió exclamar Teodorico al ver a Odoacro desplomado sobre la mesa, con el pecho abierto por el terrible golpe de su espada.

¡Cuántos enemigos muertos! El rey de los sármatas, el rey de los búlgaros, el Bizco. Sombras al acecho. Sus voces fantasmales debían oírse esta noche en los pantanos, llamando a Odoacro.

Una larga noche; por la mañana se reunieron los ejércitos godos de dentro y de fuera de las murallas. Los cornetas llevaron la noticia al campamento de las tropas auxiliares bárbaras de Odoacro, que se habían atrincherado y se preparaban para una lucha a vida o muerte: «¡Pasaos a nuestras filas! ¡Tenéis tres horas de tiempo!» Al cabo de una hora llegaron los enviados. Si el nuevo patricio aceptaba sus servicios, le servirían con fidelidad. Luchaban por una paga, y se les prometió que al final de su servicio también ellos recibirían tierras.

Al amanecer, las tropas godas se colocaron a ambos lados de la calzada romana. Una orden hizo acudir a los capitanes al palacio de Ravena. Cuando el sol pálido y a ratos oculto alcanzó su cénit, los cuernos sonaron. El hijo de Amal apareció con sus galas principescas, y la corona sobre la frente, seguido de su armero; Alarico, el joven rey de los visigodos, estaba a su derecha. El magistrado de la ciudad se adelantó: traía sobre una bandeja de plata las llaves de Ravena. En el próximo instante se decidiría todo. ¿Sonaría el «Ave, César»? ¿Adoptaría el bárbaro godo el título de emperador? El primer grito salió de labios de Liberio, el último ministro de Odoacro:

«¡Vivat rex Theodoricus!» Las voces de la multitud repitieron el «Rex»; muchos gritaban «rey de Italia», otros, «rey de Roma». Las insignias imperiales, que en este lugar luciera dieciséis años antes un muchacho rubio, no fueron sacadas del palacio.

«In laureato» se llamaba en el palacio de Ravena el patio de laureles que por la mañana aún seguía húmedo de sangre: la tierra no quería absorberla. El destrozado cadáver de Odoacro yacía insepulto en un cementerio cercano. Fridericus y Tufa no pudieron encontrarse ni entre los cadáveres ni entre los prisioneros.

El hijo de Odoacro era botín de Alarico. La mujer del «usurpador» había sido encarcelada, y el jefe de la prisión no le llevaba alimentos. El hermano menor de Odoacro había llegado con retraso al banquete, justo cuando empezó la lucha. Una espada goda le había separado la cabeza del tronco.

¿Qué ocurría en la ciudad? ¿Qué ocurría en Italia? En la corte de Odoacro residían tres senadores romanos que en un tiempo desempeñaran el cargo de cónsules. No tomaron parte en el banquete. Ninguno de los tres sufrió ningún daño; Teodorico escuchó sus palabras con indulgencia.

Cuando habló ante los tres senadores, hizo su primera alocución. Los romanos se habían resignado a morir; no eran ningún secreto para ellos los terribles sucesos de aquella noche. La voz del rey recordó en un principio los poemas de los escaldos nórdicos.

—Éramos seis mil lanzas cuando partimos hacia Singidunum desde mi vieja patria. Jamás un hijo de Amal había mandado un ejército más fornido que el de los guerreros que empuñaban seis mil lanzas. La mitad de ellos cayó en los montes de Tracia, en las llanuras de Épiro. La otra mitad llegó hasta aquí conmigo. Eran mis hermanos. También ellos han sido felices de conocer Italia. Pero ¿dónde están ahora? Sus sombras vagan entre las murallas de Ravena. Cuando Tufa se convirtió en traidor y rompió su palabra… Odoacro mandó asesinar a los mejores de ellos.

»¿Dónde estabas tú, Liberio, cuando los asesinaron? ¿Dónde estabas tú, Anicio? Ante los muros de Ravena fueron colocados en fila, con las manos atadas a su espalda, y los verdugos hérulos de Odoacro cortaron la cabeza a los prisioneros. ¿Han sido enterrados? ¿Quién oró en nombre de Cristo por su descanso eterno? ¿Oraron los cuervos antes de arrancar los ojos de los héroes godos? ¿Dónde estabais entonces, nobles romanos? Seguramente detestáis la sangre, puesto que no lleváis armas. Sin embargo, ¿quién de vosotros intentó alguna vez detener la mano de Odoacro?

—Señor —dijo Liberio—, todo eso sucedió durante el combate. Cuando nos enteramos, comprendimos que no pasaría el año sin que se produjera la venganza. ¡Ay de los vencidos!

—Habéis servido con fidelidad a Odoacro. Hasta el último minuto. ¿Confiabais en él?

—Servíamos a Italia.

—¿Y confiáis en mí?

—Ahora te servimos a ti, señor. Servimos a los cónsules, al Senado, al emperador de Bizancio. Servimos a quien nos trae la paz y reparte pan entre los necesitados, y hace venir cereales de Sicilia y no perjudica a nuestros campesinos.

—¿Sabes, Liberio, que los godos también necesitan tierra? Tú repartiste tierras entre los guerreros de Odoacro.

—En un tiempo, señor, cuando vivían nuestros antepasados, en Italia había una

población mucho más numerosa que ahora. En torno a las ciudades proliferaban las aldeas. Ahora puedes caminar durante días enteros y sólo verás campos llenos de malas hierbas o resecados por el sol.

—Dicen que conoces todas las posesiones de Italia, que sabes cómo se reparan los canales para volver a regar los campos. Dicen que nadie conoce Italia tan bien como tú, Liberio.

—Ya no soy joven. Los guerreros son impacientes. Manejan mal la azada. No conocen el arado. Creen que los campesinos itálicos serán sus esclavos. No es fácil enseñar a los guerreros con qué mano han de empuñar las herramientas de trabajo, y con cuál, las armas.

—Tu misión será proporcionarles tierras.

—¿En nombre de quién, señor? La tierra es una posesión perpetua. ¿Quién puede decirme en nombre de quién vas a regalársela, señor?

—Mi padre Zenón me ha reconocido como gobernador de Italia.

—Las naves trajeron noticias… las últimas naves que pudieron atracar en Classis antes de que bloquearas el puerto. Las noticias decían que Zenón está moribundo. Tal vez ya se ha reunido con sus antepasados. ¿En nombre de quién actúas, señor, si Zenón ya no es el Augusto?

—¿Qué es más sagrado para vosotros, el arma o las letras?

—La ley, señor. No existe una ley que ordene poner en tus manos la tierra itálica. Así pues, puedes regalar posesiones, pero no a título de propiedad. La sabiduría de nuestros antepasados romanos formuló la diferencia entre ambos conceptos.

—¡Eres un hombre valiente, Liberio!

—Señor, cualquiera que viva en el mundo de los libros, es miedoso y cobarde. Ama la comodidad, el silencio, la quietud de su aposento. En él concentra sus ideas y se siente seguro. Le gusta vivir en el jardín de su casa, disfrutar de su sombra, y ver a su familia en torno a la mesa. Y ahora, señor, para mí ha llegado el momento de elegir. Estoy en tus manos. ¿Por qué he de esperar que mi suerte sea mejor que la de Odoacro, a quien he servido hasta el último momento? ¿Por qué has de perdonarme? Creo (y te lo digo a la cara, acaso en los últimos minutos de mi vida) que no tienes ningún derecho sobre Italia. ¿Quién eres? ¿El rey de los godos? ¿Un patricio de Bizancio? ¿En qué basas tus pretensiones? El edicto imperial no sirve de mucho. Está lleno de vaguedades, como en general todos los textos de Bizancio. Yo soy romano, señor. Llega un momento en que incluso el hombre cobarde se cubre el rostro con la toga y, como en un tiempo sus antepasados, espera la muerte misericordiosa.

Estaban los dos solos frente a frente. Liberio hablaba en griego con Teodorico.

—¿En qué lenguaje hablas, Liberio?

—En el de Platón.

Si Teodorico levantaba un solo dedo, entrarían algunos gigantes rubios. La vida

de Liberio dependía de un solo movimiento del rey.

Teodorico miró hacia el foro de la ciudad.

—Ve a tu trabajo, Liberio. Pero ¿quién puede ayudarte?

—Has vivido en el palacio imperial. Sabes que un documento ha de pasar por muchas manos hasta que las letras adquieren vida. Los escribas me sirven con la misma fidelidad que yo a ti, señor… mientras nos asegures la paz y el pan da cada día.

—¿Dispones de escribas?

—El escriba, señor, se abraza a su púlpito-escritorio como el náufrago al borde de su bote. Espera y confía en que su mente conocedora del *logos* vuelva a ser utilizada. ¡Qué insólita suena en nuestros oídos esta palabra! Logos: puede significar la palabra, el pensamiento, e incluso el sentido de la vida. Todo cuanto aún nos queda a nosotros, pobres romanos.

Los dos condes godos llevaban cuernos de toro en los yelmos, su mano empuñaba una pesada espada de hierro y pendía de su cuello una gruesa cadena de oro. Pero ¿de qué servían en este momento los dos condes? No comprendían una sola palabra de lo que su rey hablaba con el romano. Los dos consejeros ignoraban que en este instante, el senador romano que vestía una toga ya era *más* que ellos; dependerían de él, porque ahora llegaría el año de las recompensas, durante el cual Liberio repartiría el suelo itálico. Él determinaría la tierra que recibirían los señores godos. De él dependería que fuese una buena tierra laborable o una tierra pantanosa, que en ella se hubiese construido o no un canal, que tuviera olivares y viñedos o que fuese un terreno arenoso entre rocas salinas; que en sus alrededores se encontrase una aldea, una aldea romana, cuyos habitantes pudieran enseñar al conde a empuñar el arado.

—Está bien —dijo el rey—; puedes empezar mañana mismo.

De repente, volvía a ser bizantino. Se encerró con unos cuantos escribas en el despacho de la cancillería, y los jurisconsultos empezaron a confeccionar largas listas.

El rey godo anunció que con la luna llena se reuniría el *Thing*. Mensajeros a caballo se dispersaron en todas direcciones, hacia remotas colonias godas, donde vivían guerreros de tribus hermanas: todos los guerreros libres debían estar presentes. Se celebraría allí, al borde del gigantesco bosque de pinos, junto a sus frescos manantiales, que durante el difícil año del asedio había sido la patria de los guerreros godos.

Al aparecer la luna llena, se reunió el *Thing*. Se dispuso un único asiento que ocuparía Teodorico, y que fue colocado sobre una especie de podio construido con perfumada madera de pino y adornado con alfombras del palacio. Ante el rey se levantaban los escudos, símbolos de la estirpe de Amal. En el *Thing* no participaba ni un solo romano.

¿Dónde estaba el poder de Odoacro? Su cuerpo yacía al pie de una muralla. Tras su esposa se había cerrado para siempre la puerta del calabozo. Los hombres de su séquito y sus partidarios habían compartido su suerte o eran fugitivos. Sus guerreros estaban al lado de Teodorico. Hérulos, rugienos, alanos, suevos, turquilingos habían cambiado de amo. Al servicio de Odoacro figuraban también quinientos arqueros hunos. Eran los más fieles. Hasta el último instante lucharon por quien los pagaba. Los hunos esperaban ahora que se decidiera su destino.

El *Thing* estaba ya congregado cuando apareció la luna llena.

Cada hombre tenía un arma en la mano. El que deseaba hablar, levantaba la lanza, daba unos pasos hacia delante, y los demás le escuchaban. Teodorico contestaba, con claridad y con mucha paciencia, pues los guerreros hablaban en voz alta y profusamente, siendo incapaces de expresarse con brevedad. Muchas veces expresaron exigencias, otras, lamentaciones mezquinas. Hubo quienes pretendían una nueva campaña. Algunos hubieran preferido reducir a Ravena a cenizas y aniquilar a los romanos.

El *Thing* eligió rey al hijo de Teodomiro. No sólo del pequeño pueblo de los descendientes de Amal, como aquel lejano día, en el campamento de carros, después de la muerte de su padre. Esta vez hablaron las lanzas. En la llanura se encontraban tal vez ochenta mil guerreros, en filas apretadas, y todos levantaron las armas. El número de los que habían seguido al hijo de Amal desde el gran lago, ya no era muy grande. Las tres batallas —la del Soncino, la del Atesis y la del Adda— habían diezmado sus filas. ¿Dónde estaban las seis mil lanzas que presenciaron el momento en que Teodorico tomó de la mano de su padre la espada de sus antepasados? ¿Dónde estaban las inseparables seis mil lanzas?

Los sacerdotes leyeron el texto; antes de dirigirse al *Thing*, Teodorico había deliberado con los señores romanos. Liberio y los otros le aconsejaron que no aceptase ser elegido rey de Roma. Este título ofendería al emperador. Sólo él, el *basileo*, podía dar a un mortal la corona de la Urbe. ¿Cuál debía ser, pues, el nuevo título? Durante días enteros debatieron a este respecto. Por fin se encontró la solución. El *Thing* debía nombrar a Teodorico rey de todos los godos en Italia. Todos los guerreros comprenderían este título. Incluso halagaba su vanidad el hecho de que Teodorico siguiese siendo rey de los godos y no quisiera ser rey de Roma.

Las hogueras ardían pacíficamente en la gran llanura. Ensartados en los asadores giraban bueyes cebados que habían sido transportados desde Liguria. Casi cien mil hombres estaban acuartelados en la llanura de Ravena. Si Teodorico se ponía en marcha con ellos al día siguiente, podía conquistar Bizancio y el imperio del rey de Persia. Ensartados en los asadores, daban vueltas y más vueltas los bueyes cebados de Liguria. Aquella misma noche, Teodorico dictó otro mensaje para Fausto Níger, su primer legado. Un mensajero a caballo saldría al galope hacia Roma en cuanto

apuntara el nuevo día. El prefecto debía llegar al palacio imperial de Bizancio a finales de la semana próxima. El nuevo emperador Anastasio no era señor ni protector del rey de todos los godos en Italia, que ahora esperaba de él un nuevo edicto.

XXIX

Ariadna, con ropas blancas de luto, presidía el consejo de la corona. Ministros y tesoreros escuchaban el panegírico que hacía del difunto el poeta de la corte. Todos los rostros expresaban el dolor que la corte exigía a cuantos residían en ella. Un Silenciario espiaba el semblante marmóreo del otro. En este panegírico, Zenón flotaba en la niebla dorada de los dioses del Olimpo. Se glorificaba a aquel hombre receloso y vulgar a quien la gracia imprevisible de Dios había permitido ocupar el trono de los emperadores por más tiempo del acostumbrado en Bizancio.

Ariadna, la bella emperatriz, escuchaba el panegírico como una estatua viviente del dolor. Sólo el fino óvalo de su rostro se distinguía entre los velos. Se había cubierto de velos como si fuera la viuda desconsolada, que únicamente permanecía en este valle de lágrimas porque el interés del imperio así lo exigía.

Los ojos de Ariadna sondeaban a los consejeros. Eran los callados ministros del imperio, los depositarios de los secretos de Estado. Su lenguaje era calculado, sus declaraciones, transparentes como el cristal. Durante noches enteras se inclinaban sobre un rollo de pergamino hasta que la ley, el decreto, las instrucciones al enviado o la orden a los jueces estaba impecablemente formulada.

Zenón se había apoyado considerablemente en su esposa durante los últimos días de su vida, aunque sabía que ella no le amaba. Zenón lo dejó todo a Ariadna: el sello imperial, el cetro y el círculo de consejeros.

Mientras no fuese coronado un nuevo emperador, los intereses del imperio estaban en manos de Ariadna.

Durante el panegírico, que duró tres horas, la emperatriz estuvo comparando a sus consejeros. La avidez de poder, contenida durante tanto tiempo, hizo ahora presa en ella. Había vivido en palacio desde su nacimiento, como hija del emperador y como esposa del emperador. Su existencia y el imperio, su vida y el palacio, y la fe en la inmortalidad de Bizancio estaban en Ariadna indisolublemente unidos. Pero al mismo tiempo sabía que una mujer no podía gobernar sola. El ceremonial exigía un hombre, como también los guerreros y los gobernadores de las provincias.

Ahora se hallaba libre de las ataduras que durante tantos años la encadenaran a Zenón. Ahora podía elegir. Un marido y un emperador. Lo que esperaba ante todo de su imperial esposo era que la eximiese de las pequeñas preocupaciones del gobierno, que asumiera la vigilancia de las tropas, y que le autorizase a participar siempre que quisiera en los asuntos de religión y de tierras e imperios lejanos.

No debía ser de procedencia modesta; ningún isaurio, ilirio o tracio, que hasta el fin de su vida no supiese hablar correctamente el griego. Tenía que ser bizantino, cuya estirpe se remontase a Roma o a los reyes griegos, y por supuesto, obediente y

que dejase a la emperatriz plena libertad de acción.

El rostro de mármol era impasible, sólo su mirada iba de un consejero a otro. Se trataba en su mayor parte de padres de familia, pero también había eunucos entre ellos. Todos procuraban superar en inteligencia a los demás. Al final se fijó en el Silenciario, Anastasio. Seguían sonando las palabras de alabanza, que ya nadie escuchaba. Ariadna sorprendió la expresión cansada de los ojos, que no conocen el disimulo; todos estaban hartos de Zenón y de su gloria.

Sí, Anastasio era preferible a los demás. Tenía cuarenta años y era viudo. Esto facilitaba mucho las cosas. Procedía de una familia distinguida, y desde su juventud, lo que más le entusiasmaba era la lectura. Ocupaba un elevado puesto en la cancillería, aunque no podía decirse que fuese más listo o más tonto que los otros, no se había mezclado nunca en heréticas discusiones sobre religión. Era un hombre de estatura mediana y calva incipiente. Tenía los dientes blancos, y cuando sonreía, su rostro no resultaba desagradable. No llevaba barba, y su perfil no recordaba el de un bárbaro. ¿Anastasio? ¡Qué poco sabía Ariadna de los miembros del consejo!

Tal como exigía el ceremonial, tras el panegírico pidió Anastasio una audiencia a la Augusta. Después de rozar con sus labios los escarpines de púrpura y la orla de su manto, ya podía levantarse, y como no se trataba de asuntos personales, sino de cosas relativas al imperio, el Silenciario ya maduro tenía permiso para tomar asiento. Se trataba de un gran favor, que hacía más fácil la conversación.

Fausto Níger, el prefecto romano, esperaba desde hacía semanas en el palacio imperial. Traía un mensaje de Teodorico, aunque también venía oficialmente como legado del Senado romano. El dinero del viaje se le había terminado, pues no podía calcular que debería esperar tanto tiempo. La enfermedad del emperador, el empeoramiento de su estado y su fallecimiento fueron las causas de la demora. Por este motivo Fausto le había visitado el día anterior para comunicarle que si no era recibido en el plazo de algunos días, tendría que regresar a Roma.

—Teodorico es el hijo adoptivo del bienaventurado emperador. El nuevo Augusto no estará atado por este vínculo familiar. De todos modos, el legado romano llegó cuando el emperador aún no había ido a descansar en brazos del Señor.

—Lo esencial, Anastasio.

—Teodorico se ha librado del usurpador. La mayor parte del ejército romano se ha pasado a los godos. Italia está en sus manos. El Senado se inclina ante él.

—¿Cuál es la situación legal?

—El edicto que aún hoy sigue regulando su gobierno de Italia fue, con permiso de Vuestra Majestad, formulado por mí. Lo redacté de manera que pudiese interpretarse según las conveniencias. También puede ser rescindido en cualquier momento. Nos permite, además, estrechar o ensanchar la esfera de su influencia. Podemos nombrarle rey o hacer que siga siendo gobernador por un tiempo indeterminado.

—¿Qué propondrías tú, Anastasio?

—Teodorico es demasiado fuerte para que sea aconsejable llevarle la contraria. Augusta, seguramente continúa fresco en tu memoria el gozo que sentimos el día en que el ejército bárbaro abandonó los límites de Bizancio. Odoacro no era un servidor obediente. Teodorico, en cambio, ha vivido aquí, y sabe lo que hace grande a Bizancio. Si me permitís un consejo, yo recomendaría a Vuestra Majestad que recibáis a Fausto Níger. Como príncipe del Senado romano, tiene además la categoría de patricio. Mientras tanto, yo, si las sabias palabras de Vuestra Majestad quieren iluminar mi intelecto, comenzaré a redactar el segundo edicto. Éste podría dar al godo más atribuciones… tal vez nombrarle, si Teodorico tiene derecho a ello, rey de todos los godos en Italia.

Las expresiones de Anastasio denotaban inteligencia. Su porte era agradable, pese a haber superado ya la mitad de su vida.

—¿Tienes un hijo, Anastasio?

La pregunta era inesperada, pues en los aposentos imperiales no solían mencionarse estas cosas entre gobernante y súbdito. Anastasio no podía formular ninguna pregunta a la Augusta. Inclinó la cabeza.

—Mi hijo cayó en la guerra contra Persia.

—¿Desde cuándo eres viudo, Anastasio?

—Hace ya tres años, Augusta, que murió mi esposa.

—No se deben mencionar asuntos personales cuando el emperador habla con un súbdito. Sabes muy bien que conozco el lenguaje de palacio y que nunca he infringido sus reglas. Ahora tampoco las infrinjo al hacerte estas preguntas, Anastasio.

—Majestad, la penumbra nubla mi mente. Si no confiase en la salud de mis sentidos, creería que soy víctima de un sueño imposible.

—Anastasio, su Majestad es diferente. Bizancio está en mis manos. Pero una mujer sólo puede ser *basilisa*.

—Todos esperamos la sabia decisión de Vuestra Majestad. Bizancio se inclinará ante aquel a quien elija la Augusta.

—¿Has pensado alguna vez, Anastasio, en cómo gobernarías si fueses emperador?

—Muchos consejeros, en sus horas febriles, pueden haber tenido pensamientos tan herejes. Os ruego, Majestad, que me creáis si os digo que jamás caí en esta tentación.

—¿Te gustaría convertirte en emperador, Anastasio?

El hombre se puso en pie. Hacía demasiado tiempo que vivía en Bizancio y residía en palacio. Con la diestra dibujó repentinamente una cruz sobre su pecho, que en presencia de la muerte era un signo de total y profundo arrepentimiento. Alguien

debía haberle acusado, alguien pretendía quitarle la vida. Seguramente había hombres armados tras la puerta, y su destino ya estaba decidido cuando entró en esta habitación.

—Augusta, no he faltado en mi fidelidad. No he abrigado codicia alguna. Soy vuestro esclavo, haced conmigo lo que os parezca, si ello es en interés del imperio.

La mujer vio caer la diestra después de hacer la señal de la cruz. «Cuan fácilmente los hombres renuncian a la vida», pensó la emperatriz. El alma de este hombre era un libro abierto. Podía leer sus emociones en su rostro.

—No temas, Anastasio; nadie te hará ningún daño. He estudiado a los Silenciarios, y los he desechado a todos menos a ti. Si no te ata ningún voto a la viudedad, te ofrezco mi mano y el trono de Bizancio. Mis palabras son inesperadas para ti. Vuelve durante las horas de la siesta. La recepción de Fausto Níger es lo bastante importante como para justificar una segunda visita tuya. Te espero cuando los granos de arena del reloj hayan caído dos veces.

Anastasio era bizantino. Cuando estaba preocupado, cuando algo le salía mal, cuando no encontraba la palabra justa mientras reflexionaba o escribía… se dirigía a las termas. El agua tibia, el vapor, la penumbra, la conversación en voz baja, las sombras sin rostro eran un alivio para el cuerpo y a menudo, aclaraba las ideas. En las grandes termas todos eran iguales, como los muertos o los aún por nacer. Todos hablaban con todos, si ello les procuraba distracción. Nadie sabía quién era el hombre a quien confiaba sus secretos. Entre los vapores del agua caliente, los recuerdos se mezclaban. «En las termas se dice» era una expresión corriente de los bizantinos, y significaba que nadie podía decir de dónde procedía el rumor.

El hombre que yacía a su lado era alto y corpulento. Podía ser un comerciante del mercado; o tal vez zapatero o un funcionario insignificante. Quienquiera que pagase las tres monedas de cobre podía entrar aquí.

—¿Tendremos un nuevo emperador, amigo? —preguntó la voz que se hallaba junto a Anastasio.

—¿Quién crees que será?

—Si la Augusta no adopta pronto una decisión, en la ciudad habrá disturbios, te lo digo yo. Pasado mañana se celebran los juegos. Esto alegra a todo el mundo, y más ahora que fueron aplazados a causa del duelo. Se dice que los Azules y los Verdes quieren presentar su candidato a emperador. Yo, puedes creerlo, soy Verde. No tengo nada en común con los señores de las filas Azules, que sólo quieren aumentar sus posesiones. Nosotros, los Verdes, llevamos por si acaso un cuchillo en el cinto. Podemos necesitarlo. Verás, vecino, no puedo dejar de imaginarme la cantidad de hombres que hoy comen o charlan en Bizancio y que pasado mañana caerán muertos sobre la arena, mirando al vacío. Yo no soy aficionado a las peleas. Pero, amigo, lo que tendrá lugar en el circo será parecido a una guerra. El caso es que en tiempos

como éstos, no se debe confiar el imperio a una mujer. Ni siquiera la guardia está segura bajo su mando. Cuentan que las cohortes hunas se han rebelado, y que los jinetes alanos exigen doble paga. Afirman que tienen derecho a pedirla cuando un emperador cierra los ojos para siempre.

Anastasio se estremeció.

—¿Te has enfriado? ¿Tienes fiebre? Esto no me gusta; quién sabe la enfermedad que te aqueja. Podrías contagiármela ¿Estás enfermo?

—Estoy vivo. Tengo que adoptar una decisión.

—Para elegir una nueva profesión, eres demasiado viejo. Tal vez lo seas también para elegir nueva esposa. ¿Adoptar una decisión? Quizá te haya cansado la vida mundana y quieras ir al desierto en calidad de monje… o a un monasterio. ¿Acierto? ¡No lo hagas, amigo! Mi cuñado, el pobre… ha vuelto a escaparse. ¡Rompió el ayuno con una cebolla, y su superior le castigó con cien latigazos! ¿Qué tienes que decidir?

—Un nuevo destino.

—Tal vez seas un hombre distinguido; hablas muy bien. Pero tus palabras no tienen sentido. ¿Eres realmente un hombre de alcurnia?

—Podría llegar a serlo.

—Tonterías. A tu edad, el que no lo es, difícilmente puede encumbrarse. Y si estás maquinando algo malo… cosa que dudo, pues pareces un hombre decente, te aconsejo que no lo hagas: a tus años no puede uno convertirse en asesino, ni siquiera por una pequeña herencia. Piensa en tu familia… Que Dios te proteja, amigo. Me voy a mi taller.

Los vapores fatigan el corazón, pero agudizan el espíritu. Cuando Anastasio regresó a palacio y vistió una túnica más lujosa, sobre la cual se puso el manto de los humildes, vio los escalones, los eunucos y los guardas con otros ojos.

Ariadna despidió al escriba y a sus dos damas antes de recibir al Silenciario. Esta conducta sólo estaba justificada por decisiones de gran trascendencia, pero todo el mundo sabía que se preparaba la respuesta para Fausto Níger, y que dicha respuesta era un secreto de estado.

—¿Aceptas mi ofrecimiento, Anastasio?

—Lo acepto, Augusta. ¿Cuáles son tus condiciones?

De no haberse decidido, no hubiera podido hacer ninguna pregunta. Así pues, era ya casi el novio.

—Gobernaremos como Augusto y Augusta. Tú te ocuparás de mí y me cuidarás cuando esté enferma. Yo te cuidaré cuando estés enfermo. Nos guardaremos fidelidad mutua. No fingirás que me amas, y yo tampoco diré que te amo, Anastasio. Tendrás que vigilar a los guerreros, pues no obedecerían a una mujer.

—En mi juventud serví entre los catafractas; sé montar a caballo y conozco las voces de mando.

—¿Tienes deudas?

—Poseo una casa en Bizancio y viñedos fuera de las murallas. También tengo una villa en la isla de los príncipes. Y algunas monedas de oro…

—¿Has planeado algo, Anastasio?

—Vuestra Majestad convocará para esta tarde el consejo de Estado. Hasta entonces, yo redactaré un borrador del decreto que suele promulgar el emperador cuando elige a su prometida. En nuestro caso, el decreto estará firmado por la Augusta. Vuestra Majestad invitará al Patriarca; su bendición nos asegurará la aprobación de los poderes celestiales. Al mismo tiempo, Vuestra Majestad invitará al oficial más digno de confianza de la guardia… yo os recomendaría a Justino, el capitán ilirio. Habla mal nuestra lengua y no sabe leer. Pero tengo entendido que es fiel hasta la última gota de su sangre. Sus guerreros deben colocarse a la entrada de la sala del consejo, después de que la sesión haya comenzado. Sería conveniente ordenar al prefecto que doble los puestos de guardia de la ciudad, ya que durante la noche se difundirá la noticia en Bizancio. Pasado mañana comienzan los juegos. Vuestra Majestad hablará al pueblo desde su palco, y le anunciará su decisión. En las puertas habrá que colocar arqueros hunos. Es probable que para entonces, los Azules ya hayan sobornado a la guardia; quieren elegir como emperador a un sobrino del antiguo emperador León.

—¿Has pensado en todo, Anastasio?

—En todo cuanto me ha inspirado el Todopoderoso.

—Que su gracia sea contigo. Abriré la sesión del consejo en las últimas horas de la tarde. Todos supondrán que hablaremos de Teodorico. Entonces anunciaré mi decisión. Por si acaso, ponte una coraza bajo la túnica. Si no tienes ninguna, pídesela a Justino. Cuando seas emperador… lo sé por experiencia, se convertirá en una prenda indispensable de tu vestuario. Retírate, Anastasio, y no olvides que ya eres el *basileo*… mi marido.

Hizo sonar la campanilla. Entraron las damas de corte y el escriba. Anastasio besó los escarpines de púrpura y la orla de su manto. Se inclinó profundamente y caminó de espaldas hasta la puerta que utilizaban los dignatarios de poca importancia.

Fausto Níger se postró ante el nuevo emperador. Anastasio había dirigido las negociaciones con el enviado de Teodorico y del Senado. Las pruebas de una exactitud minuciosa, los debates, parecidos a discusiones filosóficas, las comparaciones con la época de mayor gloria, todo tenía el único propósito de averiguar el punto de vista del interlocutor. Anastasio, como ministro de Zenón, había procedido conforme a las reglas de las cancillerías bizantinas. Pero ahora, el antiguo Silenciario se había convertido en emperador. La tradición exigía que todas las conversaciones y todos los detalles de las negociaciones fuesen repetidos desde el principio.

¿Qué pensaba la cabeza visible del Senado romano mientras rozaba con los labios los nuevos escarpines de púrpura y ejecutaba la triple genuflexión impuesta por el ceremonial? El rostro de Anastasio era tan impasible como el del emperador representado en los mosaicos de oro. Su voz sonaba reposada y solemne; aquí, lo único que había cambiado era el deficiente griego de Zenón y sus peculiares frases latinas, que en Anastasio se convertían en las matizadas expresiones de un hombre que domina ambas lenguas a la perfección.

Fausto estaba impaciente por volver la espalda a Bizancio y regresar a Roma. De la Urbe habían llegado noticias poco tranquilizadoras: los días del Santo Padre estaban contados. Pronto habría elecciones papales. Teodorico también daba muestras de impaciencia. En el último mensaje pedía con palabras tan enérgicas el nuevo edicto, como si nunca hubiese vivido en el palacio imperial.

El emperador tenía que actuar como si no supiera nada, como si la púrpura que le convirtiera en sagrado emperador hubiese borrado su antigua existencia de funcionario.

—¿Cuál es, resumida en pocas palabras, tu pretensión, leal amigo nuestro?

¡Fausto Níger sintió deseos de estallar en carcajadas ante el Augusto! ¡Con cuánta frecuencia habían hablado del asunto, tratando de eliminar las dudas; cuan a menudo habían cenado juntos! Y como era costumbre en Bizancio, también había intentado sobornarle. Algunos hermosos anillos, pesadas cadenas de oro, copas de plata… fueron sólo pequeños regalos para corresponder a las invitaciones de Anastasio. Y cuando el Silenciario hubiese redactado el nuevo edicto a satisfacción de Teodorico, y enviado a Italia las insignias imperiales que Odoacro remitiera a Bizancio tras la deposición de Rómulo Augústulo, el consejero Anastasio hubiese recibido una bonita suma, lo suficiente para comprarse una nueva finca en los alrededores de la capital.

Y ahora, inesperadamente, el consejero a quien Fausto Níger casi creyera tener en el bolsillo, se había convertido en su Sagrada Majestad, que con una palabra podía destruir el resultado de semanas enteras de negociaciones. «¿Cuál es tu pretensión?», preguntó la voz, y Fausto no pudo estallar en carcajadas. Pese a todo, era una suerte que sólo le hubiese dado un anticipo en forma de joyas, aunque Anastasio le insinuara que debería compartir el dinero del soborno con los demás funcionarios. Ahora no existía aún ninguna cancillería con la que Fausto pudiera comenzar el regateo.

Anastasio conocía perfectamente el asunto, cuya tramitación había competido a su cancillería. Su memoria era considerable. «Este canalla —pensó Fausto, el senador romano— se acuerda de todo.» Resumió, con palabras corteses y veladas, todos los deseos de Teodorico. Del texto seco y convencional surgía de vez en cuando un giro sobre el que ya se habían puesto de acuerdo. La mirada del emperador estaba fija en los pájaros dorados de la franja de mosaico.

—Nuestro fiel patricio Teodorico, según nos hemos enterado, ya se ha hecho

proclamar rey en la ciudad de Ravena. Ha mencionado en su título la palabra Italia, sin esperar nuestra aprobación. Hemos de reconocer… que esta noticia ha entristecido nuestro corazón paternal. Pero en nuestra respuesta tendremos en cuenta el bien del Imperio. Nosotros, que gobernamos por la gracia de Dios, no podemos dejarnos llevar por nuestros sentimientos. Escucha, pues, nuestras palabras, leal Fausto Níger. Redactaremos el nuevo edicto con mayor exactitud, puesto que el patricio Teodorico considera poco claro el anterior. Las insignias imperiales llegaron a su tiempo en estado defectuoso al palacio imperial. El usurpador… ¿cuál era su nombre…? ¡Ah, sí!, Odoacro… no tuvo cuidado con ellas; el manto sagrado está deshilachado, y en la corona faltan algunas piedras preciosas… Nosotros tenemos la intención de hacer reparar las insignias imperiales. Pero esto, como sabes bien, requiere su tiempo. La perfección del trabajo es lo importante… y no la rapidez. Es posible que podamos enviarlas a tu señor dentro de dos… o tal vez tres años… si para entonces es todavía digno de ellas. No tenemos ninguna objeción a que utilice el título de rey de todos los godos en Italia. Esto no consta en el edicto. Pero en nuestro nuevo documento, que le enviaremos como respuesta, nos dirigiremos a él con este título. Y esperamos que el patricio Teodorico pagará al palacio imperial cincuenta mil monedas de oro como compensación mínima de los quince años durante los cuales las provincias itálicas no han pagado ningún impuesto.

XXX

En Roma, un ejército de obreros bajó después de muchos años al mundo de los canales subterráneos, para limpiar aquella notable obra de los tiempos antiguos, la Cloaca máxima, que en un tiempo conservase limpia la ciudad y evitase que la basura diaria del millón de habitantes infectase el aire de Roma. Los viejos todavía recordaban que las aberturas se limpiaban con regularidad, y la guardia castigaba severamente a cualquiera que tirase desperdicios por las calles. Los viejos lo recordaban, pero los jóvenes sólo conocían una Roma sucia y maloliente, cuyas calles estrechas despedían un hedor casi insoportable. Todas las noches salían miles de perros y gatos a escarbar en los montones de basura.

«Por orden de Teodorico», dijo el jefe de los pelotones de trabajo, mientras se introducían botes por las aberturas de los canales, que ahora volverían a recorrer el sistema subterráneo de la cloaca.

Mientras los hombres vestidos de cuero descendían al reino de las oscuras aguas, que durante los últimos decenios sólo sirvieran de ruta de huida para los más peligrosos ladrones, en los alrededores de Roma se iniciaron otros trabajos de distinta índole. Gran parte de las conducciones de agua romanas aún subsistía, pero donde el rayo había destrozado un solo arco del acueducto, o las plantas habían practicado finas hendiduras en la piedra, se desperdiciaba el agua que los antepasados condujeran hasta Roma desde los montes Sabinos. Charcos y pantanos hicieron su aparición en las cercanías de la ciudad. La población de la Urbe se veía obligada a cavar pozos y beber el agua impura de su fondo. Ahora el prefecto recibió la orden de enviar albañiles que reparasen las conducciones de agua. El rey escribía que haría frente a todos los gastos, por elevados que fuesen.

El secretario del Senado reconoció el estilo de Casiodoro. Este joven escriba era actualmente uno de los hombres más influyentes del palacio de Ravena. Su sabiduría casi igualaba la de los antiguos pretores romanos, y su elocuencia recordaba la época más gloriosa de la república. Los decretos aparecían en forma de cartas reales y llevaban el sello de Teodorico: *legi* —lo he leído—. Todo el mundo sabía que el rey tenía una placa de oro en la que estaban grabadas estas cuatro letras. Teodorico sabía leer, pero no escribir, se decía en las cancillerías. Con un punzón imitaba las letras grabadas. De este modo aparecía el sello de Teodorico en las tablillas o los pergaminos. El secretario romano sabía que Casiodoro había formulado en latín la voluntad de Teodorico. Los senadores se inclinaron sobre el documento; les pareció que volvían a oír el rumor de los pozos de Roma.

El rey ordenaba también al prefecto que hiciese reparar los antiguos almacenes municipales donde en tiempos de la república y durante la época de los emperadores

se almacenaban las reservas de cereales. Cuando venían tiempos de escasez o no llegaban puntualmente de África los barcos cargados de trigo, siempre se podía contar con aquellas reservas, gracias a las cuales, la alimentación de los habitantes estaba asegurada.

La orden de Teodorico mencionaba que el pueblo no debía olvidar nunca que podían presentarse tiempos de escasez, especialmente si los campos no estaban bien cuidados. El rey sabía que la población de la Urbe contaba con las reservas de cereales. Sin embargo, ahora sólo serían repartidos entre aquellos que hubiesen participado durante la época de abundancia en los trabajos de la ciudad. En primer lugar serían recompensados los voluntarios que estuviesen dispuestos a reparar los daños causados por los incendios y la devastación. A ellos les corresponderían raciones dobles y triples, y serían los primeros en recibirlas. ¿Qué quedaría para los demás? El rey era de la opinión de que el Senado no tenía obligación de alimentar a los inútiles y ociosos.

Llegaron las lluvias otoñales. Las gentes del prefecto limpiaron los arroyos de las calles, y el agua de la lluvia no encontró obstáculos en su camino hacia los canales subterráneos. Los obreros municipales se llevaron en carros la suciedad amontonada junto a las aberturas de los canales, y las calles volvieron a estar limpias. Tres días antes de Navidad empezaron a manar los manantiales y los caños de las termas, secos desde hacía medio siglo. El pueblo corrió a los pozos públicos, que estaban rodeados de malas hierbas. El agua volvía a manar en potentes chorros… tan fresca y limpia como nacía en los montes Sabinos.

Después de Navidad, los albañiles y constructores volvieron de los montes. Un comité especial del Senado designó las casas, palacios y basílicas que el curso del tiempo había deteriorado, y en primer lugar aquéllas que los habitantes del barrio habían saqueado, pese a todas las prohibiciones, atraídos por sus excelentes materiales de construcción. ¿A quién importaba, en una ciudad tan gigantesca como Roma, que el pico destruyera estatuas de mármol, frescos y relieves?

Hombres armados acompañaban a los picapedreros, y cuando al atardecer los habitantes de la ciudad salían de paseo, se dirigían al pie del Palatino para ver de nuevo provistos de tejado un antiguo palacio o un edificio público, durante muchos años juguetes de la lluvia y el viento. Cuando se iniciaban en alguna parte trabajos de reconstrucción, el escriba del magistrado anunciaba por tres veces: Por orden del rey y patricio Teodorico.

Casiodoro, el culto ministro del rey, amaba apasionadamente a Roma y deseaba para ella su antigua gloria. Transformaba las secas y concisas palabras del soberano en frases llenas de belleza. Poco a poco fueron conociendo en el Senado, en la corte e incluso en el palacio imperial aquellos documentos tan cuidadosamente redactados. Ya casi había sido olvidado el hecho de que en el transcurso de cinco años se

sucedieron nueve emperadores, que los bárbaros conquistaron la ciudad, y que la Urbe y el imperio vivieron horas de auténtica miseria. Casiodoro escribía como si todo aquello no hubiese ocurrido. Roma seguía en su lugar, vivía y resplandecía, como también la tierra de Italia. Las viejas leyes eran observadas, los ancianos del Senado, honrados. Los ladrones recibían su castigo y se perseguía a los criminales. El rey Teodorico atendía a todo, lo vigilaba todo.

El rey vigilaba sin cesar. A menudo, los ojos de sus consejeros se cerraban por el cansancio mientras él discutía una y otra vez sobre un asunto determinado. Este hombre de cuarenta años volvía siempre fresco de su cabalgata matinal; se ponía una ligera túnica romana y ocupaba su lugar en el consejo. Cuando no veía claro algún problema, interrogaba uno por uno a sus consejeros. ¿Era el mismo Teodorico que partiera en dos el cuerpo de Odoacro y ordenase matar a sus adversarios bárbaros al final de aquella cena? ¿Era el mismo Teodorico que viviera como príncipe bárbaro de los godos en el campamento de carros?

Cuando alcanzó la frontera de Italia, hablaba con mucha imperfección la lengua de los romanos. Ahora ya no era necesario que un intérprete godo o griego tradujese sus palabras. Sus frases latinas eran todavía algo toscas, pero todo el mundo comprendía lo que quería el rey. ¿Era éste el mismo Teodorico que una vez devastara Tracia con sus guerreros?

Casiodoro hablaba, durante las tranquilas horas del atardecer, de sus amigos. El noble Símaco y su yerno y pupilo, Boecio, de la estirpe de Anicio, eran el orgullo de la Urbe. Su intelecto resplandecía, eran los favoritos de las musas. A instancias de Símaco se dio nuevo impulso a la Academia, y los jóvenes acudieron en masa a sus aulas. Su mejor alumno, que no tardó en superar al propio maestro, fue Boecio. El muchacho quedó huérfano a muy tierna edad, y fue acogido en casa de su pariente Símaco.

El ministro deseaba atraer a Roma a Teodorico, hacerle abandonar la fortificada Ravena, y obligarle a olvidar Verona, que el hijo de Amal (en recuerdo de su primera gran victoria) había convertido en la ciudad más bella de Italia. La gloria y el esplendor de la Urbe le atraerían; tal vez Roma consiguiera deshacer el vínculo que unía a Teodorico con la fe arriana, pues esto constituía uno de los principales obstáculos para que el rey llegase a ser un auténtico romano.

«Roma te reclama, mi rey.» Este ruego de los enviados sonaba cada vez más insistente; y cada día era más apremiante la pregunta de por qué el rey no iba a la Urbe. ¿Por qué no hacía su entrada en la ciudad, como exigía la tradición? Quien proporciona agua y cereales, instaura el orden y aleja a los enemigos, es príncipe de Roma, sea cual sea el título que le otorgue el pergamino de Bizancio. «¡Ponte en marcha hacia Roma, rey Teodorico!»

XXXI

¿Sería posible restablecer todo el imperio occidental por medio de alianzas con los reyes bárbaros?

En África septentrional, en la región de la antigua Cartago, se extendía el reino de los vándalos. En Hispania y el sur de las Galias reinaban los visigodos. El reino de los francos se extendía al norte de las Galias y limitaba con el país de los burgundios.

Al Este se hallaba la región de las tribus errantes, que no delimitaba ninguna frontera.

Mientras en el palacio imperial de Bizancio se hacía año tras año una rendición de cuentas sobre provincias que en realidad no existían desde hacía tiempo —el imperio no podía renunciar a una sola de sus provincias—, el rey godo preparaba en su corte de Ravena una alianza germánica que se apoyaría en la ascendencia común y en la fe arriana. Con estas dos cosas como base creía poder fundar un imperio occidental más fuerte que el anterior.

Hacía años que su hermana Amalafreda vivía con el rey de los vándalos. Una de sus hijas era esposa del rey burgundio, la otra, del rey visigodo. Su sobrina Amalaberga concedería su mano al rey de los turingios.

Como una sombra inquietante se alzaba el rey de los francos, Clodoveo, considerablemente más joven que Teodorico, que había heredado de su padre una estrecha franja de tierra y un montón de guerreros hambrientos y sin hogar. Clodoveo contaba quince años cuando los guerreros le levantaron sobre el escudo, según la antigua tradición, pues aún adoraban a los dioses paganos Odín y Baldur, y ciñeron con una corona la frente del muchacho. Este joven rey convocó a sus guerreros al segundo día de su reinado. «Somos pobres, no tenemos oro, ni trigo, ni vino. Nosotros tendremos que conquistarlo con nuestro esfuerzo. ¿Quién sigue a mi lado?» El reino de Clodoveo crecía de año en año. Venció al gobernador de la última provincia romana, y en sus manos cayó Durocortórum y un gigantesco botín. Sometió a príncipes de su familia, y también los reyes merovingios reconocieron su superioridad. Este príncipe pagano resolvió después apoderarse de todas las Galias; no se sentía ligado por ningún vínculo con los arrianos germánicos. Se decía que el obispo católico de Durocortórum era un huésped frecuente en el palacio del joven rey.

Teodorico veía en el rey de los francos, que ahora tendría unos treinta años, a su único enemigo verdadero. Hasta la fecha había conseguido siempre evitar refriegas en las zonas fronterizas, con las que incluso intercambiaba anualmente mensajes de amistad. Pero a la cancillería de Ravena llegaban con alarmante frecuencia noticias de las Galias; todos los años caían en poder de Clodoveo nuevas provincias, nuevos

ríos y nuevas tierras de regadío. Y también nuevas ciudades…

En estos siglos, la ciudad significaba sabiduría, casas y oro.

Clodoveo y su hermana Audafleda habían perdido a sus padres siendo muy niños. Crecieron entre el ruido de una guerra perpetua, en el umbral entre la vida y la muerte. La niña compartía la existencia de su hermano, cabalgaba a su lado durante las primeras campañas, y estuvo presente en el mercado de Augusta Suessionum, cuando los francos se repartieron el botín. Un guerrero eligió para sí una copa de vino que el joven rey había pensado regalar al obispo Remigio. Pero al guerrero franco le tenía sin cuidado el deseo de su rey, y se negó a entregar el cáliz. Entonces Clodoveo desenvainó la espada, y el guerrero se enteró al precio de su vida de que no era aconsejable para un «igual» oponerse al rey. Se trataba de la famosa copa de Augusta Suessionum, que hizo nacer entre los guerreros el respeto y el temor hacia su joven rey. Audafleda presenció la escena, y cuando se hallaba junto a su hermano ya no temía los gritos salvajes de los caudillos francos.

Clodoveo, a quien el paganismo no convencía, estaba ante una encrucijada. ¿Seguiría la fe arriana o la católica? Todos los países germánicos habían adoptado la doctrina de Arrio, y todos los romanos se habían acogido a la iglesia ortodoxa. En las tierras del rey vándalo, los católicos eran víctimas de persecuciones sanguinarias que superaban incluso a las de los antiguos emperadores romanos.

Clodoveo permaneció indeciso mucho tiempo. ¿Dónde conseguirían mayores ventajas? ¿Cuál sería la recompensa de una conversión? ¿Qué podía ofrecer el cristianismo romano, y qué, los arrianos? Si se dejaba bautizar por el obispo católico, todos los reinos germánicos estarían contra él, pero en cambio contaría con la alianza del lejano emperador y con el apoyo de todos los obispos que vivían en las distintas provincias; estaría seguro en cualquier parte donde se profesara la fe romana.

Audafleda aún no había sido bautizada cuando llegó la legación de Teodorico. Los condes godos no venían de manera inesperada. El noviazgo fue precedido de prolongadas negociaciones en las que se discutió la dote, el regalo de provincias y de enormes sumas de dinero, y también el tema de la fe. Cuando ante la frontera de las Galias apareció el primer mensajero con destino a la corte de los francos, el rey Clodoveo supo que tendría que separarse de su hermana.

Ambos eran fruto de una unión por amor. Su padre, el rey Childerico, había huido en calidad de desterrado a la corte turingia, donde nació un amor incontenible entre él y Basina, la esposa del rey. Childerico raptó a la esposa de su anfitrión, y con ello se granjeó no sólo el odio de Turingia, sino el de todo el mundo germánico. Los dos amantes lucharon contra el destino y contra sus enemigos, pero esta lucha desigual les privó de todos sus bienes y finalmente, de la vida. Quedaron sus dos hermosos hijos. Al cabo de dos decenios nadie hablaba ya del memorable rapto.

Audafleda creció entre cambios constantes. Batallas, asedios de ciudades,

tranquilos inviernos en una fortaleza romana conquistada, campañas, continuas deliberaciones de los hombres. Audafleda, huérfana desde niña, no era cristiana, pero tampoco era pagana. Los nombres de Odín y Baldur ya no significaban nada para ella; a los sacrificios del bosque acudían cada vez menos guerreros. La hija del rey había aprendido el alfabeto de los cristianos. Cuando la visitaba el obispo Remigio de Durocotórum, sabía cómo debía recibirse a un sacerdote de su categoría, y qué honores debían rendírsele.

Audafleda vio entrar a los enviados godos en Augusta Suessionum. Se tomaron unos días de descanso para estar frescos y reposados el día de la audiencia. Se advertía que los señores godos se habían refinado desde que vivían en Italia. Llevaban capas de pieles bien curtidas y yelmos adornados con cuernos; pero su coraza, sus armas, sus sandalias y los arneses de sus caballos ya eran romanos. Los rostros afeitados de los secretarios, su nariz recta y su cabello oscuro traicionaban su sangre itálica. Los caballos tiraban de carros cuyas ruedas eran ligeras. Cuando los legados se cansaban, podían reposar en los carros. Les seguían los carromatos con los regalos y el equipaje. Un grupo de jinetes godos cerraba la comitiva.

¿Cuántos meses faltaban para el final del verano, para que Audafleda viajase a Ravena desde Durocortórum? ¿Cuántas semanas pasarían antes de que estuviese reunida la dote de la novia, y se hubiese obtenido de los campesinos la última joya, la última moneda de plata, la dote real sin la que Audafleda no podía pisar terreno itálico?

Por fin llegó el momento en que la hija del rey franco pudo emprender el viaje a Italia, al reino de los godos. «¿Hablas latín?», preguntó Casiodoro, el último en llegar a Durocortórum para la petición de mano. Este «scisne latine» sonó como una exigencia a la cual ella apenas respondió. Su futuro marido no se parecía a los burgundios ni a los turingios, esos príncipes barbudos y habladores que en la mesa se tiraban los huesos unos a otros cuando el vino de Durocortórum se les subía a la cabeza. «¿Hablas latín?», preguntó el enviado. Y este enviado hablaba en voz baja, era un hombre distinguido, pero no un sacerdote. Sin embargo, no llevaba armas, y ceñía su frente una corona de laurel. Su título era: *magister officiorum*. A él confiaba su Majestad los asuntos de palacio y de la casa real. ¿Qué edad tenía Teodorico? Había quien todavía recordaba la campaña de las seis mil lanzas… y contaba los años a partir de entonces. Podía doblarle la edad a Audafleda, que contaba veintidós primaveras.

—¿Ha tenido el rey una esposa legítima?

Casiodoro había oído hablar de una doncella de Iliria, hija de un magistrado de la ciudad. Se rumoreaba que Teodorico no la había olvidado jamás, y que estaba arrepentido de haberla dejado marchar. Cuando cruzaban Mesia, vivió con la hija de un noble godo de la misma manera que Erelieva cohabitara con el rey Teodomiro.

Esta mujer, que estaba enterrada a orillas del lejano Ister, había dado dos hijas a Teodorico. Una de ellas era ahora reina de los burgundios, la otra, de los visigodos. Casiodoro ignoraba incluso el nombre de esta mujer goda.

—¡Teodorico no ha tenido nunca una esposa con la cual estuviera unido en nombre de Cristo!

—¿Qué… qué clase de hombre es?

Casiodoro era uno de los miembros más poderosos de la cancillería de Ravena, un cortesano culto y reflexivo que hablaba con su futura soberana. En la pregunta se ocultaba la congoja, la curiosidad, y tal vez una chispa de recelo.

—Posee dos almas, Audafleda. Una romana y una goda, una buena y una cruel. Es sabio, pero irascible. Posee la sabiduría del mundo, pero no tiene una gran opinión de los filósofos.

—¿Qué son los filósofos?

—Hombres que edifican un mundo imaginario con la fuerza de sus ideas. Y sin embargo, este mundo es más fuerte que todo lo demás… pero no puede ser comprendido por nadie que no conozca la fuerza de la razón.

—¡Háblame de Ravena, señor!

—Yo soy romano. Nada puede compararse con la Urbe, que fue erigida sobre siete maravillosas colinas. Pero Roma ha sido reducida a cenizas muchas veces. En la actualidad, los pantanos emanan venenosos vapores, que flotan sobre la ciudad. En cambio Ravena disfruta ahora de su período álgido. Es la ciudad de Teodorico. ¿Sabes qué es un mosaico? Con miles y miles de diminutas piedras de colores se forman murales resplandecientes que representan el rostro de Jesucristo, a sus ángeles, y muchas otras cosas. Todo brilla en las iglesias. Todo resplandece en el palacio del rey. Cien mensajeros a caballo están dispuestos a difundir sus órdenes.

—¿Cómo es el rey?

—Lo preguntas por segunda vez, y esto es inteligente por tu parte. A esta pregunta siempre obtendrás de mí una respuesta diferente, y sin embargo, todas serán ciertas. Ya no es muy joven, de las batallas regresó con heridas, y las cicatrices se advierten en su rostro. Le falta un dedo en la mano izquierda. Cuando se aproxima el invierno, le duele la pierna, que en Soncino fue atravesada por una flecha. En el hombro debe tener una gran cicatriz, pues un hacha de combate le hirió, y tuvo mucha suerte de que la hoja no penetrase más adentro. En la frente tiene una cicatriz, pero el rostro es liso y agraciado. Cuando se inclina sobre un pergamino para leerlo, podría ser tomado por un sacerdote. Sus cabellos rubios ya tienen hebras de plata. Cuando se pone en pie, es un hombre alto y corpulento. Monta a caballo todas las mañanas, antes de iniciar el trabajo con los asuntos de estado. Sobre la silla tiene la prestancia y la seguridad de sus veinte años. Cuando el día toca a su fin y habla para resumir los acontecimientos, su voz es tranquila. Yo escribo en un libro lo más

importante. Cuando tú vivas a su lado… también sabrás todas estas cosas.

—Háblame de la dama Erelieva…

—Le dio la vida. Le vestía para las batallas. Le ha seguido a través de muchos países. A caballo, en carro, a pie. Compartió con él las penalidades que sufrieron al cruzar los Alpes. Cuando su hijo se preparaba para la decisiva batalla a orillas del Soncino, le cubrió con el manto de púrpura. Sólo en una cosa ha desobedecido a su hijo: Erelieva ha adoptado nuestra fe. Se ha convertido al catolicismo. El obispo de Verona la admitió en el rebaño de sus fieles mientras Teodorico ponía sitio a Ravena.

—A mí me bautizará el obispo Remigio antes de que emprenda el viaje. Ya ves, señor, lo peculiar que es todo esto. Dos mujeres de fe romana vivirán juntas, como si fueran madre e hija. Erelieva y yo. Y los dos hombres de mi vida, mi hermano, que derrama las primeras gotas de vino de su cuerno en honor de Odín, y Teodorico, que profesa la fe de Arrio. Ya ves cuan difícil es… cuan difícil es comprender todo esto.

XXXII

Todo es pasajero, sólo Roma es eterna. Casiodoro creía ser el único que luchaba en nombre de un rey bárbaro contra el carácter efímero de una ciudad. Durante las horas de la noche, su punzón recorría incansablemente el papel. Cada una de sus palabras era un suspiro de nostalgia por la antigua gloria. Canales, conducciones de agua, circos, templos, palacios, todos eran deseos predilectos de su imaginación. Si el Senado no prestaba ayuda, recurriría con sus cartas al Papa: el rey no debía ver ruinas cuando visitara Roma.

Hacía años que duraba la lucha entre Ravena y Roma: Teodorico construía una nueva ciudad cristiana. En la ciudad protegida por pantanos no había circo, ni basílicas, ni foros. Ahora se levantaban templos de estilo bizantino, pero que eran más ligeros y claros que los de Constantinopla. La vida de Ravena, que giraba en torno a la corte del rey, era una cosa, y otra era la vida en Roma, donde las palabras del rey llegaban como una orden lejana. Aquí el Senado decidía en todos los asuntos mundanos, pero también pesaba la palabra del Papa. Y en última instancia era el nombre del emperador Anastasio el que sancionaba todas las leyes. El Senado mandaba al palacio imperial los documentos importantes con las naves que se hacían a la mar en primavera; y en Bizancio —según era tradición— dichos documentos eran registrados y archivados. ¿Vendría a Roma Teodorico? Hacía años que se respondía a los capataces y albañiles: «El patricio vendrá; recibiréis vuestra recompensa».

«Teodorico viene.» La noticia se difundió por la ciudad. Había llegado una carta de Casiodoro para su amigo Símaco, el senador, y Boecio, su joven alma gemela. Los senadores se reunieron aquel mismo día. La noticia no llegaba realmente en el momento más propicio. La tesorería de la ciudad volvía a estar vacía, porque habían tenido que ser reparados nuevos tramos de las conducciones de agua, y las inundaciones de primavera habían causado grandes daños en los campos. ¡Seguramente el rey no vendría con las manos vacías, y Roma podría ser embellecida gracias a su generosidad! Pero antes era preciso prepararle una recepción. Tendría que aumentarse el número de hombres armados, para ofrecer un séquito de honor digno de tan alto personaje. Había miles de cosas que hacer, y nadie sabía de dónde sacar el dinero.

—El pueblo tiene que sufragar los gastos de embellecimiento de la ciudad —dijo Símaco, que era el senador de más prestigio—, pero nosotros los patricios también hemos de contribuir. Al fin y al cabo es con nosotros con quien el rey pasará gran parte de su tiempo.

Hacía más de diez años que Roma no recibía ninguna visita principesca. ¡Cuánto

tiempo había pasado desde la entrada triunfal de Odoacro, cuando hizo ejecutar al pie del Capitolio, entre los gritos de júbilo del pueblo, al rey rugieno Fava, que se había rebelado contra Roma!

¡Cuántas cosas habían ocurrido desde entonces!… Símaco recordó el aspecto de la Urbe en aquella época. Era un nido de peste y suciedad, y los desperdicios cubrían el Foro romano. El Tíber se desbordaba todos los años, arrastrando consigo a las ruinosas barracas. En la marcha triunfal habían desfilado los guerreros de las tropas bárbaras de Odoacro… y todos los habitantes de Roma rezaban para que no se desmandasen aquellas bestias ocultas bajo una envoltura humana. Dos años más tarde, este mismo Odoacro llamó en vano a las puertas de Roma. Los arqueros del Senado se apostaron en los torreones, y los soldados tensaron las cuerdas de las ballestas. Desde entonces, Roma no gozaba de buena reputación entre los príncipes. Los cónsules cambiaban todos los años, y el pueblo sólo se acordaba de los que habían organizado los juegos más costosos.

La casa de Símaco, en la ladera del Palatino, albergaba a varias familias; a nadie molestaba el hecho de que el ruinoso tejado no impidiese la entrada de la lluvia en el sotabanco. El propio jardín presentaba la salvaje belleza de una espesura de laureles. La gran mansión, una de las propiedades de la familia de Anicio, tenía ya varios centenares de años. Los jóvenes, que sólo conocían de oídas las épocas calamitosas, hubiesen emprendido de buena gana el trabajo de reparar la deteriorada techumbre.

El aposento de Boecio se hallaba junto al jardín. La hija de Símaco, Rusticiana, era la esposa del joven erudito, cuya fama había traspasado las fronteras de Roma. Su mente investigaba las profundidades de la filosofía, amaba la música, pero también estudiaba el curso de las estrellas y la geometría. En su taller se construían misteriosos aparatos, auténticas maravillas de la mecánica. No ignoraba ninguno de los descubrimientos de los antiguos, ya fueran griegos o latinos. En su aposento se amontonaban los rollos de pergamino, cuya copia le había costado grandes sumas de dinero. Era el único derroche del que se podía acusar a Boecio. Los libros eran caros, y hacía tiempo que había pasado la época en que los talleres de los copistas abundaban como setas en los foros. Actualmente, sólo los sacerdotes y los monjes se dedicaban a la copia de libros. Era un trabajo fatigoso, que requería mucho tiempo. Los amantes de los libros recordaban con un suspiro los tiempos en que podían encargar manuscritos en el gran taller de los hermanos Sosius o de otro que tenía su *taberna* en las proximidades del templo de Vertumnus, y obtenerlos al cabo de pocos días. Cuando Boecio leía a los poetas antiguos, pensaba con nostalgia en los viejos tiempos de la Urbe. Hoy todo era mezquino y pobre, y los hombres se habían convertido en enanos. Los patricios vendían a la mayor parte de sus esclavos: ¡cómo mantenerlos en una época de tanta penuria!

Fue un gran día en casa de Símaco y Boecio aquél en que llegó Casiodoro para

preparar el recibimiento del rey Teodorico. El *magister officiorum* pensaba alojarse en casa de sus amigos, y era preciso decidir dónde viviría Teodorico como huésped de la capital.

Rusticiana era una mujer singular. El trabajo de la cocina y de la casa no la absorbía. Vivía con su marido en el mundo de la antigüedad, leía libros griegos y le gustaba copiar sus textos preferidos. Muchas veces visitaban la casa jóvenes filósofos, y Rusticiana tomaba parte en sus debates. Algunos de estos jóvenes estaban al servicio del Senado o del prefecto de Roma, otros estudiaban en la Academia, que había podido abrir de nuevo sus puertas gracias a la inspiración de Símaco y a la generosidad de Teodorico.

Casiodoro llegó hacia el atardecer. Se apeó de un ligero carruaje, y sus rollos de manuscritos fueron llevados a su aposento. Estaban destinados a servir de lectura, pero al mismo tiempo como regalos: en Ravena eran más baratos los manuscritos griegos. Rusticiana susurró a su marido:

—Nuestro huésped ha traído consigo los regalos más valiosos.

Casiodoro se sacudió el polvo de las ropas, recorrió la casa y comprobó con alegría que por doquier, en el jardín, en el atrio, en el baño, manaba la costosa agua romana. Pensó en su infancia, cuando en la ciudad fueron cavados los pozos. Casiodoro no pidió una copa, sino que probó el agua recogida en su mano. ¡Qué fresca, qué sabrosa, qué romana! Recordó que había sido tres años antes, durante una conversación con Teodorico, cuando le animó a emitir un decreto sobre la reparación de las conducciones romanas. El rey renunció a los impuestos durante todo un año, para que los romanos pudiesen emplear el dinero en poner de nuevo en funcionamiento el acueducto y la Cloaca máxima.

Cuando Casiodoro redactó entonces la orden real, pensó: «Todo esto es sólo una hermosa ilusión». Vio la urbe sucia y abandonada de su niñez, recordó los ardientes veranos, el agua pantanosa del Tíber… y cerca, en la Campagna, al pie de los montes Sabinos, los acueductos en ruinas, cuyas aguas se derramaban inútilmente al cabo de unas millas.

¡Y qué delicioso se antojaba ahora en el jardín de Boecio el chorro de agua que brotaba de las fauces de un león con todos los colores del arco iris! Los arbustos medio agotados habían reverdecido, renaciendo el arte de la jardinería, elogiado por Horacio. Las malas hierbas habían desaparecido, y al borde del césped florecían los parterres. En los árboles anidaban los pájaros, y dos pequeños corzos correteaban por el jardín de Símaco. Se acercaron al huésped desconocido, y se detuvieron a unos pasos de distancia, como si quisieran pedirle algo… o solamente inspirarle sorpresa.

Su lecho no era duro; esto fue una novedad agradable. Según la regla de oro de la hospitalidad tradicional, un amigo que llegaba de un largo viaje no podía ser importunado hasta que hubiera descansado la primera noche y se hubiese habituado a

su nueva vivienda. El dueño de la casa no sostendría con él una larga conversación hasta la hora del desayuno. Casiodoro ordenó sus manuscritos cuando apenas amanecía. Ser huésped en Roma le causaba una grata impresión. Bajó al jardín. La noche anterior había visto los surtidores. Ahora se detuvo ante ellos como ante el milagro de la resurrección. En el lado izquierdo de la casa vio escaleras y herramientas, y no le parecieron muy usadas. Así pues, en casa de Símaco el trabajo debía de haber comenzado hacía poco tiempo.

Las ventanas estaban abiertas. Alguien dictaba. Conocía a Boecio desde niño, pero hacía muchos años que sólo sabía de él a través de informes o cartas. Ahora, el latín clásico le convenció de que quien dictaba sólo podía ser su joven anfitrión.

Cuando Casiodoro tomó asiento en un pequeño banco, junto al cual manaba un chorro de agua de una cabeza de Cupido, oyó la voz que dictaba citando a Platón: «¡Feliz la ciudad cuyos gobernantes son filósofos, o que, por lo menos, estudian filosofía!»

¿Es feliz esta ciudad…? Pensó en Teodorico. El propio Casiodoro no había visto el cuerpo mutilado de Odoacro, pero nadie en Ravena olvidó jamás aquel suceso. ¿Quién podía llamar filósofo al rey de los godos? Su espíritu inquieto no seguía nunca el intrincado orden de ideas de los filósofos antiguos. Ni siquiera el *logos*, el juego intelectual digno de los filósofos, interesaba al hijo de Amal. Tampoco le interesaba el mundo de las ideas de Platón. Cuando Casiodoro le hubo explicado cómo el filósofo ateniense hubiese organizado el Estado, se limitó a sonreír:

—Este hombre no hubiera sido jamás capaz de gobernar.

Había un abismo de contradicciones entre Teodorico y Boecio.

Rusticiana, a quien Boecio había estado dictando, leyó ahora el texto en voz alta. «¿Dónde está la verdad?», se interrogó Casiodoro mientras se desprendía de las sandalias y dejaba correr el agua fresca sobre sus pies. ¡Qué instante tan hermoso y feliz! Estaba solo… aún disponía de una hora para sí mismo. Los pozos de Roma, las palabras de los filósofos, las sombras de los arbustos; si levantaba la vista, contemplaba el Palatino y el palacio de los Césares iluminados por el resplandor del disco rojo del sol.

Se dispuso la mesa del desayuno en el jardín. Rusticiana era una mujer joven y hermosa. Se movía en la casa del patricio con la misma libertad y desenvoltura de los hombres. Sobre una mesa de tres patas colocó algunos pergaminos que había elegido con su marido. No venían más invitados, la propia mujer ofrecía los manjares y servía un vino seco y claro como el cristal.

La mañana transcurrió entre los goces de la amistad incipiente. Cuando fuese retirada la mesa, podría empezar la conversación. Rusticiana ofreció frutas mojadas en miel y trajo después el agua perfumada para que todos se lavaran las manos. Todo era hermoso e imperecederamente romano.

Casiodoro ya podía empezar su coloquio con los romanos.

Parecía haber transcurrido muchísimo tiempo desde la memorable visita de Odoacro. En el Senado solamente algunos ancianos recordaban cómo debía recibirse a un dignatario que no fuese emperador ni cónsul ni tribuno, sino rey o patricio. Su poder equivalía al número de guerreros que le apoyaban y a la cantidad de oro de su tesorería. Teodorico, en todo caso, poseía el documento del nuevo emperador Anastasio. Según las palabras del *basileo*, era gobernador de Italia. Un título insuficiente… y una magna tarea.

Casiodoro quería prestar nuevo brillo a las viejas tradiciones. La ruinosa sala del Senado debía estar reconstruida dentro de pocos días; era preciso que desaparecieran las manchas de humedad del techo y el descascarillado de las paredes. Había que dorar de nuevo la rama de palmera que adornaba el sillón del prefecto. Algunas estatuas debían decorar la entrada del Capitolio, y alfombras de púrpura cubrirían los trozos defectuosos de las escalinatas de mármol, de los que a menudo se quejaban los viejos senadores, ya no muy seguros sobre sus pies.

Acompañado de Símaco y Boecio, Casiodoro subió al Palatino. Los viejos muros y las enormes vallas habían desaparecido, y sus piedras habían sido utilizadas en la construcción de casas o establos. Vistos desde el Foro, los gigantescos palacios daban todavía la impresión de estar habitados por los emperadores, pero en su interior todo era ruina y suciedad. ¿Había en toda la Urbe hombres suficientes para transformar dentro de un plazo de dos semanas aquel ruinoso palacio en un hogar para el rey? Faltaban dos marcos en las ventanas, las puertas no encajaban, los tubos de la calefacción estaban rotos y gran parte del plomo había sido destinado a otros menesteres. Pero la orden que traía Casiodoro decía claramente: «Teodorico desea alojarse en el Palatino, en el lugar donde los emperadores romanos vivían y gobernaban». Odoacro no se había atrevido a pernoctar en Roma, volviendo al atardecer a su campamento fuera de las murallas de la ciudad.

En la ciudad escaseaban los constructores, y los pocos que quedaban no eran mucho más que simples albañiles. Pero Boecio poseía mil facetas en su arte: entendía de aritmética, hizo unos bocetos, repartió el trabajo. Casiodoro aflojó el cordón de la bolsa del dinero. Después de tantos años de penuria volvía a ofrecerse a los artesanos paga doble y una espléndida recompensa. Roma se convirtió en un enorme taller; era como si todos los maestros hubiesen decidido hacer su agosto. Carpinteros, albañiles, ebanistas, tejedores y montadores de calefacción tuvieron que improvisar sus materiales, como quien dice, de la nada. Los miembros del Senado se declararon dispuestos a amueblar el palacio del Palatino. No había tiempo para construir muebles nuevos, y de todas maneras, el mobiliario les sería devuelto en cuanto pasaran las semanas de la memorable visita. ¿Cuánto tiempo se quedaría el rey? Con inquietud formularon esta pregunta a Casiodoro, inquietud no exenta de cierto temor.

Roma acogía amistosamente al generoso patricio; su suelo seco y sediento ansiaba la lluvia de oro. Pero tener a un rey godo como residente perpetuo en la Urbe… esto no hubiera sido del agrado de nadie.

XXXIII

Audafleda oía música por primera vez. Mientras cantaba el coro tuvo la sensación de estar deslizándose sobre las olas del mar; se sintió transportada por las voces. Todo adquirió vida propia y llenó la basílica, los rostros de piedra de los mosaicos parecieron suavizarse, y los enormes ojos de Cristo se perdieron en el infinito. En su casa, en Durocortórum o en Augusta Suessionum, los sacerdotes cantaban a veces en el templo. Durante un banquete, los guerreros entonaron cantares de gesta, pero sus voces eran broncas, y su canto, unido a las carcajadas provocadas por el vino, semejaba un coro de aullidos.

En cuanto hubo pisado suelo itálico, la música se desdobló como una alfombra a los pies de la hija del rey. Oyó notas de órgano y mil sonidos diferentes, e incluso la llamada del cuerno se le antojó más melodiosa que en su país. Audafleda se propuso pedir a Teodorico que enviase músicos a su patria, a fin de que también en la corte franca conociesen lo que aquí le procuraba a ella tanto placer.

Los novios se vieron por primera vez en la demarcación de Verona. Teodorico se mantenía al frente de sus jinetes, rodeado del fausto propio de la ocasión, cuando aparecieron tras una colina los lanceros del séquito real de los francos. Las salutaciones mutuas requirieron media hora, y mientras tanto los carruajes del séquito de la novia llegaron a las murallas de la ciudad.

Teodorico era un hombre fornido y apuesto, de cabellos abundantes, rostro afeitado y ojos azules. Sonreía, mientras bajaba la colina a trote ligero al frente de su guardia. Abajo esperaba, espléndidamente enjaezado, el caballo de la hija del rey franco, que ahora Audafleda se apresuró a montar. Tras ella saltaron también a la silla de sus monturas las damas de su corte, formando un entero ejército de amazonas. El engalanado grupo de lanceros cerraba el séquito nupcial.

Francos y godos no podían comprenderse en sus respectivas lenguas, pero Audafleda, para agradar a su futuro esposo, había aprendido algunas frases godas. Y además, quedaba el latín. El lenguaje de los romanos unía a aquellas dos personas que habían crecido a muchos centenares de millas de distancia y a las cuales separaba la religión, la educación y la diferencia de edad.

Teodorico había decidido esperar la llegada de Audafleda y visitar después en su compañía la Ciudad Eterna. ¿Cómo sería la doncella con la cual compartiría en lo sucesivo su hogar, sus problemas y sus alegrías? Esperaba que ella prestase un renovado esplendor a la corte de Ravena, pues Erelieva tenía ya muchos años. Habitaba una villa situada en el bosque de pinos, y su hijo la visitaba diariamente durante su cabalgata matutina. El palacio de Ravena era un campamento de hombres, que sólo imitaba el palacio bizantino en el lujo de sus fachadas exteriores.

Audafleda era esbelta y montaba bien. Poseía dignidad, aunque era evidente que su túnica no había sido confeccionada en Italia. Su cadena de oro pesaba demasiado; aquí se preferían las joyas de orfebrería más fina. Las primeras frases fueron las más fáciles, pues la doncella las había preparado durante el largo viaje: palabras de salutación, mensajes amistosos, agradecimiento por la esplendidez de los obsequios.

Teodorico se esforzó en salvar la distancia existente entre él y su futura esposa.

—¿Qué es lo que más te ha gustado hasta ahora, Audafleda?

—He escuchado música… mucha música, señor.

La frase era insólita en labios de una doncella. La pronunció con sinceridad y calor, aunque no le resultara fácil expresarse en latín. Pero despidió al intérprete con un movimiento de la mano; no lo necesitaba. Sí, la música… la música que la había acompañado por doquier desde que pisara suelo itálico.

En el séquito del rey godo no se encontraba ningún músico, sólo tres cornetas que daban los toques de mando. ¿Sabrían tocar otras cosas, algo más bello? Teodorico hizo una seña, y en la ladera de la colina sonaron los cuernos. Audafleda los escuchó con agrado. Ahora Teodorico ya sabía cómo contentar de algún modo a la doncella desconocida.

Cuando llegaron a Verona, la ciudad predilecta de Teodorico se había vestido de fiesta. Flores… flores itálicas. Una alfombra de flores bajo las herraduras de los caballos, flores en las ventanas y en las puertas de las casas, como si todos quisieran participar en la felicidad de Teodorico.

La acción de gracias sonó muy ceremoniosa, y muy solemne la plática de labios del obispo. Al tercer día comunicó Teodorico a Audafleda que deseaba viajar con ella a Roma. Un viaje por el país en la primavera más esplendorosa que disfrutaba Italia desde hacía años. Audafleda, cuando se hallaba junto a las ventanas del palacio, se volvía a menudo hacia el noroeste. Enviaba mensajes con las nubes a Durocortórum. Casiodoro le leía en voz alta a los poetas latinos, para que aprendiese la más bella de todas las lenguas, la lengua de Roma. Audafleda se enteró de que en la Urbe vivía un joven erudito llamado Boecio, que entendía de música más que nadie.

Una sonrisa iluminaba el rostro de la doncella cuando pensaba en Roma.

En el Senado se reanimaron los antiguos debates. Desde que fuera depuesto el último rey, Tarquinio el Soberbio, hacía más de mil años, en Roma se odiaba el título de rey. Desde entonces nadie había vuelto a ostentar la dignidad de rey de Roma.

¿Cómo debían agasajar a un rey que no era César ni Augusto? Para los godos era un rey, ante los ojos de los romanos, sólo un patricio. Sin embargo, el Senado tenía que decidir con qué honores recibiría al bárbaro cuyo caballo pisaría con sus herraduras el empedrado de la Urbe.

Los que atendían con rigidez a las viejas tradiciones, declaraban que aquel rey bárbaro no era digno de presentarse ante el Senado. «No honramos a ningún rey»,

decían los exaltados, que durante los decenios de paz ya habían olvidado los sufrimientos de Roma a manos de ejércitos saqueadores.

—¡Ya no os acordáis de los godos! Ataban a una docena de caballos y a latigazos se servían de ellos para arrancar las columnas, cuya caída provocaba el hundimiento de tejados, fachadas, casas y basílicas.

—Honrad al hombre que os ha devuelto la Pax romana… La estirpe de Anicio recibe a Teodorico con respeto y no le rechaza por el simple hecho de que ostente el título de rey.

—Es un bárbaro. Sus manos están manchadas de sangre. Apenas sabe leer. Los legados se lamentan de que es casi imposible comprender su deficiente latín.

—¡Se impone adoptar una decisión!

¿Sabía Teodorico que los senadores romanos le habían sometido a votación, como hicieran en los años de la república? ¿Quién era este Teodorico, qué clase de festejos podían organizarse en su honor? ¿Cuánto costaría todo aquello a la Urbe? ¿Qué recibiría a cambio? Se decía que Teodorico lo pagaría todo. Prohibiría el saqueo a sus tropas, y castigaría severamente a quienquiera que importunase a los habitantes de la ciudad.

Cuanto más se aproximaba el día de la visita real, tanto mayor era el trabajo que pesaba sobre el ministro de Teodorico. Todo un equipo laboraba bajo su dirección en casa de Símaco. Todas las mañanas esperaban mensajeros a caballo para transmitir las órdenes. La familia de Anicio, que se había colocado de parte del rey, ayudaba monetariamente a la Urbe. Los artesanos trabajaban tanto de día como de noche. Los pintores, picapedreros y peritos en mosaicos no se habían visto nunca tan solicitados como en aquellas semanas. ¿Quién se acordaba aún de Odoacro? ¿Deseaban los ciudadanos revivir los días de los antiguos Césares? ¿Vendría el rey por el puente de Milvio? En tal caso sería preciso reparar el ruinoso puente, para que no se hundiera bajo las herraduras de miles de caballos y el peso de los carros. En las tierras que inundaba el Tíber había millones de mosquitos. Casiodoro sabía que Teodorico había hecho secar los pantanos que circundaban Ravena. El rey detestaba aquellos pequeños y molestos insectos. Cuando le perseguían los mosquitos daba rienda suelta a su mal humor. Pero ¿había en Roma el ejército suficiente para secar en tan breve plazo todos los terrenos pantanosos?

La noticia más reciente era que Audafleda acompañaría en la visita a su marido. Con esto no habían contado los romanos. Teodorico podía ostentar con pleno derecho el título de patricio; los partidos del Senado se habían puesto finalmente de acuerdo sobre la manera de recibirle. Pero su esposa tenía que ser saludada como correspondía a una reina, y ningún senador romano quería pronunciar la palabra *regina*. Estudiaron los libros antiguos. Alguien cayó en la cuenta de que en las cortes de Vespasiano y de Tito había vivido una tal Berenice. Se produjeron toda clase de

protestas por su causa, hasta que su antiguo amante, el emperador Tito, la obligó a abandonar Roma.

Pero no hallaron ninguna indicación de que el Senado romano hubiese recibido alguna vez a una mujer que ostentase el título de reina.

Cada noticia traía consigo nuevas preocupaciones. ¿Cuántos condes habría en el séquito del rey? ¿Vendría también un enviado de la corte bizantina? Tal vez en Ravena se sumaría un Silenciario al cortejo de Teodorico. Se rumoreaba que Teodorico había enviado mensajeros a las cortes bárbaras, a fin de que figurasen legaciones de todas ellas en el cortejo que le acompañaría a la Ciudad Eterna. Habría que hospedar a todas estas legaciones, y la Urbe se convertiría en lugar de reunión de los hambrientos bárbaros. Se haría caso omiso de la tradición, y los guerreros saquearían donde pudieran. Era el momento de aclarar todo aquello. ¡Casiodoro! ¡Casiodoro!

El rey salió de Ravena después de la luna llena. Cada una de las ciudades por las que pasaría la comitiva real sabía ya cuándo llegaría y cuánto tiempo se detendría en ella. Se trataba de un arte de los romanos: pensar en números y millas, anotarlo todo y comunicar por escrito las órdenes correspondientes. Los escribas de la cancillería de Ravena trabajaban desde el alba hasta el anochecer: por fin se ocupaban de una tarea digna de una cancillería importante.

En Ravena se confeccionaron listas de todos los miembros del séquito; junto a cada nombre figuraba el rango y el número de servidores. Hasta que se dio fin a esta tarea, Casiodoro tuvo que hacer llenar las lámparas de aceite. Al amanecer se concluyó el trabajo. Los patricios romanos tendrían que dar cabida en sus villas a los nobles godos. La renovada ala de Nerón, en el Palatino, ya estaba dispuesta para alojar a la pareja real.

Pacífica Italia. Los niños no conocían el miedo, los gritos de terror de las ciudades atacadas. Tampoco las granjas y aldeas conocían el fragor salvaje de los jinetes vagabundos, que incendiaban los campos cultivados y todo se transformaba en un mar de llamas que ahogaba los estertores de muerte. La juventud acudía como antes a la escuela y aprendía un oficio. Los campos de los godos estaban por doquier claramente delimitados de las aldeas romanas. Ambos mundos se hallaban separados uno de otro por amplias franjas de césped. Era necesario evitar cualquier feudo fronterizo, cualquier muerte debida a que alguien hubiera traspasado el linde de la propiedad ajena.

El viaje por la campiña no era simplemente un paseo principesco. Dos pueblos vivían el uno junto al otro, y no tenían entre sí nada en común. La orden de Teodorico era severa: debían convivir, sin el menor roce, dos lenguas, dos religiones, dos clases de legislación. Estaban prohibidos los matrimonios mixtos entre godos y romanos. Cuando se trataba de un pleito, entre los godos fallaba la sentencia el conde, entre los

romanos, el magistrado —cada uno según sus propias leyes—. Si los contrincantes eran un godo y un romano, el caso debía ser sometido a la corte de Ravena, y era el propio Teodorico quien decidía. Muchas veces eran citadas ambas partes, lo cual solía implicar un largo viaje. De este modo procuraban evitar meterse en pleitos con excesiva frecuencia.

Dos mundos vivían el uno junto al otro. Los godos no necesitaban el alfabeto, los romanos no necesitaban corceles ni armas. Los campos de los godos eran cultivados por mozos de labranza. Los hombres del norte podían contratar trabajadores, pero nadie en Italia debía mantener esclavos. Los guerreros eran todos libres; les gobernaban los condes, que ellos mismos elegían y a quienes el rey ratificaba en su cargo. La tradición exigía que el primogénito fuese heredero del padre. Así se formaban las familias condales godas, de cuyo círculo procedían los consejeros más íntimos de Teodorico. Cuando se preparaban para una empresa importante, cuando moría el rey o se producían disturbios entre los godos, se convocaba el *Thing*, la asamblea de los guerreros, que decidía sobre los asuntos vitales de los godos. Lo cierto es que desde hacía mucho tiempo, este pueblo ávido y apasionado, el lobo entre los numerosos pueblos, no conocía una vida tan pacífica y satisfactoria como la actual. Campesinos romanos cuidaban sus campos, sus árboles rebosaban de toda clase de frutas, y en las laderas se extendían los viñedos. Los godos contemplaban con satisfacción este mundo de la abundancia, y procuraban imitar en todo a la población itálica. El destino común acercaba a ambos pueblos, y de no ser por la severa prohibición de Teodorico, se hubieran mezclado entre sí.

Por dondequiera que pasaban, Teodorico hacía llamar a los guerreros. El rey tenía ojos de halcón, lo veía todo. Desde su juventud, desde los años del gran lago, conocía a los guerreros, recordaba los nombres de muchos ancianos; ahora los viejos guerreros le presentaban a sus hijos mayores, y él los saludaba amistosamente. En el día determinado de antemano se congregaron todos los godos de la comarca, y celebraron un torneo, al que fueron invitados los habitantes de las vecinas ciudades y aldeas romanas. Les gustaría ver el arma temible que empuñaba la mano del rey. En el plazo de un solo día hubiera podido formarse todo un ejército godo con el número siempre creciente de terratenientes godos… una sola palabra de Teodorico hubiese bastado para sofocar cualquier intento de rebelión.

La comitiva real se acercaba a Roma. Los montes etruscos, con sus ciudades en las laderas, habitadas por hombres de rubios cabellos y de ojos azules, fueron quedándose atrás.

Audafleda seguía atentamente el curso de las deliberaciones. Admiraba a su marido, para quien no representaba ninguna dificultad hablar en tres lenguas a la vez: la goda, la griega y la latina. Siempre que era posible, optaba por la griega: dominaba como si fuera su lengua materna aquel florido lenguaje de corte que distinguía entre

todos los demás a los poderosos del palacio.

Las ciudades etruscas quedaron atrás. La última etapa del viaje real era la Campagna. Aquí descansaron durante tres días. Cada hora llegaban mensajeros a caballo, que no tardaban en ponerse de nuevo en camino con más instrucciones. Aparecieron los primeros emisarios de la Urbe, que anunciaron la llegada de la delegación del Senado. ¡Los que se llamaban amigos de los godos se inclinaron profundamente ante el patricio-rey, que ya se hallaba en la demarcación de Roma!

Los senadores más ancianos aún recordaban el recibimiento que dispensaran a Odoacro. Éste subió, con sus burdas pero brillantes galas de guerrero, las gradas del Capitolio, donde se encontraba la delegación. ¿Quién podía recordar ya el nombre del que pronunció las palabras de salutación? ¿Acaso fue Liberio? Al pie de las gradas que conducían al Capitolio se elevaba el cadalso, que también había sido cubierto con un manto de púrpura. Fava, el indómito rey de los rugienos, se había derrumbado durante su cautiverio. Conservaba la mirada fija en el vacío, sin preocuparse de los gritos de los curiosos. No comprendía una sola palabra del lenguaje de los romanos.

Hacía semanas que se trabajaba en el embellecimiento de la sala donde tendría lugar el recibimiento de Teodorico. Una fracción del Senado propuso dar al rey godo, de acuerdo con antiguos y gloriosos antecedentes, el título de *pater patriae*, padre de la patria. Pero el recuerdo de Cicerón les infundió temor, y la mayoría no se atrevió a apoyar esta halagadora proposición. El busto de Cicerón se hallaba a la entrada de la galería. Su rostro afeitado, que respiraba una misteriosa serenidad, recordaba desde hacía quinientos años a los senadores que las palabras aquí pronunciadas tenían un peso inusitado.

Así pues, Teodorico no fue padre de la patria, sólo el bondadoso benefactor, el magnánimo patricio, la mano derecha del Augusto. Podía serlo todo… todo menos rey de Roma.

A la derecha de Casiodoro se hallaba Símaco, a su izquierda, Boecio. La delegación del Senado formaba un semicírculo; con ellos entraría el patricio en la asamblea de los ancianos. Casiodoro lo había calculado todo, sin dejar nada a la casualidad, únicamente un estrecho aro de oro recordaba su dignidad real; aparte de esto, Teodorico llevaba una toga orlada de púrpura, sus cabellos rubios veteados de plata estaban peinados a la moda romana, y las sandalias de púrpura, adornadas de piedras preciosas, indicaban que era hijo del emperador. Se había hecho levantar una tribuna para el séquito godo. Audafleda ocupaba un asiento en la primera fila. Una mujer no tenía ningún derecho en la asamblea de los *patres*.

Doscientos cincuenta senadores llenaban la sala. Sólo a los ojos de los iniciados eran visibles los lugares desconchados o recién pintados ocultos tras los adornos, los bustos y las coronas de laurel. Los *patres* no eran ningún ejército. Cuando Teodorico entró, se levantaron en silencio de sus asientos, y no en la actitud de quien va a

presenciar un desfile militar. Aquí estaban en su casa. Una tradición milenaria velaba por ellos en este instante; tal vez llegaron incluso a olvidar que gobernaban una ciudad pobre, por no decir mísera.

De nuevo podían soñar los ancianos con continentes y una corona de provincias.

Símaco pronunció la alocución de bienvenida. Habló como si honrase a un general que hubiese aniquilado a los enemigos de la república. Sí… un general que entraba victorioso en la Urbe, y cuya cabeza era digna de la corona de laurel… que había puesto fin a los sufrimientos de la guerra civil, aquel azote de Italia desde hacía tantos años. Era portador de la paz. La expresión *Roma felix*, Roma feliz, era un canto de alabanza para Teodorico. «Bendito tú que nos has traído la paz, las alegrías de la serenidad cotidiana. Gracias te sean dadas porque has mandado reparar los acueductos que encauzan hasta la ciudad el agua de los montes Sabinos; porque has hecho reedificar las murallas y ordenado que sean cocidos anualmente treinta mil ladrillos para la conservación de las murallas de la Urbe. Gracias te sean dadas, Teodorico, que ahora puedes ver con tus propios ojos cómo se cicatrizan lentamente las heridas de Roma.»

Los lictores, llevando las fasces, rodearon al patricio por los cuatro lados mientras se dirigía a la tribuna con pasos mesurados. ¡Cuántas cosas debían pasar por su cabeza en este instante! El primer *Thing* a orillas del gran lago, en el cual pudo participar tras la campaña de las seis mil lanzas. Sesiones del consejo de la corona de Bizancio, la reunión a la sombra de las armas, cuando Zenón le adoptó como hijo, la solemne entrada en Bizancio como cónsul del imperio. El consejo de guerra en Mesia —rodeado de un océano de juncos y de nubes de mosquitos—, en el que se decidió la marcha hacia Italia. Entonces, ¡Ravena! El homenaje de Liberio, la sumisión de la estirpe de los Anicios. Su lento avance hacia la tribuna entre los cuatro lictores parecía una escena teatral. Había dictado a Casiodoro la salutación que quería dirigir al Senado, pidiéndole que la formulara con palabras sencillas. Las frases ampulosas no convenían a la alocución del señor de Italia.

Y entonces habló el señor de Italia; su latín sonó duro en los oídos de los senadores. Sin embargo, ¡cuántas palabras extrañas habían escuchado ya sus antepasados en esta misma sala! Las palabras de los enviados de pueblos extranjeros: el latín de príncipes sometidos, de aliados, griegos, bárbaros, orientales, británicos, galos, hispanos, númidas, egipcios, sirios, judíos y persas, pronunciado por reyes y por intérpretes, por hombres cuyo destino se decidía aquí… entre la glorificación y el hacha del verdugo.

Su latín no tenía belleza, pero lo hablaba con fluidez y sin titubeos. Empleó frases cortas y claras, en las que se advertía una voluntad férrea que no concedía ningún valor a la ostentación de los giros.

—*Roma felix*, habéis dicho. Las palabras más hermosas con que es posible elogiar

a un gobernante son las que afirman que la ciudad es feliz. He recorrido un largo camino, respetables *patres*. Cuando inclino la cabeza ante vosotros, lo hago ante todos los habitantes de Roma. Cuando digo que quiero edificar de nuevo la Urbe, significa que deseo asegurar a cada hombre, ya sea patricio o plebeyo, un futuro feliz. Ayudadme, para que yo os ayude. Vuestros poetas hablan de la edad de oro del Augusto, con la cual acaso vosotros comparáis la época presente.

Esta *Roma felix* no podrá competir nunca con la Roma del primer emperador. Pero tal vez sus habitantes puedan vivir hoy con más paz y tranquilidad. Entre vosotros, itálicos, vive un gran pueblo. Este pueblo vela con el arma en la mano, a fin de que nadie ataque a Italia, a fin de que no os amenacen los ejércitos de los hunos ni de los vándalos. ¡Que el Señor que todos honramos por igual nos conceda fuerza y ayuda!

Jamás un bárbaro habló desde esta tribuna de manera tan digna. En el profundo silencio resonaron las palabras que sólo eran poco refinadas en su entonación; los senadores se pusieron en pie, y únicamente los más ancianos permanecieron sentados. Ahora Teodorico cambió de lenguaje. Y su griego, que comprendía la mayor parte de los senadores, elevó al patricio hasta las altas regiones de la «ley».

—Romanos, os hablo en la lengua de Grecia para transmitiros las palabras de vuestro emperador Anastasio. Me ha autorizado para que os salude en calidad de gobernador y os asegure que su mirada paternal reposa en la venerable Roma. Su corazón rebosa de alegría cuando recibe buenas nuevas, cuando lee en vuestros informes palabras de paz. En nombre del sagrado Augusto declaro abierta, *patres et conscripti*, nuestra reunión de hoy.

Fue una fiesta para Roma. Los ancianos de canosas barbas se secaban los ojos con la orla de sus blancas togas. Símaco rodeó con su brazo el hombro de Casiodoro. ¡Cuántos días y noches, cuántos miles de palabras, preocupaciones y esfuerzos había costado hacer realidad este día! *Roma felix*: la frase fue convertida en ley: tal fue el único punto tratado en esta sesión del Senado romano. Fue un *senatus consultum* en la forma tradicional. Los senadores pudieron hacerse la ilusión de ser nuevamente los legisladores del ancho mundo, que gobernaban a púnicos, persas, númidas, británicos, celtas y galos.

En la mano de los lictores, vestidos de gala, temblaban las fasces a las que el hacha prestaba un peso adicional. Una tormenta repentina descargó sobre la Urbe. El aire había sido agobiante como si hubiera vuelto el cálido verano. Ahora cayó de improviso un fuerte aguacero sobre calles y plazas. El césped reverdeció, y miles de amapolas abrieron sus rojos capullos bajo los arcos del Foro romano. La lluvia barrió el polvo y la suciedad, y mientras el Senado reconocía legalmente los méritos de Teodorico, la población de la ciudad comía con mayor rapidez de la acostumbrada. Hoy todo el mundo renunció a la siesta. Todos se dirigieron apresuradamente al circo

Máximo o al anfiteatro de Tito, pues en ambos lugares se celebrarían festejos, y a los dos acudiría el hombre que tal vez ostentaba más títulos que cualquier otro mortal, pero que en Roma —sólo en Roma— no podía llamarse rey.

¿Ordenó realmente Nerón el incendio de Roma o solamente se divirtió viendo cómo las llamas se propagaban por la Urbe? Los emperadores que le sucedieron difamaron su memoria, y cuando Trajano mando edificar de nuevo el circo Máximo, los oradores y poetas recibieron instrucciones de mencionar a Nerón como culpable de la destrucción de la ciudad. Constantino hizo levantar a la entrada del circo un grandioso obelisco egipcio que medía cuarenta palmos más de altura que las columnas de Augusto. El gigantesco óvalo tenía cabida para doscientos mil espectadores. Tal fue el número de hombres que en la Roma de los emperadores presenciaban el espectáculo de las fieras devorando a los cristianos.

Durante semanas enteras, Casiodoro dirigió a los maestros albañiles en los trabajos de reconstrucción del circo, en la reparación de los mármoles del palco imperial y la eliminación de los cascotes y la suciedad; también intentó mejorar el aspecto de los numerosos tenderetes que rodeaban el anfiteatro.

¿Doscientos mil espectadores…? El circo daba la impresión de un gigantesco manto sobre los hombros de un enano, pues la Roma actual apenas contaba con cien mil habitantes. La imagen más lastimosa la ofrecían las hileras de estatuas. Estas estatuas, levantadas por orden del emperador Septimio Severo, que adornaban los pequeños nichos de la fachada, habían sido robadas o destruidas por los vándalos, con el fin de que no recordasen la gloria de la antigüedad. Pero todavía existían las doce puertas, seguían en pie los dos enormes obeliscos, aún estaban intactas las siete piedras miliares, y el estrecho foso que circundaba la arena podía ser limpiado. Los artesanos de Boecio dejaron terminados para el gran día todos los trabajos emprendidos. El circo Máximo, pese a sus desperfectos, se hallaba dispuesto para servir de escenario de los tan ansiados juegos organizados por Teodorico.

Se decidió calmar la excitación del público con comedias, escenas bufas e interludios durante las primeras horas de la tarde. Mientras se desarrollaban los acostumbrados juegos de palabras, todo el mundo iría ocupando sus puestos. El ardor del sol se mitigaría poco a poco, y los bancos de los Azules y los Verdes disfrutarían por igual de la bienhechora sombra: En los intervalos se oirían los aullidos de las fieras, lo cual excitaba la curiosidad y mantenía distraída a la muchedumbre.

Los habitantes de Roma eran como niños ansiosos de juegos. De Egipto y Numidia habían llegado fieras para esta ocasión, y desde el invierno eran alimentados los lobos en la Campania, que habían sido apresados con cepos. El rey de los vándalos también contribuyó a que esta fiesta del circo fuese más brillante que todas las anteriores, enviando al puerto de Ostia un barco lleno de animales salvajes de África.

Los luchadores de la arena, que luchaban contra las fieras salvajes, se colocaron como hacían en otros tiempos los gladiadores ante los Césares. Sólo faltaba el coro de los condenados a muerte: una concesión a las autoridades cristianas. Las armas, que brillaban al sol, las enormes lanzas, los escudos y los cuchillos parecían convertir en invencibles a los hombres que venían a jugarse la vida en el espectáculo, y que estaban acostumbrados a luchar con toros bravos, y en el peor de los casos, lobos. Esta vez tendrían que luchar con panteras, leones y rinocerontes.

Teodorico detestaba este inútil derramamiento de sangre, y sentía aversión por la lucha salvaje que tanto extasiaba a los romanos. Al principio no quería asistir más que a las carreras de carros, que conocía bien, después de tantos años en Bizancio. Los veloces carros de variados colores, el excitado galope de los caballos de raza inflamaban su fantasía. Pero la lucha de un hombre con una fiera en la arena del circo no era de su gusto. Fue preciso que Casiodoro le convenciese de que era deseo del pueblo romano su asistencia a los combates de los luchadores.

Primero lucharon fiera contra fiera en parejas que parecían decididas por el azar. Una empalizada de tablones partía la arena en dos, y una barrera impedía que algún animal pudiera lanzarse sobre los espectadores. Un toro luchó contra un lobo, y un dogo contra un uro. Entonces soltaron un oso contra el toro que resultó vencedor en su lucha con el lobo; el oso iba envuelto en un trapo de color rojo vivo, para excitar aún más al ensangrentado y potente animal.

Los hombres aún no hacían su aparición; sólo los guardas, con sus largos y afilados palos, vigilaban un posible intento de evasión de los animales. Cuando el toro resultó muerto, y el cuerpo marrón del oso se abalanzó con furia sobre el cadáver, los cuernos resonaron, y exactamente según la antigua tradición apareció en su palco el casi «divino» Teodorico.

Solitaria y al acecho, la pantera se deslizó junto a la pared de la arena, confundiéndose con ella su cuerpo manchado mientras buscaba protección del olor de su adversario humano.

Lentamente, con los músculos en tensión, fue acercándose al gran charco de sangre. Miró con cautela a derecha e izquierda, husmeó la arena húmeda y tocó el suelo con el hocico. El animal tenía un aspecto magnífico mientras buscaba botín y protección al mismo tiempo… rodeado de tantos seres extraños que intentaban excitarlo con sus estentóreos gritos. Primero fueron soltados dos antílopes, y después, tres cebras, procedentes del barco enviado por los vándalos. Desde que vivían enjauladas en Roma, parecían haber olvidado el largo viaje. La pantera no se alejó del charco de sangre, contemplando sólo de vez en cuando sus presas con ojos centelleantes. Pero no pudo resistirse a su intento. Hacía dos días que no comía nada, y estaba hambrienta. En la arena romana se inició repentinamente la lucha a muerte. Los antílopes comprendieron con rapidez que debían correr en círculo para escapar

de los saltos de la pantera: la fiera intentaba saltar de lado sobre su víctima. Las cebras no son tan veloces, y el tercer salto logró hacerlas caer. Los espectadores lanzaron gritos de júbilo. ¡Sangre, sangre! Esto era distinto, más hermoso y más sangriento que la lucha del oso con el toro; ¡esto era África, el continente desconocido! En lugar del pesado y torpe animal, los graciosos movimientos de la víctima, la ley de la selva en el óvalo de la arena. Ahora salía ya de la jaula el vencedor de la lucha anterior, el oso, seguido de su pareja. Ambas fieras titubearon al sentirse cegadas por la blancura de la arena. La pantera dejó de preocuparse por la cebra o por los antílopes. En África no había visto nunca un oso; allí no podía medir sus fuerzas con semejante adversario. El viento llevó hasta el hocico del oso el olor de la pantera. Ésta tenía ante sí a un enemigo grande y a otro de menor tamaño: si elegía a este último, el oso macho le atacaría durante el combate.

Los dos osos se aproximaron, muy juntos. Un palo de afilada punta fue proyectado hacia la arena y pinchó al oso en el flanco. La bestia dio un alarido y echó a correr; su pareja la imitó. Los gritos de entusiasmo de la multitud enmudecieron. Todo el mundo presentía que ahora se iniciaba la tragedia. La pantera retrocedió. Era evidente su tremenda fuerza y potencia. ¿Saltaría sobre la masa marrón, cuyas armas desconocía? El oso alargó sus terribles zarpas y atacó, hundiendo las uñas en el cuerpo manchado de la pantera, que se retorció de dolor y se abalanzó sobre el oso hembra, al que mordió con ferocidad en el muslo. Pero en seguida husmeó la amenazadora proximidad del macho.

Sólo aquellos que se encontraban enfrente de la pareja de fieras pudieron ver con exactitud lo que ocurrió seguidamente. En realidad se trataba de una lucha entre tres, pues el oso hembra, del cual ya se alejaba la pantera, acudió en ayuda de su pareja y cayó sobre el enemigo por la espalda. La pantera africana no había luchado hasta ahora más que con sus iguales. Obedeciendo a la ley de la selva, león y pantera se rehuían mutuamente, tanto en los bosques como en la estepa. Ahora las tres fieras formaban un ovillo, y su lucha era una lucha a muerte. Lo mejor de todo sería, pensaban los espectadores, que los adversarios se devorasen unos a otros, pero que el combate durase mucho rato… y fuese implacable y sangriento… lo más sangriento posible.

Teodorico estaba sentado de modo que veía el combate de lado. No se podía decir a las fieras cómo debían luchar. Miles de espectadores vieron a la pantera, ensangrentada y vencida, deslizarse hasta la parte sombreada de la arena, donde había un foso lleno de agua fresca. Introdujo en ella sus heridas garras y resopló; la sangre fluía de las narices y el hocico. Los dos osos se colocaron en actitud de defensa, con el lomo apoyado contra la valla. El oso macho lamía las heridas de su pareja, sin preocuparse de que la mitad de su propia cabeza era una terrible y sanguinolenta masa.

El combate quedó sin decidir. Alguien debía intervenir: ¡el hombre! A una señal de flecha se abrió una reja lateral de hierro y salieron tres luchadores, con brazos y piernas desnudos. Llevaban una coraza en el pecho, un yelmo y un escudo de cuero, una lanza, y un cuchillo al cinto.

Los guardas decidieron que los osos volvieran a su jaula y recobrasen fuerzas para una segunda lucha. Dos de los luchadores los empujaron con las lanzas; los animales gruñeron, irritados, pero acabaron obedeciendo. El tercer luchador, un hombre alto y ya no muy joven, caminó hacia la pantera.

Los espectadores exigían que ante la muerte se moviera con la gracia y ligereza de un bailarín, con los brazos abiertos, como si se sintiera feliz de ofrecer su vida por el placer del *populus romanus*.

Mientras se aproximaba a la pantera, la crueldad de los directores del espectáculo se hizo patente: soltaron a otra pantera. Ahora el luchador tendría que enfrentarse a dos fieras… sólo unos momentos… por lo menos hasta que sus compañeros acudieran en su ayuda… aunque también ellos moviéndose con gracia y haciendo reverencias.

La pantera saltó en el aire como una pelota moteada y se lanzó contra el borde del escudo del luchador, evitando así la punta de su lanza, dirigida hacia ella en previsión del ataque. Al principio pareció que la otra pantera no tenía intención de participar en la lucha. Sin embargo, ¿por qué iba a despreciar una presa? Imitó el salto de la otra pantera y se abalanzó sobre el luchador por el lado en que éste carecía de protección.

La sombra de dos lanzas se perfiló como una franja doble sobre la arena amarillenta. Hubo espectadores que sólo vieron esto, porque les cegaba el sol cada vez más ardiente. ¿Alcanzarían las dos franjas el charco de sangre?… Mientras… mientras el hombre se mantuviera en pie y se prolongara el salto de la fiera… pero el luchador cayó al suelo, y la otra pantera se estrelló con potente golpe contra el escudo. En el mismo instante, el luchador caído clavó el cuchillo en el flanco del animal, y ambas panteras fueron heridas por sendas lanzas. Tres hombres contra dos fieras salvajes. Pero ¿vivía aún el primer luchador? Gimiendo y jadeando, intentaba liberarse de las zarpas que no querían abandonar su presa. Todo se tiñó de sangre. El pecho del hombre no podía soportar tanto peso, y sus compañeros, al darse cuenta de ello, trataron de llamar hacia sí la atención del animal, mientras luchaban simultáneamente con la otra pantera, valiéndose del escudo, de la lanza y de profusas maldiciones. Rugidos de fieras, rugidos humanos, sangre humana, sangre de animal. ¿Podía haber algo más hermoso?

Una lanzada derribó a la pantera herida, y otros dos golpes acabaron con ella. Mientras uno de los luchadores se esforzaba por atraer hacia sí la atención de la segunda fiera, el otro alargó el asta de su arma al compañero que se retorcía en el polvo. Pero el hombre estaba sangrando y ya no era capaz de levantarse. Levantó el

brazo, como si con este gesto tradicional quisiera pedir que le fuese perdonada la vida. Los luchadores, en estos momentos, eran compañeros, amigos, aliados, y sin embargo, no podían inclinarse para prestarle ayuda ni llevarle al borde de la arena, pues ahora tenían que luchar por su propia vida. Mientras fueran dos contra un animal, todo sería más fácil. Las lanzas seguían intactas, la pantera no había logrado romper la resistente asta de madera. Dos escudos formaban casi una muralla, tras la cual asomaban las lanzas, pero no podía proteger contra un atacante que saltara desde arriba. Entonces los escudos no servían de mucho. Una lanza hirió a la pantera en el cuello, pero sin clavarse. Brotó un chorro de sangre, pese a lo cual la pantera tuvo la fuerza suficiente para introducir la zarpa por el borde del escudo y clavar las garras en el brazo del luchador.

En este instante el asta de la lanza se quebró bajo el peso. Ahora sólo le quedaba el cuchillo, y —si conseguía alcanzarla— el arma del luchador caído. Pero para lograrlo tenía que agacharse, y entonces quedarían al descubierto tanto él como su compañero.

Momentos emocionantes en este sangriento espectáculo. Era una lucha que debía terminar con la muerte. La multitud vociferaba. ¿Dos contra uno? ¿Quería significar que bastaba un luchador para llevar a cabo este juego de vida o de muerte? Un minuto después, el director del circo gritó algo a la arena. El luchador que se encontraba más cerca de su compañero herido, saltó hacia él y trató de levantarle. La pantera derribada seguía debatiéndose en la agonía, pero ¿quién podía darle el golpe de gracia? Mordía la tierra, su zarpa cavaba un surco en la arena. ¿Qué debía hacer el luchador? ¿Levantar al herido… o abandonarle en el suelo? ¿Qué esperaba… qué pedía la multitud?

El segundo luchador combatía con la lanza intacta contra la fiera herida en el cuello. Era una lucha terrible en la cual parecía que las fuerzas de ambas partes iban declinando. El hombre jadeaba ostensiblemente, y la pantera no parecía dispuesta a repetir el peligroso salto. Retrocedió, dando muestras de fatiga. Pero la muchedumbre estaba sedienta de sangre. Animaba al hombre que combatía con la lanza, exigiéndole un último ataque. El luchador miró, indeciso, en torno suyo, y bajó el arma. El director le hizo una seña desde el otro lado de la valla. ¡No había tiempo de tomar aliento, adelante! El hombre levantó la lanza; la pantera comprendió que no podía evitar la lucha. Sangre… sangre… prepararse para el salto, pero no con seguridad, porque la víctima le esperaba. Todo dependía de que las piernas del hombre se mantuvieran firmes, de que la lanza no se rompiese, de que el escudo le protegiera. ¿No sería mejor tirar la lanza, empuñar el cuchillo y medir así sus fuerzas con la pantera? La muchedumbre gritó con entusiasmo cuando el luchador se decidió a ello. Así tenía más movilidad, podía mover mejor el escudo, que ahora era su mejor arma.

La lanza ya no intervenía en la lucha, hombre y fiera rodaron como un único

ovillo ensangrentado. El que se levantara sería el vencedor. Ninguno de los dos se levantó. El cuchillo había atravesado el corazón del animal, pero antes la pantera dio un zarpazo a la arteria del cuello del luchador, y la sangre manó a borbotones sobre la arena. Fue un zarpazo débil, pero mortal, y el hombre, que hasta entonces había salido casi indemne, se desangró en poco rato.

Un muerto y un moribundo. Un vencedor. Dos panteras muertas. ¿Podía desear el pueblo algo más emocionante? Una lucha entre fuerzas iguales, una auténtica competición. Teodorico, el señor de la *Roma felix*, no había decepcionado a los romanos.

Después tuvieron lugar las carreras de carros. Hacía tiempo que aquí no eran tan emocionantes como en Bizancio, donde significaban un día de fiesta o de duelo para la ciudad según vencieran los Azules o los Verdes, y donde tras el anuncio del vencedor solía desencadenarse una carnicería. Un día en el Hipódromo que los espectadores no podrían olvidar: doce muertos, veinte muertos, cincuenta muertos. ¡Era algo digno de verse!

Y así fue la primera carrera de carros presidida por Teodorico en Roma: Agitó el pañuelo, dando así la señal de comenzar. Primero demostraron sus habilidades los artistas ecuestres. Esto no era corriente en el Hipódromo de Bizancio, pues tan pacífico arte resultaba una pobre distracción para los ánimos enardecidos. Pero aquí en Roma contaba con muchos aficionados. Cuando los jinetes hubieron terminado su actuación y agradecido los aplausos con la diestra levantada, los árbitros indicaron sus lugares respectivos a los carros, que ya se encontraban dispuestos. Esta vez fue el *princeps* quien dio a los conductores la señal de comenzar. Bizancio y Roma. ¿Por qué la población de la Urbe daba la impresión de transformarse cuando le recordaban las viejas tradiciones? Todo era solemne, incluso la muerte en la arena. Ave, César… el grito de los ceremoniosos romanos sonaba diferente del de los inquietos griegos de cabellos negros.

Junto al rey se sentaba Casiodoro. No advirtió que Teodorico le observaba, porque mantenía muy erguida la cabeza ceñida por la corona de laurel, y en su rostro afeitado no se reflejaba ninguna emoción, pese a que lo teñía el rubor del entusiasmo. En Bizancio se enardecían incluso los espectadores del palacio imperial. Tal vez era el único cuarto de hora en que la persona del santificado emperador significaba menos que los carros de los Azules y los Verdes. El ministro del rey no podía demostrar preferencias por ninguno de los partidos. ¿Qué sentimientos se ocultarían en realidad tras la máscara romana de Casiodoro?

Cuando fue proclamado el vencedor, Teodorico se puso en pie. Todos los espectadores siguieron su ejemplo. Se volvieron hacia él para el saludo tradicional. Del mismo modo en que antiguamente se saludaba a los cónsules, así se levantaron muchos miles de manos en dirección al rey de los godos.

Los ocupantes del hospital de san Pedro fueron los primeros en recibir el donativo de víveres. En otros tiempos figuraba entre los altos funcionarios de la Urbe un *praefectus annonae*, que se ocupaba de la entrega de alimentos a los necesitados. Ahora fue Casiodoro quien se hizo designar por el Senado para este cargo, demostrando con ello el interés del patricio en aliviar las necesidades de la población romana.

Todos sabían que ya se encontraban en Ostia los barcos cargados de víveres, y que Teodorico había enviado al puerto un regimiento de caballería para evitar que los piratas se apoderasen del cargamento o que fuese saqueado por la hambrienta población de los alrededores. El nuevo prefecto se personó en el puerto y supervisó la descarga del trigo. Allí mismo fue molido un poco de grano, y Casiodoro partió la torta recién cocida.

Carne y aceite fueron un regalo inesperado. Hasta ahora los cónsules nunca los habían repartido. Teodorico hizo venir una manada de bueyes de la Campania, y de la rica cosecha de aceite del año anterior, la cantidad suficiente para cubrir, según estimaron Casiodoro y Boecio, las necesidades de la población durante un mes. Ni en los tiempos de los dadivosos emperadores se habían repartido alimentos con más esplendidez, pese a que entonces, desde Siria a Britania, todo el mundo conocido pertenecía a los romanos.

Por un sólido se podían comprar treinta grandes jarras de vino de los alrededores de Roma, o dos fanegas de trigo. Esto correspondía al precio de los tiempos de penuria, y los generosos donativos iban asimismo destinados a aquellos que no tenían derecho a la beneficencia. Los precios del pan, la carne y el aceite bajaron con rapidez. Sólo salieron perdiendo los comerciantes que anualmente compraban gran parte de la cosecha para venderla a precios elevados durante las semanas de la primavera.

Los juegos fueron pronto olvidados. La repartición de víveres halló un eco mucho más prolongado entre la población. En la ladera del Aventino había el mercado de cerdos: inesperadamente llegaron de los alrededores grandes manadas, y cada animal estaba marcado con el sello del rey. El gentío invadió de improviso todas las calles adyacentes a la Vía Lata, preguntándose: ¿De dónde y para qué enviaban aquí a los cerdos…? ¿Qué intenciones tendría Teodorico?

Por doquier había hombres armados, y fueron vistos también los secretarios de Teodorico. Casiodoro recorrió en una litera todo el trayecto desde el Aventino hasta el barrio al otro lado del Tíber, para convencerse de que el suministro se hacía por igual en todos los mercados. Pero la repartición aún no había comenzado. Desde el día de los juegos se deliberaba sobre el modo de distribuir los víveres entre el censo, a quién debía socorrerse y cómo se podrían evitar los posibles disturbios. Casiodoro recomendó que se procediera por orden alfabético. Los ciudadanos tenían que

presentarse en compañía de otros dos ciudadanos ante el magistrado del distrito, y declarar de cuántos miembros se componía su familia. Allí les sería entregada una tabla de arcilla en la que constaba el número de personas que tenían derecho a los donativos, y de acuerdo con ello el ciudadano recibía su parte de carne, cereales y aceite. Si se unían varias familias, les resultaba más fácil llevarse los víveres, incluso un cerdo vivo, y podían alquilar un carro que transportase el grano a su casa. Los que vivían cerca del Tíber podían utilizar un bote.

La inesperada repartición alteró la imagen de Roma. Ante las oficinas de los magistrados de los diferentes distritos esperaban pacientemente grupos de personas que se preguntaban cuántos alimentos recibirían gracias a la generosidad de Teodorico. Los víveres llegaban a la Urbe precisamente en la época de mayor escasez, lo cual los hacía doblemente oportunos. El viento llevaba hasta el Palatino las palabras de agradecimiento de la muchedumbre.

Teodorico recibió una carta de la villa de Lúculo. El prisionero se daba a sí mismo el título de *semper Augustus*, como si no hubiera ocurrido nada en todos aquellos años, como si él mismo no hubiese devuelto en su infancia las insignias al Senado y no fuera un prisionero, sino todavía el emperador.

El propio Rómulo Augusto escribía desde el cabo Miseno. Su nombre había perdido la sílaba del diminutivo durante el último decenio. «Me complacería verte, mi rey —decía la carta, que era cortés, pero no humilde—. Mi casa es suficiente para ofrecerte alojamiento.»

De la niebla del pasado parecían surgir fantasmas. Era un deber visitar al último emperador de Roma.

Roma vivía en la borrachera de la repartición de víveres. Pero Teodorico no deseaba tomar parte en más festejos. Durante los juegos había admirado a la población de la Urbe; ahora la despreciaba. Eran parásitos, seres ávidos de limosnas, que no se preocupaban del mañana. Los godos se habían procurado alimentos con las armas, pero desde que les adjudicara tierras, se alimentaban mediante su trabajo. Según la ley de la tribu, un hombre sano que confiara en el socorro ajeno dejaba de ser considerado un hombre libre. Teodorico no se prestó a los homenajes. No cabalgó hasta la otra orilla del Tíber para visitar a los pobres que vivían en chozas de barro junto a la muralla aureliana. Que fundieran, si querían, la placa de bronce con el texto redactado por Casiodoro: Regn. d. n. Theodorico Félix Roma. Que para toda la eternidad quedase constancia de que la Urbe, durante el reinado de su señor Teodorico, fue feliz. Al día siguiente de la repartición de víveres abandonó la ciudad, y acompañado por su guardia goda, se alejó a caballo por la calzada que conducía a Nápoles.

¡Qué hermoso era el sur de Italia! ¡Qué magnífica era aquella tierra que el destino le había confiado! Los campos, las montañas, las flores, los árboles, el cielo y los

ríos. Eran hermosas hasta las ruinas en las cuales se ofrecían antiguamente sacrificios a los dioses griegos, como le contó su acompañante romano. Una espléndida columnata bordeaba el camino real, sobreviviendo al tiempo y a los hombres. Teodorico prosiguió su camino hacia el cabo Miseno.

XXXIV

En Nápoles, Teodorico ordenó la reparación de las instalaciones defensivas del puerto. Había que construir torreones que intimidasen a los piratas. A mediodía tomó parte en la sesión del magistrado de la ciudad, y respiró con alivio al constatar que la mayoría de los consejeros hablaban griego. En el consejo oyó una serie de quejas. Los cargamentos de cereales de África y Sicilia no llegaban a su debido tiempo. El pueblo estaba descontento; no tenía costumbre de almacenar provisiones. El mar suministraba tantos peces, que siempre alcanzaban para dos días en momentos de escasez. El número de artesanos era demasiado elevado. Teodorico se hizo llevar en litera por las estrechas calles de los alfareros, caldereros, tejedores y zapateros. El pueblo vivía al aire libre en tortuosas callejuelas y pequeñas plazas practicadas en las rocas. Al parecer, aquí siempre hacía calor; los ricos no hacían instalar en sus casas tubos de calefacción. Palmeras. Teodorico pensó: «Soy el primer godo que llega hasta el mar caliente.» Sombras de los antepasados, sagas germánicas. Odín.

El magistrado expuso sus deseos a Teodorico. Reducción de impuestos, obras públicas, pan gratuito. Cosas similares le habían solicitado en Roma. Pero aquí existía la preocupación adicional de asegurarse protección en el mar. El mar no era para los godos un elemento vital, no entendían nada de construcción de barcos. Pero si compraba trirremes a los vándalos, ¿no traicionaría con ello su punto débil?

Teodorico bajó a caballo hasta el muelle. La templada agua del mar salpicaba las herraduras de su montura, que levantó la cabeza como si quisiera preguntar a su amo: «¿Hasta dónde?»

Al día siguiente partió hacia Miseno.

En un tiempo Miseno fue un excelente puerto de guerra, refugio de la mejor flota del imperio romano; hoy estaba vacío y abandonado, a merced de los elementos. La marea baja descubría la blancura de una columnata de piedras, construida para que sirviera de rompeolas. Era una magnífica bahía, en la que podían anclar muchos barcos de guerra, protegidos de las olas y eventuales ataques. Ahora sólo se balanceaban en ella algunos botes de pesca. En la lejanía brillaban al sol las velas amarillas y azules de unas cuantas barcas.

—Ahí está la villa.

El guía señaló hacia delante. Entre el exuberante verde de un jardín abandonado se alzaban unos edificios grises.

Los centinelas estaban enterados de la llegada del ilustre huésped; la carta de Casiodoro había llegado unos días antes. El prisionero pidió a los *patres* de Nápoles que le enviasen su renta trimestral por anticipado, a fin de poder recibir dignamente a su huésped, el rey de los godos. Rómulo no podía darle el título de patricio, porque

no se lo había otorgado él mismo.

La guardia no estaba subordinada al prisionero… éste sólo podía pedirles que permaneciesen en su cuarto, a lo cual ellos accedían por una jarra de vino. Durante los siete meses de su reinado, Rómulo había aprendido bien el ceremonial de la corte.

Su padre Orestes le enseñó también el griego. El emperador latino saludó al rey godo en la lengua de Grecia.

—¡Salve, Teodorico, rey de todos los godos en Italia!

—¡Salve, *Romulus semper Augustus*!

—Debes estar cansado del viaje. Ya es hora de que reposes. Te ruego que perdones las incomodidades. Estoy solo… con muy pocos esclavos. ¿Para qué quiero más?

Rómulo estaba en plena juventud. Bajo sus ojos había sombras profundas, y la palidez cubría su rostro. El rey contempló al hombre que fuese emperador y que era el único de los antiguos emperadores que aún continuaba con vida.

—He venido para preguntarte cuáles son tus deseos, Rómulo Augusto.

—Verte. Tú mataste al hombre que asesinó a mi padre y al hermano de mi padre. A mí me perdonó la vida. ¿Por qué? ¿No hubiera sido más sencillo…? Sólo le hubiese costado un pequeño ademán…

—Ya no eres un niño. ¿Qué sabías entonces?

—Sólo algunas cosas… No sabía que Orestes estaba muerto, no sabía que Pablo estaba muerto. Ignoraba que habían muerto todos los que…

—¿Te gustaría volver a ser emperador?

—Teodorico, el discípulo de Esculapio dice que la fiebre que mina mis fuerzas procede de los pantanos circundantes. Cuando me miro al espejo, veo que mi rostro está pálido. ¿Gobernar? ¿Para qué? Mi padre Orestes detestaba la sangre. Es mejor destronar a un emperador… a dos emperadores… que matarlos. Glicerio, el obispo de Dalmacia, ha muerto. Yo soy el único emperador romano de Occidente. ¿Para qué habría de desear un imperio? Hoy vuelve a acosarme la fiebre. Te ruego que no lo tomes a mal si tiemblo a menudo. Te he estado esperando. Quería verte, pero no creía que vinieras. Dime, ¿por qué no quieres ser tú mismo emperador? A mí me quedan aún algunas cosas… ¡oh, no!, ninguna joya… sólo ropas, una corona de laurel… una espada. Es la única arma que Odoacro olvidó arrebatarme. Uno de los flavios la ha hecho templar… Te la regalo.

—Mi espada es la espada de Odín. Era un dios germánico. Ya no creemos en él como dios… pero su espada, Rómulo Augusto, sigue siendo la espada de Odín.

—¿Amas Italia? ¿Y el mar?

—Nací junto a un lago de Panonia. Es tan grande como un mar, y sin embargo, no es un mar. Desde entonces amo el agua. El agua de aquí es la más caliente que he tocado desde que abandoné el país de mi lago. Verás, a medida que pasan los años,

pienso cada vez más a menudo en el *lacus* Pelso. También allí, donde por primera vez vi la luz del día…, donde mi padre era rey, habían vivido los romanos. Del mismo modo que tú vives en la villa de Mario, de los Sila, de Lúculo… del mismo modo que temes tú la sombra de Tiberio… así vivimos nosotros. Entre arcadas y columnas romanas, en el atrio. En invierno encendíamos hogueras. ¿Cómo podría serte de utilidad? Eres libre. Puedes ir a donde gustes, Rómulo Augusto. Puedes ir a Nápoles, si lo deseas, y también a la Urbe.

—No deseo nada. Estoy enfermo.

—El aliento de los pantanos es venenoso. Pero vencerás a la enfermedad; no es mortal. Tal vez en otra parte, donde el aire sea más sano… No soy tu enemigo, Rómulo Augusto.

—Cuando los legionarios me levantaron sobre el escudo y me proclamaron emperador, me llamaban Augústulo. Todavía me siguen llamando así… No he alcanzado la madurez.

—Dicen que amas los libros.

—Consumen gran parte de las seis mil monedas de oro que debo a tu generosidad. Leo mucho. Si supiera escribir mejor, rey Teodorico, tal vez relataría… como epílogo de la excelente y amena obra de Suetonio, la historia de los doce últimos emperadores. Sombras, Teodorico. ¿Por qué habría de desear ser otra vez emperador? Bajo su reinado, la Urbe era desgraciada. Ahora, según he oído, se acuña dinero con tu nombre y se proclama, con letras fundidas en bronce, que has hecho feliz a Roma. ¿Puedo darte las gracias por ello?

—Vive feliz, *semper Augustus*. Verás, fui educado en Bizancio, y allí aprendí que aquel cuya cabeza ha ceñido la diadema sagrada, sigue siendo emperador mientras vive. Es posible que el Senado sea más poderoso que tú… es posible que Odoacro te humillara cuando eras niño. Pero para mí eres el emperador, y te deseo una vida feliz. Mientras vivas, y mientras yo viva, no te faltará tu asignación anual. Nadie podrá hacerte daño. Si tienes algún deseo, siempre lo satisfaré. ¿*Roma felix*… o *Romulus felix*? ¿Qué es más acertado… emperador Augusto?

Estaban sentados el uno frente al otro. Rómulo llamó a su criado. Entró un viejo mayordomo que ya había servido a Orestes y permaneció junto al muchacho con autorización de Odoacro. Alrededor de la mesa había bancos de delicada forma.

¿Habría comido realmente Tiberio, sentado sobre uno de ellos?

Vinos generosos. Rómulo comió poco. Se limitó a cortar los manjares con el cuchillo, como si quisiera ver qué se ocultaba en el interior del pavo relleno. La cena se parecía a un ágape romano; un rey y un emperador se hallaban solos a la mesa. Entre una mesa vecina tomaron asiento los miembros del séquito, un viejo mayordomo, un magistrado napolitano, Casiodoro y los condes godos. En la ruinosa villa se observó aquella noche por última vez la etiqueta del imperio de Occidente.

¿Y si muriera en aquella villa como Tiberio, que llegó en barco desde su palacio de Capri y después partió precipitadamente hacia Roma…? ¿Por qué tenía Tiberio tanta prisa? ¿Adónde iba? Él mismo, Teodorico, se había puesto en marcha desde el gran lago. Era señor de los godos y príncipe de los príncipes germánicos. El lecho de huéspedes del cabo Miseno era duro. Se levantó con el alba. Había empezado a llover. A través del deteriorado tejado de la villa imperial, las gotas de lluvia caían interminablemente sobre el suelo de mosaico.

XXXV

Su nombre completo era Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio; y cada una de las partes de su nombre tenía raíces profundas en la historia de la Urbe y del imperio, y entre ellas Severino era ya una expresión de la romana tradición de mansedumbre cristiana.

Boecio contaba poco más de veinte primaveras, pero ya le conocía todo el mundo, no solamente en la Urbe, sino también en Ravena e incluso en Bizancio. Al principio se ocupó de que así fuera su padre adoptivo Símaco; los senadores más ponderados encontraban excesivo el celo con que Símaco casi divinizaba, pese a su juventud, al marido de su hija, y el hecho de que le hiciese incluir en la lista de los aspirantes al consulado. Todos sus esfuerzos iban encaminados al único fin de dar a conocer el extraordinario intelecto de Boecio.

Su cabeza, que recordaba las de sus antepasados romanos, se asentaba sobre un cuerpo de perfectas proporciones. Boecio tenía los cabellos de un castaño claro, delicadas facciones, labios estrechos y nariz recta. Sus ojos de destellos verdes llamaron en seguida la atención del rey a su llegada a Roma, cuando fue saludado en casa de Símaco por los discípulos de las musas.

Boecio nació en la Roma cuya tradición cristiana se remontaba ya a cuatrocientos años. Muy pocos se acordaban todavía de las catacumbas. Sus entradas habían sido tapiadas en muchos lugares, para que no sirvieran de refugio a fugitivos y vagabundos. ¿Por qué los cristianos tenían que ocultarse bajo tierra cuando existían en la Urbe docenas de templos? En asuntos religiosos, el obispo de Roma tenía la última palabra; este obispo era el primero entre todos los obispos del mundo, y su ciudad, que odiaba toda herejía, era el guardián de la verdadera fe. Aquí, la religión arriana de los germanos era considerada tan impura como la herejía procedente de Bizancio de los monofisitas, que, según se rumoreaba, ganaba cada vez más adeptos en la corte imperial.

Boecio creía en la religión de Roma, pero ya no en el contexto de las palabras virgilianas. Era el portavoz de una nueva generación, que fundía el nuevo credo con las ideas universales. Soñaba con un poderoso imperio que, partiendo de las ideas de Platón, lograría hacer realidad con la fuerza de la fe los antiguos conceptos del imperio. Del mismo modo que la música, las matemáticas y la geometría se fundaban en reglas eternas, así los países, los pueblos y los poderosos debían regirse por leyes que sólo los filósofos comprendían. Por consiguiente, la tarea de los filósofos sería enseñar a los príncipes.

Teodorico conoció a través de Casiodoro la existencia del «niño prodigio» romano, como llamaban a Boecio en la cancillería.

El primer día que le vio sólo intercambiaron algunas palabras; a Teodorico le llamó la atención el griego de Boecio, que prestaba nueva vida a la lengua de los filósofos antiguos. Los transeúntes de Ágora o los clientes de las termas de Bizancio apenas si podrían comprenderlo, y era seguro que sirviéndose de él no conseguirían alquilar una litera ni averiguar la situación del Hipódromo. Pero en cuanto surgían temas referentes al espíritu o a la moral, el rostro del joven se iluminaba. Teodorico había aprendido a observar los semblantes y a leer en ellos los más recónditos pensamientos. Ahora, durante los pocos minutos que pasó con Boecio, a quien aventajaba en años un cuarto de siglo, tuvo la impresión de que su compañía era un regalo inusitado.

Se conocieron en casa de Símaco. El hechizo del jardín, la tranquila intimidad del patio de laureles, la biblioteca, con sus rollos de pergamino, le revelaron que se hallaba en el seno del mundo modesto, pero eximio, de la sabiduría.

Cambió algunas palabras con Boecio; Teodorico intuyó el tacto que adornaba al joven y que estaba tan de acuerdo con la tradición romana. La tarde pasada en casa de Símaco no fue una recepción habitual. El senador había invitado solamente a los más destacados intelectuales. La mayoría eran parientes suyos, pero también se contaban entre los huéspedes algunos filósofos, sacerdotes, arquitectos, escultores y pintores. El anfitrión saludó al rey godo como a un igual para el que eran desconocidos los tesoros de la inteligencia humana, concentrados para siempre en la Ciudad Eterna.

Símaco sabía que con este simposio vincularía más a Roma al bárbaro afincado en Italia que con cualquier fiesta organizada en su honor, como las que solían celebrarse en los palacios de los príncipes orientales. Teodorico se encontraría a gusto entre filósofos y artistas, que armonizaban pacíficamente el espíritu de Platón con el de san Pablo.

—¿Has pensado alguna vez, Boecio, si te gustaría trasladarte a Ravena, y qué tareas desempeñarías con mayor placer si estuvieras a nuestro servicio?

—Debéis tener en cuenta mi juventud, patricio.

—Visítame en el Palatino a una hora tranquila. Almuerza en mi compañía.

Rusticiana cumplía con sus deberes de ama de casa. Las romanas tomaban parte en las conversaciones, citaban a filósofos, santos y poetas… como los hombres. Casiodoro era feliz: el éxito de la velada le daba la razón. Teodorico era bárbaro sólo a medias. Tal vez fuera posible en el ambiente de la Urbe conquistar por completo al hombre más poderoso de Italia, cautivarle, como hicieran en su día los poetas que rodeaban al Augusto.

Rusticiana fue la primera en mencionar el nombre de Augusto mientras esperaban al rey godo. Símaco estaba lleno de dudas. ¿Cómo olvidar las comarcas asoladas de Ática, la cruel muerte de Odoacro, los millares de prisioneros de guerra pasados a cuchillo? ¿La religión arriana, el salvajismo de los condes godos, que se habían

apropiado por la fuerza de los campos itálicos? Todo esto se le antojaba un obstáculo: la arbitrariedad de los guerreros colonizadores, las noticias de Ravena, según las cuales las intrigas imperaban como en Bizancio e incluso en la corte del rey se practicaba el favoritismo. Sin embargo, aquí Teodorico no ocupaba un trono, sino una sencilla y cómoda silla. Rusticiana colocó rosas sobre su mesa y una jarra de vino, cuyo color dorado centelleaba a través del delicado cristal. Hacía siglos que nadie daba forma al cristal. Una jarra como ésta era un tesoro más valioso que una jarra de plata. También ella se convirtió en un signo: ¡Puedes servirte vino de una jarra de los tiempos de Augusto!

Teodorico podía contemplar desde aquí la urbe medio derruida, las columnas destrozadas, las derribadas estatuas de bronce, las basílicas que servían de cantera. Las murallas, que una vez resultaran demasiado estrechas, formaban hoy un círculo demasiado ancho: a media milla de las murallas no había más que casuchas o ruinas. Y sin embargo, aunque invisible a los ojos de los bárbaros, parecía que la imagen de la antigua Urbe flotaba sobre la ciudad. Cada palabra que conducía al pasado recordaba a los propios antecesores.

Teodorico cortó el pan según el rito bizantino, pero trazó sobre él la cruz de Arrio. Mientras sonaban las melodías de músicos romanos, se sirvió hidromiel antes de la cena. Teodorico habló del último emperador, a quien visitara en la villa de Lúculo.

—Si fuera un filósofo, señor, no podría imaginarse una vida más hermosa. Pasar trece años alejado de cualquier tentación de las glorias terrenas… y poder continuar así.

—¿Te atraería esa clase de vida, Boecio?

—¡Yo creo, señor, que tal vez es mejor luchar contra el destino! Ya lo dijo Horacio: «La obra debe encumbrarse…» El tiempo no deja rastro en el cabo Miseno. Rómulo Augústulo es un árbol prematuramente envejecido, un fantasma de sí mismo.

—¿Cómo te imaginas a Roma, Boecio?

—Una Roma gobernada por una sola idea, una sola moral y una sola fuerza.

—Casiodoro trabaja demasiado. Deberías ayudarle.

—El destino de Italia está en tus manos, señor.

—¿Sabes, Boecio, por qué Bizancio es poderosa pese a sus debilidades? Porque divide la fuerza de sus enemigos. Enfrenta a pueblo contra pueblo, religión contra religión, príncipe contra príncipe. Gobierna con ayuda de este equilibrio.

—Nuestra Roma carece de enemigos. Es demasiado pequeña para tenerlos.

—Es pequeña… pero eterna. En el palacio imperial, los ministros aún dirigen sus miradas hacia la Urbe. Temen que algún día pueda rebelarse.

—Los asuntos de Italia están en tus manos, señor.

—Hablas como debe hablar un romano, Boecio. Pero si Roma supiera gobernarse a sí misma y siguiera las indicaciones de su emperador, ¿para qué necesitaría a un

Teodorico? ¿Si no existieran diferencias entre católicos y bizantinos, a quienes vosotros consideráis herejes?

—Ha habido numerosos emperadores por cuyas venas no fluía sangre romana. El imperio ha prosperado bajo su gobierno.

—No debes olvidar, Boecio, que soy el rey de todos los godos que viven en Italia. Debo proteger vuestro reino con guerreros godos.

El silencio duró varios minutos, mientras los servidores traían las bandejas con pasos mesurados. Rusticiana preguntó por la reina, qué le había gustado más de Roma, si deseaba ver algo más y si ella podía serle de alguna utilidad. Se habló de una excursión a la Campania, de villas, viñedos, recuerdos de emperadores y emperatrices.

—¡A partir de mañana trabajarás en mi cancillería, Boecio!

—Podrías ser emperador de todos los germanos, señor —dijo un día Casiodoro después de terminar la séptima carta.

Los príncipes turingios, los burgundios, vándalos, visigodos y alemanes conocían ya las cartas reales de Ravena; el estilo, las advertencias ocultas tras las frases corteses, los sabios consejos y a menudo también, las amenazas, recordaban la tradición del imperio. La pluma de Casiodoro obraba milagros. Enseñaba a los bárbaros el sutil arte de gobernar.

«¡Podrías ser emperador, señor!» Todo parecía divulgar este mensaje —la residencia de Verona, el palacio de Ravena, el Senado de Roma con su homenaje bajo la «palma de oro». En los festejos públicos, los oradores hablaban de una nueva edad de oro.

Las primeras nubes tormentosas no aparecieron sobre el cielo de Italia, sino sobre el mundo de los bárbaros. La gran unidad arriano-germánica, que Teodorico intentaba forjar, se estrelló contra el nuevo reino católico de Clodoveo. El hermano de la reina Audafleda hacía muy poco caso de los vínculos familiares. Era el único que osaba dar consejos a Teodorico. Clodoveo soñaba con una Galia unida, pese a que en las provincias del sur, la antigua Galia romana, estaban asentados los visigodos. La lucha parecía inevitable; pero Teodorico logró unir una vez más a sus dos parientes. En la tierra de nadie, en una pequeña isla del río Liger, se encontraron el visigodo Alarico y el franco Clodoveo. Se abrazaron, se celebraron banquetes reales, magníficos torneos y partidas de caza, pero ambas Majestades evitaron mencionar la raíz de su desacuerdo: dejaron aquel espinoso asunto para los cancilleres, reunidos en el cercano pabellón de caza. Éstos vieron desde el principio que no existían posibilidades de llegar a un convenio. Clodoveo lo quería todo: el rey de los francos sálicos, que había abandonado su pequeño y débil país, exigía para sí todas las Galias, en calidad de conquistador católico. Hacía años que ambos bandos se preparaban. Clodoveo pidió la adhesión de Teodorico a su campaña. Los enviados de Alarico eran

cada vez más numerosos en Ravena: los godos esperaban ayuda de sus hermanos godos. A la cancillería del rey y patricio llegaban noticias de todos los países, en especial de Bizancio. Informes fidedignos decían que en torno al emperador Anastasio se había incrementado el odio contra los arrianos.

En cambio, los hilos que unían al católico Clodoveo con el imperio de Oriente aumentaban cada día.

El emperador ortodoxo y Clodoveo, que recientemente había abrazado la fe católica, concertaron una alianza secreta contra Teodorico. Era cierto que el rey de los godos contaba con doscientas mil lanzas, pero ni siquiera él estaba a salvo de sorpresa en suelo itálico. Por más que Teodorico se esforzara en mantener la «neutralidad» entre itálicos y godos, los roces eran inevitables, sobre todo en el campo, donde las quejas por la violación de fronteras entre las tierras estaban siempre en la orden del día. La ley no permitía el matrimonio entre godos e itálicos; los «romanos» no podían llevar ninguna clase de armas, pero la palabra escrita era su privilegio. Las herraduras de los caballos godos no sonaban de modo agradable en los oídos de los itálicos, y los latinos que vivían según el rito romano detestaban las misas dichas en lengua goda.

Clodoveo ensanchó su círculo: dio a conocer su alianza secreta con Gundobad, el jefe de los burgundios, que en un tiempo apoyara a Odoacro. El burgundio protegía su retaguardia, y el ejército franco pudo ponerse en marcha hacia Genábum. En Cesarodúnum, los sacerdotes acogieron con gritos de aleluya a los conquistadores católicos. Se produjeron milagros: un salmo profético, un cometa de cola roja en el cielo, la aparición de un ciervo blanco: todos ellos señales de que el cielo favorecía a los príncipes supersticiosos. El ciervo blanco les mostró el lugar donde resultaba más fácil cruzar el Vigena. El ejército se encontraba en las cercanías de Limónum, y al anochecer, por orden del rey franco, empezó a vadear el río. Cuando amaneció vieron al ejército visigodo acampado tranquilamente detrás de las colinas.

La sorpresa fue la mejor arma de Clodoveo. La caballería franca cayó sobre los godos, que aún estaban adormilados; además, las tiendas y los numerosos carros dificultaron sus movimientos.

La estrategia bárbara desconocía el arte militar romano de los ordenados movimientos de tropas. Unidades de caballería chocaron entre sí, soldados de infantería se enfrentaron en una lucha cuerpo a cuerpo en la que nadie podía intervenir. Estos duelos tenían lugar en toda la línea de batalla. De improviso, Clodoveo y Alarico se encontraron frente a frente. Alrededor de los dos reyes, que luchaban a pie, pues ambos habían saltado de la silla para decidir la batalla con su duelo, se formó un círculo. ¿Pensarían aún en su abrazo amistoso en la isla de Liger mientras ambos tiraban a un lado sus lanzas y empuñaban las espadas reales, celebradas por sendas leyendas? Con la mano izquierda sostenían el escudo, la coraza

protegía su pecho y espalda, el yelmo, la cabeza, pero la garganta, los brazos y el rostro estaban al descubierto, y las espadas podían alcanzarlos.

El duelo se prolongó durante mucho rato: Clodoveo era más joven y más fuerte, pero Alarico había aprendido a manejar la espada en la corte de Teodorico, dirigido por los maestros de esgrima griegos. Clodoveo trataba de cansar a su adversario, empujándole paso a paso hacia el borde de la pantanosa orilla. Aquí se detuvieron, y las armas volvieron a chocar entre sí. A su alrededor proseguía la lucha, de modo que solamente los guerreros más próximos y los escuderos podían observar el curso del duelo. De pronto, Alarico fue herido en la rodilla, se tambaleó, y el peso de la espada se le hizo insoportable. Levantó el brazo, y en aquel instante le penetró en la axila la punta de la espada de Clodoveo. La sangre brotó a borbotones, y el golpe de gracia le abrió la garganta. Los francos habían ganado la batalla de Vouillé.

Hacia el mediodía, ningún obstáculo se oponía a Clodoveo. Los restos del vencido ejército godo atravesaron los Pirineos; el enemigo abandonó su persecución al pie de las altas montañas. Clodoveo pensaba ahora en la Galia. La provincia de Aquitania ya era suya, y entró en Burdigala. Con la Galia en poder de los francos, los visigodos tendrían que contentarse con la antigua Hispania.

Una legación partió hacia Bizancio para comunicar a Anastasio la noticia de la victoria de Clodoveo, y otra se dirigió a la corte de la reina viuda con la noticia de la temprana muerte de Alarico y el fin de la soberanía goda en la Galia. Teodorico fue el primero en enterarse del fatídico duelo: Clodoveo, su cuñado, había dado muerte a Alarico, su yerno. El país de los francos católicos se convirtió en reino, mientras que el país de los godos se hallaba ahora en las débiles manos de una mujer. Lo único que podía hacer el palacio imperial de Bizancio era preparar una lección a Teodorico, a quien evidentemente se le había subido la gloria a la cabeza.

Tras esta batalla, la corte bizantina vio su más poderoso baluarte en los francos. Así pues, Clodoveo recibió el título de cónsul. Esto fue una inesperada jugada de ajedrez de la cancillería bizantina, pues un cónsul era más que un patricio. Por consiguiente, si alguien podía contar con el apoyo de la católica población de la península latina, éste era sin lugar a dudas el católico y piadoso rey de los francos. La noticia de la concesión del título de cónsul se difundió por toda Italia, donde las viejas tradiciones se perpetuaban de padres a hijos. En la catedral de Cesarodúnum, la legación bizantina entregó a Clodoveo la toga de cónsul y los símbolos del poder. Le acompañaron también lictores con las fasces, y los coros entonaron los salmos latinos de Ambrosio. Clodoveo, cristiano desde hacia pocos años, pudo aparecer ante su pueblo vistiendo el manto de púrpura y ciñendo la diadema romana, y llevando en la mano el cetro de cónsul del reino romano de Occidente.

Teodorico recibió la noticia de que la flota bizantina había zarpado del puerto del Cuerno de Oro. Su objetivo secreto era seguro: desembarcar en Italia y saquear las

comarcas del litoral, especialmente aquellas donde se encontraban las propiedades de los godos.

Durante estos meses, casi cada día brindaba su amargo fruto. Casiodoro y Boecio eran los más íntimos colaboradores del rey; Símaco, en Roma, le mantenía en contacto con el Senado. Los ministros no sabían a qué atenerse: ¿sería el rey demasiado viejo o estaría cansado? ¿Por qué se mantenía inactivo después de conocer la victoria de los francos, la sumisión de las Galias, y cuando, a excepción de la provincia narbonesa y de la costa meridional, todo el suelo galo cayó en manos de los francos y sólo la ciudad de Arélate se resistía al ejército franco, que contaba con treinta mil hombres?

¿Por qué no se vengaba de Bizancio? ¡Tenía doscientas mil lanzas a su disposición! El ejército godo, el ejército de Teodorico, seguía siendo el más fuerte del imperio.

Teodorico salió a caballo al amanecer, como era su costumbre. Se dirigió hacia el bosque de pinos, acompañado por dos caudillos, Ibba y Tuluin. Nadie sabía qué intenciones abrigaban; el viento se llevaba las palabras godas.

En todas las cancillerías se sostenía la opinión de que Teodorico no quería poner en juego a ningún precio su soberanía en Italia; mientras la considerase segura, no le preocuparía que se disolviera la alianza de los germanos-arrianos. Los tres jinetes volvieron a la cancillería; en el mismo momento fueron enviadas órdenes a Ticino, Verona y Mediolánum: ¡Godos, empuñad las armas!

Teodorico permaneció en Italia, pero sus generales se pusieron en marcha con sus ejércitos hacia la Galia meridional. Italia se estremeció ante la noticia, como si se anunciaran grandes cambios. ¿Por qué no había ayudado el hijo de Amal a su hermano godo cuando Alarico envió una legación tras otra en demanda de tropas auxiliares? ¿Por qué había permitido que fuese conquistada la Galia gobernada por los visigodos, y presenciado la humillación de los godos y arrianos? Ahora, un poderoso ejército de jinetes godos cruzó la frontera de Italia y penetró en Provenza, mientras el ejército de Clodoveo se encontraba al pie de los Pirineos y se introducía en el norte de Hispania. Inesperadamente, los planes del victorioso rey franco eran desbaratados por la llegada desde Italia del ejército godo.

La ciudad de Arélate sufría el asedio desde hacía meses. El ejército franco había perdido muchos miles de hombres, y la excelente maquinaria bélica de la ciudad y sus animosos ciudadanos habían conseguido mantener a raya a sus atacantes ante las murallas. Pero los víveres disminuían; los defensores comprendían que las semanas de resistencia estaban contadas.

Ahora el rey de los burgundios abandonó la lucha y disolvió su alianza con los francos, eliminando así el único obstáculo que impedía a los godos liberar a Arélate. Se inició una batalla encarnizada. Por primera vez medían los ostrogodos sus fuerzas

con los francos, que no habían contado con esta batalla. Clodoveo apenas podía creer las palabras de los francos que huían. ¿Se trataba en realidad de los ejércitos de Teodorico o era un ejército fantasma el que había liberado Arélate?

¿Era Teodorico demasiado viejo? ¿Estaba cansado? Inusitadamente apareció en la Galia meridional una nueva potencia: los generales de la caballería goda conquistaron la provincia para el reino de los ostrogodos. Parecía que Teodorico había esperado al final de la gran campaña para ajustarle las cuentas al vencedor.

La victoria de los godos en Arélate fue inesperada para Bizancio y causó una gran consternación. Hacía poco que el palacio imperial había decidido apoyar totalmente al rey franco, pues veía en él al aliado del mañana y ya no contaba con Teodorico, envejecido y absorbido por los asuntos itálicos.

El emperador Anastasio atravesaba una crisis como hombre y como emperador. Estaba dominado por los sacerdotes y monofisitas y se inclinaba hacia la herejía que amenazaba a la iglesia oriental. El sermón de Pascua del Patriarca bizantino le asustó hasta el punto de hacerle olvidar sus cavilaciones en torno a las cuestiones religiosas. El Patriarca acusó al sagrado emperador de haber abandonado la fe verdadera y abrazado la herejía. Anastasio tendría que definirse si quería evitar la división de la Iglesia, lo cual sólo haría que favorecer a Roma.

El emperador había envejecido, y su único interés se limitaba al dogma. Por este motivo, en el palacio imperial adquiría cada vez más influencia en los asuntos del imperio el comandante de la guardia, Justino. Con un emperador de edad tan avanzada era lógico pensar que en cualquier momento «podía ocurrirle algo», y las miradas se dirigían involuntariamente hacia su sucesor. Pero esto debía hacerse con mucha cautela, porque Anastasio aún tomaba parte en las sesiones del consejo, y para el antiguo Silenciario la escritura no era un secreto como para Justino, que ni siquiera sabía escribir su nombre.

—¡Reconciliaos con Teodorico, hijos míos!

La frase resonó en la sala del consejo. Todos experimentaron un gran alivio. Una orden dispuso el regreso de la flota que había sido enviada a saquear Italia. Se redactó una carta para Teodorico, cuyo comienzo contenía palabras de reproche, pero al final equivalía a un apretón de manos.

¿Cómo podrían convertir de nuevo al patricio en un cordero obediente? Seguramente le molestaba la dignidad de cónsul conferida por el emperador a su rival Clodoveo. ¿Cómo podrían reconciliarse con el resentido Teodorico?

Ni Teodorico ni Clodoveo tenían la intención de lanzarse a una guerra homicida en la que sólo podían perder los dos bandos. Teodorico no necesitaba las Galias, pero habían costado a los romanos mucho oro, lágrimas y sangre. Lo único lamentable era que el reino de los visigodos en la península de los Pirineos estaba en manos de un niño y de su madre viuda y que en él reinaba la intranquilidad. Pretendientes al trono

levantaban la cabeza, y entre los condes godos estalló una guerra civil, en un momento en que los ejércitos del rey franco podían atravesar los Pirineos. Por ello la viuda de Alarico envió a Ravena una legación: con el derecho de un pueblo hermano, el más poderoso de todos los godos, Teodorico, debía tomar también las riendas del pueblo visigodo.

La oscilación del péndulo fue muy potente. Abarcó desde Persia hasta la Cartago dominada por los vándalos, y desde las tribus germánicas del norte hasta la Hispania del sur. En los innumerables documentos de las cancillerías se hablaba de emperadores, reyes, príncipes, apóstatas, gobernadores, generales y altos dignatarios de la Iglesia. Pero ¿cómo vivía el pueblo? ¿Cómo vivían los habitantes de las ciudades, preocupados por su destino incierto, y los campesinos desprovistos de protección? La decisión de los poderosos se compraba a menudo con promesas o con oro, la espada de un general pesaba más que el juramento de un rey. Los príncipes eran supersticiosos: cuando aparecía una señal en el cielo, cuando se hacía una profecía, se inclinaban. Los poderosos se aniquilaban entre sí. Odoacro había encontrado la muerte a manos de Teodorico. La espada de Clodoveo había puesto fin a la vida de Alarico, y el rey franco decapitó con sus propias manos a dos príncipes que se imponían en su camino.

¿Cómo vivían los campesinos en Italia, en las turbulentas Galias o en Hispania, donde la tormenta de la guerra había diezmado a pueblos y desolado provincias enteras? Los poetas cantaban la edad de oro de Teodorico, sacerdotes y cancilleres proclamaban que su gobierno era un Edén y que a los años de inseguridad habían seguido numerosos años de bienestar. En cada ciudad velaban los godos por la paz y el orden; en las calzadas, una vez más en buen estado de conservación, centinelas a caballo garantizaban la seguridad a viajeros y comerciantes. Las conducciones de agua llevaban en sus venas de hierro el líquido vital a todas las ciudades. En Roma, el Senado había abierto escuelas, pálidos ejemplos de la Academia platónica, en las cuales se educaba a la juventud según los principios de los filósofos griegos. *Aurea actos*, se decía: ha llegado la nueva edad de oro.

El hombre nacido a orillas del gran lago, en la ya inexistente Panonia, aprendía cosas nuevas cada día. Tenía que saberlo todo acerca de las tierras vecinas y sus gobernantes, incluso acerca de los reinos y provincias remotos situados al otro lado del mar. Cuando el emperador de Oriente estaba en guerra contra los persas, la cancillería bizantina era más condescendiente con Teodorico. Éste debía conocer todas las disensiones existentes entre las familias reales. Sobre todo, tenía que mantener el orden entre los visigodos. El pequeño rey Amalarico era nieto suyo, hijo de Teudigota. Una parte de los señores godos protestaba porque los gobernaba una mujer, y quería sentar en el trono al bastardo del rey difunto.

Los negros nubarrones de la lucha de partidos se cernían sobre la tierra de los

Pirineos. Teodorico recibió una petición de ayuda en nombre de Amalarico. Debía ser tutor del muchacho hasta que éste alcanzara la mayoría de edad. Esto significaba —en el lenguaje del poder— que Teodorico podía anexionar el reino de los visigodos a sus casi inconmensurables posesiones. Desde el Danubio hasta el océano, desde Sicilia hasta las columnas de Hércules, todo le pertenecía.

Un gobernador ostrogodo se instaló en Toledo, su palabra se convirtió en ley, sancionada por Teudigota en nombre del niño.

El péndulo oscilaba. El emperador Anastasio, a medida que envejecía, se entregaba cada vez con mayor pasión a la lucha de credos. Su propio patriarca, que él mismo colocara en la cima de la ortodoxia, se volvió ahora contra él. El emperador se convirtió en un viejo solitario, pero, como antiguo consejero, conocía todos los posibles cambios en la política. ¿Por qué no apoyarse en Teodorico? Siempre había existido entre los dos el deseo de evitar una lucha abierta. Nadie arrebató al rey godo la dignidad de patricio que le fuera concedida por sus antecesores. ¿Qué dignidad todavía más elevada podía conferirse al godo? ¿Qué más podía darle? Una legación bizantina llevó a Ravena un magnífico diploma. El emperador concedía al patricio del imperio la administración de las provincias de la Galia meridional y de Hispania.

Cuando la legación llegó a la residencia de Teodorico, fue recibida con todos los honores. Nadie sabía aún por qué venían después de tantos años a la corte de Teodorico los altos dignatarios de la delegación. Un jinete había llegado al galope a palacio para informar a la corte de un acontecimiento inesperado: un trirreme, adornado con el estandarte del emperador, acababa de arribar al puerto de Classis. Teodorico llegaba en aquellos momentos de Verona, donde había visitado la guarnición goda y presenciado la marcha de las tropas hacia Hispania.

El Silenciario que presidía la legación se expresaría en el lenguaje de la corte, bien conocido por Teodorico desde su infancia. El rey captaría el verdadero significado oculto tras sus palabras, las advertencias, los halagos, las amenazas o las diversas formas de petición de ayuda que disfrazarían los giros y expresiones corteses. ¿Qué podía querer de él el emperador… después de tantos años?

La recepción de los legados fue pospuesta durante una semana; en el intervalo, Casiodoro tenía que averiguar sus *verdaderos* propósitos. Sin embargo, la legación se encerró en un silencio impenetrable, y el Silenciario insinuó solamente que «el patricio se alegraría». Esto podía ser un subterfugio para ocultar el auténtico motivo, pero también podía contener algo de verdad. El domingo, tras el servicio religioso, tuvo lugar la solemne recepción, y después el dignatario griego fue huésped de Teodorico.

Según la costumbre griega, en el banquete sólo podían tomar parte los hombres. Pero al término de la audiencia, el Silenciario visitó a Audafleda y le entregó los obsequios de Ariadna, la sagrada emperatriz. La reina goda habló con los legados en

imperfecto latín, pero éstos tampoco dominaban la lengua de Roma. Sólo Amalasunta, la hija de Teodorico y Audafleda, dio las gracias en impecable griego por el juguete adornado con piedras preciosas que los legados le trajeran del palacio de Bizancio. Todas las miradas recayeron en la niña. Era alta, esbelta, tenía el cabello castaño oscuro y los ojos vivaces, y su voz era armoniosa y clara al expresarse en la lengua de Platón. Al parecer la educaban en el palacio de Ravena los mejores maestros, y como la visita de los bizantinos había sido inesperada, el enviado encontró doblemente agradable que la hija de Teodorico recibiese una educación digna de Bizancio. Las facciones del Silenciario perdieron su severidad. Sus labios pronunciaron la palabra «princesa», lo cual era más de lo que correspondía a la hija de Teodorico según el ceremonial de la corte bizantina. De este modo la pequeña Amalasunta se convirtió en heroína del día; el rey se enteró por Boecio del éxito de su hija. Un momento hermoso… después de tantas tormentas, muertes y crisis; un momento de quietud en el palacio de Ravena.

XXXVI

En Roma se produjo un cisma. Una parte eligió Papa a Símaco, la otra, a Laurencio. La dividida población de la Urbe se vio envuelta en este húmedo día de noviembre en sangrientas riñas, actos de salvajismo e incendios.

Al igual que la población de la ciudad, el Senado se dividió en dos facciones. A los pocos días, Roma volvía a ser irreconocible: se levantaron barricadas, los partidarios de Símaco se hicieron fuertes en el Palatino, y el bando de Laurencio se preparó para atacar. Entonces el cielo abrió repentinamente sus esclusas, y el chaparrón enfrió incluso a los romanos más fogosos. Los muertos fueron enterrados, la lluvia apagó los incendios. Empezaron a ir y venir los mediadores, especialmente entre los dos bandos del Senado. Finalmente se adoptó la decisión de pedir a Teodorico que interviniera; el arriano sería árbitro entre dos Papas romanos.

La corte de Ravena se encontró de nuevo ante una difícil tarea. Teodorico no podía negarse a intervenir, porque a diario llegaban de la Urbe las más terribles noticias: el *populus romanus*, que hasta ahora sólo pedía pan y festejos, era de pronto víctima del demonio de la lucha fratricida. Los partidarios de Símaco y de Laurencio querían poner a prueba sus aptitudes para la lucha.

También los dos Papas enviaron sendos legados. En las deliberaciones fueron admitidos hombres entendidos en cuestiones religiosas. Teodorico tuvo ocasión de conocer la estructura de la Iglesia en todos sus pormenores. También escuchó a los senadores. Primero Boecio tendría que desplazarse a Roma para asesorarse sobre el terreno, y después iría Casiodoro. Finalmente concibió Teodorico su notable decisión. Como Símaco había conseguido más votos que Laurencio, el rey godo declaró que el primero era el Papa legítimo, y ordenó a Laurencio que se sometiese a la voluntad de Símaco. Al mismo tiempo hizo prometer a éste que trataría a su rival, a quien una parte del pueblo romano consideraba el Papa legítimo, como correspondía a la dignidad de su cargo.

Teodorico, pese a sus múltiples preocupaciones, se veía obligado a intervenir continuamente en el cisma de la Iglesia romana. Él, el arriano, tenía que encontrar la solución milagrosa que salvara a la Iglesia ortodoxa. Vaciló durante largo tiempo. La disensión entre los dos Papas favorecía a los pueblos arrianos. En las provincias y nuevas tierras se dividían los católicos, a pesar de que Símaco tenía fuera de Italia una abrumadora mayoría. Sin embargo… el cisma era un buen motivo para que el emperador desistiera de una intervención directa. Era de dominio público que Bizancio apoyaba a Laurencio, pero Anastasio no podía ponerse abiertamente a su favor. Teodorico, por su parte, defendía la libertad de los romanos al apoyar a Símaco, que era el candidato de la mayoría.

Diariamente llegaban noticias contradictorias, informes y quejas, y una legación seguía a la anterior. La Urbe, cuyas heridas ya habían empezado a cicatrizarse, se convirtió de nuevo en lugar de reunión de los lobos. Muertos por las calles, iglesias destruidas, destrozos en el empedrado, barricadas. Los hombres que ganaban su pan con el trabajo, abandonaban Roma en cantidades alarmantes. Nadie podía estar tranquilo. La juventud era causa principal de los disturbios, pero en el circo incluso los viejos llegaban a las manos.

Los nombres de los aspirantes al consulado se hallaban sobre la mesa de Teodorico. El Senado los había enviado, pero los dos bandos presentaron su propia lista. El papel de los cónsules en una ciudad que tanta gente había abandonado y en la cual se imponía cada vez más el poder del Papa, dependía de qué clase de hombres eran los que prestaban juramento en la forma tradicional y, acompañados por los lictores, se dirigían al Capitolio el día de la fundación de Roma. En general se trataba de un título hueco, de un homenaje a la fidelidad de familias patricias. Pero a pesar de todo, el año seguía recibiendo el nombre de los cónsules en ejercicio. El cónsul era un símbolo para los romanos, tradición, recuerdo y el hechizo de épocas pasadas.

—Casiodoro, he decidido que sea ocupada la silla de cónsul, vacía desde hace tres años.

—El Senado lo está deseando. Dime los nombres de los elegidos.

Estaban solos en la sala de trabajo, cuyo silencio rompía el estruendo de los caballos al galope.

—He de renunciar a tu ayuda, Casiodoro, hasta que esté restablecido el orden en la Urbe. Si te enviara como *magister officiorum,* Roma se indignaría… conozco la inquietud de su gente. Te dirían a la cara que sólo eres el esclavo del rey. En cambio, si eres el cónsul legítimo, nadie podrá decir una sola palabra. Todo el mundo sabe que disfrutas de mi confianza. Gobernarás en Roma durante un año, tal como hacían los antiguos cónsules. Tienes un año a tu disposición, Casiodoro. En la primavera del año próximo debe haber cesado el estruendo de la Urbe.

—¿Quién será el segundo cónsul?

—El senador Símaco. Vivimos en unos tiempos en que la elección es más difícil que nunca. Ya verás, Casiodoro: tu persona calmará la tempestad. Recuerda las gloriosas épocas pasadas cuando tomes posesión de tu cargo.

—¿Quién vendrá a Ravena para ocupar mi puesto?

—Incluso desde Roma podrás asistirme con tus consejos. En la Urbe se saben muchas más cosas que aquí, entre los pantanos de Ravena. Durante un año dejarás de ser *magister officiorum*; he decidido que te reemplace Boecio. Su pluma será mi pluma hasta que tú hayas cumplido tu misión.

El nuevo cónsul se hallaba en el aposento del Papa. Símaco aún no era viejo, pero las disputas de los últimos años habían dejado su huella en el rostro del antiguo

diácono. Se había visto obligado a presenciar cómo la Urbe se convertía en un campo de batalla a causa de su elección.

El Senado ratificó el nombramiento de Casiodoro y le recibió como correspondía a un ministro de Teodorico. Casiodoro podía dar órdenes a las tropas godas acampadas en la Campania y servirse de los impuestos debidos al rey. Podía solicitar consejo y ayuda a Teodorico… siempre que así lo deseara. Pero en su calidad de cónsul representaba el poder de Roma, y podía escribir al Senado de Bizancio y dirigirse a los reyes de todo el mundo. La dignidad de cónsul no había perdido del todo su esplendor durante los siglos de decadencia.

—¿Qué recomiendas, Aurelio Casiodoro, para restablecer el orden? Lo ves todo con los ojos de Teodorico, y tus palabras son muchas veces las suyas. Conseguir la unidad de la fe, eliminar la herejía en Oriente y Occidente es asunto mío. Pero ¿qué puedo hacer con esta Roma dividida? ¿Puedes tú ayudarme de algún modo?

Casiodoro procedía del sur de Italia, donde su padre había sido funcionario de la provincia. Desde su infancia observó las tradiciones del imperio. Cuando se convirtió en escriba del poderoso Teodorico, procuró dominar sus pasiones y ocultar sus amenazas en misivas corteses. Era un hombre de media edad, y estaba en el mejor momento de sus facultades intelectuales. Ahora se encontraba solo como cónsul, al igual que desde hacía siete siglos, los elegidos que ocuparan su mismo cargo. «Los cónsules tienen el deber de evitar que ocurra algo malo al imperio.» El adaptable, pero en modo alguno valiente Casiodoro, el ministro real de dorada pluma, se hallaba ahora en una cumbre que jamás soñara. Ocupaba una situación más elevada que el rey empujado hasta Italia por el viento que azotaba las tierras bárbaras, incluso más elevada que la del propio emperador bizantino. El Senado le había colocado en la silla de los cónsules: era el único representante legítimo del poder mundano. Podía iniciar su tarea; tenía en sus manos el derecho de fallar sentencia.

—¡Santo Padre, haz que se construya!

—Los símbolos, las palabras de la Sagrada Escritura son más familiares. Explícame, Casiodoro, lo que tú entiendes por esta frase.

—Contempla la Roma que te rodea… Me ha sido difícil reconocerla. No había estado aquí desde la visita de Teodorico. Al amanecer se congrega al pie del Capitolio un vociferante gentío. Desde que desempeño mi cargo he tenido que aumentar el número de lictores, para alejar a los intrusos que pretendían invadir mi alojamiento. Pero ¿de qué sirve esto, Santo Padre? Tienen hambre. No piden los juegos que yo les debo como cónsul, sino pan. ¿Cómo vas a dárselo? He aprendido de Teodorico que no se debe dar limosna a los hombres que trabajan o manejan las armas. Haz que se construya, he dicho. Te lo ruego, pasea por la Urbe, contempla tus iglesias. Comprueba en qué estado se encuentra la catedral de san Pedro. La puerta está entornada, y en su torno se amontonan los escombros, y en el umbral se acumulan los

desperdicios; la pequeña puerta lateral está tapiada por los restos de dos pilastras. Y cuando entres en la basílica, Santo Padre, verás manchas de sangre por doquier. Es el principal templo de Roma. ¿Cómo crees que están los demás? ¡O contempla tu propia casa! ¿Es acaso adecuado que el primer obispo del mundo resida en una casa de cuyo tejado se caen los ladrillos?

—El servidor de los servidores de Dios es pobre.

—Si ya no necesitas a tus hombres armados, les puedes decir: «En lugar de soldada recibiréis un salario». En Ravena hemos aprendido que no hay nada imposible. Allí… y también en Verona, se construyen innumerables templos y muchos palacios, casas, villas, jardines… Los albañiles romanos pueden ponerse a trabajar mañana mismo.

Boecio, el nuevo *magister officiorum*, aún no se encontraba cómodo en Ravena. Classis, el puerto de los barcos de guerra, era la parte más antigua de Ravena, y la ciudad había sido construida a sus espaldas. Los primeros arquitectos sólo pensaron en hacer inexpugnable aquella tierra rodeada de pantanos. Cuando la ciudad se convirtió en residencia imperial, se construyeron palacios a toda prisa, pero sólo en la modesta medida que convenía al decadente mundo romano.

Lo primero que hizo Boecio fue pagar un tributo de veneración a la capilla del panteón de Gala Placidia. Todo el mausoleo brillaba en esta resplandeciente mañana con el azul del mosaico; corderos dorados pastaban en las eternas praderas. La emperatriz, que tuvo una vida singular, debió haber creído que el imperio era eterno. Ahora reposaba en un enorme sarcófago, entre los féretros de dos emperadores. Un mundo lleno de reflejos azules y dorados. Boecio se reclinó contra uno de los sarcófagos. La paz le invadió. Lejos de palacio había descubierto un rincón del antiguo mundo romano.

Los bárbaros no captaban la belleza de la música. Boecio, por el contrario, la consideraba el mejor regalo de las musas.

—Envía músicos a Lutecia Parisiórum —le había dicho Teodorico unos días atrás, con el mismo tono como si deseara regalar a su cuñado caballos de raza o valiosas túnicas de seda—. Así aprenderá Clodoveo en qué consiste lo que nosotros llamamos la vida de corte.

¿Hacer comprender a Clodoveo la divina armonía, al hombre que decapitara a los dos príncipes maniatados, sus parientes, con su propia espada? ¿Enseñar la música a los duques francos? ¿En Cesarodúnum, en Durocortórum, en Augusta Suessiónum? ¿Dónde encontraría músicos dispuestos a viajar a la corte de Clodoveo, a oír tranquilamente los gritos de los bárbaros, y a soportar que durante la cena les lanzasen huesos roídos?

Sin embargo, mandar músicos a la Galia era uno de los problemas menores con que el filósofo debía enfrentarse día tras día. Los bárbaros —Boecio lo había

aprendido a fondo— eran taimados y suspicaces. Nadie podía dirigirse a ellos como si fueran niños incultos. Tras sus palabras ampulosas e interminables se ocultaban múltiples motivos: avidez de poder, ansia de botín, de tesoros o de tierra. La venganza y el botín dominaban sus pensamientos. Cada príncipe germánico quería ser más poderoso que su vecino. Cuando los sacerdotes intentaban suavizarles con una alianza matrimonial, el padre de la novia no pagaba la dote convenida para su hija, o bien el recién casado obtenía dicha dote con ayuda de hombres armados.

En la puerta apareció una niña. El panteón se hallaba en el centro del jardín que lindaba con el palacio. Aquí estaban los aposentos de Teodorico, y también una parte de las cancillerías. Las otras habían sido distribuidas por la ciudad, que nadie llamaba Urbe. La niña permaneció en el umbral.

—Pasaba por aquí, Boecio. Me gusta hablar contigo.

—¿A hora tan temprana, Amalasunta?

—Los hombres partieron al alba. Los otros… duermen hasta tarde cuando la víspera se ha celebrado un banquete. También mi padre se retiró tarde a descansar. Entonces, como tú ya sabes, no puede conciliar el sueño. Por la noche oigo los pasos de sus sandalias. Mi padre está inquieto. Dime, ¿por qué los poderosos del mundo no encuentran la paz? Verás, hace poco que vino una legación de Bizancio. Uno de sus miembros, que anotaba todo cuanto veía, habló conmigo. No sabía quién era yo, y se alegró de oírme hablar el griego. Me contó que el anciano emperador no se atreve a probar nunca las comidas que le ofrecen. Él mismo se hierve unos huevos, y después se los come. Dime, ¿por qué tienen miedo los poderosos de este mundo?

—No hace mucho tiempo que murió Rómulo Augústulo. Aún no era viejo. Cuando ciñeron su frente con la corona de los emperadores romanos, no debía de ser mucho mayor que tú. No pasó siquiera un año antes de que perdieran la vida todos los que le rodeaban. Sin embargo, él salvó la suya. Era el único entre todos los poderosos de la tierra que ya no ansiaba nada. Lo había tenido todo, ya de niño. Pero Rómulo no era un filósofo. Vivía en el cabo Miseno, en la villa de Lúculo. Lanzaba guijarros al mar. Leía… vivía. Pero no tenía miedo… esto lo sé por los que estaban con él. No cocinaba sus propias comidas. Dicen que todo cuanto se le ofrecía le parecía poco. Todo le parecía poco. Siempre estaba descontento. Era el único, podía ser el único entre los que fueran poderosos un día, que no necesitaba tener miedo.

—¿Es mi padre un hombre bueno, Boecio?

—Entre los poderosos… es bueno. Pero ¿qué significa ser bueno? Todos lo interpretan de manera distinta, Amalasunta. Cuando seas mayor… cuando…

—¿Cuando gobierne? ¿Cuando lleve una corona sobre la cabeza?

—No tienes ningún hermano, ni mayor ni menor que tú. Pero según vuestras leyes, el trono no puede ser heredado por una doncella.

—La palabra de mi padre es ley. Él me ha dicho que seré reina. Si hasta

entonces…

—¿Por qué callas de pronto, Amalasunta?

—Me dijo que en caso de que él muriera antes de que yo me case y tenga un hijo. Si tengo un hijo, reinará él. Pero, dime… ¿verdad que mi padre será rey durante mucho tiempo?

—Al amanecer ha salido a pasar revista a las tropas, y ayer estuvo hasta bien entrada la noche con los legados turingios. Un hombre así está muy lejos de la muerte. Tu padre puede llegar a cumplir ochenta años, como el emperador Anastasio. —Guardó silencio, y prosiguió a los pocos momentos—: ¿Sabes tú, Amalasunta, cuántos son ochenta años?… Hace ochenta años vivía aún la emperatriz Gala Placidia… y sostenía el imperio en sus manos.

—¿Cómo seré yo cuando me siente en el trono? ¿Una doncella…? Ya no puedo preguntar a Gala Placidia cómo debe gobernar una mujer.

—Leía a menudo a los filósofos antiguos. También tu mente se ha desarrollado, pese a tus escasos años. Debes aspirar a la felicidad.

—¿Puedo, entonces, llamar feliz a la tierra de mi padre? ¿Hay algo que le sea más desconocido que la filosofía? ¿Más desconocido que un filósofo, tal como tú te lo imaginas, Boecio, y tal como habla de él mi maestro? Viejo, con una larga barba, a quien el mundo ya no puede preocuparle. Mi padre ha dicho a menudo que Italia *debe* ser feliz. Cree lo que dice. ¿Tú también?

—Esta pregunta es peligrosa. Ya sabes que los pensamientos de un romano y de un godo no pueden ser los mismos. Considero a Teodorico el más grande de los reyes que hoy viven. Y sin embargo, no es el más grande de todos los hombres vivos. También él puede equivocarse.

—¿Qué hubiera ocurrido si los godos no hubiesen venido a Italia?

—¿Qué hubiera ocurrido si los persas no hubiesen sido derrotados en Salamina? ¿Si Antonio y no Octaviano hubiese vencido? Si tu padre no hubiese venido a Italia, tal vez el destino hubiera sido tan duro para nosotros los romanos… que nos habría obligado a seguir siendo hombres. Llevaríamos armas, como en los tiempos de la república. Tal vez no sabríamos escribir… y habríamos olvidado el *logos*. Pero lucharíamos.

—¿Y entonces Italia… sólo os pertenecería a vosotros?

—Esta es una pregunta peligrosa.

—Yo no quiero a mis parientes godos. Os quiero a vosotros, porque sois diferentes. Y, ¿sabes?, mi padre no podrá darme nunca a un romano como esposa. Su propia ley lo prohíbe. No quiero a los godos… os quiero a vosotros, Boecio.

—Tu padre encontrará también para ti el camino que has de recorrer.

—Ahora has hablado como canciller, ¿verdad? Si yo fuera reina, querría gobernar con un hombre sabio como tú. Te ocuparías de los asuntos de palacio, y por la tarde

vendrían los filósofos. Yo no haría nada más que leer. ¿Es posible que llegues a ser mi ministro?

—La fuerza de tu padre está intacta. Reza para que el rey Teodorico siga estando sano y viva mucho tiempo.

—¿Tú le amas?

—Le respeto. Ha ayudado mucho a Italia. Antes me has preguntado qué hubiese ocurrido si los godos no hubieran venido a Italia. Seguramente se habría derramado mucha sangre, los ejércitos habrían recorrido el país, e Italia no habría sido más feliz. Pero tal vez los itálicos hubieran podido conservarla.

—¿No crees que romanos y godos… puedan ser algún día un solo pueblo?

—Cuando seas reina, tú harás las leyes. Con tu propia mano. Podrías derogar la ley que separa a godos y romanos…

—¿Qué diferencias hay entre ellos?

—La religión y la lengua… y acaso mucho más. Donde es necesaria la palabra de un intérprete para que dos hombres se comprendan, la mitad de las buenas intenciones se pierden. Todos los godos deberían hablar nuestra lengua como tú la hablas, Amalasunta. No deberían hacer daño a los campesinos romanos. Cuando vuestros señores se irritan, matan a cuantos no consideran nobles. Después intentan, de acuerdo con su propia ley, desagraviar a la viuda con una cabeza de ganado. Nosotros decimos: Ningún hombre tiene derecho a matar a otro hombre.

—Rusticiana ha prometido invitarme cuando tú tocas el laúd y ella te acompaña cantando. Tendré deseos de llorar cuando os oiga… ¿Me invitas tú también, Boecio?

—¿Cómo puede el súbdito alzar la vista hacia la hija del rey…? Tus ojos están anegados en lágrimas… no llores. Pediré a tu padre que mañana por la tarde te permita venir a visitarnos.

XXXVII

Por fin murió en Bizancio el emperador Anastasio, que había sobrevivido a casi todos. Como Silenciario trabajó activamente para el imperio, pero desde que recibiera corona y púrpura por voluntad de Ariadna, estuvo preocupado casi exclusivamente por las cuestiones dogmáticas, dejando los asuntos del imperio en manos del destino.

Su sucesor, Justino, el tosco hombre de las montañas, era soldado en cuerpo y alma. Fue ascendiendo paso a paso en la guardia de corps, y como no sabía leer ni escribir, el laberinto de la teología le importaba igual que a cualquier bizantino de la calle. Mientras Anastasio se indisponía con la religión oficial, Justino y su esposa, la piadosa Eufemia, besaron con respeto la túnica del Patriarca de Bizancio. Ahora ya nadie decía que en el palacio imperial se apoyaba a los monofisitas.

Justino había aspirado a ser emperador. Tenía a la guardia en un puño y a su lado, a su sobrino Justiniano, que desde hacía tiempo se esforzaba por allanar el camino de su tío. Con la muerte de Anastasio se cerró por fin la larga época durante la cual predominó el espíritu de Verina. La época de León, Zenón y Anastasio había pasado definitivamente, así como la de las damas de la corte, las favoritas y los intrigantes eunucos. Los habitantes de las montañas pasaron a primer plano. Con Justino, y después con Justiniano, por el palacio circuló un aire más sano.

Justino ya no era joven cuando se sentó en el trono. Conocía el ceremonial, y tampoco podían negársele ciertas facultades intelectuales. Entendía de cuestiones militares, pero no podía leer los escritos de los grandes estrategas, lo cual no le hubiese impedido ser un excelente general en el campo de batalla, pero que en el palacio imperial, y a los ojos del Estado Mayor General, le convertía en un hombre ignorante.

El único hombre de quien el emperador no desdeñaba recibir lecciones era su sobrino Justiniano. Éste se había entregado a los libros, y estudiaba con ardor todo cuanto no aprendiera en su juventud.

Justiniano se encontraba en palacio a cualquier hora del día. Se hizo colocar un lecho en su cuarto de trabajo, y ordenó que todos acudieran a él en cualquier momento y con cualquier motivo, incluso aunque durmiera o estuviera en plena comida. Jamás hacía la siesta, costumbre que para todos los bizantinos se había convertido casi en deber.

Justiniano conocía las limitaciones intelectuales de su tío, encumbrado de soldado a emperador, pero también conocía sus cualidades. Justino no era sanguinario, y aunque había elegido la carrera de las armas, nadie podía decir de él que fuese un hombre violento. Como él mismo no era bizantino de nacimiento, no vacilaba en confiar a extranjeros el desempeño de cargos elevados. Uno de sus mejores capitanes

era Mundo, un nieto de Atila, que después de abrirse camino en su patria llegó a Bizancio y se convirtió en comandante de las tropas auxiliares hunas, las unidades más fieles de la guardia de corps. Los bizantinos no simpatizaban con los hunos de piel amarillenta y ojos oblicuos, pero Mundo mantenía una rígida disciplina entre los hijos de la estepa, y los hunos, que ahora recibían puntualmente su soldada, estaban dispuestos a luchar por su emperador contra cualquier enemigo.

Se decía de Justiniano que no vivía, que sólo trabajaba. Su espíritu libre se aficionó a la jurisprudencia. En los archivos romanos y bizantinos se conservaban las leyes promulgadas durante mil años: la probada sabiduría de muchas generaciones. Decisiones del Senado, leyes que tenían su aplicación práctica en los fallos de los pretores, jueces supremos de las provincias romanas. «Habría que recopilar todo esto —pensaba Justiniano—, y en ambas capitales a la vez, para que fueran uniformes en todo el imperio el derecho y la ley.» ¿No estaba el imperio en decadencia? ¿No se habían independizado las provincias? ¿No habían fundado nuevos reinos los soberanos bárbaros? ¿No pronunciaban los obispos sentencias en procesos seglares, cuando los magistrados de Roma habían dispuesto otra cosa? Los habitantes del antiguo imperio sólo se inclinarían ante la temida fuerza del derecho y la ley.

El emperador y su sobrino decidieron dar un nuevo rumbo a la política. Los consejeros del reino no ignoraban que el cisma romano costaba ingentes sumas a Bizancio. Un torrente de oro fluía sin interrupción para mantener el papado de Laurencio y dividir a la Iglesia romana. Justiniano decidió no gastar más dinero para el cisma.

Asimismo tenía que plantearse de nuevo la cuestión de Teodorico. El rey godo, el honorable patricio en el lenguaje de las cancillerías, se había apropiado de una parte considerable del antiguo imperio. Lo más doloroso era que los godos habían echado raíces en Italia y lo infestaban todo con su herejía arriana. Anastasio y su gobierno habían intentado repetidas veces provocar al rey bárbaro. Pero no ocurrió nada que debilitara realmente el poder de Teodorico.

Ante todo era importante asegurarse de que el orden en Italia no se viera perturbado tras la muerte del rey godo, pues su restablecimiento costaría mucho dinero. El emperador Justino no veía más allá del campanario de la Basílica, y no se preocupaba de modo especial por los acontecimientos de Italia. Pero su sobrino no pensaba igual. Quería seguir una política itálica que devolviera a Roma y a las provincias itálicas al seno del imperio en cuanto Teodorico cerrase los ojos.

—¿Qué hemos de hacer —preguntó Justiniano al consejo— para que el gobierno de Teodorico llegue a su término pacíficamente? Lo primero que debemos intentar es acercarnos a sus consejeros, en particular a sus ministros de procedencia itálica. Aunque resulte costoso atraernos a los consejeros de Ravena, siempre será más barato que estos roces continuos. Es preciso averiguar la auténtica mentalidad de los

consejeros romanos de Teodorico, y despertar en ellos la fe en su condición de romanos. Tenemos que obrar de manera que tras la muerte del patricio, todas las provincias regresen sin lucha y sin dificultades al seno del imperio.

Así se decidió la campaña que, a través de los secretos canales de las cancillerías, no se olvidó de un solo consejero romano de Teodorico.

¿Sabía Teodorico algo al respecto? ¿Intuía que se trataba de algo más que de las últimas chispas de una antigua tradición, arraigada todavía en todas las almas romanas? ¿Adivinaba que Bizancio estaba resuelta a utilizar todas las ocasiones propicias para atraerse a los romanos, a unos con halagos, y a otros con promesas, dinero o esperanzas para el futuro? El principal argumento era que Teodorico había ya sobrepasado el punto culminante de su vida, y lo apropiado era preocuparse por su sucesión. Cuando cerrase los ojos para siempre, su reino caería en manos de una doncella. ¿Quién lo protegería?

«¿Es viejo ya Teodorico?», se preguntaba a los enviados que regresaban de Ravena. El rostro afeitado y los cabellos rojizos veteados de plata no le daban el aspecto de un anciano. Su mirada abarcaba todo el horizonte, su cuerpo conservaba la antigua fuerza. Era cierto que en el palacio de Ravena se oía a menudo la queja de que su soberano se volvía caprichoso y muchas veces daba rienda suelta a su mal humor. En tales ocasiones no respetaba ni a sus más íntimos colaboradores, como si se considerase un dios.

Las cartas de los enviados y los informes de los emisarios que visitaban Ravena se amontonaban en la cancillería de Justiniano, que a la vista de estos documentos trataba de imaginarse a su adversario y de adivinar la táctica que más le convenía utilizar en sus relaciones con él.

Justiniano entendía poco de cuestiones bélicas, y para asesorarse tuvo que consultar con los generales. La defensa del imperio absorbía la mayor parte de las rentas públicas. Mientras durase la guerra contra los persas, era preciso evitar toda disensión en Occidente. No se podía ni pensar en repetir la antigua tentativa de Basilisco para conquistar el reino de los vándalos.

También parecía imposible reconquistar Panonia; y sobre todo, Italia, donde cualquier intromisión significaría una guerra encarnizada contra los godos. En la campaña persa había descollado un joven capitán llamado Belisario por sus dotes y heroísmo. En los informes secretos se elogiaba su prudencia, su valentía y sus recursos. Justiniano, al leer estos informes, llegó a la convicción de que éste era el hombre en quien debía confiar para todas sus empresas militares.

Belisario sufría a menudo de dolores de cabeza que le atormentaban desde el amanecer. Eran los únicos enemigos verdaderos a los cuales no podía vencer. Hacía días que no podía salir a respirar el aire puro. Vivía junto al mar, en una pequeña casa con jardín que pertenecía a Antonina. En Bizancio se hablaba mucho de esta mujer.

Había sido bailarina y actriz de teatro. A Belisario le fue muy difícil obtener la autorización imperial para casarse con ella. La ley, de quinientos años de antigüedad, la *lex Julia*, prohibía a un hombre con el rango de un senador casarse con una actriz o una doncella de profesión similar.

Justiniano decidió ir a visitar a Belisario en su casa. De este modo podría ver al mismo tiempo a la mujer por la cual el general del imperio había luchado tanto.

Belisario escribió una carta dando las gracias por la proyectada visita y añadiendo que en su casa se alojaba por una temporada Teodora, recién llegada de Alejandría, que anteriormente también había practicado el arte de Antonina. Ambas trabajaban en el mismo teatro. En caso de que el eximio visitante tuviese algo que oponer a la presencia de Teodora, le rogaba que se lo hiciese saber.

Teodora era conocida por todos los bizantinos, e incluso un hombre tan ocupado como Justiniano había oído hablar de ella. Todos elogiaban su belleza y su inteligencia. Los teatros rebosaban de público cuando Teodora protagonizaba la representación. De improviso, la actriz había desaparecido de la capital y partido hacia Egipto en compañía del gobernador. Desde entonces no se había oído nada más de ella. Y ahora la famosa actriz se hallaba de nuevo en Bizancio. Sería indudablemente interesante escuchar sus relatos sobre la única provincia africana que seguía perteneciendo al imperio. Aunque aquella mujer fuese una persona insignificante a los ojos de las cancillerías, tal vez habría observado las cosas con mayor atención que los comisarios enviados por el imperio para controlar la situación.

El mensajero volvió: el excelentísimo señor no tenía nada que oponer a la presencia de Teodora.

Cada una de estas misivas llevaba el sello del secreto, y en el palacio imperial todo el mundo ignoraba la orden recibida por los cuatro portadores de litera cuando abandonaron el palacio por la pequeña puerta que daba al mar. ¿Adónde iba Justiniano? ¿Qué buscaba en las proximidades del Cuerno de Oro? Se trataba de un enigma, y al día siguiente ya se murmuraba en las termas bizantinas acerca de la inusitada excursión.

Belisario esperaba a Su Excelencia a la puerta de su casa. Justiniano sólo era senador y patricio, por lo que no llevaba escarpines de púrpura, reservados para los Césares. Justino había ofrecido este título a su sobrino, pero éste, que contaba ya cuarenta años, rehusó con ejemplar modestia el segundo título del imperio.

Entró en la casa, cuya fresca penumbra resultaba muy agradable tras el calor reinante en el Cuerno de Oro, ocupó un asiento y sorbió el vino frío al que el ama de casa añadiera perfumadas especias para hacerlo más apetecible.

—¿Cuándo, en tu opinión, terminará la guerra persa, noble Belisario?

Los dos hombres hablaron confidencialmente. Discutieron sobre todos los

secretos del palacio imperial, el insatisfactorio curso de la guerra, la constante escasez de dinero, la deficiente formación de las tropas, las intrigas de los generales, las luchas de los partidos, todo lo cual se reflejaba en el mando del ejército. Belisario hablaba en pie, vistiendo una sencilla túnica, con la jarra en la mano. Todo el mundo sabía que su talento de estratega decidía sobre la situación militar, que las fortificaciones a lo largo de la línea fronteriza habían sido construidas según sus instrucciones, y que sus dotes diplomáticas superaban a las de los consejeros más experimentados. Belisario no quiso tomar asiento; se lo prohibía el decoro que le fuera inculcado ya en su adolescencia, cuando ingresó en el ejército. Justiniano, si no en título, era el segundo en poder después de su Majestad Imperial.

—Teodorico está envejeciendo. Hemos de procurar que no se altere el orden cuando le sobrevenga la muerte. Es su palabra lo único que impide a los bárbaros saquear Italia. Los godos son valientes, y Teodorico sabe dominarlos. Una orden suya bastaría para que se pusieran en marcha ciento cincuenta o doscientos mil hombres. Pero la vida humana tiene un límite.

Tú tienes que pensar, Belisario, lo que hará el ejército cuando la guerra persa haya terminado.

Antonina abrió la puerta y anunció que la cena estaba dispuesta.

—Excelencia, ninguna esclava debe estorbar vuestra conversación. Todo se subordina a tu voluntad. Teodora y yo te serviremos la comida.

La mujer que entró con una bandeja de plata no era muy alta, pero había armonía en sus movimientos. Fueron los ojos que atrajeron la atención de Justiniano. Bajo las enarcadas cejas centelleaban de modo casi cegador unos ojos de reflejos azules y verdes. Teodora llevaba una túnica azul, y azules eran también su sortija y la joya que le pendía del cuello.

—Según veo, estás de parte de los Azules.

Teodora prolongó su reverencia hasta que el egregio invitado se dirigió directamente a ella. A Justiniano le agradó aquella armoniosa muestra de sumisión.

—¿Cómo puedo osar aburrirte contándote por qué tu humilde sierva lleva el color de los Azules?

—¡Habla!

—Yo contaba doce años cuando murió mi padre. En el Hipódromo teníamos dos osos en el bando de los Verdes. Mi padre, Acacio, era en aquel tiempo el más famoso domador de osos. Cuando murió, los Verdes expulsaron a mi madre, a mi hermana y a mí y nos quitaron los osos. Los animales me querían, porque yo tocaba la flauta mientras bailaban. Todo ocurrió durante los juegos… los hombres ya estaban reunidos. Entonces yo, una joven doncella, empecé a hablar. Relaté lo que nos había sucedido. Mi madre, inmóvil entre las filas de los Azules, levantó sus manos temblorosas. ¿Pueden los labios de una doncella ignorante conmover los corazones

de tanta gente? Lo ignoro, gran señor. De pronto se alzaron muchas manos hacia mí, la multitud se puso a gritar, excitada. «Traed a los osos de Acacio…» Dos guardas trajeron a los osos encadenados. Alguien me echó la flauta a los pies. Yo hablé a los osos como solía hacerlo cuando vivía mi padre. Los osos conocían el sonido de mi flauta; aquella tarde me salvaron. Empezaron a bailar, yo tocaba la flauta, y al final me puse a bailar con ellos. Seguí tocando hasta que se cansaron. Fue como si aquel día quisieran bailar sólo para mí. Por esta razón, gran señor, llevo una túnica azul y joyas azules.

Teodora volvió a representar el gran papel de su vida. De nuevo se hallaba en el centro del gran circo, nadie miraba ya a su madre, nadie se preocupaba por los osos… los animales estaban cansados, y sólo la doncella bailaba, vestida con su breve quitón… bailaba incansablemente, hasta que sonaron los cuernos desde el palco imperial.

Justiniano se levantó. Vio los ojos verdeazules anegados en lágrimas. Justiniano, el hombre de cuarenta años, creyó en aquel instante haber encontrado el sentido de su vida.

Eufemia, educada en el campo, se había convertido en emperatriz. Al igual que Justino, no sabía leer ni escribir. Pero en su casa, en su mundo, tenía fama de ser una mujer inteligente, y disfrutaba del cariño de todos. En el palacio imperial tampoco la criticaba nadie. No podía esperarse más de la esposa de un oficial de la guardia. El marido servía al emperador, y la mujer se ocupaba de que su túnica y sus armas estuvieran siempre impecables; además, era muy piadosa. Marido y mujer vivían en el ala del palacio imperial según prescribía la ley tácita que en ella imperaba. Así fueron envejeciendo Eufemia y Justino, que no tenían hijos. Habían educado al sobrino de Justino como si lo fuera; la palabra del emperador coincidía cada vez más con la de su consejero. Sin Justiniano, el emperador no hubiese sabido qué hacer.

Y ahora se produjo de modo imprevisto una disensión entre Justino y Eufemia. Justiniano, orgullo del palacio y Silenciario ejemplar, igualmente rígido consigo mismo que con los demás, declaró repentinamente a su tío y emperador que deseaba contraer matrimonio. Quería tomar como esposa a Teodora, de cuyas aventuras hablaba todo Bizancio. Aún no se habían olvidado las fiestas que organizara hacía años. Procopio, el cronista para quien nada pasaba desapercibido, informó al emperador de todo su historial, y este último repitió algunos pormenores a su esposa. Y hoy todos los residentes en el palacio imperial sabían que Justiniano, la primera autoridad después del emperador, quería casarse con esta mujer.

Eufemia conocía la antigua ley que se remontaba a los tiempos del primer emperador, según la cual le quedaba vedado a un patricio contraer matrimonio con una mujer que tuviese una profesión indigna de su rango. Esta ley no podía ser derogada. Por su causa se habían derramado muchas lágrimas y mucha sangre, y

numerosos hombres sufrieron la muerte o el destierro. Desde hacía quinientos años, la *lex Julia, de maritandis ordinibus*, mandaba sobre el amor. Eufemia era una mujer temerosa de Dios y respetada por todos a causa de su impecable moralidad. Cuando Justino mencionó los deseos de su sobrino, Eufemia dijo dura y tajantemente: «¡No!» Ni siquiera el emperador podía eximir a su sobrino del cumplimiento de la antigua ley.

Así continuaron las cosas durante semanas enteras. El sobrino imperial vagaba por el palacio con expresión acongojada. Procopio, el cronista de la corte, informó de que la pluma de Justiniano se había secado en el tintero, y sus hojas de papel estaban en blanco. Pasaba todas las tardes en casa de Antonina, donde entregaba a Teodora regalos nupciales. Desolado, le decía:

—Eufemia no cede.

Justiniano no podía trabajar. Por orden suya se revisaron las sentencias de los antiguos pretores, en busca de un caso en que no se hubiera aplicado la *lex* Julia. Pero como nadie pudo encontrarlo, se encerró en un obstinado silencio. Un día comunicó a su tío que si no recibía autorización para celebrar la boda, renunciaría a todos los títulos y cargos y se marcharía a Atenas, donde estudiaría como anónimo erudito los libros de Aristóteles. No existía ninguna ley que prohibiese el matrimonio de un escriba anónimo con una tocadora de flauta.

Justino le escuchó lleno de temor. ¿Qué ocurriría si Justiniano se marchaba? ¿Qué le importaba a un anciano que no sabía leer ni escribir el hecho de que un emperador muerto hacía tantos años hubiese promulgado una ley para proteger a la moral o tal vez a su propia familia? ¡Pero la emperatriz no quería ceder!

Hacía semanas que duraba la disputa. Justiniano evitaba a Eufemia. Un día murmuraron las esclavas de palacio que la Augusta se había llevado una mano al pecho mientras se vestía y había caído desmayada de la silla. La llevaron a la cama, muy pálida y cubierta de sudor. Los médicos y sacerdotes la visitaron continuamente.

Transcurrió otra semana. Eufemia estaba moribunda. El pueblo de Bizancio se mostraba taciturno. Empezó a difundirse un rumor que tuvo su origen en las termas. Se propagó especialmente por los lugares frecuentados por los Verdes, que odiaban a Teodora y tampoco sentían simpatía por Justiniano. Los bizantinos preguntaban: «¿Por qué ha de morir nuestra bondadosa madre Eufemia, esta mujer sencilla y virtuosa? ¿A causa de una antigua tocadora de flauta? ¿Han envenenado a Eufemia o es víctima de una maldición? ¿Van a matarla por medio de la magia negra?» Se aseguraba que habían hecho una imagen de cera de la emperatriz y clavado en ella muchas agujas, mientras un grupo de hechiceras pronunciaban hechizos mágicos. Por la noche, en el barrio de los Azules fueron muertas a palos una docena de curanderas, y otras tantas, arrojadas al calabozo. La ciudad estaba conmocionada. ¿Qué le ocurría a Eufemia? El pueblo se mantenía ante el palacio imperial en espera de noticias hasta

bien entrada la noche.

Eufemia no salió de su inconsciencia. En la puerta del palacio ondeó el crespón de luto. El millón de habitantes de Bizancio lloró por Eufemia, que hasta el fin de su vida no logró aprender correctamente el griego.

Una hora antes de la coronación tuvo lugar la celebración del matrimonio, porque Justino —teniendo en cuenta su precaria salud— había decidido nombrar corregente a Justiniano y coronar al mismo tiempo a su esposa, la honorable Teodora.

Los que tuvieron la suerte de poder entrar en la Basílica presenciaron todo el esplendor y el ceremonial que Bizancio ofrecía en tales ocasiones. ¿Quién pensaba todavía en la bondadosa madre Eufemia, que hasta la muerte se había opuesto al encumbramiento de Teodora?

En realidad sólo se trataba de Teodora. Hacía años que Justiniano se hallaba a la misma altura que el trono, y todo el mundo sabía que el hombre nacido entre los montes de Iliria y que en su juventud ostentaba el nombre de Uprauda, representaba el máximo poder del imperio en Bizancio, una ciudad que ya estaba acostumbrada a ver acceder al trono de los «antiguos emperadores» a bárbaros isaurios o ilirios. Ahora se trataba de Teodora. La población la había visto bailar en el Hipódromo, y había abarrotado los teatros donde Teodora representaba sus papeles mudos. Y ahora esta misma Teodora se elevaba a una altura divina en el trono de oro, acompañada de un coro de serafines, bendecida por los sacerdotes y honrada por el Senado, los consejeros y los altos dignatarios. También el pueblo tenía que unirse al coro en la coronación de Teodora: «¡Salve, Teodora, nuestra bondadosa y sagrada madre!»

La propia hija del domador de osos organizó los festejos populares del gran circo que siguieron a la coronación. Los conductores de carros de la nueva *basilisa* iban vestidos de azul, y azules eran también los adornos de los carros y los arneses de los caballos. Los más precavidos de entre los Verdes no acudieron al Hipódromo. Los Azules les superaban en número; hubiera sido una lucha con desventaja.

La víspera del día fijado para los juegos, Teodora visitó el circo al atardecer, acompañada por un pequeño séquito. Había descansado hasta el mediodía, y dormitado un poco después del baño, perfumado con fragantes aceites. Hacía calor, así que se vistió con una ligera túnica de seda y ocupó la litera en compañía de sus damas preferidas. La seguían los demás dignatarios de la corte. No tardó en llegar a la entrada del atrio de esculturas. Las estatuas en bronce de los grandes del imperio, emperadores y generales, bordeaban el atrio. De niña había vivido aquí, tocado la flauta, bailado, vendido flores y refrescos.

Teodora se detuvo ante una estatua. Era un guerrero de rostro exótico a lomos de su cabalgadura. No llevaba una corona imperial, sino sólo un estrecho aro que indicaba su condición real. Tenía los ojos algo salientes, y sus cabellos eran más largos que los de los romanos. Su rostro estaba afeitado: tal vez como concesión a los

emperadores anteriores. Theodoricus, rezaba la inscripción; debajo, fundida en bronce, se leía la orden del emperador Zenón y la decisión del Senado de levantar un monumento al héroe que había protegido de los invasores búlgaros a la ciudad amparada por los ángeles.

—¿Cuánto tiempo ha de continuar aquí?

Estas palabras salieron quedamente de los labios de la eximia dama, como si sólo lo pensara, como si algo la preocupase o como si no fuera de su gusto la obra del artista. Sus acompañantes advirtieron que se volvía hacia Occidente con gesto casi amenazador. Teodora amenazaba a Teodorico. Si había que dar crédito a la magia negra, ¿no podía atravesarse también el corazón de las grandes estatuas de bronce, además del de las pequeñas figuras de cera? ¿Sería cierto que la *basilisa* conocía las ciencias ocultas? Al día siguiente, todo Bizancio se preguntaba si al anochecer aparecerían los arquitectos de palacio para llevarse al caballo y a su jinete y arrancar el pedestal.

Teodora bajó las escaleras que conducían al sótano abovedado del Hipódromo. No necesitaba ningún guía; conocía cada rincón de los tortuosos pasillos flanqueados por las jaulas, las celdas, los cuartos de la guardia, las bodegas y las salidas secretas. Notó el olor de los osos… En el gran circo se ultimaban los preparativos para la lucha de osos del día siguiente. En jaulas aisladas estaban los manchados leopardos, los hipopótamos y los tigres. Se detuvo ante una jaula enrejada. Fue como si hubiese creado un círculo mágico entre ella y su séquito, pues de pronto se encontró sola ante los peludos y gruñones osos. Les habló con la voz suave con que solía dirigirse a ellos… con las palabras bizantinas del barrio pobre, con el lenguaje de aquellos cuyo espíritu no conocía a Platón. Era el lenguaje que se usaba en la familia de Acacio… y también en el trato de los osos. Los llamó, y los animales se acercaron a Teodora, miraron con ojos llenos de tedio a la mujer de la túnica de seda, que conjuraba en su recuerdo los días transcurridos en compañía de las fieras. Les habló en voz baja, como si quisiera cantar, y de haber tenido una flauta en la mano, ahora se la hubiese llevado a los labios. Así permaneció, con los brazos extendidos, como si quisiera obligar a los animales a erguirse sobre sus patas traseras, girar sobre sus corpulentos cuerpos y saltar ya sobre una pata ya sobre la otra. Podrían repetir el famoso baile de los osos al que debiera su reputación Acacio, su padre. «¿Los oyes, padre?» Teodora permanecía ante la jaula de los osos. Nadie vio si tenía lágrimas en los ojos o si su rostro estaba seco cuando lo apoyó contra los barrotes de hierro; en la semioscuridad sólo brillaban sus maravillosos ojos verdeazulados.

XXXVIII

¿Puede haber mayor felicidad para un padre que ver a sus dos hijos vistiendo togas de color púrpura y dirigiéndose al Capitolio entre los lictores en calidad de cónsules? ¿Puede haber mayor felicidad para un abuelo que ver a sus nietos convertidos en cónsules del nuevo año romano?

Símaco y Boecio, el abuelo y el padre, se hallaban entre los miembros del Senado. Los dos hijos de la hija de Símaco y de Boecio —adolescentes todavía— caminaban de lado, adornados con la corona de laurel y con una expresión de perfecta felicidad en el rostro. Símaco y Boecio eran los verdaderos héroes del día. Teodorico les colmaba de favores, pues fue suya la decisión de nombrar cónsules del año, tras el término del consulado de Casiodoro, a los hijos de su más fiel consejero.

Así pues, el año tuvo en Roma un feliz comienzo, pero no ocurrió lo mismo en Ravena. Eutarico, el noble y virtuoso príncipe godo, marido de Amalasunta, había muerto repentinamente. Su hijo Atalarico quedó huérfano en el umbral de la niñez. Ahora la familia de Teodorico se reducía a una joven viuda y a un niño de pecho. Setenta años habían teñido de plata la cabeza del rey, en sus miembros acechaba el reuma, las heridas de lejanas batallas le dolían de forma intermitente: los lugares donde se clavara una flecha o la punta de un arma afortunadamente desviada por el yelmo, y la fractura de la pierna. Las sagas creadas en su torno y que los escaldos cantaban en verso, decían también que una flecha se le había clavado en la frente. Desde entonces Teodorico vivía con la punta de la flecha sobre sus ojos; moriría instantáneamente si se la arrancaba. Así pues, su vida sería eterna. Lejanos poetas le cantaban como a un semidiós nórdico, y sin embargo, el hombre decrépito que habitaba su palacio entre los pantanos de Ravena sentía el peso de sus setenta años. Conocía las sagas, veía cómo la primera mirada de los enviados de las tierras nórdicas se dirigía hacia su frente. En realidad, en la frente de Teodorico sólo había una cicatriz. De no ser por ella, los años transcurridos apenas habrían dejado huella en su frente despejada y protuberante. Pero los enviados buscaban la flecha truncada. Parecían dudar de que fuera realmente el héroe de las leyendas nórdicas aquel hombre que les recibía en medio de sus cortesanos romanos y godos.

Durante el tiempo que Boecio pasó en Roma para asistir a la jura del cargo de los dos jóvenes cónsules, en el palacio de Ravena desempeñaba las tareas propias del *magister officiorum* su representante Cipriano. Las llaves de todos los armarios estaban en sus manos, y Cipriano, que durante muchos años había trabajado en la cancillería al lado de Casiodoro y después de Boecio, conocía todos los asuntos de estado que le habían sido confiados.

Todo el mundo sabía que las cuestiones religiosas de Roma y Bizancio habían

pasado por momentos de gran tensión mientras el emperador Anastasio estuvo en el poder. Anastasio se inclinó ante la herejía de los monofisitas, y la Iglesia romana vio en él a un hereje que siempre vivió en pugna con el patriarca bizantino. Esta circunstancia hizo imposible un entendimiento entre Bizancio y Roma en asuntos de religión. Pero cuando Justino ascendió al trono, la situación cambió. Al emperador soldado no le interesaban los artículos de fe sobre la consubstancialidad. ¿Cómo podía su inteligencia, que no era capaz de comprender los secretos de la escritura, penetrar en la profundidad de las apasionadas disputas sobre los dogmas? Aceptaba todas las enseñanzas de la Iglesia, y por esta causa en Bizancio —al menos en lo referente al emperador y a palacio— volvió a reinar la paz en las cuestiones de la fe. El Patriarca ya podía comenzar la gran campaña contra los partidarios del arrianismo. ¡Ellos eran los verdaderos enemigos que perseguían y atormentaban a los cristianos ortodoxos! ¡La culpa de todo la tenían los reyes vándalos! La Biblia de Ulfilas, a los ojos de la Iglesia romana, era más perjudicial que un libro del demonio o las profecías de las sibilas de Cumas. Por consiguiente, el imperio de Bizancio inició una campaña contra los campamentos dirigidos por los godos, y se llevaron a cabo, con el pretexto de la fe, amplias acciones para coartar las prerrogativas de los bárbaros. El día en que lograsen procesar a una comunidad religiosa arriana, o expulsar a un obispo hereje, el día en que una tribu goda aislada de las demás renegase de su fe arriana, se habría conseguido un éxito político y dado un paso más hacia la disminución del poder de Teodorico.

Los incidentes se multiplicaron, y el anciano de Ravena no tuvo más remedio que enterarse de cuanto ocurría en el mundo, y en especial, en Italia. Mientras todo estuvo en manos de Boecio, éste redactaba los informes de manera que no provocasen en el rey uno de sus cada vez más frecuentes ataques de ira.

Cipriano, que desempeñaba por primera vez un cargo tan elevado, creía su deber alterar esta benévola costumbre. Boecio estaría ausente durante meses. El engranaje de la cancillería funcionaba sin interrupciones en manos de Cipriano. No había informes ni noticias ominosas relegadas al archivo.

Cipriano pasaba día y noche en la cancillería. Era un hombre diligente a quien no atraían las vanidades del mundo.

No hacía mal su trabajo, y no descansaba por las noches para servir mejor a su rey. Teodorico advirtió con sorpresa que las comunicaciones, informes y cartas de los emisarios acumulados sobre su mesa eran más detallados y rigurosos que las informaciones que Boecio —a menudo un poco indiferente— le facilitaba sobre los cambios diarios de la política mundial.

Podía ser que Boecio, por convicción propia, no considerase del mismo rango a aquellos por cuyas venas no fluía sangre romana, ya fuesen condes godos o príncipes bárbaros. Por el contrario, Cipriano hablaba con admiración de los gobernantes

germánicos y francos, y no tenía muy buena opinión del inculto soldado ilirio a quien ahora llamaban el excelso Justino.

Una tarde, Cipriano terminó su trabajo más temprano que de costumbre. Tuvo tiempo de pasear entre los documentos de la desierta cancillería. ¿Qué podían contener los escritos que Boecio mantenía en secreto? ¿Cómo lograría él penetrar en el cerrado círculo que años enteros de trabajo en común habían formado en torno al rey y su ministro?

Los rollos de pergamino se amontonaban unos sobre otros. La cancillería de Ravena era sólo una modesta réplica de su equivalente bizantino en el palacio imperial, pero funcionaba sobre la misma base. Archivar todo lo escrito, añadir un breve resumen a todo documento importante, anotar los nombres de las personas relacionadas con el hecho, y dejar constancia de las opiniones hechas a su respecto por el amo supremo del imperio. Orden en los documentos equivalía a orden en los asuntos de estado: tal era la regla de oro por la que se regían los escribas bizantinos de generación en generación.

Cipriano se quedo pensativo ante la montaña de documentos. Aquí estaban los escritos relativos a los asuntos burgundios después de la muerte de Gundobad. Su sucesor, Sigismundo, había roto con los arrianos y abrazado la fe católica. Las luchas por el trono burgundio tocaron a su fin, y todos estos documentos ya no interesaban a nadie. Sería necesario hacer sitio en las arcas para otros pergaminos. Cipriano apartó a un lado los rollos y su mano, que durante el trabajo de decenios había adquirido un tacto especial, notó que tras los rollos se ocultaba algo. Sus dedos largos y estrechos tantearon el fondo del montón y extrajeron un rollo cuyo papel era más fino que el utilizado en Ravena.

Encendió unas velas y trató de deshacer los nudos del cordel de modo que pudiera atarlos de nuevo sin dejar huellas de su acto.

«Salve al honorable senador Albino, el mejor de la Urbe.»

Se acercó más a la luz: un instante después reconoció las expresiones y la caligrafía del palacio imperial. La carta procedía de la cancillería «romana» de Bizancio: se advertía en la ampulosa redacción del texto latino que su autor pensaba en griego. Veamos, ¿qué hacían las cartas del senador Albino en Bizancio, y por qué el palacio imperial le contestaba por indicación del *basileo*? ¿Quién era este Albino? En Roma sabían todos los niños que era uno de los hombres más ricos de la Urbe, y de familia antigua y noble. Portavoz del Senado. Actualmente era prefecto de la ciudad. Fueron construidos palacios para su uso particular, y había heredado terrenos en las cercanías del Capitolio. «¡Ahora voy a atraparte, Albino!» Cipriano no temía en absoluto al senador. No vivía en la Urbe, donde los esbirros de Albino podían constituir un peligro. Tampoco le interesaba el oro de Albino. Su único interés era servir a Teodorico. Cipriano residía siempre en Ravena.

Una noche era demasiado corta para captar el sentido secreto de la correspondencia. ¿Qué significaría aquello que acababa de descubrir por casualidad? ¿Una conspiración contra Teodorico? ¿Una rebelión? ¿Una campaña para aniquilar a los godos? ¿Querrían acaso poner a Italia en manos de los bizantinos? ¿Se trataría de restaurar la fe romana en todo el imperio? Nada de todo esto se decía explícitamente, con palabras concretas. Eran insinuaciones, alusiones veladas, de modo que una persona no iniciada apenas podía comprender el contenido esencial. Pero Cipriano descifraría el verdadero significado de las alusiones. ¡Aquí se trataba nada menos que de fijar un día determinado en el cual todos los itálicos empuñarían las armas, que hasta este momento mantenían ocultas o que se pretendía enviar desde Bizancio por un camino secreto! Debía trazarse un círculo alrededor de los campamentos militares de los godos. Durante los veinticinco años de paz de Teodorico, el número de habitantes romanos se había multiplicado. Los ciudadanos disfrutaban de prosperidad, y millones de campesinos trabajaban sin ser molestados. Buenas carreteras, un eficiente servicio de correos, numerosas obras públicas, agua y comercio caracterizaban la vida en Italia. *Civis sum romanus*: de nuevo volvía a ser un orgullo poder llamarse ciudadano romano.

Albino no se había preocupado mucho hasta ahora de la antigua grandeza de la Urbe. Sin embargo, ahora se refería a ella en sus cartas. Su modo de dirigirse al emperador daba la impresión de que odiaba a muerte a los godos. Y el plural que usaba Albino en sus cartas ponía claramente de manifiesto que el emperador no pactaba con un hombre o con un grupo aislado, sino con la mayoría de los senadores, tal vez con todo el Senado. En las cartas de Albino, o dicho con más exactitud, en las copias de sus cartas, ya que los originales habían sido enviados a Bizancio, se hablaba de dinero, de armas, de intereses, de religión, de barcos, cereales y festejos populares. ¿Quién había expedido estas cartas y cuándo…? Las fechas no dejaban lugar a dudas: la correspondencia duraba ya más de tres años. El emperador recomendaba cautela. No convenía apresurarse, era preciso calcularlo todo cuidadosamente… para mayor gloria del emperador y del imperio. Los emperadores habían heredado el imperio; ya era hora de hacerlo para recuperar esta herencia perdida.

Muchas frases estaban redactadas con gran circunspección. Cipriano no podía descifrarlas todas. ¿Qué acciones insinúa esta o aquella locución? ¿Quién apoyaba en Roma a los bizantinos? ¿Con qué fuerzas podía contar el palacio imperial? ¿Era posible que en Italia se produjese un levantamiento contra los godos si en cualquier punto de la costa anclaban los trirremes bizantinos y la caballería pesada bizantina desembarcaba, reforzada por tropas de infantería, adiestradas ante todo para el asedio de fortalezas?

¿Cómo habían llegado hasta aquí estos rollos de pergamino? ¿Por qué? ¿Quién

podía haberlos leído? ¿Quién apoyaba aquí, en Ravena, los planes bizantinos? Consternado, Cipriano fue hacia la puerta. En los pasillos había lanceros godos, en los bastiones, centinelas godos. Nada hacía suponer que algún peligro amenazaba la edad de oro de Teodorico, que había durado casi treinta años. ¿Quién podía estar detrás de todo aquello aquí en Ravena?

Cipriano pensó en Boecio. ¿Qué sabría de ello el «filósofo?» Era probable que fuese él quien ocultara las cartas. Albino estaba emparentado con Símaco y Boecio. Por consiguiente, no cabía duda de que el *magister officiorum* era el miembro más importante del gran plan, que con ayuda del «levantamiento de Roma» expulsarían a las hordas salvajes, como se decía en una de las cartas bizantinas.

Pronto amanecería. Se acercaba el momento de vestir su túnica de corte, perfumarse los cabellos, y recibir los escritos de manos de dos siervos, para que seguidamente dos escribas copiaran las decisiones adoptadas por el rey.

¿Qué debía hacer Cipriano, que había crecido aquí y a quien animaba un único e inextinguible anhelo: el del poder? Cipriano admiraba al rey. Desde la época de Augusto hasta la actual no había existido otra edad de oro que pudiera ser cantada por los poetas como en un tiempo lo hiciese Horacio. Pero no los poetas como Boecio, que jugaban con la idea de una conspiración. ¿Cómo, si no, podían haber llegado hasta aquí estos documentos, quién podía haberlos ocultado en el arca cuya llave sólo poseía Boecio?

Sobre la colina, el anciano frenó el paso de su cabalgadura. El caballo escarbó en la tierra, inquieto. En el aire flotaba el olor de los pantanos. Una estrecha calzada conducía a las murallas de la fortaleza. Si aquí se construía un fortín, Ravena tampoco podría ser atacada por este lado. Era uno de los puntos desde los que se comprendía por qué la capital del rey era inexpugnable.

Teodorico esperaba una señal. Unos pájaros describían círculos en el aire: las águilas chivatas perseguían a las palomas. Era una de las formas tradicionales de interpretación del futuro, según la creencia romana. A los godos les gustaba estar rodeados de bosques; en el susurro del follaje creían oír palabras que ellos consideraban proféticas. Los sacerdotes romanos miraban el cielo. Teodorico buscaba el lugar de la tierra donde debían descansar sus restos mortales.

No quería confiar su sepelio a Amalasunta. Tampoco deseaba ser enterrado en una basílica romana. Su panteón no debía parecerse al de Gala Placidia. No quería que un artista romano convirtiese su sepultura en un prado de mosaico con ovejas doradas.

Entre los godos, las palabras de Teodorico traducidas al latín estaban tan difundidas como entre los romanos: «Desgraciado el godo que imita a los romanos, y desgraciado el romano que imita a los godos». Este *«romanus miser imitatur gothum»* era una frase célebre en la península. Y pese a ello, los godos jóvenes

aprendían gustosamente de los maestros municipales; les gustaban las instalaciones de calefacción, las termas, las conducciones de agua, los carruajes ligeros, los exquisitos manjares, el arte de poner piedra sobre piedra y construir un palacio de la nada. La mano del rey señaló una colina en el centro de la pantanosa depresión. Con palabras godas, exclamó:

—¡Constrúyelo aquí!

Detrás del lugar se levantaban las murallas de la ciudad y la cadena de fortificaciones, pero se hallaba a suficiente distancia del ruido ciudadano. Ningún carro pasaba por aquí, la calzada estaba a un tiro de flecha, y en la lejanía se divisaba el borde de los bosques de pinos. Un silencio matutino reinaba sobre la campiña.

El arquitecto godo que había aprendido de los romanos, quería construir el panteón de modo que durase eternamente. No sería de ladrillos, que tras algunas generaciones se desmoronaban, ni de mármol, que —como demostraba el ejemplo de Roma— manos criminales arrancaban para llevárselo como botín. Tenía que ser un panteón construido con una sola piedra. Un único bloque de piedra contendría la cámara mortuoria donde descansarían los restos mortales de Teodorico. Era preciso que una vez cerrados los muros, el sarcófago de pórfido no pudiera ser movido de aquel lugar. El rey deseaba que el panteón tuviese dos plantas, y que el sarcófago se colocase en la planta superior.

El rey detuvo su caballo en la cumbre de la colina. Junto a él esperaba el joven arquitecto godo que había aceptado el encargo. Una ligera niebla pendía en el aire, los colores eran otoñales, e incluso el bosque de pinos parecía gris y sombrío. Otoño opaco, niebla matinal. Lagunas, el bosque y el puerto protegían a Ravena, pero ninguna montaña…

El paseo matinal a caballo refrescó al rey, reconciliándole con la fugacidad de la vida terrena. Diría a Amalasunta que había adoptado una decisión. Dondequiera que le sorprendiese el fin, debían enterrar su cuerpo aquí, en la demarcación de Ravena.

Cipriano, el representante del *magister officiorum*, era el canciller más puntual que Teodorico conociera jamás. La orden expresada en pocas palabras era redactada por él en la forma correspondiente en veinticuatro horas. El rey comenzaba todos los días con el informe preparado por Cipriano.

Seguía una misa arriana, durante la cual el sacerdote de Teodorico leía el texto sagrado en lengua goda. Cipriano esperaba el regreso de los dignatarios de la corte después de la ceremonia. Entonces se servían al rey manjares ligeros y un vaso de vino, tras lo cual empezaba el trabajo, que se prolongaba hasta las primeras horas de la tarde. Seguidamente tenía lugar el almuerzo. Frente a la mesa del rey había un pedestal de mármol sobre el que se asentaba un mecanismo de relojería. Era la pieza más hermosa del taller de Boecio: el agua movía el engranaje, y cada hora caía una bola de plata en una concha también de plata, indicando así el paso del tiempo, a la

vez que un pequeño corneta tocaba su instrumento. Las figuras se movían, un jinete giraba sobre la silla. El reloj era un regalo del *magister officiorum* en la onomástica de Teodorico. Había trabajado en él durante meses, guiándose por los descubrimientos ya lejanos de Herón y Vitruvio. A Teodorico le gustó tanto el mecanismo, que desechó el reloj de arena que utilizaba hasta entonces y sólo medía el tiempo con ayuda de la bola de plata.

El rey esperó a que el mecanismo diera la señal y el pequeño trompeta tocara para el relevo de la guardia. Conocía muchos mecanismos similares de Bizancio, en cuyo palacio imperial eran formalmente objeto de un culto. Leones que rugían y movían la cabeza, pavos que daban volteretas, misteriosos chorros de agua y artísticas campanadas debían llenar de asombro a los legados y mostrarles la superioridad de Bizancio. El rey godo también organizaba sus audiencias de modo que los visitantes de países remotos pudiesen ver y oír de qué eran capaces los artistas de Teodorico. Cuando Boecio terminaba su trabajo del día, se encerraba gustosamente en su taller para estudiar las maravillas de la naturaleza y tomar nota de sus experimentos. Mientras sus manos limaban, golpeaban con el martillo o calentaban el metal, en su cabeza surgían nuevas ideas de sorprendente inspiración. El reloj de plata era la pieza más bella creada por la mano del canciller y filósofo.

Cipriano fue admitido cuando cayó en la concha la novena bola. Un silencioso escriba le seguía con los rollos de documentos. Teodorico prescindía ahora de todo protocolo. En Ravena, su palabra era ley; se contentó con una ligera inclinación e indicó a Cipriano que tomara asiento ante la espaciosa mesa.

Las ominosas sombras de la noche tomaron forma de pronto.

—Señor, despide a tu indigno servidor si obro mal provocando a sabiendas tu ira.

—Exprésate con brevedad, Cipriano.

—Lo que ahora voy a revelarte, señor, no puede decirse en unas pocas frases. La ansiedad de mis noches, mis cavilaciones, mi vida, y tal vez la vida de muchos están en tus manos.

El rey contempló a Cipriano. Cuando el *magister* empezaba con tan largo preámbulo, cuando su mano temblaba sobre el rollo atado con un cordel rojo, debía existir algún motivo especial. El rey sabía leer en los semblantes. Los ojos ardientes y la voz excitada de Cipriano traicionaban una tormenta interior.

—Señor, no sólo se conspira contra tu vida y tu poder, sino que también se pretende entregar a toda Italia a los bizantinos.

—¿Quién?

—Muchos… Todavía ignoro quiénes son, señor. Una cosa es segura: el que escribió las cartas al palacio imperial es Albino. En las cartas no se dice claramente quién está de su parte en el Senado, pero no hablan de un solo hombre. Albino escribe siempre: «nosotros».

—Léemelas.

Cipriano ya estaba preparado para ello. Con el buril de plomo había subrayado las frases más insidiosas, que demostraban la culpa con la máxima claridad, a fin de no tener que aburrir al excitable rey con expresiones insignificantes y ampulosas. El texto subrayado sonaba como si descargaran martillazos sobre el yunque de la paz. Cada palabra acusaba, todo podía tener un doble sentido. Quizá era todo una ilusión, pero igualmente podía tratarse de una conspiración en toda regla. Probablemente el término arriano se refería a los godos: todos los godos serían juzgados cuando la población del país se rebelara y desembarcasen los ejércitos bizantinos.

Pasó una hora. De nuevo cayó en la concha una bola de plata y el mecanismo giró: la nueva figura que apareció era un verdugo cortando la cabeza de su víctima. La mirada de Cipriano se posó fijamente en ella. El sudor le cubrió la frente, y trazó la señal de la cruz sobre su pecho. Teodorico era rey. ¡Nada le importaban las emociones de Cipriano! «Continúa», dijo, y el ministro vio cómo se hinchaban las venas en las sienes del rey. En su frente, sobre la cual contaban las sagas nórdicas que tenía clavada una flecha más fuerte que el hierro, se acentuaron las arrugas.

—¡Continúa!

Cipriano temblaba de miedo, de remordimiento y de una sensación de triunfo. En estos momentos todavía ignoraba adónde iría a parar la piedra. Leyó los informes recibidos de los administradores del distrito: todos hablaban de una inquietud creciente. Los roces entre los godos y romanos iban en aumento. Las declaraciones de los obispos católicos eran más atrevidas: cada vez más a menudo mencionaban en sus sermones la lucha contra los herejes. ¿Quién podía creer ahora que sólo se referían a los artículos de fe? En las costas solitarias anclaban barcos que descargaban en los botes armas bizantinas. Desde que el pueblo de Roma no sufría ninguna penuria, pagaba más impuestos, y el dinero de estos impuestos, que el rey regalaba a la ciudad, era utilizado por el Senado romano para mantener un ejército regular.

—¡Nombres!

—El prefecto Albino, antiguo cónsul, tiene indudablemente las riendas en la mano. Dispone de una enorme fortuna, desconocida desde la época de los emperadores. Justino eligió bien cuando se decidió por Albino.

—¿Se menciona a Boecio? ¡Habla!

—Sólo hablan de él alusiones veladas. Una sola noche no fue suficiente, señor, para desentrañar el sentido de cada palabra. ¿Boecio? Todo el mundo sabe que Albino es uno de sus íntimos amigos. Se intercambian regalos en las fiestas familiares.

—¿Cómo pueden haber llegado hasta aquí las cartas?

—El aposento donde estaban guardadas es el cuarto de trabajo del *magister*. No he encontrado nada escrito con su caligrafía, y me imagino que Albino le ha puesto al

corriente de todo y él archivó cuidadosamente las cartas, tanto las copias de las cartas imperiales como las escritas por Albino. Los documentos han tenido que ser ordenados por alguien que conozca bien los asuntos de la cancillería. ¿Quién sin su conocimiento pudo guardarlos en las arcas del *magister*? Podríamos interrogar a sus escribas…

—Esto sería un error. La noticia se filtraría, y en tres días viajaría desde Ravena a Roma. Los implicados se asustarían y en cualquier momento encontrarían en Ostia un barco que por buen dinero llevase a los conspiradores a suelo bizantino.

—Espero tus órdenes, señor.

—Escribe a Roma. Espera… escribe que, a causa de los múltiples asuntos de Estado, no puedo viajar a la Urbe como sería mi deseo. Sin embargo, me gustaría hablar de vez en cuando acerca de los asuntos del reino con los senadores. Todo el mundo debe contar con que tarde o temprano su vida se extinguirá, de acuerdo con la voluntad del Señor. Por ello deseo que en un día determinado se presente en mi residencia un buen número de senadores, para que el Senado recoja mi mensaje. ¿Lo comprendes, Cipriano? Nadie ha de concebir sospechas. Si yo menciono mi edad, no se imaginarán que me propongo hablar con ellos como juez. Cuando no sienten el suelo de la Urbe bajo sus pies, los senadores están como desplazados. En Roma yo no estoy a gusto. Cuando ellos se sientan bajo la palma de oro, creen que el mundo entero sigue todavía en las manos de los intrigantes ancianos. Invítales con la acostumbrada solemnidad… A Albino, Símaco y, naturalmente, a Boecio, les escribes cartas personales. Mi deseo es que venga el mayor número posible de senadores. En Ravena hay alojamiento para todos. Escribe a Roma, Cipriano. ¡No te faltará una recompensa!

XXXIX

«¡Escribe a Roma!» Cuando las invitaciones del rey empezaron a llegar, el Senado parecía una colmena de abejas. Los senadores eran en su mayoría hombres de edad avanzada que no emprendían casi nunca un viaje tan largo; ¡y, por si fuera poco, a Ravena! Todos tenían miedo de los vapores emanados por los pantanos; los habitantes de la ciudad de las lagunas estaban acostumbrados a ellos, pero los romanos los soportaban con dificultad. Además, el viaje de un senador, con su correspondiente séquito y servidumbre, resultaba costoso, y no todos eran tan ricos como Albino. Estaban muy lejos los tiempos en que un senador poseyera una fortuna de un millón de sestercios para adquirir un sitial *sub palmam auream*. Así pues, muchos de los *patres* vivían de su adhesión como secuaces de Albino o de algunos de sus acaudalados amigos. Pero Albino dijo ahora: «¡No tenemos otro remedio! Si Teodorico nos invita a visitarle, sería una locura oponerse a su deseo», y todos tuvieron que prepararse para el viaje.

La curiosa comitiva partió hacia el norte a principios de octubre, cuando el paisaje se teñía ya de tonos rojizos y dorados y los campesinos de los alrededores de la Roma feliz ya habían recogido la cosecha de la aceituna, pero el mosto aún no fermentaba en las bodegas. ¿Quién podía recordar alguna ocasión en que el Senado romano abandonase la ciudad en época de paz, cuando no la amenazaba ningún peligro, y se pusiera en camino a caballo o a lomos de un mulo, cada uno según sus posibilidades, y los ancianos en literas o en carros?

Por dondequiera que pasaban, se abrían ante ellos las puertas de las ciudades. Todo el mundo lo sabía: los *patres et conscripti* —así se les llamaba antiguamente—, estos ancianos barbudos y frágiles con su heterogénea servidumbre, representaban a la antigua Roma. «¡La paz sea con vosotros!», les saludaban con reverencia los viejos. Ellos daban un paseo por la ciudad y aceptaban los obsequios. Los centinelas godos permanecían fuera de las murallas de la ciudad. A nadie se le ocurría pensar que los observadores secretos de Teodorico lo escuchaban todo, cada palabra, cada frase de salutación, cada respuesta e incluso cada murmullo recogido por los siervos durante los ágapes, en los cuales era necesario servir mucho vino para soltar la lengua de los ancianos senadores.

Hacía mucho tiempo que la mayoría de ellos no había estado en Ravena, si es que alguna vez pusieron los pies en la fortificada ciudad. Pernoctaron en Ariminum, y en el mar se reflejaba ya la mañana cuando reemprendieron el viaje para llegar temprano a la demarcación de Ravena. Los bosques de pinos les acompañaban, y cada árbol era como el guerrero verde de un mundo desconocido. Miles de árboles de largo tronco y exóticas copas se mecían al viento suave como un océano verde junto al mar azul.

La comitiva romana se detuvo ante el cinturón de fortificaciones. Los jinetes del batallón de caballería dejaban aquí a los senadores: a partir de ahora serían acompañados por una guardia goda. Los romanos vieron por primera vez en muchos años unidades hunas. El rey Teodorico había puesto a su servicio a los grupos de Atila. Arqueros de tez amarillenta y ojos oblicuos cabalgaban describiendo círculos en la llanura sobre sus rechonchos y pequeños caballos, veloces como si tuvieran alas.

En Ravena, Boecio asumió la dirección. Acogió gustosamente en su espaciosa casa a Símaco y sus más íntimos amigos, entre los cuales se contaba, naturalmente, el prefecto Albino. Todos trataron de encontrar alojamiento fuera del palacio, aunque Teodorico les había invitado efusivamente. Pero el ceremonial de palacio coartaría su libertad de movimientos, aparte de que nadie quería adquirir la reputación de ser excesivamente fiel al rey. Nadie podía adivinar el giro de los acontecimientos… y no quería ser tachado de amigo de los godos, si es que algún día resultaba peligroso.

Teodorico se encerró en sus aposentos y no recibió a nadie. Se decía que estaba haciendo acopio de fuerzas para no dar muestras de cansancio cuando llegase el día de la recepción. Todos los senadores romanos pensaban que deseaba despedirse de ellos, agradecerles sus esfuerzos y confiar a su tutela a Amalasunta y al pequeño Atalarico.

Esperaban una recepción solemne, mucha ostentación, el desfile de los dignatarios de la corte y una pomposa reverencia del reino godo ante los *patres* de Roma. Pero la ceremonia fue sencilla en extremo. Funcionarios de la corte acompañaron a los senadores a la gran sala del consejo del rey, en cuyos mosaicos Cristo y los santos ostentaban símbolos arrianos. Esto desagradó a los ancianos. En Roma presidía las sesiones el *praefectus urbis*. Aquí se levantaba un trono, y a ambos lados había una silla más pequeña y una mesa. La habitación se parecía a una sala de audiencia. Faltaban las palmeras y los arbustos de laurel que en Roma —bajo la palma dorada— comunicaban un ambiente solemne, pero íntimo. También faltaban los lictores con las fasces, presentes siempre en las sesiones del Senado. Los condes godos, con sus brazaletes, armas y pobladas barbas, contrastaban fuertemente con los romanos, de inferior estatura y rostros afeitados.

¿Por qué no se sentaba Boecio al lado del rey, como correspondía a su cargo? ¿Por qué se apresuró a reemplazarle Cipriano a quien sólo conocían de nombre? ¿Por qué desdoblaba los rollos de pergamino? ¿Dónde estaba Casiodoro? ¿Por qué se mantenía junto al patricio, en lugar de acudir a saludar a sus compañeros del Senado? ¿Por qué sonaron con tanta fuerza las trompetas al anunciar que el rey había abandonado sus aposentos y se acercaba por los pasillos a la sala del consejo? ¿Era oportuno poner de relieve su condición real allí donde no era rey, sino solamente patricio? ¿Por qué no era acompañado Albino, el prefecto de la ciudad, hasta la silla

dorada, como correspondía al presidente del Senado? ¿Por qué fue el propio Teodorico quien avanzó para ocupar el podio?

¿Era realmente un viejo decrépito que caminaba hacia la tumba? Las arrugas de su rostro afeitado no se ocultaban tras una barba, pero su cuerpo seguía manteniéndose erguido. No le faltaba ningún diente, el rostro era redondo, el pecho, abultado y la espalda, apenas curvada. Su mano descansaba sobre la empuñadura de la legendaria espada de la estirpe de Amal. Su túnica se antojaba más goda que romana, un aro de oro ceñía su frente como símbolo de su dignidad real; en su visita a la Urbe —todos lo recordaban—, llevaba una corona de laurel.

En el semblante del rey no apareció ninguna sonrisa; agradeció con una ligera inclinación los aplausos dispensados, pero no apartó la mano del arma ni levantó el brazo en señal de saludo. Las dos sillas que había junto al trono permanecieron vacías. El rey se sentó. En Roma se mantuvo en pie cuando se encontró en presencia del Senado… hacía ya un cuarto de siglo. Entonces la Urbe se hallaba todavía medio en ruinas; la miseria, la inquietud y el hambre reinaban por doquier. Ahora vivían ciudadanos satisfechos dentro de las murallas.

Teodorico no se preocupó de que las palabras latinas fluyeran de sus labios con tanta soltura como otras veces. Habló como un príncipe que debe conocer la lengua de cada uno de sus pueblos. Para él los romanos eran igualmente súbditos suyos como los godos, gépidos, hunos o hérulos.

—Senadores de Roma: os he convocado hoy aquí para aclarar con vosotros diversos asuntos del reino. Mi corazón está lleno de amargura: no habéis correspondido al bien con el bien. Habéis roto la alianza que concerté con vosotros cuando os hablé en vuestro palacio del Capitolio. Por esta razón os he convocado: para que rindáis cuentas de todo cuanto habéis hecho. Yo os escucharé, pues un juez imparcial no juzga al acusado hasta que ha oído su declaración. Sólo entonces pronunciaré la sentencia, senadores de Roma. Escuchad al noble Cipriano, que expondrá detalladamente todo cuanto oprime mi corazón. Después de oírle podréis hablar en vuestra defensa.

En la sala reinó un asombrado silencio. Cada uno trató de leer en la expresión de los otros si sabían algo del asunto, si —tal vez a costa de sus compañeros— se proponían disculparse, o si quizás estaban envueltos en alguna oscura maquinación. Cada uno pensó ante todo en su propio destino: en los corredores, en el palacio, en todas las ciudades de Italia, en todo el reino había godos armados hasta los dientes. ¿Quién habría osado soñar con la república, cuando a una sola señal de Teodorico podían saltar a la silla doscientos mil jinetes? Si el patricio así lo deseaba, podía ahogar en sangre a Roma y todas las ciudades itálicas. Los senadores romanos adquirieron conciencia en un instante de su tremendo poder.

Cipriano habló como un canciller fiel que estaba cumpliendo su deber. En la orla

de su túnica blanca faltaban las franjas de color púrpura de los senadores, aunque Teodorico le había nombrado miembro de tan noble corporación. ¿Quería Cipriano dar a entender con ello que en esta hora en que todos los senadores eran acusados, se separaba de ellos?

Cipriano había dedicado varias semanas a preparar cuidadosamente las acusaciones. Durante estos días leyó a menudo y concienzudamente a Cicerón, y averiguó cómo el padre de la patria había tejido la red para atrapar con ella a su enemigo… No sentía hacia él una enemistad personal, en realidad era casi su amigo el hombre a quien su triste deber le obligaba a acusar. Ante el bien común, la *salus rei publicae*, debía olvidar cualquier interés personal, cualquier sentimiento amistoso. «Debes olvidar, Cipriano, que llegaste al palacio de Ravena como un escriba sin experiencia y que has sido objeto de la benevolencia de todos, y que Boecio te acogió bien y te inició en los asuntos más secretos.» Cipriano nombró a sus protectores, expresó su agradecimiento y seguidamente les clavó el puñal en el pecho.

Todavía no mencionó ningún nombre. El tiempo le apremiaba. Teodorico, silencioso como una estatua, tenía los ojos entrecerrados para seguir mejor los numerosos giros ciceronianos de la alocución. Los senadores, que conocían la retórica del celebérrimo antiguo abogado, escuchaban con nerviosa atención y temblaban por anticipado: ¿Quién sería el blanco del golpe mortal?

Albino. La mano alisaba los rollos de pergamino. ¿Temblaba el *praefectus urbis*, se advertía ya el *rigor mortis*, la rigidez de la muerte, en su semblante? ¿Sabía el más rico de los consejeros que la decisión había sido tomada? Estaba en una trampa, y él, el calculador y precavido Albino, se hallaba entre las fauces del león, en lugar de haber huido a Egipto o a Bizancio, donde ya tenía a buen recaudo un tercio de su fortuna.

Algunos dirigieron sus miradas a Boecio: ¿No estarla secretamente aliado con el rey y Cipriano? ¿No habría sido enviado a Roma sólo para averiguar cuál de ellos era el culpable? Pero una intensa palidez cubría el rostro de Boecio, palidez que después se convirtió en violento rubor. Involuntariamente levantó el brazo; fue el único que lanzó a Cipriano un gesto de repulsa. Pero tal vez el propio Boecio era un enemigo, pues este desgraciado acusador se jactaba de haber encontrado en las arcas de Boecio, cuidadosamente oculto, el rollo de cartas. Ahora Cipriano dirigió una mirada amenazadora a Boecio y repitió con voz lenta y mesurada la acusación contra los culpables de haber concertado una alianza con Bizancio para preparar un levantamiento contra los godos en Italia. El Senado romano había pronunciado durante su milenaria historia muchas acusaciones y sentencias. Todos los que hoy estaban congregados, no bajo la palma de oro, sino en la sala del consejo del palacio arriano de Ravena, se dieron cuenta de que en este día tocaba a su fin la edad de oro de Teodorico.

Cipriano hacía uso de las mismas expresiones y conocía a los mismos autores antiguos que ellos. Pero conocía también a la perfección los designios del rey, y esto le permitía encauzar los argumentos y urdir la red a su capricho.

A una sola señal podían alzarse las espadas de los godos, y habría llegado el fin del Senado romano.

¿Qué se proponía Cipriano? ¿Cuántas cabezas caerían? ¿Quién sería condenado? ¿Qué clase de castigo les esperaba? ¿Pretendía acaso encarcelar a los senadores como rehenes mientras los godos volvían a arrasar Roma? ¿Se ocultaba ya la sentencia en las palabras de Cipriano? ¿Quién podía ayudarles, negociar? ¿Quién disfrutaba aún del favor de Teodorico? ¿A quién haría caso? Casiodoro no se encontraba en la sala. Boecio estaba pálido, y a todo respondía: «No.»

Toda alocución, por larga que sea, tiene un final. Cipriano era un orador hábil: no pronunció los cargos con palabras exaltadas, sino que terminó con las pruebas escuetas y añadió que ahora había descargado su conciencia y que el derecho de juzgar estaba solamente en manos del rey.

Todos se estremecieron en el momento en que el acusador terminó sus inexorables frases. Se hizo el silencio, ninguna voz lo rompió, ninguna mano dispensó un aplauso.

Boecio se dirigió al podio como si fuera su derecho natural hablar al lado de Teodorico. Un hombre en plena juventud. Vestido con la túnica orlada de púrpura, atravesó la sala, con la mirada fija en el rey. No llevaba ningún pergamino en la mano ni consultó ningún apunte como hiciera Cipriano. Boecio debía improvisar su defensa en este mismo momento contra una acusación en la que su nombre no había sido pronunciado, pero que dio a todos la impresión de que iba dirigida a él.

—Una mano ha escrito las cartas. Pero ¿quién puede decir qué mano ha sido? La historia, ¡oh, rey y honorables padres!, conoce innumerables casos de cartas depositadas sobre la mesa del rey con intención aviesa, firmadas con nombres de personas que jamás las escribieron. Yo afirmo que el senador Albino no ha escrito estas cartas. Son falsificaciones hechas por alguien a quien interesa sembrar la discordia. E incluso aunque estos documentos descubiertos por Cipriano fuesen auténticos, lo cual lo impugno, no habría nada condenable en ello. Porque, ¿qué expresan estas cartas? Fidelidad hacia el emperador, nuestro soberano natural de todos los tiempos, y ni una palabra más. Afirmo que no hay en ellas ningún acuerdo de rebelión. Vosotros mismos debéis decidir, padres, si alguien puede ser acusado de algo que no ha cometido. ¿Dónde están los testigos? ¿Quién ha traído estas cartas? ¿Ha confesado un esclavo o un escriba haberlas recibido de manos de Albino o que un senador se las ha dictado? Yo pregunto: ¿dónde están los testigos? ¿Existe una sola prueba de que el noble senador haya atentado de algún modo contra la persona del rey? ¿Dónde está el orden lógico de la presentación de pruebas, Cipriano, exigido

por el derecho y la tradición?

Todos callaron. En este momento se decidía sobre la vida y la muerte, y el rostro de Teodorico parecía de piedra. ¿No era inútil cuanto Boecio pudiera decir? Pero era un poeta y un maestro de la retórica, y siguió hablando:

—Ahora me dirijo a ti, señor, a quien sirvo fielmente y a quien respeto porque has regalado a nuestra infortunada Italia la rama de olivo de la paz. Pese a tu sangre extranjera, tú has sido quien ha conservado el espíritu de Roma. Eres un hombre, señor, y sabes que todo hombre no sólo se siente ligado a su familia, sus parientes más próximos, sino también a una comunidad más amplia, ya se llame tribu, reino o imperio. Nosotros la llamamos simplemente Roma, y cuando hablamos de la Urbe, en la que hemos nacido, pensamos en ella como en nuestra madre.

»Debo decirte, rey, que en todo momento has sido un señor comprensivo, que Albino no ha cometido ningún crimen. Albino, uno de nosotros, a quien, como cónsul, precedieron los lictores con las fasces, ha aliviado con sus sabias disposiciones como prefecto de la Urbe la penuria que en ella imperaba. Yo digo para terminar: Si Albino es culpable, también es culpable cada uno de los miembros del Senado. ¡En tal caso, condéname a mí junto con ellos, señor!

Teodorico se levantó cuando Boecio guardó silencio, e indicó con un ademán que había dicho todo cuanto quería decir. El caso estaba fallado. «Si Albino es culpable, también es culpable cada uno de los miembros del Senado.» La palidez cubría el semblante de los ancianos, sudorosos por el terror. Muchos se cubrieron la cabeza con la orla de su toga como hiciera una vez César al ver centellear los puñales.

Teodorico no dijo una sola palabra. Como si caminase entre esclavos o cadáveres, se alejó con la cabeza erguida y el rostro de mármol. Cipriano no se atrevió a quedarse solo entre los demás, sin la presencia de Teodorico, y se deslizó detrás del rey. Nadie puso fin a la asamblea.

El rey salió por la primera puerta. Por la otra puerta entró la guardia. Su capitán era itálico, por lo que empleó la lengua de Roma cuando se acercó a Boecio y le dijo:

—¡En nombre del rey, sígueme!

Entonces fue hacia Albino: «¡En nombre del rey, sígueme!» Dudó un instante, mientras miraba a su alrededor. «¿Quién de vosotros es Símaco? ¿Ese anciano?» El senador de barba canosa seguía sentado en el banco. Los años habían teñido de blanco sus cabellos. Rusticiana esperaría en su casa al marido y al padre. Ninguno de los dos volvería. El capitán dijo:

—El rey quiere hablarte.

No le puso una mano en el hombro, como hiciera con los otros dos. Se trataba de la fórmula tradicional: si el hombre armado tocaba a un hombre, éste ya no era libre, sino un prisionero. En Ravena se había iniciado algo con lo que nadie contaba. Algo nuevo y terrible después de un cuarto de siglo de paz romana, de la edad de oro de

Teodorico.

El reloj cuyo delicado mecanismo era movido por agua y que fuera montado por Boecio en su taller durante las largas horas de la noche, seguía indicando la hora cuando Símaco fue recibido por Teodorico tras una prolongada espera. El anciano senador había llegado a edad muy avanzada. Era realmente un milagro que alguien hubiese podido sobrevivir en Roma a tantos cambios y tribulaciones. Había visto los actos de numerosos y fugaces emperadores, los ejércitos ante las murallas de la Urbe, la invasión de los bárbaros y sus caballos en la plaza del Capitolio. Había creído que llegaría a entregarse al descanso eterno en una Italia pacífica. Los hijos de Rusticiana llevaban ya en su extrema juventud las insignias de cónsul, el árbol de la estirpe de Anicio tenía ramas nuevas. ¿Qué le quedaba ya por hacer a un patricio, sino ordenar sus asuntos con el Señor y con la ciudad, y retirarse al seno de su familia? Símaco estaba sentado en la antesala. Esperó mucho rato, pues no podía marcharse: el rey le había llamado. ¿Por qué tenía que apresurarse Teodorico, por qué tenía que contemplar el mecanismo del reloj, que mostraba ya una serpiente, ya una diosa de los ríos, ya un verdugo, ya una paloma, alternando los símbolos buenos y los malos? Ninguno podía adelantarse al otro, ninguno podía retrasar el tiempo implacable. Símaco esperó durante horas enteras, sin comida ni bebida. No había nadie con quien hablar. ¿Dónde estarían los otros senadores? ¿Los que, perplejos, levantaban las manos hacia el cielo, y los que, tras las solemnes palabras de Boecio, se ocultaron el rostro? «Si Albino es culpable, todos los miembros del Senado son culpables.» ¿Podía Boecio acusar a todos los demás para defender a su amigo?

Cipriano no estaba en el aposento del rey cuando le llevaron a su presencia, pero reconoció a Gaudencio, el delator conocido por todos, que, incluso sobre su pupitre, dirigía su mirada hacia el rey. ¿Quién era este hombre al que sólo mencionaban entre ellos con la antigua designación griega de sicofante, o traidor a sueldo? ¿Por qué se encontraba aquí? ¿Contra quién tramaría nuevas acusaciones? Detrás de Teodorico, inmóviles como estatuas, estaba la guardia, dos godos con lanza y yelmo.

—Todos estáis condenados a muerte. Así pues, ¿quién preparó el levantamiento? ¿Quién se ha aliado con los bizantinos? ¿Quién quería aniquilar a los godos? ¿Quién quería pagarme con ello los numerosos favores que os he prodigado?

Teodorico habló en griego. Ahora no estaban frente a frente como bárbaro y no bárbaro. Símaco tendría que luchar por su vida en una lengua que no era la suya.

—Tu casa fue el foco de la rebelión. El palacio de Albino fue el segundo. Si hubiesen llegado los barcos bizantinos, hubieran atacado inmediatamente los campamentos godos. ¿No es cierto?

—Señor, mi hijo Boecio ya lo ha dicho: las cartas firmadas por Albino son falsas. Pueden ser obra de un criminal que teje sus intrigas a tu alrededor. No es cierta ni una sola palabra de las acusaciones de Cipriano. El mundo entero elogia tu sabiduría.

¿Cómo es posible que después de tantos años no confíes en nosotros, señor? Yo fui quien te recibió como huésped de la Urbe, hace ya veinticinco años. ¿Por qué tendríamos que rebelarnos? ¿Por qué empleas la palabra rebelión, señor? ¿No comprendes que ofende a los romanos? Tú eres nuestro patricio…

—Por desgracia de un emperador difunto a quien vosotros considerabais un hereje. También a nosotros preferíais vernos en la hoguera; por lo menos es esto lo que recomendasteis que hiciera Clodoveo en el reino de los francos.

—Señor, me has mandado llamar para que ayude a aclarar las inculpaciones de Cipriano. Retráctate, señor, de lo que ordenaste en un momento de ira. Deja en libertad a Albino y Boecio. Si me permites un ruego, castígame a mí, que ya soy anciano. Todos estamos igualmente indefensos contra la acusación. Sólo podemos repetir: ni una sola palabra es cierta.

—¿Ni una sola palabra, Símaco?

—Eres sabio; durante tu vida lo has demostrado en innumerables ocasiones. Tú lo sabes mejor que nadie: el espíritu es flexible. No existe un sí absoluto ni un no absoluto. La mente humana trata de encontrar el equilibrio entre los polos. Cuando los padres se reúnen en el Senado y sopesan las noticias del mundo que llegan a Roma, también piensan en lo que ocurrirá mañana. ¿Qué ocurrirá cuando tú no estés, señor? ¿Quién no ha oído decir que después de un rey sabio las riendas caen en manos de un regente débil? ¿Era un crimen, señor, que hablásemos de estas cosas? ¿No es el deber de todos cuantos rigen la Urbe preocuparse de los hechos futuros? Nuestros ojos deben investigar el porvenir. Nosotros no creemos que se puedan hacer profecías contemplando los intestinos de una gallina, aunque todavía se practique el ceremonial. El hombre sabio se rige por los signos del tiempo, no por las estrellas. Buscamos, según las reglas de la aritmética, lo desconocido con ayuda de lo conocido…

—¡Habladurías! Para que lo sepas, Albino verá cumplido su destino dentro de pocas horas. En estos momentos está dictando su testamento; ha apelado al *jus testandi*. Yo he accedido a que deje a su familia la mitad de su fortuna. El pueblo de Ravena verá cómo se castiga a un traidor.

—¿Y Boecio… mi hijo…?

—¡Él mismo ha pronunciado su sentencia de muerte!

El anciano se tambaleó. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que a Albino le gustaba pescar en río revuelto: todos los medios le parecían justificados para incrementar su poder y su fortuna. ¿Por qué Albino no podía dirigir su codicia a Bizancio? ¿Cómo saber qué había de cierto en las cartas que Boecio calificara de falsificaciones? Pero un mundo separaba al filósofo puro, a su magnífica inteligencia, del senador Albino, el patricio que había amasado una gran riqueza en estos tiempos difíciles. Boecio sólo podía llamar suyo a lo que había heredado. ¿Quién osaba acusar

al primer ministro del rey de despilfarro y ansia de poder? Boecio… Boecio… El anciano dirigió hacia Teodorico su húmeda mirada.

—Piedad… ten piedad, señor, mientras no sea demasiado tarde…

—Si levanto un solo dedo, todos los romanos que están pagarán por su traición.

—No puedes hacer eso, señor. Nuestros años han transcurrido a la luz de tu sabiduría y tu inteligencia. No puede ser que el mismo príncipe sea a la vez sabio y cruel. Hemos aprendido la historia de Nerón y Calígula. Sabemos por qué en Bizancio se llamó carnicero a un emperador. El epíteto que une tu nombre con la eternidad es más sencillo. Sólo es: el Grande.

—No te queda tiempo para halagos. No deseo ver a mi infiel ministro. Te he llamado a ti para que vayas a visitarle. El destino de Albino está sellado. Boecio aún tiene que revelar la verdad que me oculta. Tú puedes ayudarle convenciéndole para que haga una confesión. Una muerte rápida es el mayor favor para quien arriesga la cabeza.

Acaso Símaco recordó a Gastón frente a un rey bárbaro, cuando los númidas conquistaron la Urbe.

—Boecio es el intelectual más grande que tenemos. Si ordenas su muerte escribirás tu nombre en la negra columna de los tiranos. Ten cuidado, Teodorico. No te conviertas en déspota en tu vejez. ¡No ensucies tu nombre!

Teodorico hizo un ademán de indiferencia.

—¡Di todo cuanto quieras, como quien habla por última vez!

—Boecio es la mayor inteligencia de nuestro tiempo, que tan próximo está a la decadencia. ¿No lo comprendes? ¡Es el último romano! Un filósofo, tal como consideramos filósofo a Aristóteles, que embellece la filosofía con el rayo del amor. ¿Comprendes lo que te digo en la lengua de Platón, Teodorico? ¿Comprendes qué es el *logos* y qué es el temor de Dios, y has oído alguna vez la palabra amor? ¿Has amado alguna vez a alguien? ¿Pretendes saberlo todo, Teodorico? Tú mismo lo dijiste: «¡Desgraciado el romano que imita a los godos!» Pero muéstranos a uno solo de estos romanos —al que no hayas pagado como ese sinvergüenza de Gaudencio… o tu indigno esclavo Cipriano— que desee parecerse a vosotros. Han pasado ya mil años desde que la sibila de Cumas escribió sus pensamientos en libros. Lo hizo cuando vosotros aún os llenabais el vientre con la carne cruda de las fieras del bosque.

—Sigue hablando…

—Boecio ha contado que recibió un encargo maravilloso cuando se vio libre de los abrumadores asuntos de Estado; confiesa que le visitó su fiel amiga, la filósofa, tras semanas de intenso trabajo. Sombras tenebrosas oprimían su alma, y necesitaba un consuelo. Este trabajo suyo, que ya ha empezado y cuyas primeras páginas me ha leído en voz alta, sería admirado y apreciado ahora y en todos los tiempos por todos

aquellos que aman la lectura. Señor, permite que Boecio termine su trabajo. Te lo pido en nombre de mi hija y de mis nietos.

—Concedido.

La autorización fue dada en latín. Parecía que el severo semblante expresaba cierta emoción, suavizando la absoluta impasibilidad de antes.

—Ve a su celda. Díselo tú mismo, con esas palabras que nosotros, los bárbaros, no comprendemos, y que sólo vosotros conocéis. Háblale del *logos*… Hasta que haya terminado su libro, que tú llamas el consuelo de la filosofía, respetaré su vida. Pero no esperes el perdón ni un solo minuto. Está decidido. Y tú, viejo, prepárate también para la muerte. Nosotros los cristianos consideramos el peor de los pecados quitarse la propia vida. No puedo, como hizo Nerón, enviarte a un centurión con una carta acusadora: ¡prepárate para morir! Como verás, Símaco, yo, el bárbaro, también conozco la historia de Roma. ¡Vete! Habéis pagado el bien con el mal. Tal vez Alarico tuvo razón… hace cien años, cuando asoló Roma.

Símaco bajaba los peldaños que conducían a los calabozos de Ravena. No veía bien en la semioscuridad, y se apoyaba en el brazo de un hombre armado. Era un joven godo que había nacido en Italia. *«¿Scisne latine?»*, le preguntó Símaco, el eterno pedagogo. En el rostro del joven guerrero apareció una sonrisa. Siguió prestando apoyo al anciano mientras recorrían los pasillos subterráneos donde nunca brillaba el sol.

Unos pocos días habían bastado para transformar al prisionero. En su rostro afeitado crecía una barba incipiente, la toga blanca estaba manchada de polvo y humedad. La alimentación consistía en los restos de palacio. Muchas veces le daban agua, otras, vino, vino aguado. A través de la ventana baja de la mazmorra se filtraba desde arriba un débil resplandor.

El guarda godo se quedó fuera. No había nadie que escuchase la conversación de los dos hombres: un favor especial que a veces conceden los poderosos a los condenados a muerte. Una conversación semejante cuesta iniciarse, porque el prisionero piensa con temor en el momento en que se llevarán de nuevo al inesperado visitante.

—Cuida de Rusticiana. Vigila a los muchachos.

Todos los prisioneros expresan lo que les ha atormentado durante los días y las noches de soledad.

—¿Eres libre?

El anciano estaba en el cuadrilátero iluminado.

—A mi edad, hijo mío, esto no importa.

Ahora sabía Boecio que también Símaco sería un prisionero, si no hoy, mañana.

—¿Qué le ha ocurrido a Albino?

El anciano bajó la cabeza. Un gigante godo había cortado con un hacha la cabeza

del más acaudalado romano. La población de la ciudad se congregó en la plaza donde se cumplió la sentencia. Las ejecuciones eran raras en Ravena desde que gobernaba Teodorico. Cuando un hombre de tal alcurnia era decapitado en la plaza, la ocasión casi se convertía en una fiesta ciudadana, un recuerdo para toda la vida.

—Albino —dijo el anciano— murió con dignidad. Tuvo tiempo de prepararse para la muerte. Éste es el mayor obsequio que un juez puede hacer a un condenado. A Albino no le flaquearon las piernas, y no permitió que le vendaran los ojos. Dispuso que las cosas de valor de su equipaje fuesen repartidas entre los pobres de Ravena.

—Verás —dijo Símaco a Boecio—, cada momento hace del hombre un héroe o un cobarde. Es posible que Albino, un día antes, se hubiera postrado a los pies de Teodorico e incluso pedido clemencia al sicofante. Tal vez hubiese prometido cualquier cosa, su fortuna entera, si le perdonaba la vida… Pero en el último momento se portó como un verdadero romano. Ni mejor ni peor. Caminó por su propio pie, con las manos juntas. Hizo una señal de despedida al arrodillarse. Escucha, Boecio —prosiguió el anciano—, todo ha cambiado. Si te llevan a una mazmorra mejor, donde brille el sol y haya una mesa con papel y útiles de escritura… sólo esto significará la felicidad. Es lo que te traigo, hijo mío: el consuelo, la *consolatio* de la filosofía. Podrás expresar y dar forma a cuanto ya vive en tu interior; podrás plasmar en el papel lo que un antiguo filósofo llamó la primera madre del alma. Sólo puedo traerte esto como regalo, hijo mío. Es la recompensa del rey por tus fieles servicios.

El anciano se apoyó contra la húmeda pared del calabozo, donde diminutos insectos también buscaban el sol. Las facciones del prisionero, pese a la suciedad y el vello, seguían siendo puros. No le habían sometido a tormento ni atentado contra su dignidad de hombre. Estaba encarcelado, en una celda más clara o más oscura, esperando la muerte o la libertad.

XL

Albino estaba muerto. Muchos languidecían en prisión. Eran días llenos de violencia. Tras los largos años de paz había descargado de pronto una tormenta. El palacio de Ravena estaba acordonado, y nadie a excepción de los guerreros godos podía entrar en el barrio de la catedral arriana y el mausoleo de la emperatriz Gala Placidia. Símaco había sido autorizado para volver a Roma, aunque debía estar preparado por si se le necesitaba durante la investigación del caso. En la cárcel, un anciano contrae rápidamente una enfermedad mortal; nadie desea precipitar la muerte de un hombre tan entrado en años… a condición de que mantuviese la boca cerrada.

Así pues, Símaco regresó al día siguiente a Roma, en unos momentos en que todo el mundo sospechaba de su prójimo y los *patres* de la Urbe temblaban de miedo. Algunos senadores no habían sobrevivido al viaje, por lo que se había reducido el número de personas sospechosas. Porque, ¿cómo saber quién optaba por convertirse en delator y recordaba repentinamente una palabra pronunciada al azar, una frase desdeñosa o una observación insignificante? ¿Quién podía estar seguro de que algún simpatizante de los godos, que siempre tenían la espada a punto, no les fuera con el cuento?

El papa que hacía poco ocupaba la silla de san Pedro, se llamaba Juan y era etrusco. Había llegado a la ciudad en la época del cisma, y servido con fidelidad al papa Símaco. Cuando fue elegido el Santo Padre y entronizado en la Basílica, todo transcurrió pacíficamente. Los bizantinos se dedicaban por aquel entonces a ajustar las cuentas a los monofisitas. Ahora sólo se predicaba contra una única herejía peligrosa: el arrianismo. La lucha contra los partidarios de Arrio había empezado en tres continentes, y como eran los godos los principales seguidores de su doctrina, esta persistente campaña fue dirigida primordialmente contra ellos. Aquello no constaba en ninguna bula, pero los cancilleres interpretaron los textos a su modo.

El papa Juan recibió una carta del rey diciendo que debía visitar a *Theodoricus Rex* para sostener un coloquio sobre los asuntos itálicos. La carta, redactada en el impecable estilo de las cancillerías, llevaba además del Legi del rey el sello autógrafo de Cipriano.

El papa Juan tuvo que ponerse en camino como en un tiempo su antecesor León, que fue al campamento de Atila en la Campagna montado sobre un mulo. Se organizó el séquito, y el Santo Padre tomó sus medidas para el caso en que le esperara el mismo destino de Boecio. Si el rey godo disponía su muerte, sería elegido un nuevo papa según el reciente canon.

En Ravena, el papa Juan no pudo visitar a Boecio, pues el ex *magister officiorum* había sido trasladado a Ticino unos días antes, bajo una fuerte guardia. Al parecer,

exclusivamente para que el papa no pudiese verle.

El papa Juan era más joven que el rey, pero ya había sobrepasado sus mejores años. En el ceremonial de los papas no se encontraba ninguna indicación sobre la forma de una entrevista entre el Santo Padre y un gobernante hereje. ¿Cómo debía dirigirse el Santo Padre a un soberano que no acudía a la silla de san Pedro, sino que le invitaba sencillamente a visitarle? Casiodoro ofreció su ayuda. El encuentro, así como la salutación inicial y las palabras para responder a ellas, fueron discutidos punto por punto. Pero cuando el papa quiso aclarar las cosas y preguntó la causa de que fuese convocado a un lugar tan remoto contra viento y marea, el ministro bajó la cabeza.

—De esto no me está permitido hablar —dijo con una sonrisa cansada y compasiva.

Casiodoro no deseaba acelerar el final de su vida. Su nombre no había sido pronunciado ni por la comisión investigadora ni en la cámara de los tormentos. Incluso Cipriano imploró su ayuda.

—Sin ti —le dijo— no puedo seguir desempeñando el cargo de *magister officiorum*; no me niegues tu colaboración.

Casiodoro era ahora la pluma del rey, más escriba que ministro.

Cipriano no tenía la menor intención de luchar contra él. Sólo quería conservar su cargo de *magister officiorum*.

Llegó una tarde en que Cipriano se sinceró ante una jarra de vino.

—Amigo mío, en toda Italia se murmura; me llenan de improperios en todas partes. Me acusan de haber causado la perdición de Albino y de haber falsificado las cartas. Me califican de bárbaro, hereje e incluso judío, porque no permití la destrucción de la sinagoga de Ravena, cuando lo cierto es que obré por indicación expresa del rey. Ante tantas acusaciones no puedo permanecer callado. Te ruego, amigo mío, que utilices tu experimentada pluma en mi defensa.

—¿Cómo crees que he de hacerlo, Cipriano?

—Escribe palabras halagadoras a mi respecto, mientras las creas justas y merecidas. Podrías enviar una carta al rey, expresando tu alegría por mi nombramiento. Adorna esta carta con tu magnífico arte, de modo que para todos resulte un placer tener ocasión de leerla. Como *magister officiorum* puedo serte de gran utilidad. Créeme, amigo mío, te compensaré ampliamente si me tomas bajo tu protección al principio de mi mandato.

—¿Qué será de Boecio?

—La vida humana es transitoria, amigo. Las hojas de los árboles caen todos los años.

—¿Así que está consumado?

—¿Por qué usas palabras de la Biblia? Boecio participó en la conspiración contra

el rey. Se le ha concedido una gracia especial: puede escribir su última obra. No se acostumbra dar a un condenado más que el tiempo para redactar su última voluntad.

Casiodoro sabía que si no obedecía, le esperaba una muerte prematura. Inclinó la cabeza.

—Cipriano, somos romanos los dos. Tenemos que ayudarnos mutuamente. Reflexionaré sobre las palabras de la carta.

—¿Cuándo estará escrita?

—Procuraré, noble amigo, terminarla cuanto antes… Te enviaré noticias.

Si hacía preparar un carruaje ligero, llegaría al mar en pocas horas. Tenía fácil acceso al sello del rey, la placa dorada con la inscripción Legi. Antes de que Cipriano se diese cuenta, él podía estar a bordo de un rápido velero, con rumbo a Dirraquio y a la orilla opuesta, que ya era tierra segura: Bizancio. Le quedaba una hora para decidir. Indudablemente le observarían, le seguirían como una sombra. Pero también tenía buenos amigos en la corte. Aún podía huir… pero ello significaba dejar atrás su casa, sus libros, todos los amigos conocidos durante su trabajo como ministro. Además, ya no era joven. ¿Empezar de nuevo, y en Bizancio… emprender un viaje tan largo ahora, y con el mar embravecido?

Se dirigió a su aposento. Atardecía. A esta hora, el texto que fluía de su pluma solía ser más rico en imágenes que a cualquier hora del día. ¿Cómo debía empezar las alabanzas para combinarlas con una retórica convincente? ¿De qué autor romano de la antigüedad debía tomar ejemplo para su panegírico? ¿Qué era mejor: escribir ahora, durante la noche, o meter algunas monedas de oro en la mochila, al amparo de los bosques de pinos, emprender viaje hacia Ariminum? Los ojos de Casiodoro se llenaron de lágrimas. Pensó en Boecio. «Pobre amigo mío, ya no puedo ayudarte.»

El rey hereje y el papa romano estaban sentados frente a frente, ante el mirador, desde el cual se dominaba un amplio panorama hacia el Oriente.

—Santo Padre, hasta ahora nadie ha podido decir una sola palabra sobre el motivo de que te haya llamado a Ravena. Sabes muy bien los peligros que acechan a la paz de Italia. Uno de los focos de inquietud es el Senado. Seguramente sabes que preparaba una insurrección. ¿Hubiese podido realizarse sin el apoyo de Bizancio? Yo conozco el palacio imperial mejor que cualquier otro. El emperador puede haber renunciado a todas las demás provincias, pero su mirada no se aparta nunca de Italia. Santo Padre, tú eres el único a quien puedo mandar como legado a presencia de Justino.

—¿Como legado… al papa?

—Sé que esta misión es indigna de tu cargo. Y sin embargo, papa Juan, deberías aceptarla. Cuando el príncipe se ha convertido al catolicismo, persigue y acusa a los arrianos con ensañamiento. Tú sabes muy bien que de mi residencia no ha salido ninguna orden dirigida contra vosotros. Yo sólo he declarado que los romanos deben

vivir según su religión, y los godos, de acuerdo con nuestra doctrina. Nadie puede acusar a la otra Iglesia ni mezclarse en las elecciones de obispos ni molestar a los partidarios de la otra religión. Tú lo sabes mejor que nadie, Santo Padre. Por esta razón te envío como legado al emperador bizantino. Yo no puedo ir, y por eso quiero enviar al hombre más santo de entre nosotros. Te lo ruego, papa Juan; ve y actúa de mediador entre dos reinos, dos religiones y dos actitudes. Recibirás plenos poderes. Del mismo modo que dispones y sentencias en nombre de Pedro, así debes disponer y sentenciar en nombre de Teodorico, si quieres cumplir la misión que te confío.

—No puedo hacerlo.

—Piénsalo, padre. No se trata de cuestiones de fe. No tienes que renunciar a ningún principio. Cristo, al que ambos veneramos, es el príncipe de la paz. Tú eres su servidor cuando levantas en alto su rama de olivo, cuando exclamas: ¡La paz sea con vosotros! No tienes que hacer concesiones en asuntos de religión, solamente actuar de mediador… entre dos príncipes de este mundo.

—¿Qué deseas del emperador?

—Que deje en paz a los arrianos. Que les permita, allí donde el príncipe sea católico, practicar su religión, tal como yo lo permito a los ortodoxos. Y cuando el emperador deje de perseguir a mis hermanos de religión, tal vez no se produzcan en lo sucesivo ataques contra mi persona. El hilo de la vida humana está en manos de Dios; nadie sabe cuántos años le tocará vivir en este mundo. Yo quiero cerrar para siempre los ojos en la seguridad de que a mis descendientes no les amenaza ningún peligro. ¿A quién sino a ti, papa Juan, puedo enviar a Bizancio?

—¿Y si yo me negara?

—Te lo pido en interés de todos: acepta las dificultades de este viaje. Viajarás con la mejor tripulación en el más cómodo de mis navíos, tendrás mi sello y todos tus deseos serán atendidos. Te lo ruego una vez más: acepta mi encargo.

—¿Y si me niego?

—Sabes entonces, papa Juan, que la puerta de este aposento conduce al puerto o a la cárcel. Toda la Urbe comparte la culpa por la que Albino fue decapitado y por la que se procesa a Boecio. Tú también te consideras romano. ¿Me has comprendido bien, papa Juan?

El papa sabía leer en los rostros. ¿Convertirse en mártir? Tal vez el rey bárbaro tenía razón, y el primer papa que visitaba Bizancio podía volver con la rama de olivo en la mano como el hombre que consiguiese la paz entre los dos poderosos del mundo. Quizá aún tenía dos alternativas. Sin embargo, ninguna de las dos le conducía de regreso a la Urbe. El papa sintió un intenso dolor en el corazón, y se llevó involuntariamente la mano al pecho. Sus ojos eran grises y azules como el mar. Su mirada resbaló por las olas sin principio ni fin.

XLI

Justino sentía desde su juventud una preferencia por los Verdes. Su partido le había apoyado cuando era oficial de la guardia, y siempre se sentaba en sus bancos durante los juegos del circo. A Justiniano, por el contrario, no le atraían los festejos del Hipódromo. En palacio se decía que ni siquiera le entusiasmaban las carreras de carros. Teodora odiaba a los Verdes desde el fondo de su corazón. A medida que se debilitaba la fuerza del anciano emperador y su influencia sobre los asuntos de Estado, los Verdes perdían prestigio. La sabiduría y avidez de poder de Justiniano se preocuparon de que en Bizancio no fuese de esperar una revolución palaciega ni una lucha sangrienta por el trono cuando muriera el «primer emperador» y el corregente tomara el cetro en su mano. Ni este último ni Teodora tenían que ser coronados de nuevo. Pero ¿qué sería de los Verdes si esta joven criada en el circo, esta peregrina a Egipto de dudosa reputación, influenciaba a su marido, que no entendía nada de juegos? ¡Ay de los Verdes, en tal caso!

En Bizancio —por lo menos en los círculos más prominentes— se había logrado acabar con las disensiones acerca de la consubstancialidad. Pero simultáneamente se inició entre el pueblo y los gobernantes un debate sobre cómo mantener tras la muerte de Justino el equilibrio entre Azules y Verdes. Porque de él dependía el orden de la ciudad y del imperio; la lucha de ambos partidos hacía que las pasiones se desfogaran en el Hipódromo. Aquí los exaltados se llenaban de improperios, y el lunes por la mañana volvía a reinar la paz en los barrios artesanos y barqueros, donde solían tener su origen todos los disturbios. Por mucho que Teodora odiase a los Verdes, ninguno de los dos partidos debía ser aniquilado del todo en interés del orden de Bizancio.

En medio de esta palpitante situación llegó a Bizancio la noticia de que el papa Juan había desembarcado en Dirraquio y se encontraba camino de la capital.

Al principio nadie quería prestar crédito a la noticia. Desde que el emperador Constantino diese su nombre a la ciudad de Bizancio, no se había producido ningún caso en que el obispo de Roma visitase la Roma de Oriente. El jefe de la Iglesia bizantina se sentía tan digno de ser llamado príncipe como aquel que ostentaba el título de *servus servorum Dei*. ¿Y ahora decían que el papa romano había abandonado la Urbe y viajado a bordo de un navío para visitar Bizancio? ¿Con qué objeto? ¿Qué fin perseguía con su visita? Precisamente ahora, cuando Justino había acabado con los monofisitas y comenzado la campaña contra los arrianos. ¿Por qué venía el papa Juan?

En los primeros momentos todos consideraron imposible la noticia. Pero entonces llegó de la costa dálmata un emisario del imperio, y el informe del gobernador era el siguiente: «El barco del Santo Padre ha entrado en el puerto, empujado por vientos

favorables. En el trirreme ondea el pabellón del papa. Viene con un numeroso séquito que incluye a cinco obispos y una docena de sacerdotes. El papa Juan se dirige a la capital.»

Justino, que no sabía mucho del mundo, al menos de aquellos países cuyas fronteras no lindaban con las del imperio, recibió la noticia con mucho recelo. Le hubiera gustado rechazar la idea de que un día el obispo romano pondría los pies en el palacio imperial. Semejante entrevista sólo podía acarrear trastornos y perturbación.

Justiniano veía más allá. «El papa —dijo en el consejo de Estado— será una personalidad importante e influyente en el momento en que empeore la salud del rey godo. Quedarán una mujer y un niño; según es costumbre entre los bárbaros, la sucesión del trono dará lugar a sangrientas disputas. Si Bizancio y Roma tienden un puente con la unidad de su fe, resultará fácil a las legiones pasar de una orilla del mar a otra.» Propuso que el emperador recibiera al Santo Padre como sucesor de san Pedro. Era preciso olvidar las viejas rencillas y el cisma entre Símaco y Laurencio. El patriarca debía comportarse como si fuera un devoto hijo de la Iglesia romana. Una alianza entre Roma y Bizancio era de inapreciable valor. El papa, que se veía acosado por los partidos del Senado, tenía que recibir la impresión en la ciudad de Constantino de que había regresado al hogar.

Sumido en la desesperación, el papa Juan embarcó en Classis y rezó durante la travesía para que el Señor hiciese breve la humillación de la Iglesia, que parecía inevitable con esta misión del papa. Y ahora tenía la sensación de haber llegado a un mundo maravilloso. Desde que desembarcara en tierra bizantina, advirtió la diferencia con Roma. No podía adivinar que el palacio imperial había enviado a docenas de funcionarios para que rindieran homenaje al Santo Padre en cada una de las etapas. El pueblo recibió la orden de acudir a recibirle y agasajarle con esplendidez. Los obispos debían cuidar de que no se produjera ningún incidente religioso que pudiese molestar al papa. El etrusco debía recorrer el camino de Bizancio en olor de multitudes, y creer que Roma y Bizancio eran hermanas en el Señor; el *pontifex maximus* pisaba el suelo de su propia tierra y era recibido por todos con amor filial y el respeto debido a la cabeza de familia.

Desde que desembarcara en Dirraquio tuvo la impresión de que el mundo se había transformado. Nadie le preguntó: «¿Por qué has venido? ¿Quién te envía? ¿Vienes como legado? ¿Traes un mensaje? ¿Quién eres en realidad, papa Juan?» Todos se inclinaban ante él y le aclamaban; por doquier sonaba el kirieleisón. Se le acercaban obispos para rendirle homenaje: «Tu fiel servidor en Cristo se alegra de tu visita con lágrimas en los ojos». Tres altos dignatarios del palacio imperial le salieron al encuentro y se postraron a sus pies. No se movieron hasta que él les ayudó a levantarse, les abrazó y les dio el ósculo de la paz.

¿Qué había pasado en Bizancio? Cuando años atrás viajara a Tierra Santa con Símaco, ambos constataron que el palacio imperial no concedía ninguna importancia al obispo de Roma. ¿Por qué le rendían homenaje ahora? ¿Qué podía traerles que les causara alegría?

Así llegó el papa Juan a las puertas de Bizancio. Descansó durante un día en un cómodo alojamiento fuera de las murallas. Era conveniente que hiciese su entrada en la ciudad en domingo, con toda pompa y solemnidad, como correspondía al *pontifex maximus*. El domingo, la población de la ciudad paseaba por las calles, y para esta ocasión fueron abiertos incluso los jardines de palacio.

Gentes ataviadas con sus mejores ropas acudieron a recibir al papa en grupos tan numerosos, que el etrusco apenas podía creer lo que veía. Todos agitaban palmas, y en cada esquina había coros entonando cánticos. El Santo Padre fue colocado a lomos de un mulo blanco como la nieve, cuyos arreos estaban adornados con oro. Entró en la ciudad como un auténtico príncipe, bajo un palio de púrpura. Nadie preguntó ni siquiera con una palabra: «¿Qué te trae aquí, papa Juan?»

Ante la basílica de la Sagrada Sabiduría esperaba el patriarca, una figura canosa envuelta en una amplia dalmática entretejida de oro y tocada con un gorro puntiagudo; sostenía en las manos el milagroso evangelio de tapas de marfil, que ambos rozaron con los labios antes de intercambiar el ósculo de paz. La clerecía esperaba a Juan a la entrada de la iglesia, y el patriarca le acompañó hasta la sacristía. El coro empezó a cantar mientras los obispos vestían al papa, el cual se dirigió al altar vistiendo la más valiosa casulla de la Iglesia oriental. Comenzó un grande y único espectáculo en la historia de Bizancio: el papa romano celebró la misa… en latín. Las antífonas se cantaron en griego, y las respuestas también fueron entonadas en lengua griega. Pero la voz del papa resonó entre el incienso y proclamó victoriosamente la romana unidad de la fe cristiana.

En la sala principal de palacio había cuatro tronos. Dignatarios revestidos de oro ayudaban a Juan, sosteniéndole por ambos brazos, a subir los diez escalones, para que pudiera contemplar desde arriba la asamblea de los afortunados de este mundo. Los coros cantaban desde nichos ocultos en la pared. El papa miró a su alrededor y vio al emperador Justino, el viejo guerrero; los cirios iluminaban los rojas cicatrices de su rostro, que databan de sus tiempos de mercenario ilirio. Justiniano estaba delgado, y su piel era transparente. Le brillaban los ojos, y su rostro expresaba una atención concentrada. Su mujer, Teodora, era la que más habladurías proporcionaba a Roma. Se advertía que su trono había sido elevado para que estuviese a la misma altura que el emperador y su marido. La corona que ceñía su cabeza sostenía un velo tras el cual se ocultaba a medias su correcto perfil, las espesas cejas y el resplandor de sus ojos de cambiantes destellos. La figura cubierta por el pesado manto de oro no se movía, sólo estaba al descubierto una mano, como una magnífica flor oriental. Dedos finos,

joyas bizantinas: medios de expresión de la actriz y símbolo majestuoso de la emperatriz.

Mientras el papa Juan se hallaba sentado en las alturas celestiales y la corte desfilaba ante él para rendirle su homenaje, pensaba en Letrán y en los días llenos de preocupaciones y las silenciosas fiestas. Una hora más… y el ceremonial tocó a su fin. Ahora comenzarían las deliberaciones, que dirigiría el primer ministro de Su Majestad. Durante algunas horas, Juan se despojaría de la dignidad del *pontifex maximus* y no tendría más remedio que transmitir el mensaje del rey de los godos.

XLII

Como mansos corderos se congregaron los senadores en el Capitolio. ¿Habían pasado mil años desde que se atrevieran a soñar con una Roma libre, con la desaparición de la soberanía goda, quizá incluso con la restauración de la república? Cipriano presidía, en lugar del decapitado Albino. Ya no era el prefecto de la ciudad quien dirigía la asamblea de los *patres*, sino el canciller de Teodorico.

En el orden del día figuraba como único tema la presentación de pruebas contra Boecio y Símaco. Puesto que ambos eran senadores, la ley prohibía que los *patres* pronunciaran la sentencia.

Cipriano era un fiscal experimentado. Su voz no denotaba pasión alguna. Como arquitecto de la virtud, construyó con pequeñas piedras el palacio de la culpa. Mencionó pormenores de la política bizantina que sólo podían conocer los que año tras año archivaban el material secreto de las cancillerías.

Hacía dos horas que hablaba o leía apuntes, ya en latín ya en griego. Los senadores eran viejos y estaban cansados. «¿Por cuánto tiempo —pensaban—, por cuánto tiempo seguirás abusando de nuestra paciencia, Cipriano?»

Las palabras caían como martillazos. Ninguno de ellos había pensado que los jóvenes se convertirían en hombres de edad madura. Los senadores que durante los últimos años se habían ocupado de algún asunto de Ravena, recordaban al joven canciller Cipriano, siempre tan obsequioso con ellos. «Vuelve a intentarlo, hijo mío», le habían dicho, y cuando Cipriano conseguía despachar la *«causa»*, le recompensaban con una modesta suma. Así vivió, a la sombra de Boecio. Nadie osaba importunar al filósofo de los pequeños problemas cotidianos.

Si el fiscal del rey les hubiera interrogado uno por uno, seguramente algunos de entre ellos se habrían pronunciado contra la pena de muerte. Muchos se hubieran acariciado la barba canosa, cerrado los ojos y murmurado: «No puedo». Pero juntos, eran sumisos. Ninguno de ellos pronunció el *«non possumus»*. Ninguno de los *patres* dijo, siguiendo el ejemplo de Boecio: «Si él es culpable, entonces todos los que estamos aquí somos culpables». Ni uno solo se atrevió a oponerse a Teodorico, cuya edad de oro habían disfrutado durante un cuarto de siglo. «Hace rato que ha pasado el mediodía y tú aún no has terminado con tu discurso. ¿Por qué tienes que agotarnos? De todos modos hemos de votar por la pena de muerte de Boecio.»

¿Quién se hubiese atrevido a pedir, según la antigua costumbre, bolas negras y bolas blancas para fallar el caso por una votación secreta? Los que deseaban tener el valor de votar por la inocencia del acusado, sentían sobre sí la mirada fría de Cipriano. De hecho, este hombre servía fielmente a Teodorico. No poseía un jardín en Roma, no tenía intención de vivir en la Urbe, nadie sabía de qué ciudad de Liguria

había salido para encaminarse hacia Ravena como un útil y siempre obediente escriba. Era trabajo vano citarle a Catón, Cicerón o Graco. Para él, el rey de los godos era el padre de la patria, aunque este título le fuese negado a Teodorico cuando, por única vez en su vida, estuviera en Roma.

«Culpable», fue la decisión del Senado. Como un día, cuando en la Campania se juntaron los ejércitos de rebeldes y renegados, cuando en la lucha se decidía el destino de continentes, y tal vez Antonio hubiese disgregado la parte oriental del imperio si Octaviano no hubiera sido el general más fuerte. Temblando de frío en un desapacible día de noviembre, doscientos ancianos condenaron a Boecio a una muerte «misericordiosa».

El arquitecto godo había terminado el dibujo de la cúpula del mausoleo. Era una empresa extremadamente difícil transportar desde Istria el gigantesco bloque de piedra que coronaría el monumento y serviría de techo al sarcófago de pórfido de Teodorico, en el cual descansaría después de su muerte el más grande de los reyes.

El arquitecto había mencionado cantidades mágicas para su obra: la cúpula mediría treinta y tres pies de diámetro y trece de altura. Toda una tropa de picapedreros trabajaba para pulir, redondear y dar forma al bloque destinado a coronar el mausoleo.

Pero ¿cómo levantarían la cúpula? ¿Qué mecanismo podían utilizar para conseguirlo? ¿No era lógico que aquí surgiera el nombre de Boecio? El antiguo *magister officiorum* era ciertamente conocido por su sabiduría, pero muchos le consideraban a causa de su taller «un servidor del diablo». Del taller de Boecio habían salido muchas obras de arte del estilo de los relojes de agua, pero acerca de sus tablillas repletas de incomprensibles fórmulas corrían múltiples rumores. Si Boecio no hubiera estado encerrado en la prisión de Ticino, hubiese ideado sin duda alguna el mecanismo apropiado para levantar la cúpula sobre el mausoleo. No obstante, era imposible pedir ayuda a un prisionero cuyo destino —como sabía todo el mundo— ya estaba sellado.

Hacía poco tiempo que había llegado a la corte un sacerdote visigodo. Tenía fama de ser muy entendido en la ciencia de la materia. Recabaron su ayuda, y se inició la construcción del mecanismo elevador. Con troncos y tablones se levantó un potente andamiaje hasta la altura de los muros, y los búfalos más fuertes fueron utilizados para poner en movimiento el mecanismo que levantaría con mucha lentitud la cúpula ya tallada.

Era ya inminente la colocación del último segmento, y Teodorico dijo al amanecer: «Mañana visitaré el lugar». Prometía ser un gran día, pues el rey salía con muy poca frecuencia de palacio; cabalgar le cansaba, y no era de su agrado sentarse en una litera. Su caballo había envejecido con él, y le aceptó con evidente alegría sobre sus lomos cuando se formó la comitiva bajo el sol ya templado de la incipiente

mañana. Se abrió la Porta Serrata, y lanceros godos bloquearon el camino para que la población de la ciudad no saliera en tropel detrás del rey. En su séquito sólo había godos, ni un solo romano podía acompañarle. La inauguración del mausoleo sería una solemnidad germánica, un ceremonial arriano en el que los latinos no debían participar.

El redondo borde superior de la gigantesca cúpula de piedra apareció por encima del andamiaje, los búfalos movían con impresionante esfuerzo el engranaje que elevaba sobre ruedas dentadas el coloso de piedra. Todos los ojos miraron hacia arriba. Los cimientos del mausoleo se asentaban profundamente en la tierra pantanosa; un canal subterráneo había sido construido para desviar el agua de las inundaciones primaverales. El sarcófago de pórfido esperaba al rey en la planta superior. La única entrada se hallaba arriba, en la galería circular, a la que sólo podía ascenderse por una escalera adosada al muro exterior. Cuando esta escalera —tal como estaba previsto— fuese derruida tras la muerte del rey, nadie podría llegar a la cámara mortuoria, que era cruciforme y ocupaba el espacio bajo la cúpula.

El caballo del rey se detuvo sobre un promontorio artificial levantado con la tierra excavada. A medio tiro de flecha de distancia, unos hombres guiaban a los animales con latigazos y maldiciones ahogadas que silbaban en el aire. Todo esto tenía lugar ante los ojos del rey. Cuando el bloque de piedra asomó por encima del gigantesco andamiaje, se oyó repentinamente un estruendo ensordecedor. Desde el promontorio se veían hombres diminutos corriendo en todas direcciones. Cuerdas rotas saltaron por el aire, los animales rugieron; todo se derrumbó con el fragor del trueno, arrastrando tras de sí andamios, cuerdas y piedras. La cúpula, consistente en un solo bloque, se precipitó hacia el fondo como una taza invertida.

Momentos espantosos hasta que enmudecieron los bramidos de los animales sepultados. Atados al mecanismo, no habían podido huir como los hombres, de los cuales sólo unos pocos quedaron atrapados bajo la masa de piedra. Ningún romano había participado en la construcción, ningún latino había transmitido voces de mando. Era una obra de germanos, erigida por el pueblo godo en honor de un Odín terrestre, para su eterna memoria. Y ahora todo era un ingente montón de escombros, alrededor del cual reinaba un ominoso silencio.

El rostro de Teodorico estaba mortalmente pálido, pero no profirió ninguna reclamación ni se entregó a uno de sus frecuentes ataques de ira. Acarició la cabeza del caballo, y el animal fue hacia donde lo dirigían las rodillas de su jinete. Cuando Teodorico bajó del promontorio, los hombres ya habían acudido al lugar del hundimiento, y apartaban los tablones, vigas, peldaños y maderos. ¿Qué había ocurrido con el bloque de piedra? ¿Cómo había quedado la cúpula? ¿Estaría rota bajo la parte del muro que arrastrara en su caída? Una cúpula partida en dos sería un mal presagio. El tenebroso aliento de la superstición flotaba sobre el semiderruido

mausoleo.

Teodorico fue el primero que vio el gran bloque de piedra. Una gran grieta lo cruzaba desde el borde hasta casi el centro; la cúpula seguía entera. La grieta no significaba una maldición, era sólo una advertencia: «¡Estad sobre aviso!»

En Bizancio, la erección de un templo era algo que concernía a todos; también allí habían empezado a coronar con cúpulas las nuevas basílicas. Teodorico lo recordó: tampoco en Bizancio resultaba fácil, y muchas veces tenían que realizarse vanos intentos, aunque se decía que los arquitectos griegos eran los mejores artistas en la construcción con piedras y mármol. No, la cámara mortuoria de Teodorico no debía derrumbarse por segunda vez.

La cúpula mostraba una enorme grieta, pero no estaba rota. «No tiene importancia», dijo Teodorico. Tocó la grieta como si fuese un médico que pudiera curar con dos dedos la herida de la piedra. «No tiene importancia», dijo. Estaba acostumbrado a que todos dependieran de su palabra.

El sacerdote visigodo levantó la cruz. Improvisó una plegaria como introducción a un inesperado oficio divino; todos se arrodillaron en el lugar donde se encontraban, y sólo los animales, espantados, mugían instintivamente. «No tiene importancia», se oía por doquier, y todas las miradas se posaban con alivio en Teodorico. En toda construcción ocurren grandes o pequeños incidentes. ¿Acaso el plan era demasiado atrevido? ¿0 tal vez el andamiaje demasiado débil y el número de búfalos, escasos? Todo tendría que ser reforzado. La cúpula tendría que resistir las tormentas, y era evidente que había resistido bien el primer embate. «¡Bravo por los picapedreros!» A trote lento regresó Teodorico a la ciudad.

La comitiva entró en el patio del palacio. No hubo gritos de júbilo, pero tampoco ninguna señal de duelo. Los latinos, que ya estaban enterados del incidente de la cúpula, buscaron en vano signos de desánimo en los semblantes de los godos.

El rey recibió solamente a su ministro; no concedió ninguna audiencia.

—Entra, Cipriano —dijo el centinela.

El *magister officiorum*, cargado de rollos de pergamino, entró en la sala de audiencias tras la cual se hallaban los aposentos de Teodorico. Cuando Cipriano cruzaba el umbral, el conde godo Triguilla le detuvo.

—¿Ha fracasado la colocación de la cúpula?

La mirada de Cipriano se elevó hacia el techo, y extendió los brazos como si quisiera expresar una queja contra la crueldad de los cielos.

Entonces el «sicofante» se halló ante la sombría presencia del rey. Hoy Teodorico no le ofreció ningún asiento. El *magister* alisó una hoja de papel y le dijo con voz velada:

—El primer informe, señor, sobre la llegada del papa Juan. El emisario a caballo, que ha venido en un velero rápido, le dejó en las puertas de Bizancio. Este hombre ha

desembarcado en Classis al amanecer. Todo va bien. El papa Juan ha sido recibido como vuestro legado.

XLIII

Las mazmorras eran malas en Ravena. Quienes habían atraído hacia sí la ira del rey, eran encerrados en un húmedo agujero en los sótanos de palacio. No estaba destinado a prisioneros sometidos a un largo proceso, sino a albergar por una noche a los condenados a muerte. Las mazmorras de un palacio no eran casi nunca seguras. Había demasiados servidores infieles que por unas monedas de oro emborrachaban al carcelero, le arrebataban las llaves, conseguían caballos y hacían posible la fuga. En Ticino era diferente. Aquí se encerraba en un enorme campamento militar a los condenados o a aquellos que esperaban su sentencia. En el centro se encontraba una larga hilera de celdas, y a través de las mirillas de las puertas los centinelas siempre podían vigilar a los prisioneros.

El centinela veía al prisionero sentarse a la mesa en cuanto amanecía; mesa, tinta y papel eran una muestra de clemencia. En el campamento militar no abundaban los guerreros de esta clase. En su mayoría eran guerreros que habían cometido faltas de disciplina, desertado o practicado el pillaje; se les encerraba aquí hasta que se decidía su suerte. La guardia consistía en veteranos de lenguaje rudo, que ni siquiera demostraban mucha compasión hacia los condenados que acompañaban al lugar de la ejecución. Era el destino de los guerreros; ¿por qué no habían sabido comportarse mejor? El veterano recibía un trozo de tierra, el rebelde, una soga.

Pero este prisionero era de otra categoría. Empleaba un lenguaje que el centinela sólo comprendía tras grandes esfuerzos: palabras del complicado latín que se hablaba en palacio. Nadie había oído nunca que un prisionero tuviese autorización para pasarse todo el día escribiendo, y además, por indicación expresa del comandante del fuerte. Siempre debía tener a punto una lámpara de aceite, tinta, plumas y pergamino. Por otra parte, el tal Boecio, que había sido un hombre de prestigio, se comportaba con mucho decoro. Nunca expresaba ningún deseo. Con frecuencia se levantaba, daba unos pasos arriba y abajo de la celda, o se estiraba sobre el catre. No recibía ninguna visita ni había que llevarle ante el juez. El rey ya había pronunciado la sentencia; se murmuraba que su ejecución tendría lugar en Roma. A un hombre tan amable difícilmente podía condenársele a muerte por segunda vez. Una sería suficiente para él cuando llegase el momento. Pero ¿cuándo?

Boecio saludaba a la mañana en cuanto sus débiles rayos penetraban en su celda; le gustaba el agua que le refrescaba cuando el aire del mediodía se tornaba sofocante. Ya de buena mañana se alegraba de poder sentarse a la mesa, una vez más libre del laberinto de las pesadillas nocturnas, y continuar su trabajo sobre la *Consolación de la filosofía*.

Al principio todos los prisioneros dicen que han sido objeto de una injusticia, que

sus enemigos han engañado a los jueces. Todo el mundo tiene derecho a proclamar su inocencia ante el foro de su propia conciencia, y Boecio también hizo uso de este derecho hasta que fue reclamado por esferas más elevadas. Las palabras del hombre ofendido eran más fuertes que las del filósofo.

»…¡Cuán a menudo me interpuse en el camino de Konigast, para impedir sus abusos contra la propiedad de los débiles! ¡Cuán a menudo evité que Trigualla, el mayordomo real, diera el último paso cuando quería atentar contra la justicia! ¡Cuán a menudo hice uso de mi autoridad para salvar a los pobres de los innumerables excesos, nunca frenados por el castigo, de la codicia bárbara! Jamás confundí de ninguna manera lo justo con lo injusto. La expropiación de la propiedad de las gentes, tanto si se trataba de un robo personal como de la extorsión de impuestos por parte del Estado, no me ha conmovido menos que las víctimas de esta injusticia… Mis esfuerzos por evitar que el cónsul Albino fuese castigado por una acusación preparada de antemano, me valieron el odio del sicofante Cipriano…

Pero tú querrás saber, filosofía, de qué crimen he sido acusado. Dicen que he querido proteger al Senado. Me preguntas por qué tendría que hacerlo. Se me acusa de haber ocultado un material clandestino por cuya causa el Senado hubiese incurrido en un crimen de lesa majestad. ¿Qué piensas ahora, maestra mía? ¿Debía yo inhibirme de este crimen para no acarrearme ningún perjuicio? Lo cierto es que he querido cometer este “crimen” —si puede llamarse tal— y volvería a cometerlo mil veces…

»¿De qué sirve malgastar más palabras sobre las cartas falsificadas, en las cuales, según la acusación, yo expreso el deseo de que Roma pueda alcanzar su libertad? La mentira resultaría evidente si yo tuviera la posibilidad de argumentar sobre el testimonio del fiscal, lo cual es de la mayor importancia en todas las confrontaciones legales. ¿Dónde puede haber una sola chispa de esperanza de esta libertad? ¡Ojalá hubiese alguna! En tal caso yo hubiera citado a Canio, que, acusado por Cayo César, el hijo de Germánico, de complicidad en una conspiración, dijo: “Si yo lo hubiese sabido, tú no lo habrías sabido”.

»Puede llegar a comprenderse que la criminal jauría sedienta de la sangre de todos los hombres buenos y del Senado entero, quiera acabar también conmigo por mi participación; pero ¿he merecido semejante trato por parte del Senado? Sabes muy bien, porque tú, filosofía, has estado siempre a mi lado y has guiado todas mis palabras y actos, sabes muy bien, digo, que yo intervine en favor de la inocencia de todo el Senado, con gran peligro para mí mismo, cuando el rey… decidido a perderles a todos, quería inculpar a todo el Senado del crimen de lesa majestad imputado a Albino. Tú sabes que ésta es la verdad y que jamás he hecho nada para mi gloria personal… Sin embargo, ahora me amenaza la sentencia de muerte y la proscripción a una distancia de casi quinientas millas, a mí, que no puedo pronunciar

una sola palabra en mi defensa, ¡cuando mi único crimen fue intervenir con demasiado celo en favor del Senado!… Los rumores difundidos entre el pueblo con respecto a mí, lo que todos piensan sobre mí de la manera más contradictoria, no me interesa en absoluto y no quiero ocuparme de ello. Sólo diré una cosa: el colmo de la desgracia que puede sobrevenir a un hombre, es que se diga que ha merecido los reproches acumulados contra él. ¡Yo tengo que aceptar el despojo de mis bienes y títulos, el desprestigio y finalmente, la muerte, por haber cometido un acto noble!…

Aún estaba húmeda la tinta de las últimas frases, aún seguía resonando en su cabeza el sentido de las últimas palabras, cuando la mano del carcelero abrió el cerrojo; intranquila, la mirada del prisionero se posó en el hombre armado.

—¡Ven, Boecio!

¿Muerte, perdón, tormento? ¿Habría cambiado de opinión el inflexible rey?

En la habitación del comandante de la guardia le recibieron unos rostros desconocidos. Ligures: el sonido de su lenguaje era tosco. El más viejo miraba unos documentos.

—¿Has adelantado tu trabajo, Boecio? ¿Cuánto has escrito?

—La filosofía no tiene fin, amigo mío. Si me dices lo que quieres saber, te contestaré con mayor exactitud.

—El Senado ha ratificado tu sentencia. El rey ya no puede cambiarla. Te ha permitido terminar tu trabajo, pero su paciencia tiene un límite. Su pregunta es: ¿Hasta dónde ha llegado Boecio?

¿Un nuevo canciller en palacio? No le conocía.

—¿Dónde trabajas, amigo mío? ¿Qué sabes del arte de escribir? ¿Sabes acaso que la inspiración viene y se va?

—Dentro de una hora regresaré a Ravena. Espero tu respuesta… ¿O debo ya dar la orden, pues tengo autorización para ello?

Boecio vio la lucha del joven para dominar su sentimiento de inferioridad, para dar a sus palabras la mayor dureza posible.

—Aún eres joven, amigo mío. Yo no te hubiera confiado una misión tan difícil. Di a tu rey que el poder de las palabras es tan ilimitado como imposible es contar las frases que en un minuto ocupan el pensamiento humano. El libro… está en sus comienzos. Si así lo deseas, ven a mi mazmorra y hojea las páginas. Mientras me permitan escribir, la filosofía me consolará. Cuando me digáis: «¡Basta!», me acompañará hasta el lugar de ejecución… Vete, amigo. Di a tu señor que Boecio está dispuesto. Pero que hasta que llegue la última orden… trabajará.

—Tú mismo has de darla.

—¿Yo mismo he de darla? Créeme, amigo, se lo comunicaré al centinela: esta mañana Boecio ha puesto el último punto. Está consumado. Así es más hermoso… más humano. ¿Puedo esperar tanto de Teodorico el Grande?

—Su Majestad el rey me ha ordenado decirte que ahora no puede hacer nada. El Senado ha pronunciado tu sentencia de muerte.

—*Pax tibi*. Regresa, amigo. Di que has visto a Boecio. Seguramente serás el último que hable con él como hombre. Di a Rusticiana que me has visto y que estoy bien. Tú sabrás… adornar mi mensaje con palabras corteses, para que lo comprenda Cipriano, y Triguilla y también Casiodoro. Teodorico debe comprenderlo… todos deben comprenderlo, y esto es lo más difícil. Yo diría, si con ello puedo ayudarte: «He hablado con Boecio; la desgracia no ha ofuscado su mente. Según sus palabras, dentro de algunas semanas terminará la *Consolatio*. No tiene ningún deseo. No desea seguir viviendo. No odia a nadie, ni acusa a quienes le han acusado. No encomienda a nadie a la gracia del rey, sólo a nuestra pobre Italia, que ahora va vestida de luto». Ve… ni siquiera te pregunto tu nombre, noble amigo. ¿Qué importa un nombre a un prisionero? ¿Sólo otro nombre que conservar en su recuerdo? Te espera un largo camino, tardarás varios días en llegar a Ravena. *Pax tibi*. Siento no disponer de algunas monedas para recompensarte por el viaje.

XLIV

El papa Juan esperaba una audiencia. Habían pasado cinco semanas y aún no había visto al divino emperador. En cuanto a homenajes, no se podía quejar. Los festejos, carreras, conmemoraciones, aniversarios, se sucedían sin interrupción, dando a la corte un pretexto para aplazar las conversaciones. Hasta ahora, todo había sido una toma de contacto. Pero no se congregó ninguna reunión en la cual el papa Juan pudiera exponer lo deseable que sería la paz entre Teodorico y el *basileo*.

De pronto el papa recibió la noticia de que Teodora deseaba visitar al Santo Padre después de la siesta. Vendría con su séquito más inmediato, y pedía al papa que por su parte tampoco permitiera la asistencia a más de tres personas. Deseaba ofrecerle sus respetos, aunque también podrían hablar de los asuntos del imperio.

El poder de Belisario iba en aumento. Esto desagradaba a Juan de Capadocia, que sostenía la opinión de que la misión de los guerreros era luchar y no dar consejos sobre política. Teodora era enemiga del canciller y amiga de Antonina, la mujer de Belisario. Su amistad databa del tiempo en que ambas cosechaban éxitos en los escenarios de Bizancio. El hecho de que la corregente quisiera visitar al papa Juan indicaba que tenía motivos más trascendentes que rendir su homenaje al jefe de la cristiandad.

Teodora habló de Severo, el piadoso obispo de Alejandría. Era la introducción. Entonces siguió la primera pregunta.

—¿Te envía Roma?

—Me envía el rey de los godos.

—¿Qué clase de hombre es Teodorico? Sólo le he visto una vez, cuando aún era una niña; reinaba el emperador León, y yo me encontraba en el Hipódromo. Recuerdo que tenía los cabellos rojizos. Ceñía su frente un aro de oro. No comprendí su significado: hijo adoptivo del emperador. Mi padre aún vivía. Entonces estábamos al servicio de los Verdes. Alguien dijo que nuestros nombres eran muy semejantes: Teodorico y Teodora. Me lo dijo un guarda, frente a la jaula de los osos. ¿Qué clase de hombre es el rey?

—Cuando yo era un joven clérigo, Augusta, la Urbe era una arena de lobos. Yo había venido de Etruria y quería regresar a las ciudades milenarias sin pasar por Roma, donde el estruendo de la guerra no se interrumpía nunca. Hoy, señora, puedes cruzar solo la Campania, cargado de tesoros, y nadie te asaltará por el camino. Si pagas lo que reclaman los recaudadores de impuestos, puedes cultivar tus campos. Nadie te molesta, nadie te arrebata lo que es tuyo. Los mercaderes pueden viajar a salvo por el país; ningún godo armado puede acercarse a sus carros. Puedes alabar al Señor según la verdadera fe, si consigues olvidar que en otros templos se predica

impunemente la herejía de Arrio.

—¿La paz de Teodorico?

—Tú, Augusta, has revelado el camino de tu conversión. Todos lo conocen. Sin embargo, ¿qué camino ha sido más difícil? ¿El tuyo? Tú has nacido en Bizancio y tal vez tus antepasados ya profesaban la fe de Cristo hace quinientos años. Has vivido en la ciudad, has sabido siempre que al orden celestial debe seguir un orden terreno. En cambio, ¿sabes de dónde procede Teodorico? Sus antepasados crecieron entre los animales salvajes del bosque. Para ellos significaba más el murmullo de los robles que la palabra de Dios. Su ley eran dos espadas cruzadas. ¿Dónde estaba su tierra…? Los godos errantes sólo tenían sus carros. Y de este pueblo errante procede el hijo de Amal, como se llama a sí mismo. Y sin embargo, Augusta, sólo él ha conseguido lo que una sabia palabra antigua denomina el equilibrio. Los romanos están en un platillo de la balanza, los godos, en el otro. Y godos y romanos viven en paz y no derraman sangre. Este hombre ha logrado que nuestros ciudadanos nazcan, vivan y mueran en paz. *Roma felix*… cuan a menudo lo he oído. Toda alocución oficial comienza con esta frase cuando se quiere ensalzar la gloria de Teodorico. *¿Roma felix?* ¿Puede ser feliz la ciudad que en un tiempo fue el centro del mundo? ¿Puede ser feliz cuando el número de los que no frecuentan nuestros templos es tan grande como el de mis fieles?

»Augusta, es posible que nunca haya existido un enviado más especial que yo. Mi adversario me hizo llamar y me dijo: “Ve a Bizancio, Juan, y di al único emperador del mundo que ante él, como emperador, inclino la cabeza. Pero yo soy rey de un pueblo, y si quiero, doscientos mil hombres saltan a su caballo en un solo día. Y estos hombres ya no son bárbaros, no son las hordas que un día asolaron el imperio. Ya no son hombres hambrientos a los que sólo impulsa el ansia del saqueo. Tú mismo lo ves, papa Juan, cómo godos y romanos viven en paz unos con otros. Pero si alguna vez surge entre ellos alguna disputa, yo soy su juez. Y yo juzgo de acuerdo con la justicia, y no de acuerdo con mi sangre. No, papa Juan, esta armonía no será perturbada aquí, en suelo itálico. Es Bizancio la que provoca… de allí vienen las consignas y las armas, las órdenes y el oro. ¿Por qué no nos dejan vivir en paz? ¿Por qué se inmiscuye en nuestros asuntos el palacio imperial? ¿Por qué nos envían agentes provocadores? ¿Por qué corrompen a mis mejores ministros? ¿Cómo es que tras tantos años de paz ha surgido de pronto una conspiración? ¿Contra quién? ¿Contra quién, papa Juan? ¿Qué sería de vosotros si doscientas mil lanzas godas y una muralla de aliados al otro lado de los Alpes y a todo lo largo del mar de los vándalos no protegieran a Italia? ¿Cuántos nuevos Odoacros irrumpirían desde las montañas? ¿Existiría aún Italia, de no ser por nosotros? Ve, papa Juan, y di al *basileo* que no rompa nuestra alianza hasta que él también esté en situación de proteger a Italia. ¿Es justo enviar dinero y esperar a que el pueblo se rebele, a que la antigua

provincia del imperio se transforme en un campo de batalla una vez más?” Como ves, Augusta, Teodorico no desea nada imposible. Yo, el indigno sucesor de Pedro, digo que no desea nada imposible…

—Pero tú mismo debes comprender, Santo Padre, que cumplir el deseo de Teodorico equivaldría a renunciar a nuestra misión de luchar contra la herejía y propagar la verdadera fe.

—Esta lucha significa la guerra, Augusta. El pueblo está cansado, ansia la paz. Es muy pobre.

—¿Esto dices tú, el sucesor de Pedro, que has prestado juramento sobre el Credo de Nicea?

—Yo residía ya en la Urbe cuando en tres años tres emperadores empobrecieron y asolaron la ciudad. Ya vivía en la Urbe cuando dos reyes bárbaros entablaron entre sí una guerra sin cuartel. Ya vivía en la Urbe cuando los partidarios de Símaco y Laurencio disparaban unos contra otros tras las barricadas. Tú no has vivido en la Urbe, Augusta. No puedes imaginarte lo que sucede en Roma cuando hay una guerra. Incendios, destrucción, hambre y pestilencia. Todo el mundo se convierte en un lobo. En el Capitolio luchan entre sí perros que han vuelto a su estado primitivo, en el Foro romano se amontonan los esqueletos, y el polvo traído por el viento es su sepultura, y trozos de mármol roto, su mortaja.

—Eres elocuente, Santo Padre. Dime, ¿qué es lo mínimo que puedes llevar a casa como respuesta?

—El legado —si puedo darme a mí mismo este nombre— transmite el mensaje. Su misión no es juzgar si regresa con palabras de paz o de disensión.

—Boecio está en la cárcel y espera su sentencia. Símaco está en la cárcel y espera su sentencia. Albino está muerto. En las mazmorras languidecen por lo menos cien prisioneros. ¿No es así, Santo Padre? Y el Senado es una asamblea de viejos cobardes.

—Boecio está en la cárcel y espera su sentencia.

—Lo que tú calificas de posible es imposible. Anicio Manlio Boecio era el primer consejero del rey. ¿Y qué le ha sucedido? Romanos y bárbaros ya no pueden seguir viviendo en paz. Tú mismo debes comprenderlo.

—En mi viaje desde Roma a Ravena vi la paz por doquier. Mi corazón y mi mente se rebelan ante la idea de que otro ejército pueda volver a arrasarlo todo. ¿Comprendes, Augusta? Ha transcurrido un cuarto de siglo desde que los bárbaros y las legiones cometieron sus crímenes por última vez. Las heridas se han cicatrizado. Llevamos una vida digna de un ser humano. Vivimos en paz, tenemos leyes.

—¿No ha sido la ley la que ha juzgado a Boecio?

—He oído decir, Augusta, que Justiniano ha hecho un compendio de las leyes del imperio. Al principio de su libro hay una frase sobre la cual discuten en Italia los

jurisconsultos: «La voluntad del príncipe tiene la fuerza de la ley». El palacio imperial también oculta mazmorras. ¿Con quién estoy tratando, Augusta, cuando hablo contigo?

—Yo soy una servidora del imperio.

—Me has preguntado qué es lo mínimo que puedo llevar a Italia como respuesta. Prometed que no usaréis las armas contra los arrianos, que no se derramará sangre allí donde haya triunfado la verdadera fe y los reyes bárbaros hayan inclinado la cabeza ante el *servus servorum Dei*. Y que los templos de los arrianos no serán conquistados ni destruidos.

—Esto significaría atarnos con nuestra promesa. Italia, Santo Padre, es una provincia del imperio, igual que las Galias, Hispania, Panonia o Cartago.

—Han transcurrido cientos de años desde que las legiones abandonaron estos países.

—¡Pero pueden volver cualquier día!

—¿Es ésta tu última palabra, Augusta? ¿La última palabra de Bizancio?

Teodora le dirigió una mirada peculiar.

—El emperador te recibirá pasado mañana. Será una audiencia solemne, pues ya ha pasado la Cuaresma. El primer aleluya de Pascua deberá venir de tus labios. Pero la privilegiada inteligencia de Justino apenas cambiará la respuesta a tu mensaje.

—De modo que habré de volver a Italia con las manos vacías.

—La cancillería formulará la respuesta de manera que Ravena pueda buscar el sentido oculto de las palabras.

—¿Qué pensáis hacer, Augusta?

—De momento… nada. También nosotros somos débiles. Las guerras persas han costado al imperio todo el contenido de la Tesorería e innumerables hombres. Pero la guerra ha servido para probar la habilidad de nuestros generales. Desde que el emperador Constantino fundó aquí su capital, Bizancio no había dispuesto de un ejército semejante. Cuando hayamos reunido el oro suficiente, cuando en la costa y en los puertos estén preparados los barcos necesarios para transportar a un ejército, atacaremos. Entonces Belisario llamará a las puertas de la Urbe como un cristiano ortodoxo y no como un hereje arriano. Ésta es mi última palabra, Santo Padre Juan.

XLV

El prisionero caminaba de un extremo a otro de la celda; asustado, el centinela se acercó a la mirilla. No era raro que los prisioneros perdieran el juicio ante la inminencia de su ejecución. Había algunos que se volvían locos a la primera tortura. Pero Boecio hablaba con admirable claridad. Su voz resonaba en la penumbra: discutía. Esto ocurría siempre al atardecer, cuando la celda era invadida por las tinieblas y el prisionero ya no podía seguir escribiendo.

¿Con quién hablaba Boecio en la mazmorra de Ticino? Los centinelas lo discutían por las noches, ante un vaso de vino agrio. Si su mente se oscurecía, les darían la culpa a ellos. Tenían la orden de mantener al *magister* sano de cuerpo y alma hasta el día en que terminara sus escritos, hasta el día de su ejecución.

—Existen también aquellos —decía a su invisible dama— que al precio de una muerte gloriosa han comprado la gloria imperecedera de su nombre. Algunos no se dejaron quebrantar por el tormento, dando así al mundo el ejemplo de que el mal no puede vencer a la virtud… Ocurre que las mismas causas acarrean a los malvados cosas a veces desagradables y otras agradables. De las desagradables nadie se extraña, pues es el convencimiento general que las han merecido. De hecho su castigo produce un efecto de escarmiento sobre otros malhechores, a la vez que es susceptible de mejorar a los malhechores castigados; además, lo desagradable que les acontece es una clara indicación para los buenos de que no es aconsejable aspirar a la fugaz fortuna que a veces sonríe a los malhechores…

El centinela tomó del brazo a su compañero, y de puntillas se acercaron ambos a la celda. Ahora no cabía duda de que el prisionero discutía con alguien.

—Tu advertencia, ¡oh, filosofía!, está justificada y es enteramente digna de tu prestigio; pero lo que has dicho sobre la Providencia, que presenta un problema al cual están vinculadas muchas otras cuestiones, ya me lo ha demostrado la realidad. Me veo obligado a preguntarme si habrás querido decir que no existe la casualidad, y qué significa exactamente en tu opinión. Ahora pareció que la voz sufría una transformación. Las palabras del prisionero perdieron su impaciencia. Eran las frases de la filosofía, y sonaban con acento más sereno y armonioso.

—Me apresuro a cumplir mi promesa para alumbrarte el camino de regreso a tu patria. Sin embargo, por muy útil que sea el conocimiento de estas cosas, existe el peligro de que nos aparte del camino que ya hemos recorrido; entonces podrías fatigarte y no ser ya capaz de seguir el camino verdadero.

—No hay ningún peligro —replicó él—, pues el conocimiento de aquello que me proporcionaba la mayor alegría, será para mí precisamente un descanso. Como, además, cada detalle de tu explicación se asienta sobre una absoluta autenticidad, ni

la exploración más concienzuda puede descubrir algo confuso.

La respuesta fue nuevamente de ella:

—¡Sea como tú quieres! Si alguien definiera la casualidad como un suceso de trayectoria vaga y no como resultado de una combinación de causas, entonces debo afirmar que no existe la casualidad, y que se trata de una palabra totalmente vacía de contenido, a menos que designe algo hipotético.

Gritos prolongados de los centinelas al pie de la fortaleza, transmitiéndose el santo y seña; alguien podía acercarse al amparo del crepúsculo. Cada ruido que resonaba en la torre era un cambio, un acontecimiento. En la mazmorra enmudeció repentinamente el diálogo. La consoladora filosofía se desvaneció entre las sombras del muro.

La cadena de centinelas, entrechocar de lanzas, de nuevo estentóreas voces de mando. Pasos, más pasos. Conocía los pasos de cada uno de los centinelas. Sabía cuándo le llevarían el agua y el pan, cuándo entraba un nuevo prisionero y cuándo salía uno de los condenados.

Basilio y Opilio se detuvieron en el umbral, entre dos antorchas. Basilio era un escriba de Bizancio establecido en Italia, que había trabajado largo tiempo en la cancillería a las órdenes de Casiodoro. Opilio era uno de los jóvenes godos que habían aprendido la lengua de los romanos.

¡Vaya, Basilio y Opilio juntos! ¡Un griego y un godo! Esta visita inesperada no presagiaba nada bueno. Según las rayas que grababa a diario en la pared, hacía cuarenta y siete días que no hablaba con nadie, a excepción de los centinelas. ¿Y la filosofía? ¿Era fantasía o realidad aquella diosa consoladora que se le aparecía bajo mil formas distintas cuando reclamaba su presencia?

—Nuestro misericordioso señor desea saber cuándo terminarás el libro. Ya no puedes abusar por más tiempo de su benignidad y su paciencia. ¿Cuándo escribirás la última página?

Desde las sombras de la pared, la filosofía escuchaba todas sus palabras. ¿Era por vanidad que tenía la impresión de que el giboso escriba de tímida sonrisa absorbía cada una de sus palabras, quizá con la secreta esperanza de que el rey… perdonase a Boecio? A Opilio no se le ocurrió esta idea. El rey había pronunciado la sentencia de muerte.

—Amigo, sabes muy bien que escribo sobre la filosofía. Ayer comencé el quinto libro. Verás, acabo de escribir acerca del papel de la casualidad, a la que vosotros los jóvenes apenas dejáis lugar en la vida. Noble Opilio, créeme si te digo con franqueza que estoy al final… casi al final del libro. En tres o cuatro días terminaré la *Consolatio philosophiae*. No tengo otro deseo que poner el punto tras la última frase. ¿Me habéis traído noticias de Rusticiana? ¿Me envían mis hijos algún mensaje? Mira, Opilio, tienes que perdonarme esta debilidad.

—Te concedo diez días.

—Yo podría preguntar: ¿cómo puede saber un prisionero cuántos días son diez? ¿Ha de contarlos con los dedos? ¿Debe dibujar rayas en la pared con su cuchara? ¿Me traes noticias de Rusticiana? Dime solamente esto.

—No puedo decir nada. Te concedo diez días, ni uno más.

XLVI

Quienquiera que supiese leer en los rostros de los hombres advertía a la primera mirada que las ojeras del rey estaban hinchadas y amarillentas, y el blanco de los ojos, empañado. Las arrugas de la frente eran más profundas, y el surco que descendía de las sienes al mentón era casi tan hondo como una fosa.

Juan y Teodorico estaban sentados frente a frente. La mirada del papa se posaba en el semblante del rey. Mientras el Santo Padre se hallaba en Bizancio, el dueño de Italia había envejecido.

La expresión de un enviado revela siempre la clase de respuesta de que es portador. En las tragedias antiguas, el mensaje doloroso era simbolizado por túnicas oscuras y destrozadas, gestos de desesperación y un bastón en alto. Entonces todos los espectadores sabían lo que debía esperarse. Ominosos presagios y malas noticias iban siempre de la mano. Cuando éstas eran anunciadas, seguían las largas lamentaciones de los héroes.

Ahora el enviado era el papa. No podía traicionar con las primeras palabras que su misión había sido infructuosa. Pero tampoco podía engañar al rey como hacían los enviados hipócritas, disfrazando la amarga realidad con palabras aduladoras. Mientras no terminase el ceremonial, mientras durase la recepción, la misa y el oficio de acción de gracias, podían ocurrir muchas cosas. Pero cuando la puerta se hubo cerrado a sus espaldas, Juan comprendió que su destino estaba sellado.

«Tengo que pasar por esto lo más rápidamente posible, ya que no hay otro remedio.»

—Señor, seguramente ya estás arrepentido de haberme enviado a mí, el obispo de Roma, como mediador en los asuntos de los poderosos. Tú me obligaste a ello, y yo acepté porque esperaba que en ambas riberas del mar hubiese un entendimiento fraterno. Acepté…

—¿No has obtenido ningún éxito?

—Traigo una carta. Que te la lea otro, señor; yo no quiero hacerlo. Tú conoces mejor a los bizantinos, y sabes que les gusta mezclar la miel con la hiel. Yo nunca he trabajado en una cancillería de asuntos temporales, y me es imposible leer entre líneas y distinguir lo auténtico de lo engañoso. Sus intenciones, en el caso de que las haya comprendido bien, no son malas. El emperador quiere trabajar para mayor gloria del Señor. Sin embargo, la fe ofrece amplias posibilidades de contribuir a esta gloria de diversas maneras.

—¡Exprésate con más claridad!

—En lo que concierne a la verdadera fe, los bizantinos han dicho la última palabra. Justiniano, que es quien realmente ostenta el poder, declaró que siente

admiración por el rey Teodorico porque ha logrado pacificar a la turbulenta Italia. Alabó la sabiduría del gobierno bizantino al enviarte aquí para mejorar la situación itálica. El corazón del *basileo* se alegra de recibir buenas noticias de la vieja provincia.

—¿Suspenderán la persecución de los arrianos?

—Sólo reconocen una fe verdadera, señor.

—¿No habrá ninguna persecución en el reino de los francos ni contra los vándalos que han apostatado de la fe arriana? ¿No está dispuesto el emperador a prohibir las crueldades contra mis hermanos que viven en el imperio?

—Les he conjurado a que empleen las suaves palabras de la persuasión y no la espada. Pero las palabras, cuando no se les presta atención, son tan ineficaces como si se escribieran sobre el agua.

—Abrevia.

—No dan ninguna seguridad. Son bizantinos, y prefieren sacrificar cien mil monedas de oro o diez mil guerreros a comprometerse a algo por escrito. Lo escrito permanece. En esto son inflexibles. ¿Con palabras? Justiniano ha prometido mantenerse alejado de Italia hasta que los asuntos persas estén definitivamente solucionados. ¡No se inmiscuirán en los asuntos de tu gobierno!

—¿Es eso todo? ¿Que no se inmiscuirán?

—Están sentados en su palacio; ningún peligro les amenaza. No hay nadie que les advierta: «No está bien lo que hacéis. No conocéis la situación en Italia».

—¿Se lo has advertido tú?

—La palabra del obispo romano es demasiado débil. Los coros pueden ahogarla.

—Me asiste el derecho. Está el edicto. En Italia todo me pertenece.

—El nuevo código de Bizancio comienza con la frase: La voluntad del príncipe constituye la fuerza de la ley.

—¿Por qué aceptaste la misión, Juan?

—Podría decir, que porque tú me enviaste… Sabes muy bien de qué forma me enviaste, señor. Podría decir que abrigaba la esperanza de que tal vez la palabra de un hombre débil sería capaz de borrar las divergencias del mundo cristiano. Podría decir que quería ver Bizancio con mis propios ojos, hablar con el emperador y apelar a su buena voluntad. ¿Por qué la acepté? Era voluntad del Señor que fuese allí y regresara.

—¿Has visto a Belisario?

—Sólo he oído hablar de él. Durante estos meses viajaba por la frontera persa.

—Se dice por doquier que vendrá a atacar Italia.

—Nadie ha dicho semejante cosa en palacio.

—Pero ¿qué noticias traían los que conocen mejor las intenciones de los poderosos? ¿De qué informaban los emisarios? ¿Se construyen grandes navíos que puedan transportar a cientos de hombres?

—Me mandaste como legado, señor, no como espía.

¿Qué edad debía tener Juan el etrusco, cuyos cabellos rubios estaban veteados de plata y cuyos ojos azules recordaban al mar? Su pálido semblante se confundía con la túnica blanca. Sus manos eran manos de sacerdote. Nunca habían empuñado un arma. Así eran todas las manos en Italia. De acuerdo con la ley de Teodorico, un romano sólo podía llevar un cuchillo corto para trocear sus manjares. Si era una pulgada más largo de lo permitido, se contaba como arma, y llevar un arma era castigado con la muerte. Un latino no podía poseer ningún arma en Italia. ¿Por qué, pues, se atormentaba Teodorico? ¿Por qué temía una insurrección? Con doscientos mil jinetes armados hasta los dientes, podía mantener el orden, llamado por los sacerdotes arrianos la paz de Teodorico. ¿Por qué… por qué estaba pálido su semblante y empañado el blanco de sus ojos? ¿Por qué eran sus movimientos tan bruscos? ¿Estaría enfermo el rey?

Teodorico se puso en pie. Sobre la mesa estaba la carta manuscrita de Bizancio. Le era muy familiar… ¡oh, qué bien conocía los colores! Conocía el significado del púrpura, el de la tinta mezclada con polvo de oro o de plata, el de los sellos más grandes o más pequeños. Incluso las iniciales y los santos que dibujaban en ellas tenían su significado. Y los regalos que enviaban a cada uno, las reliquias… De todo ello podían sacarse conclusiones; en Bizancio, cada detalle insignificante tenía su importancia.

—Toma nota de todo cuanto puedas recordar. Tendrás tiempo suficiente, porque no volverás a Roma.

Juan se levantó. El rey no se inclinó ante él; le miró pasar como si fuera su siervo. Había tomado una decisión. Por la segunda puerta entró Opilio. Su rostro era de mármol. Boecio tenía esposa, padre, hijos. Juan estaba solo. Sólo debía preocuparse de la Iglesia y de la salvación de su propia alma. Tales fueron los pensamientos del papa antes de comprender la mirada del hermético funcionario de la corte, que no le tocó con un solo dedo ni le puso la mano en el hombro como solía hacerse con los prisioneros. Opilio salió primero y el papa le siguió.

—A Ticino…

Éstas fueron las últimas palabras que oyó el obispo de Roma cuando estuvo reunido el séquito y las puertas de Ravena se abrieron ante el carruaje.

Rusticiana solicitó una entrevista con Amalasunta. Durante semanas sólo consiguió chocar contra muros, muros duros como el granito; duros como la cúpula del mausoleo que la caída había agrietado pero no partido en dos. Muros tras los cuales se encontraba tal vez el perdón, o al menos una palabra que abriese las puertas de la esperanza. ¡Oh, aquellas noticias, aquellas espantosas noticias de todas las noches! ¿Quién podía saber qué había de verdad en ellas? Nadie tenía autorización para ir a Ticino. Ante su casa estaba apostado un centinela, y en el cuarto de

huéspedes se alojaban capitanes godos. Rusticiana no estaba prisionera, sus hijos tampoco, pero no podía sacar de la casa ni un solo rollo de pergamino sin que antes fuera examinado por Basilio o por Opilio.

En un instante desaparecieron las esclavas. Al siguiente se abrió la puerta, y Opilio y Basilio abandonaron a su vez la sala de audiencias. Un sacerdote de rostro impasible se quedó inmóvil en el umbral, junto al reclinatorio: parecía una pantomima o la figura de madera toscamente tallada de un apóstol de los godos.

—No puedo hacer nada, Rusticiana —dijo Amalasunta. Era el tono de siempre. Las dos se miraron, y el ceremonial se desvaneció en una niebla a través de la cual cada una de ellas vio brillar lágrimas en los ojos de la otra. ¿Había esperado algo más Rusticiana? ¿Algo… más humano? ¿Qué esperaba, por qué se humillaba? ¿Por qué había repartido regalos, túnicas, oro, para lograr esta entrevista con Amalasunta?

—Es inocente…

—Yo no soy el rey, Rusticiana. Sólo puedo suplicar. Mi padre dijo: «En el caso de Boecio ya he tomado mi decisión.» Sabes que no puede retractarse. Lo único que estoy en situación de prometerte es que me ocuparé de ti y de tus hijos. No os ocurrirá nada malo.

—Boecio no es sólo un hombre… no es sólo un…

—Cuando lo haya terminado… el libro, será uno de tantos. Rusticiana… créeme, me he negado a recibirte durante todo este tiempo con gran dolor de mi corazón. El motivo es que siempre esperaba que llegase alguna noticia, una buena noticia. Esperaba el regreso del papa Juan. «Tal vez ocurra un milagro», pensaba, y el emperador alargue la mano a través del mar y diga: «Démonos la mano en nombre de Cristo. No nos molestaremos el uno al otro mientras haya pueblos a nuestro alrededor que no conozcan el nombre del Señor». Pero Juan ha vuelto con las manos vacías. Nada aplaca la ira de mi padre. Pero tú no has venido a hablar conmigo de los asuntos entre romanos y godos. Sin embargo, sabes muy bien que los romanos no siempre habéis devuelto bien por bien…

—Siempre Roma… sólo Roma… Roma es una ciudad eterna, pero mi marido sólo vivirá una vez. Hoy vive todavía. Hoy aún puedes ayudarle, aún puede abrirse la puerta de la cárcel. Aún puede salvarse.

—Basilio, que conoce mejor a los latinos, me ha dicho: «Aunque abriéramos la puerta a Boecio… no saldría. Está dispuesto. Una humillación tan grande solamente se borra con la muerte…»

Por primera vez sonó la palabra inevitable: muerte. Amalasunta no la pronunció por casualidad. Era su última palabra. Como una despedida. Ahora se levantó de su trono.

—Acércate, Rusticiana, te lo permito.

Se miraron. Volvieron a la vida viejos recuerdos: el jardín, *Hortus conclusus*,

Boecio leyendo versos de Horacio.

—La paz sea contigo —dijo Amalasunta, dándole un beso en la frente—. No puedo hacer nada por Boecio, pero me ocuparé de vosotros.

Rusticiana pensó: «Si tuviera un cuchillo que midiese una pulgada más de lo permitido por Teodorico a los romanos, yo, la hija de Símaco, la esposa de Boecio, la madre de dos cónsules, lo clavaría sin vacilar en el corazón de este despiadado rey bárbaro».

—La paz sea contigo, la paz sea contigo —murmuró el sacerdote arriano cuando le abrió la puerta de la sala de audiencias.

XLVII

¿Cómo golpea un prisionero en la pared cuando quiere hablar con sus compañeros de cárcel? ¿Utiliza el alfabeto griego o el latino?

Los muros de la torre propagaban el sonido de los golpes, y cuando el centinela hacía la ronda acostumbrada, el prisionero intentaba comunicar con un ser humano que compartiese con él las horas de soledad y ahuyentase el temor.

—Soy Boecio, antiguo *magister officiorum*.

—Soy Juan, el papa actual.

El prisionero se asustó al reconstruir las letras latinas. ¿Un loco? ¿Un compañero caído en la demencia? ¿Quién podía ser el que se llamaba a sí mismo papa en su desvarío?

—¡Dame una prueba!

—Estaba en casa de tu padre cuando el papa Símaco visitó al senador Símaco.

Boecio recordó aquella tarde. ¿Quién había venido con el Santo Padre…? ¿Sería aquel diácono rubio que hablaba el latín con el acento de un extranjero del norte? Surgieron los recuerdos… «¿De dónde procedes, amigo?», le había preguntado entonces. «De Tarquinia…»

—¿De dónde procedes, amigo?

Más golpes. El nuevo prisionero tenía que ejercitarse. ¿Qué número del alfabeto latino correspondía a la T y a la Q?

—De Tarquinia.

Su vecino era el papa, no un demente. ¿Qué podía haber sucedido en el mundo…? ¿El obispo de Roma prisionero en Ticino?

—El godo me envió a Bizancio. Paz con los arrianos. Ningún ejército a Italia. Fracasé. Soy prisionero del rey. Estoy enfermo.

—¿Estás enfermo?

—Me duele el corazón. ¿Qué ocurrirá contigo?

—He de morir dentro de ocho días.

—Pedí al emperador que te ayudase.

—¿Qué será de ti, papa Juan?

—Soy digno del martirio.

—¿Eres feliz, papa Juan?

—El Señor puede llamarme a su seno de un momento a otro.

Boecio disponía aún de ocho largos días para recuperar fuerzas. Todo debía suceder dentro de estos ocho días.

—Yo escribo.

—¿Una solicitud?

—No, un libro.

Golpes:

—No comprendo.

Lo repitió:

—Un libro. *Librum*.

—¿Qué clase de libro?

—Su título es *De consolatione philosophiae*. El martes lo habré terminado.

—¿Estás triste, Boecio?

—La filosofía me consuela, Santo Padre.

Por primera vez había deletreado el título de Juan. Silencio.

—Me duele el corazón. Voy a echarme. Envíame al carcelero con papel y pluma…

Elpidio, el médico griego del rey, pidió una audiencia a Amalasunta.

—Señora, el pulso del rey late con lentitud y de repente, con rapidez. ¿Le has visto el blanco de los ojos? Es amarillo. Esto ocurre cuando el hígado y la vesícula biliar no funcionan bien. Hipócrates, en semejantes casos…

—¿Qué recomiendas tú…?

—Confieso, señora, que yo también le tengo miedo al rey. Es como si la mano maligna de la naturaleza le hubiese cambiado repentinamente. De día hace acopio de fuerzas. Recibe audiencias. Cipriano y Casiodoro acuden a diario para conocer sus órdenes. Pero de noche, señora… yo duermo en el umbral de su aposento. Todos los ruidos me despiertan. Sus sueños deben de ser espantosos. Grita con frecuencia… Está enfermo.

—¿Qué debe hacerse?

—Yo soy médico del cuerpo, pero creo que antes sería preciso curar su alma.

—Habla con franqueza, Elpidio.

—Hace once años que sirvo a Teodorico. ¿Has tenido algo que reprocharme durante este tiempo, señora?

—Si hubiera algo que reprochar, ya no le servirías. No servirías a nadie.

—¿Qué es el alma? Debes prestar crédito a Hipócrates cuando dice… no, no, no quiero cansarte con esto. El rey ha cambiado. Confunde el bien con el mal. Parece que se arrepiente de lo que ha hecho. Pedí a Casiodoro que me dijera, a mí, como médico, si las cartas del rey reflejan el cambio operado en su espíritu.

—¿Casiodoro te habla abiertamente?

—Siempre tiene miedo. Lo anota todo, lo archiva todo, pero tiene miedo. Me contestó con mucha cautela. Sólo me dijo que no se trata del espíritu. ¿Es el hígado y la vesícula biliar? Me miró como si yo supiera dónde se ocultan las raíces del mal. Me enseñó algunas órdenes. Son diametralmente opuestas a todo cuanto el rey ha hecho hasta ahora. A medida que va perdiendo fuerzas, más ansioso está de mostrarse

fuerte. ¡Toda una lista de sentencias de muerte! Ayer preguntó: «¿Cuántos días le quedan a Boecio?» Y, señora… esto es un gran secreto… pero también debes saberlo…

—¿Qué debo saber?

—Se está redactando un decreto real… Sabes bien que comparto vuestra fe. Respeto la doctrina de Arrio. ¿Cómo, sino, me hubiese otorgado tu padre su confianza? Pero tengo miedo… Casiodoro salió pálido como la muerte de su aposento. Incluso Opilio estaba pálido. Un edicto del rey abolirá la religión católica en Italia. En un día determinado, todos los templos deberán ser entregados a los arrianos, y donde no haya una comunidad arriana, los templos serán demolidos. Nadie que no sea arriano podrá conservar su empleo, su cargo, su sueldo y tal vez incluso su casa.

—¿El plazo?

—Tres meses. Hasta entonces se harán los preparativos.

—¿Ha sido ya anunciado?

—Todavía no. Nadie se atreve a contradecir al rey. Todos tienen miedo. Casiodoro no quiere ir a parar a la torre de Ticino. Tengo la impresión de que ni siquiera Opilio lo aprueba… Todos tienen miedo. Señora, no puedo decir cuántos se han dirigido a mí con la pretensión de ser los primeros en saber cuándo estarán contados los días de vida del rey.

—¿Contados?

—Calculan mal. Tú conoces a tu padre. Es un gigante entre los seres mortales de este mundo. Hoy se queja, su corazón late demasiado de prisa… y mañana funciona con normalidad. Cuando es sobrio, come poca carne y bebe agua y no hidromiel, desaparece el velo amarillento de sus ojos. ¿Cuántos años tiene Teodorico? Una vez se lo pregunté, y me dijo que nació un año después de la muerte de Atila. Pero esto no es seguro… hace poco me confió que había cumplido setenta y dos primaveras. Una edad tan avanzada es un raro regalo de la madre naturaleza. Aún puede vivir… pero ya no es el mismo Teodorico.

—¿Por cuánto tiempo puede vivir?

—Esto nunca debes preguntárselo al médico. Y sin embargo, he de contestarte para que estés preparada, Amalasunta. Otro verano, otro otoño… otro invierno. Pero no es fácil que vea otra primavera. Los que esperan una muerte inminente, sufrirán un desengaño. Su naturaleza es fuerte. Ha vivido con sobriedad, y los órganos aún son resistentes para sus años. Incluso monta todavía a caballo, aunque pronto le fatiga. Le he pedido que vaya en carruaje a pasar revista a las tropas. Puede vivir un año… pero no más.

—Ésta, Elpidio, es la maldición de la corona. Si yo fuese una mujer sencilla, miraría a mi padre como he hecho siempre, como si tuviera que vivir eternamente.

Incluso rechazaría toda idea de la muerte. Pero he de pensar en mi hijo, en que no se produzca ningún cambio cuando Teodorico cierre los ojos. ¿Dices que el edicto será promulgado dentro de tres meses? ¿Que en Italia todo el mundo deberá abrazar nuestra religión? Esto es una declaración de guerra contra el emperador. Significa la guerra en Italia y el éxodo masivo de los romanos. Sicilia, Egipto… el rey de los vándalos ya es católico, y los burgundios también han reconocido la religión romana. ¿Por qué hace esto mi padre…?

—Es la respuesta al mensaje de Justino.

—El papa ha sido hecho prisionero… ¿Qué puedo hacer yo?

—Tal vez nada… o así lo parece. Si tú me honrases con tu confianza… y comprende que para el médico del rey no es fácil vivir con la confianza que me otorgues… Mi corazón se siente oprimido cuando pienso que la memoria de un hombre tan grande… será ultrajada dentro de pocos meses… Frena, señora, el curso de los acontecimientos. Deja caer una palabra de vez en cuando… ayuda a aplazar el decreto…

—No puedo salvar a Boecio.

—Todos pensamos en él.

—Mi padre quiere su muerte. Parece como si con ello deseara castigarse a sí mismo. Le ha amado, tal vez le ame todavía. Una vez me dijo: «No me ha traicionado, pero se ha enfrentado a mí». Entre el rey y un súbdito suyo no es posible el duelo. Si menciono a Boecio, no hago sino empeorar su estado. Su rostro arrugado se vuelve amarillo. La vesícula…

—Señora, quizá aún no lo sabes todo…

—¿Es que hay más?

—Ha llegado la tercera carta dirigida al rey del senador romano Símaco. Muy a menudo la vejez despoja a los hombres de su sabiduría. La carta de Símaco ha enfurecido al rey, quien se ha empeñado en leerla él mismo, sin contentarse con el resumen que se le había preparado. Y realmente, señora, parece que se ha esfumado la proverbial sabiduría del anciano senador. Con palabras duras, abiertamente, acusa al rey. Le da el título de patricio, y enumera los que fueron castigados por transgredir una ley… ¡Y de qué leyes habla! Antiguas decisiones del Senado, Catón, Cicerón, los Gracos. Es una locura sacar a relucir en nuestros tiempos la ley de las Doce Tablas. El viejo ya no sabe lo que hace… Está solo en Roma, en una casa vigilada por centinelas. El pergamino es muy paciente.

—¿Qué ha hecho mi padre?

—Conozco su rostro. En ocasiones semejantes, inspira terror. Solamente ha dicho: «¡Traedme a Símaco a Ravena!»

—¿Cumplirán la orden?

—¡Qué remedio! Opilio no contradice al rey. ¿Y quién siente piedad por el viejo?

Séptimo día.

«Y puesto que es así, sólo les queda a los hombres el invulnerable libre albedrío, y es justo y equitativo que las leyes fijen recompensas y castigos, ya que los impulsos de la voluntad no están ligados a ninguna coacción… Así pues, cuando abdica el pecado, surge la virtud… Si dais a la verdad el honor que le corresponde, os obligará la importante necesidad de ser buenos, pues al fin y al cabo vuestra vida transcurre bajo la mirada de un Juez para quien nada pasa desapercibido.»

Séptimo día. El *finis* ya estaba escrito al término del quinto libro. Si el plazo no sufría ningún cambio, aún le quedaban tres días para revisar su obra. Pero ¿cómo debía el prisionero interpretar el fin de este plazo? Diez días. ¿Qué ocurriría al décimo día? ¿Le mantenían tal vez en la incertidumbre sólo para observar cómo se estremecía al menor ruido, cómo esperaba… a quién o qué? Boecio se permitió media hora de descanso. Si después la guardia pasaba para espiarle, aún le vería inclinado sobre su trabajo. Diría al comandante, como si se tratara de magia negra: «El prisionero aún está escribiendo». A los ojos de los centinelas, escribir era algo maldito. Un secreto que un hombre sencillo no podía compartir significaba ya la perdición.

El prisionero golpeó el muro:

—Estoy dispuesto, papa Juan.

—¿Qué deseas ahora?

—La absolución. Vendrán a buscarme en cualquier momento. He terminado la *Consolatio*.

Silencio. A los pocos minutos se reanudaron los golpes:

—*Ego te absolvo*. Silencio.

—Gracias. ¿Has podido dormir esta noche, papa Juan?

—Mi corazón está débil. He dejado la mitad del pan.

—Cuando me sustituya otro prisionero, enséñale este medio de comunicación.

—Te lo agradezco, Boecio. Quién sabe cuánto viviremos.

—¿Estás triste?

—Agradezco que me hayas hecho compañía. Gracias.

El diálogo a través del muro era fatigoso. Hacía calor, y a esta hora había poco peligro de que alguien les oyera. El centinela dormitaba. «Te absuelvo», había dicho el papa. «Le duele el corazón y no ha comido su ración de pan.» Aquí, en la cárcel de Ticino, esto tenía la máxima importancia. A Boecio no le quedaba tiempo para estar ocioso. Aún disponía de tres días. Tenía que resumir muchos párrafos, liberar los substantivos de un exceso de atributos, pulir un poco los versos… cambiar alguna palabra. Hojeó el tercer libro.

El centinela, taciturno, con la mirada baja, puso un trozo de pan blanco sobre su mesa. ¿Qué significaba ahora aquel pan? Boecio lo partió, y en su interior apareció

una tira de papel, cubierto con la caligrafía de Rusticiana: «Ningún peligro amenaza a nuestros hijos. Ten esperanza».

Golpeó la pared.

—Papa Juan, he recibido una carta. A mis hijos no les amenaza ningún peligro.

—¿Ya ti?

—Mi corazón siente alivio.

—Estaré contigo cuando te llegue la hora.

Boecio pensó: «En prisión, nadie es un hombre corriente. Se es más y se es menos. Uno puede elevarse hasta el cielo y hundirse en la más abyecta suciedad. Se es capaz de todo, aunque incapaz muchas veces de abandonar el catre de madera sobre el que se ha desplomado. Tres pasos a lo ancho, tres pasos a lo largo». Jamás el *logos* había sido tan claro en él como ahora. ¡Cantar, cantar! Había leído muchas veces a los poetas antiguos. En su juventud, cuando le enviaron a Atenas, aprendió de memoria gran parte de los monólogos de las tragedias griegas. Cantaba en el coro… Desde que empezara a dedicarse a la filosofía, su canto no había perdido la armonía. Pocos días antes, dos centinelas se habían parado a escucharle ante la celda.

¿Querían disfrutar de los melodiosos versos, o temían qué el prisionero hubiese perdido el juicio? Ocurría con relativa frecuencia, y entonces era preciso informar de ello al comandante. Los prisioneros hacían a menudo cosas extrañas. ¿Cómo podía distinguir un viejo y sencillo centinela la frontera entre la demencia y el sano juicio? Con el curso de los años, el centinela se había acostumbrado paulatinamente a la vida de cautiverio. Como hombre no era bueno ni malo, sino casi él mismo un prisionero. Los domingos no se sentía a gusto en compañía de su familia. No era bueno ni malo. Ni prisionero ni verdugo, sólo un centinela.

Por este motivo había entregado el pan. No de balde, naturalmente, sino por dinero. Calculó lo que podría conseguir por las ropas. El prisionero cambiaba su túnica cada dos días. No estaba prohibido, tenía autorización para ello. Dos túnicas… empezó a contar. Cuando todo hubiese terminado… ¿cuánto podía pedir por una toga de Boecio? Contaba en sólidos de oro: ¡uno tenía que vivir!

El rey había cenado una vez en la casa romana de Símaco. Si, conforme a la costumbre romana, se daba al año el nombre del cónsul, ¿quién era cónsul entonces? Según la nueva cronología, era el año quinientos. Pero ni siquiera en esto estaban de acuerdo los sacerdotes romanos y arrianos.

—Han traído a Símaco —anunció Opilio.

Su tercera carta era un crimen patente de lesa majestad. Una vez más Teodorico le daría oportunidad de retractarse. Y se trataba de un favor especial que el propio rey quisiera actuar de juez. Aquella tarde había ido a casa de Símaco, y Boecio cantó y tocó el órgano. Fue una hermosa velada la noche vivida hacía ya un cuarto de siglo.

Cuando se tienen setenta años, un viaje tan largo requiere un gran esfuerzo. La

barba de Símaco era canosa, sus manos, huesudas, su espalda, encorvada. Solamente los ojos… brillaban todavía cuando se posaron en el rey. Símaco vestía una humilde túnica; no exhibía ante el rey las franjas púrpuras de senador. Pero no se arrodilló.

—¡Puedes hablar, Símaco!

—Soy romano, señor. Me expreso sucintamente. Exijo que pongas en libertad a Boecio. No tienes ningún derecho a retenerle en prisión, ni según la ley terrena ni según la divina. Si le haces ejecutar, mancharás tu nombre para siempre. *Dixi*.

—¡Morirás, pues, como romano! Y como eres senador, serás decapitado. Está decidido.

—Gracias por tan hermosa muerte, señor.

¿Qué es lo que convierte en héroe a un anciano decrépito? Ya no podía ni empuñar un cuchillo. Las ideas se confundían en su cabeza durante las noches de insomnio. Y ahora se encontraba aquí, vistiendo una túnica blanca y con las manos libres. Aún disponía de una frase que demostraría su superioridad.

Opilio le puso una mano en el hombro.

—Soy romano, amigo; ya podemos irnos.

Dio media vuelta y salió, como si no acabara de ser juzgado por un rey sentado en su trono. El propio Opilio estaba desconcertado. Esperaría veinticuatro horas. Había tiempo para la ejecución hasta mañana a mediodía.

El centinela informó: «Desde hace dos días, el prisionero ya no escribe». El comandante de la guardia mandó llamar al escriba. El famoso Boecio era un prisionero distinguido, y todo debía hacerse según el reglamento.

—Si ha terminado su libro, será ejecutado en la celda.

Era realmente un acto de clemencia no arrastrar al prisionero hasta el mercado de la ciudad cuando no se le preparaba una muerte en el potro del tormento. Se le ejecutaba privadamente en su celda. Siempre había muchachos en el campamento militar que se ofrecían como ayudantes del verdugo.

Opilio había hablado de diez días, y de acuerdo con aquella fecha se realizaron los preparativos. El comandante de la fortaleza mandó borrar el nombre del prisionero de la lista de víveres. Pero ¿y si el mensajero a caballo que aún podían enviar con el indulto desde Ravena o Verona, se veía obligado a detenerse en su camino a causa de las fuertes lluvias propias de la estación? No faltaban casos en que el comandante de la guardia había sido castigado, en lugar de recompensado, por un exceso de celo. *Ergo*, los diez días de Opilio debían ser respetados.

El comandante se hizo leer el informe tres veces. Así pues, el prisionero ya sabía que en el día de hoy expiraba su plazo. «Prepárate, Boecio», le comunicó pese a ello a través del centinela. A los guerreros que montaban guardia a la entrada del campamento, les dio la siguiente orden: «Si llega una noticia, cualquiera que sea su procedencia y la hora, incluso en plena noche, comunicádmela inmediatamente».

Indicó al puesto de mando que a la mañana siguiente enviaran a un verdugo y dos hombres corpulentos. Todo estaba dispuesto, pero el comandante sentía cierta inquietud. El prisionero era un hombre importante. Esto era distinto de cuando hacían girar sobre el cuerpo de un desertor la rueda erizada de clavos.

Entraron. Mejor dicho, se quedaron en el umbral, porque la celda era demasiado reducida para que cupieran en ella el comandante, el verdugo y sus dos ayudantes. Todo dependía de que el condenado estuviera tranquilo, pues entonces todo era más fácil. En último término se hallaba un sacerdote arriano. De acuerdo con la antigua tradición, habían traído también un reloj de arena. Le dieron la vuelta y lo colocaron sobre la mesa de la celda. La puerta quedó abierta. El comandante no había visto nunca a un prisionero que continuase sentado a la mesa, con la pluma en la mano, y completamente sereno. Todo semejaba una alegoría: el centurión, el verdugo, el reloj de arena, la frase inacabada del testamento.

—Termino la frase, amigos. ¿Puedo hacerlo? Pero no la terminó. Sólo estampó su firma.

—Puedes firmar —dijo, dirigiéndose al sacerdote—; ¿y quién más de vosotros? ¿Tu nombre…?

El comandante de la guardia sólo escribió una cruz en el documento. El sacerdote arriano observó que esta hoja era el testamento de Anicio Torcuato Severino Boecio. Inexorablemente caían los granos de arena en el recipiente inferior del reloj; en el superior sólo había medio dedo de arena.

El verdugo del campamento militar de Ticino estaba acostumbrado a hombres más salvajes. Midió al prisionero con una mirada, mientras preparaba el lazo, casi subrepticiamente.

—No te dolerá —murmuró en tono compasivo. Este hombre no poseía nada que pudiera regalarle. Quedaba la túnica… Tal vez podría partírsela con el centinela.

El centinela no entró.

—Boecio me era simpático —dijo al día siguiente a su compañero, antes de llevar la sopa a los demás presos.

¿Cuántos días había vivido aquí Boecio? Éste, el último, llegó rumoroso y veloz, hasta el momento en que el lazo se cerró y las venas de su frente se hincharon. Unas visiones bailaron ante sus ojos, y entonces —esto ya no lo sintió— dos guerreros del campamento de Ticino le destrozaron el cráneo con barras de hierro para acortar su sufrimiento.

Quedaban las túnicas. La de hoy y la de ayer. El verdugo miró a sus ayudantes. ¿Por qué aquellos golpes? Cuando él cerraba hábilmente el lazo sobre el cuello de una víctima, todo lo demás era innecesario. El gesto de estos toscos guerreros era una burla de su arte.

El sacerdote arriano cogió las páginas del libro, el testamento y las hojas en

blanco. Se llevaron el cadáver. Media hora después sería enterrado y una cruz colocada sobre la tumba. Había sido un científico… un antiguo canciller del rey.

Mientras el sacerdote ordenaba las hojas, le pareció oír ruidos procedentes de la pared. Eran golpes… unos golpes muy singulares, seguidos, rítmicos… cada vez más fuertes… ¡ojalá conociera su significado! El centinela, al entrar para recoger lo que Boecio pudiera haber dejado en la celda, dijo en un murmullo:

—Siempre hablaban entre sí de este modo.

Mientras estuvieron allí los dos, los golpes siguieron resonando en el muro, desesperada e insistentemente.

XLVIII

Empezó así: Cumpliendo uno de sus deberes, Elpidio, el médico, estaba presente durante la cena del rey. La cena era siempre más solemne que el almuerzo, comida que Teodorico tomaba generalmente solo o con sus consejeros íntimos, y en la que ingería muy pocos alimentos. En cambio, a la cena asistían muchos cortesanos. Se hablaba de los sucesos del día y se tomaban decisiones. El hidromiel del norte y el vino de Italia soltaban las lenguas, aunque todos sabían que se arriesgaban a perder el favor del rey si las bebidas ofuscaban su mente.

El cocinero quiso dar una alegría al rey: aquel día los pescadores habían sacado del mar un enorme pez, y la cocina real pagó por él mejor precio que cualquier otra de Ravena. En los últimos tiempos Teodorico tenía escaso apetito, comía poco y apartaba de sí los más exquisitos manjares. El cocinero sabía que desde niño sentía predilección por el pescado. Decía a menudo, casi con reproche, que aquí en Ravena no había peces plateados, de carne blanca y maravilloso sabor como los que se pescaban en el gran lago. A medida que envejecía, este recuerdo le asaltaba cada vez más a menudo.

«Tal vez… —pensó el cocinero—, tal vez al gran señor le gustará este magnífico pescado.» Lo colocó en una gigantesca bandeja de plata y le dio una forma natural. El enorme pez miraba hacia la nada con sus grandes ojos perlados.

Un banquete festivo, parecido al ceremonial de Bizancio: el cocinero mayor y sus ayudantes aparecieron en el umbral. Allí el mayordomo real se hizo cargo de la bandeja. Los pajes la colocaron en el centro de la mesa, ricamente adornada. Ahora le tocaba el turno al médico, que examinó el manjar, cortó un pequeño trozo con un cuchillo de plata, lo probó, esperó un minuto y pronunció la acostumbrada frase:

—Su Majestad puede comerlo.

Elpidio esperó, el cuchillo tembló en su mano… vio a Teodorico mirando fijamente el pescado, y en seguida, con horror, llevándose las manos al rostro y gritando:

—La cabeza de Símaco… la cabeza de Símaco…

Un pez no se parece a ningún ser humano. Pero, de hecho, algo había en el anciano senador —cuando apareció aquí al final de su fatigoso viaje— que recordaba a un pez… quizá eran los ojos… Pero nadie tuvo tiempo de mirar el pescado. Ya el rey temblaba con todo su cuerpo. El poderoso señor, el cruel guerrero, el gran hombre se hallaba en pie y se cubría los ojos con las manos como si viese fantasmas.

—Lleváoslo… es la venganza de Boecio… ha conjurado aquí a Símaco… Los malditos… ¡los malditos! ¡Se vengan!

Teodorico temblaba, tenía hinchadas las venas del rostro, ya no era dueño de su

cuerpo y de su mente. Ahora el médico debía ser más inteligente que los ministros. A una seña suya salió corriendo el ayuda de cámara a preparar el lecho del rey. Amalasunta fue advertida para que acudiera sin pérdida de tiempo al aposento de su padre. Calentaron piedras y las rociaron con agua perfumada, pues la respiración era más fácil en el aire húmedo. El rey respiraba con dificultad, y emitía un silbido. No podía dominar sus movimientos. Nadie sabía si caería en la inconsciencia o se recuperaría. ¿Sería sólo un pasajero ataque cardíaco?

En la cama tuvo escalofríos. Su gran cuerpo tiritaba, la frente se cubrió de un sudor frío que el médico secaba continuamente.

Los dientes castañeteaban, y el amarillento blanco de los ojos parecía resaltar aún más la palidez del semblante.

En tales casos todos piensan en un envenenamiento, y desgraciado del médico si el rey muere. A menudo él es la primera víctima. Teodorico no había comido nada desde el mediodía. Cuando se sentó a la mesa, nadie advirtió en él nada anormal. Naturalmente, retiraron en seguida el pescado. Los hombres eran supersticiosos: nadie se atrevía a tocarlo. «¡Tiradlo a las lagunas!» ¡Qué terrible noche en el dormitorio de Teodorico!

Elpidio vigilaba el pulso del rey. Era fuerte, pero irregular. De pronto se aceleraba, se detenía, volvía con más potencia y se debilitaba de repente, como si fuerzas buenas y malas lucharan por la vida del enfermo. Elpidio había visto morir a muchos hombres. «Hipócrates escribe —pensó— que la muerte va grabando despacio sus signos en el rostro.» En los rasgos de Teodorico, estos signos aparecieron en una sola hora.

El cuerpo luchaba con los recurrentes ataques. Durante una hora se tranquilizó: ¿serían efectivas las decocciones de Elpidio? Entonces, en el nebuloso horizonte de la conciencia aparecieron sombras de tiempos pasados.

Casi todo el rato, el enfermo se imaginaba en Bizancio. Se dirigía al gran circo; el pueblo esperaba con impaciencia los juegos desde el amanecer. Había llegado hacía poco el informe de un legado: Justiniano ofrecía al pueblo veinte leones y veinte panteras, sólo para asegurarse el trono a la muerte del anciano Justino.

Justino era viejo, viejo como él, Teodorico. En el umbral del palacio imperial bajaba la guardia sus lanzas doradas. Teodorico, el hijo del emperador, tenía entrada libre… un pez de terribles ojos saltones, el rostro de Símaco le estaba observando… El enfermo volvió a inquietarse. Un sudor de muerte cubría todo su cuerpo.

Más tarde se calmó. Llegó el tercer día. Los continuos ataques habían debilitado su cuerpo. Nadie se acercaba a su lecho con documentos o edictos. Junto a la cama seguía estando la placa de oro, pero su mano era ya demasiado débil para trazar el *Legi*.

De improviso revivió su infancia. Pasó mucho rato a la orilla del gran lago. Debía

tener veinticuatro años cuando vio por última vez el *lacus Pelso*. Fue un día a principios de verano… El sol apareció como un disco rojo. En pocos minutos, una luz rojiza lo iluminó todo. El pueblo, los habitantes primitivos, se iban a los campos. Ellos sembraban y recolectaban, mientras los godos criaban ganado y construían carros. El cielo parecía dentado cuando las brumas matutinas se dispersaban y los bancos de niebla flotaban sobre el lago. El interminable cañaveral comenzaba su murmullo; juncos verdes y amarillentos se columpiaban con la brisa. De modo paulatino fue conquistando el antiguo terrateniente romano el pequeño promontorio de la ladera. Arriba estaba la villa… abajo, la caseta de baño, tubos de canalización, columnas, surtidores, mosaicos multicolores. Una villa romana en medio del campo, y cada tormenta derribaba un trozo de muro…

Veinte leones y veinte panteras. Cuando él mandó organizar juegos en Roma, los senadores desfilaron ante él. ¿Quién de ellos viviría aún? *Roma felix*. En cada columna, en cada palacio se leían estas dos palabras. ¿Se parecía realmente la cabeza del pez gigante a la cabeza cortada de Símaco? ¿Por qué tenía que morir Boecio? ¿Porque Justiniano quería establecer la unidad de la fe y Bizancio, después de tantos años de separación, rezaba ahora del mismo modo que Roma según los puntos del Concilio de Nicea? Con el fin de preparar, unidas, la caída de los arrianos. Mientras las dos ciudades estuvieron en pugna, Teodorico había podido gobernar en paz.

«Elpidio, ya es bastante. ¿No ves cómo tiemblo? Tengo cosas que hacer. He de ir a la cancillería, todas las mañanas, todas las tardes; de lo contrario, los rollos de pergamino me sepultarán. *¡Legi, legi, legi, legi!* ¡órdenes, sentencias, decretos… leyes… cartas! *¡Legi, legi!*» Su diestra agarrotada se movía como si escribiera, pero ya no hubiese podido sostener el punzón.

¿Sería posible que el rey de los francos tuviera razón? Fundió a los francos y los galos, y junto con su pueblo recibió el bautismo de manos de los sacerdotes latinos. La Galia se había convertido en reino. Era lo único que surgió de la nada, de la gran nada a la que se precipitaron los reyes de los visigodos, burgundios, alemanes y los príncipes turingios. Sólo este bárbaro, el hijo del rey franco, había logrado hacer un reino de la Galia.

En Italia, godos y romanos eran más que nunca como fuego y agua. Los sacerdotes latinos hablaban llenos de odio de la prohibición de celebrarse matrimonios entre godos y romanos. No debían convertirse en un solo pueblo, por sus venas no podía correr la misma sangre. «Desgraciado el godo…» *¿Roma felix?* Un godo no podía amar a una romana. Un romano no podía desposar a una goda. Nébula. De la nada surgió un rostro, impreciso. El hijo del rey godo no podía amar a una doncella romana de Iliria. Mujeres. Así, en la penumbra, ninguna poseía un rostro. La mano de Nébula se despedía desde una distancia de medio siglo. ¿Y si entonces no hubiese dejado marchar a Nébula? Ahora volvían aquellos terribles

escalofríos. ¿Lograría el sufrimiento apartar las tentaciones del alma?

El Senado, respetables padres, dos cónsules cada año, provincias, aceite gratis, juegos, Anicio Manlio Boecio. ¿Por qué había hecho estrangular al último romano?

Cuando muriera, el palacio de la *Roma felix* se derrumbaría. Lo había sostenido durante cinco… diez… veinte… treinta años. Doscientos mil godos armados cuidaban de que los latinos no despertasen de su cuento de hadas. Debían ser felices, pero no poderosos. Boecio estaba despierto. Por eso tuvo que morir.

El último romano. ¿Y los otros, que poblaban el horizonte? Mezquinos vividores, desalmados natos. Roma se había convertido de repente en un nido de escorpiones. Hijos de Barrabás. ¿Con qué habéis pagado por la *Roma felix?* ¿Era Boecio realmente el último entre los grandes? Escribía los decretos, redactaba las cartas junto con Casiodoro, asistía a las recepciones, actuaba de legado, pronunciaba discursos de salutación cuando los legados eran recibidos en audiencia. Sí, Boecio construyó un reloj de agua y escribió himnos para la onomástica del rey. Sólo una vez dijo: «No». Si Boecio hubiese enviado un solo mensaje desde Ticino: «He reflexionado…», sólo esto, nada más. Si se hubiera dirigido a él… se le habrían abierto las puertas. En Ravena todos se hubieran inclinado ante el hijo pródigo. ¿Por qué escribía Boecio día y noche su libro, una obra sin rima, en lugar de dirigirse a él? ¿Qué esperaba? El rostro de Opilio parecía tallado en piedra. ¿Odiaba a Boecio el nuevo ministro, un imitador de las artes romanas, o solamente le tenía miedo? Y ahora quedaban únicamente Opilio, Basilio y los godos; Amalasunta tendría que elegir entre ellos. Casiodoro era un hombre blando, que vivía hechizado por la escritura. ¿Qué le importaba a él el contenido de las cosas, mientras el exterior fuera hermoso y elegante? Amalasunta ya no podría pedir consejo a Boecio, el sabio Boecio.

Si ahora concediese una audiencia, tendría que llamar a los muertos. Odoacro y Orestes y el último emperador. Si Rómulo aún viviera, le harían venir desde la villa de Lúculo. «Ven a Ravena, toma parte en el consejo como el último romano, Rómulo Augústulo.» Pero él lanzaba guijarros al mar desde el cabo Miseno.

Erelieva, la madre, apareció entre los muertos. Había vivido muchos años y demostrado ternura y sabiduría. Jamás le abandonó ni un minuto. Y sin embargo, el obispo de Verona la convirtió al catolicismo. ¡Arrio, Arrio! Donde vivían germanos, la única Biblia era la de Ulfilas. Y ahora todo se derrumbaba, se derretía como el hielo bajo el sol. Vándalos, visigodos, burgundios… *Roma felix*. Doscientos mil godos sobre el suelo de Italia. ¿Serían ellos los últimos verdaderos cristianos?

¿Dónde está Opilio? Este rostro tallado en madera oculta a un débil cortesano. ¿Por qué tiemblas, Opilio? Mi hija te conservará… necesita partidarios. Opilio, ¿qué le ha ocurrido a Juan, a quién en mi ira condené a prisión? No le humilló nadie; nadie levantó una mano contra el Pontífice. Sólo está purgando la vergüenza y la ofensa… Yo no he puesto al papa frente a animales salvajes, como hicieron… ¿quién lo hizo?

Nerón… Tito… Domiciano. No he enviado al papa a la jaula de los leones. Pero él entró en la cárcel y murió en ella. ¿No fue así, Opilio? ¿Muere, pues, un hombre cuando lo desea? ¿No peca cuando dice: «basta»? ¿Por qué no pude pronunciar esta palabra cuando mi palacio quedó terminado? Una única bóveda de piedra corona los espesos muros. Cuando quedó terminada, yo, el anciano Teodorico, el catorceavo nieto de Amal, el retoño de Odín, hubiera debido exclamar: «¡Basta!» Entonces aún vivían Boecio, Símaco, Juan. Vivían muchos que después han sido estrangulados o decapitados en Roma, en Verona, en Ticino y también aquí. ¡Basta! Que venga Amalasunta. Escribe, Opilio: Juan, Símaco, Boecio deben ser puestos en libertad. ¿Que ya no viven? ¿No viven? ¿Qué significa esto si yo, Teodorico el Grande, les he perdonado? Os podéis marchar, podéis ser papas, senadores, emperadores.

Roma felix. Elpidio sostenía su brazo y le contaba las pulsaciones; había apartado a un lado el reloj de agua de Boecio y se guiaba por el viejo reloj de arena. Cuando el pulso amenazaba con detenerse, el médico soplaba en la boca del enfermo. Sólo era un acto piadoso antes del último aliento. La respiración era ya fuerte, ya muy tenue. Ahora ya podía venir el sucesor, y asistir a la muerte arrodillado sobre un pequeño almohadón. En Bizancio, el hijo del Augusto no heredaba automáticamente el trono.

Atalarico entró, y fue a arrodillarse junto al lecho de su abuelo, cuyo rostro estaba arrugado y manchado de sudor. Ya no se podía contemplar el semblante del rey sin sentir horror. La mano se abrió. «Qué torcidos y horribles son los dedos», pensó el niño. El coro de sacerdotes arrianos empezó a cantar. Sonaron los golpes contra grandes placas de cobre. El cuerpo se estremeció por última vez. Opilio y Elpidio alargaron la mano al mismo tiempo. Los párpados se cerraron sobre los empañados ojos azules.

TABLA CRONOLÓGICA

451 Aecio derrota a Atila en la batalla de los Campos Cataláunicos.

453 Muerte de Atila.

453-466 Teodorico II, rey de los visigodos.

454 Aecio es asesinado por el propio emperador Valentiniano III.

455 Saqueo de Roma por los vándalos.

455-? Fundación en América Central de la ciudad maya de Kopan.

457-474 León I, emperador de Bizancio. Gobierno del patricio Aspar (hasta 471).

457-481 Childerico, rey de los francos sálicos.

465-? Fundación de un reino huno en el norte de la India (Gandhara).

466-484 Eurico es rey de los visigodos después de dar muerte a su hermano, Teodorico II. Bajo el gobierno de Eurico alcanza el reino visigodo su mayor extensión.

466-? En la India es inventado el ajedrez como «juego real de la guerra».

467-472 Antemio, emperador de Roma.

468 Una flota bizantina de 1100 barcos se dirige a Cartago, pero es aniquilada en una noche por la flota de Geiserico.

471-526 Teodorico el Grande, rey de los ostrogodos.

472-476 Los últimos emperadores romanos: Olibrio (472), Glicerio (473-474), Julio Nepote (474-475), Rómulo Augústulo (475-476).

474 León II, emperador de Bizancio.

474-491 Zenón, emperador de Bizancio después de destronar a su hijo León II.

474 Prisco escribe la historia de Bizancio y las expediciones militares de Atila.

476 Fin del imperio romano. Odoacro es proclamado por sus soldados rey de los germanos en Italia.

476-477 Basilisco, con ayuda de la emperatriz viuda Verina, pretende arrebatar el trono a Zenón.

477 Muerte de Geiserico.

480-516 Gundobad, rey de los burgundios.

481 Muerte de Teodorico el Bizco, general ostrogodo al servicio de Bizancio y enemigo temporal de Teodorico el Grande.

481-511 Clodoveo, rey de los francos.

484-507 Alarico II, rey de los visigodos.

485-? Pinturas rupestres en las cuevas de Ajanta (India).

486 Los francos derrotan al último gobernador romano de las Galias, Siagrio, en Soissons.

486-487 Avance de Teodorico hacia Constantinopla.

488 Marcha de Teodorico hacia Italia por encargo del emperador Zenón.

491-518 Anastasio I, emperador de Bizancio.

493 Odoacro capitula en Ravena y es asesinado por Teodorico. Teodorico es nombrado patricio romano y rey de los godos en Italia. Se casa con Audafleda, hija del rey franco Clodoveo.

493-? El papa Gelasio declara el papado de rango más elevado que el título de emperador.

496 Clodoveo se convierte a la religión católica.

496-523 Trasamundo, rey de los vándalos.

498 El indio Arjabatta escribe un manual de astronomía y descubre tres años después la causa de los eclipses del sol y de la luna.

500 Trasamundo se casa con Amalafreda, hermana de Teodorico.

500-? La *Lex Burgundionum*, código de los burgundios.

500-? El movimiento social-utópico de Masdak en Irán.

503-? Se instalan campanas en las iglesias cristianas del norte de África.

504 Construcción de la basílica de san Apollinare Nuovo en Ravena para Teodorico.

506 La *Lex romana visigothorum*, código de Alarico II.

506 La Iglesia prohíbe la matanza de los esclavos.

507 Victoria de Clodoveo sobre los visigodos en Vouillé. Cae Alarico II.

507 Arjabatta resuelve problemas sencillos de regla de tres.

508 Clodoveo traslada a París la capital del reino franco.

508-? Primer borrador del derecho de los francos sálicos.

510-? Construcción de una «larga muralla» para proteger a Constantinopla.

511 División del reino franco entre los hijos de Clodoveo: Teodorico I (Austria con Reims), Clodomiro II (Aquitania con Orleáns), Childeberto I (Neustria con París), Clotario I (Francia con Soissons).

512 Código de Teodorico para godos y romanos, el *Edictum Theoderici*.

516-523 Segismundo, rey de los burgundios.

518-527 Justino I, emperador de Bizancio. Su sobrino Justiniano es nombrado corregente.

519 «Historia del mundo» de Casiodoro.

520 Mosaico de la «Separación entre ovejas y machos cabríos» en Ravena.

524 Teodorico encarcela al papa.

524 Boecio escribe en prisión su obra *Consolación de la filosofía*. Ejecución de Boecio y Símaco.

525 Terminación del mausoleo de Teodorico en Ravena, que tiene dos plantas y una cúpula de 11 ms. de diámetro.

525 Primera cronología «a partir del nacimiento de Cristo».

526 Muerte de Teodorico el Grande.

526-534 Atalarico, rey de los ostrogodos. Como es menor de edad, gobierna su madre, Amalasunta, hija de Teodorico el Grande.

527-565 Justiniano I, emperador de Bizancio.

ÍNDICE DE PERSONAJES

Aecio, Flavio. General y estadista romano. Alrededor de 390-454. Venció a Atila en 451 en la batalla de los Campos Cataláunicos, y fue asesinado por su emperador Valentiniano III.

Alarico I (395-410), rey de los visigodos. Ocupó Roma el 24 agosto 410 y permitió su saqueo durante tres días. Enterrado en el cauce del Busento.

Alarico II (484-507), rey de los visigodos. Hijo de Eurico, casado con Teudigota, hija de Teodorico el Grande.

Amal, Hijos de. Dinastía de los ostrogodos (los Amalungos de las sagas nórdicas).

Amalafreda. Hermana de Teodorico el Grande, casada con el rey vándalo Trasamundo.

Amalarico (526-531), rey de los visigodos. Hijo de Alarico II y Teudigota, nieto de Teodorico el Grande.

Amalasunta (526-534), regente de los ostrogodos durante la minoría de su hijo Atalarico. Hija de Teodorico el Grande, casada con el rey visigodo Eutarico.

Ambrosio. Obispo de Milán desde 374. Alrededor de 340-397. Canonizado.

Anastasio I (491-518), emperador de Bizancio.

Antemio, Procopio (467-472), emperador de Roma.

Antonina. Esposa del general bizantino Belisario.

Antonio, Marco. General y estadista romano. 82-30 (a. de C).

Ariadna. Hija del emperador León I, casada con Zenón.

Arrio. Presbítero en Alejandría. Muerto en 336. Sus partidarios (los arrianos), que adquirieron influencia sobre todo en Oriente, difundieron la doctrina de que Cristo no era consubstancial con su divino Padre, sino un ser creado de la nada, que Dios reconoció como hijo a causa de su integridad moral. Esta doctrina originó una gran controversia en el siglo IV.

Aspar, Flavio Ardabur. General y estadista bizantino. Patricio en 450. Asesinado en 471.

Atalarico (526-534), rey de los ostrogodos, nieto y sucesor de Teodorico el Grande, hijo de Eutarico y Amalasunta, que gobernó durante su minoría de edad.

Atila (433-453), rey de los hunos.

Audafleda. Hermana del rey franco Clodoveo, casada con Teodorico.

Babai. Rey de los sármatas.

Baldur. Divinidad de la mitología nórdica.

Basilisco. General bizantino y adversario de Zenón en 476-477.

Belisario. General bizantino. Alrededor de 500-565. Aniquiló en 533 el reino de los vándalos.

Berenice. Amante del emperador romano Tito (79-81).

Boecio, Anicio Torcuato Severino. Filósofo y estadista romano (480-524). Acusado de traición por Teodorico y ejecutado. Tradujo y comentó los escritos de Aristóteles, Euclides, Arquímedes, Ptolomeo y otros. Escribió en la cárcel de Pavía *De consolatione philosophiae*.

Calígula (37-41), emperador romano.

Casiodoro, Flavio Magno Aurelio. Estadista y escritor romano. Alrededor de 490-580. Cónsul en 514, escriba confidencial de Teodorico, más tarde monje. Fundó el trabajo científico del monasterio, reunió y copió valiosos documentos.

César, Cayo Julio. General y estadista romano 100-44 a. de C.

Cipriano. «Magister officiorum» en Ravena.

Clodoveo (482-511), rey de los francos, de la dinastía de los merovingios. Fundador de Francia.

Constantino el Grande (Flavio Valerio Constantino), 306-337. Emperador romano. Trasladó la residencia imperial de Roma a Bizancio, que en 330 recibió el nombre de Constantinopla.

Childerico. Alrededor de 457-481, rey de los francos sálicos.

Diocleciano (284-305), emperador romano.

Domiciano (81-96), emperador romano.

Enodio, Magno Félix. Obispo de Ticino alrededor de 513. Escritor; autor entre otras cosas de una apología de Teodorico el Grande.

Epífanes. Obispo de Ticino, antecesor de Enodio.

Erelieva. Madre de Teodorico.

Eudoquia, Hija del emperador bizantino Valentiniano III, casada con el rey vándalo Hunerico, hijo de Geiserico.

Eurico (466-484), rey de los visigodos.

Eutarico. Príncipe visigodo. Muerto en 522. Casado con la hija de Teodorico, Amalasunta.

Fava. Rey de los rugienos.

Fridericus. Príncipe rugieno, hijo de Fava.

Gala Placidia (425-450). Gobernó Italia. Hija del emperador romano Teodosio I, casada con el general Constancio, madre del emperador Valentiniano III.

Geiserico (428-477), rey de los vándalos.

Germánico, Cayo Julio César. General romano 15 a. de C.-19 d. de C. Hijo adoptivo del emperador Tiberio (14-37).

Glicerio (473-474), emperador romano. Vivió más tarde como obispo de Salona en Dalmacia.

Gundobad (480-516), rey de los burgundios.

Herón de Alejandría. Matemático, físico e inventor griego (150-100 a. de C).

Hipócrates. Medico griego, desde 460 a 377 a. de C. Autor de numerosos trabajos médicos.

Ibba. Caudillo de Teodorico.

Juan I (523-526), papa. Enviado a Constantinopla por Teodorico para negociar la tolerancia del emperador Justino I y de Justiniano hacia los godos arrianos; finalmente encarcelado.

Julio Nepote (474-475), emperador romano, sucesor de Glicerio.

Justiniano (527-565), emperador bizantino, sobrino de Justino I, casado con la bailarina Teodora.

Justino (518-527), emperador bizantino, sucesor de Anastasio. Pero el poder real estaba en manos de su sobrino Justiniano.

Laurencio (498-505), papa al mismo tiempo que Símaco.

León I (440-461), papa. En 452 negoció la paz con Atila. Estableció bajo el emperador Valentiniano III la supremacía de Roma sobre todos los demás obispados.

León I (457-474), emperador bizantino.

León II. Emperador bizantino en 474. Nieto de León I, hijo de Ariadna y Zenón, jefe de la guardia isauria del emperador. Destronado por su padre.

Maniqueo. Seguidor de la religión oriental de Maní (alrededor de 215-276), una teosofía basada en el dualismo de la luz (el bien) y la oscuridad (el mal).

Monofisitas. Seguidores de la doctrina de la unidad de la naturaleza de Cristo como Dios y hombre a la vez.

Mundo. Nieto de Atila, caudillo de las tropas auxiliares hunas en Constantinopla.

Nerón (54-68), emperador romano.

Octaviano, Cayo Julio César. Primer emperador romano. 63 a. de C-14 d. de C.

Odín. Uno de los principales dioses de la mitología nórdica.

Odoacro. Caudillo germano. 433-493. Patricio de Roma, nombrado por el ejército rey de Italia en 476.

Olibrio, Flavio Anicio. Emperador romano en 472.

Orestes. Patricio romano, padre del emperador Rómulo Augústulo. Asesinado en 476.

Ostrogota. Hija de Teodorico, casada con el rey burgundio Segismundo.

Prisco. Historiador griego del siglo V.

Procopio. Historiador griego. 490-562. Desde 527, escriba confidencial de Belisario.

Pulqueria, Elia Augusta. Hija del emperador bizantino Arcadio. 399-453. Canonizada.

Ricimero, Flavio. General y estadista romano. Muerto en 472.

Rómulo Augústulo (475-476), último emperador romano. Hijo del patricio Orestes.

Rusticiana. Esposa de Boecio.

Segismundo (516-523), rey de los burgundios. Casado con Ostrogota, hija de Teodorico.

Severino. Obispo de Nórica y Panonia. Muerto en 482.

Severo, Lucio Septimio (193-211), emperador romano.

Siagrio. Gobernador romano de la Galia.

Sibila de Cumas. Mujer adivina de Cumas, sur de Italia, a la que se atribuye un compendio de profecías, los *Libros sibilinos*, que se conservan en el templo de Júpiter en el Capitolio.

Símaco. Senador romano, suegro de Boecio. Ejecutado por Teodorico en 524.

Símaco (498-514), papa al mismo tiempo que Laurencio (498-504).

Suetonio. Historiador romano. Alrededor de 75-130.

Tarasicodissa. Ver Zenón.

Tarquinio el Soberbio. Legendario rey romano, de quien se dice que gobernó de 534 a 510 a. de C.

Teodomiro. Rey ostrogodo. Muerto en 471. Padre de Teodorico el Grande.

Teodorico el Bizco. General ostrogodo al servicio de Bizancio. Muerto en 481. Hijo de Triario.

Teodorico el Grande (451-526), rey de los ostrogodos. Hijo del rey Teodomiro, de la tribu de Amal, y de Erelieva. Llevado a Constantinopla como rehén a los 8 años. A su regreso exigió al emperador una tierra para su pueblo en la Mesia meridional. Nombrado cónsul por Zenón en 484 y enviado por él a Italia en 488 para expulsar a Odoacro. Asesinó a Odoacro en 493. Fue patricio de Roma y rey de los godos en Italia.

Teodorico II (453-466), rey de los visigodos.

Teodora. Esposa del emperador bizantino Justiniano. Alrededor de 500-548. Hija de un domador de osos del circo de Constantinopla, actriz, danzarina, amante del gobernador de Libia.

Teudigota. Hija de Teodorico, casada con el rey visigodo Alarico II.

Tito Flavio Vespasiano (79-81), emperador romano.

Trasamundo (496-523), rey de los vándalos, casado con Amalafreda, hermana de Teodorico el Grande.

Tufa, Caudillo de Teodorico.

Tuktin. Caudillo de Teodorico.

Ulfilas (Wulfila) (341-383), obispo de los visigodos, traductor de la Biblia.

Valentiniano III (425-455), emperador romano. Hasta 450 gobernó por él su madre Gala Placidia y el general Aecio, a quien asesinó en 454.

Verina. Esposa del emperador bizantino León I.

Vespasiano (Tito Flavio) (69-79), emperador romano. Hizo construir el templo de la paz en el Capitolio y el Coliseo.

Virgilio (Publio Virgilio Marón), poeta romano. 70-19 a. de C, Escribió entre otras *Bucólicas, Églogas, Geórgicas, La Eneida*.

Vitrubio. Arquitecto e ingeniero romano. Escribió 10 libros sobre arquitectura.

Walamiro. Rey de los ostrogodos. Hermano de Teodomiro.

Zenón (474491), emperador bizantino. Jefe bajo León I de la guardia isauria (su nombre isaurio: Tarasicodissa), casado con Ariadna, hija de León I. Destronó a su hijo, León II, y se nombró a sí mismo emperador.



LÁSZLÓ PASSUTH nació en Budapest, Hungría, el 15 de Julio de 1900. Pertenece a esa sufrida generación de europeos que tuvo que sufrir dos guerras mundiales. En su caso, todavía caben agregar todos los avatares de la ocupación soviética, la revolución húngara de 1956 y el régimen comunista.

Originalmente siguió la carrera de abogado, doctorándose en la Universidad de Szeged. Trabajó en el ámbito bancario desde 1921 y hasta 1945, año en que ingresó en la Oficina Nacional de Traductores para hacer traducciones al húngaro de al menos ocho idiomas: latín, inglés, francés, alemán, italiano, griego, español y portugués.

Su carrera de escritor comienza a mediados de 1920 con traducciones para publicaciones culturales. Viajó a España en 1933 y, desde entonces, sintió siempre una especial simpatía y atracción por todo el ámbito de la cultura hispana. En 1937 publicó su primera novela *Eurasia* y, en el mismo año, su primer obra histórica sobre el Simposio de Esztergom, con lo que demostró, ya desde sus comienzos, que poseía la rara virtud de hacer convivir en su mente al narrador con el historiador. A instancias de otro escritor húngaro, Zsigmond Moricz, escribió la primer obra que le otorgaría una merecida fama: *El dios de la lluvia llora sobre México*. El libro, que relata las conquistas y los descubrimientos de Hernán Cortés, se publicó en 1939 y resultó ser un inesperado éxito tanto en Hungría como en el resto del mundo. Con el correr de los años, la obra terminó formando parte de una trilogía hispana con el agregado de *Señor Natural* (1960), que se refiere a Felipe II y cuyo título en húngaro

es «Terciopelo negro», y con *El mayordomo de Diego Velázquez* (1965). Otras obras notables referidas al ámbito hispano fueron *Explorando el Pasado* (1966) e *Hispania Eterna* (1969).

Escritor increíblemente prolífico, en la cumbre de su carrera su producción es prácticamente la de un libro por año y, por más que algunos lo tienen por «novelista» —con la acusación implícita de superficialidad— la mayor virtud de sus narraciones reside justamente en una sorprendente precisión histórica obtenida de un contacto directo con las fuentes. Passuth se movió con igual comodidad tanto en la historiografía como en la arqueología o en el arte. Con un excepcional conocimiento de la materia unido a una brillante narrativa puso al alcance de cientos de miles de lectores las biografías, los comportamientos y las costumbres de los más diversos personajes de la Historia. Durante décadas fue el escritor húngaro más publicado, más leído y más conocido, lo cual, por supuesto, generó no pocas envidias por parte de otros escritores mejor posicionados en la burocracia cultural. Es probablemente por esto que, aún cuando no pudo ser acallado, el régimen comunista en Hungría tampoco se dignó de reconocerlo oficialmente. En 1948 fue expulsado del Sindicato de Escritores. Hasta la revolución húngara de 1956 sólo pudo publicar bajo seudónimo. Si bien entre 1945 y 1960 fue el secretario general del PEN Club húngaro, entre los años 1948 y 1957 este cargo no pasó de ser meramente simbólico.

Tras jubilarse como traductor, adquirió una pequeña propiedad en la localidad balnearia de Tihany, a orillas del lago Balaton. Sus últimas obras surgieron de este retiro que prácticamente se convirtió en refugio. Falleció en la cercana localidad de Balatonfüred, el 19 de Junio de 1979.